J. R. R. Tolkien

EL HOBBIT

ANOTADO

EDICION REVISADA Y AMPLIADA

Anotado por Douglas A. Anderson

Lectulandia

Para lectores de todo el mundo, *El Hobbit* ha servido de introducción al fantástico mundo de la Tierra Media, hogar de elfos, magos, enanos, trasgos, dragones, orcos y otras muchas criaturas que aparecen en *El Señor de los Anillos* y *El Silmarillion*, relatos que brotaron de la mente del autor más apreciado de todos los tiempos, J. R. R. Tolkien.

Esta nueva edición revisada y ampliada de *El Hobbit anotado* de Douglas A. Anderson, representa el análisis definitivo de las fuentes, los personajes, los lugares y las cosas del eterno clásico de Tolkien. Ciento ochenta ilustraciones, integradas en las notas de Anderson y repartidas a lo largo del texto original completo, recuperado y corregido, muestran las interpretaciones visuales de *El Hobbit* desarrolladas por muchas de las culturas que se han acercado a la Tierra Media y la han amado. Se incluyen además dibujos, mapas y pinturas originales de Tolkien que convierten este volumen en la edición de *El Hobbit* más completa disponible.

El Hobbit anotado muestra el trabajo de J. R. R. Tolkien como escritor, cuáles fueron sus influencias e intereses y cómo afectó todo ello a los detalles que configuran la Tierra Media. Ofrece una valiosa visión de conjunto de la vida de Tolkien y de la historia editorial de *El Hobbit*; y explica cómo cada faceta del relato encaja a la perfección en el resto del universo imaginado por J. R. R. Tolkien. Descubriremos cómo se trabajó el personaje de Gollum para adecuarlo a la verdadera naturaleza del Anillo Único y podremos leer el texto completo de la *Búsqueda de Erebor*, el relato de cómo Gandalf llegó a llevar a Bilbo Bolsón en su viaje con los enanos. Además Anderson establece sorprendentes relaciones plenas de significado con la historia literaria (desde el *Beowulf* a *El maravilloso país de los Snergs*, desde los hermanos Grimm a C. S. Lewis).

Lectulandia

J. R. R. Tolkien & Douglas A. Anderson

El Hobbit anotado

ePub r1.0
Titivillus 12.09.15

Título original: *The Annotated Hobbit*
J. R. R. Tolkien & Douglas A. Anderson, 1988
Autor de *El Hobbit*: J. R. R. Tolkien
Autor comentarios, notas y pies de imagen: Douglas A. Anderson
Traducción: Manuel Figueroa & Rubén Masera
Traductor de *El Hobbit*: Manuel Figueroa
Traductor comentarios, notas y pies de imagen: Rubén Masera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

En la edición original las notas acompañan al texto en la misma página. Ante la dificultad de reproducirlo en una edición digital se ha optado por situarlas al final del libro, manteniendo la numeración original por capítulos.

Las imágenes y los pies de las mismas, acompañan al texto en los capítulos correspondientes. Se ha optado para el pie utilizar texto de tamaño fijo de 10 puntos, para diferenciarlo del resto del texto y para evitar que al aumentar el tamaño de letra del lector el texto salte de página o se salga de pantalla (en algunos casos).

Inglés Antiguo: Tolkien utiliza caracteres especiales en algunas palabras. Por compatibilidad con los lectores que no los reconocen se ha incorporado una fuente incrustada que simula dichos caracteres. Esta fuente es similar a Times New Roman, por lo que se recomienda usar una fuente *serif* en el lector para evitar diferencias entre letras.

Contracubierta de la edición original de *El Hobbit* por J. R. R. Tolkien:

«Si gusta usted de los viajes de ida y vuelta, partiendo desde el confortable mundo occidental hacia el filo mismo de lo salvaje para de nuevo regresar a casa, y si es capaz de sentir interés por un héroe humilde (dotado de algo de prudencia, un poco de coraje y bastante buena suerte), he aquí la descripción de dicho viaje y de dicho viajero. El periodo en que tiene lugar es la antigua época entre la edad de las hadas y el dominio del hombre, cuando se erigía todavía el famoso Bosque Negro y las montañas estaban sembradas de peligros. Siguiendo el camino de este aventurero sencillo se ilustrará, como hizo él (en caso de que usted no lo sepa ya todo de estas cosas), sobre trolls, trasgos, enanos y elfos, y se hará una idea de la historia y la política de una época olvidada pero importante.

Y es que el señor Bilbo Bolsón visitó a varios personajes notables, conversó con el dragón Smaug el Magnífico y presenció, aunque lo hiciera a disgusto, la batalla de los Cinco Ejércitos. Todo ello es todavía más significativo por ser él un hobbit. Hasta el momento los hobbits han estado ausentes de la historia y las leyendas, quizá porque suelen preferir la comodidad a la aventura. Pero esta crónica, basada en las memorias de un año emocionante en la vida por lo demás tranquila del señor Bolsón, le dará a usted una idea precisa de este pueblo admirable que es, hoy día (y según dicen), cada vez más escaso. No son amantes del ruido.»

No alcanzo a imaginar una ancianidad más placentera que aquella que transcurre en un país no demasiado remoto donde yo podría releer y anotar mis libros favoritos.

ANDRÉ MAUROIS

Lo que leemos con placer lo volvemos a leer con placer.

HORACIO

Un retrato de J. R. R. Tolkien, probablemente
por Elliot & Fry en Londres, 27 de Octubre de 1937

Agradecimientos

Un libro como *El Hobbit anotado* no hubiera sido posible sin la ayuda de muchas personas, a las que quisiera expresar mi agradecimiento. En primer lugar, gracias a Christopher Tolkien por darme permiso para anotar el libro de su padre con comentarios y aparato crítico; gracias también por sus beneficiosas indicaciones y sugerencias. Del mismo modo, debo una especial gratitud a mis amigos Christina Scull y Wayne G. Hammond, que compartieron conmigo algunos aspectos de su investigación para *J. R. R. Tolkien: A Companion and Guide,* y me ayudaron también de muchas otras formas.

En cuanto a las instituciones y organizaciones, quisiera expresar mi agradecimiento a Matt Blessing, archivero de la Biblioteca Memorial en la Universidad Marquette de Milwaukee (Wisconsin); a Christopher W. Mitchell y Marjorie Lamp Mead del Centro Marión E. Wade en el Wheaton College de Wheaton (Illinois); a la doctora Judith Priestman de la Biblioteca Bodleian de Oxford; y a la biblioteca de la Universidad de Notre Dame en South Bend (Indiana).

De la compañía Houghton Mifflin, entre las personas que (antes y ahora) han sido de gran ayuda (y pacientes más allá del deber) se incluyen Clay Harper, Austin Olney Ruth Hapgood, Becky Saikia-Wilson y Rhiannon Agosti.

Entre aquellos que ayudaron en aspectos concretos o me asistieron de muy diversas formas quisiera destacar a Fred Biggs, Richard E. Blackwelder, Alexandra Bolintineanu, David Bratman, Brad Brickner, Diane Bruns, Humphrey Carpenter, Deborah Benson Covington, John L. DiBello, Michael Drout, Charles B. Elston, Verlyn Flieger, Steven M. Frisby, John Garth, Charles Garvin, Peter Geach, Peter Glassman, Glen H. Good-Knight, Martin Hempstead, Thomas D. Hill, Cari F. Hostetter, Ellen Kline, Chris Lavallie, Dennis K. Lien, Abbe Lyons, Michael Martínez, Richard Mathews, Charles E. Noad, John D. Rateliff. Becky Reiss, Taum Santoski, Dr. William A. S. Sarjeant, Tom Seidner, Tom Shippey, Babbie Smith, Susan A. Smith, Stacy Snyder, Donn P. Stephen, Priscilla Tolkien, Rayner Unwin, Richard C. West, Kelley M. Wickham-Crowley, Gene Wolfe, Reinhold Wotawa, Nina Wyke-Smith, Ted Wyke-Smith, Jessica Yates, Manfred Zimmermann y Henry Zmuda.

Por su ayuda en determinados aspectos relacionados con las traducciones de *El Hobbit* y con las ilustraciones extranjeras, gracias a Mikael Ahlstrom, Félix Claessens, David Doughan, Jim Dunning, Mark T. Hooker, John Kadar, Victor Kadar, Mari Kotani, Gergely Nagy, Rene van Rossenberg, Arden R. Smith, Anders Stenström (Beregond), Asako Suzuki, Makoto Takahashi y Takayuki Tatsumi.

Prefacio a la segunda edición

El Hobbit anotado fue publicado por primera vez por Houghton Mifflin Company en septiembre de 1988, en conmemoración del cincuenta aniversario de la primera edición estadounidense de *El Hobbit*. Una edición británica, publicada por Unwin Hyman, apareció en 1989.

En los catorce años transcurridos desde la primera edición han aparecido bastantes volúmenes de textos inéditos de Tolkien. Además, la cantidad de materiales secundarios sobre Tolkien, incluyendo libros y artículos, ha aumentado de forma exponencial. Al revisar y poner al día *El Hobbit anotado* enseguida me di cuenta que necesitaba una revisión total. Desde mi punto de vista no se trataba de mejorar la anotación del texto, sino de reajustar mi anterior metodología y su aplicación en función de los muchos avances en los estudios académicos sobre Tolkien.

En general, he preferido conservar en una posición central la visión del propio Tolkien sobre su obra. Mis notas parten de ahí y se mueven después hacia el contexto biográfico e histórico. Normalmente, el objetivo de la anotación es iluminar el texto, pero yo también he intentado dar más información sobre la vida de Tolkien, sus amigos y colegas, sus gustos literarios, y el resto de sus obras, con el objetivo de conseguir un retrato mucho más completo. El resultado es que algunas notas parecen no tener una relación inmediata con el texto, pero creo que estos pequeños rodeos están justificados y son útiles.

Cada sección de esta nueva edición de *El Hobbit anotado* ha sido revisada, actualizada y reescrita, pero la nueva edición sólo se diferencia en pequeños detalles de la anterior en cuanto a contenido y estructura. La más evidente es que todas las notas sobre las revisiones del texto de *El Hobbit* por parte de Tolkien, que antes estaban en un apéndice, se han integrado en el cuerpo principal del libro. (Los detalles sobre las diversas ediciones de *El Hobbit* que Tolkien revisó se pueden encontrar en la segunda sección de la bibliografía al final del libro.) Un elemento nuevo es «La búsqueda de Erebor», la historia de *El Hobbit* vuelta a contar por Tolkien y que originariamente era parte de un apéndice a *El Señor de los Anillos*, pero que fue omitido por su extensión; fue publicado en una versión ligeramente diferente en *Cuentos inconclusos*. En la bibliografía he añadido la sección «Selección de estudios críticos sobre *El Hobbit*» con el objetivo de resaltar la aproximación crítica a la obra. Alguno de los artículos citados son sumamente interesantes, pero sus argumentaciones son complejas y difícilmente condensables en una nota. Un buen ejemplo es «Some of Tolkien's Narrators» [«Algunos de los narradores de Tolkien»] de Paul Edmund Thomas, un excelente análisis de la voz narrativa en Tolkien que debería leerse en su totalidad.

En mis notas y a lo largo de todo el libro me refiero a una serie de obras que son esenciales para el estudio de J. R. R. Tolkien, citándolas con una abreviatura en vez

del título completo. Estas obras aparecen en la lista que sigue y la referencia completa se puede encontrar en la primera sección de la bibliografía.

ARTISTA: Hammond, Wayne G. y Christina Scull, *J. R. R. Tolkien: Artist and* Illustrator, 1995. [*J. R. R. Tolkien: Artista e Ilustrador*, 1996.]

BIBLIOGRAFÍA: Hammond, Wayne G. en colaboración con Douglas A. Anderson, *J. R. R. Tolkien: A Descriptive Bibliography*, 1993.

BIOGRAFÍA: Carpenter, Humphrey, *J. R. R. Tolkien: A Biography*, 1977. *[J. R. R. Tolkien. Una biografía*, 1990.]

HISTORIA: Los doce volúmenes de la serie *The History of Middle-earth* (1983-1996), editados por Christopher Tolkien. [La edición en castellano consta de trece volúmenes en dos series: *La historia de El Señor de los Anillos y Historia de la Tierra Media*.]

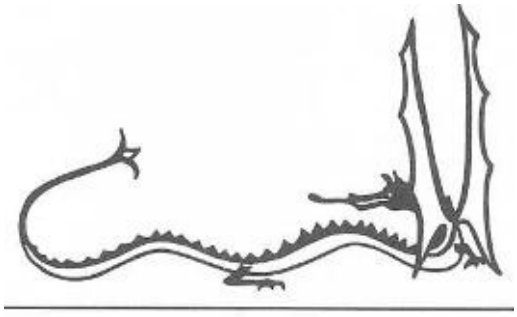
CARTAS: Carpenter, Humphrey (ed.) en colaboración con Christopher Tolkien, *The Letters of J. R. R. Tolkien*, 1981. [*Cartas de J. R. R. Tolkien*, 1993.]

«Nomenclature of *The Lord of the Rings*» en *A Tolkien Compass* (1975), editado por Jared Lobdell. Contiene las notas de Tolkien para los traductores, escritas originalmente en 1966-1967.

PICTURES: Tolkien, Christopher (ed.), *Pictures by J. R. R. Tolkien*, 1979, revisado en 1992. [*Pinturas y dibujos*, 1992.]

«Silmarillion»: la palabra «Silmarillion» entre comillas se refiere de manera general al conjunto de escritos de Tolkien que se refieren a las leyendas primigenias de la Tierra Media. En cursiva, como en *El Silmarillion*, la palabra hace referencia específicamente al libro publicado en 1977, editado por Christopher Tolkien. [La edición en castellano data de 1984.]

DOUGLAS A. ANDERSON
Marzo 2002



EL HOBBIT ANOTADO

Introducción

Tolkien dijo una vez que su actitud típica ante la lectura de una obra medieval no era embarcarse en un estudio crítico o filológico, sino escribir una obra moderna dentro de la misma tradición.[1] Y de manera similar Tolkien dijo a un entrevistador en 1965 que él «difícilmente leía un cuento de hadas sin el deseo de escribir uno».[2]

Estas afirmaciones, en un sentido amplio, son un buen punto de partida para estudiar a Tolkien y su obra. Porque con una buena comprensión del trasfondo de Tolkien y de sus intereses literarios se puede conseguir una mejor apreciación de lo que consiguió en sus dos obras más conocidas, *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*.

John Ronald Reuel Tolkien nació el 3 de enero de 1892 en Bloemfontein, Sudáfrica, hijo de Arthur Reuel Tolkien, un empleado de banca, y Mabel Suffield. Ambos procedían de la zona de Birmingham en los Midlands de Inglaterra.

Arthur había propuesto matrimonio a Mabel mientras aún vivían en Inglaterra, pero poco después él obtuvo un puesto en el Bank of Africa y la boda tuvo lugar en Ciudad del Cabo. J. R. R. Tolkien, llamado Ronald, fue su primer hijo; el segundo, Hilary Arthur Reuel, nació dos años después.

En 1895, Mabel Tolkien volvió a Inglaterra con sus dos hijos, aparentemente para una corta visita, pero también por la preocupación por la salud del joven Ronald. Arthur Tolkien, que se quedó en Sudáfrica, enfermó a finales de 1895 y murió poco después.

Mabel permaneció en Inglaterra, criando a sus hijos cerca de su propia familia en la zona de Birmingham. En 1900, Mabel se convirtió al catolicismo para sorpresa de sus familiares protestantes, que le retiraron su apoyo. Mabel siguió luchando sola, instruyendo a sus hijos en la religión católica. Su salud se resintió y tras su muerte en 1904, el padre Francis Morgan del Oratorio de Birmingham se convirtió en el tutor de los dos muchachos Tolkien.

Los chicos se educaron en la King Edward’s School en Birmingham, donde Ronald obtuvo una beca en 1903. Alrededor de 1910, Ronald conoció a otro huérfano, una joven llamada Edith Bratt, que tenía una habitación en la misma casa de huéspedes en la que vivían los Tolkien. Se inició una relación secreta entre Ronald y Edith, pero una vez descubierta por su tutor, se prohibió a Ronald que viera o hablara con Edith hasta que cumpliera veintiún años.

Tolkien siguió sus estudios en el Exeter College de Oxford, en otoño de 1911. Inició clásicas pero muy pronto sus intereses le llevaron a estudiar filología comparada así como otras lenguas, como el finés, y empezó a crear un idioma personal que después llamaría Quenya o élfico.

La casa en Northmoor Road, 20, Oxford, donde la familia Tolkien vivió desde enero de 1930 hasta principios de 1947, El estudio de Tolkien estaba en la planta baja y ocupaba la habitación inferior derecha, con ventanas (como se ven arriba) que miraban al oeste y otras al sur (a la derecha), que no se ven en esta fotografía. El escritorio de Tolkien se encontraba ante las ventanas que miran al sur.[3]

En 1913, el día de su vigésimo cumpleaños, Tolkien retomó su relación con Edith Bratt. Obtuvo honores de segunda clase en clásicas y haciendo honor a su inclinación por la filología, alcanzó honores de primera clase en lengua y literatura en junio de 1915.

Inmediatamente después se unió a los Lancashire Fusiliers donde recibió instrucción militar. Ronald y Edith se casaron el 22 de marzo de 1916, antes de que Tolkien fuera enviado al frente en Francia ese verano. Tolkien pasó algunos meses en las trincheras del Somme, experimentando de primera mano los horrores de la primera guerra mundial. Contrajo la fiebre de las trincheras y fue enviado de vuelta a Inglaterra, en donde pasó lo que quedaba de la guerra. El primer hijo de Ronald y Edith, John Francis Reuel, nació en 1917.

Hacia el final de la guerra Tolkien aceptó un puesto en el equipo del Oxford English Dictionary, que se estaba compilando en Oxford. En 1920 fue nombrado profesor de lengua inglesa en la Universidad de Leeds, y su familia se trasladó al norte. Su segundo hijo, Michael Hilary Reuel, nació en 1920.

La primera publicación académica importante de Tolkien, *A Middle English Vocabulary* [*Un vocabulario de inglés medio*], apareció en 1922. Estaba pensado para utilizarse juntamente con la antología de Kenneth Sisam, *Fourteenth Century Verse and Prose* [*Verso y prosa del siglo XIV*] (1921). Con ésta y otra obra similar, y con su experiencia en el *Oxford English Dictionary*, Tolkien se había convertido en uno de los filólogos más importantes de su tiempo. En julio de 1924 fue promovido a *Professor* [catedrático] de lengua inglesa en Leeds, y su tercer hijo, Christopher Reuel, nació ese mismo año.

En 1972 Tolkien donó este escritorio a *Help The Aged* [Socorro para los Ancianos] para que su venta sirviera a este centro de beneficencia. En una carta del 27 de julio de 1972, que lo acompañaba, Tolkien escribió: «Este escritorio fue un regalo de mi esposa en 1927. Fue mi primer escritorio,[4] y siempre ha sido el que he utilizado para el trabajo literario hasta su muerte en 1971. En él fue creado todo *El Hobbit*: escrito, mecanografiado e ilustrado». El escritorio está ahora en el Marión F. Wade Center, en Wheaton College, Wheaton, Illinois.

LITERARY SOCIETY.

On February 17th some twenty-five members assembled to hear J. R. R. TOLKIEN'S paper on "Norse Sagas." A saga is a prose story; it is neither a history nor a romance, but a real, old story of things which happened indeed but so long ago that marvels and miracles of the strange old Northern brand have crept into the tale. The best sagas are those of Iceland, and for pictures of human life and character they can hardly be bettered in any literature. The men who gave them birth were great robbers and wild sea-warriors, but withal sturdy farmers, cunning craftsmen, and exact lawyers. When, in Norway, Harold Fairhair tried to bring this proud, turbulent people under him, they naturally revolted. The strongest and bravest sailed to Iceland, and there it was in loneliness, amid snow and fire, that they preserved intact—marvellously intact—their old-fashioned life. True stories of the ancient days were told at the fireside in the endless winter nights. It was not till the end of the Middle Ages that they were at length written down in Icelandic, and occasionally in Latin. These are the Sagas, and they tell how brave men—of our own blood, perhaps—lived and loved, and fought, and voyaged, and died.

One of the best (and it is distinct from all the rest) is the Völsunga Saga—a strange and glorious tale. It tells of the oldest of treasure hunts: the quest of the red gold of Andvari, the dwarf. It tells of the brave Sigurd Fafnirsbane, who was cursed by the possession of this gold, who, in spite of his greatness, had no happiness from his love for Brynhild. The Saga tells of this and many another strange and thrilling thing. It shows us the highest epic genius struggling out of savagery into complete and conscious humanity. Though inferior to Homer in most respects, though as a whole the Northern epic has not the charm and delight of the Southern, yet in a certain bare veracity it excels it and also in the story of the Volsungs in the handling of the love interest. There is no scene in Homer like the final tragedy of Sigurd and Brynhild. The Völsunga Saga is but one of many; for instance, the story of Burnt Njal, the longest of them all and also one of the very best; and "Howard the Halt," the best of the shorter ones.

The paper concluded with a sketch of the Norse religion and copious quotations from various Sagas. It is unfortunate that no idea of the passages read aloud can be given here, because they constituted one of the charms of the paper

The Chairman, Mr. REYNOLDS, proposed a hearty vote of thanks, which was carried unanimously.

Informe de la lectura por parte de J. R. R. Tolkien de un ensayo sobre «Sagas nórdicas» en la Literary Society de la King Edward's School, Birmingham, el 17 de febrero de 1911, tomado del *King Edward's School Chronicle*, marzo de 1911 26, n.º 2), pp. 18-19.

Una edición definitiva del poema en inglés medio *Sir Gawain y el Caballero Verde*, coeditada por Tolkien y E. V. Gordon, apareció en 1925. Poco después, Tolkien fue nombrado *Rawlinson and Bosworth Professor* [equivale a la cátedra Rawlinson y Bosworth] de anglosajón en Oxford. Su cuarto hijo (la única niña), Priscilla Mary Reuel, nació en 1929. *El Hobbit*, escrito para sus hijos, aparece en 1937.

Tolkien mantuvo la cátedra hasta 1945, cuando fue nombrado *Merton Professor*

de la lengua y literatura inglesa en Oxford. La muy esperada secuela de *El Hobbit, El Señor de los Anillos,* fue publicada en tres volúmenes en 1954-1955. Fue profesor del Merton College hasta su retiro en 1959. Su mujer Edith murió en 1971 y Tolkien murió el 2 de septiembre de 1973 tras una corta enfermedad.

La atracción de Tolkien por la lengua y la literatura medievales empezó muy temprano. Durante sus estudios en la King Edward's School, Tolkien leyó *Beowulf*, primero en una traducción y después en el original anglosajón. De ahí pasó a las sagas islandesas, algunas traducidas por William Morris, y al *Edda* en prosa de Snorri Sturluson y al *Elder Edda*, una colección de poemas mitológicos y heroicos en noruego antiguo. Leyó el *Kalevala* finés en 1911. En el Exeter College aumentó su interés por la obra de William Morris. El interés de Tolkien se vio reforzado por el hecho que Morris también había estudiado en Exeter y le gustaron especialmente la poesía narrativa de Morris y sus posteriores novelas en prosa (algunas de las cuales están plagadas de poemas). Tolkien leyó y estudió todo el corpus de las primeras lenguas y literaturas germánicas, especializándose en inglés antiguo, noruego antiguo e inglés medio. Del período del inglés medio los intereses de Tolkien incluían las obras del poeta Geoffrey Chaucer (1340?-1400) y al anónimo autor del siglo XIV de *Sir Gawain y el Caballero Verde*, *Pearl*, *Cleanness* y *Patience*. Una de las especialidades académicas de Tolkien era el dialecto del inglés medio de los Midlands occidentales, tal como se encuentra en el *Ancrene Wisse*, un libro de instrucción religiosa para mujeres que escogían vivir en pequeñas celdas construidas al lado de las iglesias.

El interés de Tolkien por compartir ese entusiasmo le llevó a crear un Viking Club en Leeds, que se reunía para beber y leer sagas; y de vuelta en Oxford fundó un club islandés, el Kolbítar, que consistía en un grupo de profesores universitarios que se reunieron desde 1926 hasta aproximadamente 1930-1931 para leer en voz alta sagas islandesas traducidas sobre la marcha. El amigo de Tolkien C. S. Lewis fue miembro del Kolbítar (en inglés *Coal-biters*: los hombres que se sientan tan cerca del fuego que pueden morder las brasas), así como Nevill Coghill; ambos se convertirían en miembros de los Inklings, el grupo de escritores de Oxford que se reunían periódicamente para leerse mutuamente las obras. De hecho, los Inklings (cuyo nombre procede de otro grupo de estudiantes que se reunieron de 1931 a 1933) parece que nació como grupo a partir de las reuniones del Kolbítar.

La creatividad literaria de Tolkien fue muy temprana. Su interés en las lenguas puede comprobarse en el «Animalico», una lengua inventada por Tolkien y dos de sus primos durante la adolescencia. Fue la primera de las lenguas que inventó Tolkien, que a menudo tenían una gran complejidad.

Quizá por la influencia de su madre, Tolkien también estaba muy interesado en la pintura, el dibujo y la caligrafía. Un estudio completo de su labor artística se puede encontrar en *J. R. R. Tolkien: Artista e Ilustrador* de Wayne G. Hammond y Christina Scull.

En 1910 Tolkien empezó a escribir poesía y alrededor del inicio de la primera guerra mundial, Tolkien encontró los siguientes versos en *Crist*, un poema anglosajón de Cynewulf:

> Ēalā Ēarendel, engla beorhtast,
> ofer middangeard monnum sended
> (*Crist*, versos 104-5)

> Salve Ēarendel el ángel más luminoso
> Sobre la tierra media enviado a los hombres

La palabra *Ēarendel* normalmente se traduce por «luz brillante o rayo» y algunos académicos piensa que hace referencia a una estrella. Tolkien creía que Ēarendel podría haber sido el nombre de Venus, el lucero vespertino. Años después, en una carta del 18 de diciembre de 1965 a Clyde S. Kilby, Tolkien se refería a este pareado de Cynewulf como «palabras que me embelesaron y de las que surgió en última instancia toda mi mitología».[5]

La mitología de Tolkien también era una consecuencia de sus lenguas inventadas, porque para que éstas crecieran y evolucionaran como lenguas reales era necesario que fueran habladas por un pueblo, y a todo pueblo lo acompaña una historia. Tolkien llamó Tierra Media a su mundo inventado, lo que no es más que una alteración moderna del inglés antiguo *midangeard*, una palabra que designa el mundo en que vivimos. Tolkien pobló este mundo con elfos, hombres y otras criaturas, mientras que sus dos lenguas élficas principales, el gnómico (que después se convirtió en el sindarin) y el qenya (después escrito quenya), se enraizaron en una historia imaginaria.

Tolkien escribió «The Voyage de Earendel the Evening Star» [«El viaje de Earendel la Estrella de la Tarde»], el primer poema de lo que se convirtió en su mitología inventada, en septiembre de 1914. Y durante los años siguientes esta mitología encontró expresión en léxicos, gramáticas y poemas. A principios de 1916, envió una antología de su poesía, titulada *The Trumpets of Faerie [Las trompetas del mundo de las hadas*], a la editorial londinense Sidgwick & Jackson, pero fue rechazada. Poco después empezó a escribir versiones en prosa de esta mitología, llamando al conjunto de relatos *El Libro de los Cuentos Perdidos*. Las versiones en prosa son los originales de lo que se convirtió en *El Silmarillion*, el legendario que trabajó y reescribió a lo largo de toda su vida. La compleja evolución de estos cuentos y leyendas se pone en evidencia en los doce volúmenes de Christopher

Tolkien que componen *The History of Middle-earth* (1983-1996) [en castellano se publicaron trece volúmenes en dos series: *La historia de El Señor de los Anillos y Historia de la Tierra Media*].

Tolkien comenzó a escribir para niños en 1920; lo hizo con unas ilustradas, firmadas por Papa Noel, dirigidas a sus hijos que, con los años, se convirtieron en una serie donde se relatan los acontecimientos en el Polo Norte. Las primeras cartas son muy sencillas, pero alrededor de 1925 empezaron a crecer en extensión y complejidad, a medida que Tolkien, inevitablemente, desarrolló una mitología alrededor de Papá Noel y los elfos, gnomos y osos polares de la región. Una selección de esas cartas apareció en 1976 como *The Father Christmas Letters* [*Las cartas de Papá Noel*], editadas por Baillie Tolkien. En 1999 apareció una selección mucho más amplia bajo el título de *Letters from Father Christmas* [*Cartas de Papá Noel*].

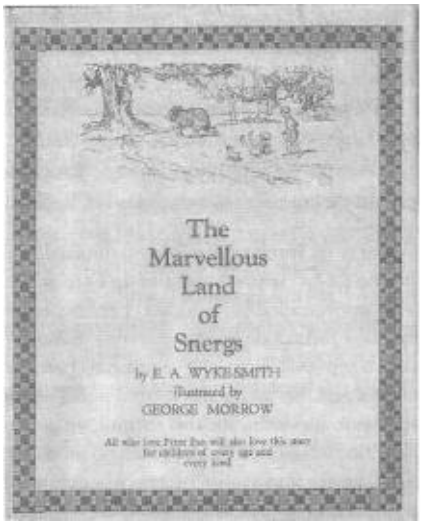
Alrededor de 1924, Tolkien empezó a contarle cuentos a sus hijos, a veces trasladándolos al papel. Uno de esos primeros intentos es «El Orgog», un cuento inacabado de una extraña criatura que viaja a través de un paisaje fantástico. Otro, una novela corta llamada *Roverandom*, publicada póstumamente en 1998, le fue explicada a sus hijos en septiembre de 1925, pero aparentemente no fue escrita hasta poco antes de la Navidad de 1927. *El señor Bliss*, un librito ilustrado publicado en edición facsimilar en 1982, fue escrito en 1928, según un diario veraniego de Michael Tolkien, pero el único manuscrito data aparentemente de principios de la década de 1930.[6]

Alrededor de 1928 Tolkien inició una serie de poemas que tituló «Tales and Songs of Bimble Bay» [«Cuentos y canciones de Bimble Bay»], ambientados en una pueblo costero imaginario llamado Bimble Bay. Tolkien escribió seis poemas, tres de los cuales aparecen en este libro.[7] Y la primera versión de *Egidio, el granjero de Ham* es muy probable que también date de finales de la década de 1920, de la época inmediatamente anterior a la redacción de *El Hobbit*.[8]

En el ensayo «Whose *Lord of the Rings* Is It Anyway?» [«¿De quién es *El Señor de los Anillos*?»], Wayne G. Hammond ofrece una extensa valoración de los cuentos infantiles de Tolkien:

> Aún no se ha apreciado en toda su dimensión el significado de los cuentos infantiles de Tolkien. Le dieron la oportunidad (o la excusa) para experimentar con otras formas de contar historias más allá de la prosa o la poesía formales que utilizaba para escribir su mitología. En un cuento infantil podía ser descaradamente juguetón, incluso infantil, en palabras y situaciones. No cabía en el legendario un chico pelirrojo llamado Carrots [literalmente, zanahorias] que vivía extrañas aventuras dentro de un reloj de cuco, o un villano Bill Stickers [Bill Pegatinas] y su némesis Major Road Ahead [Comandante Calle Adelante]. Tampoco lo eran para la posteridad, pues Tolkien nunca escribió todas estas historias, o no muchas de ellas… *El señor Bliss* tiene elementos de sátira social y (hasta donde sabemos) es el único experimento de Tolkien con el libro ilustrado, en el que palabra e imágenes tienen el mismo peso. En las *Cartas de Papá Noel* podía expresar su talento para la pintura y el dibujo, la caligrafía y las lenguas. *Roverandom* empezó como una invención para consolar a Michael Tolkien que había perdido un juguete y para quitarles el miedo a las tormentas a Michael y John… *Egidio, el granjero de Ham*, también empezó como una diversión familiar cuando jugaban en el campo alrededor de Oxford, pero captó el interés de Tolkien por los juegos de palabras y los nombres de lugares, de manera que los amplió para su publicación. (*Canadian C. S. Lewis Journal*, primavera de 2000, p. 62)

El Hobbit representa la primera fusión de las diversas facetas de los escritos de Tolkien; la poesía (hay dieciséis poemas en *El Hobbit*, además de ocho acertijos); la obra gráfica; los pueblos y lugares de su mitología inventada (Elrond, el Bosque Negro y el Nigromante, Sauron); y el estilo y la sencillez de sus escritos para niños, junto con una cierta diversión con sus conocimientos profesionales de lenguas y literatura medievales. Todo eso se une y florece en *El Hobbit*, lo mismo que ocurre en *El Señor de los Anillos*.[9]



La sobrecubierta (con impresión granate sobre un fondo rosa pálido) de la primera edición británica de *The Marvellous Land of Snergs* de E. A. Wyke-Smith, publicado por Ernest Benn en septiembre de 1927. El texto de la primera solapa (probablemente obra del editor del libro, Victor Gollancz, que trabajó en Benn antes de fundar su propia editorial) describe el libro de la siguiente forma:

El libro se abre con la descripción de un Poblado para Niños Superfluos. Un poco al norte del Poblado, han desembarcado Vanderdecken y su tripulación; el *Holandés Errante* está anclado muy cerca. Al sur se encuentra los amistosos y poco inteligentes snergs, muy cerca de los duendes. Como una travesura, Joe y Sylvia huyen en compañía de Gorbo —el menos inteligente de los snergs—, se ven envueltos en magia y acaban en *el lado equivocado del río*. Escapan de Golithos, un ogro no del todo reformado; de Mamá Meldrum, la siniestra bruja; del malvado Rey Kul; y el rescate por parte de Vanderdecken y los snergs, culminan un brillante volumen.

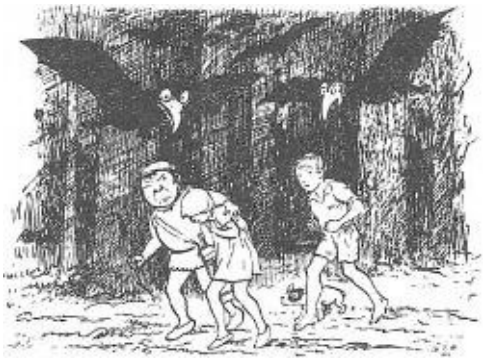
El *Times Literary Supplement* del 24 de noviembre de 1927 lo llamó «un libro divertido y satisfactorio». El libro fue reeditado en 1996 por Old Earth Books de Baltimore, con una introducción de Douglas A. Anderson sobre Wyke-Smlth y sus escritos. (Fotografía cortesía de Peter Glassman de Books of Wonder, Nueva York.)

Edward Augustine Wyke-Smith (1871-1935). Wyke-Smith era un Ingeniero de minas e intrépido viajero británico. En la década de 1920 publicó ocho novelas, cuatro de las cuales eran para niños. También publicó numeroso cuentos infantiles en los anuarios editados por «Herbert Strang» y publicados por Oxford University Press. *The Maravellous Land of Snergs* fue su último libro. La fotografía fue tomada alrededor de 1925, poco después de acabar el libro.

Tolkien reconoció que *El Hobbit* derivaba de la épica, la mitología y los cuentos de hadas «previamente digeridos». Conocemos algunas de esas fuentes: *Beowulf*, las antologías de cuentos de hadas de Andrew Lang y de los hermanos Grimm, obras de E. H. Knatchbull-Hugessen, Rudyard Kipling, William Morris y George Macdonald, especialmente *La princesa y el trasgo* y su secuela *La princesa y Curdie*. La única influencia que Tolkien reconocía como consciente era su propio «Silmarillion». Otra influencia más oscura era *The Marvellous Land of Snergs* [*El maravilloso país de los*

snergs] (1927), un libro infantil de E. A. Wyke-Smith. Esta historia relata las aventuras de un snerg llamado Gorbo. Los snergs son «una raza de gente sólo ligeramente más altos que una mesa corriente, pero anchos de espaldas y de gran fuerza».

La tierra de los snergs se describe como «un sitio aparte», donde se ha fundado una pequeña colonia con niños a los que sus padres no cuidan. La historia se centra en dos niños, Joe y Sylvia, que, junto con Gorbo, se empeñan en una aventura errante por tierras desconocidas. Se topan con varios personajes curiosos e inquietantes, como Golithos, un ogro reformado que se ha vuelto vegetariano y ya no come niños, y Mamá Meldrum, una bruja siniestra que además es una cocinera maravillosa.



Esta ilustración de George Morrow para *The Marvellous Land of Snergs* muestra a Gorbo el Sneng, que conduce a Sylvia y a Joe (y su perro Tigre) a través de los Bosques Oscuros. Morrow (1869-1955) era un conocido ilustrador de *Punch*, una revista en la que también colaboraba Wyke-Smith. El estilo de Morrow, centrado en personas y expresiones faciales, complementa muy bien la prosa de Wyke-Smith. Morrow también ilustró otros tres libros infantiles del autor, *Bill of the Bustingforths* [*Bill de los Bustingforths*] (sólo el frontispicio), *The Last of the Barón* [*El último de los* Barón] y *Some Pirates and Marmaduke [Algunos piratas y Marmaduke]*, todos publicados en 1921.

Tolkien admitió en una carta de 1955 dirigida a W. H. Auden que *The Marvellous Land of Snergs* era «probablemente un libro que sirvió de fuente inconsciente sólo para los hobbits y para nada más» (*Cartas*, n.º 163). Pero esta declaración no expresa la estima que Tolkien había tenido por este libro. En los borradores para su famosa conferencia «Sobre los cuentos de hadas» escribió: «Tengo que reconocer mi aprecio y el de mis hijos por *The Marvellous Land of Snergs* de E. A. Wyke-Smith, en primer lugar por el elemento sneng del relato, y por Gorbo una piedra preciosa entre los tontos, una joya de compañero en una escapada».

La animación y el humor de la historia sugieren intensamente el clima de *El Hobbit*, como lo demuestra el fragmento siguiente:

> [Los snergs] sobresalen en los festines que celebran al aire libre sobre largas mesas unidas por los extremos y que siguen el recorrido de la calle. Esto es necesario porque casi todo el mundo es invitado, es decir, se le ordena asistir porque es el rey el que ofrece los festines, aunque cada cual debe contribuir con su parte de comida y bebida para sumarla al acopio general. Hace unos años el procedimiento tuvo que cambiarse por causa del enorme número de invitaciones que era preciso enviar; ahora las órdenes se sobreentienden y sólo se envían invitaciones a abstenerse de participar a la gente cuya presencia no se desea en alguna ocasión particular. A veces les es difícil encontrar un motivo para celebrar un festín, y entonces el Amo de la Casa, a quien le corresponde esa tarea, tiene que buscarlo, como, por ejemplo, el hecho de que sea el cumpleaños de alguien. En una ocasión celebraron un festín porque ese día no era el cumpleaños de nadie. (*The Marvellous*

Land of Snergs, p. 10.)

Existen otras similitudes entre los dos libros, en el tema y en varios episodios concretos. Sigue siendo un libro delicioso y los lectores de *El Hobbit* pueden disfrutarlo mucho más allá de su conexión con Tolkien.

La historia de la redacción de *El Hobbit* debe seguirse a través del estudio de los manuscritos, mecanografiados y pruebas que se conservan en el Memorial Library Archives de la Marquette University en Milwaukee, Wisconsin. Quizá lo más fácil es describir estos documentos en términos de fases de composición, que nombraré de A a F.

Fase A: una manuscrito de seis páginas del capítulo 1 (se han perdido las primeras páginas). Éste es el manuscrito más antiguo que se conserva. En él el dragón se llama Pryftan, el líder de los enanos Gandalf y el mago Bladorthin.

Fase B: una mezcla de mecanografiado y manuscrito. Las primeras doce páginas están mecanografiadas (en la máquina de escribir Hammond de Tolkien) y el resto están manuscritas y numeradas de la 13 a la 167. Esta etapa ofrece los capítulos 1 al 12 y el 14. El nombre del dragón está mecanografiado (en el capítulo 1) Pryftan, pero corregido a mano como Smaug. El líder de los enanos sigue llamándose Gandalf y el mago Bladorthin. Beorn es llamado Medwed y el mago no tiene la llave que abre la puerta trasera de la Montaña Solitaria, sino que una llave que encuentran en la guarida de los trolls abre la Puerta de Durin. Se pueden establecer ciertas pausas a causa del cambio del papel o de la tinta, o cambios en la caligrafía a causa de la utilización de otra pluma. Las interrupciones ocurren en las páginas 50 (cerca del inicio del capítulo 5), 77 (al final del capítulo 6), 107 (a la mitad del capítulo 8) y 119 (al inicio del capítulo 9). En las últimas treinta y cinco páginas el líder de los enanos ya es Thorin y el mago Gandalf.

Un borrador de seis páginas resume la historia desde las Estancias del Rey de los Elfos hasta el final del relato.[10]

Fase C: un mecanografiado realizado en la máquina Hammond (con las canciones en cursiva), con las páginas numeradas de la 1 a la 132, repitiendo el mismo material de la fase B. (Las páginas finales fueron renumeradas en la fase E, en el momento de insertar lo que se convirtió en el capítulo 13, véase más abajo.) En este documento aparecen Thorin y Gandalf y debió iniciarse hacia el final de la fase B. También el personaje llamado Medwed se ha rebautizado como Beorn.

Fase D: un manuscrito con páginas numeradas de la 1 a la 45, correspondientes a los capítulos 13 y 15-19.

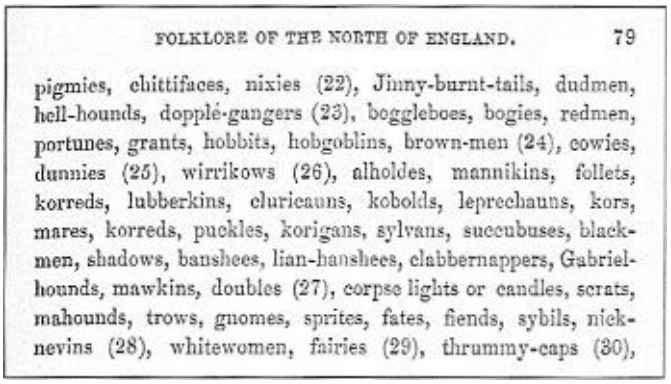
Fase E: el mecanografiado de la Fase C fue revisado, con la inserción del capítulo 13, paginado de la 127 a la 134, y el mecanografiado del anterior capítulo 13, ahora el 14, renumerado a mano de la 135 a la 140. Los nuevos capítulos de la fase D están ahora mecanografiados y numerados a mano de la 141 a la 168.

Fase F: en este momento se realizó un segundo mecanografiado completo con la intención de convertirse en el original para el editor, pero parece ser que fue descartado porque tenía demasiados errores tipográficos.

Después siguieron las primeras pruebas de imprenta, seguidas de la revisión de las mismas.

Combinar la evidencia física del manuscrito con lo que sabemos de la cronología de la composición del libro es un proceso delicado y no siempre es posible precisar las fechas.

Tolkien contó a menudo cómo empezó la historia. Una calurosa tarde de verano en su casa, sentado ante su escritorio, corrigiendo exámenes sobre literatura inglesa. En una entrevista dijo: «Uno de los candidatos dejó piadosamente una hoja en blanco (lo mejor que puede esperar el que corrige), y en ella escribí: "En un agüero en el suelo vivía un hobbit". Los nombres siempre generan relatos en mi mente. Pensé más tarde que haría bien en descubrir cómo eran los hobbits» (*Biografía*, p. 191). En otro sitio añadió: «Después, algunos meses después, pensé que era demasiado bueno para dejarlo en el reverso de un examen… Primero escribí el primer capítulo, después me olvidé de él v escribí otra parte. Aún puedo ver los huecos. Hay un gran hueco después de que llegan al refugio de las Águilas. No sabía hacia donde ir». Y prosigue: «Sencillamente empecé a inventar historias con todos los elementos que tenía en la cabeza: no recuerdo haberlos organizado en absoluto».[11]



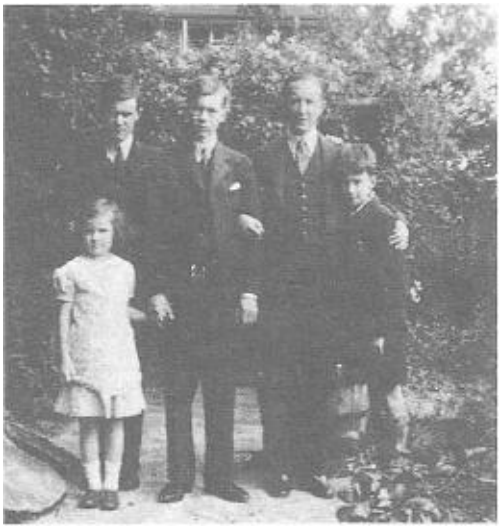
FOLKLORE OF THE NORTH OF ENGLAND. 79

pigmies, chittifaces, nixies (22), Jinny-burnt-tails, dudmen, hell-hounds, dopplé-gangers (23), boggleboes, bogies, redmen, portunes, grants, hobbits, hobgoblins, brown-men (24), cowies, dunnies (25), wirrikows (26), alholdes, mannikins, follets, korreds, lubberkins, cluricauns, kobolds, leprechauns, kors, mares, korreds, puckles, korigans, sylvans, succubuses, black-men, shadows, banshees, lian-hanshees, clabbernappers, Gabriel-hounds, mawkins, doubles (27), corpse lights or candles, scrats, mahounds, trows, gnomes, sprites, fates, fiends, sybils, nick-nevins (28), whitewomen, fairies (29), thrummy-caps (30),

Cuando escribió la primera frase de *El Hobbit* —«En un agüero en el suelo vivía un hobbit»— Tolkien creía que estaba inventando la palabra *hobbit*. Se han dado numerosos orígenes de la palabra, incluyendo combinaciones basadas en *hob* un término común para rústico) y *rabbit* [conejo]. La semejanza de *hobbit* con el nombre de algunas de las criaturas del folklore británico ha sido observado a menudo: algunos espíritus y duendecillos benévolos se llaman Hobs y Hobthrusts, y la antología de Joseph Jacobs *More English Fairy Tales* [*Más* cuentos de hadas ingleses] (1894) incluye un cuento de unas criaturas más siniestras llamadas Hobyahs. En una entrevista, Tolkien sugirió que el palabra *hobbit* pudo haber nacido quizá de una asociación con *Babbit*, de Sinclair Lewis, la novela satírica de 1922 sobre un desesperanzado hombre de negocios de clase media. En *El Señor de los Anillos*, sin embargo, Tolkien sitúa el origen en la hipotética palabra en inglés antiguo *hol-bytla* o «habitantes de agujeros».[12]

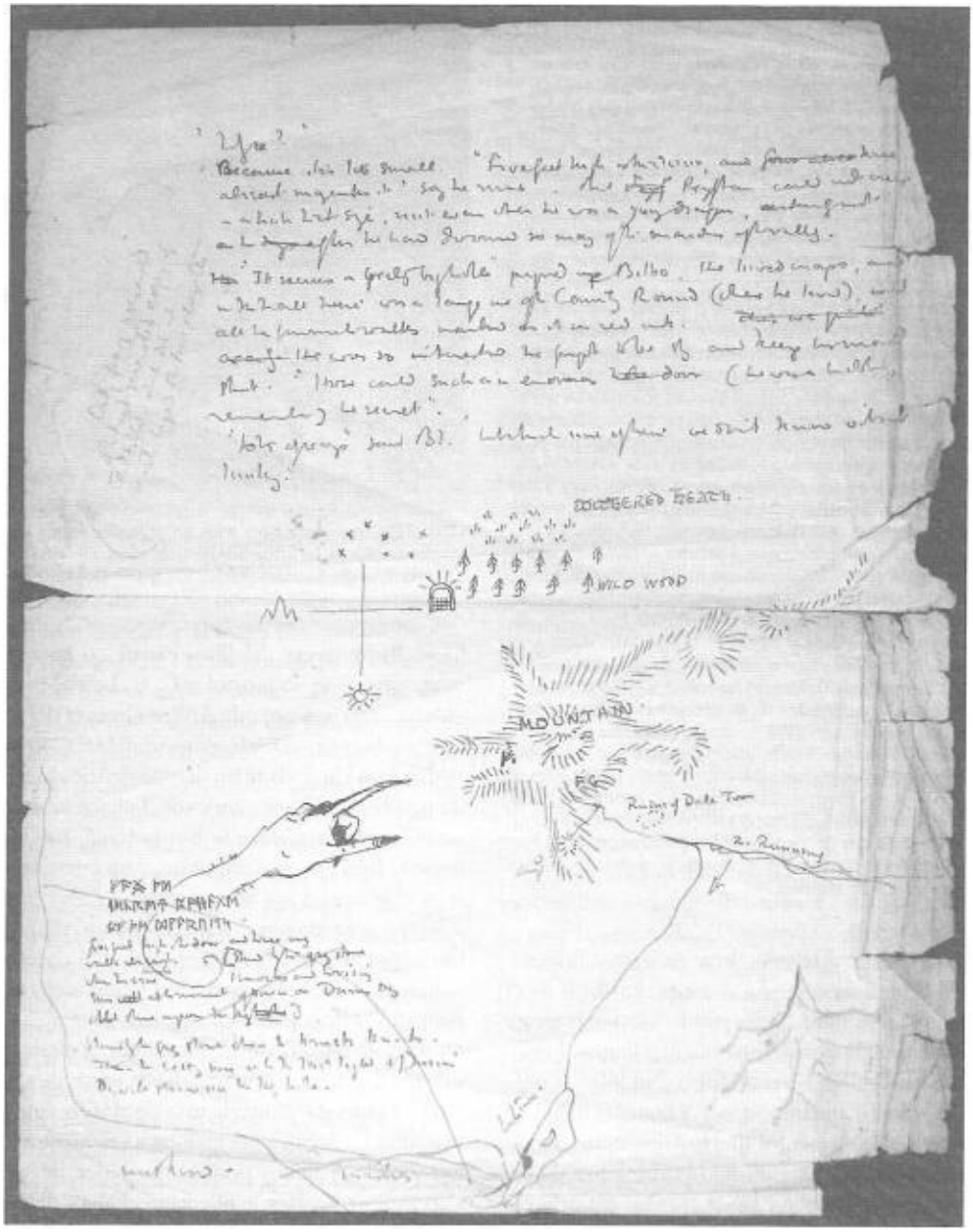
Tras la muerte de Tolkien, se descubrió que la palabra aparece en una larga lista de más de doscientas criaturas sobrenaturales publicada en 1895. La lista se encuentra en un libro rollado *The Denham Tracts*, una antología de escritos sobre folklore de Michael Aislabie Denham (18017-1859), editado por el Dr. James Hardy y publicado en dos volúmenes (1892 y 1895) por la Folklore Society en Londres. *Hobbit* aparece en el volumen dos (p. 79, véase

la tercera línea de la Ilustración superior), y en el índice, donde se define la palabra como «un tipo de espíritu».[13]



J. R. R. Tolkien y sus cuatro hijos en el jardín del n.º 20 de Northmoor Road. La fotografía data de 1936. De Izquierda a derecha: Prisclla, Michael, John, J. R. R. y Christopher.

No está nada claro cuándo escribió esa primera frase. Buena parte del libro existía en enero de 1933, cuando se lo mostró a C. S. Lewis, que lo menciona en una carta de Arthur Greeves del 4 de febrero de 1933: «Desde el inicio del trimestre [el 15 de enero] he pasado un tiempo delicioso leyendo una historia para niños que Tolkien acaba de escribir… Si es realmente buena (creó que lo es hasta el final) es, por supuesto, otra cuestión: es más, si gustará a los niños actuales» (*They Stand Together*, editado por Walter Hooper, n.º 183). Los dos hijos mayores de Tolkien, John y Michael, recordaban haber escuchado elementos del relato contados por su padre en el estudio del n.º 22 de Northmoor Road, donde la familia Tolkien vivió desde principios de 1926 hasta enero de 1930, cuando se trasladaron a la casa de al lado, que era más grande. Pero cuales eran esos «elementos» sigue siendo incierto: podrían proceder de otros cuentos que Tolkien explicó a sus hijos y después fueron reutilizados en *El Hobbit*. Michael Tolkien conservó algunas de sus propias composiciones infantiles, que ya adulto fechaba en 1929, y que eran imitaciones de *El Hobbit*. Aun así, ciertos elementos en esas historias, como las describe Michael Tolkien, dejan claro que no se refieren a las primeras fases de la composición sino a estadios tardíos.[14]



A la izquierda: una página del manuscrito original de *El Hobbit* que no iba más allá del primer capítulo.[15] La puerta trasera de la montaña está marcada con la runa F, y el pasaje rúnico al lado de la mano dice (las letras subrayadas están representadas por una sola runa): FA<u>NG</u> <u>TH</u>E | SECRET PASSAGE | OF <u>TH</u>E DWARVES [COLMILLO EL | PASAJE SECRETO | DE LOS ENANOS]. (La runa que representa la O después fue utilizada por Tolkien para representar EE.) El texto bajo las runas dice: «cinco pies de alto y tres pasan con holgura». Una frase entre corchetes está tachada: «Espera junto a la piedra gris cuando [o donde] el cuervo [*escrito encima*: zorzal] llama y el sol naciente en el amanecer del Día de Durin iluminará la llave [el original dice *keyhole* con *hole* tachado]». La frase está escrita de nuevo debajo: «Espera junto a la piedra gris donde el zorzal llama. Durante el atardecer con la última luz del Día de Durin se iluminará la cerradura».
En esta primera versión del mapa de Thror la geografía alrededor de la Montaña Solitaria empieza a tomar forma. Están marcados el Brezal Marchito y las ruinas de Valle, y el Río Rápido, Ciudad del Lago, los pantanos cercanos, y el Bosque Negro. Un esbozo de la Montaña Solitaria aparece en la esquina inferior derecha. El compás en el centro muestra las siete estrellas de la Osa Mayor al norte, con el sol aparentemente al sur. Los símbolos a este y oeste pueden ser elementos de escritos incluidos en el «Silmarillion» en la década de 1930: las Puertas de Morn al este y las Montañas de Valinor al oeste. (Véase *La formación de la Tierra Media*.)

No hay muchos más documentos a valorar. El primero es una carta de Christopher Tolkien a Papá Noel de diciembre de 1937, en la que propone *El Hobbit* como regalo de navidad. Esa carta relata a historia del libro como sigue: «Papá lo escribió hace

muchísimo tiempo y nos lo leyó a John, Michael y a mí, en invierno, después del té. Los capítulos finales no estaban bien acabados, ni mecanografiados; lo terminó hace más o menos un año» (*Biografia*, p. 197). Y en un memorando que escribió Stanley Unwin, tras una reunión con Tolkien a finales de octubre de 1937, señala que Tolkien «mencionó que la redacción de *El Hobbit* le llevó dos o tres años porque trabajaba muy despacio» (*George Allen & Unwin: A Remembrancer* [*George Allen & Unwin: una remembranza*], p. 81).

Si tomamos la publicación de *The Marvellous Land of Snergs* como antecedente necesario para la idea de los hobbits, Tolkien pudo escribir la primera frase como muy pronto durante el verano de 1928. Tolkien tuvo claramente la inspiración para esa frase mientras corregía exámenes un verano, y eso pudo ocurrir en los tres años que van de 1928 a 1930. En un momento posterior, Tolkien volvió a la idea de los hobbits y escribió la primera versión del capítulo 1 (fase A). Pasó el tiempo y volvió a la historia, mecanografiando el primer capítulo y continuando a mano (con un hueco adicional en la redacción tras el episodio de las águilas), formando la fase B. Debió alcanzar la fase C, un mecanografiado, en enero de 1933, con tiempo para que C. S. Lewis pudiera leer el libro y sentir ciertas dudas sobre el final que, aparentemente, sólo existía como esquema. Las fases D, E y F probablemente tienen lugar durante el verano de 1936, cuando Tolkien volvió al libro para terminarlo y enviarlo a Allen & Unwin.

Tolkien fechó el inicio de la redacción de *El Hobbit* en 1930. En una ocasión dijo que había escrito el primer capítulo «con toda certeza después de 1930, fecha en que me instalé en el 20 de Northmoor Road» (*Biografía*, p. 197). En 1968, en el programa de televisión de la BBC «Tolkien in Oxford» [«Tolkien en Oxford»], Tolkien contaba de la siguiente forma la redacción de la primera frase y la volvía a asociar con la casa en el número 20 de Northmoor Road:

> La imagen es —la recuerdo perfectamente— aún puedo ver la esquina de mi casa en el 20 de Northmoor Road donde ocurrió. Tenía un enorme montón de exámenes [señala a su derecha] y corregir exámenes durante el verano es una [tarea] enorme, muy laboriosa y desgraciadamente también muy aburrida. Recuerdo que tomé un examen y me encontré —casi le subo la nota— con una página en blanco. Glorioso. Nada que leer, así que escribí en ella, no sé porqué, «En un agujero en el suelo vivía un hobbit». (*Tolkien in Oxford*, 1968.)

Tolkien también afirmó en una carta a Allen & Unwin del 31 de agosto de 1937 que «mi hijo mayor tenía trece años cuanto escuchó el serial» y como John nació en noviembre de 1917, cumplió trece en noviembre de 1930, lo que sugiere que Tolkien les leyó el primer capítulo durante las «lecturas invernales» en el invierno de 1930-1931.

La secuencia de acontecimientos que llevó el manuscrito de *El Hobbit* a George Allen & Unwin tampoco está clara. Los «manuscritos caseros» de Tolkien fueron prestados a algunas personas fuera de la familia, como C. S. Lewis, Elaine Griffiths,

la reverenda madre Santa Teresa Gale (madre superiora del convento de la Orden del Niño Jesús en Cherwell Edge) y a una niña de doce o trece años, posiblemente Aileen Jennings, la hermana mayor de la poetisa Elizabeth Jennings, cuya familia era amiga de los Tolkien.

Elaine Griffiths (1909-1996) fue alumna de Tolkien y durante muchos años profesora en el Saint Anne College de Oxford. A principios de la década de 1930 era tutora en Cherwell Edge, que tenía un hostal (donde se alojaba Griffiths) para mujeres católicas que pertenecían a la Society of Home-Students [Sociedad de estudiantes externos], como se llamaba entonces Saint Anne. Desde 1934 Griffiths trabajaba con Tolkien en una tesina sobre el lenguaje del *Ancrene Wisse*. Una vez recordaba:

> Cuando era una joven licenciada, el profesor Tolkien me dejó su copia de *El Hobbit*, no manuscrita, pero hermosamente mecanografiada. Tenía una máquina de escribir fascinante que podía escribir en cursiva, creía que era maravilloso y lo leí con enorme placer. Y un poco después, alguien que conocía cuando estudiaba y que estaba trabajando en Allen & Unwin, me vino a ver para pedirme algo, no recuerdo qué, y me dijo: «Oh, Susan, no sé si debo o puedo hacerlo, pero te voy a decir algo, ve a casa del profesor Tolkien e intenta conseguir la obra titulada *El Hobbit* pues creo que es terriblemente buena».[16]

La persona de Allen & Unwin fue Susan Dagnall (1910-1952), que estuvo en Oxford al mismo tiempo que Griffiths y que empezó a trabajar en Allen & Unwin en 1933. A finales de la primavera o principios del verano de 1936, Dagnall visitó Oxford para hablar con Griffiths sobre la revisión de una traducción de *Beowulf* muy popular entre los estudiantes. De hecho, Tolkien había recomendado a Griffiths para la tarea, aunque al final no pudo realizarla. El trabajo fue completado por el colega de Tolkien C. L. Wrenn, y Allen *&c* Unwin la publicó en 1940 como *Beowulf and the Finnesburgh Fragment* [*Beowulf y el fragmento Finnesburgh*], con prefacio de Tolkien.

Dagnall pidió prestado del manuscrito de *El Hobbit* y después de leerlo animó a Tolkien para que lo acabase y se pudiera publicar en Allen & Unwin. Tolkien se puso a trabajar. En agosto escribió que *El Hobbit* estaba casi acabado pero no envió el mecanografiado a Allen & Unwin hasta el 3 de octubre de 1936.

Stanley Unwin, presidente de la editorial, lo leyó y aprobó. Se pidió una segunda opinión a la autora de libros infantiles Rose Fyleman (1877-1957)5 que trabajada como lectora y traductora para Allen & Unwin. Pero Stanley Unwin pensaba que los niños eran los mejores jueces de la literatura infantil e, intermitentemente, pedía a sus hijos, incluyendo a su hijo pequeño Rayner, que comentaran obras destinadas a los niños a cambio de una paga de un chelín por informe. *El Hobbit* le fue entregado a Rayner Unwin, que entonces tenía diez años, que consideró, con la superioridad que dan los diez años, que el libro era bueno e interesaría a los niños de cinco a nueve años. *El Hobbit* fue aceptado. Los contratos se firmaron a principios de diciembre.

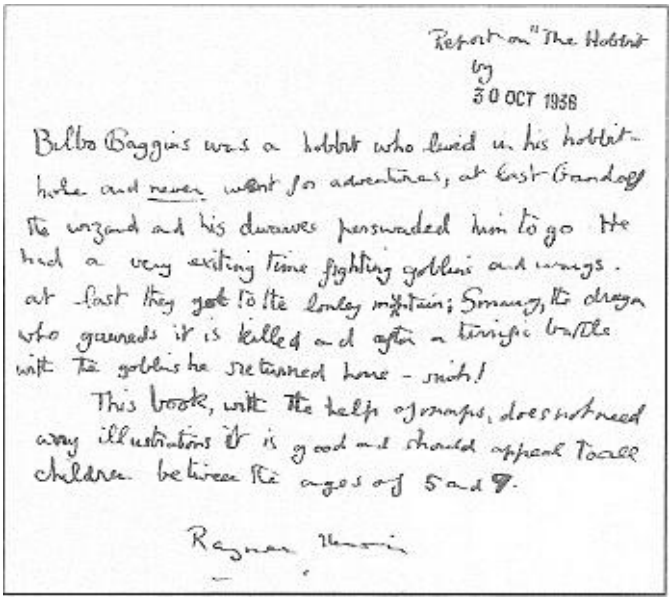
Una fotografía de Stanley Unwin publicada en el número del 1 de enero de 1938 en la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*. El biógrafo de Tolkien Humphrey Carpenter describe al editor como «bajo, barbado y de ojos brillantes», señala que Tolkien dijo que Unwin se parecía «exactamente a uno de mis enanos» (*Biografía*, p. 200).
Stanley Unwin (1884-1968) había trabajado en el mundo editorial antes de adquirir en 1914 los bienes de la firma en bancarrota George Allen & Sons, convirtiéndola en George Allen & Unwin. Su editorial tuvo mucho éxito y él se convirtió en una de las figuras principales del mundo editorial. Su libro *La verdad sobre el negocio editorial* (1926) es un clásico sobre la realidad del mundo editorial. En su autobiografía *La verdad acerca de un editor* (1960), Unwin decía que *El hobbit* era «una de mis publicaciones preferidas». Unwin fue nombrado caballero en 1946.

El 4 de diciembre de 1936, Susan Dagnall pidió Tolkien una corta descripción del libro para el catálogo de Allen & Unwin. Tolkien se lo envió antes del 10 de diciembre. El texto no sólo apareció en los *Summer Announcements* [catálogo de verano] de 1937 de Allen & Unwin, sino que también fue utilizado en la primera solapa de la sobrecubierta, con otros textos añadidos por el editor. El escrito de Tolkien es el siguiente:

> Si está interesado en viajes de ida y vuelta más allá del cómodo mundo occidental, más allá de las fronteras con la vida salvaje, y de vuelta a casa, y puede interesarse en un héroe humilde (bendecido con un poco de sabiduría y bastante buena suerte), aquí tiene el relato de semejante viaje y héroe. El período es la época antigua entre la edad de las hadas y el dominio del hombre, cuando todavía existía el famoso Bosque Negro, y las montañas estaban plagadas de peligros. Siguiendo la senda de este humilde aventurero, aprenderá a lo largo del camino (como él) —si es que ya no lo sabe todo sobre estas cosas— mucho sobre trolls, trasgos, enanos y elfos, y podrá vislumbrar algo de la historia y la política de una época tan importante y olvidada.
>
> El señor Bilbo Bolsón visitó a varias personas notables; habló con el dragón, Smaug el Magnífico; y estuvo presente, aunque involuntariamente, en la Batalla de los Cinco Ejércitos. Todo esto es de lo más extraordinario pues era un hobbit. Los hobbits han pasado inadvertidos para la historia y la leyenda, quizá porque preferían la comodidad a la aventura. Pero este relato, basado en sus memorias, del año más excitante en la habitualmente tranquila vida del señor Bolsón le dará una idea exacta de tan estimable pueblo, que ahora (según se dice) es difícil de ver. No les gusta el ruido.

El «manuscrito casero» de *El Hobbit* contenía evidentemente ilustraciones del propio Tolkien aunque su número resulta incierto. También tenía mapas, cinco de los cuales acompañaban al libro cuando fue enviado a Allen & Unwin en octubre de 1936.[17]

A lo largo de los años desde la publicación de *El Hobbit*, cierto número de las ilustraciones de Tolkien, ocho en blanco y negro y cinco en color (además de dos mapas), se han convertido en lo que se puede llamar las ilustraciones «estándar» que habitualmente aparecen en el libro.[18] Pero este estándar tardó algún tiempo en desarrollarse y las ilustraciones supervivientes asociadas con *El Hobbit* suman unas setenta piezas.


Report on "The Hobbit"
by
30 OCT 1936

Bilbo Baggins was a hobbit who lived in his hobbit-hole and never went for adventures, at last Gandalf the wizard and his dwarves persuaded him to go. He had a very exciting time fighting goblins and wargs. at last they got to the Lonely mountain; Smaug, the dragon who guarded it is killed and after a tiring battle with the goblins he returned home - safe!

This book, with the help of maps, does not need any illustrations it is good and should appeal to all children between the ages of 5 and 9.

Rayner Unwin

Informe de lectura de Rayner Unwin sobre *El Hobbit*, escrito cuando tenía diez años.
Rayner Unwin (1925-2000) fue, más que ningún otro, el editor de Tolkien. Tras empezar a trabajar en la empresa de su padre en 1951, fue el responsable de las obras de Tolkien durante el resto de la vida del autor y durante mucho tiempo después de su muerte. Rayner Unwin sucedió a su padre como presidente de la editorial tras la muerte de éste en 1968. Sus memorias sobre la empresa familiar *George Allen & Unwin: A Remembrancer*, aparecieron en 1999, con dos largos capítulos que explican sus experiencias como editor de Tolkien.

La primera edición británica no tenía ilustraciones en color, pero incluía diez en blanco y negro, junto con dos mapas. Todo los dibujos en blanco y negro de Tolkien para *El Hobbit* parecen proceder el período posterior a las vacaciones de diciembre de 1936 y antes de mediados de enero de 1937. El 4 de enero, Tolkien envió a Allen & Unwin cuatro dibujos acabados, entre ellos *Puerta de las estancias del Rey de los Elfos, Ciudad del Lago, Puerta principal* y *El Bosque Negro* (que Tolkien veía como guarda delantera). Al mismo tiempo envió la versión dibujada de nuevo del Mapa de Thror y el mapa de las Tierras Ásperas, habiendo decidido que los otros tres no eran necesarios (sin embargo, Tolkien tuvo que dibujar una vez más el Mapa de Thror en formato apaisado para utilizarlo como guarda). Dos semanas después envió seis dibujos más, realizados para que se distribuyeran mejor a lo largo del libro. Estas ilustraciones eran *La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua* (versión en blanco y negro), *Los Trolls, El Sendero de la Montaña, Las Montañas Nubladas hacia el oeste, Estancia de Beorn* y *La Estancia de Bolsón Cerrado*.

A finales de marzo, Allen & Unwin esperaba que Tolkien tuviera tiempo para realizar una ilustración para la sobrecubierta del libro. Él envió un diseño preliminar a principios de abril y el 25 de abril entregó el arte final (con instrucciones detalladas escritas en los márgenes para los impresores).

Cuatro de los cinco dibujos a color de Tolkien para *El Hobbit* se realizaron durante un par de semanas de vacaciones universitarias a mediados de julio de 1937. Fueron *Rivendel, Bilbo se despertó con el sol temprano en sus ojos, Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía* y *Conversación con Smaug*. La quinta, una versión coloreada de *La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua* fue completada el

13 de agosto.

La complejidad de los mapas, las ilustraciones y a sobrecubierta ocuparon a Tolkien y a Allen & Unwin la mayor parte del primer semestre de 1937. En sus memorias, Rayner Unwin describe la situación de la siguiente manera:

> Sólo en 1937 Tolkien envió 26 cartas a George Allen & Unwin y recibió 31 cartas en respuesta. Por parte de Tolkien todas estaban escritas a mano, a veces con una extensión de hasta cinco páginas detalladas, fluidas, a menudo incisivas, pero infinitamente educadas y exasperantemente precisas. El tiempo y la paciencia que su editor dedicó a lo que debería haber sido una sencilla tarea de composición es sorprendente. Dudo que ningún autor en la actualidad, por muy famoso que fuera, recibiría una atención tan escrupulosa. (*George Allen & Unwin — A Remembrancer*. p. 75)

El primer anuncio de la publicación de *El Hobbit* apareció en la edición del 6 de febrero de 1937 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller. Allen* & Unwin insertó un anuncio con sus novedades para marzo y abril, y *El Hobbit* era el primero del mes de abril, donde se le describe (en una comparación extraña) como «la historia en su género más deliciosa desde *La olla de oro*», un librode James Stephens publicado en 1912. *El Hobbit* se anunciaba como «ilustrado» con el mismo precio (7 chelines y 6 peniques) que tuvo el libro publicado.

Probablemente a finales de abril de 1937 enviaron una copia de *El Hobbit* a la editorial de Boston Houighton Mifflin Company, para que hicieran una oferta por los derechos para Estados Unidos. En esa época, varias editoriales británicas tenían acuerdos con editoriales similares en Estados Unidos, y en este contexto los lazos de Allen & Unwin eran con Houghton Mifflin. En aquel entonces Paul Brooks era un joven editor en Houghton Mifflin y mucho después explicó en sus memorias *Two Park Street* (1986) la reacción inicial en Houghton Mifflin ante *El Hobbit*: «Nuestro director editorial (que en aquel entonces estaba a cargo de los libros infantiles) no estaba impresionado. Tampoco lo estaba la bibliotecaria de la Biblioteca Pública de Boston, a la que pedimos su opinión profesional. Pero por alguna razón —aunque no tengo ni idea sobre literatura juvenil— leí *El Hobbit* y fui atrapado por el señor Bilbo Bolsón y su gente. No importaba a qué edad estuviera destináda la historia, había que darle una oportunidad» (p. 107).[19]

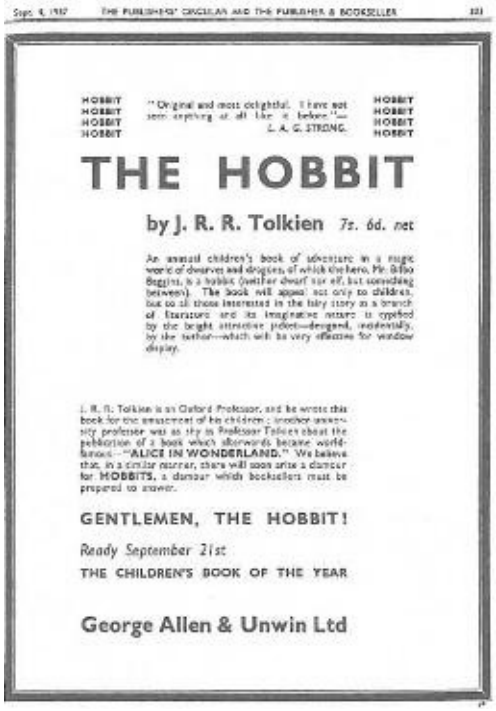
Sorprendentemente, Houghton Mifflin sugirió que se encargasen algunas ilustraciones adicionales en color a «buenos artistas americanos» para acompañar los dibujos en blanco y negro de Tolkien. Tolkien aceptó en una carta del 13 de mayo de 1937, siempre que fuera posible «vetar todo lo proveniente de los estudios Disney o influido por ellos (por cuya obra siento el más profundo aborrecimiento)»[20] (*Cartas*, n.º 13); pero Allen & Unwin le convenció de que era mejor que todas las ilustraciones fueran de su mano. Mayor confusión resultó del envío por parte de Tolkien a Houghton Mifflin de algunas ilustraciones en color que no eran para *El Hobbit* antes de enviar cinco para la historia. Houghton Mifflin seleccionó cuatro de las cinco y, a sugerencia de Allen & Unwin, pagó al artista cien dólares.

Tolkien recibió las primeras pruebas del texto en dos paquetes el 20 y 24 de

febrero de 1937. Tolkien los devolvió a Allen & Unwin el 11 de marzo. Sus correcciones eran muchas y aunque había calculado la extensión de los pasajes reemplazados, fue necesario recomponer bastantes secciones. Tolkien recibió las pruebas revisadas a principios de abril y las devolvió el 13 de abril.

El libro fue impreso en junio, pero la publicación fue pospuesta para permitir el envío de ejemplares de lectura y llegar a la campaña de Navidad. En un anuncio aparecido en el número del 3 de julio de 1937 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*, Allen & Unwin recolocaba el libro en el catálogo de otoño. La descripción en este anuncio dice: «Un libro de aventuras en un mundo mágico de enanos y dragones, por un profesor de Oxford. Quizá un nuevo *Alicia en el País de las Maravillas*».

Tolkien recibió el primer ejemplar del libro el 13 de agosto. Unas pocas semanas antes la publicación del libro el 21 de septiembre, Stanley Unwin tomó la inusual decisión de pagar un anuncio a toda página en la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*, llamando a *El Hobbit* «el libro infantil del año». Allen & Unwin dedicaba rara vez un anuncio a toda página para promocionar un solo libro, pero en el caso de *El Hobbit* lo hizo tres veces.


HOBBIT HOBBIT HOBBIT HOBBIT

"Original and most delightful. I have not seen anything at all like it before."
L. A. G. STRONG.

HOBBIT HOBBIT HOBBIT HOBBIT

THE HOBBIT

by J. R. R. Tolkien 7s. 6d. net

An unusual children's book of adventure in a magic world of dwarves and dragons, of which the hero, Mr. Bilbo Baggins, is a hobbit (neither dwarf nor elf, but something between). The book will appeal not only to children, but to all those interested in the fairy story as a branch of literature and its imaginative nature is typified by the bright attractive jacket—designed, incidentally, by the author—which will be very effective for window display.

J. R. R. Tolkien is an Oxford Professor, and he wrote this book for the amusement of his children; another university professor was so shy in Professor Tolkien about the publication of a book which afterwards became world-famous—"ALICE IN WONDERLAND." We believe that, in a similar manner, there will soon arise a clamour for HOBBITS, a clamour which booksellers must be prepared to answer.

GENTLEMEN, THE HOBBIT!

Ready September 21st

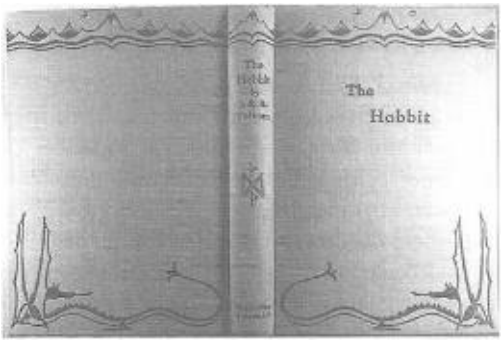
THE CHILDREN'S BOOK OF THE YEAR

George Allen & Unwin Ltd

Anuncio a toda página de *El Hobbit* en el número del 4 de septiembre de 1937 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*.

Finalmente, *El Hobbit* fue publicado en Inglaterra el 21 de septiembre de 1937, con una primera tirada de 1.500 ejemplares. Tolkien acordó con Allen & Unwin que enviarían ejemplares a C. S. Lewis, la *Oxford Magazine*, la Book Society, y a dos de sus colegas más próximos, los catedráticos George Gordon de Oxford y R. W. Chambers de la University of London. De sus ejemplares personales, Tolkien repartió bastantes entre los miembros de su familia. Otros fueron a antiguos alumnos que se

habían convertido en colegas y amigos de la familia, entre ellos E. V. Gordon, Elaine Griffiths, Helen Buckhurst, Simonne d'Ardenne, Stella Mills y Katherine Kilbride. Un ejemplar se envió a la familia Jennings.



La tapa de la edición de *El Hobbit* de Allen & Unwin fue diseñada por Tolkien. (Algunos de sus dibujos pueden verse en *Artista*, n.º 140 y n.º 141.) Las runas en el lomo, dos TH y una D abajo, se refieren a Thorin y Thror, y a la puerta secreta en la Montaña Solitaria (marcada también con una runa D en el Mapa de Thror).

Allen & Unwin también envió ejemplares a algunos críticos, entre ellos Richard Hughes y Arthur Ransome, solicitando su opinión. Una selección de los comentarios de los críticos se convirtió en la base del siguiente anuncio a toda página de Allen & Unwin en el número del 6 de noviembre de 1937 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*. Allen & Unwin preparó otros materiales publicitarios como una postal de la sobrecubierta y un facsímile de una carta del novelista Richard Hughes.[21]

La National Book Fair [Feria Nacional del Libro] se celebró en Londres el sábado 20 de noviembre y el reportaje sobre la feria publicado en la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller* señala que Su Alteza Real el Duque de Kent había comprado un ejemplar de *El Hobbit*. Tolkien visitó la feria.

En la sede de Allen & Unwin en Museum Street se dispuso un escaparate con cerca de cincuenta ejemplares de *El Hobbit* dispuestos frontalmente en unos estantes. (Una pequeña fotografía del montaje apareció en el número del 2 de noviembre de 1937 en la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*.)

La sobrecubierta de la edición de Allen & Unwin también fue diseñada por Tolkien, utilizando el azul y el verde además del blanco y negro. (Un primer diseño y el arte final se pueden ver en *Artista*, n.º 143 y n.º 144.) Tolkien quería que el sol y el dragón fueran impresos en rojo, pero la idea fue rechazada por Allen & Unwin por razones de coste.
Wayne G. Hammond y Christina Scull han dicho del diseño de Tolkien lo siguiente:

> La sobrecubierta de *El Hobbit* es tan atractiva hoy como en 1937. Pero si atrae no es por el color sino por su

fuerza gráfica. Las monjías se extienden rítmicamente sobre toda la superficie, mientras que sus penachos de nieve contrastan intensamente con las laderas de tonos oscuros. Líneas dentadas como rayos relampagueantes pasan a través de las montañas y vibran a sus pies. En la parte baja del dibujo los troncos de árbol aparecen, ora negros, ora blancos. Como tantos dibujos de Tolkien, éste está diseñado en torno a un eje central: aquí la larga carretera que a través del bosque llega hasta la Montaña Solitaria. Su contenido es asimétrico: en la distancia imperan la noche, la oscuridad, el mal en forma de dragón; en la parte delantera aparecen el día, la luz, el bien en forma de águilas que acuden por dos veces en misión de rescate a lo largo del relato (*Artista*, p. 149).

La primera tirada de *El Hobbit* se vendió bien, y fue necesaria una reimpresión antes de Navidades, los cinco dibujos en color fueron reclamados antes de aparecer la edición norteamericana y Allen & Unwin decidió incluir cuatro de ellos en la segunda impresión sin subir el precio. Cuatro ilustraciones en color aparecieron más tarde en la edición norteamericana, pero mientras Allen & Unwin escogieron *Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía*, Houghton Mifflin eligió *Bilbo se despertó con el sol temprano en sus ojos*.[22]

La segunda impresión de Allen & Unwin consistió en 2.300 ejemplares. Fueron impresos a principios de diciembre de 1937, pero no todos fueron encuadernados (423 ejemplares sin encuadernar fueron destruidos en noviembre de 1940 cuando fue bombardeado el almacén del editor).

Do you know what the critics say about

THE HOBBIT?

THE TIMES

TIME AND TIDE

TIMES LITERARY SUPPLEMENT

RICHARD HUGHES

L. A. G. STRONG

JOHN BRIVERS

It is worth your while to stock and to DISPLAY this remarkable children's book

Attractive 3-colour showcard (18" × 12") with mounted jacket
Copies of facsimile letter from Richard Hughes
Decorative announcement sheet containing extracts from reviews
Display card with offprint of full-length review from Time and Tide

GEORGE ALLEN & UNWIN LIMITED

Segundo anuncio a toda página de Allen & Unwin con la acogida crítica del libro, en el número del 6 de noviembre de 1937 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Book-seller*.

Las dos primeras reseñas publicadas de *El Hobbit* son las más positivas y perceptivas. Aparecieron anónimamente en el *Times Literary Supplement* y en el *Times*. Ambas fueron obras del íntimo amigo de Tolkien C. S. Lewis.

La primera responde directamente a la comparación[23] que hace el editor con el libro de Lewis Carroll:

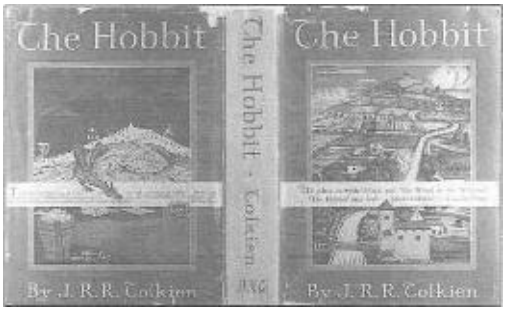
El editor comenta que *El Hobbit*, aunque muy diferente a *Alicia*, se parece a ésta en que es obra de un profesor

dedicado al juego. Una verdad mucho más importante es que ambos pertenecen a ese pequeño grupo de libros que no tienen nada en común excepto que son nuestra puerta de entrada a su propio mundo. Un mundo que parece que ha existido antes de que tropezáramos con él pero que, una vez encontrado por el lector correcto, se vuelve indispensable para él. Su lugar está con *Alicia. Planilandia, Phantastes, El viento en los sauces*.

… Debe tenerse en cuenta que éste es un libro para niños en el sentido de que la primera de muchas lecturas puede hacerse en la escuela. Los niños leen con gravedad *Alicia*, y los adultos lo leen entre risas; *El Hobbit*, en cambio, resultará muy gracioso a los lectores más pequeños, y sólo años más tarde, a una décima o vigésima lectura, empezarán a darse cuenta del diestro conocimiento y la profunda reflexión que fueron necesarios para que todo en él pareciera tan maduro, tan amistoso y, a su modo, tan veraz. Las predicciones son peligrosas, pero es muy posible que *El Hobbit* se convierta en un clásico. (*Times Literary Supplement*, 2 de octubre de 1937.)

La segunda reseña fue aún más penetrante:

La verdad es que en este libro se unen un buen número de cosas nunca unidas antes: riqueza de humor, comprensión de los niños, y una feliz fusión del erudito y el poeta en la captación de la mitología. A la vera de un valle uno de los personajes del profesor Tolkien puede detenerse y decir: «Huele como los elfos». Quizá pasen años antes de que se dé entre nosotros otro escritor con semejante olfato para los elfos. Parece que el profesor 110 inventa nada. Ha estudiado a trolls y dragones de primera mano y los describe con la fidelidad que es mucho mejor que océanos de insustancial «originalidad». (*The Times*, 8 de octubre de 1937.)



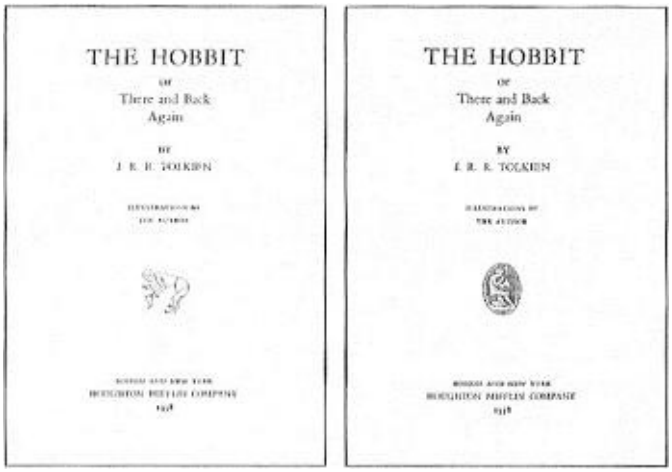
La sobrecubierta de la edición norteamericana de 1938, publicada por Houghton Mifflin Company, reproducía dos ilustraciones a color de Tolkien en cubierta y contracubierta.

Se han podido localizar alrededor de treinta reseñas de la primera edición británica de *El Hobbit*. Muchas de ellas son muy breves, pero unas pocas tienen algo más que decir que la simple descripción del libro.[24]

La reseña de Alice Forrester en la *Poetry Review* (noviembre-diciembre de 1937) comenta sobre los poemas de Tolkien: «Sólo quedan por comentar de este libro sus canciones y poemas que están unidos y ayudan a crear una atmósfera vivida y algo misteriosa».

En *Junior Bookshelf*, Eleanor Graham dio a *El Hobbit* una de sus pocas reseñas negativas:

El Hobbit es un libro extraño. Contiene los elementos para una muy buena historia, o quizá para un libro de cuentos cortos para niños, pero, en mi opinión, está malogrado por algunos reflejos de la actitud del autor hacia el mundo. Un cierto espíritu de «Tía Sally» reemplaza la benevolencia que es habitual en los libros infantiles más queridos. En vez de obstáculos naturales en el camino de la historia, el viaje del hobbit y sus compañeros se ve interrumpido por obstrucciones que dan la impresión de ser retrocesos deliberadamente intencionados y no un desarrollo natural… En cambio existe una desagradable sensación de compulsión y el hobbit realmente no se resigna nunca ni a su exilio ni a su largo viaje. Junto a estas críticas, también tengo que decir que hay un fuerte sentido de realidad en la escritura y es realmente destacable, de manera que a la gente que les guste, les va a gustar mucho. (*Junior Bookshelf*, diciembre de 1937.)



Al menos hubo dos impresiones de la edición de Houghton Mifflin en 1938. La primera tiene un hobbit que se inclina en la portada, mientras que la reimpresión lleva el sello editorial de Houghton Mifflin, una figura sentada que toca la flauta.[25]

L. A. G. Strong escribió en el *Spectator* el 3 de diciembre de 1937: «Es peligroso decir que un libro es realmente original, pero en este caso el riesgo vale pena. *El Hobbit* se convertirá en un clásico».

Una publicación australiana, *All About Books*, dio al libro una de sus reseñas más largas en el número del 15 de enero de 1938, a cargo de G. H. Cowling, que había sido colega de Tolkien en Leeds. Sugería un número de posibles fuentes de elementos en *El Hobbit*: «Si fuera un científico podría hablar largamente de los hobbits y decir si derivan su nombre de los “hobs” o de los “rabbits” “conejos”]. Pero no lo soy, de manera que sólo disfrutaré del cuento». Cowling concluía: «Ésta es realmente una historia de hadas, con la ambientación indudable del país de las hadas».

R. B. McCallum, uno de los Inklings y colega de Tolkien, escribió en el *Pembroke College Record* de 1937-1938: «Todo el libro es destacable por la solidez y exactitud de la narrativa, una vena de humor feliz y reflexiva y por la sensatez de la filosofía de fondo. Nada puede disminuir el lustre que el nombre de Lewis Carroll da a Christ Church pero puede ser que el hecho que el autor de *El Hobbit* sea profesor en Pembroke dé un interés adicional a aquellos que nos visiten en el futuro».

En Estados Unidos, se anunció la publicación de *El Hobbit* para el 23 de febrero de 1938 en el número de febrero de 1938 de la *Retail Bookseller*, pero evidentemente algunos problemas con la impresión o la encuadernación retrasaron un poco el libro. Fue anunciado de nuevo en el número de marzo de *Retail Bookseller* con fecha de publicación 2 de marzo, aunque los ejemplares estuvieron disponibles unos días antes.

Anuncio a toda página de Houghton Mifflin en el número del 26 de marzo de 1938 de *Publishers Weekly*.

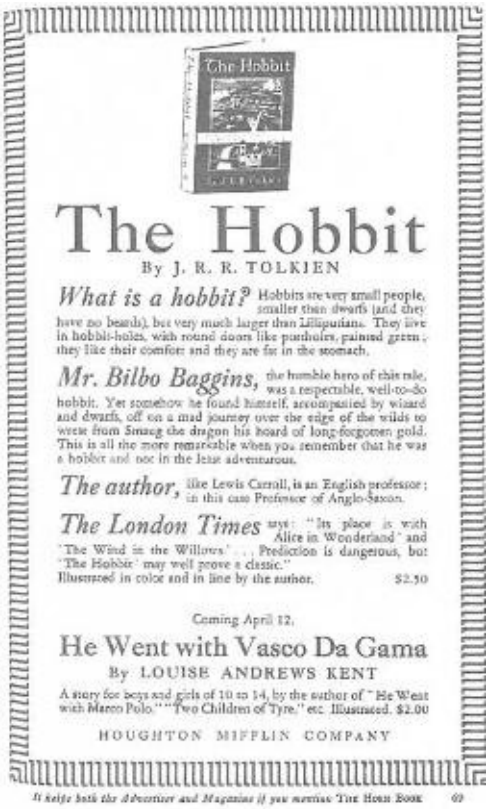
Se han podido localizar más de veinte reseñas de la primera edición norteamericana de *El Hobbit* y a continuación se seleccionan algunos extractos representativos. La primera reseña, que precedió a la publicación de libro, fue obra de Mary Lamberton Becker en el *New York Herald Tribune*:

> En el momento de escribir, aún bajo el embrujo de la historia, no puedo dejar de preguntarme si le va a gustar a los niños estadounidenses. Mi impulso es decir que si no es así peor para ellos. Como el erudito Charles Dogdson, el autor es profesor en Oxford, siendo su especialidad el anglosajón; como Alicia, la historia tiene la inconfundible señal de haber sido explicada a niños inteligentes. Pero su estilo no es como el de Lewis Carroll; es mucho más como el de Dunsany… Estas páginas contienen un mundo, una odisea comprimida, a medida que evolucionan las aventuras en el camino hacia el tesoro del dragón. No sé si a nuestros niños les gustará una historia tan concentrada, cuando cada uno de sus capítulos sería un libro por derecho propio; pueden llegar a pensar que han recibido demasiado por su dinero. Pero los enanos se han puesto este año de moda en América; quizá éstos se beneficien del éxito de Disney. (*New York Herald Tribune*, 20 de febrero de 1938.)

Sophia L. Goldsmith escribía en el *New York Post* en marzo de 1938: «Este libro gustará por igual a niños y a niñas. Tiene un encanto inmenso, humor genuino y enanos que dejan a los amigos de Blancanieves completamente en la sombra».

Anne T. Eaton (1881-1971), una figura muy conocida de la literatura infantil y bibliotecaria en la Lincoln School del Teachers' College de la Universidad de Columbia, escribió:

> Éste es uno de los más frescamente originales y deliciosamente imaginativos libros infantiles que han aparecido en mucho tiempo… [Hay] bosques que recuerdan los de los relatos en prosa de William Morris. Como los países de Morris, las Tierras Ásperas es el País de las Hadas, aunque tiene una cualidad terrena, el aroma de los árboles, lluvias torrenciales y el olor de las hogueras… Las canciones de enanos y elfos son verdadera poesía, y como el autor tiene la suficiente fortuna de ser capaz de hacer sus propios dibujos, las ilustraciones son compañeras perfectas del texto. (*New York Times Book Review*, 13 de marzo de 1938.)


The Hobbit
The Hobbit
By J. R. R. TOLKIEN
What is a hobbit? Hobbits are very small people, smaller than dwarfs (and they have no beards), but very much larger than Lilliputians. They live in hobbit-holes, with round doors like portholes, painted green; they like their comfort and they are fat in the stomach.
Mr. Bilbo Baggins, the humble hero of this tale, was a respectable, well-to-do hobbit. Yet somehow he found himself, accompanied by wizard and dwarfs, off on a mad journey over the edge of the wilds to wrest from Smaug the dragon his hoard of long-forgotten gold. This is all the more remarkable when you remember that he was a hobbit and not in the least adventurous.
The author, like Lewis Carroll, is an English professor; in this case Professor of Anglo-Saxon.
The London Times says: "Its place is with 'Alice in Wonderland' and 'The Wind in the Willows' . . . Prediction is dangerous, but 'The Hobbit' may well prove a classic."
Illustrated in color and in line by the author. $2.50
Coming April 12.
He Went with Vasco Da Gama
By LOUISE ANDREWS KENT
A story for boys and girls of 10 to 14, by the author of "He Went with Marco Polo," "Two Children of Tyre," etc. Illustrated. $2.00
HOUGHTON MIFFLIN COMPANY
It helps both the Advertiser and Magazine if you mention THE HORN BOOK 69

Anuncio de Hougton Mifflin para *El Hobbit* en el número de marzo-abril de 1938 en *Horn Book*.

Eaton también escribió sobre el libro en *Horn Book*:

> La época de la historia se desarrolla entre la edad de las hadas y el dominio de ios hombres, y la escena se sitúa en uno de esos países mágicos que, como las tierras de los relatos en prosa de William Moris, son parte indiscutible a la vez de Inglaterra y el País de las Hadas. En el escenario de la historia abundan auténticos fragmentos de mitología y magia y el estilo del libro es de una singular cualidad. Está escrito con un sereno humor y esos detalles lógicos que deleitan a los niños… Todos aquellos, grandes y pequeños, a los que les guste una historia imaginativa, bellamente narrada, convertirán *El Hobbit* es su libro de cabecera. (*Horn Book*, marzo-abril de 1938.)

Horn Book tuvo un interés considerable en *El Hobbit*. Anne Carroll Moore (1971-1961), la bibliotecaria de la sección infantil de la Biblioteca Pública de Nueva York, también escribió sobre el libro en su columna «The Three Owl's Notebook» [«Cuaderno de apuntes de los tres búhos»] en el número de marzo-abril, calificándolo como:

> un refrescante y original cuento de aventuras de enanos, trasgos, elfos, dragones, trolls, etc., en la tradición de las antiguas sagas. Creo que es un error comparar *El Hobbit* con *Alicia* o con *El viento en los sauces*. No se parece en nada a ambos. Está firmemente arraigado en *Beowulf*, en tradición sajona y aunque dirigido a la infancia tiene cosas en común con *The Treasure of the Isle of Mist* [*El tesoro de la Isla de Niebla*] de W. W. Tarn y con ciertos cuentos de William Morris. Hay un gran conocimiento detrás de *El Hobbit*, mientras que una rica vena de humor conecta este pequeño ser, descrito como más pequeño que un enano, con los extraños seres del mundo antiguo y del mundo en el que vivimos en la actualidad. (*Horn Book*, marzo-abril de 1938.)

En el número de mayo de 1938, una de las fundadoras de la revista, Bertha E. Mahony, presentaba *El Hobbit* como uno de un grupo de «ciertos libros que permanecen en la mente como la poesía, revelando siempre alegrías frescas y nuevos

significados». Y en ese número se reprodujo una buena selección de páginas del capítulo 1 de *El Hobbit*.

May 7, 1938 THE PUBLISHERS' CIRCULAR AND THE PUBLISHER & BOOKSELLER

J. R. R. TOLKIEN'S

THE HOBBIT

Acclaimed in America as the best juvenile of the season

WESTERN UNION CABLEGRAM

American opinion is only following in the footsteps of critics here

"The Hobbit is pure fantasy . . . It is grand imaginative stuff . . . Mr. Baggins is well worth knowing and grows on you."—Howard Spring in Evening Standard.

"Its place is with Alice, Flatland, The Wind in the Willows."—Times Literary Supplement.

"The Hobbit is a glorious book, a lusty full-length tale of unlikely adventures with dwarfs, eagles, dragons, goblins and gold . . . No normal child could resist it."—Phoebe Fenwick Gore in Time and Tide.

With line and four-colour half-tone Illustrations by the Author

Stock and display *The Hobbit* 7s. 6d. net

LONDON: GEORGE ALLEN AND UNWIN LTD

Después de ganar *el Hobbit* el premio del *New York Herald Tribune*, Tolkien fue notificado mediante telegrama de Ferris Creenslet de Houghton Mifflin Company. Stanley Unwin reconoció el valor de publicitar el premio al libro en Inglaterra y reprodujo el telegrama en un anuncio a toda página en el número del 7 de mayo de 1938 de la *Publisher's Circular and The Publisher & Bookseller*.

Mary A. Whitney escribió en el *Christian Science Monitor* del 31 de marzo de 1938: «A todos los que le guste un cuento sólido lleno de originalidad e imaginación se deleitarán con las aventuras del hobbit». Y William Rose Benét, en la *Saturday Review* del 2 de abril de 1938, llamó a *El Hobbit* «una destacable obra de literatura imaginativa para niños que viene de un profesor de anglosajón en Oxford, como *Alicia en el País de las Maravillas* provino de una matemático como el reverendo Dodgson. *El Hobbit* es a la vez prosa y poesía, y, sobre todo, tremendamente divertido».

El 25 de abril de 1938, Tolkien recibió un telegrama de Ferris Greenslet de Houghton Mifflin, comunicándole que *El Hobbit* iba a recibir un premio de 250 dólares. En su segundo Festival Infantil anual, el *New York Herald Tribune* tenía planeado dar dos premios, cada uno de 250 dólares, uno para el mejor libro infantil publicado en primavera y el otro para el mejor libro juvenil. *El Hobbit* ganó el premio infantil y el ganador en la categoría juvenil fue *Iron Duke [El duque de hierro*] de John R. Tunis, una historia universitaria ambientada en Harvard.

Los jueces de la categoría infantil fueron May Lamberton Becker (presidenta), Elizabeth Morrow (esposa del embajador de los Estados Unidos en México, Dwight W. Morrow, y madre de la escritora Anne Morrow Lindbergh) y Stephen Vincent Benét. El premio fue otorgado en un almuerzo especial el martes 17 de mayo de 1938. El almuerzo, presidido por Irita Van Doren, editora de la sección de libros del

New York Herald Tribune, tuvo lugar el último día de la convención anual de la American Bookseller Association [Asociación Americana de Libreros] en el Hotel Pennsylvania de Nueva York. Un miembro de la red comercial de Houghton Mifflin, LeBaron R. Barker Jr., aceptó el premio en nombre de J. R. R. Tolkien.[26]

Como en Inglaterra, hubo división de opiniones a la vista de las reseñas de *El Hobbit*. Mary L. Lucas escribió sobre el hobbit y los enanos: «Sus aventuras y desgracias son numerosas, de hecho demasiado numerosas para disfrutar realmente de la lectura. El libro se lee mejor en voz alta y a pequeñas dosis, o se debe advertir al niño que lo lea así por sí mismo. Tendrá un éxito limitado si no es correctamente introducido y aún así sólo gustará a aquellos niños que tengan una imaginación viva» (*Library Journal*, 1 de mayo de 1938).

En el *Catholic World* de julio de 1938, el anónimo comentarista escribía: «Le aseguramos que le gustará este movido cuento tanto como a su hijo. Haga que resuelva los acertijos de Gollum y Bilbo. Ellos solos valen el precio del libro». Y Harry Lorin Bisse llamó al libro, en una muy corta reseña en *Commonweal* del 2 de diciembre de 1938, «un brillante cuento de hadas moderno».

El Hobbit fue un éxito en Estados Unidos. En junio, ya se habían vendido casi tres mil ejemplares. Houghton Mifflin decidió anunciar de nuevo el libro a la cabeza de su catálogo juvenil de otoño, con la esperanza de aumentar las ventas. El anuncio del libro en el número de Navidad de 1938 en la revista *Horn Book* (véase nota 6 del capítulo 1), incluía el dibujo de un hobbit para el que Tolkien había proporcionado más detalles descriptivos. *El Hobbit* fue expuesto con otros cincuenta libros infantiles en la exposición anual de noviembre y diciembre en las salas dedicadas a la literatura infantil de la Biblioteca Pública de Nueva York, y fue elogiado en el folleto, *Children's Books 1938* [*Libros infantiles 1938*], publicado para la ocasión. El libro fue reimpreso y a finales de 1938 las ventas de la edición norteamericana habían sobrepasado los cinco mil ejemplares.

El Hobbit perdió algo de fuelle tras el estallido de la segunda guerra mundial. Debido al racionamiento de papel, impuesto en Inglaterra en abril de 1940 (algunos meses antes el almacén de Allen & Unwin al norte de Londres fue bombardeado y se perdieron más de un millón de libros), *El Hobbit* estuvo agotado en Inglaterra durante la mayor parte de la década de 1940, a pesar del deseo de autor y editor de mantenerlo en catálogo. El racionamiento de papel estuvo en vigor hasta 1949.

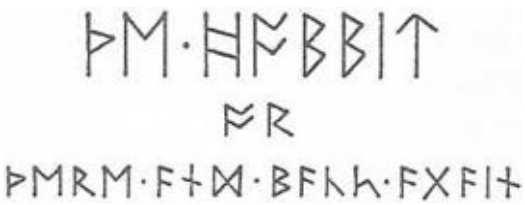
A principios de la década de 1950 (quizá espoleado por la publicación a finales de 1949 de *Egidio, el granjero de Ham*), *El Hobbit* volvió a estar de actualidad. Casi trece años después de dar a *El Hobbit* una reseña desconcertante, la revista *Junior Bookshelf* quiso equilibrar la balanza con algunos astutos comentarios de Marcus S. Crouch:

> *El Hobbit* ha tenido un éxito desigual, como todos los libros marcadamente originales. Ha sido, creo, sólo un éxito moderado en las librerías y los bibliotecarios que tuvieron el valor de comprarlo en cantidades importantes no pueden decir que rivalice en popularidad con los bienes que se producen en grandes cantidades

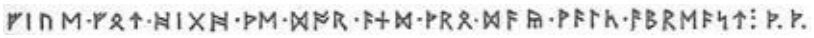
en la actualidad. Me parece, sin embargo, que tiene en un nivel muy alto algunas de las cualidades que lo harán perdurar. No sé de ningún libro infantil publicado en los últimos veinticinco años del que pueda predecir con mayor seguridad que se seguirá leyendo en el siglo XXI. (*Junior Bookshelf* marzo de 1950.)

En la década de 1950 las ventas de *El Hobbit* subieron considerablemente y con mayor impulso tras la publicación de la largamente esperada secuela, *El Señor de los Anillos*. Ha habido diversas dramatizaciones del libro, aficionadas y profesionales, desde marzo de 1953, cuando se estrenó la primera adaptación autorizada en la St. Margaret's School de Edimburgo. A ésta han seguido numerosas adaptaciones, entre ellas el execrable programa de televisión de 1977 basado en el libro, varias versiones en audio y una representación por parte de la Ópera Nacional finesa en octubre de 2001. Las ventas de ejemplares del libro hace tiempo que llegaron al nivel multimillonario. En Gran Bretaña se puso a la venta en 1998 un sello de correos en honor de *El Hobbit*. Al aproximarse el sesenta y cinco aniversario de su publicación, *El Hobbit* ha aparecido en más de cuarenta idiomas. No cabe la menor duda que *El Hobbit* es un clásico en todo el mundo, para todas las edades y en todas las épocas.

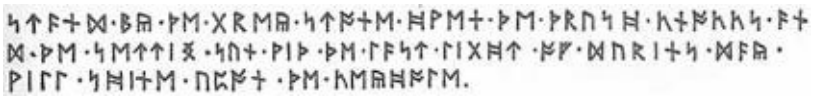
El 21 de julio de 1998, *El Hobbit* fue honrado con un sello de correos en Gran Bretaña dentro de la serie «Mundos mágicos: libros de fantasía clásicos para niños». La serie homenajeaba a otras cuatro obras además de *El Hobbit. A través del espejo* (1872) de Lewis Carroll, *The Phoenix and the Carpet* [*El fénix y la alfombra*] (1904) de E. Nesbit, *El León, la Bruja y el Armario* (1950) de C. S. Lewis y *The Borrowers* (1952) de Mary Norton. Las ilustraciones de los sellos son de Peter Malone.



Esta es una historia de hace mucho tiempo. En esa época los lenguajes eran bastante distintos de los de hoy… Las runas eran letras que en un principio se escribían mediante cortes o incisiones en madera, piedra, o metal. En los días de este relato los Enanos las utilizaban con regularidad, especialmente en registros privados o secretos. Si las runas del Mapa de Thror son comparadas con las transcripciones en letras modernas, no será difícil reconstruir el alfabeto (adaptado al inglés actual), y será posible leer el título rúnico de esta página. Desde un margen del mapa una mano apunta a la puerta secreta, y debajo está escrito:



Las dos últimas runas son las iniciales de Thror y Thrain. Las runas lunares leídas por Elrond eran:



En el Mapa los puntos cardinales están señalados con runas, con el Este arriba, como es común en los mapas de enanos y han de leerse en el sentido de las manecillas de reloj: Este, Sur, Oeste, Norte. [1]

1
Una tertulia inesperada

EN UN AGUJERO EN EL SUELO, vivía un hobbit.[1] No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

Tenía una puerta redonda, perfecta como un ojo de buey, pintada de verde, con una manilla de bronce dorada y brillante, justo en el medio. La puerta se abría a un vestíbulo cilíndrico, como un túnel: un túnel muy cómodo, sin humos, con paredes revestidas de madera y suelos enlosados y alfombrados, provistos de sillas barnizadas, y montones y montones de perchas para sombreros y abrigos; el hobbit era aficionado a las visitas. El túnel se extendía serpeando, y penetraba bastante, pero no directamente, en la ladera de la colina —La Colina, como la llamaba toda la gente de muchas millas alrededor—, y muchas puertecitas redondas se abrían en él, primero a un lado y luego al otro. Nada de subir escaleras para el hobbit: dormitorios, cuartos de baño, bodegas, despensas (muchas), armarios (habitaciones enteras dedicadas a ropa), cocinas, comedores, se encontraban en la misma planta, y en verdad en el mismo pasillo. Las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda de la puerta principal, pues eran las únicas que tenían ventanas, ventanas redondas, profundamente excavadas, que miraban al jardín y los prados de más allá, camino del río.[2]

Este hobbit era un hobbit acomodado, y se apellidaba Bolsón.[3] Los Bolsón habían vivido en las cercanías de La Colina desde hacía muchísimo tiempo, y la gente los consideraba muy respetables, no sólo porque casi todos eran ricos, sino también porque nunca tenían ninguna aventura ni hacían algo inesperado: uno podía saber lo que diría un Bolsón acerca de cualquier asunto sin necesidad de preguntárselo. Ésta es la historia de cómo un Bolsón tuvo una aventura, y se encontró a sí mismo haciendo y diciendo cosas por completo inesperadas. Podría haber perdido el respeto de los vecinos, pero ganó… Bueno, ya veréis si al final ganó algo.

La madre de nuestro hobbit particular… pero ¿qué es un hobbit? Supongo que los hobbits necesitan hoy que se los describa de algún modo, ya que se volvieron bastante raros y tímidos con la Gente Grande, como nos llaman. Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados.[4] Los hobbits no tienen barba. Hay poca o ninguna magia en ellos, excepto esa común y cotidiana que los ayuda a desaparecer en silencio y rápidamente, cuando gente grande y estúpida como vosotros o yo se acerca sin mirar por dónde va, con un ruido de elefantes que puede oírse a una milla de distancia.[5] Tienden a ser gruesos de vientre; visten de colores brillantes (sobre todo verde y amarillo); no usan zapatos, porque en los pies tienen suelas naturales de piel y un pelo espeso y tibio de color castaño, como

el que les crece en las cabezas (que es rizado); los dedos son largos, mañosos y morenos, los rostros afables, y se ríen con profundas y jugosas risas (especialmente después de cenar, lo que hacen dos veces al día, cuando pueden).[6] Ahora sabéis lo suficiente como para continuar el relato. Como iba diciendo, la madre de este hobbit —o sea, Bilbo[7] Bolsón— era la famosa Belladonna Tuk, una de las tres extraordinarias hijas del Viejo Tuk,[8] patriarca de los hobbits que vivían al otro lado de Delagua, el riachuelo que corría al pie de La Colina. Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado sin duda con un hada.[9] Eso era, desde luego, absurdo, pero por cierto había todavía algo no del todo hobbit en ellos, y de cuando en cuando miembros del clan Tuk salían a correr aventuras. Desaparecían con discreción, y la familia echaba tierra sobre el asunto; pero los Tuk no eran tan respetables como los Bolsón, aunque indudablemente más ricos.

Al menos Belladonna Tuk no había tenido ninguna aventura después de convertirse en la señora de Bungo Bolsón. Bungo, el padre de Bilbo, le construyó el agujero-hobbit más lujoso (en parte con el dinero de ella) que pudiera encontrarse bajo La Colina o sobre La Colina o al otro lado de Delagua, y allí se quedaron hasta el fin. No obstante, es probable que Bilbo, hijo único, aunque se parecía y se comportaba exactamente como una segunda edición de su padre, firme y comodón, tuviese alguna rareza de carácter del lado de los Tuk, algo que sólo esperaba una ocasión para salir a la luz. La ocasión no llegó a presentarse nunca, hasta que Bilbo Bolsón fue un adulto que rondaba los cincuenta años[10] y vivía en el hermoso agujero-hobbit que acabo de describiros, y cuando en verdad ya parecía que se había asentado allí para siempre.

Por alguna curiosa coincidencia, una mañana de hace tiempo en la quietud del mundo, cuando había menos ruido y más verdor, y los hobbits eran todavía numerosos y prósperos, y Bilbo Bolsón estaba de pie en la puerta del agujero, después del desayuno, fumando una enorme y larga pipa de madera que casi le llegaba a los dedos lanudos de los pies (bien cepillados), Gandalf apareció de pronto. ¡Gandalf![11] Si sólo hubieseis oído un cuarto de lo que yo he oído de él, y he oído sólo muy poco de todo lo que hay que oír, estaríais preparados para cualquier especie de cuento notable. Cuentos y aventuras brotaban por dondequiera que pasara, de la forma más extraordinaria. No había bajado a aquel camino al pie de La Colina desde hacía años y años, desde la muerte de su amigo el Viejo Tuk,[12] y los hobbits casi habían olvidado cómo era. Había estado lejos, más allá de La Colina y del otro lado de Delagua por asuntos particulares, desde el tiempo en que todos ellos eran pequeños niños hobbits y niñas hobbits.

Todo lo que el confiado Bilbo vio aquella mañana fue un anciano con un bastón.[13] Tenía un sombrero azul, alto y puntiagudo, una larga capa gris, una bufanda de plata sobre la que colgaba una barba larga y blanca hasta más abajo de la cintura, y

botas negras.[14]

—¡Buenos días! —dijo Bilbo, y esto era exactamente lo que quería decir. El sol brillaba y la hierba estaba muy verde. Pero Gandalf lo miró desde abajo de las cejas largas y espesas, más sobresalientes que el ala del sombrero, que le ensombrecía la cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Me deseas un buen día, o quieres decir que es un buen día, lo quiera yo o no; o que hoy te sientes bien; o que es un día en que conviene ser bueno?

—Todo eso a la vez —dijo Bilbo—. Y un día estupendo para una pipa de tabaco a la puerta de casa, además. ¡Si lleváis una pipa encima, sentaos y tomad un poco de mi tabaco! ¡No hay prisa, tenemos todo el día por delante! —entonces Bilbo se sentó en una silla junto a la puerta, cruzó las piernas y lanzó un hermoso anillo de humo gris que navegó en el aire sin romperse, y se alejó flotando sobre La Colina.

—¡Muy bonito! —dijo Gandalf—. Pero esta mañana no tengo tiempo para anillos de humo. Busco a alguien con quien compartir una aventura que estoy planeando, y es difícil dar con él.

—Pienso lo mismo… En estos lugares somos gente sencilla y tranquila y no estamos acostumbrados a las aventuras. ¡Cosas desagradables, molestas e incómodas que retrasan la cena! No me explico por qué atraen a la gente —dijo nuestro señor Bolsón, y metiendo un pulgar detrás del tirante, lanzó otro anillo de humo más grande aún; luego sacó el correo matutino[15] y se puso a leer, fingiendo ignorar al viejo, pero el viejo no se movió, permaneció apoyado en el bastón observando al hobbit sin decir nada, hasta que Bilbo se sintió bastante incómodo y aún un poco enfadado—. ¡Buenos días! —dijo al fin—. ¡No queremos aventuras aquí, gracias! ¿Por qué no probáis más allá de La Colina o al otro lado de Delagua? —con esto daba a entender que la conversación había terminado.

—¡Para cuántas cosas empleas el *Buenos días*! —dijo Gandalf—.[16] Ahora quieres decir que intentas deshacerte de mí y que no serán buenos hasta que me vaya.

—¡De ningún modo, de ningún modo, mi querido señor! Veamos, no creo conocer vuestro nombre…

—¡Sí, sí, mi querido señor, y yo sí que conozco tu nombre, señor Bilbo Bolsón! Y tú también sabes el mío, aunque no me unas a él. ¡Yo soy Gandalf, y Gandalf soy yo! ¡Quién iba a pensar que un hijo de Belladonna Tuk me daría los buenos días como si yo fuese vendiendo botones de puerta en puerta!

—¡Gandalf, Gandalf! ¡Válgame el cielo! ¿No sois vos el mago errante que dio al Viejo Tuk un par de botones mágicos de diamante que se abrochaban solos y no se desabrochaban hasta que les dabas una orden? ¿No sois vos quien contaba en las reuniones aquellas historias maravillosas de dragones y trasgos y gigantes y rescates de princesas y la inesperada fortuna de los hijos de madre viuda? ¿No el hombre que acostumbraba a fabricar aquellos fuegos de artificio tan excelentes? ¡Los recuerdo! El Viejo Tuk los preparaba en los solsticios de verano. ¡Espléndidos! Subían como

grandes lirios, cabezas de dragón y árboles de fuego que quedaban suspendidos en el aire durante todo el crepúsculo —ya os habréis dado cuenta de que el señor Bolsón no era tan prosaico como él mismo creía, y también de que era muy aficionado a las flores—: ¡Diantre! —continuó—. ¿No sois vos el Gandalf responsable de que tantos y tantos jóvenes apacibles partiesen hacia el Azul en busca de locas aventuras?[17] Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos… o zarpar en barcos, ¡y navegar hacia otras costas! ¡Caramba!, la vida era bastante apacible entonces… Quiero decir, en un tiempo tuvisteis la costumbre de perturbarlo todo en estos sitios. Os pido perdón, pero no tenía ni idea de que todavía estuvieseis en actividad.

Bilbo. Ilustración de Tamás Szecskó para la edición húngara de 1975. Szecskó (1925-1987) fue un prolífico ilustrador de libros infantiles. Anteriormente ya había trabajado con el traductor de *El Hobbit*, Tibor Szobotka, para ilustrar una traducción de *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll (1974). Szobotka (1913-1982) era un autor muy conocido de novelas y obras de teatro, crítico literario especializado en los poetas románticos (Byron, Keats, Shelley, etc.) y traductor de Agatha Christie, George Eliot y James Joyce Se han incluido otras cuatro ilustraciones de Szecskó en las páginas 54,290, 312 y 341. Veáse también página 401 (cubierta).

Bilbo y Gandalf a las puertas de Bolsón Cerrado. Ilustración de Klaus Ensikat para la edición alemana de 1971. Ensikat (nacido en 1937) ha ganado numerosos premios por sus ilustraciones, que frecuentemente tienen influencias surrealistas. También ha ilustrado libros de los hermanos Grimm y Charles Perrault, así como *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll (1993). Se pueden ver tres ilustraciones más de Ensikat en las páginas 112, 180 y 214.

Derecha: Bilbo y Gandalf. Ilustración de Mikhail Belomlinskiy para le edición rusa de 1976. Belomlinskiy (o Belomlinskii o Belomlinsky) se graduó en 1960 en el Instituto I. E. Repin de Pintura, Escultura y Arquitectura. Adquirió fama como humorista político y caricaturista de actores, artistas y autores rusos. Ha ilustrado multitud de libros infantiles, así como traducciones de *Un yankee en la corte del rey Arturo* de Mark Twain (1988), *El paquete parlante* de Gerald Durrell y obras del doctor Seuss. Ilustraciones de Belomlinskiy también aparecen en la traducción inglesa del cuento popular ruso *Lions and Sailing Ships* de Svyatoslav Sakharov, publicado en Estados Unidos en 1982. El artista vive ahora en ese país.
En su reseña de la edición rusa en *Amon Hen*, n.º 55 (abril de 1982), David Doughan señala que «los rusos no diferencian entre pies y piernas y parece que nadie se lo ha señalado al ilustrador». Como se ve, las piernas de Bilbo son peludas y no sólo sus pies. Otras tres Ilustraciones de Belomlinskiy se pueden ver en las páginas 217, 231 y 274. Véase también página 403 (cubierta).

—¿Dónde si no iba a estar? —dijo el mago—. De cualquier modo, me complace descubrir que aún recuerdas algo de mí. Al menos, parece que recuerdas con cariño mis fuegos artificiales, y eso es reconfortante. Y en verdad, por la memoria de tu viejo abuelo Tuk y por la memoria de la pobre Belladonna, te concederé lo que has pedido.

—Perdón, ¡yo no he pedido nada!

—¡Sí, sí, lo has hecho! Dos veces ya. Mi perdón. Te lo doy. De hecho iré tan lejos como para embarcarme en esa aventura. Muy divertida para mí, muy buena para ti… y quizá también muy provechosa, si sales de ella sano y salvo.

—¡Disculpad! No quiero ninguna aventura, gracias. Hoy no. ¡Buenos días! Pero venid a tomar el té… ¡cuando gustéis! ¿Por qué no mañana? ¡Sí, venid mañana! ¡Adiós! —Con esto el hobbit retrocedió escabulléndose por la redonda puerta verde, y la cerró lo más rápido que pudo sin llegar a parecer grosero. Al fin y al cabo, un mago es un mago.

«¡Para qué diablos lo habré invitado al té!», se dijo Bilbo cuando iba hacia la despensa. Acababa de desayunar hacía muy poco, pero pensó que un pastelillo o dos y un trago de algo le sentarían bien después del sobresalto.

Gandalf, mientras tanto, seguía a la puerta, riéndose larga y apaciblemente. Al cabo de un rato subió, y con la punta del bastón dibujó un signo extraño en la hermosa puerta verde del hobbit. Luego se alejó a grandes zancadas, justo en el momento en que Bilbo ya estaba terminando el segundo pastel y empezando a pensar que había conseguido librarse al fin de cualquier posible aventura.

Al día siguiente casi se había olvidado de Gandalf. No recordaba muy bien las cosas, a menos que las escribiese en la Libreta de Compromisos; de este modo: *Gandalf Té Miércoles*. El día anterior había estado demasiado aturdido como para ponerse a anotar.

Un momento antes de la hora del té[18] se oyó un tremendo campanillazo en la

puerta principal, ¡y entonces se acordó! Se apresuró y puso la marmita, sacó otra taza y un platillo y un pastel o dos más, y corrió a la puerta.

Bilbo y Gandalf a las puertas de Bolsón Cerrado. Ilustración de Livia Rusz para la edición rumana de 1975. Rusz (nacida en 1930) también ha ilustrado cuentos de Wilhelm Hauff y Charles Perrault. Una edición inglesa de algunos cuentos infantiles rumanos de Lucia Olteanu, ilustrados por Rusz, apareció en 1978 bajo el título de *The Adventures of Quacky and His Friends*. Se pueden ver otras tres ilustraciones de Rusz en las páginas 109, 225 y 291.

Derecha: Bilbo y Gandalf a las puertas de Bolsón Cerrado. Ilustración de Antonio Quadros para la edición portuguesa de 1962. Quadros (1933-1994) también ilustró la traducción portuguesa de los cuentos del Tío Remus de Joel Chandler Harris, *La princesa y los trasgos* de George Macdonald (1960) y *El libro de las maravillas* de Nathaniel Hawthorne. Tradujo obras de Albert Camus (1913-1960) y de André Maurois (1885-1967).
Las Ilustraciones de Quadros para *El Hobbit* no gustaron a Tolkien. Clyde S. Kilby, un profesor americano que ayudó a Tolkien durante el verano de 1966, escribió en sus memorias, *Tolkien and The Silmarillion* (1976), que Tolkien consideraba «horribles» las ilustraciones portuguesas. Se pueden ver dos más en las páginas 73 y 284.

«¡Siento de veras haberle hecho esperar!», iba a decir, cuando vio que en realidad no era Gandalf. Era un enano de barba azul, recogida en un cinturón dorado, y ojos muy brillantes bajo el capuchón verde oscuro. Tan pronto como la puerta se abrió, entró deprisa como si le estuviesen esperando.

Colgó la capa encapuchada en la percha más cercana, y:

—¡Dwalin, a vuestro servicio! —dijo saludando con una reverencia.

—¡Bilbo Bolsón, al vuestro! —dijo el hobbit, demasiado sorprendido como para hacer cualquier pregunta por el momento. Cuando el silencio que siguió empezó a hacerse incómodo, añadió—: Estoy a punto de tomar el té; por favor, acercaos y tomad algo conmigo —un tanto tieso, tal vez, pero habló con amabilidad; ¿y qué haríais vosotros, si un enano llegara de súbito y colgara sus cosas en vuestro vestíbulo sin dar explicaciones?

Llevaban apenas un rato a la mesa, en verdad estaban empezando el tercer pastelillo, cuando resonó otro campanillazo todavía más estridente.

—¡Disculpad! —dijo el hobbit, y se encaminó hacia la puerta.

«¡Así que al fin habéis venido!»[19] Esto era lo que iba a decirle ahora a Gandalf. Pero no era Gandalf. En cambio vio en el umbral un enano que parecía muy viejo, de barba blanca y capuchón escarlata; y éste también entró de un salto tan pronto como la puerta se abrió, como si fuera un invitado.

—Veo que han empezado a llegar —dijo cuando vio en la percha el capuchón verde de Dwalin; colocó el suyo rojo junto al otro y—: ¡Balin, a vuestro servicio! —dijo con la mano en el pecho.

—¡Gracias! —dijo Bilbo casi sin voz.

No era la respuesta más apropiada, pero el *han empezado a llegar* lo había dejado perplejo. Le gustaban las visitas, aunque prefería conocerlas antes de que llegasen, e invitarlas él mismo. Tenía el terrible presentimiento de que los pasteles no serían suficientes, y como conocía las obligaciones de un anfitrión y las cumplía con puntualidad aunque le parecieran penosas, quizá él se quedara sin ninguno.

—¡Entre, y sírvase una taza de té! —consiguió decir luego de tomar aliento.

—Un poco de cerveza me iría mejor, si a vos no os importa, mi buen señor —dijo Balin, el de la barba blanca—, pero no me incomodaría un pastelillo, un pastelillo de semillas,[20] si tenéis alguno.

—¡Muchos! —se encontró Bilbo respondiendo, sorprendido, y se encontró, también, corriendo a la bodega para echar en una jarra una pinta de cerveza, y después a la despensa[21] a recoger dos sabrosos pastelillos de semillas que había hecho esa tarde para el refrigerio de después de la cena.

Cuando regresó, Balin y Dwalin estaban charlando a la mesa como viejos amigos (en realidad eran hermanos). Bilbo depositó la cerveza y el pastel delante de ellos, cuando de nuevo se oyó un fuerte campanillazo, y después otro.

«¡Gandalf de seguro esta vez!»,[22] pensó mientras resoplaba por el pasillo. Pero no; eran dos enanos más, ambos con capuchones azules, cinturones de plata y barbas amarillas; y cada uno de ellos llevaba una bolsa de herramientas y una pala. Saltaron adentro, tan pronto la puerta empezó a abrirse. Bilbo ya apenas se sorprendió.

—¿En qué puedo yo serviros, mis queridos enanos? —dijo.

—¡Kili, a vuestro servicio! —dijo uno—. ¡Y Fili! —añadió el otro; y ambos se sacaron a toda prisa los capuchones azules e hicieron una reverencia.

—¡Al vuestro y al de vuestra familia! —replicó Bilbo, recordando esta vez sus buenos modales.

—Veo que Dwalin y Balin están ya aquí —dijo Kili—. ¡Unámonos al tropel!

«¡Tropel! —pensó el señor Bolsón—. No me gusta el sonido de esa palabra. Necesito sentarme un minuto y recapacitar, y echar un trago». Sólo había alcanzado a mojarse los labios, en un rincón, mientras los cuatro enanos se sentaban en torno a la mesa, y charlaban sobre minas y oro y problemas con los trasgos, y las depredaciones

de los dragones, y un montón de otras cosas que él no entendía, y no quería entender, pues parecían demasiado aventureras, cuando, din-don-dan, la campana sonó de nuevo, como si algún travieso niño hobbit intentase arrancar el llamador.

—¡Alguien más a la puerta! —dijo parpadeando.

—Por el sonido yo diría que unos cuatro —dijo Fili—. Además, los vimos venir detrás de nosotros a lo lejos.

El pobrecito hobbit se sentó en el vestíbulo y apoyando la cabeza en las manos, se preguntó qué había pasado, y qué pasaría ahora, y si todos se quedarían a cenar. En ese momento la campana sonó de nuevo más fuerte que nunca, y tuvo que correr hacia la puerta. Y no eran cuatro, sino *cinco*. Otro enano se les había acercado[23] mientras él seguía en el vestíbulo preguntándose qué ocurría. Apenas había girado la manija y ya todos estaban dentro, haciendo reverencias y diciendo uno tras otro «a vuestro servicio». Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin[24] eran sus nombres, y al momento dos capuchones de color púrpura, uno gris, uno castaño y uno blanco colgaban de las perchas, y allá fueron los enanos con las manos anchas metidas en los cinturones de oro y plata a reunirse con los otros. Ya casi eran un tropel. Unos pedían cerveza del país, otros cerveza negra,[25] uno café, y todos ellos pastelillos; así que tuvieron al hobbit muy ocupado durante un rato.

Una gran cafetera había sido puesta a la lumbre, los pastelillos de semillas ya se habían acabado, y los enanos empezaban una ronda de bollos con mantequilla, cuando de pronto… un fuerte golpe. No un campanillazo, sino un fuerte toc-toc en la preciosa puerta verde del hobbit. ¡Alguien estaba llamando a bastonazos! Bilbo corrió por el pasillo, muy enfadado, y por completo atribulado y compungido; éste era el miércoles más desagradable que pudiera recordar. Abrió la puerta de un bandazo, y todos rodaron dentro, uno sobre otro. Más enanos, ¡cuatro más! Y detrás Gandalf, apoyado en su vara y riendo. Había hecho una muesca bastante grande en la hermosa puerta; por cierto, también había borrado la marca secreta que pusiera allí la mañana anterior.

—¡Tranquilidad, tranquilidad! —dijo—. ¡No es propio de ti, Bilbo, tener a los amigos esperando en el felpudo y luego abrir la puerta de sopetón! ¡Déjame presentarte a Bifur, Bofur, Bombur, y sobre todo a Thorin!

—¡A vuestro servicio! —dijeron Bifur, Bofur y Bombur, los tres en hilera. Enseguida colgaron dos capuchones amarillos y uno verde pálido; y también uno celeste con una gran borla de plata. Este último pertenecía a Thorin, un enorme e importante enano, de hecho nada más y nada menos que el propio Thorin Escudo de Roble, a quien no le gustó nada caer de bruces sobre el felpudo de Bilbo con Bifur, Bofur y Bombur sobre él. Ante todo, Bombur era enormemente gordo y pesado. Thorin era muy arrogante, y no dijo nada sobre *servicio*; pero el pobre señor Bolsón le repitió tantas veces que lo sentía, que el enano gruñó al fin: —Le ruego no lo mencione más —y dejó de fruncir el entrecejo.

—¡Vaya, ya estamos todos aquí! —dijo Gandalf, mirando la hilera de trece

capuchones, una muy vistosa colección de capuchones, y su propio sombrero colgados en las perchas—. ¡Qué alegre reunión! ¡Espero que quede algo de comer y beber para los rezagados! ¿Qué es eso? ¡Té! ¡No, gracias! Para mí un poco de vino tinto.

—Y también yo —dijo Thorin.

—Y mermelada de frambuesa y tarta de manzana —dijo Bifur.

—Y pastelillos de carne y queso —dijo Bofur.

—Y pastel de carne de cerdo y también ensalada —dijo Bombur.

—Y más pasteles, y cerveza, y café, si no os importa —gritaron los otros enanos al otro lado de la puerta.

—Prepara unos pocos huevos. ¡Qué gran amigo! —gritó Gandalf mientras el hobbit corría a las despensas—. ¡Y saca el pollo frío y unos encurtidos![26]

«¡Parece conocer el interior de mi despensa[27] tanto como yo!», pensó el señor Bolsón, que se sentía del todo desconcertado y empezaba a preguntarse si la más lamentable aventura no había ido a caer justo a su propia casa. Cuando terminó de apilar las botellas y los platos y los cuchillos y los tenedores y los vasos y las fuentes y las cucharas y demás cosas en grandes bandejas, estaba acalorado, rojo como la grana y muy fastidiado.

—¡Fustigados[28] y condenados enanos! —dijo en voz alta—. ¿Por qué no vienen y me echan una mano? —y he aquí que allí estaban Balin y Dwalin en la puerta de la cocina, y Fili y Kili tras ellos, y antes de que pudiese decir *cuchillo*, ya se habían llevado a toda prisa las bandejas y un par de mesas pequeñas al salón, y allí colocaron todo otra vez.

Gandalf se puso a la cabecera, con los trece enanos alrededor, y Bilbo se sentó en un taburete junto al fuego, mordisqueando una galleta (había perdido el apetito) e intentando aparentar que todo era normal y de ningún modo una aventura. Los enanos comieron y comieron, charlaron y charlaron, y el tiempo pasó. Por último echaron atrás las sillas, y Bilbo se puso en movimiento, recogiendo platos y vasos.

—Supongo que os quedaréis todos a cenar —dijo en uno de sus más educados y reposados tonos.

—¡Claro que sí! —dijo Thorin—, y después también. No nos meteremos en el asunto hasta más tarde, y antes podemos hacer un poco de música. ¡Ahora a levantar las mesas!

Enseguida los doce enanos —no Thorin, él era demasiado importante, y se quedó charlando con Gandalf— se incorporaron de un salto, e hicieron enormes pilas con todas las cosas. Allá se fueron, sin esperar por las bandejas, llevando en equilibrio en una mano las columnas de platos, cada una de ellas con una botella encima, mientras el hobbit corría detrás casi dando chillidos de miedo: —¡Por favor, cuidado! —y— ¡Por favor, no se molesten! Yo me las arreglo —pero los enanos no le hicieron caso y se pusieron a cantar:

¡Desportillad los vasos y destrozad los platos!
¡Embotad los cuchillos, doblad los tenedores!
¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡Estrellad las botellas y quemad los tapones!

¡Desgarrad el mantel, pisotead la manteca,
y derramad la leche en la despensa!
¡Echad los huesos en la alfombra del cuarto!
¡Salpicad de vino todas las puertas!

¡Vaciad los cacharros en un caldero hirviente;
hacedlos trizas a garrotazos;
y cuando terminéis, si aún algo queda entero,
echadlo a rodar pasillo abajo!

¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡De modo que cuidado! ¡Cuidado con los platos!

Bilbo observa alarmado cómo los enanos friegan los platos. Ilustración de Chica para la edición francesa de 1976. El autor e ilustrador francés conocido como Chica (nacido en 1933) ha ilustrado libros de Enid Blyton y es autor e ilustrador de una serie de libros infantiles sobre el ratón Celestine y sus aventuras. Cuatro ilustraciones más de Chica se encuentran en las páginas 252, 292, 324 y 338.

Y desde luego no hicieron ninguna de estas cosas terribles, y todo se limpió y se guardó a la velocidad del rayo, mientras el hobbit daba vueltas y más vueltas en medio de la cocina intentando ver qué hacían. Al fin regresaron, y encontraron a Thorin con los pies en el guardafuego fumándose una pipa. Estaba haciendo unos enormes anillos de humo, y dondequiera que le dijera a uno que fuese, allí iba —chimenea arriba, o detrás del reloj sobre la repisa, o bajo la mesa, o girando y girando en el techo—, pero dondequiera que fuesen no eran bastante rápidos para escapar a Gandalf. ¡Pop! De la pipa de barro de Gandalf subía enseguida un anillo más pequeño que atravesaba el último anillo de Thorin. Luego el anillo de Gandalf tomaba un color verde, y bajaba[29] a flotar sobre la cabeza del mago. Tenía ya toda una nube

alrededor, y a la luz indistinta parecía una figura extraña y fantasmagórica.[30] Bilbo permanecía inmóvil y observaba —le encantaban los anillos de humo— y se sonrojó al recordar qué orgulloso había estado de los anillos que en la mañana anterior lanzara al viento sobre La Colina.

—¡Ahora un poco de música! —dijo Thorin—. ¡Sacad los instrumentos!

Kili y Fili se apresuraron a buscar las bolsas y trajeron unos pequeños violines; Dori, Nori y Oin sacaron unas flautas de algún bolsillo de los capotes; Bombur tamborileó desde el vestíbulo; Bifur y Bofur salieron también, y volvieron con unos clarinetes que habían dejado entre los bastones. Dwalin y Balin dijeron: —¡Disculpadme, dejé el mío en el porche![31] —Y Thorin dijo: —¡Trae el mío también! Regresaron con unas violas tan grandes como ellos mismos, y con el arpa de Thorin envuelta en una tela verde. Era una hermosa arpa dorada, y cuando Thorin la rasgueó, los otros enanos empezaron juntos a tocar una música, tan súbita y dulcemente que Bilbo olvidó todo lo demás, y fue transportado a unas tierras distantes y oscuras, bajo lunas extrañas, lejos de Delagua y muy lejos del agujero-hobbit bajo La Colina.

Los enanos tocan música. Ilustración de Torbjörn Zetterholm para la edición sueca de 1947. Zetterholm (nacido en 1921), un artista muy versátil que ha expuesto por todo el mundo, ha ilustrado también las obras de Hans Christian Andersen. Es el hermano menor de Tore Zetterholm (1915-2001), un conocido novelista, traductor de *El Hobbit*. Cuatro ilustraciones más de Zetterholm aparecen en las páginas 75,114, 216 y 253.

La oscuridad penetró en la habitación por el ventanuco que se abría en la ladera de La Colina; el fuego parpadeaba —era abril— y aún seguían tocando, mientras la sombra de la barba de Gandalf danzaba contra la pared.

La oscuridad invadió toda la habitación, y el fuego se extinguió y las sombras se borraron; y todavía seguían tocando. Y de pronto, uno primero y luego otro, mientras tocaban, entonaron el canto grave que antaño cantaran los enanos, en lo más hondo de las viejas moradas, y estas líneas son como un fragmento de esa canción, aunque no hay comparación posible sin la música.

Más allá de las frías Montañas Nubladas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
en busca del metal amarillo encantado,

hemos de ir, antes que el día nazca.

Los enanos echaban hechizos poderosos
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen criaturas sombrías,
en salas huecas bajo las montañas.

Para el antiguo rey y el señor de los Elfos
los enanos labraban martilleando
un tesoro dorado, y la luz atrapaban
y en gemas la escondían en la espada.

En collares de plata ponían y engarzaban
estrellas florecientes, el fuego del dragón
colgaban en coronas, en metal retorcido
entretejían la luz de la luna y del sol.

Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a reclamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes de que el día nazca.

Allí para ellos mismos labraban las vasijas
y las arpas de oro, pasaban mucho tiempo
donde otros no cavaban, y allí muchas canciones
cantaron que los hombres o los Elfos no oyeron.

Los vientos ululaban en medio de la noche,
y los pinos rugían en la cima.
El fuego era rojo, y llameaba extendiéndose,
los árboles como antorchas de luz resplandecían.

Las campanas tocaban en el valle,
y hombres de cara pálida observaban el cielo,
la ira del dragón, más violenta que el fuego,
derribaba las torres y las casas.

La montaña humeaba a la luz de la luna;
los enanos oyeron los pasos del destino,
huyeron y cayeron y fueron a morir
a los pies del palacio, a la luz de la luna.

Más allá de las hoscas y brumosas montañas,

a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a quitarle nuestro oro y las arpas,
¡hemos de ir, antes que el día nazca!

Mientras cantaban, el hobbit sintió dentro de él el amor de las cosas hermosas hechas a mano con ingenio y magia; un amor fiero y celoso, el deseo de los corazones de los enanos. Entonces algo de los Tuk renació en él: deseó salir y ver las montañas enormes, y oír los pinos y las cascadas, y explorar las cavernas, y llevar una espada en vez de un bastón. Miró por la ventana. Las estrellas asomaban fuera en el cielo oscuro, sobre los árboles. Pensó en las joyas de los enanos que brillaban en las cavernas tenebrosas. De repente, en el bosque de más allá de Delagua se alzó un fuego —quizá alguien encendía una hoguera—, y pensó en dragones devastadores que invadían la pacífica Colina envolviendo todo en llamas. Se estremeció; y enseguida volvió a ser el sencillo señor Bolsón, de Bolsón Cerrado, Sotomonte otra vez.[32]

Se incorporó temblando. Tenía muy pocas ganas de traer la lámpara, y en cambio muchas ganas de fingir que iba a buscarla y marcharse y esconderse luego en la bodega detrás de los barriles de cerveza y no salir más hasta que los enanos se fueran. De pronto advirtió que la música y el canto habían cesado y que todos lo miraban con ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Adónde vas? —le preguntó Thorin, en un tono que parecía querer mostrar que adivinaba los pensamientos contradictorios del hobbit.

—¿Qué os parece un poco de luz? —dijo Bilbo disculpándose.

—Nos gusta la oscuridad —dijeron todos los enanos—. ¡Oscuridad para asuntos oscuros! Faltan aún muchas horas hasta el alba.

—¡Por supuesto! —dijo Bilbo, y volvió a sentarse a toda prisa; no le acertó al taburete y se sentó en cambio en el guardafuegos, derribando con estrépito el atizador y la pala.

—¡Silencio! —dijo Gandalf—. ¡Que hable Thorin! —y así fue como Thorin empezó.

—¡Gandalf, enanos, y señor Bolsón! Nos hemos reunido en casa de nuestro amigo y compañero conspirador, este hobbit de lo más excelente y audaz. ¡Que nunca se le caiga el pelo de los pies! ¡Toda nuestra alabanza al vino y a la cerveza de la región!

Bilbo escucha a los enanos. Ilustración de Nada Rappensbergerová para la edición eslovaca de 1973. Rappensbergerová (nacida en 1936) ha ilustrado numerosos libros de autores eslovacos. Su nombre también aparece a veces como Nada Rappensbergerová-Jankovičová. Cuatro ilustraciones más de la autora se encuentran en las páginas 74, 207, 316 y 348.

Se detuvo a tomar un respiro y a esperar una cortés observación del hobbit, pero al pobre Bilbo se le habían agotado las cortesías, y movía la boca tratando de protestar porque lo habían llamado *audaz*, y peor que eso, *compañero conspirador*, aunque no emitió ningún sonido; se sentía de veras estupefacto. De modo que Thorin continuó:

—Nos hemos reunido aquí para discutir nuestros planes, medios, política y recursos. Emprenderemos ese largo viaje poco antes de que rompa el día, un viaje que para algunos de nosotros, o quizá para todos (excepto para nuestro amigo y consejero, el ingenioso mago Gandalf) sea un viaje sin retorno. Éste es un momento solemne. Nuestro objetivo, supongo, todos lo conocemos bien. Para el estimable señor Bolsón, y quizá para uno o dos de los enanos más jóvenes (creo que acertaría si nombrara a Kili y a Fili, por ejemplo), la situación exacta y actual podría necesitar de una breve explicación…

Éste era el estilo de Thorin. Era un enano importante. Si se lo hubieran permitido, quizá habría seguido así hasta quedarse sin aliento, sin dejar de decir a cada uno algo ya sabido. Pero lo interrumpieron de mal modo. El pobre Bilbo no pudo soportarlo más. Cuando oyó *quizá sea un viaje sin retorno* empezó a sentir que un chillido le subía desde dentro, y muy pronto estalló como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel.[33] Todos los enanos se pusieron en pie de un salto derribando la mesa. Gandalf golpeó el extremo de la vara mágica, que emitió una luz azul, y en el resplandor se pudo ver al pobre hobbit de rodillas sobre la alfombra junto al hogar, temblando como una gelatina que se derrite. Enseguida cayó de bruces al suelo, y se puso a gritar: —¡Alcanzado por un rayo, alcanzado por un rayo! —una y otra vez, y eso fue todo lo que pudieron sacarle durante largo tiempo. Así que lo levantaron y lo tumbaron en un sofá de la sala, con un trago a mano, y volvieron a sus oscuros asuntos.

—Excitable el compañerito[34] —dijo Gandalf, mientras se sentaban de nuevo—.

Tiene extraños y graciosos ataques, pero es uno de los mejores: tan fiero como un dragón en apuros.

Si habéis visto alguna vez un dragón en apuros, comprenderéis que esto sólo podía ser una exageración poética aplicada a cualquier hobbit, aún a Toro Bramador, [35] el tío bisabuelo del Viejo Tuk, tan enorme (como hobbit) que hasta podía montar a caballo. En la batalla de los Campos Verdes había cargado contra las filas de trasgos del Monte Gram, y blandiendo una porra de madera le arrancó de cuajo la cabeza al rey Golfimbul. La cabeza salió disparada unas cien yardas por el aire y fue a dar a la madriguera de un conejo, y de esta forma, y a la vez, se ganó la batalla y se inventó el juego del golf.

Mientras tanto, sin embargo, el más gentil descendiente de Toro Bramador volvía a la vida en la sala de estar. Al cabo de un rato y luego de un trago se arrastró nervioso hacia la puerta. Esto fue lo que oyó; hablaba Gloin: —¡Hum! —o un bufido semejante—. ¿Creéis que servirá? Está muy bien que Gandalf diga que este hobbit es fiero, pero un chillido como ése en un momento de excitación bastaría para despertar al dragón y al resto de la parentela, y matarnos a todos. ¡Creo que sonaba más a miedo que a excitación! En verdad, si no fuese por la señal en la puerta, juraría que habíamos venido a una casa equivocada. Tan pronto como eché una ojeada a ese pequeñajo que se sacudía y resoplaba sobre el felpudo, tuve mis dudas. ¡Más parece un tendero que un saqueador!

En ese momento el señor Bolsón abrió la puerta y entró. La vena Tuk había ganado. De pronto sintió que si se quedaba sin cama ni desayuno podría parecer realmente fiero. En cuanto al *pequeñajo que se sacudía sobre el felpudo*, casi le hizo perder la cabeza. Más tarde, y a menudo, la parte Bolsón se lamentaría de lo que hizo entonces, y se diría: «Bilbo, fuiste un tonto; te decidiste a entrar y metiste la pata».

—Perdonadme —dijo—, si por casualidad he oído lo que estabais diciendo. No pretendo entender lo que habláis, ni esa referencia a saqueadores, pero no creo equivocarme si digo que sospecháis que no sirvo —esto es lo que él llamaba no perder la dignidad—. Lo demostraré. No hay señal alguna en mi puerta, se pintó la semana anterior, y estoy seguro de que habéis venido a la casa equivocada. Desde el momento en que vi vuestras extrañas caras en el umbral tuve mis dudas. Pero considerad que es la casa correcta. Decidme lo que queréis que haga y lo intentaré, aunque tuviera que ir desde aquí hasta el Este del Este y luchar con los hombres gusanos del último Desierto. Tuve, una vez, un tío architatarabuelo, Toro Bramador Tuk, y… [36]

—Sí, sí, pero eso fue hace mucho —dijo Gloin—. Estaba hablando de *vos*. Y os aseguro que hay una marca en esta puerta: la normal en el negocio, o la que hasta hace poco era normal. *Saqueador nocturno busca un buen trabajo, con mucha Excitación y Remuneración razonable*, así es como todo el mundo la entiende. Podéis decir *Buscador Experto de Tesoros* en vez de *saqueador* si lo preferís. Algunos lo hacen. Para nosotros es lo mismo. Gandalf nos dijo que había un hombre de esas

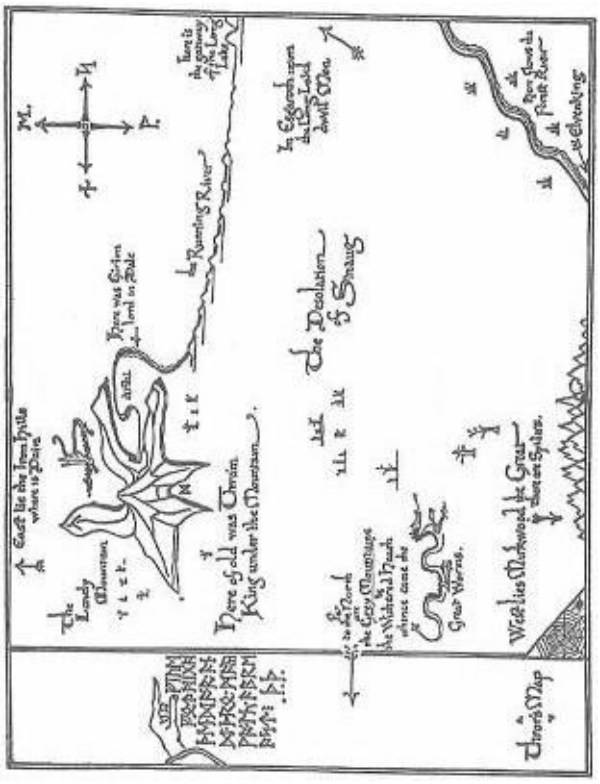
características por estos lugares, que buscaba un trabajo inmediato, y que habían concertado una cita este miércoles, aquí y a la hora del té.

—Claro que hay una marca —dijo Gandalf—. La puse yo mismo. Por muy buenas razones. Me pedisteis que encontrara al hombre decimocuarto para vuestra expedición, y elegí al señor Bilbo. Basta que alguien diga que elegí al hombre o la casa equivocada y podéis quedaros en trece y tener toda la mala suerte que queráis, o volver a picar carbón.

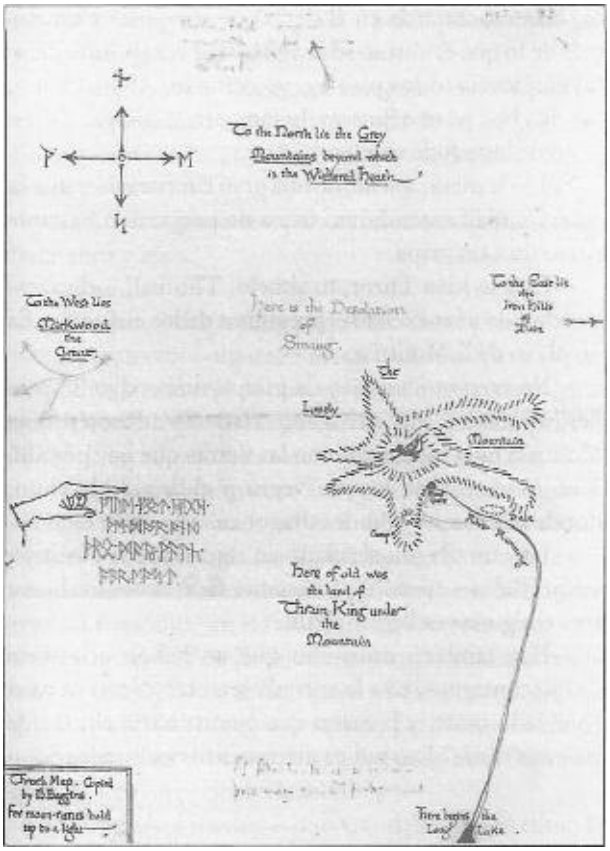
Clavó la mirada con tal ira en Gloin que el enano se acurrucó en la silla; y cuando Bilbo intentó abrir la boca para hacer una pregunta, se volvió hacia él con el entrecejo fruncido, adelantando las cejas, espesas, hasta que el hobbit cerró la boca de golpe.

—Está bien —dijo Gandalf—. No discutamos más. He elegido al señor Bolsón y eso tendría que bastar a todos. Si digo que es un saqueador nocturno, lo es de veras, o lo será llegado el momento. Hay mucho más en él de lo que imagináis y mucho más de lo que él mismo se imagina. Tal vez (posiblemente) aún viváis todos para agradecérmelo. Ahora, Bilbo, muchacho, ¡vete a buscar la lámpara y pongamos un poco de luz a todo esto!

Sobre la mesa, a la luz de una gran lámpara de pantalla roja, Gandalf extendió un trozo de pergamino bastante parecido a un mapa.



Mapa de Thror de J. R. R. Tolkien. La transcripción de las runas (se subrayan las parejas de letras representadas por un solo carácter en las runas): FIVE | FEET HIGH | THE DOR AND | D THREE MAY | WOLK ABRE | AST. TH. TH. [Cinco | pies de altura | la puerta y | tres pueden | pasar con hol | gura. TH. TH.]. En el preámbulo a *El Hobbit* en la página 29, Tolkien constata que las dos runas son las iniciales de Thror y Thrain. En la misma nota, Tolkien señala que «en el Mapa los puntos cardinales están señalados con runas, con el Este arriba, como es común en los mapas de Enanos, y han de leerse en el sentido de las manecillas del reloj: Este, Sur, Oeste, Norte». Véase también la página 99.



Una versión anterior del *Mapa de Thror* (derecha) tiene un formato vertical más que horizontal porque Tolkien quería que fuera insertado en el capítulo 1, cuando se menciona por primera vez en el texto. La leyenda deja claro que el mapa es una copia del Mapa de Thror, realizada por Bilbo, y no el original. Para esta versión, Tolkien dibujó especialmente las runas lunares que Elrond descubre en el capítulo 3 escritas al revés detrás de la ilustración, donde él esperaba que estuvieran para que sólo se pudieran leer si se ponía el mapa delante de un foco de luz. Arriba y abajo, en lápiz muy fino se encuentran versiones del texto rúnico en élfico y en inglés antiguo (para una transcripción véase *Artista*, p. 150, nota 6). La primera versión del *Mapa de Thror* no se encuentra en un documento independiente sino dibujado en el manuscrito del primer capítulo de *El Hobbit* (véase página 10). La ilustración habitual del *Mapa de Thror fue* coloreada por H. E. Riddett (junto con el mapa de las Tierras Ásperas) y publicada como póster por Allen & Unwin en 1979. Las runas lunares del *Mapa de Thror* se imprimieron en el reverso del póster, de manera que sólo eran visibles si se colocaba el papel frente a un foco de luz.

—Esto lo hizo Thror, tu abuelo, Thorin[37] —dijo respondiendo a las excitadas preguntas de los enanos—. Es un plano de la Montaña.

—No creo que nos sea de gran ayuda —dijo Thorin desilusionado, tras echar un vistazo—. Recuerdo la Montaña muy bien, así como las tierras que hay por allí. Y sé dónde está el Bosque Negro, y el Brezal Marchito, donde se crían los grandes dragones.

—Hay un dragón señalado en rojo sobre la Montaña —dijo Balin—, pero será bastante fácil encontrarlo sin eso, si alguna vez llegamos allí.

—Hay también un punto que no habéis advertido —dijo el mago—, y es la entrada secreta. ¿Veis esa runa en el lado oeste, y la mano que apunta hacia ella desde las otras runas? Eso indica un pasadizo oculto a los Salones Inferiores —mirad el mapa que acompaña a este libro, y allí veréis las runas.[38]

Thorin, Gandalf y Bilbo leen el Mapa de Thror. Ilustración de Tamás Szecskó para la edición húngara de 1975.

—Puede que en otra época fuese secreto —dijo Thorin—, pero ¿cómo sabremos si todavía lo es? El Viejo Smaug ha vivido allí mucho tiempo y ha de conocer bien esas cuevas.

—Tal vez… pero no pudo haberlo utilizado desde hace años y años.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado pequeño. Cinco pies de altura y tres pasan con holgura, [39] dicen las runas, pero Smaug no podría arrastrarse por un agujero de ese tamaño, ni siquiera cuando era un dragón joven, y menos después de haber devorado tantos enanos y hombres de Valle.[40]

—Pues a mí me parece un agujero bastante grande —chilló Bilbo, que nada sabía de dragones, y en cuanto a agujeros sólo conocía los de los hobbits; se sentía otra vez excitado e interesado, y olvidó mantener la boca cerrada; le encantaban los mapas, y en el vestíbulo colgaba uno enorme del País Redondo con todos sus caminos favoritos marcados en tinta roja—. ¿Cómo una puerta tan grande pudo haber sido un secreto para todo el mundo, aún sin tener en cuenta al dragón? —preguntó; recordad que era sólo un pequeño hobbit.

—De muchos modos —dijo Gandalf—. Pero cómo ha quedado oculta, no lo sabremos sin antes ir a mirar. Por lo que dice el mapa, me imagino que hay una puerta cerrada que no se distingue del resto de la ladera. El método común entre los enanos, ¿no es cierto?

—Muy cierto —dijo Thorin.

—Además —prosiguió Gandalf—, olvidé mencionar que con el mapa venía una llave, una llave pequeña y rara. ¡Hela aquí! —dijo, y dio a Thorin una llave de plata, larga, de dientes intrincados—. ¡Guárdala bien!

—Así lo haré —dijo Thorin, y la enganchó en una cadenilla que le colgaba del cuello bajo la chaqueta—. Ahora las cosas parecen más prometedoras. Estas noticias les dan mejor aspecto. Hasta hoy no teníamos una idea demasiado clara de lo que podíamos hacer. Pensábamos marchar hacia el Este en silencio y con toda la cautela posible, hasta llegar a Lago Largo. Las dificultades empezarían después…

—Mucho antes, si algo sé de los caminos del Este —interrumpió Gandalf.

—Podríamos subir desde allí bordeando el Río Rápido —dijo Thorin sin prestar

atención—, y luego hasta las ruinas de Valle, la vieja ciudad a la sombra de la Montaña. Pero a ninguno nos gustaba mucho la idea de la Puerta Principal. El río sale justo ahí atravesando el gran risco al sur de la Montaña, y de ahí sale también el dragón, muy a menudo desde hace tiempo, a menos que haya cambiado de costumbres.

—Eso no sería bueno —dijo el mago—, no sin un guerrero poderoso, o aún un héroe. Intenté conseguir uno; pero los guerreros están todos ocupados luchando entre ellos en tierras lejanas, y en esta vecindad los héroes son escasos, o al menos no se los encuentra. Las espadas están aquí casi todas embotadas, las hachas se utilizan para cortar árboles y los escudos como cunas o cubrefuentes; y para comodidad de todos, los dragones están muy lejos (y de ahí que sean legendarios). Por este motivo me dediqué a merodear de noche, sobre todo desde que recordé la existencia de una Puerta lateral. Y aquí tenemos a nuestro pequeño Bilbo Bolsón, el saqueador, electo y selecto. Así que continuemos y hagamos planes.

—Muy bien —dijo Thorin—, supongamos entonces que el experto mismo nos da alguna idea o sugerencia —se volvió con una cortesía burlona hacia Bilbo.

—En primer lugar, me gustaría saber un poco más del asunto —dijo Bilbo, sintiéndose confuso y un poco agitado por dentro, pero bastante Tuk todavía y decidido a seguir adelante—. Me refiero al oro y al dragón, y todo eso, y cómo llegar allí y a quién pertenece, etcétera, etcétera.

—¡Bendita sea! —dijo Thorin—, ¿no tienes un mapa? ¿Y no has oído nuestro canto? ¿Y acaso no hemos estado hablando de esto durante horas?

—Aun así, me gustaría saberlo todo clara y llanamente —dijo Bilbo con obstinación, adoptando un aire de negocios (por lo común reservado para gente que trataba de pedirle dinero), y tratando por todos los medios de parecer sabio, prudente, profesional, y estar a la altura de la recomendación de Gandalf—. También me gustaría conocer los riesgos, los gastos, el tiempo requerido y la remuneración, etcétera —lo que quería decir: «¿Qué sacaré de esto? ¿Y regresaré con vida?».

—Oh, muy bien —dijo Thorin—.[41] Hace mucho, en tiempos de mi abuelo Thror, nuestra familia fue expulsada del lejano Norte y vino con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. La había descubierto mi lejano antepasado, Thrain el Viejo,[42] pero entonces abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías y talleres más grandes… y creo además que encontraron gran cantidad de oro y también piedras preciosas. De cualquier modo, se hicieron inmensamente ricos, y mi abuelo fue de nuevo Rey bajo la Montaña[43] y tratado con gran respeto por los mortales, que vivían al Sur y poco a poco se extendieron río arriba hasta el valle al pie de la Montaña. Allá, en aquellos días, levantaron la alegre ciudad de Valle. Los reyes mandaban buscar a nuestros herreros y recompensar con largueza aún a los menos hábiles. Los padres nos rogaban que tomásemos a sus hijos como aprendices y nos pagaban bien, sobre todo con provisiones, pues nosotros nunca sembrábamos, ni buscábamos comida. Aquellos días sí que eran buenos, y aún el más pobre tenía

dinero para gastar y prestar, y ocio para fabricar objetos hermosos sólo por diversión, para no mencionar los más maravillosos juguetes mágicos, que hoy ya no se encuentran en el mundo. Así los salones de mi abuelo se llenaron de armaduras, joyas, tallas, y copas,[44] y el mercado de juguetes de Valle fue el asombro de todo el Norte.

»Sin duda eso fue lo que atrajo al dragón. Los dragones, sabéis, roban oro y joyas a hombres, elfos, y enanos dondequiera que puedan encontrarlos, y guardan el botín mientras viven (lo que en la práctica es para siempre, a menos que los maten), y ni siquiera disfrutan de un anillo de hojalata. En realidad apenas distinguen una pieza buena de una mala, aunque en general conocen bien el valor que tienen en el mercado; y no son capaces de hacer nada por sí mismos, ni siquiera arreglarse una escamita suelta en la armadura que llevan. Por aquellos días había muchos dragones en el Norte, y es posible que el oro empezara a escasear allá arriba, con enanos que huían al Sur o eran asesinados, y la devastación general y la destrucción que los dragones provocaban y que iba en aumento. Había un gusano que era muy ambicioso, fuerte y malvado, llamado Smaug. Un día echó a volar, y llegó al Sur.[45] Lo primero que oímos fue un ruido como de un huracán que venía del Norte, y los pinos en la Montaña crujían y rechinaban con el viento. Algunos de los enanos que en ese momento estábamos fuera (yo era por fortuna uno de ellos, un muchacho apuesto y aventurero en aquellos días, siempre vagando por los alrededores, y eso me salvó entonces), bien, vimos desde bastante lejos al dragón que se posaba en nuestra Montaña en un remolino de fuego. Luego bajó por las laderas, y los bosques empezaron a arder. Ya para entonces todas las campanas repicaban en Valle y los guerreros se armaban. Los enanos salieron corriendo por la puerta grande; pero allí estaba el dragón esperándolos. Nadie escapó por ese lado. El río se transformó en vapor y una niebla cayó sobre ellos y acabó con la mayoría de los guerreros: la triste historia de siempre, sólo que en aquellos días era demasiado común. Luego retrocedió, arrastrándose a través de la Puerta Principal, y destrozó todos los salones, aceras, túneles, callejuelas, bodegas, mansiones y pasadizos. Después de eso no quedó enano vivo dentro, y el dragón se apoderó de todas las riquezas. Quizá, pues es costumbre entre los dragones, haya apilado todo en un gran montón muy adentro y duerma sobre el tesoro utilizándolo como cama. Más tarde empezó a salir de vez en cuando arrastrándose por la puerta grande y llegaba a Valle de noche, y se llevaba gente, especialmente doncellas, para comerlas en la cueva, hasta que Valle quedó arruinada y toda la gente murió o huyó. Lo que pasa allí ahora no lo sé con certeza, pero no creo que nadie viva hoy entre la Montaña y la orilla opuesta del Lago Largo.

»Los pocos de nosotros que estábamos fuera, y así nos salvamos, llorábamos a escondidas y maldecíamos a Smaug, y allí nos encontramos inesperadamente con mi padre y mi abuelo, que tenían las barbas chamuscadas. Parecían muy preocupados, pero hablaban muy poco. Cuando les pregunté cómo habían huido me dijeron que callase, que algún día a su debido tiempo ya me enteraría. Luego escapamos, y

tuvimos que ganarnos la vida lo mejor que pudimos en todas aquellas tierras, y muy a menudo llegamos a trabajar en herrerías o aún en minas de carbón. Pero nunca olvidamos el tesoro robado. E incluso ahora, en que he de admitir que hemos acumulado alguna riqueza y no estamos tan mal —en este momento Thorin acarició la cadena de oro que le colgaba del cuello—, todavía pretendemos recuperarlo y hacer que nuestras maldiciones caigan sobre Smaug… si podemos.

»Con frecuencia me pregunté sobre la fuga de mi padre y mi abuelo. Pienso ahora que tenía que haber una Puerta lateral secreta que sólo ellos conocían. Pero por lo visto hicieron un mapa, y me gustaría saber cómo Gandalf se apoderó de él, y por qué no llegó a mí, el legítimo heredero.

—Yo no me apoderé de él, me lo dieron —dijo el mago—. Quizá recuerdes que tu abuelo Thror fue asesinado en las minas de Moria por Azog el Trasgo.[46]

—Maldito sea su nombre, sí[47] —dijo Thorin.

—Y Thrain, tu padre, se marchó un veintiuno de abril, se cumplieron cien años el jueves pasado;[48] y desde entonces nunca se lo ha vuelto a ver…

—Cierto, cierto —dijo Thorin.

—Bien, tu padre me dio esto para que te lo diera; y si elegí el momento y el modo de entregarlo, no puedes culparme, teniendo en cuenta las dificultades que tuve para dar contigo. Tu padre no recordaba ni su propio nombre cuando me pasó el papel, y nunca me dijo el tuyo; de modo que en última instancia tendrías que alabarme y agradecérmelo. Toma, aquí está —dijo entregando el mapa a Thorin.

—No lo entiendo —dijo Thorin, y Bilbo sintió que le gustaría decir lo mismo; la explicación no parecía explicar nada.

—Tu abuelo —dijo el mago pausada y seriamente—[49] le dio el mapa a su hijo para mayor seguridad antes de marcharse a las minas de Moria. Cuando mataron a tu abuelo, tu padre salió a probar fortuna con el mapa; y tuvo muchas desagradables aventuras, pero nunca se acercó a la Montaña. Cómo llegó allí, no lo sé, pero lo encontré prisionero en las mazmorras del Nigromante.[50]

—¿Qué demonios estabas haciendo allí? —preguntó Thorin con un escalofrío, y todos los enanos se estremecieron.

—No te importa. Estaba averiguando cosas, como siempre; y resultó ser un asunto sórdido y peligroso. Hasta yo, Gandalf, apenas conseguí escapar. Intenté salvar a tu padre, pero era demasiado tarde. Había perdido el juicio e iba de un lado para otro, y había olvidado casi todo excepto el mapa y la llave.

—Hace tiempo que dimos su merecido a los trasgos de Moria —dijo Thorin—. Ahora tendremos que ocuparnos del Nigromante.

—¡No seas absurdo! El Nigromante es un enemigo a quien de ningún modo alcanzan los poderes[51] de todos los enanos juntos, si desde las cuatro esquinas del mundo se reuniesen otra vez. Lo único que deseaba tu padre era que tú leyeras el mapa[52] y usaras la llave. ¡El dragón y la Montaña son empresas más que grandes

para ti!

—¡Oíd, oíd! —dijo Bilbo, y sin querer habló en voz alta.

—¡Oíd, oíd! —dijeron todos mirándolo, y Bilbo se puso tan nervioso que respondió:

—¡Oíd lo que he de decir!

—¿Qué es? —preguntaron.

—Bien, os diré que tendríais que ir hacia el Este y echar allí un vistazo. Al fin y al cabo allí está la Puerta lateral, y los dragones han de dormir alguna vez, supongo. Si os sentáis a la entrada durante un tiempo, creo que algo se os ocurrirá. Y bien, ¿no os parece que hemos charlado bastante para una noche, eh? ¿Qué opináis de irse a la cama, para empezar mañana temprano y todo eso? Os daré un buen desayuno antes de que os vayáis.

—Antes de que nos vayamos, supongo que querrás decir —dijo Thorin—. ¿No eres tú el saqueador? ¿Y tu oficio no es esperar a la entrada, y aún cruzar la puerta? Pero estoy de acuerdo en lo de la cama y el desayuno. Me gusta tomar seis huevos con jamón cuando empiezo un viaje: fritos, no escalfados, y cuida de no romperlos.

Luego de que los otros hubieran pedido sus desayunos sin ningún por favor (lo que molestó sobremanera a Bilbo), todos se levantaron. El hobbit tuvo que buscarles sitio, y preparó los cuartos vacíos, e hizo camas en sillas y sofás antes de instalarlos e irse a su propia camita muy cansado y nada feliz. Lo que sí decidió fue no molestarse en madrugar y preparar el maldito desayuno para todo el mundo. La vena Tuk empezaba a desaparecer, y ahora ya no estaba tan seguro de que fuese a hacer algún viaje por la mañana.

Mientras yacía en cama pudo oír a Thorin en la habitación de al lado, la mejor de todas, todavía tarareando entre dientes:

Más allá de las frías y brumosas montañas,
a mazmorras profundas y cavernas antiguas,
a reclamar el oro hace tiempo olvidado,
hemos de ir, antes de que el día nazca.

Bilbo se durmió con ese canto en los oídos, y tuvo unos sueños intranquilos. Despertó mucho después de que naciera el día.

2
Carnero asado

BILBO SE LEVANTÓ DE UN SALTO, y poniéndose la bata entró en el comedor. Allí no vio a nadie, pero sí las huellas de un enorme y apresurado desayuno. Había un horrendo revoltijo en la habitación, y pilas de cacharros sucios en la cocina. Parecía que no hubiera quedado ninguna olla ni tartera sin usar. La tarea de fregarlo todo fue tan tristemente real que Bilbo se vio obligado a creer que la reunión de la noche anterior no había sido parte de una pesadilla, como casi había esperado. La idea de que habían partido sin él y sin molestarse en despertarlo, aunque nadie le hubiera dado las gracias, pensó, lo había aliviado de veras. Sin embargo, no pudo dejar de sentir una cierta decepción. Este sentimiento lo sorprendió.

«No seas tonto, Bilbo Bolsón —se dijo—, ¡pensando a tu edad en dragones y en tonterías estrafalarias!». De modo que se puso el delantal, encendió unos fuegos, calentó agua y fregó. Luego se tomó un pequeño y apetitoso desayuno en la cocina, antes de arreglar el comedor. El sol ya brillaba entonces, y por la puerta delantera entraba una cálida brisa de primavera. Bilbo se puso a silbar y a olvidar lo de la noche. Ya estaba sentándose para zamparse un segundo apetitoso desayuno en el comedor junto a la ventana abierta, cuando de pronto entró Gandalf.

—Mi querido amigo —dijo—, ¿cuándo *vas* a partir? ¿Qué hay de aquello de *empezar temprano*? Y aquí estás tomando el desayuno, o como quiera que llames a eso, a las diez y media. Te dejaron un mensaje, pues no podían esperar.

—¿Qué mensaje? —dijo el pobre Bilbo sonrojado.

—¡Por los Grandes Elefantes! —respondió Gandalf—. Estás desconocido esta mañana; ¡aún no le has quitado el polvo a la repisa de la chimenea!

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Ya tengo bastante con fregar los platos y ollas de catorce desayunos!

—Si hubieses limpiado la repisa, habrías encontrado esto debajo del reloj —dijo Gandalf alargándole una nota (por supuesto, escrita en unas cuartillas del propio Bilbo).

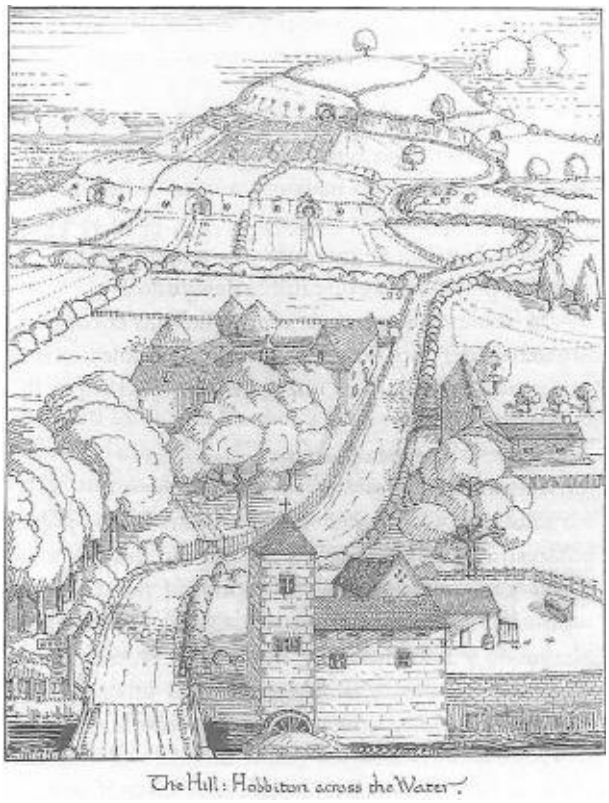
Esto fue lo que el hobbit leyó:

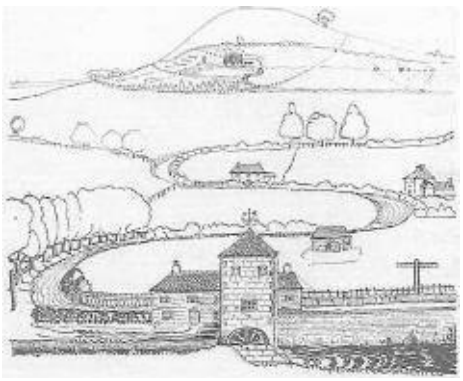
«Thorin y Compañía al Saqueador Bilbo, ¡salud! Nuestras más sinceras gracias por vuestra hospitalidad y nuestra agradecida aceptación por habernos ofrecido asistencia profesional. Condiciones: pago al contado y al finalizar el trabajo, hasta un máximo de catorceavas partes de los beneficios totales (si los hay); todos los gastos de viaje garantizados en cualquier circunstancia; los gastos de posibles funerales los pagaremos nosotros o nuestros representantes, si hay ocasión y el asunto no se arregla de otra manera.

»Creemos que es del todo innecesario perturbar vuestro muy estimable reposo, nos hemos adelantado a hacer los preparativos adecuados; esperaremos a vuestra respetable persona en la posada del Dragón Verde,[1] junto a Delagua, exactamente a las 11 a. m. Confiando en que seáis puntual,

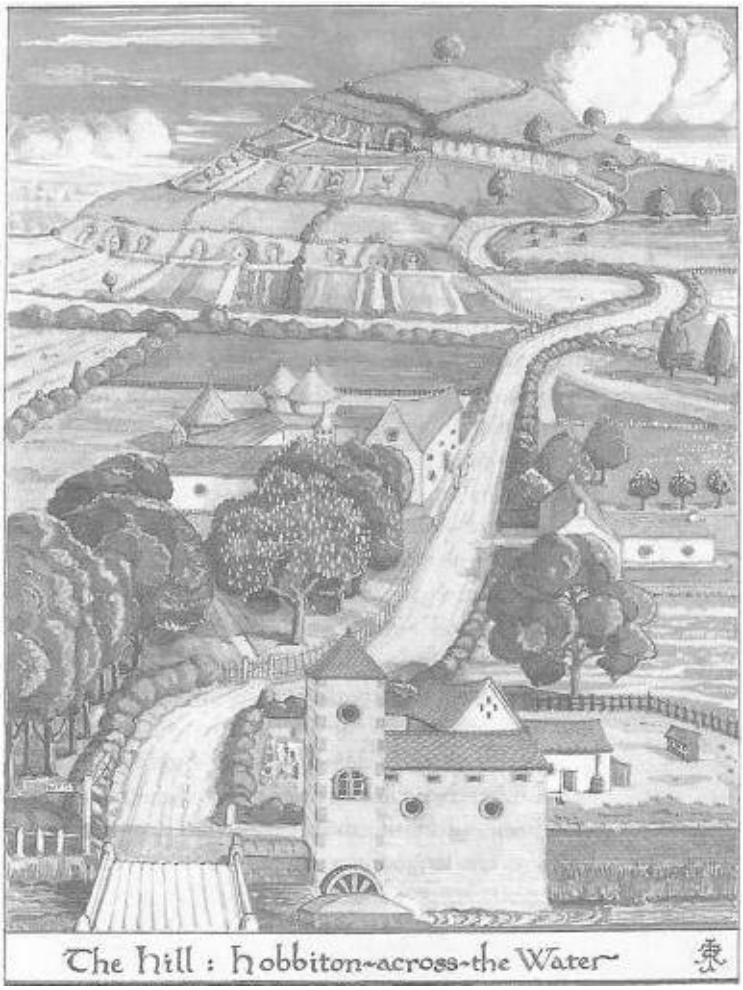
tenemos el honor de permanecer
sinceramente vuestros
Thorin y Cía.»

—Esto te da diez minutos. Tendrás que correr —dijo Gandalf.
—Pero… —dijo Bilbo.
—No hay tiempo para eso —dijo el mago.
—Pero… —dijo otra vez Bilbo.
—Y tampoco para eso otro. ¡Vamos, adelante!





La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua de J. R. R. Tolkien. El dibujo a lápiz apareció por primera vez como frontispicio de la primera edición de 1937 y después fue sustituido por la versión coloreada. La primera versión iba a aparecer en la edición de 1979 de *Pinturas* (n.º 1, izquierda), pero por error fue cambiado por un dibujo anterior. El dibujo correcto aparece en la segunda edición de *Pinturas* en 1992 (n.º 1, izquierda) y en *Artista* (n.º 97).
Tolkien hizo numerosos intentos de dibujar esta escena antes de conseguir el equilibrio perfecto de la curva en «S» del camino y en el diseño del molino en primer plano (incluidos varios detalles como la forma de las ventanas y si aparecían o no las contraventanas). Una de esas pruebas es *La Colina: Hobbiton* (izquierda), que también aparece en *Artista* (n.º 92). Cuatro esbozos incompletos se pueden ver en *Artista* (n.os 93-96), junto con un análisis de la evolución de la ilustración (pp. 101-107).



La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones a color para *El Hobbit*. Se publicó por primera vez como frontispicio de la segunda impresión de la primera edición inglesa en 1937 y como frontispicio de la edición norteamericana de 1938 (eliminando el monograma de Tolkien y el título manuscrito). En ambos casos se mantuvo el título impreso de *La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua*. Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 98) y *Pinturas* (n.º 1, derecha). Varios aspectos de los edificios representados están comentados en el artículo de Pat Reynolds «"The Hill at Hobbiton": Vernacular Architecture in the Shire» [«"La Colina de Hobbiton": arquitectura vernácula en la Comarca»], en *Mallorn*, septiembre de 1997 (n.º 35).

Hasta el final de sus días Bilbo no alcanzó a recordar cómo se encontró fuera, sin sombrero, bastón o dinero, o cualquiera de las cosas que acostumbraba llevar cuando salía, dejando el segundo desayuno a medio terminar, casi sin lavarse la cara, y poniendo las llaves en manos de Gandalf, corriendo callejón abajo tanto como se lo permitían los pies peludos, dejando atrás el Gran Molino, cruzando el río Delagua, y continuando durante una milla o más.[2]

Resoplando llegó a Delagua cuando empezaban a sonar las once, ¡y descubrió que se había venido sin pañuelo!

—¡Bravo! —dijo Balin, que estaba de pie a la puerta de la posada, esperándolo.

Y entonces aparecieron todos los demás doblando la curva del camino que venía de la villa. Montaban en poneys, y de cada uno de los caballos colgaba toda clase de equipajes, bultos, paquetes y chismes. Había un poney pequeño, aparentemente para Bilbo.

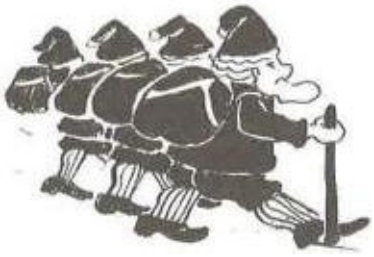
—Arriba vosotros dos, y adelante —dijo Thorin.

—Lo siento terriblemente —dijo Bilbo—, pero me he venido sin mi sombrero,

me he olvidado el pañuelo de bolsillo, y no tengo dinero. No vi vuestra nota hasta después de las 10:45, para ser precisos.

—No seas preciso —dijo Dwalin—, y no te preocupes. Tendrás que arreglártelas sin pañuelos y sin buena parte de otras cosas antes de que lleguemos al final del viaje. En lo que respecta al sombrero, yo tengo un capuchón y una capa de sobra en mi equipaje.

Y así fue como se pusieron en marcha, alejándose de la posada en una hermosa mañana poco antes del mes de mayo,[3] montados en poneys cargados de bultos; y Bilbo llevaba un capuchón de color verde oscuro (un poco ajado por el tiempo) y una capa del mismo color que Dwalin le había prestado. Le quedaban muy grandes, y tenía un aspecto bastante cómico. No me atrevo a aventurar lo que su padre Bungo hubiese dicho de él. Sólo le consolaba pensar que no lo confundirían con un enano, pues no tenía barba.



Un boceto de enanos andando de J. R. R. Tolkien. Este boceto procede de *Artista* (n.º 103), que incluye una página con este dibujo y un boceto de Smaug. La imagen de los enanos es la más cuidada y es obra del propio Tolkien.

Aún no habían cabalgado[4] mucho tiempo cuando apareció Gandalf, espléndido, montando un caballo blanco. Traía un montón de pañuelos y la pipa y el tabaco de Bilbo. Así que desde entonces cabalgaron felices, contando historias o cantando canciones durante toda la jornada, excepto, naturalmente, cuando paraban a comer. Esto no ocurrió con la frecuencia que Bilbo hubiese deseado, pero ya empezaba a sentir que las aventuras no eran en verdad tan malas.

Cruzaron primero las tierras de los hobbits, un extenso país habitado por gente simpática, con buenos caminos, una posada o dos, y aquí y allá un enano o un granjero que trabajaba en paz.

Llegaron luego a tierras donde la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca.[5] Se internaron en las Tierras Solitarias, donde no había gente ni posadas y los caminos eran cada vez peores. No mucho más adelante se alzaron unas colinas melancólicas, oscurecidas por árboles. En algunas había viejos castillos, torvos de aspecto, como si hubiesen sido construidos por gente maldita. Todo parecía lúgubre, pues el tiempo se había estropeado. Hasta entonces el día había sido tan bueno como pudiera esperarse en mayo, aún en las historias felices, pero ahora era frío y húmedo. En las Tierras Solitarias se habían visto obligados a acampar en un lugar desapacible, pero, al menos, seco.[6]

—Pensar que pronto llegará junio[7] —mascullaba Bilbo, mientras avanzaba chapoteando detrás de los otros por un sendero enlodado.

La hora del té ya había quedado atrás; la lluvia caía a cántaros, y así había sido

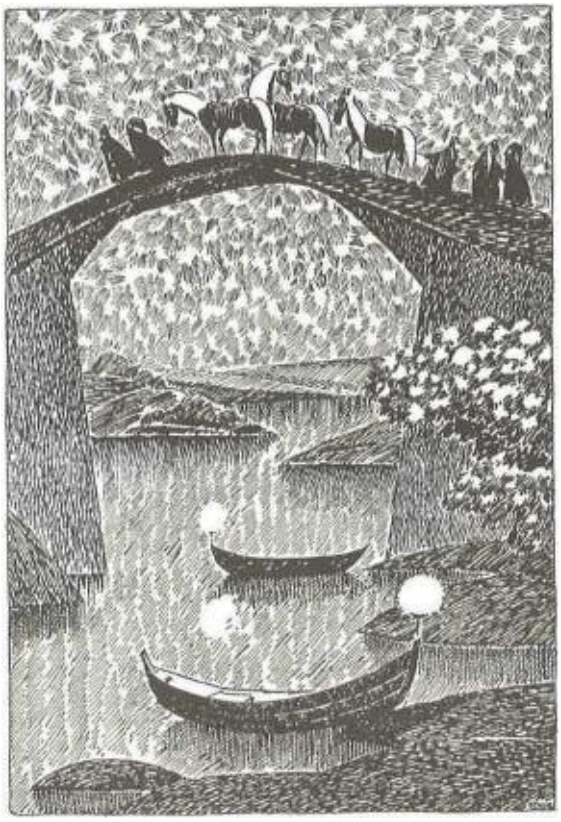
todo el día; el capuchón le goteaba en los ojos; tenía la capa empapada; el poney cansado tropezaba con las piedras; los otros estaban demasiado enfurruñados para charlar.

—Estoy seguro que la lluvia se ha colado hasta las ropas secas y las bolsas de comida —gruñó Bilbo—. ¡Malditos sean los saqueadores y todo lo que se relacione con ellos! Cómo quisiera estar en mi confortable agujero, al amor de la lumbre, y con la marmita que ha empezado a silbar. —¡No fue la última vez que tuvo este deseo!

Sin embargo, los enanos seguían al paso, sin volverse ni prestar atención al hobbit. Pareció que el sol se había puesto ya en algún lugar detrás de las nubes grises, pues cuando descendían hacia un valle profundo con un río en el fondo, empezó a oscurecer. Se levantó viento, y los sauces se mecían y susurraban a lo largo de las orillas.[8] Por fortuna el camino atravesaba un antiguo puente de piedra, pues el río crecido por las lluvias bajaba precipitado de las colinas y montañas del norte.[9]

Era casi de noche cuando lo cruzaron. El viento desgajó las nubes grises y una luna errante apareció[10] entre los jirones flotantes. Entonces se detuvieron, y Thorin murmuró algo acerca de la cena y —¿Dónde encontraremos un lugar seco para dormir?

En ese momento cayeron en la cuenta de que faltaba Gandalf. Hasta entonces había hecho todo el camino con ellos, sin decir si participaba de la aventura o simplemente los acompañaba un rato. Había hablado, comido y reído como el que más… Pero ahora simplemente ¡no estaba allí!



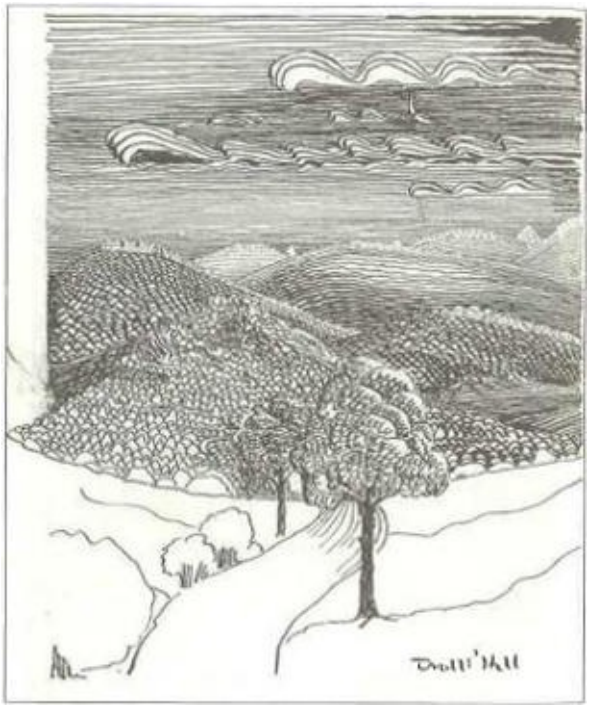
Bilbo y los enanos cruzan el puente de piedra con sus, poneys. Ilustración de Tove Jansson para la edición sueca de 1962 y la finesa de 1973. Tove Jansson (1914-2001) nació en Finlandia en el seno de una familia de lengua sueca. De lodos los ilustradores de *El Hobbit*, Jansson es sin duda la más conocida y prestigiosa como artista y

escritora. Ilustró cuentos infantiles de los Moomins, una familia de excéntricos trolls que parecían hipopótamos, que se publicaron entre 1945 y 1970, con traducciones por todo el mundo También ilustró traducciones de *La caza del snark* (1959) y *Alicia en el País de las Maravillas* (1966) de Lewis Carroll. Publicó además ficción para adultos.
Cuando ilustró a Tolkien, Jansson escribió en 1992 a Mikael Ahlström de la Sociedad Tolkien finesa que «para mí, ilustrar *El Hobbit* ha sido una aventura», y hubiera sido deseable que hubiera profundizado en ella. El museo Moominvalley en Tampere, Finlandia, está dedicado a la obra de Jansson y conserva las ilustraciones originales para *El Hobbit*. Se pueden ver tres ilustraciones más de Jansson en las páginas 156, 298 y 349. Veáse también la página 405 (cubierta).

—¡Vaya, justo en el momento en que un mago nos sería más útil! —suspiraron Dori y Nori (que compartían los puntos de vista del hobbit sobre la regularidad, cantidad y frecuencia de las comidas).

Por fin decidieron que acamparían allí mismo.[11] Se acercaron a una arboleda, y aunque el terreno estaba más seco, el viento hacía caer las gotas de las hojas y el plip-plip molestaba bastante. El mal parecía haberse metido en el fuego mismo. Los enanos saben hacer fuego en cualquier parte, casi con cualquier cosa, con o sin viento, pero no pudieron encenderlo esa noche, ni siquiera Oin y Gloin, que en esto eran especialmente mañosos.

Entonces uno de los poneys se asustó de nada y escapó corriendo. Se metió en el río antes de que pudieran detenerlo; y antes de que pudiesen llevarlo de vuelta, Fili y Kili casi murieron ahogados, y el agua había arrastrado el equipaje del poney. Naturalmente, era casi todo comida, y quedaba muy poco para la cena, y menos para el desayuno.



La Colina de los Trolls de J. R. R. Tolkien. En el dibujo original se utiliza tinta roja para centrar la atención en la luz de la hoguera cerca de la cumbre de la colina en primer plano a la izquierda. El dibujo ilustra claramente el pasaje siguiente: «Un poco apartada asomaba una colina con árboles, bastante espesos en algunos sitios. Fuera de la masa oscura de la arboleda, todos pudieron ver entonces el brillo de una luz, una luz rojiza, confortadora, como una fogata o antorchas parpadeantes.» Una reproducción en color del original se puede encontrar en *Artista* (n.º 99).

Todos se sentaron, taciturnos, empapados y rezongando, mientras Oin y Gloin seguían intentando encender el fuego y discutiendo el asunto. Bilbo reflexionaba tristemente que las aventuras no eran sólo cabalgatas en poney al sol de mayo, cuando Balin, el oteador del grupo, exclamó de pronto: —¡Allá hay una luz![12] —un poco apartada asomaba una colina con árboles, bastante espesos en algunos sitios. Fuera de la masa oscura de la arboleda, todos pudieron ver entonces el brillo de una luz, una luz rojiza, confortadora, como una fogata o antorchas parpadeantes.

Luego de observarla un rato, se enredaron en una discusión. Unos decían que «sí» y otros decían que «no». Algunos opinaron que lo único que se podía hacer era ir y mirar, y que cualquier cosa sería mejor que poca cena, menos desayuno, y ropas mojadas toda la noche.

Otros dijeron: —Ninguno de estos parajes es bien conocido, y las montañas están demasiado cerca. Rara vez algún viajero se aventura ahora por estos lados. Los mapas antiguos ya no sirven, las cosas han empeorado mucho. Los caminos no están custodiados,[13] y aquí además han oído hablar del rey[14] en contadas ocasiones, y cuanto menos preguntas hagas menos dificultades encontrarás. —Alguno dijo: —Al fin y al cabo somos catorce. —Otros: —¿Dónde está Gandalf? —pregunta que fue repetida por todos.

En ese momento la lluvia empezó a caer más fuerte que nunca, y Oin y Gloin iniciaron una pelea.

Esto puso las cosas en su sitio: —Al fin y al cabo, tenemos un saqueador entre nosotros —dijeron; y así echaron a andar, guiando a los poneys (con toda la precaución debida y apropiada) hacia la luz. Llegaron a la colina y pronto estuvieron en el bosque. Subieron la pendiente, pero no se veía ningún sendero adecuado que pudiera llevar a una casa o una granja. Continuaron como pudieron, entre chasquidos, crujidos y susurros (y una buena cantidad de maldiciones y refunfuños) mientras avanzaban por la oscuridad cerrada del bosque.

De súbito la luz roja brilló muy clara entre los árboles no mucho más allá. —Ahora le toca al saqueador —dijeron refiriéndose a Bilbo—. Tienes que ir y averiguarlo todo de esa luz, para qué es, y si las cosas parecen normales y en orden —dijo Thorin al hobbit—. Ahora corre, y vuelve rápido si todo está bien. Si no, ¡vuelve como puedas! Si no puedes, grita dos veces como lechuza de granero y una como lechuza de campo, y haremos lo que podamos.

Y allá tuvo que partir Bilbo, antes de poder explicarles que era tan incapaz de gritar como una lechuza como de volar como un murciélago.

Pero, de todos modos, los hobbits saben moverse en silencio por el bosque, en completo silencio. Era una habilidad de la que se sentían orgullosos, y Bilbo más de una vez había torcido la cara mientras cabalgaban, criticando ese «estrépito propio de enanos»; pero me imagino que ni vosotros ni yo hubiéramos advertido nada en una noche de ventisca, aunque la cabalgata hubiese pasado casi rozándonos. En cuanto a la sigilosa marcha de Bilbo hacia la luz roja, creo que no hubiera perturbado ni el bigote de una comadreja, de modo que llegó directamente al fuego —pues era un fuego— sin alarmar a nadie. Y esto fue lo que vio.

Bilbo y los trolls. Ilustración de Antonio Quadros para la edición portuguesa de 1962.

Había tres criaturas muy grandes sentadas alrededor de una hoguera de troncos de haya, y estaban asando un carnero espetado en largos asadores de madera y chupándose la salsa de los dedos. Había un olor delicioso en el aire. También había un barril de buena bebida a mano, y bebían de unas jarras. Pero eran trolls. Trolls sin

ninguna duda. Aún Bilbo, a pesar de su vida retirada, podía darse cuenta: las grandes caras toscas, la estatura, el perfil de las piernas, por no hablar del lenguaje, que no era precisamente el que se escucha en un salón de invitados.[15]

—Carnerro ayer, carnerro hoy y maldición si no carnerro mañana —dijo uno de los trolls.

—Ni una mala pizca de carne humana probamos desde hace mucho, mucho tiempo —dijo otro troll—. ¿Por qué demonios Guille nos habrá traído aquí?; y además la bebida está escaseando —añadió, tocando el codo de Guille, que en ese momento bebía un sorbo.

Guille se atragantó: —¡Cierra la boca! —dijo tan pronto como pudo—. No puedes esperar que la gente se quede por aquí sólo para que tú y Berto se la zampen. Habéis comido un pueblo y medio entre los dos desde que bajamos de las montañas. ¿Qué más queréis? Y esos tiempos han pasado. Y tendrías que haber dicho «Grracias, Guille», por este buen bocado de carnerro gordo del valle —arrancó un pedazo de la pierna del carnero que estaba asando y se limpió la boca con la manga.

Bilbo robando el saco del troll. Ilustración de Nada Rappensbergerová para la edición eslovaca de 1973.

En efecto, me temo que los trolls se comportan siempre así, aún aquellos que sólo tienen una cabeza.[16] Luego de haber oído todo esto, Bilbo tendría que haber hecho algo sin demora. O bien haber regresado en silencio. Y avisar a los demás que había tres trolls de buena talla y malhumorados, bastante grandes como para comerse un enano asado o aún un poney, como novedad; o bien tendría que haber hecho una buena y rápida demostración de merodeo nocturno. Un saqueador legendario y realmente de primera clase, en esta situación habría metido mano a los bolsillos de los trolls (algo que casi siempre vale la pena, si consigues hacerlo), habría sacado el

carnero de los espetones, habría arrebatado la cerveza y se hubiera ido sin que nadie se enterase. Otros más prácticos, pero con menos orgullo profesional, quizá habrían clavado una daga a cada uno de ellos antes de que se dieran cuenta. Luego él y los enanos hubieran podido tener una noche feliz.

Bilbo lo sabía. Había leído de muchas buenas cosas que nunca había visto o nunca había hecho. Estaba muy asustado, y disgustado también; hubiera querido encontrarse a cien millas de distancia, y sin embargo… sin embargo no podía volver directamente a donde estaban Thorin y Compañía con las manos vacías. Así que se quedó, titubeando en las sombras. De los muchos procedimientos de saqueo de que había oído, hurgonear en los bolsillos de los trolls le pareció el menos difícil, así que se arrastró hasta un árbol, justo detrás de Guille.

Los trolls. Ilustración de Torbjörn Zetterholm para la edición sueca de 1947.

Berto y Tom iban ahora hacia el barril. Guille estaba echando otro trago. Bilbo se armó de coraje e introdujo la manita en el enorme bolsillo de Guille. Había un saquito dentro, para Bilbo tan grande como un zurrón. «¡Ja!», pensó, entusiasmándose con el nuevo trabajo, mientras extraía la mano poco a poco, «¡y esto es sólo un principio!».

¡Fue un principio! Los sacos de los trolls son engañosos, y éste no era una excepción.

—¡Eh!, ¿quién eres tú? —chilló el saco en el momento en que dejaba el bolsillo, y Guille dio una rápida vuelta y tomó a Bilbo por el cuello antes de que el hobbit pudiera refugiarse detrás del árbol.

—¡Maldizón, Berto, mira lo que he cazado!

—¿Qué es? —dijeron los otros acercándose.

—¡Que un rayo me parta si lo sé! Tú ¿qué eres?

—Bilbo Bolsón, un saque… un hobbit —dijo el pobre Bilbo temblando de pies a cabeza, y preguntándose cómo podría gritar como una lechuza antes que lo degollasen.

—¿Un saquehobbit? —dijeron los otros un poco alarmados.

Los trolls son cortos de entendimiento, y bastante suspicaces con cualquier cosa que les parezca una novedad.[17]

—De todos modos, ¿qué tiene que hacer un saquehobbit en mis bolsillos? —dijo Guille.

—Y ¿podremos cocinarlo? —dijo Tom.

—Se puede intentar —propuso Berto blandiendo un asador.

—No alcanzaría más que para un bocado —dijo Guille, que había cenado bien—, una vez que le saquemos la piel y los huesos.

—Quizá haya otros como él alrededor y podamos hacer un pastel —dijo Berto—. Eh, tú, ¿hay otros ladronzuelos por estos bosques, pequeño conejo asqueroso? —dijo mirando las extremidades peludas del hobbit; y tomándolo por los dedos de los pies lo levantó y sacudió.

—Sí, muchos —dijo Bilbo antes de darse cuenta de que traicionaba a sus compañeros—. No, nadie, ni uno —dijo inmediatamente después.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Berto, levantándolo en vilo, esta vez por el pelo.

—Lo que digo —respondió Bilbo jadeando—. Y por favor, ¡no me cocinen, amables señores! Yo mismo cocino bien, y soy mejor cocinero que cocinado, si entienden lo que quiero decir. Les prepararé un hermoso desayuno, un desayuno perfecto si no me comen en la cena.

—Pobrecito bribón —dijo Guille; había comido ya hasta hartarse, y también había bebido mucha cerveza—.[18] Pobrecito bribón. ¡Dejadlo ir!

—No hasta que diga qué quiso decir con muchos y ninguno —replicó Berto—, no quiero que me rebanen el cuello mientras duermo.

—¡Ponedle los pies al fuego hasta que hable!

—No lo haré —dijo Guille—, al fin y al cabo yo lo he atrapado.

—Eres un gordo estúpido, Guille —dijo Berto—, ya te lo dije antes, por la tarde.

—Y tú, un patán.

—Y yo no lo permitiré, Guille Estrujónez —dijo Berto, y descargó el puño contra el ojo de Guille.

Los Trolls de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937. Esta ilustración se puede encontrar en *Artista* (n.º 102) y en *Pinturas* (n.º 2, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Riddett apareció por primera vez en el *Calendario de 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 2, derecha).

El dibujo de Tolkien sigue claramente el modelo de la ilustración *Hansel y Grethel sentados junto al fuego* de Jennie Harbour (página siguiente), que tiene una historia bastante compleja. Fue publicada por primera vez en *My Book of Favourite Fairy Tales* [*El libro de mis cuentos favoritos*] (1921) de Edric Vredenburg, en la editorial londinense de Raphael Tuck e ilustrado por Harbour en color y blanco y negro. Vredenburg (1860-*c*. 1943) fue durante muchos años editor en Tuck, una editorial que publicaba fundamentalmente libros infantiles, incluido el popular *Father Tuck's Annual [El anuario del padre Tuck]*, Tuck reciclaba bastante a menudo los contenidos de libros ya publicados en nuevas ediciones. Priscilla Tolkien recuerda que de niña tuvo bastantes libros de Raphael Tuck.

Tolkien se encontró las ilustraciones de Harbour en *The Fairy Tale Book* [*El libro de los cuentos de hadas*], publicado por Tuck en mayo de 1934. *The Fairy Tale Book* incluye ocho de los quince cuentos de *My Book of Favourite Fairy Tales*, pero los textos habían sido reescritos, las ilustraciones reorganizadas y, en el caso del cuento «Hansel y Grethel», omitidas las láminas a color. No se acreditaba a ningún editor. (La edición americana de la década de 1990 complica aún más las cosas. *My Book of Favorite Fairy Tales* publicado por Derrydale Books en 1993, no menciona a Vredenburg y sólo tiene diez cuentos que fueron reescritos, y las ilustraciones de Harbour, cuando se incluyeron, fueron reformateadas, a veces recortadas e incluso fundidas. La edición de 1998 es igual a la de 1993 pero en un formato más pequeño.)

Al comparar las dos ilustraciones, Wayne G. Hammond y Christina Scull escriben que el dibujo de Tolkien «está más estructurado que el de Harbour, sus bosques son más sobrecogedores, sus llamas y su humo son más vivos. Además, su dibujo es más claramente *Art nouveau*, de manera especial en su sinuoso y estilizado humo y en los marcados contrastes de blanco y negro. Es una ilustración técnicamente brillante» (*Artista*, p. 109)

No se sabe prácticamente nada de Jennie Harbour, excepta que ilustró unos cuantos libros, casi todos de Raphael Tuck, incluidos *My Book of Mother Goose Nursery Rhymes* [*Mi libro de nanas de mamá ganso*] (1926) y *Hans Andersen's Stories* [*Historias de Hans Andersen*] (1932). Este último es quizás su mayor logro con doce láminas a color y cerca de cincuenta dibujos en blanco y negro. La obra de Harbour es muy apreciada por los que la conocen, pero en términos generales es casi desconocida y por ello poco valorada.

La pelea que siguió fue espléndida. Bilbo no perdió del todo el juicio, y cuando Berto lo dejó caer,[19] gateó apartándose antes de que los trolls estuviesen peleando como perros y llamándose a grandes voces con distintos apelativos, verdaderos y perfectamente adecuados. Pronto estuvieron enredados en un abrazo feroz, casi rodando hasta el fuego, dándose puntapiés y aporreándose, mientras Tom los golpeaba con una rama para que recobraran el juicio, y por supuesto enfureciéndolos todavía más. Bilbo hubiera podido escapar en ese mismo instante. Pero las grandes garras de Berto le habían estrujado los desdichados pies, había perdido el aliento, y la cabeza le daba vueltas; así que allí se quedó resollando, justo fuera del círculo de luz.

De pronto, en plena pelea, apareció Balin. Los enanos habían oído ruidos a lo lejos, y luego de esperar un rato a que Bilbo volviera o que gritara como una lechuza, empezaron a arrastrarse hacia la luz tratando de no hacer ruido. Tan pronto como Tom vio aparecer a Balin a la luz, dio un horrible aullido. Ocurre que los trolls no soportan la vista de un enano (crudo). Berto y Guille dejaron enseguida de pelear, y:

—Un saco, rápido, Tom —dijeron.

Antes de que Balin, quien se preguntaba dónde estaría Bilbo en aquella conmoción, se diera cuenta de lo que ocurría, le habían echado un saco sobre la cabeza, y lo habían derribado.

—Aún vendrán más, o me equivoco bastante. Muchos y ninguno, eso es —dijo Tom—. No más saquehobbits, pero muchos enanos. ¡Eso es lo que quería decir!

—Pienso que tienes razón —dijo Berto—, y convendría que saliésemos de la luz.

Y así hicieron. Teniendo en la mano unos sacos que usaban para llevar carneros y otras presas, esperaron en las sombras. Cuando aparecía algún enano, y miraba sorprendido el fuego, las jarras desbordadas y el carnero roído, ¡pop!, un saco maloliente le caía sobre la cabeza, y el enano rodaba por el suelo. Pronto Dwalin yacía al lado de Balin, y Fili y Kili juntos, y Dori y Nori y Ori en un montón, y Oin, Gloin, Bifur, Bofur y Bombur[20] incómodamente apilados cerca del fuego.

—Eso les enseñará —dijo Tom, ya que Bifur y Bombur habían causado muchos

problemas y habían peleado como locos, tal como hacen los enanos cuando se ven acorralados.

Thorin llegó último, y no lo tomaron desprevenido. Llegó esperando encontrar algo malo, y no necesitó ver las piernas de sus amigos sobresaliendo de los sacos para darse cuenta de que las cosas no iban del todo bien. Se quedó fuera, algo aparte, en las sombras, y dijo:

—¿Qué es todo este jaleo? ¿Quién está aporreando a mi gente?

—Son trolls —respondió Bilbo desde atrás del árbol; lo habían olvidado por completo—. Están escondidos entre los arbustos, con sacos.

—Oh, ¿son trolls? —dijo Thorin, y saltó hacia el fuego cuando los trolls se precipitaban sobre él.

Alzó una rama gruesa que ardía en un extremo y Berto la tuvo en un ojo antes de que pudiera esquivarla. Eso lo puso fuera de combate durante un rato. Bilbo hizo todo lo que pudo. Se aferró de algún modo a una pierna de Tom —era gruesa como el tronco de un árbol joven—, pero lo enviaron dando vueltas hasta la copa de unos arbustos, mientras Tom pateaba las chispas hacia la cara de Thorin. La rama golpeó los dientes de Tom, que perdió un incisivo. Esto lo hizo aullar, os lo aseguro. Pero justo en ese momento, Guille apareció detrás y le echó a Thorin un saco a la cabeza y se lo bajó hasta los pies. Y así acabó la lucha. Un bonito escabeche eran todos ellos ahora, primorosamente atados en sacos, con tres trolls enfadados (dos con quemaduras y golpes que recordar) sentados cerca, discutiendo si los asarían a fuego lento, si los picarían fino y luego los cocerían, o bien si se sentarían sobre ellos, haciéndolos papilla; y Bilbo en lo alto de un arbusto, con la piel y las vestiduras rasgadas, no atreviéndose a intentar un movimiento, por miedo de que lo oyeran.

Fue entonces cuando volvió Gandalf, pero nadie lo vio. Los trolls acababan de decidir que meterían a los enanos en el asador y se los comerían más tarde; había sido idea de Berto, y tras una larga discusión todos estuvieron de acuerdo.

—No es buena idea asarlos ahora, nos llevaría toda la noche —dijo una voz; Berto creyó que era la voz de Guille.

—No empecemos de nuevo la discusión, Guille —dijo el otro—, o *sí* que nos llevaría toda la noche.

—¿Quién está discutiendo? —dijo Guille, creyendo que había sido Berto el que había hablado.

—¡Tú! —dijo Berto.

—Eres un mentiroso —dijo Guille, y así empezó otra vez la discusión. Por fin decidieron picarlos y cocerlos, así que trajeron una gran cacerola negra y sacaron los cuchillos.

—¡No está bien cocerlos! No tenemos agua y hay todo un buen trecho hasta el pozo —dijo una voz; Berto y Guille creyeron que era la de Tom.

—¡Calla o nunca acabaremos! Y tú mismo traerás el agua si dices una palabra más.

—¡Cállate tú! —dijo Tom, quien creyó que era la voz de Guille—. ¿Quién discute, sino tú?

—Eres bobito —dijo Guille.

—¡Bobito tú! —respondió Tom.

Y así comenzó otra vez la discusión, y continuó más enconada que nunca, hasta que por fin decidieron sentarse sobre los sacos uno a uno, aplastarlos y cocerlos más tarde.

—¿Sobre cuál nos sentaremos primero? —dijo la voz.

—Mejor sentarnos primero sobre el último tipo —dijo Berto, cuyo ojo había sido lastimado por Thorin, creyendo que era Tom el que hablaba.

—No hables solo —dijo Tom—, pero si quieres sentarte sobre el último, hazlo. ¿Cuál es?

—El de las medias amarillas —dijo Berto.

—Tonterías, el de las medias grises —dijo una voz que parecía la de Guille.

—Me aseguré de que eran amarillas —dijo Berto.

—Amarillas eran —corroboró Guille.

—Entonces ¿por qué dijiste que eran medias grises? —preguntó Berto.

—Nunca dije eso. Fue Tom.

—Yo no lo dije. Fuiste tú —dijo Tom.

—Apuesto dos contra uno, ¡así que cierra la boca! —dijo Berto.

—¿A quién le estás hablando? —preguntó Guille.

—¡Basta ya! —dijeron Tom y Berto al mismo tiempo—. La noche avanza y amanece temprano. ¡Sigamos!

—¡Que el amanecer caiga sobre todos y que sea piedra para vosotros! —dijo una voz que sonó como la de Guille. Pero no lo era. En ese preciso instante, la aurora apareció sobre la colina y hubo un bullicioso gorjeo en la enramada. Guille ya no dijo nada más, pues se convirtió en piedra mientras se encorvaba, y Berto y Tom se quedaron inmóviles como rocas cuando lo miraron. Y allí están hasta nuestros días, solos, a menos que los pájaros se posen sobre ellos; pues los trolls, como seguramente sabéis, tienen que estar bajo tierra antes del alba, o vuelven a la materia montañosa de la que están hechos, y nunca más se mueven.[21] Esto fue lo que les ocurrió a Berto, Tom y Guille.

—¡Excelente! —dijo Gandalf, mientras aparecía desde atrás de un árbol y ayudaba a Bilbo a descender de un arbusto espinoso.[22] Entonces Bilbo entendió. Había sido la voz del brujo la que había tenido a los ogros discutiendo y peleando por naderías hasta que la luz asomó y acabó con ellos.[23]

Los tres trolls son convertidos en piedra de J. R. R. Tolkien. Esta ilustración no apareció en la edición original de *El Hobbit*, probablemente porque el lavado de tinta que Tolkien aplicó a los trolls (y a la capa de Gandalf) no se habría reproducido bien por el procedimiento de fotograbado (véase *Artista*, pp. 10S-109). Por otro lado es el único dibujo de Tolkien que representa a Gandalf y muestra a Bilbo de cara, De los trolls, la figura de la derecha, de rodillas, es aparentemente Guille, con Berto y Tom mirándolo. La «gran olla negra» en primer plano no parece que pueda contener a demasiados enanos para cocerlos.
La ilustración fue publicada por primera vez en 1979 en *Pinturas* (n.º 3, izquierda); también aparece en *Artista* (n.º 100). Una versión coloreada por H. E. Riddett fue publicada por primera vez en el *Calendario Tolkien 1979* (1978) y en *Pinturas* (n.º 3, derecha).

Lo siguiente fue desatar los sacos y liberar a los enanos. Estaban casi asfixiados y muy fastidiados; no les había divertido nada estar allí tendidos, oyendo a los ogros que hacían planes para asarlos, picarlos y cocerlos. Tuvieron que escuchar más de dos veces el relato de lo que le había ocurrido a Bilbo antes de quedar satisfechos.

—¡Tiempo tonto para andar practicando el arte de birlar[24] y desvalijar bolsillos! —dijo Bombur—. Todo lo que queríamos era comida y lumbre.

—Y eso es justamente lo que no hubierais conseguido de esa gente sin lucha, en cualquier caso —replicó Gandalf—. De todos modos, ahora estáis perdiendo el tiempo. ¿No os dais cuenta de que los trolls han de tener alguna cueva o agujero excavado aquí cerca para esconderse del sol? Tenemos que investigarlo.

Buscaron alrededor y pronto encontraron las marcas de las botas de piedra entre los árboles. Siguieron las huellas colina arriba hasta que descubrieron una puerta de piedra, escondida detrás de unos arbustos y que llevaba a una caverna. Pero no pudieron abrirla, ni aun cuando todos empujaron mientras Gandalf probaba varios encantamientos.

—¿Será esto de alguna utilidad? —preguntó Bilbo cuando ya se estaban cansando y enfadando—. Lo encontré en el suelo donde los trolls tuvieron la discusión —y extrajo una llave bastante grande, aunque Guille la hubiese considerado pequeña y

secreta; por fortuna se le había caído del bolsillo antes de quedar convertido en piedra.

—Pero ¿por qué no lo dijiste antes? —le gritaron. Gandalf arrebató la llave y la introdujo en la cerradura. Entonces la puerta se abrió hacia atrás con un solo empellón, y todos entraron. Había huesos esparcidos por el suelo, y un olor nauseabundo en el aire, pero había también una buena cantidad de comida mezclada al descuido en estantes y sobre el suelo, entre un cúmulo de cosas tiradas en desorden, producto de muchos botines, desde botones de estaño a ollas colmadas de monedas de oro apiladas en un rincón. Había también montones de vestidos que colgaban de las paredes —demasiado pequeños para los trolls; me temo que pertenecían a las víctimas—, y entre ellos muchas espadas de diversa factura, forma y tamaño. Dos les llamaron particularmente la atención, por las hermosas vainas y las empuñaduras enjoyadas. Gandalf y Thorin tomaron una cada uno, y Bilbo un cuchillo con vaina de cuero. Para un troll no hubiera sido más que un pequeño cortaplumas, pero al hobbit le servía como espada corta.

—Las hojas parecen buenas —dijo el mago desenvainando una a medias y observándola con curiosidad—. No han sido forjadas por ningún troll ni herrero humano de estos lugares y días, pero cuando podamos leer las runas[25] que hay en ellas, sabremos más.

—Salgamos de este hedor horrible —dijo Fili. Y así sacaron las ollas de monedas y todos los alimentos que parecían limpios y adecuados para comer, así como un barril de cerveza del país todavía lleno. Sintieron ganas de desayunar, y hambrientos como estaban no hicieron ascos a lo que habían sacado de las despensas de los trolls. De las provisiones que habían traído quedaba ya poco, pero ahora tenían pan, queso, gran cantidad de cerveza y panceta para asar a las brasas.

Luego se durmieron, pues la noche no había sido tranquila, y no hicieron nada hasta la tarde. Entonces trajeron los poneys y se llevaron las ollas del oro y las enterraron con mucho secreto no lejos del sendero que bordea el río, echándoles numerosos encantamientos, por si alguna vez tenían oportunidad de regresar y recobrarlas. Enseguida, volvieron a montar, y trotaron otra vez por el camino hacia el Este.

—¿Dónde has ido, si puedo preguntártelo? —dijo Thorin a Gandalf mientras cabalgaban.

—A mirar adelante —respondió Gandalf.

—¿Y qué te hizo volver en el momento preciso?

—Mirar hacia atrás.

—De acuerdo, pero ¿no podrías ser más explícito?

—Me adelanté a explorar el camino. Pronto se hará peligroso y difícil. Deseaba también acrecentar nuestras pequeñas reservas de alimentos. Sin embargo no había ido muy lejos cuando me encontré con un par de amigos de Rivendel.[26]

—¿Dónde queda eso? —preguntó Bilbo.

—No interrumpas —dijo Gandalf—. Llegarás allí en pocos días, si tenemos suerte, y lo sabrás todo. Como estaba diciendo, encontré dos de los hombres de Elrond. Huían asustados de los trolls. Por ellos supe que tres trolls habían bajado de las montañas y se habían asentado en el bosque, no lejos del camino. Habían espantado a toda la gente del distrito y tendían celadas a los extraños. Enseguida tuve el presentimiento de que yo hacía falta. Mirando atrás, vi fuego a lo lejos y me vine. Así que ya lo sabes ahora. Por favor, ten más cuidado la próxima vez; ¡o no llegaremos a ninguna parte!

—¡Gracias! —dijo Thorin.[27]

3
Un breve descanso

NO CANTARON ni contaron historias aquel día, aunque el tiempo mejoró; ni al día siguiente, ni al otro. Habían empezado a sentir que el peligro estaba bastante cerca y a ambos lados. Acamparon bajo las estrellas, y los caballos comieron mejor que ellos mismos, pues la hierba abundaba, pero no quedaba mucho en los zurrones, aun contando con lo que habían sacado a los trolls. Una mañana vadearon un río[1] por un lugar ancho y poco profundo, resonante de piedras y espuma. La orilla opuesta era escarpada y resbaladiza. Cuando llegaron a la cresta, guiando los poneys, vieron que las grandes montañas descendían ya muy cerca hacia ellos. Parecían alzarse a sólo un día de cómodo viaje desde la falda más cercana. Tenían un aspecto tenebroso y lóbrego, aunque había manchas de sol en las laderas oscuras, y más allá centelleaban las cumbres nevadas.

—¿Es aquélla *la* Montaña? —preguntó Bilbo con voz solemne, mirándola con asombro; nunca había visto antes algo que pareciese tan enorme.

—¡Desde luego que no! —dijo Balin—. Esto es sólo el principio de las Montañas Nubladas, tenemos que cruzarlas de algún modo, por encima o por debajo, antes de que podamos internarnos en las Tierras Ásperas[2] de más allá. Y aún queda un largo camino desde el otro lado hasta la Montaña Solitaria de Oriente, en la que Smaug yace tendido sobre el tesoro.

Bilbo piensa una vez más en su casa. Ilustración de Mirna Pavlovec para la edición eslovena de 1986. Pavlovec (nacida en 1953) también ha ilustrado la edición eslovena de *La colina de Watership* (1987) de Richard Adams. Otra ilustración de Pavlovec aparece en la página 102.

—¡Oh! —dijo Bilbo, y en aquel mismo instante se sintió cansado como nunca hasta entonces; añoraba una vez más la silla confortable delante del fuego y la salita preferida en el agujero-hobbit, y el canto de la marmita. ¡No por última vez!

Gandalf encabezaba ahora la marcha. —No nos salgamos del camino, o ya nada

podrá salvarnos —dijo—. Necesitamos comida, en primer lugar, y descanso con una seguridad razonable; además es muy importante internarse en las Montañas Nubladas por el sendero apropiado, o de lo contrario os perderéis y tendréis que volver y empezar de nuevo por el principio (si llegáis a volver).

Le preguntaron hacia dónde estaba conduciéndolos, y él respondió: —Habéis llegado a los límites mismos de las tierras salvajes,[3] como algunos sabéis sin duda. Oculto en algún lugar delante de nosotros está el hermoso valle de Rivendel, donde vive Elrond en la última Morada. Le envié un mensaje por mis amigos y nos está esperando.

Aquello sonaba agradable y reconfortante pero no habían llegado aún, y no era tan fácil como parecía encontrar la última Morada[4] al oeste de las Montañas. No había árboles, valles o colinas que quebrasen el terreno delante de ellos: la vasta pendiente ascendía poco a poco hasta el pie de la montaña más próxima, una ancha tierra descolorida de brezo y piedra rota, con manchas de latigazos de verde de hierbas y verde de musgos que señalaban dónde podía haber agua.

Rivendel de J. R .R. Tolkien, una de las ilustraciones a color para *El Hobbit*. Fue publicada por primera vez en la segunda impresión de la primera edición inglesa en 1937 y en la edición norteamericana de 1938 (eliminando el borde decorado y el título). En ambos casos se mantuvo el título impreso de «El Hermoso Valle de Rivendel». Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 108) y *Pinturas* (n.º 6).

En el texto de *El Hobbit* (así como en *El Señor de los Anillos)* hay muy pocas descripciones de la forma y el estilo de la casa de Elrond. Esta ilustración da las únicas claves sobre su apariencia.

Marie Barnfield, en su artículo «The Roots of Rivendell; or, Elrond's House Now Open as a Museum» [«..Los orígenes de Rivendel; o la nueva apertura de la casa de Elrond como museo»] en *þe Lyfe ant þe Auncestrye*, primavera de 1996 (n.º 3), analiza las similitudes entre la pintura de *Rivendel* y la zona alrededor de Lauterbrunnen en Suiza, que Tolkien visitó durante el verano de 1911. El artículo incluye fotografías de la zona y la autora concluye que la posición de la Casa de Elrond con respecto al valle y a las montañas se corresponde a la

situación de *Die Mühle* [« El Molino»] en Lauterbrunnen y el área circundante. El Molino es ahora el museo local.

Pasó la mañana, llegó la tarde; pero no había señales de que alguien habitara en ese yermo silencioso. La inquietud de todos iba en aumento, pues veían ahora que la casa podía estar oculta[5] casi en cualquier lugar entre ellos y las montañas. Se encontraban de pronto con valles inesperados, estrechos, de paredes escarpadas, que se abrían de súbito, y ellos miraban hacia abajo y se sorprendían, pues había árboles y una corriente de agua en el fondo. Algunos desfiladeros casi hubieran podido cruzarlos de un salto, pero eran en cambio muy profundos, y el agua corría por ellos en cascadas. Había gargantas oscuras que no podían cruzarse sin trepar. Había ciénagas; algunas eran lugares verdes de aspecto agradable, donde crecían flores altas y luminosas; pero un poney que caminase por allí llevando una carga nunca volvería a salir.

Por cierto, era una tierra que se extendía desde el vado a las montañas, de una vastedad que nunca hubieseis llegado a imaginar. Bilbo estaba asombrado. Unas piedras blancas, algunas pequeñas y otras medio cubiertas de musgo o brezo, señalaban el único sendero. En verdad era una tarea muy lenta la de seguir el rastro, aún guiados por Gandalf, que parecía conocer bastante bien el camino.

La cabeza y la barba de Gandalf se movían de aquí para allá cuando buscaba las piedras, y ellos lo seguían; pero cuando el día empezó a declinar no parecían haberse acercado mucho al término de la busca.[6] La hora del té había pasado hacía tiempo y parecía que la de la cena pronto iría por el mismo camino. Había mariposas nocturnas que revoloteaban alrededor y la luz era ahora muy débil, pues aún no había salido la luna. El poney de Bilbo comenzó a tropezar en raíces y piedras. Llegaron tan de repente al borde mismo de un declive abrupto, que el caballo de Gandalf casi resbaló pendiente abajo.

—¡Aquí está, por fin! —anunció el mago, y los otros se agruparon en torno y miraron por encima del borde; vieron un valle allá abajo.

Podían oír el murmullo del agua que se apresuraba en el fondo, sobre un lecho de piedras; en el aire había un aroma de árboles, y en la vertiente del otro lado brillaba una luz.

Bilbo nunca olvidó cómo rodaron y resbalaron en el crepúsculo, bajando por el sendero empinado y zigzagueante hasta entrar en el valle secreto de Rivendel. El aire era más cálido a medida que descendían, y el olor de los pinos amodorraba a Bilbo, quien de vez en cuando cabeceaba y casi se caía, o daba con la nariz en el pescuezo del poney. Todos parecían cada vez más animados mientras bajaban. Las hayas y los robles substituyeron a los pinos, y el crepúsculo era como una atmósfera de serenidad y bienestar. El último verde casi había desaparecido de la hierba, cuando llegaron al fin a un claro despejado, no muy por encima de las riberas del arroyo.

«¡Hummm! ¡Huele como a elfos!», pensó Bilbo, y levantó los ojos hacia las estrellas. Ardían brillantes y azules. Justo entonces una canción brotó de pronto,

como una risa entre los árboles:

¡Oh! ¿Qué hacéis,
y a dónde vais?
¡Hay que herrar esos poneys!
¡El río corre!
¡Oh! ¡Tra-la-la-lalle,
aquí abajo en el valle!

¡Oh! ¿Qué buscáis,
y a dónde vais?
¡Los leños humean,
las tartas se doran![7]
¡Oh! ¡Tral-lel-lel-lelle,
el valle es alegre!
¡Ja! ¡Ja!

¡Oh! ¿Hacia dónde vais
meneando las barbas?
No, no, no sabemos
qué trae a Bolsón
y a Balin y Dwalin
abajo hacia el valle
en junio.
¡Ja! ¡Ja!

¡Oh! ¿Aquí os quedaréis,
o enseguida os iréis?
¡Se extravían los poneys!
¡La luz del día muere!
Sería malo irse;
mucho mejor quedarse,
y escuchar y atender
hasta el fin de la noche
nuestro canto.
¡Ja! ¡Ja!

De esta manera reían y cantaban entre los árboles, y vaya desatino, pensaréis vosotros, supongo. Pero no les importaría nada si se lo dijeseis; se reirían todavía más. Eran elfos, desde luego. Pronto Bilbo empezó a distinguirlos, a medida que aumentaba la oscuridad. Le gustaban los elfos, aunque rara vez tropezaba con ellos, pero al mismo tiempo lo asustaban un poco. Los enanos no se llevaban bien con

aquellas criaturas. Aún enanos bastante simpáticos, como Thorin y sus amigos, pensaban que los elfos eran tontos (un pensamiento muy tonto, por cierto), o se enfadaban con ellos. Pues algunos elfos les tomaban el pelo y se reían de los enanos, y sobre todo de sus barbas.

—¡Bueno, bueno! —dijo una voz—. ¡Miren qué cosa! ¡Bilbo el hobbit en un poney, cielos! ¿No es delicioso?

—¡Maravilla de maravillas!

Enseguida se pusieron a corear otra canción, tan ridícula como la que he copiado entera.[8] Al fin uno, un joven alto, salió de los árboles y se inclinó ante Gandalf y Thorin.

—¡Bienvenidos al valle! —dijo.

—¡Gracias! —dijo Thorin con alguna brusquedad, pero Gandalf había bajado ya del caballo y charlaba alegre entre los elfos.

—Te has desviado un poco del camino —dijo el elfo—. Es decir, si quieres ir por el único sendero que cruza el río hacia la casa de más allá. Nosotros te guiaremos, pero sería mejor que fueseis a pie hasta pasar el puente. ¿Te quedarás un rato y cantarás con nosotros, o te marcharás enseguida? Allá se está preparando la cena —dijo—. Puedo oler el fuego de leña de la cocina.

Cansado como estaba, a Bilbo le hubiese gustado quedarse un rato. El canto de los elfos no es para perdérselo, en junio bajo las estrellas, si te interesan esas cosas. También le hubiese gustado tener unas pocas palabras aparte con estas gentes, que parecían saber cómo se llamaba y todo acerca de él, aunque nunca los hubiese visto. Pensaba que la opinión de los elfos sobre la aventura podría ser interesante. Los elfos saben mucho y es asombroso cómo están enterados de lo que ocurre entre las gentes de la tierra, pues las noticias corren entre ellos tan rápidas como el agua de un río, o tal vez más.

Pero los enanos estaban todos de acuerdo en cenar cuanto antes y no quedarse mucho tiempo. Siguieron adelante, guiando a los poneys, hasta que llegaron a una buena senda, y así por fin al borde del mismo río. Corría rápido y ruidoso, como un arroyo de la montaña en un atardecer de verano, cuando el sol ha estado iluminando todo el día la nieve de las cumbres. Sólo había un puente estrecho de piedra, sin parapeto, tan estrecho que apenas si cabía un poney, y tuvieron que cruzarlo despacio y con cuidado, en fila, llevando cada uno un poney por las riendas. Los elfos habían traído faroles brillantes a la orilla y cantaron una animada canción mientras el grupo iba pasando.

—¡No mojes tu barba con la espuma, padre! —le gritaron a Thorin, que de tan encorvado iba casi a gatas—. Ya es bastante larga sin necesidad de que la mojes.

—¡Cuidado con Bilbo, que no se vaya a comer todos los bizcochos! —dijeron—. ¡Todavía está demasiado gordo para colarse por el agujero de la cerradura!

—¡Silencio, silencio, Buena Gente! ¡Y buenas noches! —dijo Gandalf, que había llegado último—. Los valles tienen oídos, y algunos elfos tienen lenguas demasiado

sueltas. ¡Buenas noches!

Y así llegaron por fin a la última Morada, y encontraron las puertas abiertas de par en par.

Elrond descubre las runas lunares. Ilustración de Maret Kernumees para le edición estonia de 1977. Kernumees (1934-1997) fue una prolífica ilustradora estonia de libros infantiles, También ilustró traducciones de obras de Hans Christian Andersen y de los hermanos Grimm. Sus ilustraciones para *El Hobbit* supieron captar la atmósfera de «cuento de hadas» de la historia. Se pueden ver ocho ilustraciones más de Kernumees en las páginas 110, 121, 170, 200, 310, 337, 354 y 366.

Ahora bien, parece extraño, pero las cosas que es bueno tener y los días que se pasan de un modo agradable se cuentan muy pronto, y no se les presta demasiada atención; en cambio, las cosas que son incómodas, estremecedoras, y aún horribles, pueden hacer un buen relato, y además lleva tiempo contarlas. Se quedaron muchos días en aquella casa agradable, catorce al menos, y les costó irse. Bilbo se hubiese quedado allí con gusto para siempre, incluso suponiendo que un deseo hubiera podido transportarlo sin problemas directamente de vuelta al agujero-hobbit. No obstante, algo hay que contar sobre esta estancia.

El dueño de casa era amigo de los elfos, una de esas gentes cuyos padres aparecen en cuentos extraños, anteriores al principio de la historia misma, las guerras de los trasgos malvados y los elfos, y los primeros hombres del Norte. En los días de nuestro relato, había aún algunas gentes que descendían de los elfos y los héroes del Norte; y Elrond,[9] el dueño de la casa, era el jefe de todos ellos.

Era tan noble y de facciones tan hermosas como un señor de los elfos, fuerte como un guerrero, sabio como un mago, venerable como un rey de los enanos, y benévolo como el estío. Aparece en muchos relatos, pero la parte que desempeña en la historia de la aventura de Bilbo es pequeña, aunque importante, como veréis, si alguna vez llegamos a acabarla. La casa era perfecta tanto para comer o dormir como para trabajar, o contar historias, o cantar, o simplemente sentarse y pensar mejor, o una agradable mezcla de todo esto. La perversidad no tenía cabida en aquel valle.

Desearía tener tiempo para contaros sólo unas pocas de las historias o una o dos de las canciones que se oyeron entonces en aquella casa. Todos los viajeros, incluyendo los poneys, se sintieron refrescados y fortalecidos luego de pasar allí unos pocos días. Les compusieron los vestidos, tanto como las magulladuras, el humor y las esperanzas.[10] Les llenaron las alforjas con comida y provisiones, de poco peso, pero fortificantes, buenas para cruzar los desfiladeros. Les aconsejaron bien y corrigieron los planes de la expedición. Así llegó el solsticio de verano y se dispusieron a partir otra vez con los primeros rayos del sol estival.

Elrond lo sabía todo sobre runas de cualquier tipo. Aquel día observó las espadas

que habían tomado en la guarida de los trolls y comentó: —Esto no es obra de los trolls. Son espadas antiguas, muy antiguas, de los Altos Elfos del Oeste, mis parientes.[11] Están hechas en Gondolin para las guerras de los trasgos. Tienen que haber sido parte del tesoro escondido de un dragón, o de un botín de los trasgos, pues los dragones y los trasgos destruyeron esa ciudad hace muchos siglos. En ésta, Thorin, las runas dicen Orcrist, la Hendedora de trasgos, en la ancestral lengua de Gondolin; fue una hoja famosa. Ésta, Gandalf, fue Glamdring, Martillo de enemigos, que una vez llevó el rey de Gondolin.[12] ¡Guardadlas bien!

—¿De dónde las habrán sacado los trolls, me pregunto? —murmuró Thorin mirando su espada con renovado interés.

—No sabría decirlo —dijo Elrond—, pero puede suponerse que vuestros trolls habrán saqueado otros botines, o habrán descubierto los restos de viejos robos en alguna cueva de las montañas. He oído que hay quizá todavía tesoros ignotos[13] en las cavernas desiertas de las Minas de Moria, desde la guerra de los enanos y los trasgos.

Thorin meditó estas palabras. —Llevaré esta espada con honor —dijo—. ¡Ojalá pronto hienda trasgos otra vez!

—¡Un deseo que quizá se cumpla muy pronto en los montes! —dijo Elrond—. ¡Pero mostradme ahora vuestro mapa!

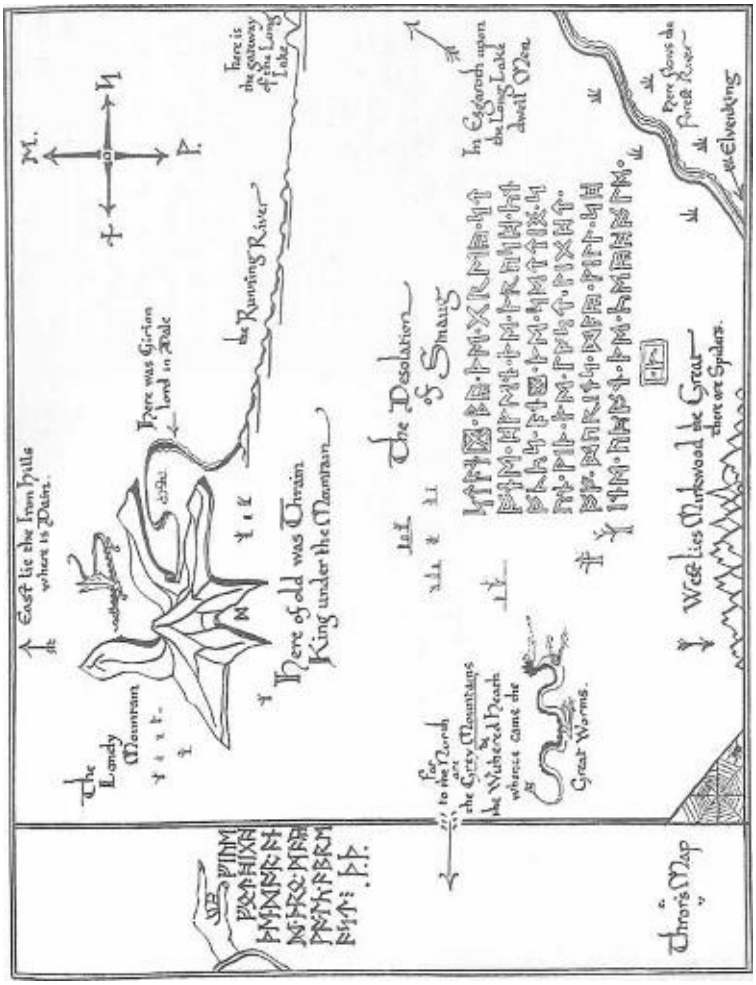
Elrond descubre las runas lunares. Ilustración de Ryúichi Terashima para la edición japonesa de 1965. Terashima (1918-2001) también ilustró la edición japonesa de *El Señor de los Anillos* que, como *El Hobbit*, fue traducida por Teiji Seta (1916-1979), un conocido traductor, editor y autor de libros Infantiles. Seta y Terashima colaboraron en otros proyectos además de Tolkien. Terashima también pintaba retratos, especializándose en mujeres exóticas. Entre los numerosos libros infantiles que ilustró destacan *Secuestrado* (1972) y *La Isla del Tesor*o (1976) de Robert Louis Stevenson, *La piedra fantástica de Brisingamen* (1969) y *The Moon of Comrath* [La luna de Comrath] (1969) de Alan Garner, además de obras de Kenneth Grahame, Arthur Ransome y John Masefield. También ¡lustró libros infantiles escritos originalmente en japonés.
Las ilustraciones de Terashima para *El Hobbit* demuestran que estudió muy de cerca las ilustraciones del propio Tolkien, dejando que las ideas del escritor se filtraran en sus propios dibujos. Clyde S. Kilby escribió en sus memorias, *Tolkien and The Silmarillion* [*Tolkien y El Silmarillio*n] (1976), que Tolklen «estaba muy contento con la traducción japonesa de *El Hobbit* y me mostró con especial satisfacción el frontispicio que representaba a Smaug cayendo» sobre Ciudad del Lago. Siete ilustraciones más de Terashima aparecen en las páginas 107, 123, 180, 206, 238, 271 y 304.

Lo tomó y lo miró largo rato, y meneó la cabeza; pues si no aprobaba del todo a los enanos y el amor que le tenían al oro, odiaba a los dragones y la cruel perversidad de estas bestias, y se afligió al recordar la ruina de la ciudad de Valle y aquellas campanas alegres, y las riberas incendiadas del centelleante Río Rápido. La luna resplandecía en un amplio cuarto creciente de plata. Elrond alzó el mapa y la luz blanca lo atravesó. —¿Qué es esto? —dijo—. Hay letras lunares aquí, junto a las runas que dicen «*cinco pies de altura y tres pasan con holgura*».

—¿Qué son las letras lunares? —preguntó el hobbit muy excitado; le encantaban los mapas, como ya os he dicho antes; y también le gustaban las runas y las letras, y las escrituras ingeniosas, aunque él escribía con letras delgadas y como patas de araña.

—Las letras lunares son letras rúnicas, pero que no se pueden ver —dijo Elrond —, no al menos directamente. Sólo se las ve cuando la luna brilla por detrás, y en los ejemplos más ingeniosos la fase de la luna y la estación tienen que ser las mismas que en el día en que fueron escritas. Los enanos las inventaron y las escribían con plumas de plata, como tus amigos te pueden contar. Éstas tienen que haber sido escritas en una noche del solsticio de verano con luna creciente, hace ya largo tiempo.

—¿Qué es lo que dicen? —preguntaron Gandalf y Thorin a la vez, un poco fastidiados quizá de que Elrond las hubiese descubierto primero, aunque es cierto que hasta entonces no habían tenido la oportunidad, y no volverían a tenerla quién sabe por cuánto tiempo.


East lie the Iron Hills
where is Dain.
The Lonely Mountain
Here was Girion Lord in Dale
the Running River
Here is the gateway of the Long Lake
Here stood the Gate
Here ofold was Thrain King under the Mountain
The Desolation of Smaug
In Esgaroth upon the Long Lake dwelt Men
Here flows the Forest River
the Elvenkings
West lies Mirkwood the Great there are Spiders.
for to the North are the Grey Mountains the Withered Heath where came the Great Worms.
Thror's Map

El Mapa de Thror de J. R. R Tolkien, con las runas lunares visibles. La trascripción de las runas (se subrayan las parejas de letras representadas por un solo carácter en las runas): STAND BY THE GREY ST | ONE HWEN THE THRUSH KN | OCKS AND THE SETTING S | UN WITH THE LAST LIGHT | OF DURINS DAY WILL SH | INE UPON THE KEYHOLE | TH. [«ESTAD CERCA DE LA GRIS PI | EDRA CUANDO EL ZORZAL LL | AME Y EL PONIENTE S | OL CON LAS ÚLTIMAS LUCES | DEL DÍA DE DURIN BRILL | ARÁ SOBRE EL OJO DE LA CERRADURA | TH»]. La forma *hwen* en lugar de *when* [«cuando»] en la segunda línea era común en anglosajón.

—Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal[14] —leyó Elrond— y el sol poniente brillará sobre el ojo de la cerradura con las últimas luces del Día de Durin.

—¡Durin, Durin! —exclamó Thorin—. Era el padre de los padres de la más antigua raza de Enanos,[15] los Barbiluengos, y mi primer antepasado: yo soy el heredero de Durin.[16]

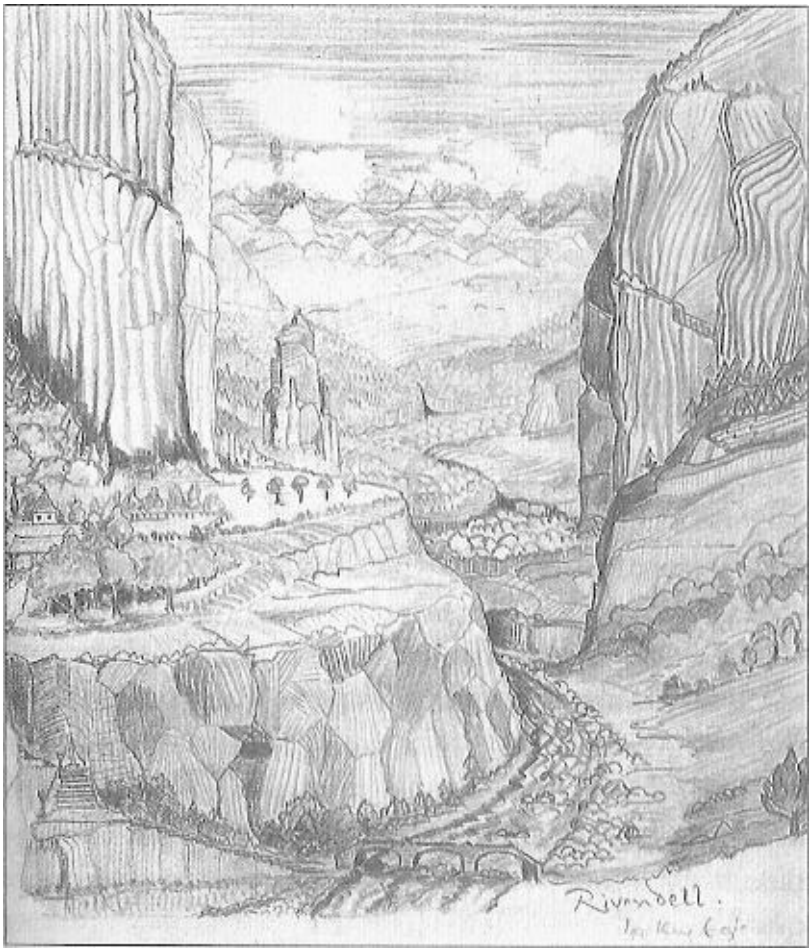
—Pero ¿cuándo es el Día de Durin? —preguntó Elrond.

—El primer día del Año Nuevo de los enanos —dijo Thorin— es, como todos sabéis sin duda,[17] el primer día de la última luna del otoño, en los umbrales del invierno. Todavía llamamos Día de Durin a aquel en que el sol y la última luna de otoño están juntos en el cielo. Pero me temo que esto no ayudará, pues nadie sabe hoy cuándo este tiempo se presentará otra vez.

—Eso está por verse —dijo Gandalf—. ¿Hay algo más escrito?

—Nada que se revele con esta luna —dijo Elrond, y le devolvió el mapa a Thorin; y luego bajaron al agua para ver a los elfos que bailaban y cantaban en la noche del solsticio.

La mañana siguiente, la mañana del solsticio,[18] fue tan hermosa y fresca como hubiera podido soñarse: un cielo azul sin nubes, y el sol que brillaba en el agua. Partieron entonces entre cantos de despedida y buen viaje, con los corazones dispuestos a nuevas aventuras, y sabiendo por dónde tenían que ir para cruzar las Montañas Nubladas hacia la tierra de más allá.



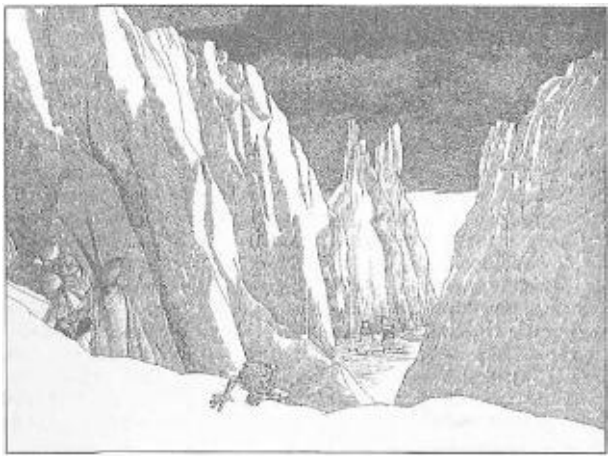
Rivendel hacia el Este de J. R. R. Tolkien. Este dibujo en color fue publicado por primera vez en el *Calendario de 1977* (1976) y aparece en *Pinturas* (n.º 5) y *Artista* (n.º 106). La casa de Elrond es ligeramente diferente a la de *Rivendel* (véase página 91), que es la ilustración que se reproduce habitualmente con el libro, y el puente tiene tres arcos en vez de uno como en el dibujo final. En el texto queda descrito como «un puente estrecho de piedra, sin parapeto» (página 95).

Otros intentos de Tolkien de ilustrar Rivendel han sido publicados. *Bajando a caballo a Rivendel* (véase *Artista*, n.º 104) es posiblemente el más antiguo porque el valle no es tan profundo como en el texto y como aparece en todas las demás ilustraciones. Gandalf cabalga en un poni y lleva una capa roja (mientras que en la página 34 se le describe vistiendo «una larga capa gris»). La aparición de la capa roja puede ser un reflejo del origen de Gandalf en la postal que reproduce *Der Berggeist* de Josef Madlener (véase nota 14 del capítulo 1), donde la figura lleva una larga capa roja.

Otra Ilustración incompleta lleva por título *Rivendel hacia el Oeste*, fue publicada por primera vez en el *Calendario de 1977* (1976) y reproducida en *Pinturas* (n.º 4) y *Artista* (n.º 105). En esta ilustración las palabras del título *looking West* [«hacia el Oeste»] parecen un añadido escrito mucho después de la palabra más grande *Rivendell* [«Rivendel»]. La perspectiva del dibujo también es confusa porque el esbozo de la Casa de Elrond aparece en dos sitios diferentes, uno a cada lado del río. Además, el río desciende de las montañas, de manera que la perspectiva de la Ilustración debe mirar hacia el este y no el oeste, por consiguiente, el añadido de la dirección en el título es incorrecto. Un tercer esbozo Incompleto, titulado simplemente *Rivendel*, sólo aparece en *Artista* (n.º 107).

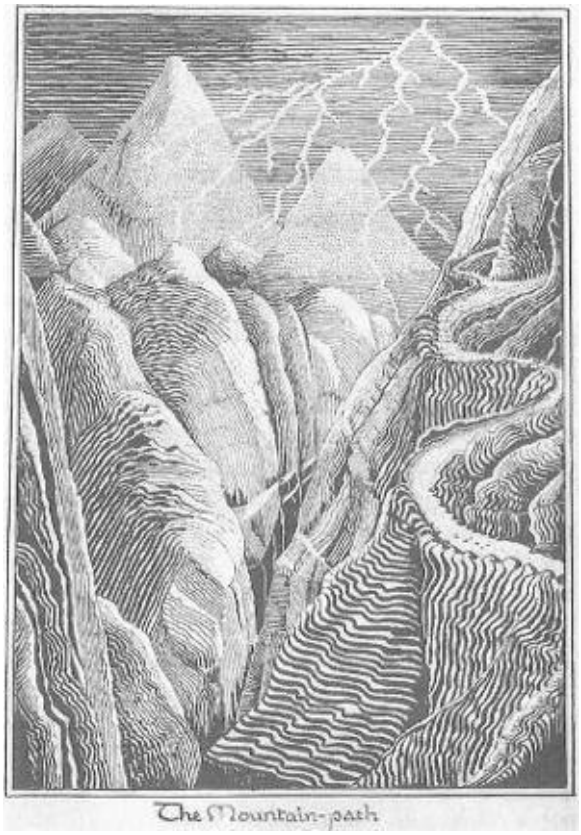
4
Sobre la colina y bajo la colina

HABÍA MUCHAS SENDAS que subían internándose en aquellas montañas, y sobre ellas muchos desfiladeros. Pero la mayoría de estas sendas eran engañosas y decepcionantes, o no llevaban a ningún lado, o acababan mal; y la mayoría de estos desfiladeros estaba infestada de criaturas malvadas y de peligros horrorosos. Los enanos y el hobbit, ayudados por el sabio consejo de Elrond y los conocimientos y la memoria de Gandalf, tomaron el camino que llegaba al desfiladero apropiado.



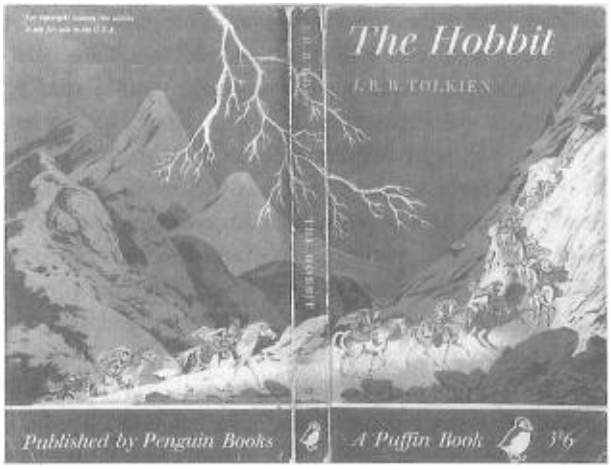
Bilbo sale del valle, dejando atrás Rivendel. Ilustración de Mirna Pavlovec para la edición eslovena de 1986.

Muchos días después de haber remontado el valle y de dejar millas atrás la Última Morada, todavía seguían subiendo y subiendo. Era una senda escabrosa y peligrosa, un camino tortuoso, desierto y largo. Al fin pudieron volverse a mirar las tierras que habían dejado, allá abajo en la distancia. Lejos, muy lejos en el poniente, donde las cosas eran azules y tenues, Bilbo sabía que estaba su propio país, con casas seguras y cómodas, y el pequeño agujero-hobbit. Se estremeció. Empezaba a sentirse un frío cortante allí arriba, y el viento silbaba entre las rocas. También, a veces, unos cantos rodados bajaban a saltos por las laderas de la Montaña —los había soltado el sol de mediodía sobre la nieve— y pasaban entre ellos (lo que era afortunado) o sobre sus cabezas (lo que era alarmante).[1] Las noches se sucedían incómodas y muy frías, y no se atrevían a cantar ni a hablar demasiado alto, pues los ecos eran extraños y parecía que al silencio le molestaba que lo quebrasen, excepto con el ruido del agua, el quejido del viento y el crujido de la piedra.



El Sendero de la Montaña de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937.

Esta ilustración se encuentra en *Artista* (n.º 109) y *Pinturas* (n.º 7, izquierda). Un versión coloreada por H. E. Riddett apareció en el *Calendario 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 7, derecha). La versión coloreada también fue utilizada en la cubierta de la primera edición norteamericana de *El Silmarillion* (1977).



Pauline Baynes pintó el ascenso a las montañas de la comitiva para la ilustración de la portada de la edición de 1961 de Puffin Books. La pintura original se exhibe en el Marion E. Wade Center, Wheaton College, Wheaton, Illinois. El Wade Center también la ha publicado como postal. En una carta a su editor, fechada el 13 de marzo de 1961, Tolkien dijo de ella: «A mí, personalmente, me gusta mucho».

Pauline Baynes (nacida en 1922) es una muy conocida y admirada ilustradora, largamente asociada con Tolkien por sus ilustraciones para *Egidio, el granjero de Ham* (1949), *Las aventuras de Tom Bombadil* (1962), *El herrero de Wotton Major* (1967), *Poems and Stories* [*Poemas y relatos*] (1980) y *Bilbo's Last Song* [*La última canción de Bilbo*] (1990), siendo el último un libro ilustrado basado en un poema de veinticuatro líneas. Para este libro, Baynes realizó una ilustración en color para cada pareado del poema, así como una serie de ilustraciones que muestran a Bilbo durmiendo mientras recuerda su vida, mostrando la historia de *El Hobbit*. Baynes también proporcionó ilustraciones para las cubiertas de varias ediciones de los libros de Tolkien y decoró varios carteles y mapas. Sus ilustraciones para los siete volúmenes de *Las Crónicas de Narnia* (1950-1956) del amigo de Tolkien C. S. Lewis son muy populares. Baynes ganó la Kate Greenaway Medal por las ilustraciones para *A Dictionary of Chivalry [Diccionario de la Caballería*] de Grant Uden (1968).

«El verano está llegando allá abajo», pensó Bilbo. «Y ya empiezan la siega del heno y las meriendas. A este paso estarán recolectando y recogiendo moras aún antes de que empecemos a bajar del otro lado». Y los demás tenían también pensamientos lúgubres de este tipo, aunque cuando se habían despedido de Elrond alentados por la mañana de verano, habían hablado alegremente del cruce de las montañas y de cabalgar al galope por las tierras que se extendían más allá. Habían pensado llegar a la puerta secreta de la Montaña Solitaria tal vez en esa misma primera luna de otoño. [2] —Y quizá sea el Día de Durin —habían dicho. Sólo Gandalf había meneado en silencio la cabeza. Ningún enano había atravesado ese paso desde hacía muchos años, pero Gandalf sí, y conocía el mal y el peligro que habían crecido y aumentado en las tierras salvajes desde que los dragones habían expulsado de allí a los hombres, y desde que los trasgos habían ocupado la región en secreto después de la batalla de las Minas de Moria.[3] Aún los buenos planes de magos sabios como Gandalf, y de buenos amigos como Elrond, se olvidan a veces, cuando uno está lejos en peligrosas aventuras al borde del Yermo; y Gandalf era un mago bastante sabio como para tenerlo en cuenta.

Sabía que algo inesperado podía ocurrir, y apenas se atrevía a desear que no tuvieran alguna aventura horrible en aquellas grandes y altas montañas de picos y valles solitarios, donde no gobernaba ningún rey. Nada ocurrió. Todo marchó bien, hasta que un día se encontraron con una tormenta de truenos; más que una tormenta era una batalla de truenos.[45] Sabéis qué terrible puede llegar a ser una verdadera tormenta de truenos allá abajo en el valle del río; sobre todo cuando dos grandes tormentas se encuentran y se baten. Más terribles todavía son los truenos y los relámpagos en las montañas por la noche, cuando las tormentas vienen del este y del oeste y luchan entre ellas. El relámpago se hace trizas sobre los picos, y las rocas tiemblan, y unos enormes estruendos parten el aire, y entran rodando a los tumbos en todas las cuevas y agujeros, y un ruido abrumador y una claridad súbita invaden la oscuridad.

Bilbo nunca había visto o imaginado nada semejante. Estaban muy arriba en un lugar estrecho, y a un lado un precipicio espantoso caía sobre un valle sombrío. Allí pasaron la noche, al abrigo de una roca; Bilbo, tendido bajo una manta y temblando de pies a cabeza. Cuando miró fuera, vio a la luz de los relámpagos los gigantes de piedra abajo en el valle;[6] habían salido y ahora estaban jugando, tirándose piedras unos a otros; las recogían y las arrojaban en la oscuridad, y allá abajo se rompían o desmenuzaban entre los árboles. Luego llegaron el viento y la lluvia, y el viento azotaba la lluvia y el granizo en todas direcciones, por lo que el refugio de la roca no los protegía mucho. Al rato estaban todos empapados hasta los huesos y los poneys se encogían, bajaban la cabeza, y metían la cola entre las patas, y algunos relinchaban de miedo. Las risotadas y los gritos de los gigantes podían oírse por encima de todas

las laderas.

—¡Esto no irá bien! —dijo Thorin—. Si no salimos despedidos, o nos ahogamos, o nos alcanza un rayo, nos atrapará alguno de esos gigantes y de una patada nos mandará al cielo como una pelota de fútbol.

—Bien, si sabes de un sitio mejor, ¡llévanos allí! —dijo Gandalf, quien se sentía muy malhumorado, y no estaba nada contento con los gigantes.

El Sendero de la Montaña. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

El final de la discusión fue enviar a Fili y Kili en busca de un refugio mejor. Tenían ojos muy penetrantes, y siendo los enanos más jóvenes (unos cincuenta años menos que los otros), se ocupaban por lo común de este tipo de tareas (cuando todos comprendían que sería inútil enviar a Bilbo). No hay nada como mirar, si queréis encontrar algo (al menos eso decía Thorin a los enanos jóvenes).

Cierto que casi siempre se encuentra algo, si se mira, pero no siempre es lo que uno busca. Así ocurrió en esta ocasión.

Fili y Kili pronto estuvieron de vuelta, arrastrándose, doblados por el viento, aferrándose a las rocas. —Hemos encontrado una cueva seca —dijeron—, doblando el próximo recodo no muy lejos de aquí; y caben poneys y todo.

—¿La habéis explorado *a fondo*? —dijo el mago, que sabía que las cuevas de las montañas raras veces están sin ocupar.

—¡Sí, sí! —dijeron Fili y Kili, aunque todos sabían que no podían haber estado allí mucho tiempo; habían regresado casi enseguida—. No es demasiado grande y tampoco muy profunda.

Naturalmente, esto es lo peligroso de las cuevas: a veces uno no sabe lo profundas que son, o a dónde puede llevar un pasadizo, o lo que te espera dentro. Pero en aquel momento las noticias de Fili y Kili parecieron bastante buenas. Así que todos se levantaron y se prepararon para trasladarse. El viento aullaba y el trueno retumbaba aún, y era difícil moverse con los poneys. De todos modos, la cueva no estaba muy lejos. Al poco tiempo llegaron a una gran roca que sobresalía en la senda. Detrás, en la ladera de la montaña, se abría un arco bajo.

Había espacio suficiente para que pasaran los poneys apretujados, una vez que les quitaran las sillas. Debajo del arco era agradable oír el viento y la lluvia fuera y no cayendo sobre ellos, y sentirse a salvo de los gigantes y sus rocas. Pero el mago no quería correr riesgos. Encendió su vara —como aquel día en el comedor de Bilbo que ahora parecía tan lejano, si lo recordáis— y con la luz exploraron la cueva de extremo a extremo.

Parecía de buen tamaño, pero no era demasiado grande ni misteriosa. Tenía el suelo seco y algunos rincones cómodos. En uno de ellos había lugar para los poneys, y allí permanecieron las bestias, muy contentas del cambio, humeando y mascando en los morrales. Oin y Gloin querían encender una hoguera en la entrada para secarse la ropa, pero Gandalf no quiso ni oírlo. Así que tendieron las cosas húmedas en el suelo y sacaron otras secas; luego ahuecaron las mantas, sacaron las pipas e hicieron anillos de humo que Gandalf volvía de diferentes colores y hacía bailar en el techo para entretenerlos. Charlaron y charlaron, y olvidaron la tormenta, y discutieron lo que cada uno haría con su parte del tesoro (cuando lo tuviesen, lo que de momento no parecía tan imposible); y así fueron quedándose dormidos uno tras otro. Y ésa fue la última vez que usaron los poneys, los paquetes, equipajes, herramientas y todo lo que habían traído con ellos.

No obstante, fue una suerte esa noche que hubiesen traído al pequeño Bilbo. Porque, por alguna razón, Bilbo no pudo dormirse hasta muy tarde; y luego tuvo unos sueños horribles. Soñó que una grieta en la pared del fondo de la cueva se agrandaba y se agrandaba, abriéndose más y más; y él estaba muy asustado pero no podía gritar, ni hacer otra cosa que seguir acostado, mirando. Después soñó que el suelo de la cueva cedía, y que se deslizaba, y que él empezaba a caer, a caer, quién sabe a dónde.

En ese momento despertó con un horrible sobresalto y se encontró con que parte del sueño era verdad. Una grieta se había abierto al fondo de la cueva y era ya un pasadizo ancho. Apenas si tuvo tiempo de ver la última de las colas de los poneys, que desaparecía en la sombra. Por supuesto, lanzó un chillido estridente, tanto como puede llegar a serlo un chillido de hobbit, bastante asombroso si tenemos en cuenta el tamaño de estas criaturas.

Afuera saltaron los trasgos, trasgos grandes, trasgos enormes de cara fea, montones de trasgos, antes que nadie pudiera decir «peñas y breñas». Había por lo menos seis para cada enano, y dos más para Bilbo; y los apresaron a todos y los llevaron por la hendidura,[130] antes que nadie pudiera decir «madera y hoguera». Pero no a Gandalf. Eso fue lo bueno del grito de Bilbo. Lo había despertado por completo en una décima de segundo, y cuando los trasgos iban a ponerle las manos encima, hubo un destello terrorífico, como un relámpago en la cueva, un olor como de pólvora, y varios cayeron muertos.

La grieta se cerró de golpe ¡y Bilbo y los enanos estaban en el lado equivocado! ¿Dónde se encontraba Gandalf? De eso ni ellos ni los trasgos tenían la menor idea, y los trasgos no esperaron a averiguarlo. Tomaron a Bilbo y a los enanos, y los hicieron

andar a toda prisa. El sitio era profundo, profundo y oscuro, tanto que sólo los trasgos que habían tenido la ocurrencia de vivir en el corazón de las montañas podían distinguir algo. Los pasadizos se cruzaban y confundían en todas direcciones, pero los trasgos conocían el camino tan bien como vosotros el de la oficina de correo más próxima; y el camino descendía y descendía y la atmósfera era cada vez más enrarecida y horrorosa. Los trasgos eran muy brutos, pellizcaban sin compasión, y reían entre dientes o a carcajadas, con voces horribles y pétreas; y Bilbo se sentía más desgraciado aún que cuando el troll lo había levantado tirándole de los dedos de los pies. Una y otra vez se encontraba añorando el agradable y reluciente agujero-hobbit. No sería ésta la última ocasión.

Los trasgos llegan a través de la hendedura. Ilustración de Livia Rusz para la edición rumana de 1975.

De pronto apareció ante ellos el resplandor de una luz roja. Los trasgos empezaron a cantar, a croar, golpeteando los pies planos sobre la piedra, y sacudiendo también a los prisioneros.

¡Azota! ¡Volea! ¡La negra abertura!
¡Atrapa, arrebata! ¡Pellizca, apañusca!
¡Bajando, bajando, al pueblo de trasgos,
vas tú, muchacho!

¡Embiste, golpea! ¡Estruja, revienta!
¡Martillo y tenaza! ¡Batintín y maza!
¡Machaca, machaca, a los subterráneos!
¡Jo, jo, muchacho!

¡Lacera apachurra! ¡Chasquea los látigos!
¡Aúlla y solloza! ¡Sacude, aporrea!
¡Trabaja trabaja! ¡A huir no te atrevas,
mientras los trasgos beben y carcajean!
¡Rodando, rodando, por el subterráneo!
¡Abajo, muchacho!

El canto era realmente terrorífico, las paredes resonaban con el *¡azota volea!* y con el *¡estruja revienta!* y con la inquietante carcajada de los *¡jo, jo, muchacho!* El

significado de la canción era demasiado evidente; pues ahora los trasgos sacaron los látigos y los azotaron con gritos de *¡lacera, apachurra!* haciéndolos correr delante tan rápido como les era posible; y más de uno de los enanos estaba ya desgañitándose con aullidos incomparables, cuando entraron todos a los trompicones en una enorme caverna.

Ilustración de una familia de trasgos por Arthur Hughes (1832-1915), de la edición original de *La princesa y los trasgos*. Hughes ilustró numerosos libros de George Macdonald.

Estaba iluminada por una gran hoguera roja en el centro y por antorchas a lo largo de las paredes, y había allí muchos trasgos. Todos se reían, pateaban y batían palmas, cuando los enanos (con el pobrecito Bilbo detrás y más al alcance de los látigos) llegaron corriendo, mientras los trasgos que los arreaban daban gritos y chasqueaban los látigos. Los poneys estaban ya agrupados en un rincón; y allí tirados estaban todos los sacos y paquetes, rotos y abiertos, revueltos por trasgos, y olidos por trasgos, y manoseados por trasgos, y disputados por trasgos.

Me temo que fue lo último que vieron de aquellos excelentes poneys, incluyendo un magnífico ejemplar blanco, pequeño y vigoroso, que Elrond había prestado a Gandalf, ya que el caballo no era apropiado para los senderos de la montaña. Porque los trasgos comen caballos y poneys y burros (y otras cosas mucho más espantosas), y siempre tienen hambre. Sin embargo, los prisioneros sólo pensaban ahora en sí mismos. Los trasgos les encadenaron las manos a la espalda y los unieron a todos en línea, y los arrastraron hasta el rincón más lejano de la caverna con el pequeño Bilbo remolcado al extremo de la hilera.

Thorin y el Gran Trasgo. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Allá, entre las sombras, sobre una gran piedra lisa, estaba sentado un trasgo terrible de cabeza enorme, y unos trasgos armados permanecían de pie alrededor blandiendo las hachas y las espadas curvas que ellos usan.[7] Ahora bien, los trasgos son crueles, malvados y de mal corazón. No hacen nada bonito, pero sí muchas cosas ingeniosas. Pueden excavar, túneles y minas tan bien como cualquier enano no demasiado diestro, cuando se toman la molestia, aunque comúnmente son desaseados y sucios. Martillos, hachas, espadas, puñales, picos y pinzas, y también instrumentos de tortura, los hacen muy bien, o consiguen que otra gente los haga, prisioneros o esclavos obligados a trabajar hasta que mueren por falta de aire y luz. Es probable que ellos hayan inventado algunas de las máquinas que desde entonces preocupan al mundo, en especial ingeniosos aparatos que matan enormes cantidades de gente de una vez, pues las ruedas y los motores y las explosiones siempre les encantaron, como también no trabajar con sus propias manos más de lo indispensable; pero en aquellos días, y en aquellos parajes agrestes, no habían ido (como se dice) todavía tan lejos. No odiaban especialmente a los enanos, no más de lo que odiaban a todos y todo, y particularmente lo metódico y próspero; en ciertos lugares unos enanos malvados han llegado a pactar con ellos. Pero tenían particular aversión por la gente de Thorin a causa de la guerra que habéis oído mencionar, pero que no viene a cuento en esta historia; y de todos modos a los trasgos no les preocupa a quién capturan, en tanto puedan dar el golpe en secreto y de un modo ingenioso, y los prisioneros no sean capaces de defenderse.

El Gran Trasgo Ilustración de Klaus Ensikat para la edición alemana de 1971.

—¿Quiénes son esas miserables personas? —dijo el Gran Trasgo.

—¡Enanos, y esto! —dijo uno de los captores, tirando de la cadena de Bilbo de tal modo que el hobbit cayó delante de rodillas—. Los encontramos refugiados en nuestro Porche Principal.

—¿Qué pretendíais? —dijo el Gran Trasgo volviéndose hacia Thorin—. ¡Nada bueno, podría asegurarlo! ¡Espiar los asuntos privados de mis gentes, supongo! ¡Ladrones, no me sorprendería saber que lo sois! ¡Asesinos y amigos de los elfos, sin duda alguna! ¡Ven! ¿Qué tienes que decir?

—¡Thorin el enano, a vuestro servicio! —replicó Thorin: una mera nadería cortés —. De las cosas que sospechas e imaginas no tenemos la menor idea. Nos resguardamos de una tormenta en lo que parecía una cueva cómoda y no usada; nada más lejos de nuestro pensamiento que molestar de algún modo a los trasgos. —¡Esto era bastante cierto!

—¡Hum! —gruñó el Gran Trasgo—. ¡Eso es lo que dices! ¿Podría preguntarte qué hacíais allá arriba en las montañas, y de dónde venís y adónde vais? En realidad me gustaría saber todo sobre vosotros. No digo que pueda serviros de algo, Thorin Escudo de Roble, ya sé demasiado de tu gente; pero conozcamos de una vez la verdad. ¡De lo contrario prepararé para vosotros algo particularmente incómodo!

—Íbamos de viaje a visitar a nuestros parientes, nuestros sobrinos y sobrinas, y primeros, segundos y terceros primos, y otros descendientes de nuestros abuelos, que viven del lado oriental de estas realmente hospitalarias montañas —respondió Thorin, no sabiendo muy bien qué decir así de repente, pues era obvio que la verdad exacta no vendría a cuento.

—¡Es un mentiroso, oh tú en verdad el Terrible! —dijo uno de los captores—. Varios de los nuestros fueron fulminados por un rayo en la cueva cuando invitamos a estas criaturas a que bajaran, y están tan muertos como piedras. ¡Tampoco nos ha explicado esto! —sostuvo en alto la espada que Thorin había llevado, la espada que procedía del cubil de los trolls.

El Gran Trasgo dio un aullido de rabia realmente horrible cuando vio la espada, y todos los soldados crujieron los dientes, batieron los escudos, y patearon. Reconocieron la espada al momento. En otro tiempo había dado muerte a cientos de trasgos, cuando los elfos rubios de Gondolin los cazaron en las colinas o combatieron al pie de las murallas. La habían denominado Orcrist, Hendedora de trasgos, pero los trasgos la llamaban simplemente Mordedora. La odiaban, y odiaban todavía más a

cualquiera que la llevase.

—¡Asesinos y amigos de los elfos! —gritó el Gran Trasgo—. ¡Acuchilladlos! ¡Golpeadlos! ¡Mordedlos! ¡Que les rechinen los dientes! ¡Llevadlos a agujeros oscuros repletos de víboras y que nunca vuelvan a ver la luz! —tenía tanta rabia que saltó del asiento y se lanzó con la boca abierta hacia Thorin.

Justo en ese momento todas las luces de la caverna se apagaron, y la gran hoguera se convirtió, ¡puf!, en una torre de resplandeciente humo azul que subía hasta el techo, esparciendo penetrantes chispas blancas entre todos los trasgos.

Los gritos y lamentos, gruñidos, farfulleos y chapurreos, aullidos, alaridos y maldiciones, chillidos y graznidos[8] que siguieron entonces, eran indescriptibles. Varios cientos de gatos salvajes y lobos asados vivos, todos juntos y despacio, no hubieran hecho tanto alboroto. Las chispas ardían abriendo agujeros en los trasgos, y el humo que ahora caía del techo oscurecía tanto el aire, que ni siquiera ellos mismos podían ver. Pronto empezaron a caer unos sobre otros y a rodar en montones por el suelo, mordiendo, pateando y peleando, como si todos se hubieran vuelto locos.

De repente una espada destelló con luz propia. Bilbo vio que atravesaba de lado a lado al Gran Trasgo, mudo de asombro y furioso a la vez. Cayó muerto, y los soldados trasgos, huyendo y gritando delante de la espada, desaparecieron en la oscuridad.

Los trasgos capturan a los enanos. Ilustración de Torbjörn Zetterholm para la edición sueca de 1947.

La espada volvió a la vaina. —¡Seguidme aprisa! —dijo una voz fiera y queda. Y antes que Bilbo comprendiese lo que había ocurrido, estaba ya trotando de nuevo, tan rápido como podía, al final de la columna, bajando por más pasadizos oscuros mientras los alaridos del salón de los trasgos quedaban atrás, cada vez más débiles. Una luz pálida los guiaba.

—¡Más rápido, más rápido! —decía la voz—. Pronto volverán a encender las antorchas.

—¡Espera un momento! —dijo Dori, que estaba detrás, al lado de Bilbo, y era un excelente compañero. Como mejor pudo, con las manos atadas, consiguió que el hobbit se le subiera a los hombros, y luego echaron todos a correr, con un tintineo de cadenas y más de un tropezón, ya que no tenían manos para sostenerse. No se detuvieron por un largo rato, cuando ya estaban sin duda en el corazón mismo de la

montaña.

Entonces Gandalf encendió la vara. Por supuesto, era Gandalf; pero en ese momento todos estaban demasiado ocupados para preguntar cómo había llegado allí. Volvió a sacar la espada, y una vez más la hoja destelló en la oscuridad; ardía con una furia centelleante si había trasgos alrededor, y ahora brillaba como una llama azul por el deleite de haber matado al gran señor de la cueva. No le costó nada cortar las cadenas de los trasgos y liberar lo más rápido posible a todos los prisioneros. El nombre de esta espada, recordaréis, era Glamdring, Martillo de enemigos. Los trasgos la llamaban simplemente Demoledora, y la odiaban, si eso es posible, todavía más que a Mordedora. También Orcrist había sido salvada, pues Gandalf se la había arrebatado a uno de los guardias aterrorizados. Gandalf pensaba en todo; y aunque no podía hacer cualquier cosa, ayudaba siempre a los amigos en aprietos.

—¿Estamos todos aquí? —dijo, entregando la espada a Thorin con una reverencia —. Veamos: uno, Thorin; dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once. ¿Dónde están Fili y Kili? ¡Aquí! Doce, trece… y he ahí al señor Bolsón: ¡catorce! ¡Bien, bien! Podría ser peor, y sin embargo podría ser mucho mejor. Sin poneys, y sin comida, y sin saber muy bien dónde estamos, ¡y unas hordas de trasgos furiosos justo detrás! ¡Sigamos adelante!

Siguieron adelante. Gandalf estaba en lo cierto: se oyeron ruidos de trasgos y unos gritos horribles allá detrás a lo lejos, en los pasadizos que habían atravesado. Se apresuraron entonces todavía más, y como el pobre Bilbo no podía seguirles el paso —pues los enanos son capaces de correr más deprisa, os lo aseguro, cuando tienen que hacerlo— se turnaron llevándolo a hombros.

Sin embargo los trasgos corren más que los enanos, y estos trasgos conocían mejor el camino (ellos mismos habían abierto los túneles), y estaban locos de furia; así que hiciesen lo que hiciesen, los enanos oían los gritos y aullidos que se acercaban cada vez más. Muy pronto alcanzaron a oír el ruido de los pies de los trasgos, muchos, muchos pies que parecían estar a la vuelta del último recodo.[9] El destello de las antorchas rojas podía verse detrás de ellos en el túnel; y ya empezaban a sentirse muertos de cansancio.

—¡Por qué, oh por qué habré dejado mi agujero-hobbit! —decía el pobre señor Bolsón, mientras se sacudía hacia arriba y abajo sobre la espalda de Bombur.

—¡Por qué, oh por qué habré traído a este pobrecito hobbit a buscar el tesoro! —decía el desdichado Bombur, que era gordo, y se bamboleaba mientras el sudor le caía en gotas de la nariz a causa del calor y el terror.

En aquel momento Gandalf se retrasó, y Thorin con él. Doblaron un recodo cerrado. —¡Están a la vuelta! —gritó el mago—. ¡Desenvaina tu espada, Thorin!

No había más que hacer, y a los trasgos no les gustó. Venían corriendo a toda prisa y dando gritos, y al llegar al recodo tropezaron atónitos con Hendedora de trasgos y Martillo de enemigos, que brillaban frías y luminosas. Los que iban delante arrojaron las antorchas y dieron un alarido antes de morir. Los de atrás aullaban

siguiéndolos. —¡Mordedora y Demoledora! —chillaron; y pronto todos estuvieron envueltos en una completa confusión, y la mayoría se apresuró a regresar por donde había venido.

Pasó bastante tiempo antes que cualquiera de ellos se atreviese a doblar aquel recodo. Mientras, los enanos se habían puesto otra vez en marcha, siguiendo un largo camino que los llevaba a los túneles oscuros del país de los trasgos. Cuando los trasgos se dieron cuenta, apagaron las antorchas y se deslizaron pisando con cuidado, y eligieron a los corredores más veloces, aquellos que tenían oídos como comadrejas en la oscuridad, y eran casi tan silenciosos como murciélagos.

Así ocurrió que ni Bilbo, ni los enanos, ni siquiera Gandalf, los oyeron llegar, ni tampoco los vieron. Pero los trasgos los vieron a ellos, pues la vara de Gandalf emitía una luz débil que ayudaba a los enanos a encontrar el camino.

De repente Dori, que ahora otra vez corría a la cola llevando a Bilbo, fue aferrado por detrás en la oscuridad. Gritó y cayó; y el hobbit rodó de los hombros de Dori a la negrura, se golpeó la cabeza contra una piedra, y no recordó nada más.

5
Acertijos en las tinieblas

CUANDO BILBO ABRIÓ LOS OJOS, se preguntó si en verdad los habría abierto; pues todo estaba tan oscuro como si los tuviese cerrados. No había nadie cerca de él. ¡Imaginaos qué terror! No podía ver nada, ni oír nada, ni sentir nada, excepto la piedra del suelo.

Se incorporó muy lentamente y anduvo a tientas hasta tropezar con la pared del túnel; pero ni hacia arriba ni hacia abajo pudo encontrar nada, nada en absoluto, ni rastro de trasgos o enanos. La cabeza le daba vueltas y ni siquiera podía decir en qué dirección habrían ido los otros cuando cayó de bruces. Trató de orientarse de algún modo, y se arrastró largo trecho hasta que de pronto tocó con la mano algo que parecía un anillo pequeño, frío y metálico, en el suelo del túnel. Éste iba a ser un momento decisivo en la carrera de Bilbo, pero él no lo sabía. Casi sin darse cuenta se metió la sortija en el bolsillo. Por cierto, no parecía tener ninguna utilidad por ahora. No avanzó mucho más; se sentó en el suelo helado, abandonándose a un completo abatimiento. Se imaginaba friendo huevos y panceta en la cocina de su propia casa —pues alcanzaba a sentir, dentro de él, que era la hora de alguna comida—, pero esto sólo lo hacía más miserable.

No sabía a dónde ir, ni qué había ocurrido, ni por qué lo habían dejado atrás, o por qué, si lo habían dejado atrás, los trasgos no lo habían capturado; no sabía ni siquiera por qué tenía la cabeza tan dolorida. La verdad es que había estado mucho tiempo tendido y quieto, invisible y olvidado en un rincón muy oscuro.

Al cabo de un rato se palpó las ropas buscando la pipa. No estaba rota, y eso era algo. Buscó luego la petaca, y había algún tabaco, lo que ya era algo más, y luego buscó las cerillas[1] y no encontró ninguna, y esto lo desanimó por completo. Sólo el cielo sabe qué cosa hubiera podido caer sobre él atraída por el roce de las cerillas y el olor del tabaco. Pero por ahora se sentía muy abatido. No obstante, rebuscando en los bolsillos y palpándose de arriba abajo en busca de cerillas, topó con la empuñadura de la pequeña espada, la daga que había obtenido de los trolls y que casi había olvidado; por fortuna, tampoco los trasgos la habían descubierto,[2] pues la llevaba dentro de los calzones.

Entonces la desenvainó. La espada brilló pálida y débil ante los ojos de Bilbo. «Así que es una hoja de los elfos, también», pensó, «y los trasgos no están muy cerca, aunque tampoco bastante lejos».

Pero de alguna manera se sintió reconfortado. Era bastante bueno llevar una hoja forjada en Gondolin para las guerras de los trasgos de las que había cantado tantas canciones; y también había notado que esas armas causaban gran impresión entre los trasgos que tropezaban con ellas de improviso.

«¿Volver?», pensó. «No sirve de nada. ¿Ir por algún camino lateral? ¡Imposible!

¿Ir hacia adelante? ¡No hay alternativa! ¡Adelante pues!». Y se incorporó y trotó llevando la Espada alzada frente a él, una mano en la pared y el corazón palpitando.

Era evidente que Bilbo se encontraba en lo que puede llamarse un sitio estrecho. Pero recordad que no era tan estrecho para él como lo habría sido para vosotros o para mí. Los hobbits no se parecen mucho a la gente ordinaria, y aunque sus agujeros son unas viviendas muy agradables y acogedoras, adecuadamente ventiladas, muy distintas de los túneles de los trasgos, están más acostumbrados que nosotros a andar por galerías, y no pierden fácilmente el sentido de la orientación bajo tierra, no cuando ya se han recobrado de un golpe en el cráneo. También pueden moverse muy en silencio y esconderse con rapidez; se recuperan de un modo maravilloso de caídas y magulladuras, y tienen un fondo de prudencia y unos dichos juiciosos que la mayoría de los hombres no ha oído nunca o ha olvidado hace tiempo.

De cualquier modo, no me hubiera sentido a gusto en el sitio donde estaba el señor Bilbo. La galería parecía no tener fin. Todo lo que él sabía era que seguía bajando, siempre en la misma dirección, a pesar de un recodo y una o dos vueltas. Había pasadizos que partían de los lados aquí y allá, como podía saber por el brillo de la espada, o podía sentir con la mano en la pared. No les prestó atención, pero apresuraba el paso por temor a los trasgos o a cosas oscuras imaginadas a medias que asomaban en las bocas de los pasadizos. Adelante y adelante siguió, bajando y bajando; y todavía no se oía nada, excepto el zumbido ocasional de un murciélago que se le acercaba, asustándolo en un principio, pero que luego se repitió tanto que él dejó de preocuparse. No sé cuánto tiempo continuó así, odiando seguir adelante, no atreviéndose a parar, adelante y adelante, hasta que estuvo más cansado que cansado. Parecía que el camino continuaría así al día siguiente y más allá, perdiéndose en los días que vendrían después.[3]

De pronto, sin ningún motivo, se encontró trotando en un agua fría como hielo. ¡Uf! Esto lo reanimó, rápida y bruscamente. No sabía si el agua era sólo un estanque en medio del camino, la orilla de un arroyo que cruzaba el túnel bajo tierra, o el borde de un lago subterráneo, oscuro y profundo. La espada apenas brillaba. Se detuvo, y escuchando con atención alcanzó a oír unas gotas que caían desde un techo invisible en el agua de abajo; pero no parecía haber ningún otro tipo de ruido.

«De modo que es un lago o un pozo, y no un río subterráneo», pensó. Aun así no se atrevió a meterse en el agua a oscuras. No sabía nadar, y además pensaba en las criaturas barrosas y repugnantes, de ojos saltones y ciegos, que culebreaban sin duda en el agua. Hay extraños seres que viven en pozos y lagos en el corazón de los montes; pero cuyos antepasados llegaron nadando, sólo el cielo sabe hace cuánto tiempo, y nunca volvieron a salir, y los ojos les crecían, crecían y crecían mientras trataban de ver en la oscuridad; y allí hay también criaturas más viscosas que peces. Aún en los túneles y cuevas que los trasgos habían excavado para sí mismos, hay

otras cosas vivas que ellos desconocen, cosas que han venido arrastrándose desde fuera para descansar en la oscuridad. Además, los orígenes de algunos de estos túneles se remontan a épocas anteriores a los trasgos, quienes sólo los ampliaron y unieron con pasadizos, y los primeros propietarios están todavía allí, en raros rincones, deslizándose y olfateando todo alrededor.

Gollum. Esbozo a lápiz de Alan Lee para la edición ilustrada de *El Hobbit* (1997). Lee nació en 1947 en Middlesex, Inglaterra, y estudió en la Ealing School of Art. Ha ilustrado numerosos libros, entre ellos *Hadas* (con Brian Fraud, 1978), *Mabinogion* (1982), *Castillos de leyenda* (1984), *Los sueños de Merlin* (1988) y las versiones de *La llíada* y *La Odisea* de Rosemary Sutcliff: *Naves negras ante Troya* (1993) y *Las aventuras de Ulises* (1995). Su edición de *El Hobbit*, publicada con motivo del sesenta aniversario del libro, contiene veintiséis láminas a todo color y más de tres docenas de esbozos. Lee también ilustró *El Señor de los Anillos* con cincuenta láminas a color. Formó parte del equipo de diseño de producción de las tres películas de *El Señor de los Anillos* de Peter Jackson. Otros dos esbozos a lápiz de Lee aparecen en las páginas 136 y 322.

Aquí abajo junto al agua lóbrega[4] vivía el viejo Gollum, una pequeña y viscosa criatura. No sé de dónde había venido,[5] ni quién o qué era. Era Gollum: tan oscuro como la oscuridad, excepto dos grandes ojos redondos y pálidos en la cara flaca.[6] Tenía un pequeño bote[7] y remaba muy en silencio por el lago, pues lago era, ancho, profundo y mortalmente frío. Remaba con los grandes pies colgando sobre la borda, pero nunca agitaba el agua. No él. Los ojos pálidos e inexpresivos buscaban peces ciegos alrededor, y los atrapaba con los dedos largos, rápidos como el pensamiento. Le gustaba también la carne. Los trasgos le parecían buenos, cuando podía echarles mano; pero trataba de que nunca lo encontraran desprevenido. Los estrangulaba por la espalda si alguna vez bajaba uno de ellos hasta la orilla del agua, mientras él rondaba en busca de una presa. Rara vez lo hacían, pues tenían el presentimiento de que algo desagradable acechaba en las profundidades, debajo de la raíz misma de la montaña. Cuando excavaban los túneles, tiempo atrás, habían llegado hasta el lago y descubrieron que no podían ir más lejos. De modo que para ellos el camino terminaba en esa dirección, y de nada les valía merodear por allí, a menos que el Gran Trasgo los enviase. A veces tenían la ocurrencia de buscar peces en el lago, y a veces ni el trasgo ni el pescado volvían.

Gollum. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Gollum vivía en verdad en una isla de roca barrosa en medio del lago. Observaba a Bilbo desde lejos con los ojos pálidos como telescopios. Bilbo no podía verlo,

mientras el otro lo miraba, perplejo; parecía evidente que no era un trasgo. Gollum se metió en el bote y se alejó de la isla. Bilbo, sentado a orillas del agua, se sentía desconcertado, como si hubiese perdido el camino y el juicio. De pronto asomó Gollum, que cuchicheó y siseó:

—¡Bendícenos y salpícanos, preciosso mío! Me huelo un banquete selecto; por lo menos nos daría para un sabroso bocado, ¡*gollum*! —y cuando dijo *gollum* hizo con la garganta un ruido horrible como si engullera.

Y así fue como le dieron ese nombre, aunque él siempre se llamaba a sí mismo «preciosso mío».[8]

El hobbit dio un brinco cuando oyó el siseo, y de repente vio los ojos pálidos clavados en él.

—¿Quién eres? —preguntó, adelantando la espada.

—¿Qué ess él, preciosso mío? —susurró Gollum (que siempre se hablaba a sí mismo, porque no tenía a ningún otro con quien hablar).

Eso era lo que quería descubrir, pues en verdad no tenía mucha hambre, sólo curiosidad; de otro modo hubiese estrangulado primero y susurrado después.

—Soy el señor Bilbo Bolsón. He perdido a los enanos y al mago y no sé dónde estoy, y tampoco quiero saberlo, si pudiera salir.

—¿Qué tiene él en las manos? —dijo Gollum mirando la espada, que no le gustaba mucho.

—¡Una espada, una hoja nacida en Gondolin!

—Sss —dijo Gollum, y en un tono más cortés—: Quizá se siente aquí y charle conmigo un rato, preciosso mío. ¿Le gustan los acertijos?[9] Quizá sí, ¿no?[10] —estaba ansioso por parecer amable, al menos por un rato, y hasta que supiese algo más sobre la espada y el hobbit: si realmente estaba solo, si era bueno para comer, y si Gollum mismo tenía mucha hambre.

Los acertijos. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

Acertijos era todo en lo que podía pensar. Proponerlos y alguna vez encontrar la

solución había sido el único entretenimiento que había compartido con otras alegres criaturas, sentadas en sus agujeros, hacía muchos, muchos años, antes de quedarse sin amigos y de que lo echasen, solo, y se arrastrara descendiendo y descendiendo, a la oscuridad bajo las montañas.[11]

—Muy bien —dijo Bilbo, muy dispuesto a mostrarse de acuerdo hasta descubrir algo más acerca de la criatura: si había venido sola, si estaba furiosa o hambrienta, y si era amiga de los trasgos—. Tú preguntas primero —dijo, pues no había tenido tiempo de pensar en un acertijo.

Así que Gollum siseó:

Las raíces no se ven,
y es más alta que un árbol.
Arriba y arriba sube,
y sin embargo no crece.

—¡Fácil! —dijo Bilbo—. Una montaña, supongo.

—¿Lo adivinó fácilmente? ¡Tendría que competir con nosotros, preciosso mío! Si preciosso pregunta y él no responde, nos lo comemos, preciosso. Si él pregunta y no contestamos, haremos lo que él quiera, ¿eh? ¡Le enseñaremos el camino de la salida, sí![12]

—De acuerdo —dijo Bilbo, no atreviéndose a discrepar y con el cerebro casi estallándole mientras pensaba en un acertijo que pudiese salvarlo de la olla.

Treinta caballos blancos
en una sierra colorada.
Primero mordisquean,
y luego machacan,
y luego descansan.[13]

Eso era todo lo que se le ocurría preguntar; la idea de comer le daba vueltas en la cabeza. Era además un acertijo bastante viejo, y Gollum conocía la respuesta tan bien como vosotros.

—Chiste viejo, chiste viejo[14] —susurró—. ¡Los dientes, los dientes, preciosso mío! ¡Pero sólo tenemos seis!, preciosso.

Y enseguida propuso una segunda adivinanza.

Canta sin voz,
vuela sin alas,
sin dientes muerde,
sin boca habla.[15]

—¡Un momento! —gritó Bilbo, incómodo, pensando aún en cosas que se comían.

Por fortuna una vez había oído algo semejante, y recobrando el ingenio, pensó en la respuesta—. El viento, el viento, naturalmente —dijo, y quedó tan complacido que inventó en el acto otro acertijo. «Esto confundirá a esta asquerosa criaturita subterránea», pensó.

Un ojo en la cara azul
vio un ojo en la cara verde.
«Ese ojo es como este ojo»,
dijo el ojo primero,
«pero en lugares bajos,
y no en lugares altos.»[16]

—Ss, ss, ss —dijo Gollum; había estado bajo tierra mucho tiempo, y estaba olvidando esa clase de cosas, pero cuando Bilbo ya esperaba que el desdichado no podría responder,[17] Gollum sacó a relucir recuerdos de tiempos y tiempos y tiempos atrás, cuando vivía con su abuela en un agujero a orillas de un río—. Ss, ss, ss, preciosso mío —dijo—. Quiere decir el sol sobre las margaritas, eso quiere decir.

Pero estos acertijos sobre las cosas cotidianas al aire libre lo fatigaban. Le recordaban también los días en que aún no era una criatura tan solitaria y furtiva y repugnante, y lo sacaban de quicio. Más aún, le daban hambre, así que esta vez pensó en algo un poco más desagradable y difícil.

No puedes verla ni sentirla,
y ocupa todos los huecos;
no puedes olerla ni oírla,
está detrás de los astros,
y está al pie de las colinas,
llega primero, y se queda;
mata risas y acaba vidas.[18]

Para desgracia de Gollum, Bilbo había oído algo parecido en otros tiempos, y de cualquier modo la respuesta fue rotunda. —¡La oscuridad! —dijo, sin ni siquiera rascarse la cabeza o ponerse la gorra de pensar.

Caja sin llave, tapa o bisagras,
pero dentro un tesoro dorado guarda.[19]

Bilbo preguntó para ganar tiempo, hasta que pudiese pensar algo más difícil. Creyó que era un acertijo asombrosamente viejo y fácil, aunque no con estas mismas palabras, pero resultó ser un horrible problema para Gollum. Siseaba entre dientes, sin encontrar la respuesta, murmurando y farfullando.

Al cabo de un rato Bilbo empezó a impacientarse. —Bueno, ¿qué es? —preguntó

—. La respuesta no es una marmita hirviendo, como pareces creer, por el ruido que haces.

—Una oportunidad, que nos dé una oportunidad, preciosso mío… ss… ss…

—¡Bien! —dijo Bilbo tras esperar largo rato—. ¿Qué hay de tu respuesta?[20]

Pero de súbito Gollum se vio robando en los nidos, hacía mucho tiempo, y sentado en el barranco del río enseñando a su abuela, enseñando a su abuela a sorber…

—¡Huevoss![21] —siseó—. ¡Huevoss, eso es! —y enseguida preguntó:

Todos viven sin aliento;
y fríos como los muertos,
nunca con sed, siempre bebiendo,
todos en malla, siempre en silencio.[22]

El propio Gollum se dijo que la adivinanza era asombrosamente fácil, pues él pensaba día y noche en la respuesta. Pero por el momento no se le ocurrió nada mejor, tan aturdido estaba aún por la cuestión del huevo. De cualquier modo fue todo un problema para Bilbo, quien nunca había tenido nada que ver con el agua cuando había podido evitarlo. Imagino que ya conocéis la respuesta, no lo dudo, o que podéis adivinarla en un abrir y cerrar de ojos, ya que estáis cómodamente sentados en casa, y el peligro de ser comidos no turba vuestros pensamientos. Bilbo se sentó y carraspeó una o dos veces, pero la respuesta no llegó.

Al cabo Gollum se puso a sisear entre dientes, complacido. —¿Es agradable, preciosso mío? ¿Es jugoso? ¿Cruje de rechupete? —Espió a Bilbo en la oscuridad.

—Un momento —dijo Bilbo temblando de miedo—. Yo te he dado una buena oportunidad hace poco.

—¡Tiene que darse prisa, darse prisa! —dijo Gollum, comenzando a pasar del bote a la orilla para acercarse a Bilbo, pero cuando puso en el agua las patas grandes y membranosas, un pez saltó espantado y cayó sobre los pies de Bilbo.

—¡Uf! —dijo—, ¡que frío y pegajoso! —y así acertó—. ¡Un pez, un pez! —gritó —. ¡Es un pez!

Gollum quedó horriblemente desilusionado; pero Bilbo le propuso otro acertijo tan rápido como le fue posible, y Gollum tuvo que volver al bote y pensar.

Sin-piernas se apoya en una pierna; dos-piernas se sienta cerca, sobre tres-piernas, y cuatro-piernas consiguió algo.[23]

No era realmente el momento apropiado para este acertijo pero Bilbo estaba en un apuro. A Gollum le habría costado bastante acertar si Bilbo lo hubiera preguntado en otra ocasión. Tal como ocurrió, hablando de peces, «sin piernas» no parecía muy difícil, y el resto fue obvio. «Un pez sobre una mesa pequeña, un hombre sentado a la mesa en un taburete, y el gato que consigue las espinas». Ésa era la respuesta, por supuesto, y Gollum la encontró pronto. Entonces pensó que ya era momento de

preguntar algo horrible y difícil. Esto fue lo que dijo:

Devora todas las cosas:
aves, bestias, plantas y flores;
roe el hierro, muerde el acero,
y pulveriza la peña compacta;
mata reyes, arruina ciudades
y derriba las altas montañas.[24]

El pobre Bilbo sentado en la oscuridad pensó en todos los horribles nombres de gigantes y ogros que alguna vez había oído en los cuentos, pero ninguno hacía todas esas cosas. Tenía el presentimiento de que la respuesta era muy diferente y que la sabía de algún modo, pero no era capaz de ponerse a pensar. Empezó a sentir miedo, y esto es malo para pensar. Gollum salió entonces del bote. Saltó al agua y avanzó hacia la orilla. Bilbo alcanzaba a ver los ojos que se acercaban. La lengua parecía habérsele pegado al paladar; quería gritar: ¡Dame tiempo! Pero todo lo que salió en un súbito chillido fue:

—¡Tiempo! ¡Tiempo!

Bilbo se salvó por pura suerte. Pues naturalmente ésta era la respuesta.

Gollum quedó otra vez desilusionado; ahora estaba enojándose y cansándose del juego. Le había dado mucha hambre en verdad, y no volvió al bote. Se sentó en la oscuridad junto a Bilbo. Esto incomodó todavía más al hobbit y le nubló el ingenio.

—Ahora él tiene que hacernos una pregunta, preciosso mío, sí, ssí, ssí. Una pregunta máss para acertar, sí, ssí —dijo Gollum.

Pero Bilbo no podía pensar en ningún acertijo con aquella cosa asquerosamente fría y húmeda al lado, sobándolo y empujándolo. Se rascaba, se pellizcaba; y seguía sin poder pensar.

—¡Pregúntenos! ¡Pregúntenos! —decía Gollum.

Bilbo se pellizcaba y se palmoteaba; aferró la espada con una mano y tanteó el bolsillo con la otra. Allí encontró el anillo que había recogido en el túnel, y que había olvidado.

—¿Qué tengo en el bolsillo? —dijo, en voz alta; hablaba consigo mismo, pero Gollum creyó que era un acertijo y se sintió terriblemente desconcertado.

—¡No vale! ¡No vale! —siseó—. ¿No es cierto que no vale, preciosso mío, preguntarnos qué tiene en los asquerosos bolsillitos?

Bilbo, viendo lo que había pasado y no teniendo nada mejor que decir, repitió la pregunta en voz más alta:

—¿Qué hay en mis bolsillos?

—Sss —siseó Gollum—. Tiene que darnos tres oportunidades, preciosso mío, tress oportunidadess.

—¡De acuerdo! ¡Adivina! —dijo Bilbo.

—¡Las manoss! —dijo Gollum.

—Falso —dijo Bilbo, quien por fortuna había retirado la mano otra vez—. ¡Prueba de nuevo!

—Sss —dijo Gollum más desconcertado que nunca.

Pensó en todas las cosas que él llevaba en los bolsillos: espinas de pescado, dientes de trasgos, conchas mojadas, un trozo de ala de murciélago, una piedra aguzada para afilarse los colmillos, y otras cosas repugnantes. Intentó pensar en lo que otra gente podía llevar en los bolsillos.

—¡Un cuchillo! —dijo al fin.

—¡Falso! —dijo Bilbo, que había perdido el suyo hacía tiempo—. ¡Última oportunidad!

Ahora Gollum se sentía mucho peor que cuando Bilbo le había planteado el acertijo del huevo. Siseó, farfulló y se balanceó adelante y atrás, golpeteando el suelo con los pies, y se meneó y retorció; sin embargo no se decidía, no quería echar a perder esa última oportunidad.

—¡Vamos! —dijo Bilbo—. ¡Estoy esperando!

Trató de parecer valiente y jovial, pero no estaba muy seguro de cómo terminaría el juego, ya Gollum acertase o no.

—¡Se acabó el tiempo! —dijo.

—¡Una cuerda o nada! —chilló Gollum, quien no respetaba del todo las reglas, respondiendo dos cosas a la vez.

—¡Las dos mal! —gritó Bilbo, mucho más aliviado; e incorporándose de un salto, se apoyó de espaldas en la pared más próxima y desenvainó la pequeña espada.[25] Naturalmente, sabía que el torneo de las adivinanzas era sagrado y de una antigüedad inmensa,[26] y que aún las criaturas malvadas temían hacer trampas mientras jugaban. Pero sentía también que no podía confiar en que aquella criatura viscosa mantuviera una promesa. Cualquier excusa le parecería apropiada para eludirla. Y al fin y al cabo la última pregunta no había sido un acertijo genuino de acuerdo con las leyes ancestrales.[27]

Pero sin embargo Gollum no lo atacó enseguida. Miraba la espada que Bilbo tenía en la mano. Se quedó sentado, susurrando y estremeciéndose. Al fin, Bilbo no pudo esperar más.

—Y bien —dijo—, ¿qué hay de tu promesa? Me quiero ir; tienes que enseñarme el camino.

—¿Dijimos eso, preciosso? Mostrarle la salida al pequeño y asqueroso Bolsón, sí, sí. Pero ¿qué tiene él en los bolsillos? ¡Ni cuerda, preciosso, ni nada! ¡Oh, no! ¡Gollum!

—No te importa —dijo Bilbo—; una promesa es una promesa.

—Vaya, ¡qué prisa! ¡Impaciente, preciosso! —siseó Gollum—, pero tiene que esperar, sí. No podemos subir por los pasadizos tan de prisa; primero tenemos que

recoger cosas, sí, cosas que nos ayuden.

—¡Bien, apresúrate! —dijo Bilbo, aliviado al pensar que Gollum se marchaba. Creía que sólo se estaba excusando, y que no pensaba volver. ¿De qué hablaba Gollum? ¿Qué cosa útil podía guardar en el lago oscuro? Pero se equivocaba. Gollum pensaba volver. Estaba enfadado ahora y hambriento. Y era una miserable y malvada criatura y ya tenía un plan.

No muy lejos estaba su isla, de la que Bilbo nada sabía; y allí, en un escondrijo, guardaba algunas sobras miserables y una cosa muy hermosa, muy maravillosa. Tenía un anillo, un anillo de oro, un anillo precioso.

—¡Mi regalo de cumpleaños! —murmuraba, como había hecho a menudo en los oscuros días interminables—. Eso es lo que ahora queremoss, sí, ¡lo queremoss!

Lo quería porque era un anillo de poder, y si os lo poníais en el dedo, erais invisibles. Sólo a la plena luz del sol podrían veros, y sólo por la sombra, temblorosa y tenue.

—¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Llegó a mí el día de mi cumpleaños, preciosso mío! —Así monologaba Gollum. Pero nadie sabe cómo Gollum había conseguido aquel regalo, hacía siglos, en los viejos días, cuando tales anillos abundaban en el mundo. Quizá ni el propio Amo[28] que los gobernaba a todos podía decirlo. Al principio Gollum solía llevarlo puesto hasta que le cansó, y desde entonces lo guardó en una bolsa pegada al cuerpo, hasta que le lastimó la piel, y desde entonces lo tuvo escondido en una roca de la isla, y siempre volvía a mirarlo. Y aún a veces se lo ponía, cuando no aguantaba estar lejos de él ni un momento más, o cuando estaba muy, muy hambriento, y harto de pescado. Entonces se arrastraba por pasadizos oscuros, en busca de trasgos extraviados. Se aventuraba incluso en sitios donde había antorchas encendidas que lo hacían parpadear y le irritaban los ojos. Estaba seguro, oh, sí, muy seguro. Nadie lo veía, nadie notaba que estaba allí hasta que les apretaba la garganta con las manos. Lo había llevado puesto, hacía sólo unas pocas horas y había capturado un pequeño trasgo. ¡Cómo había chillado! Aún le quedaban uno o dos huesos por roer, pero deseaba algo más tierno.

—Muy seguro, sí —se decía—. No nos verá, ¿verdad, preciosso mío? No, y la asquerosa espadita será inútil, ¡sí, bastante inútil!

Eso es lo que escondía en su pequeña mollera malvada mientras se apartaba bruscamente de Bilbo y chapoteaba hacia el bote, perdiéndose en la oscuridad. Bilbo creyó que nunca lo volvería a oír; aun así, esperó un rato, pues no tenía idea de cómo encontrar solo el camino de salida. De pronto, oyó un chillido. Un escalofrío le bajó por la espalda. Gollum maldecía y se lamentaba en las tinieblas, no muy lejos. Estaba en su isla, revolviendo aquí y allá, buscando y rebuscando en vano.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —sollozaba—. Sse ha perdido, preciosso mío, ¡perdido, perdido! ¡Maldíganos y aplástenos, mi preciosso, se ha perdido!

—¿Qué pasa? —preguntó Bilbo—. ¿Qué has perdido?

—No tiene que preguntarnos, no es asunto ssuyo, ¡no, gollum! —chilló Gollum

—, perdido, perdido, gollum, gollum, gollum.

—Bueno, yo también me he perdido y quiero saber dónde estoy. Gané la pugna y tú hiciste una promesa. Así que ¡adelante! ¡Ven y condúceme fuera, y luego, sigue buscando! —aunque Gollum parecía inconsolable, Bilbo no lo compadecía demasiado, tenía la impresión de que una cosa que Gollum quería tanto no podía ser nada bueno. —¡Vamos! —gritó.

—¡No, aún no, preciosso! —respondió Gollum—. Tenemos que buscarlo pues se ha perdido, ¡gollum!

—Pero no acertaste mi última pregunta e hiciste una promesa —dijo Bilbo.

—¡Nunca lo imaginé! —dijo Gollum; de repente un agudo siseo brotó de la oscuridad—. ¿Qué tiene en los bolsilloss? Que nos lo diga. Primero tiene que decirlo.

Hasta donde Bilbo sabía, no había ninguna razón particular para no decírselo. Más rápida que la suya, la mente de Gollum había cazado en el aire un presentimiento; pues durante siglos había estado preocupada por esa sola cosa, temiendo siempre que se la quitaran.

Pero la demora impacientaba a Bilbo. Al fin y al cabo, había ganado el juego, con bastante limpieza, y corriendo un riesgo terrible.

—Las preguntas eran para acertar, no para decirlas —dijo.

—Pero no fue juego limpio —dijo Gollum—. No era un acertijo, preciosso, no.

—¡Oh, bien!, si se trata de preguntas corrientes yo he hecho una antes —respondió Bilbo—. ¿Qué has perdido, quieres decirme?

—¿Qué tiene en los bolsilloss? —el sonido llegó siseando más agudo y fuerte, y como Gollum estaba mirándolo, Bilbo vio alarmado dos pequeños puntos de luz que lo observaban; a medida que la sospecha crecía en la mente de Gollum, la luz le ardía en los ojos con una llama descolorida.[29]

—¿Qué has perdido? —insistió Bilbo.

Pero la luz en los ojos de Gollum era ahora un fuego verde y se acercaba con rapidez. Gollum estaba de nuevo en el bote, remando como desesperado de vuelta a la orilla; y tal era la rabia por la pérdida y la sospecha que tenía en el corazón, que ya no le atemorizaba ninguna espada.

Bilbo no podía adivinar qué había maquinado la malvada criatura, pero vio que todo estaba descubierto, y que Gollum pretendía terminar con él, sea como fuere. Justo a tiempo se volvió y corrió a ciegas, subiendo el pasadizo que había bajado antes, manteniéndose pegado a la pared y tocándola con la mano izquierda.

—¿Qué tiene en los bolsilloss? —Bilbo oyó el siseo fuerte detrás de él, y el chapoteo cuando Gollum saltó del bote. «Qué tengo yo, me pregunto», se dijo, mientras avanzaba jadeando y tropezando. Se metió la mano izquierda en el bolsillo. El anillo estaba muy frío cuando se le deslizó de pronto en el dedo índice, con el que tanteaba buscando.

El siseo estaba detrás, muy cerca. Bilbo se volvió y vio los ojos de Gollum como pequeñas lámparas verdes que subían la pendiente.[30] Aterrorizado, intentó correr

más rápido y cayó cuan largo era, con la pequeña espada debajo del cuerpo.

En un momento Gollum estuvo sobre él. Pero antes de que Bilbo pudiese hacer algo, recuperar el aliento, levantarse o esgrimir la espada, Gollum pasó de largo sin prestarle atención, maldiciendo y murmurando mientras corría.

¿Qué podía significar esto? Gollum veía en la oscuridad. Bilbo alcanzaba a distinguir la luz pálida de los ojos, aún desde atrás. Se levantó, dolorido, envainó la espada, que ahora brillaba débilmente otra vez, y con mucha cautela siguió andando. Parecía que no se podía hacer otra cosa. No convenía volver arrastrándose a las aguas de Gollum. Quizá si lo seguía, Gollum lo conduciría sin querer hasta alguna vía de escape.

—¡Maldito sea! ¡Maldito sea! ¡Maldito sea! —siseaba Gollum—. ¡Maldito Bolsón! ¡Se ha ido! ¿Qué tiene en los bolsillos? ¡Oh, lo suponemos, lo adivinamos! Preciosso mío. Lo ha encontrado, sí, tiene que tenerlo. Mi regalo de cumpleaños.

Bilbo aguzó el oído. Por fin estaba empezando a adivinar. Apresuró el paso, acercándose a Gollum por detrás hasta donde se atrevió. Gollum corría aún deprisa, sin mirar atrás, pero volviendo la cabeza a los lados, como Bilbo podía ver por el pálido reflejo de luz en las paredes.

—¡Mi regalo de cumpleaños! ¡Maldito! ¿Cómo lo perdimos, preciosso mío? Sí, eso es. ¡Maldito sea! Cuando vinimos por aquí la última vez, cuando estrujamos a aquel asqueroso jovencito chillón. Eso es. ¡Maldito sea! Se nos cayó, ¡después de tantos siglos y siglos! No está, ¡gollum!

De pronto Gollum se sentó y se puso a sollozar, con un ruido silbante y gorgoteante, horrible al oído. Bilbo se detuvo, pegándose a la pared de la galería. Pasado un rato, Gollum dejó de lloriquear. Parecía tener una discusión consigo mismo.

—No vale la pena volver a buscarlo, no. No recordamos todos los lugares que hemos visitado. Y no serviría de nada. El Bolsón lo tiene en sus bolsilloss; el asqueroso fisgón lo ha encontrado, lo decimos nosotros.

»Lo suponemos, preciosso, sólo lo suponemos. No podemos estar seguros hasta encontrar a la asquerosa criatura y estrujarla. Pero no conoce las virtudes que tiene, ¿verdad? Sólo lo guarda en los bolsillos. No lo sabe y no puede ir muy lejos. Se ha perdido el puerco fissgón. No conoce la salida. Eso fue lo que dijo. Así dijo, sí, pero es un tramposo. ¡No dice lo que piensa! No dirá lo que tiene en los bolsillos. Lo sabe. Conoce el camino de entrada; tiene que conocer el de salida. Está más allá de la puerta trasera. Hacia la puerta trasera, eso es.

»Los trasgos lo capturarán entonces. No puede salir por ahí, preciosso.

»Sss, sss, ¡gollum! ¡Trasgoss! Sí, pero si tiene el regalo, nuestro regalo de cumpleaños, entonces los trasgos lo tomarán, ¡gollum! Descubrirán, descubrirán sus propiedades. ¡Nunca más estaremos seguros, gollum! Uno de los trasgos se lo pondrá y no lo verá nadie. Estará allí, pero nadie podrá verlo. Ni siquiera nuestros más agudos ojoss, y se acercará escurriéndose y engañando y nos capturará, ¡gollum!

¡gollum!

»¡Dejemos la charla, preciosso, y vayamos de prisa! Si el Bolsón se ha ido por ahí, tenemos que apresurarnos y verlo. ¡Vamos! No puede estar muy lejos. ¡De prisa!

Gollum se levantó de un brinco y se alejó bamboleándose, a grandes zancadas. Bilbo corrió tras él, todavía cauteloso, aunque ahora lo que más temía era tropezar de nuevo y caer haciendo ruido. Tenía en la cabeza un torbellino de asombro y esperanza. Parecía que el anillo que llevaba era un anillo mágico: ¡te hacía invisible! [31] Había oído de tales cosas, por supuesto, en antiguos relatos; pero le costaba creer que en realidad él, por accidente, había encontrado uno. Sin embargo, así era: Gollum había pasado de largo sólo a una yarda.

Siguieron adelante, Gollum avanzando a los trompicones, siseando y maldiciendo; Bilbo detrás, tan silenciosamente como puede marchar un hobbit. Pronto llegaron a unos lugares donde, como había notado Bilbo al bajar, se abrían pasadizos a los lados, uno acá, otro allá. Gollum comenzó enseguida a contarlos.

—Uno a la izquierda, sí. Uno a la derecha, sí. Dos a la derecha, sí, sí; dos a la izquierda, eso es —y así una vez y otra.

A medida que la cuenta crecía, aflojó el paso sollozando y temblando. Pues cada vez se alejaba más del agua, y tenía miedo. Los trasgos acechaban quizá, y él había perdido el anillo. Por fin se detuvo ante una abertura baja, a la izquierda.

—Siete a la derecha, sí. Seis a la izquierda, ¡bien! —susurró—. Éste es. Éste es el camino de la puerta trasera. ¡Aquí está el pasadizo!

Miró hacia adentro y se retiró, vacilando. —Pero no nos atreveremos a entrar, preciosso, no nos atreveremos. Hay trasgos allá abajo. Montones de trasgoss. Los olemos. ¡Sss!

»¿Qué podemos hacer? ¡Malditos y aplastados sean! Tenemos que esperar aquí, preciosso, esperar un momento y observar.

Y así se detuvieron. Al fin y al cabo, Gollum había traído a Bilbo hasta la salida, ¡pero Bilbo no podía cruzarla! Allí estaba Gollum, acurrucado justamente en la abertura, y los ojos le brillaban fríos mientras movía la cabeza a un lado y a otro entre las rodillas.

Bilbo se arrastró, apartándose de la pared, más callado que un ratón; pero Gollum se enderezó enseguida y venteó en torno y los ojos se le pusieron verdes. Siseó, en un tono bajo aunque amenazador. No podía ver al hobbit, pero ahora estaba atento, y tenía otros sentidos que la oscuridad había aguzado: olfato y oído. Parecía que se había agachado, con las palmas de las manos extendidas sobre el suelo, la cabeza estirada hacia adelante y la nariz casi tocando la piedra. Aunque era sólo una sombra negra en el brillo de sus propios ojos, Bilbo alcanzaba a verlo o sentirlo: tenso como la cuerda de un arco, dispuesto a saltar.

Bilbo casi dejó de respirar y también se quedó quieto. Estaba desesperado. Tenía que escapar, salir de aquella horrible oscuridad mientras le quedara alguna fuerza. Tenía que luchar. Tenía que apuñalar a la asquerosa criatura, sacarle los ojos, matarla.

Quería matarlo a él. No, no sería una lucha limpia. Él era invisible ahora. Gollum no tenía espada. No había amenazado matarlo, o no lo había intentado aún. Y era un ser miserable, solitario, perdido. Una súbita comprensión, una piedad mezclada con horror asomó en el corazón de Bilbo: un destello de interminables días iguales, sin luz ni esperanza de algo mejor, dura piedra, frío pescado, pasos furtivos, y susurros. Todos estos pensamientos se le cruzaron como un relámpago. Se estremeció. Y entonces, de pronto, en otro relámpago, como animado por una energía y una resolución nuevas, saltó hacia adelante.

Guardias trasgos. Esbozo a lápiz de Alan Lee para la edición ilustrada de *El Hobbit* de 1997.

No un gran salto para un hombre, pero un salto a ciegas. Saltó directamente sobre la cabeza de Gollum, a una distancia de siete pies y tres de altura; por cierto, y no lo sabía, apenas evitó que se le destrozara el cráneo contra el arco del túnel.

Gollum se lanzó hacia atrás e intentó atrapar al hobbit cuando volaba sobre él, pero demasiado tarde: las manos golpearon el aire tenue, y Bilbo, cayendo limpiamente sobre los pies vigorosos, se precipitó a bajar por el nuevo pasadizo. No se volvió a mirar qué hacía Gollum. Al principio oyó siseos y maldiciones detrás de él, muy cerca; luego cesaron. Casi enseguida sonó un aullido que helaba la sangre, un grito de odio y desesperación. Gollum estaba derrotado. No se atrevía a ir más lejos, había perdido: había perdido su presa, y había perdido también la única cosa que había cuidado alguna vez, su preciosso. El aullido dejó a Bilbo con el corazón en la boca. Ya débil como un eco, pero amenazadora, la voz venía desde atrás.

—¡Ladrón, ladrón, ladrón! ¡Bolsón! ¡Lo odiamos, lo odiamos, lo odiamos, lo odiamos para siempre!

No se oyó nada más. Pero el silencio también le parecía amenazador a Bilbo. «Si los trasgos están tan cerca que él puede olerlos», pensó, «tienen que haber oído las maldiciones y chillidos. Cuidado ahora, o esto te llevará a cosas peores».

El pasadizo era bajo y de paredes toscas. No parecía muy difícil para el hobbit, excepto cuando, a pesar de andar con mucho cuidado, tropezaba de nuevo, y así muchas veces, golpeándose los dedos de los pies contra las piedras del suelo, molestas y afiladas. «Un poco bajo para los trasgos, al menos para los grandes», pensaba Bilbo, no sabiendo que aún los más grandes, los orcos de las montañas, avanzan encorvados a gran velocidad, con las manos casi en el suelo.

Pronto el pasadizo, que había estado bajando, comenzó a subir otra vez, y de pronto ascendió abruptamente.[32] Bilbo tuvo que aflojar la marcha, pero por fin la cuesta acabó; luego de un recodo, el pasadizo descendió de nuevo, y allá, al pie de una corta pendiente, vio que del costado de otro recodo venía un reflejo de luz. No una luz roja, como de linterna o de fuego, sino una luz pálida de aire libre. Bilbo echó a correr.

Corriendo tanto como le aguantaban las piernas, dobló el último recodo y se encontró en medio de un espacio abierto, donde la luz, luego de todo aquel tiempo a oscuras, parecía deslumbrante. En verdad, era sólo la luz del sol, que se filtraba por el hueco de una puerta grande, una puerta de piedra que habían dejado entornada.

Bilbo parpadeó, y de pronto vio a los trasgos: trasgos armados de pies a cabeza, con las espadas desenvainadas, sentados a la vera de la puerta y observándolo con los ojos abiertos, observando el pasadizo por donde había aparecido. Estaban preparados, atentos, dispuestos a cualquier cosa.

Lo vieron antes que él pudiese verlos. Sí, lo vieron. Fuese un accidente o el último truco del anillo antes de tomar nuevo amo, no lo tenía en el dedo. Con aullidos de entusiasmo, los trasgos se abalanzaron sobre él.

Una punzada de miedo y pérdida, como un eco de la miseria de Gollum, hirió a Bilbo, y olvidando desenvainar la espada, metió las manos en los bolsillos. Y allí en el bolsillo izquierdo estaba el anillo, y él mismo se le deslizó en el dedo índice. Los trasgos se detuvieron bruscamente. No podían ver nada del hobbit. Había desaparecido. Chillaron dos veces, tan alto como antes, pero no con tanto entusiasmo.

—¿Dónde está? —gritaron.

—¡Se volvió pasadizo arriba! —dijeron algunos.

—¡Fue por aquí! —aullaron unos—. ¡Fue por allá! —aullaron otros.

—¡Cuidad la puerta! —ordenó el capitán.

Sonaron silbatos, las armaduras se entrechocaron, las espadas golpetearon, los trasgos maldijeron y juraron, corriendo acá y acullá, cayendo unos sobre otros y enojándose mucho. Hubo un terrible clamoreo, una conmoción y un alboroto.

Bilbo estaba de veras aterrorizado, pero tenía aún bastante juicio para entender qué había ocurrido, y para esconderse detrás de un barril que guardaba la bebida de los trasgos centinelas, y salir así del apuro y evitar que lo golpearan y patearan hasta darle muerte, o que lo capturasen por el tacto.

—¡He de alcanzar la puerta, he de alcanzar la puerta! —seguía diciéndose, pero pasó largo rato antes de que se atreviera a intentarlo.

Lo que siguió entonces fue horrible, como si jugaran a una especie de gallina ciega. El lugar estaba abarrotado de trasgos que corrían de un lado a otro, y el pobrecito hobbit se escurrió aquí y allá, fue derribado por un trasgo que no pudo entender con qué había tropezado, escapó a gatas, se deslizó entre las piernas del capitán, se puso de pie, y salió corriendo hacia la puerta.

La puerta estaba abierta, pero un trasgo la había entornado todavía más. Bilbo

empujó, y no consiguió moverla. Trató de escurrirse por la abertura y quedó atrapado. ¡Era horrible! Los botones se le habían encajado entre el canto y la jamba de la puerta. Allí fuera alcanzaba a ver el aire libre: había unos pocos escalones que descendían a un valle estrecho con montañas altas alrededor: el sol apareció detrás de una nube y resplandeció más allá de la puerta; pero él no podía cruzarla.

De pronto, uno de los trasgos que estaban dentro gritó: —¡Hay una sombra al lado de la puerta! ¡Algo está ahí fuera!

A Bilbo el corazón se le subió a la boca. Se retorció, aterrorizado. Los botones saltaron en todas direcciones. Atravesó la puerta, con la chaqueta y el chaleco rasgados, y brincó escalones abajo como una cabra, mientras los trasgos desconcertados recogían aún los preciosos botones de latón, caídos en el umbral.

Por supuesto, enseguida bajaron tras él, persiguiéndolo, gritando y ululando por entre los árboles. Pero el sol no les gusta: les afloja las piernas, y la cabeza les da vueltas. No consiguieron encontrar a Bilbo, que llevaba el anillo puesto, y se escabullía entre las sombras de los árboles, corriendo rápido y en silencio y manteniéndose apartado del sol; pronto volvieron gruñendo y maldiciendo a guardar la puerta. Bilbo había escapado.

6
De la sartén al fuego

BILBO HABÍA ESCAPADO DE LOS TRASGOS, pero no sabía dónde estaba. Había perdido el capuchón, la capa, la comida, el poney, sus botones y sus amigos. Siguió adelante, hasta que el sol empezó a hundirse en el poniente, *detrás de las montañas*. Las sombras cruzaban el sendero, y Bilbo miró hacia atrás. Luego miró hacia adelante, y no pudo ver más que crestas y vertientes que descendían hacia las tierras bajas, y llanuras que asomaban de vez en cuando entre los árboles.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Parece que estoy justo al otro lado de las Montañas Nubladas,[1] al borde de las Tierras de Más Allá! ¿Dónde y oh dónde habrán tenido que ir los enanos y Gandalf? ¡Sólo espero que por ventura no estén todavía allá atrás en poder de los trasgos!

Continuó caminando, fuera del pequeño y elevado valle, por el borde, y bajando luego las pendientes; mas en todo este tiempo un pensamiento muy incómodo iba creciendo dentro de él. Se preguntaba si no estaba obligado, ahora que tenía el anillo mágico, a regresar a los horribles, horribles túneles y buscar a sus amigos. Acababa de decidir que no podía escapar a ese deber, que tenía que volver atrás —y esto hacía que se sintiera muy desdichado—, cuando oyó voces.

Se detuvo y escuchó. No parecían trasgos; de modo que se arrastró con mucho cuidado hacia adelante. Estaba en un sendero pedregoso que serpenteaba hacia abajo, con una pared rocosa a la izquierda; al otro lado el terreno descendía en pendiente, y bajo el nivel del sendero había unas cañadas donde crecían matorrales y arbustos. En una de estas cañadas, bajo los arbustos, había gente hablando.

Se arrastró todavía más cerca, y de súbito vio, asomado entre dos grandes peñascos, una cabeza con capuchón rojo: era Balin, que oteaba alrededor. Bilbo tenía ganas de palmotear y gritar de alegría, pero no lo hizo. Todavía llevaba puesto el anillo, por miedo de encontrar algo inesperado y desagradable, y vio que Balin estaba mirando directamente hacia él sin verlo.

«Les daré a todos una sorpresa», pensó mientras se metía a gatas entre los arbustos del borde de la cañada. Gandalf estaba deliberando con los enanos. Hablaban de todo lo que había ocurrido en los túneles, preguntándose y discutiendo qué irían a hacer ahora. Los enanos refunfuñaban, y Gandalf decía que de ninguna manera podían continuar el viaje dejando al señor Bolsón en manos de los trasgos, sin tratar de saber si estaba vivo o muerto, y sin tratar de rescatarlo.

—Al fin y al cabo es mi amigo —dijo Gandalf—, y una buena persona. Me siento responsable. Ojalá no lo hubieseis perdido.

Los enanos querían saber ante todo por qué razones lo habían traído con ellos, por qué no había podido mantenerse cerca y venir también, y por qué el mago no había elegido a alguien más sensato. —Hasta ahora ha sido una carga de poco provecho —

dijo uno—. Si tenemos que regresar a esos túneles abominables a buscarlo, entonces maldito sea, digo yo.

Gandalf contestó enfadado: —Lo traje, y no traigo cosas que no sean de provecho. O me ayudáis a buscarlo, o me voy y os dejo aquí para que salgáis de este embrollo como mejor podáis. Si al menos lo encontráramos, me lo agradeceríais antes de que haya pasado todo. ¿Por qué tuviste que dejarlo caer, Dori?

—¡Tú mismo lo habrías dejado caer —dijo Dori—, si de pronto un trasgo te hubiese aferrado las piernas por detrás en la oscuridad, te hiciese tropezar, y te patease la espalda!

—En ese caso, ¿por qué no lo recogiste de nuevo?

—¡Cielos! ¡Y aún me lo preguntas! ¡Los trasgos luchando y mordiendo en la oscuridad, todos cayendo sobre otros cuerpos y golpeándose! Tú casi me tronchas la cabeza con Glamdring, y Thorin daba tajos a diestra y siniestra con Orcrist. De pronto echaste una de esas luces que enceguecen y vimos que los trasgos retrocedían aullando. Gritaste: «¡Seguidme todos!», y todos tenían que haberte seguido. Creímos que todos lo hacían. No hubo tiempo para contar, como tú sabes muy bien, hasta que nos abrimos paso entre los centinelas, salimos por la puerta más baja, y descendimos hasta aquí atropellándonos. Y aquí estamos, sin el saqueador, ¡que el cielo lo confunda!

—¡Y aquí está el saqueador! —dijo Bilbo adelantándose y metiéndose entre ellos, y quitándose el anillo.

¡Señor, cómo saltaron! Luego hubo gritos de sorpresa y alegría. Gandalf estaba tan atónito como cualquiera de ellos, pero quizá más complacido que los demás. Llamó a Balin y le preguntó qué pensaba de un centinela que permitía que la gente llegara así sin previo aviso. Por supuesto, la reputación de Bilbo creció mucho entre los enanos a partir de ese momento. Si, a pesar de las palabras de Gandalf, dudaban aún de que era un saqueador de primera clase, no lo dudaron más. Balin era el más desconcertado; pero todos decían que había sido un trabajo muy bien hecho.

Bilbo estaba en verdad tan complacido con estos elogios, que se rio entre dientes, pero nada dijo acerca del anillo; y cuando le preguntaron cómo se las había arreglado, comentó: —Oh, simplemente me deslicé, ya sabéis… con mucho cuidado y en silencio.

—Bien, ni siquiera un ratón se ha deslizado nunca con cuidado y en silencio bajo mis mismísimas narices sin que yo lo descubriera —dijo Balin—, y me saco el sombrero ante ti —cosa que hizo; y agregó—: Balin, a vuestro servicio.

—Vuestro servidor, el señor Bolsón —dijo Bilbo.

Luego quisieron conocer las aventuras de Bilbo desde el momento en que lo habían perdido, y él se sentó y les contó todo, excepto lo que se refería al hallazgo del anillo («no por ahora», pensó).[2] Se interesaron en particular en la pugna de las adivinanzas y se estremecieron como correspondía cuando les describió el aspecto de Gollum.

—Y luego no se me ocurría ninguna otra pregunta con él sentado junto a mí —concluyó Bilbo—, de modo que dije: «¿Qué hay en mi bolsillo?». Y no pudo adivinarlo por tres veces. De modo que dije: «¿Qué hay de tu promesa? ¡Enséñame el camino de salida!». Pero él saltó sobre mí para matarme, y yo corrí, caí, y me perdí en la oscuridad. Luego lo seguí, pues oí que se hablaba a sí mismo. Pensaba que yo conocía realmente el camino de salida, y estaba yendo hacia él. Al fin se sentó en la entrada y yo no podía pasar. De modo que salté sobre él y escapé corriendo hacia la puerta.[3]

—¿Qué pasó con los centinelas? —preguntaron los enanos—. ¿No había ninguno?

—¡Oh, sí! Muchísimos, pero los esquivé. Me quedé trabado en la puerta, que sólo estaba abierta una rendija, y perdí muchos botones —dijo mirándose con tristeza las ropas desgarradas—. Pero conseguí escabullirme… y aquí estoy.

Los enanos lo miraron con un respeto completamente nuevo, mientras hablaba sobre burlar centinelas, saltar sobre Gollum y abrirse paso,[4] como si no fuese muy difícil o muy inquietante.

—¿Qué os dije? —exclamó Gandalf riendo—. El señor Bolsón esconde cosas que no alcanzabais a imaginar. —Le echó una mirada rara a Bilbo por debajo de las cejas pobladas mientras lo decía, y el hobbit se preguntó si el mago no estaría pensando en el episodio que él había omitido.

Tenía sus propias preguntas que hacer ahora, pues si Gandalf ya había explicado todo a los enanos, Bilbo no lo había oído aún. Quería saber cómo Gandalf había vuelto a aparecer, y qué habían convenido hasta ese momento.

El mago, a decir verdad, nunca se molestaba por tener que explicar de nuevo sus habilidades, de modo que ahora le dijo a Bilbo que tanto Elrond como él estaban bien enterados de la presencia de trasgos malvados en esa parte de las montañas. Pero la entrada principal miraba antes a un desfiladero distinto, más fácil de cruzar, y a menudo apresaban a gente ignorante cerca de las puertas. Era evidente que los viajeros ya no tomaban ese camino, y los trasgos habían abierto hacía poco una nueva entrada en lo alto de la senda que habían tomado los enanos, pues hasta entonces había sido un paso seguro.

—Tendría que salir a buscar un gigante más o menos decente para que bloquee otra vez la puerta —dijo el mago—, o pronto no habrá modo de cruzar las montañas.

Tan pronto como Gandalf había oído el aullido de Bilbo, comprendió lo que había pasado. Luego del relámpago que había fulminado a los trasgos que se le echaban encima, se había metido corriendo en la grieta, justo cuando iba a cerrarse. Siguió detrás de los trasgos y prisioneros hasta el borde de la gran sala, y allí se sentó, preparando la mejor magia posible entre las sombras.

—Fue un asunto muy delicado —dijo—. Francamente difícil.

Pero Gandalf, por supuesto, había hecho un estudio especial de los encantamientos con fuego y luces (hasta el mismo hobbit, como recordaréis, no había

olvidado aquellos mágicos fuegos de artificio en las fiestas del Viejo Tuk, las noches del solsticio de verano). El resto ya lo sabemos, excepto que Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como los trasgos denominaban a la entrada inferior, donde Bilbo había perdido sus botones.[5] En realidad, cualquiera que conociese aquella parte de las montañas conocía también la entrada inferior, pero había que ser un mago para no perder la cabeza en los túneles y seguir la dirección correcta.

—Construyeron esa entrada hace siglos —dijo—, en parte como una vía de escape, si necesitaban una, en parte como un camino de salida hacia las tierras de más allá, donde todavía merodean en la noche y causan gran daño. La vigilan siempre, y nadie jamás ha conseguido bloquearla. La vigilarán doblemente a partir de ahora. —Gandalf se rio.

Los demás rieron con él. Al fin y al cabo, habían perdido bastantes cosas, pero habían matado al Gran Trasgo y a otros muchos, y habían escapado todos, y en verdad podía decirse que hasta ahora habían llevado la mejor parte.

Pero el mago hizo que volvieran a la realidad. —Tenemos que marchar enseguida, ahora que hemos descansado un poco —dijo—. Saldrán a centenares detrás de nosotros cuando caiga la noche; y ya las sombras se están alargando. Pueden oler nuestras huellas horas después de que hayamos pasado por algún sitio. Tenemos que estar a muchas millas de aquí antes del anochecer. Habrá algo de luna, si el cielo se mantiene despejado, lo que es una suerte. No es que a ellos les importe demasiado la luna, pero un poco de luz ayudará a que no nos extraviemos.

»¡Oh, sí! —dijo en respuesta a más preguntas del hobbit—. Perdiste la noción del tiempo en los túneles de los trasgos. Hoy es jueves, y fuimos capturados la noche del lunes o la mañana del martes. Hemos recorrido millas y millas, bajamos atravesando el corazón mismo de las montañas, y ahora estamos al otro lado; todo un atajo. Mas no estamos en el punto al que nos hubiese llevado el desfiladero; estamos demasiado al norte, y tenemos por delante una región algo desagradable. Y nos encontramos aún a bastante altura. ¡De modo que en marcha!

—Estoy tan terriblemente hambriento —gimió Bilbo, quien de pronto advirtió que no había probado bocado desde la noche anterior a la noche anterior a la última noche. ¡Quién lo hubiera pensado de un hobbit! Sentía el estómago flojo y vacío, y las piernas muy inseguras, ahora que la excitación había concluido.

—No puedo remediarlo —dijo Gandalf—, a menos que quieras volver y pedir amablemente a los trasgos que te devuelvan el poney y los bultos.

—¡No, gracias! —respondió Bilbo.

—Muy bien entonces, no nos queda más que apretarnos los cinturones y marchar sin descanso… o nos convertiremos en cena, y eso sería mucho peor que no tenerla nosotros.

Mientras marchaban, Bilbo buscaba por todos lados algo para comer; pero las moras estaban todavía en flor, y por supuesto no había nueces, ni tan siquiera bayas de espino. Mordisqueó un poco de acedera, bebió de un pequeño arroyo de la

montaña que cruzaba el sendero, y comió tres fresas silvestres que encontró en la orilla, pero no le sirvió de mucho.

Caminaron y caminaron. El accidentado sendero desapareció. Los arbustos y las largas hierbas entre los cantos rodados, las briznas de hierba recortadas por los conejos, el tomillo, la salvia, el orégano, y los heliantemos amarillos se desvanecieron por completo, y los viajeros se encontraron en la cima de una pendiente ancha y abrupta, de piedras desprendidas, restos de un deslizamiento de tierras. Empezaron a bajar, y cada vez que apoyaban un pie en el suelo, escorias y pequeños guijarros rodaban cuesta abajo; pronto trozos más grandes de roca bajaron ruidosamente y provocaron que otras piedras de más abajo se deslizaran y rodaran también; luego se desprendieron unos peñascos que rebotaron, reventando con fragor en pedazos envueltos en polvo. Al rato, por encima y por debajo de ellos, la pendiente entera pareció ponerse en movimiento, y el grupo descendió en montón, en medio de una confusión pavorosa de bloques y piedras que se deslizaban golpeando y rompiéndose.[6]

Fueron los árboles del fondo los que los salvaron. Se deslizaron hacia el bosque de pinos que trepaba desde el más oscuro e impenetrable de los bosques del valle hasta la falda misma de la montaña. Algunos se aferraron a los troncos y se balancearon en las ramas más bajas, otros (como el pequeño hobbit) se escondieron detrás de un árbol para evitar las embestidas furiosas de las rocas. Pronto, el peligro pasó; el deslizamiento se había detenido, y alcanzaron a oír los últimos estruendos mientras los peñascos más voluminosos rebotaban y daban vueltas entre los helechos y las raíces de pino allá abajo.

—¡Bueno! Nos ha costado un poco —dijo Gandalf—, y aún a los trasgos que nos rastreen les costará bastante descender hasta aquí en silencio.

—Quizá —gruñó Bombur—, pero no les será difícil tirarnos piedras a la cabeza. —Los enanos (y Bilbo) estaban lejos de sentirse contentos, y se restregaban las piernas y los pies lastimados y magullados.

—¡Tonterías! Aquí dejaremos el sendero de la pendiente. ¡Deprisa, tenemos que apresurarnos! ¡Mirad la luz!

Hacía largo rato que el sol se había ocultado tras la montaña. Ya las sombras eran más negras alrededor, aunque allá lejos, entre los árboles y sobre las copas negras de los que crecían más abajo, podían ver todavía las luces de la tarde en las llanuras distantes. Bajaban cojeando ahora, tan rápido como podían, por la pendiente menos abrupta de un pinar, por un inclinado sendero que los conducía directamente hacia el sur. En ocasiones se abrían paso entre un mar de helechos de altas frondas que se levantaban por encima de la cabeza del hobbit; otras veces marchaban con la quietud del silencio, sobre un suelo de agujas de pino; y durante todo ese tiempo la lobreguez se iba haciendo más pesada y la calma del bosque más profunda. No había viento aquel atardecer que moviera al menos con un susurro de mar las ramas de los árboles.

—¿Tenemos que seguir todavía más? —preguntó Bilbo cuando en la oscuridad del bosque apenas alcanzaba a distinguir la barba de Thorin que ondeaba junto a él y la respiración de los enanos sonaba en el silencio como un fuerte ruido—. Tengo los dedos de los pies torcidos y magullados, me duelen las piernas, y mi estómago se balancea como una bolsa vacía.

—Un poco más —dijo Gandalf.

Luego de lo que pareció siglos más, salieron de pronto a un espacio abierto sin árboles. La luna estaba alta y brillaba en el claro. De algún modo todos tuvieron la impresión de que no era precisamente un lugar agradable, aunque no se veía nada sospechoso.

De súbito oyeron un aullido, lejos, colina abajo, un aullido largo y estremecedor. Le contestó otro, lejos, a la derecha, y muchos más, más cerca de ellos; luego otro, no muy lejano, a la izquierda. ¡Eran lobos que aullaban a la luna, lobos que llamaban a la manada!

No había lobos que vivieran cerca del agujero del señor Bolsón, pero conocía el sonido. Se lo habían descrito a menudo en cuentos y relatos. Uno de sus primos mayores (por la rama Tuk), que había sido un gran viajero, los imitaba a menudo para aterrorizarlo. Oírlos ahora en el bosque bajo la luna era demasiado para Bilbo. Ni siquiera los anillos mágicos son muy útiles contra los lobos, en especial contra las manadas diabólicas que vivían a la sombra de las montañas infestadas de trasgos, más allá de los límites de las tierras salvajes, en las fronteras de lo desconocido. ¡Los lobos de esta clase tienen un olfato más fino que los trasgos! ¡Y no necesitan verte para atraparte!

—¡Qué haremos, qué haremos! —gritó—. ¡Salir de trasgos para caer en lobos! —dijo, y esto llegó a ser un proverbio, aunque ahora decimos «de la sartén al fuego»[7] en las situaciones incómodas de este tipo.

—¡A los árboles, rápido! —gritó Gandalf; y corrieron hacia los árboles del borde del claro, buscando aquellos de ramas bajas o bastante delgados para escapar trepando por los troncos. Los encontraron con una rapidez insólita, como podéis imaginar; y subieron muy alto confiando como nunca en la firmeza de las ramas. Habríais reído (desde una distancia segura) si hubieseis visto a los enanos sentados arriba, en los árboles, las barbas colgando, como viejos caballeros chiflados que jugaban a ser niños. Fili y Kili habían subido a la copa de un alerce alto que parecía un enorme árbol de Navidad. Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin estaban más cómodos en un pino elevado con ramas regulares que crecían a intervalos, como los rayos de una rueda. Bifur, Bofur, Bombur y Thorin estaban en otro pino próximo. Dwalin y Balin habían trepado con rapidez a un abeto delgado, escaso de ramas, y estaban intentando encontrar un lugar para sentarse entre el follaje de la copa. Gandalf, que era bastante más alto que el resto, había encontrado un árbol inaccesible para los otros, un pino grande que se levantaba en el mismísimo borde del claro. Estaba bastante oculto entre

las ramas pero, cuando asomaba la luna, se le podía ver el brillo de los ojos.

¿Y Bilbo? No pudo subir a ningún árbol, y corría de un tronco a otro, como un conejo que no encuentra su madriguera mientras un perro lo persigue mordiéndole los talones.[8]

—¡Otra vez has dejado atrás al saqueador! —dijo Nori a Dori mirando abajo.

—No me puedo pasar la vida cargando saqueadores —dijo Dori—, ¡túneles abajo y árboles arriba! ¿Qué te crees que soy? ¿Un mozo de cuerda?

—Se lo comerán si no hacemos algo —dijo Thorin, pues ahora había aullidos todo alrededor, acercándose más y más—. ¡Dori! —llamó, pues Dori era el que estaba más abajo, en el árbol más fácil de escalar—. ¡Ve rápido, y dale una mano al señor Bolsón!

Dori era en realidad un buen muchacho a pesar de que protestara gruñendo. El pobre Bilbo no consiguió alcanzar la mano que le tendían aunque el enano descendió a la rama más baja y estiró el brazo todo lo que pudo. De modo que Dori bajó realmente del árbol y ayudó a que Bilbo se le trepase a la espalda.

En ese preciso momento los lobos irrumpieron aullando en el claro. De pronto hubo cientos de ojos observándolos desde las sombras. Pero Dori no soltó a Bilbo. Esperó a que trepara de los hombros a las ramas, y luego saltó. ¡Justo a tiempo! Un lobo le echó una dentellada a la capa cuando aún se columpiaba en la rama de abajo y casi lo alcanzó. Un minuto después una manada entera gruñía alrededor del árbol y saltaba hacia el tronco, los ojos encendidos y las lenguas fuera.

Pero ni siquiera los salvajes wargos (pues así se llamaban los lobos malvados de más allá del Yermo)[9] pueden trepar a los árboles. Por el momento los expedicionarios estaban a salvo. Afortunadamente hacía calor y no había viento. Los árboles no son muy cómodos para estar sentados en ellos un largo rato, cualquiera que sea la circunstancia, pero al frío y al viento, con lobos que te esperan abajo y alrededor, pueden ser sitios harto desagradables.

Este claro en el anillo de árboles era evidentemente un lugar de reunión de los lobos. Más y más continuaban llegando. Unos pocos se quedaron al pie del árbol en que estaban Dori y Bilbo, y los otros fueron venteando alrededor hasta descubrir todos los árboles en los que había alguien. Vigilaron éstos también, mientras el resto (parecían cientos y cientos) fue a sentarse en un gran círculo en el claro; y en el centro del círculo había un enorme lobo gris. Les habló en la espantosa lengua de los wargos. Gandalf la entendía. Bilbo no, pero el sonido era terrible, y parecía que sólo hablara de cosas malvadas y crueles, como así era. De vez en cuando todos los wargos del círculo respondían en coro al jefe gris, y el espantoso clamor sacudía al hobbit, que casi se caía del pino.

Os diré lo que Gandalf oyó, aunque Bilbo no lo comprendiese. Los wargos y los trasgos colaboraban a menudo en acciones perversas. Por lo común, los trasgos no se alejan de las montañas, a menos que se los persiga y estén buscando nuevos lugares, o marchen a la guerra (y me alegra decir que esto no ha sucedido desde hace largo

tiempo). Pero en aquellos días, a veces hacían incursiones, en especial para conseguir comida o esclavos que trabajasen para ellos. En esos casos, conseguían a menudo que los wargos los ayudasen, y se repartían el botín. A veces cabalgaban en lobos, así como los hombres montan en caballos. Ahora parecía que una gran incursión de trasgos había sido planeada para aquella misma noche. Los wargos habían acudido para reunirse con los trasgos, y los trasgos llegaban tarde. La razón, sin duda, era la muerte del Gran Trasgo y toda la agitación causada por los enanos, Bilbo y Gandalf, a quienes quizá todavía buscaban.

A pesar de los peligros de estas tierras lejanas, unos hombres audaces habían venido allí desde el Sur, derribando árboles, y levantando moradas entre los bosques más placenteros de los valles y a lo largo de las riberas de los ríos. Eran muchos, y bravos y bien armados, y ni siquiera los wargos se atrevían a atacarlos cuando los veían juntos, o a la luz del día. Pero ahora habían planeado caer de noche con la ayuda de los trasgos sobre algunas de las aldeas más próximas a las montañas. Si este plan se hubiese llevado a cabo, no habría quedado nadie allí al día siguiente; todos hubiesen sido asesinados, excepto los pocos que los trasgos preservasen de los lobos y llevasen de vuelta a las cavernas, como prisioneros.

Era espantoso escuchar esa conversación, no sólo por los bravos leñadores, las mujeres y los niños, sino también por el peligro que ahora amenazaba a Gandalf y a sus compañeros. Los wargos estaban furiosos y se preguntaban desconcertados qué hacía esa gente en el mismísimo lugar de reunión. Pensaban que eran amigos de los leñadores y habían venido a espiarlos, y advertirían a los valles, con lo cual trasgos y lobos tendrían que librar una terrible batalla en vez de capturar prisioneros y devorar gentes arrancadas bruscamente del sueño. De modo que los wargos no tenían intención de alejarse y permitir que la gente de los árboles escapase; de ninguna manera, no hasta la mañana. Y mucho antes, dijeron, los soldados trasgos vendrán, bajando de las montañas; y los trasgos pueden trepar a los árboles, o derribarlos.

Ahora podéis comprender por qué Gandalf, escuchando esos gruñidos y aullidos, empezó a tener un miedo espantoso, mago como era, y a sentir que estaban en un pésimo lugar y todavía no habían escapado del todo. Sin embargo, no les dejaría el camino libre, aunque mucho no podía hacer aferrado a un gran árbol con lobos por doquier allá en el suelo. Arrancó unas piñas enormes de las ramas y enseguida prendió fuego a una de ellas con una brillante llama azul, y la arrojó zumbando hacia el círculo de lobos. Alcanzó a uno en el lomo, y la piel velluda empezó a arder, con lo cual la bestia saltó de un lado a otro aullando horriblemente. Luego cayó otra piña y otra, con llamas azules, rojas o verdes. Estallaban en el suelo, en medio del círculo, y se esparcían alrededor en chispas coloreadas y humo. Una especialmente grande golpeó el hocico del lobo jefe, que saltó diez pies en el aire, y se lanzó dando vueltas y vueltas alrededor del círculo, con tanta cólera y tanto miedo que mordía y lanzaba dentelladas aún a los otros lobos.

Los enanos y Bilbo gritaron y vitorearon. Era terrible ver la rabia de los lobos, y

el tumulto que hacían llenaba toda la floresta. Los lobos tienen miedo del fuego en cualquier circunstancia, pero éste era un fuego muy extraño y horroroso. Si una chispa les tocaba la piel, se pegaba y les quemaba los pelos, y a menos que se revolcasen rápido, pronto estaban envueltos en llamas. Muy pronto los lobos estaban revolcándose por todo el claro una y otra vez para quitarse las chispas de los lomos, mientras aquellos que ya ardían, corrían aullando y pegando fuego a los demás, hasta que eran ahuyentados por sus propios compañeros, y huían pendiente abajo, chillando y gimoteando y buscando agua.[10]

—¿Qué es todo ese tumulto en el bosque? —dijo el Señor de las Águilas; estaba posado, negro a la luz de la luna, en la cima de una solitaria cumbre rocosa del borde oriental de las montañas—. ¡Oigo voces de lobos! ¿Andarán los trasgos de fechorías en los bosques?

Se elevó en el aire, e inmediatamente dos de los guardianes del Señor lo siguieron saltando desde las rocas de los lados. Volaron en círculos arriba en el cielo, y observaron el anillo de los wargos, un minúsculo punto muy, muy abajo. Pero las águilas tienen ojos penetrantes y pueden ver cosas pequeñas desde una gran distancia. El Señor de las Águilas de las Montañas Nubladas tenía ojos capaces de mirar al sol sin un parpadeo y de ver un conejo que se movía allá abajo a una milla a la luz pálida de la luna. De modo que aunque no alcanzaba a ver a la gente en los árboles, podía distinguir los movimientos de los lobos y los minúsculos destellos de fuego, y oía los aullidos y gañidos que se elevaban tenues desde allá abajo. También pudo ver el destello de la luna en las lanzas y yelmos de los trasgos, cuando unas largas hileras de esta gente malvada se arrastraron con cautela, bajando las laderas de la colina desde la entrada a los túneles, y serpenteando en el bosque.

Las águilas no son aves bondadosas. Algunas son cobardes y crueles. Pero la raza ancestral de las montañas del norte era la más grande entre todas. Altivas y fuertes, y de noble corazón, no querían a los trasgos, ni los temían. Cuando les prestaban alguna atención (lo que era raro, pues no se alimentaban de tales criaturas), se precipitaban sobre ellos y los obligaban a retirarse chillando a las cuevas, y detenían cualquier maldad en que estuviesen empeñados. Los trasgos odiaban a las águilas y les tenían miedo, pero no podían alcanzar aquellos encumbrados sitiales, ni sacarlas de las montañas.

Esa noche el Señor de las Águilas tenía mucha curiosidad por saber qué se estaba tramando; de modo que convocó a otras águilas, y juntas volaron desde las cimas, y trazando círculos lentamente, siempre girando y girando, bajaron y bajaron y bajaron hacia el anillo de los lobos y el sitio en que se reunían los trasgos.

¡Algo muy bueno, por cierto! Cosas espantosas habían estado sucediendo allí abajo. Los lobos alcanzados por las llamas habían huido al bosque, y habían prendido fuego en varios sitios. Era pleno verano, y en este lado oriental de las montañas había

llovido poco en los últimos tiempos. Helechos amarillentos, ramas caídas, espesas capas de agujas de pino, y aquí y allá árboles secos, pronto empezaron a arder. Todo alrededor del claro de los wargos el fuego se elevaba en llamaradas. Pero los lobos guardianes no abandonaban los árboles. Enloquecidos y coléricos saltaban y aullaban al pie de los troncos, y maldecían a los enanos en aquel horrible lenguaje, con las lenguas fuera y los ojos brillantes tan rojos y fieros como las llamas.

Entonces, de súbito, los trasgos llegaron corriendo y aullando. Pensaban que se estaba librando una batalla contra los hombres de los bosques, pero pronto advirtieron lo que ocurría. Unos pocos llegaron a sentarse y rieron. Otros blandieron las lanzas y golpearon los mangos contra los escudos. Los trasgos no temen al fuego, y pronto tuvieron un plan que les pareció de lo más divertido.

Algunos reunieron a todos los lobos en una manada. Otros apilaron helechos y brezos alrededor de los troncos, y se precipitaron en torno, y pisotearon y golpearon, golpearon y pisotearon, hasta que apagaron casi todos los fuegos, pero no los más próximos a los árboles donde estaban los enanos. Estos fuegos los alimentaron con hojas, ramas secas y helechos. Pronto un anillo de humo y llamas rodeó a los enanos, un anillo que no crecía hacia fuera, pero que se iba cerrando lentamente, hasta que el fuego lamió la leña apilada bajo los árboles. El humo llegaba a los ojos de Bilbo, podía sentir el calor de las llamas; y a través de la humareda alcanzaba a ver a los trasgos que danzaban, girando y girando, en un círculo, como gente que celebraba alrededor de una hoguera la llegada del verano. Fuera del círculo de guerreros danzantes, armados con lanzas y hachas, los lobos se mantenían apartados, observando y aguardando.

Baile de trasgos y lobos. Ilustración de Tove Jansson para la edición sueca de 1962 y la finesa de 1973.

Bilbo pudo oír a los trasgos que entonaban ahora una horrible canción:

¡Quince pájaros en cinco abetos,
las plumas aventadas por una brisa ardiente!
Pero, qué extraños pájaros, ¡ninguno tiene alas!

¡Oh! ¿Qué haremos con estas raras gentes?
¿Asarlas vivas, o hervirlas en la olla;
o freírlas, cocerlas y comerlas calientes?

Luego se detuvieron y gritaron: —¡Volad, pajaritos! ¡Volad si podéis! ¡Bajad, pajaritos; os asaréis en vuestros nidos! ¡Cantad, cantad, pajaritos! ¿Por qué no cantáis?

—¡Alejaos, chiquillos! —gritó Gandalf por respuesta—. No es época de buscar nidos. Y los chiquillos traviesos que juegan con fuego reciben lo que se merecen[11] —lo dijo para enfadarlos, y para mostrarles que no tenía miedo, aunque en verdad lo tenía, mago y todo como era. Pero los trasgos no le prestaron atención, y siguieron cantando.

¡Que ardan, que ardan, árboles y helechos!
¡Marchitos y abrasados! Que la antorcha siseante
ilumine la noche para nuestro contento.
¡Ea ya!

¡Que los cuezan, los frían y achicharren,
hasta que ardan las barbas, y los ojos se nublen;
y hiedan los cabellos y estallen los pellejos,
se disuelvan las grasas, y los huesos renegros
descansen en cenizas bajo el cielo!
Así los enanos morirán,
la noche iluminando para nuestro contento.
¡Ea ya!
¡Ea pronto ya!
¡Ea que va![12]

Y con ese *¡ea que va!* las llamas llegaron bajo el árbol de Gandalf. En un momento se extendieron a los otros. La corteza ardió, las ramas más bajas crujieron.

Entonces Gandalf trepó a la copa del árbol. El súbito resplandor estalló en su vara como un relámpago cuando se aprestaba a saltar y a caer, justo entre las lanzas enemigas. Aquello hubiese sido el fin de Gandalf, aunque probablemente hubiese matado a muchos, al precipitarse entre ellos como un rayo. Pero no llegó a saltar.

En aquel preciso momento el Señor de las Águilas se abalanzó desde lo alto, abrió las garras, se apoderó de Gandalf, y desapareció.

Hubo un clamor de cólera y sorpresa entre los trasgos. Fuerte chilló el Señor de las Águilas, a quien Gandalf había ahora hablado. De vuelta se abalanzaron las grandes aves que estaban con él, y descendieron como enormes sombras negras. Los lobos

gimotearon rechinando los dientes; los trasgos aullaron y patearon el suelo con rabia, y arrojaron sus pesadas lanzas al aire. Sobre ellos se lanzaron las águilas; la acometida oscura de las alas que batían los golpeó contra el suelo o los arrojó lejos; las garras les laceraron las caras. Otras veces volaron a las copas de los árboles y se llevaron a los enanos, que ahora trepaban a unas alturas a las que nunca se habían atrevido a llegar.

¡El pobre pequeño Bilbo estuvo muy cerca de que lo dejaran de nuevo atrás! Alcanzó justo a aferrarse de las piernas de Dori cuando ya se lo llevaban, el último de todos; y arriba fueron juntos, sobre el tumulto y el incendio, Bilbo columpiándose en el aire, sintiendo que se le romperían los brazos en cualquier momento.

Mientras, allá abajo, los trasgos y los lobos se habían dispersado en los bosques. Unas cuantas águilas estaban todavía trazando círculos y cerniéndose sobre el campo de batalla. De pronto las llamas de los árboles se alzaron por encima de las ramas más altas. Subieron con un fuego crepitante, y hubo un estallido de chispas y humo. ¡Bilbo había escapado justo a tiempo!

Rescatados por las águilas. Ilustración de Virgil Finlay. A principios de 1963, el editor norteamericano de Tolkien, Houghton Mifflin, pidió una ilustración de prueba para *El Hobbit* a algunos de los artistas norteamericanos más destacados con el objetivo de publicar una lujosa edición ilustrada. Virgil Finlay (1914-1971) inició su carrera en 1935 ilustrando relatos de la legendaria revista *Weird Tales* y poco después ya trabajaba para las principales revistas de ciencia ficción, hasta que la crisis de mediados de la década de 1950 en el mundo de las revistas limitó su mercado. La ilustración de Finlay *para El Hobbit* le fue remitida a Tolkien a través de su editor británico, al que contestó el 11 de octubre de 1963:

> Aunque da la idea de un tratamiento general más pesado y violento y menos grácil de lo que me gustaría, creo que es bueno, y creo que la cara rotunda y aniñada (aunque ansiosa) de Bilbo está de acuerdo con el personaje hasta ese punto. Tras los horrores de las «ilustraciones» para las traducciones [de *El Hobbit*] Mr Finlay es un

alivio bienvenido. Siempre que (como parece) mantenga el humor del texto y se deje guiar razonablemente por lo que el texto dice, espero quedar contento.

Desgraciadamente Finlay no fue propuesto para ilustrar *El Hobbit*. Su ilustración fue publicada postumamente en *The Book fo Virgil Finlay [El libro de Virgil Finlay]* de Gerry de la Ree (1975).

Rescatados por las águilas. Ilustración de Eric Fraser para la edición de la Folio Society en 1979. Fraser (1902-1983) inició su carrera como ilustrador publicitario y después trabajó para revistas y libros. Trabajaba principalmente con tinta negra y superposiciones en blanco para darle la apariencia de grabados en madera. Sus llamativas ilustraciones aparecen en muchos libros, entre ellos *English Legends [Leyendas inglesas]* (1950) y *Folklore, Myths and Legends of Britain [Folklore, mitos y leyendas de británicos*] (1973). Para la edición de *El Señor de los Anillos* de la Folio Society en 1977 redibujó ilustraciones de la reina Margarita II de Dinamarca (nacida en 1940), rediseñándolas para que pudieran ir como cabeceras de capítulo. Ella descubrió *El Señor de los Anillos* hacia 1969 y esto le devolvió el interés por el dibujo. Las ilustraciones de la reina fueron enviadas a Tolkien y encontradas entre sus papeles tras su muerte. La edición de Fraser de *El Hobbit* también incluye ilustraciones como cabecera de cada capítulo, junto con dos dibujos a toda página. Una buena monografía sobre el artista es *Eric Fraser: Designer and Illustrator [Eric Fraser: diseñador e ilustrador]* (1998) de Sylvia Backemeyer. Otra ilustración de Fraser se puede encontrar en la página 270.

El Señor de las Águilas habla con Gandalf. Ilustración de Évelyne Drouhin para la edición francesa de 1983, Drouhin (nacida en 1955) ha ilustrado libros infantiles franceses y traducciones de las obras de los hermanos Grimm El apellido de la artista a veces aparece como Faivre-Drouhin Dos ilustraciones más de Drouhin pueden encontrarse en las páginas 192 y 276,

Pronto las luces del incendio fueron tenues allá abajo; un parpadeo rojo en el suelo negro; y las águilas volaban muy alto, elevándose todo el tiempo en círculos amplios y majestuosos. Bilbo nunca olvidó aquel vuelo, abrazado a los tobillos de Dori.

—¡Mis brazos, mis brazos! —gemía Bilbo, y mientras tanto Dori plañía:

—¡Mis pobres piernas, mis pobres piernas!

En el mejor de los casos las alturas le daban vértigo a Bilbo. Bastaba que mirase desde el borde de un risco pequeño para que se sintiera mareado. Nunca le habían gustado las escaleras, y mucho menos los árboles (antes nunca había tenido que escapar de los lobos). De manera que podéis imaginar cómo le daba vueltas ahora la cabeza, cuando miraba hacia abajo entre los colgantes dedos de los pies y veía las tierras oscuras que se ensanchaban debajo, tocadas aquí y allá por la luz de la luna en la roca de una ladera o en un arroyo de los llanos.

Los picos de las montañas se estaban acercando; puntas rocosas iluminadas por la luna asomaban entre las sombras negras.[13] Verano o no, el aire parecía muy frío. Cerró los ojos y se preguntó si sería capaz de seguir sosteniéndose así mucho más. Luego imaginó qué sucedería si no aguantaba. Se sintió enfermo.

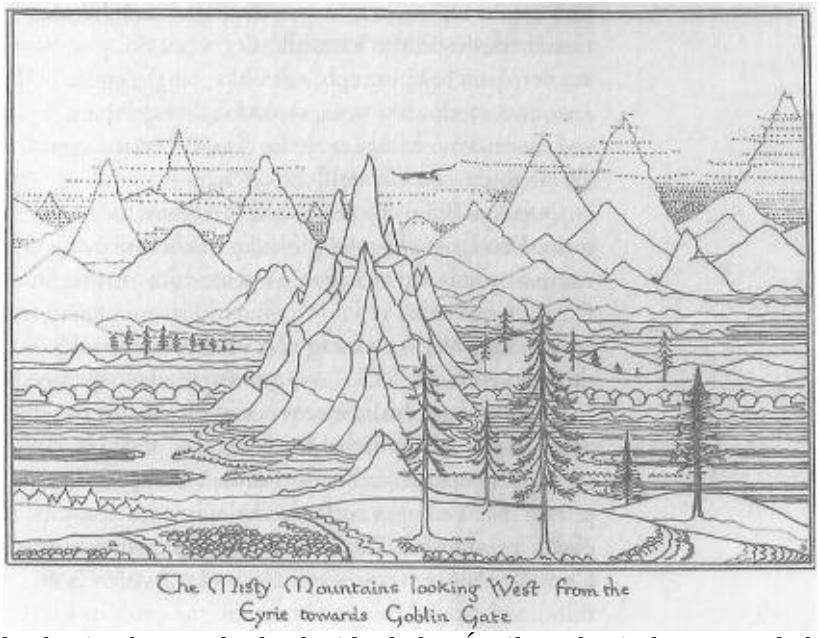
El vuelo terminó justo a tiempo para Bilbo, justo antes de que aflojara las manos. Se soltó de los tobillos de Dori con un grito sofocado y cayó sobre la tosca plataforma de un aguilero. Allí quedó un rato tendido sin decir una palabra, con pensamientos que eran una mezcla de sorpresa por haberse salvado del fuego y de miedo a caer de aquel sitio estrecho a las espesas sombras de ambos lados. Sentía la cabeza verdaderamente muy rara en aquel momento, después de las espantosas aventuras de los tres últimos días, casi sin nada para comer, y de pronto se encontró diciendo en voz alta: —¡Ahora sé cómo se siente un trozo de panceta cuando la sacan de pronto de la sartén con un tenedor y la ponen de vuelta en la alacena!

—¡No, no lo sabes! —oyó que Dori respondía—, pues la panceta sabe que volverá, tarde o temprano, a la sartén; y es de esperar que nosotros no. ¡Además las

águilas no son tenedores!

—¡Oh, no! No se parecen nada a pájaros ponedores, tenedores, quiero decir —contestó Bilbo incorporándose y observando con ansiedad al águila que estaba posada cerca. Se preguntó qué otras tonterías habría estado diciendo, y si el águila lo consideraría ofensivo. ¡Uno no ha de ser grosero con un águila si sólo tiene el tamaño de un hobbit y está de noche en el aguilero!

El águila se afiló el pico en una roca y se alisó las plumas, sin prestar atención.



Las Montañas Nubladas hacia el oeste desde el Nido de las Águilas y hacia la Puerta de los Trasgos de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que apareció en *El Hobbit* de 1937.
Una versión anterior, con ligeras diferencias, puede verse en *Artista* (n.º 110). En ambas versiones, la Puerta de los Trasgos (por la que escapó Bilbo) pude verse como un punto negro en las montañas en el fondo de la parte derecha. Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 111) y *Pinturas* (n.º 8, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Riddett fue publicada en el *Calendario 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 8, derecha).

Pronto llegó volando otra águila. —El Señor de las Águilas te ordena traer a tus prisioneros a la Gran Repisa —chilló y se fue. La otra tomó a Dori en sus garras y partió volando con él hacia la noche, dejando a Bilbo completamente solo. Las pocas fuerzas que le quedaban le alcanzaban apenas para preguntarse qué habría querido decir el águila con «prisioneros», y ya empezaba a pensar que lo abrirían en dos como un conejo para la cena, cuando le llegó el turno.

El águila regresó, lo agarró por el dorso de la chaqueta, y se lanzó fuera. Esta vez el vuelo fue corto. Muy pronto Bilbo estuvo tumbado, temblando de miedo, en una amplia repisa en la ladera de la montaña. No había manera de descender hasta allí, sino volando; y no había sendero para bajar excepto saltando a un precipicio. Allí encontró a todos los otros, sentados de espaldas a la pared montañosa. El Señor de las Águilas estaba también allí y hablaba con Gandalf.

Quizá a Bilbo no se lo iban a comer, después de todo. El mago y el águila parecían conocerse de alguna manera, y aún estar en buenas relaciones. En realidad Gandalf, que había visitado a menudo las montañas, había ayudado una vez a las

águilas y había curado al Señor de una herida de flecha. Así que como veis, «prisioneros» quería decir «prisioneros rescatados de los trasgos» solamente, y no cautivos de las águilas. Cuando Bilbo escuchó la conversación de Gandalf comprendió que por fin iban a escapar real y verdaderamente de aquellas cimas espantosas. Estaba discutiendo planes con el Gran Águila para transportar lejos a los enanos, a él y a Bilbo, y dejarlos justo en el camino que cruzaba los llanos de abajo.

El Señor de las Águilas no los llevaría a ningún lugar próximo a las moradas de los hombres. —Nos dispararían con esos grandes arcos de tejo —dijo—, pensando que vamos a robarles las ovejas. Y en otras ocasiones estarían en lo cierto. ¡No! Nos satisface burlar a los trasgos, y pagarte así nuestra deuda de gratitud, pero no nos arriesgaremos por los enanos en los llanos del sur.

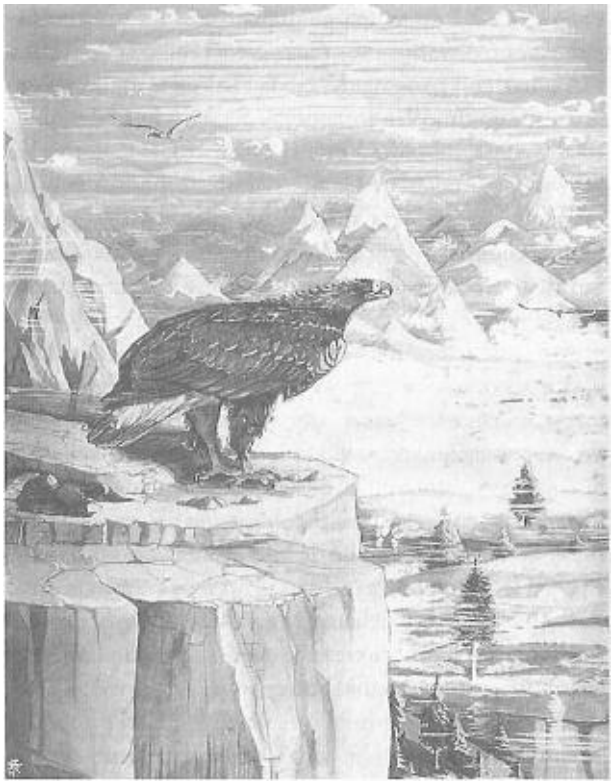
—Muy bien —dijo Gandalf—. ¡Llevadnos a cualquier sitio y tan lejos como queráis! Ya habéis hecho mucho por nosotros. Pero mientras tanto, estamos famélicos.

—Yo casi estoy muerto de hambre —dijo Bilbo con una débil vocecita que nadie oyó.

—Eso tal vez pueda tener remedio —dijo el Señor de las Águilas.

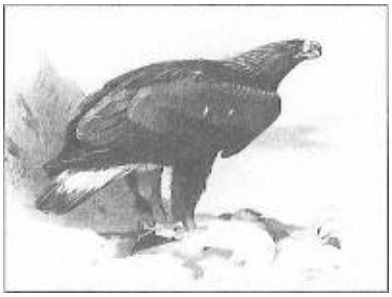
Más tarde podríais haber visto un brillante fuego en la repisa de piedra, y las figuras de los enanos alrededor, cocinando y envueltos en un exquisito olor a asado. Las águilas habían traído unos arbustos secos para el fuego, y conejos, liebres y una pequeña oveja. Los enanos se encargaron de todos los preparativos. Bilbo se sentía demasiado débil para ayudar, y de cualquier modo no era muy bueno desollando conejos o picando carne, pues estaba acostumbrado a que el carnicero se la entregase lista ya para cocinar. Gandalf estaba echado también, luego de haberse ocupado de encender el fuego, ya que Oin y Gloin habían perdido sus yescas. (Los enanos nunca fueron aficionados a las cerillas, ni siquiera entonces).

Así concluyeron las aventuras de las Montañas Nubladas. Pronto el estómago de Bilbo estuvo lleno y confortado de nuevo, y sintió que podía dormir sin preocupaciones, aunque en realidad le habría gustado más una hogaza con mantequilla que aquellos trozos de carne tostada en varas. Durmió hecho un ovillo en la piedra dura, más profundamente de lo que había dormido nunca en el lecho de plumas de su propio pequeño agujero. Pero soñó toda la noche con su casa, y recorrió en sueños todas las habitaciones buscando algo que no podía encontrar, y que no sabía qué era.



Bilbo se despertó con el sol temprano en sus ojos de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en color para *El Hobbit*, publicada por primera vez en la edición norteamericana de 1938 (donde fue ligeramente recortada), pero no incluida en la edición inglesa.

Al pintar el águila queda patente el interés de Tolkien por los menores detalles del mundo natural, así como el perfeccionismo que le llevó a tomar como modelo una ilustración de un águila dorada de Archibald Thorburn. Christopher Tolkien recuerda que encontró la imagen para su padre en *Birds of the British Isles and Their Eggs [Pájaros de las islas británicas y sus huevos*] (1919) de T. A. Coward. La ilustración de Thorburn (izquierda) representa a un ejemplar inmaduro pues los ejemplares jóvenes de la especie tienen la base de la cola de color blanco. Wayne G. Hammond y Christina Scull han establecido que la ilustración de Thorburn (reproducida como una cromolitografía) apareció originalmente en *Birds of the British Islands [Pájaros de las islas británicas]* (1891) de Lord Lilford, de donde la tomó Coward para su volumen (*Artista*, p. 124). Thorburn (1860 1935) fue uno de los grandes dibujantes de pájaros de *finales del siglo XIX y principios del XX. La ilustración de Tolkien aparece en Artista* (n.º 113) y *Pinturas* (n.º 9)



7
Extraños aposentos

A LA MAÑANA SIGUIENTE BILBO DESPERTÓ con el sol temprano en los ojos. Se levantó de un salto para mirar la hora y poner la marmita al fuego… y descubrió que no estaba en casa, de ningún modo. Así que se sentó, deseando en vano un baño y un cepillo. No los consiguió, ni té, ni tostadas, ni panceta para el desayuno, sólo cordero frío y conejo. Y enseguida tuvo que prepararse para la inminente partida.

Esta vez se le permitió montar en el lomo de un águila y sostenerse entre las alas. El aire golpeaba y Bilbo cerraba los ojos. Los enanos gritaban despidiéndose y prometiendo devolver el favor al Señor de las Águilas,[1] mientras quince grandes aves partían de la ladera de la montaña. El sol estaba todavía cerca de los lindes orientales. La mañana era fría, y había nieblas en los valles y hondonadas, y sobre los picos y crestas de las colinas. Bilbo abrió un ojo y vio que las aves estaban ya muy arriba y el mundo muy lejos, y que las montañas se empequeñecían atrás. Cerró otra vez los ojos y se aferró con más fuerza.

—¡No pellizques! —le dijo el águila—. No tienes por qué asustarte como un conejo, aunque te parezcas bastante a uno. Hace una bonita mañana y el viento sopla apenas. ¿Hay acaso algo más agradable que volar?

A Bilbo le hubiese gustado decir: «Un baño caliente y después, más tarde, un desayuno sobre la hierba»; pero le pareció mejor no decir nada y aflojó un poquito las manos.

Al cabo de un buen rato, las águilas divisaron sin duda el punto al que se dirigían, aún desde aquellas alturas, pues empezaron a volar en círculos, descendiendo en amplias espirales. Bajaron así un tiempo, y al final el hobbit abrió de nuevo los ojos. La tierra estaba mucho más cercana, y debajo había árboles que parecían olmos y robles, y amplias praderas, y un río que lo atravesaba todo. Pero sobresaliendo del terreno, justo en el curso del río que allí serpenteaba, había una gran roca, casi una colina de piedra, como una última avanzada de las montañas distantes, o un enorme peñasco arrojado millas adentro en la llanura por algún gigante entre gigantes.

Las águilas descendían ahora con rapidez una a una sobre la cima de la roca, y dejaban allí a los pasajeros.

—¡Buen viaje! —gritaron—. ¡Dondequiera que vayáis, hasta que los nidos os reciban al final de la jornada! —una fórmula de cortesía común entre estas aves.

—Que el viento bajo las alas os sostenga allá donde el sol navega y la luna camina —respondió Gandalf, que conocía la respuesta correcta.

Y de este modo partieron. Y aunque el Señor de las Águilas llegó a ser Rey de Todos los Pájaros, y tuvo una corona de oro,[2] y los quince lugartenientes llevaron

collares de oro (fabricados con el oro de los enanos), Bilbo nunca volvió a verlos, excepto en la batalla de los Cinco Ejércitos, lejos y arriba. Pero como esto ocurre al final de la historia, por ahora no diremos más.

Había un espacio liso en la cima de la colina de piedra y un sendero de gastados escalones que descendían hasta el río; y un vado de piedras grandes y chatas llevaba a la pradera del otro lado. Allí había una cueva pequeña (acogedora y con suelo de guijarros), al pie de los escalones, casi al final del vado pedregoso. El grupo se reunió en la cueva y discutió lo que se iba a hacer.

—Siempre quise veros a todos a salvo (si era posible) del otro lado de las montañas —dijo el mago—, y ahora, gracias al buen gobierno y a la buena suerte, lo he conseguido. En realidad hemos avanzado hacia el este más de lo que yo deseaba, pues al fin y al cabo ésta no es mi aventura. Puedo venir a veros antes que todo concluya, pero mientras tanto he de atender otro asunto urgente.

Los enanos gemían y parecían desolados, y Bilbo lloraba. Habían empezado a creer que Gandalf los acompañaría durante todo el trayecto y estaría siempre allí para sacarlos de cualquier dificultad.

—No desapareceré en este mismo instante —dijo el mago—. Puedo daros un día o dos más. Quizá llegue a echaros una mano en este apuro, y yo también necesito una pequeña ayuda. No tenemos comida, ni equipaje, ni poneys que montar; y no sabéis dónde estáis ahora. Yo puedo decíroslo. Estáis todavía algunas millas al norte del sendero que tendríamos que haber tomado, si no hubiésemos cruzado la montaña con tanta prisa. Muy poca gente vive en estos parajes, a menos que hayan venido desde la última vez que estuve aquí abajo, hace ya varios años. Pero conozco a *alguien* que vive no muy lejos. Ese Alguien talló los escalones en la gran roca, la Carroca creo que la llama. No viene a menudo por aquí, desde luego no durante el día, y no vale la pena esperarlo. A decir verdad, sería muy peligroso hacerlo. Ahora tenemos que salir y encontrarlo; y si todo va bien en dicho encuentro, creo que partiré y os desearé como las águilas «buen viaje adondequiera que vayáis».

Le pidieron que no los dejase. Le ofrecieron oro del dragón y plata y joyas, pero el mago no se inmutó.

—¡Nos veremos, nos veremos! —dijo—, y creo que ya me he ganado algo de ese oro del dragón, cuando le echéis mano.

Los enanos dejaron entonces de suplicar. Se sacaron la ropa y se bañaron en el río, que en el vado era poco profundo, claro y pedregoso. Luego de secarse al sol, que ahora caía con fuerza, se sintieron refrescados, aunque todavía doloridos y un poco hambrientos. Pronto cruzaron el vado (cargando con el hobbit), y luego marcharon entre la abundante hierba verde y bajo la hilera de robles anchos de brazos y los olmos altos.

—¿Y por qué se le llama la Carroca? —preguntó Bilbo cuando caminaba junto al

mago.

—La llamó la Carroca, porque Carroca es la palabra para ella. Llama carrocas a cosas así, y ésta es *la* Carroca, pues es la única cerca de su casa y la conoce bien.[3]

—¿Quién la llama? ¿Quién la conoce?

—Ese Alguien de quien hablé…, una gran persona. Tenéis que ser todos muy corteses cuando os presente. Os presentaré muy poco a poco, de dos en dos, creo; y cuidaréis de no molestarlo, o sólo los cielos saben lo que ocurriría. Cuando se enfada puede resultar desagradable, aunque es muy amable si está de buen humor. Sin embargo, os advierto que se enfada con bastante facilidad.

Todos los enanos se juntaron alrededor cuando oyeron que el mago hablaba así con Bilbo. —¿Es a él a quien nos llevas ahora? —inquirieron—. ¿No podrías encontrar a alguien de mejor carácter? ¿No sería mejor que lo explicases un poco más? —y así una pregunta tras otra.

—¡Sí, sí, por supuesto! ¡No, no podría! Y lo he explicado muy bien —respondió el mago, enojado—. Si necesitáis saber algo más, se llama Beorn.[4] Es muy fuerte, y un cambia pieles además.

—¡Qué! ¿Un peletero? ¿Un hombre que llama a los conejos roedores, cuando no puede hacer pasar las pieles de conejo por pieles de ardilla? —preguntó Bilbo.

—¡Cielos, no, no, no, no! —dijo Gandalf—. No seas estúpido, señor Bolsón, si puedes evitarlo, y en nombre de toda maravilla haz el favor de no mencionar la palabra peletero mientras te encuentras en un área de cien millas a la redonda de su casa, ¡ni alfombra, ni capa, ni estola, ni manguito, ni cualquier otra palabra tan funesta! Él es un cambia pieles, cambia de piel: unas veces es un enorme oso negro, otras un hombre vigoroso y corpulento de pelo oscuro, con grandes brazos y luenga barba. No puedo deciros mucho más, aunque eso tendría que bastaros. Algunos dicen que es un oso descendiente de los grandes y antiguos osos de las montañas, que vivían allí antes que llegasen los gigantes. Otros dicen que desciende de los primeros hombres que vivieron antes que Smaug o los otros dragones dominasen esta parte del mundo, y antes que los trasgos del Norte viniesen a las colinas. No puedo asegurarlo, pero creo que la última versión es la verdadera. A él no le gustan los interrogatorios.

»De todos modos no está bajo ningún encantamiento que no sea el propio. Vive en un robledal y tiene una gran casa de madera, y como hombre cría ganado y caballos casi tan maravillosos como él mismo. Trabajan para él y le hablan. No se los come; no caza ni come animales salvajes. Cría también colmenas, colmenas de abejas enormes y fieras, y se alimenta principalmente de crema y miel. Como oso viaja a todo lo largo y ancho.[5] Una vez, de noche, lo vi sentado solo sobre la Carroca mirando cómo la luna se hundía detrás de las Montañas Nubladas, y lo oí gruñir en la lengua de los osos: “¡Llegará el día en que perecerán, y entonces volveré!”. Por eso se me ocurre que vino de las montañas.

Bilbo y los enanos tenían ahora bastante en qué pensar y no hicieron más preguntas. Todavía les quedaba mucho camino por delante. Ladera arriba, valle abajo, avanzaban afanosamente. Hacía cada vez más calor. Algunas veces descansaban bajo los árboles, y entonces Bilbo se sentía tan hambriento que no habría desdeñado las bellotas, si estuviesen bastante maduras como para haber caído al suelo.

Ya mediaba la tarde cuando entraron en unas extensas zonas de flores, todas de la misma especie, y que crecían juntas, como plantadas. Sobre todo abundaba el trébol, unas ondulantes parcelas de tréboles rosados y purpúreos, y amplias extensiones de trébol dulce, blanco y pequeño, con olor a miel. Había un zumbido, y un murmullo y un runrún en el aire. Las abejas andaban atareadas de un lado para otro. ¡Y vaya abejas! Bilbo nunca había visto nada parecido.

«Si una llegase a picarme —se dijo— me hincharía hasta el doble de mi tamaño.»

Eran más corpulentas que avispones. Los zánganos, bastante más grandes que vuestros pulgares, llevaban bandas amarillas que brillaban como oro ardiente en el negro intenso de los cuerpos.

—Nos acercamos —dijo Gandalf—. Estamos en los lindes de los campos de abejas.

Al cabo de un rato llegaron a un terreno poblado de robles, altos y muy viejos, y luego a un crecido seto de espinos, que no dejaba ver nada, ni era posible atravesar.

—Es mejor que esperéis aquí —dijo el mago a los enanos—, y cuando grite o silbe, seguidme, pues ya veréis el camino que tomo, pero venid sólo en parejas, tenedlo en cuenta, unos cinco minutos entre cada pareja. Bombur es más grueso y valdrá por dos, mejor que venga solo y último. ¡Vamos, señor Bolsón! Hay una cancela por aquí cerca en alguna parte. —Y con eso se fue caminando a lo largo del seto, llevando consigo al hobbit aterrorizado.

Pronto llegaron a una cancela de madera, alta y ancha, y desde allí, a lo lejos, podían ver jardines y edificios de madera, algunos con techo de paja y paredes de leños informes: graneros, establos y una casa grande y de techo bajo, todo de madera. Dentro, al fondo del gran seto, había hileras e hileras de colmenas con cubiertas acampanadas de paja. El ruido de las abejas gigantes que volaban de un lado a otro y pululaban dentro y fuera, colmaba el aire.

El mago y el hobbit empujaron la cancela pesada y crujiente, y descendieron por un sendero ancho hacia la casa. Algunos caballos muy lustrosos y bien almohazados trotaban pradera arriba y los observaban con expresión inteligente; después fueron al galope hacia los edificios.

—Han ido a comunicarle la llegada de forasteros —dijo Gandalf.

Gandalf y Bilbo hablan con Beorn. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Pronto entraron en un patio, tres de cuyas paredes estaban formadas por la casa de madera y las dos largas alas. En medio había un grueso tronco de roble, con muchas ramas desmochadas al lado. Cerca, de pie, los esperaba un hombre enorme de barba espesa y pelinegro, con brazos y piernas desnudos, de músculos abultados. Vestía una túnica de lana que le caía hasta las rodillas, y se apoyaba en una gran hacha. Los caballos pegaban los morros al hombro del gigante.

—¡Uf! ¡Aquí están! —dijo a los caballos—. No parecen peligrosos. ¡Podéis iros! —Rio con una risa atronadora, bajó el hacha, y se adelantó. —¿Quiénes sois y qué queréis? —preguntó malhumorado, de pie delante de ellos y encumbrándose por encima de Gandalf; en cuanto a Bilbo, bien podía haber trotado por entre las piernas del hombre sin necesitar agachar la cabeza para no rozar el borde de la túnica marrón.

—Soy Gandalf —dijo el mago.

—Nunca he oído hablar de él —gruñó el hombre—. Y ¿qué es este pequeñajo? —dijo, y se inclinó y miró al hobbit frunciendo las cejas negras y espesas.

—Éste es el señor Bolsón, un hobbit de buena familia y reputación impecable —dijo Gandalf. Bilbo hizo una reverencia, no tenía sombrero que quitarse y se sentía molesto pensando que le faltaban algunos botones—. Yo soy un mago —continuó Gandalf—. He oído hablar de ti, aunque tú no de mí; pero quizá algo sepas de mi buen primo Radagast,[6] que vive cerca de la frontera meridional del Bosque Negro.

—Sí; no es un mal hombre, tal como andan hoy los magos, creo. Solía verlo con bastante frecuencia —dijo Beorn—. Bien, ahora sé quién eres, o quién dices que eres. ¿Qué deseas?

—Para serte sincero, hemos perdido el equipaje y casi el camino, y necesitamos ayuda, o al menos consejo. Diría que hemos pasado un rato bastante malo con los trasgos, allá en las montañas.

—¿Trasgos? —dijo el hombrón menos malhumorado—. Ajá, ¿así que habéis tenido problemas con *ellos*? ¿Para qué os acercasteis a esos trasgos?

—No pretendíamos hacerlo. Nos sorprendieron de noche en un paso por el que teníamos que cruzar. Estábamos saliendo de los territorios del Oeste, y llegando aquí… Es una larga historia.

—Entonces será mejor que entréis y me contéis algo de eso, si no os lleva todo el

día —dijo el hombre, volviéndose hacia una puerta oscura que daba al patio y al interior de la casa.

Siguiéndolo, se encontraron en una sala espaciosa con una chimenea en el medio. [7] Aunque era verano había troncos quemándose, y el humo se elevaba hasta las vigas ennegrecidas y salía a través de una abertura en el techo.

Cruzaron esta sala mortecina, sólo iluminada por el fuego y el orificio de arriba, y entraron por otra puerta más pequeña en una especie de veranda sostenida por unos postes de madera que eran simples troncos de árbol. Estaba orientada al sur, y todavía se sentía el calor y la luz del sol poniente que se deslizaba dentro y caía en destellos dorados sobre el jardín florecido, que llegaba al pie de los escalones. Allí se sentaron en bancos de madera mientras Gandalf comenzaba la historia. Bilbo balanceaba las piernas colgantes y contemplaba las flores del jardín, preguntándose qué nombres tendrían; nunca había visto antes ni la mitad de ellas.

—Venía yo por las montañas con un amigo o dos… —dijo el mago.

—¿O dos? Sólo puedo ver uno, y en verdad bastante pequeño —dijo Beorn.

—Bien, para serte sincero, no quería molestarte con todos nosotros hasta averiguar si estabas ocupado. Haré una llamada, si me permites.

—¡Vamos, llama!

De modo que Gandalf dio un largo y penetrante silbido, y al momento aparecieron Thorin y Dori rodeando la casa por el sendero del jardín. Al llegar saludaron con una reverencia.

—¡Uno o tres querías decir, ya veo! —dijo Beorn—, pero éstos no son hobbits, ¡son enanos!

—¡Thorin Escudo de Roble, a vuestro servicio! ¡Dori, a vuestro servicio! —dijeron los dos enanos volviendo a hacer grandes reverencias.

—No necesito vuestro servicio, gracias —dijo Beorn—, pero espero que vosotros necesitéis el mío. No soy muy aficionado a los enanos; pero si es verdad que eres Thorin (hijo de Thrain, hijo de Thror, creo), y que tu compañero es respetable, y que sois enemigos de los trasgos y que no habéis venido a mis tierras con fines malvados… por cierto, ¿a qué habéis venido?

—Están en camino para visitar la tierra de sus padres, allá al Este, cruzando el Bosque Negro —explicó Gandalf—, y sólo por mero accidente nos encontramos aquí, en tus tierras. Atravesábamos el Desfiladero Alto que podría habernos llevado al camino del sur, cuando fuimos atacados por unos trasgos malvados… como estaba a punto de decirte.

—¡Sigue contando, entonces! —dijo Beorn, que nunca era muy cortés.

—Hubo una terrible tormenta; los gigantes de piedra estaban fuera lanzando rocas, y al final del desfiladero nos refugiamos en una cueva, el hobbit, yo y varios de nuestros compañeros…

—¿Llamas varios a dos?

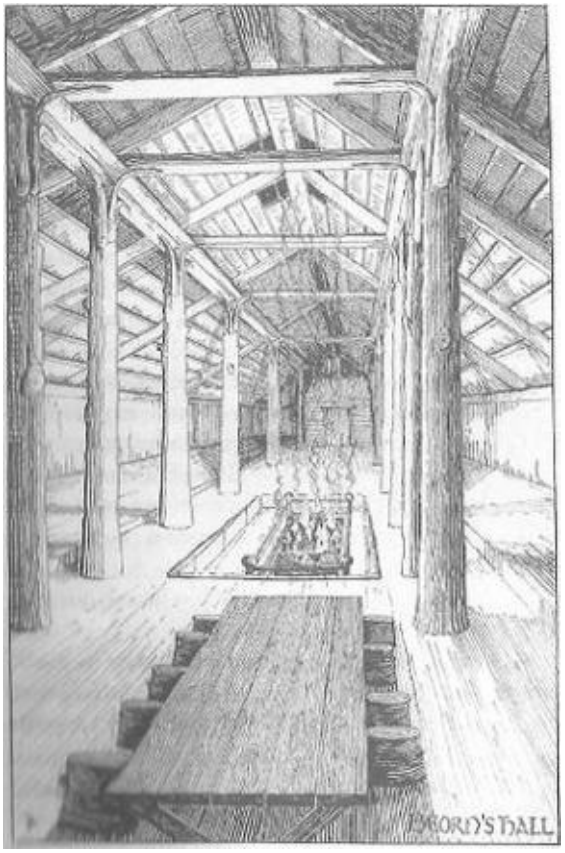
—Bien, no. En realidad había más de dos.

—¿Dónde están? ¿Muertos, devorados, de vuelta en casa?

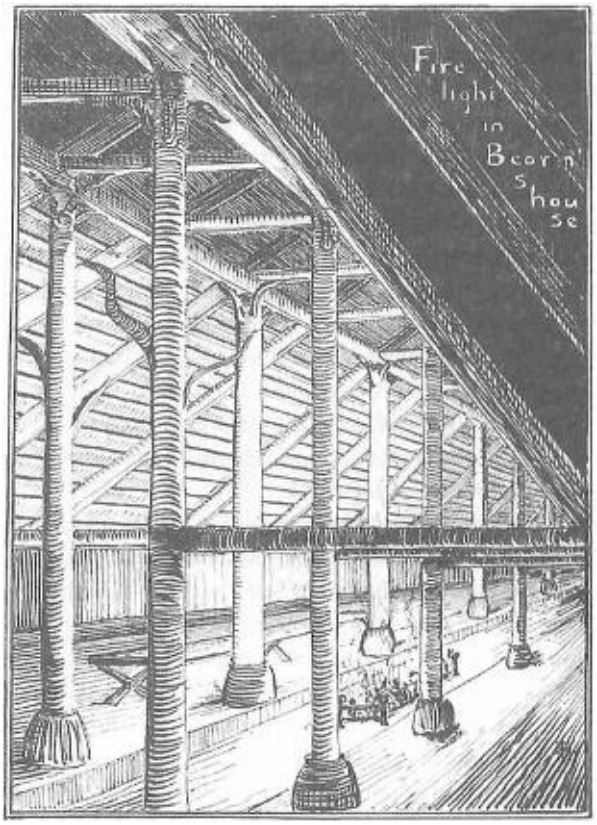
—Bien, no. Parece que no vinieron todos cuando silbé. Tímidos, supongo. ¿Ves?, me temo que seamos demasiados para hacerte perder el tiempo.

—Vamos, ¡silba otra vez! Parece que reuniré aquí todo un grupo, y uno o dos no hacen mucha diferencia —refunfuñó Beorn.

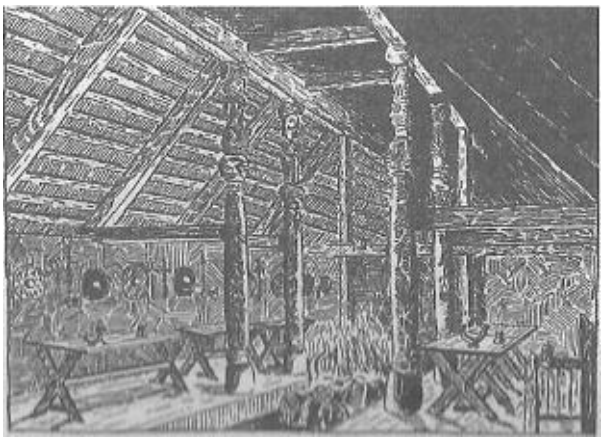
Gandalf silbó de nuevo; pero Nori y Ori estaban allí antes de que hubiese dejado de llamar, porque, si lo recordáis, Gandalf les había dicho que viniesen por parejas de cinco en cinco minutos.



Estancia de Beorn de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en El Hobbit desde 1937. Esta ilustración se encuentra en *Artista* (n.º 116) y en *Pinturas* (n.º 10, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Riddet fue publicada en el Calendario 1976 (1975) y en *Pinturas* (n.º 10, derecha).



Luz de fuego en casa de Beorn de J. R. R. Tolkien (izquierda), una versión más antigua con una perspectiva desde otro ángulo, que también aparece en *Artista* (n.º 114), comparte la perspectiva de un dibujo del interior de una sala nórdica en *An Introduction to Old Norse [Una introducción al noruego antiguo]* (1927) de E. V. Gordon. Gordon (1896-1938) fue un estudiante de Tolkien que en Leeds se convirtió en su colega e íntimo amigo. Colaboraron en la edición de 1925 del poema en inglés medio *Sir Gawain y el Caballero Verde* y trabajaron juntos en otros proyectos hasta la repentina muerte de Gordon a los cuarenta y dos años. Para más información sobre Gordon véase mi ensayo «"An Industrious Little Devil": E. V. Gordon as Friend and Collaborator with Tolkien» ["Un hábil pequeño diablo": E. V. Gordon como amigo y colaborador de Tolkien»] en *Tolkien the Medievalist [Tolkien medievalista]* (2002), editado por Jane Chance.



La ilustración (izquierda) del libro de Gordon es anónima, pero es una copia de otra que aparece en numerosas fuentes, incluidas *Die Altergermanische Dichtung [La poesía germánica antigua]* (1924) de Andreas Heusler, *Nordisches Geisteleben in Heidnischer und Frühchristlicher Zeit [La vida espiritual en el Norte en tiempos paganos y de la primera cristianización]* (1908) de Axel Olrik y algunas traducciones de *Beowulf*. El origen es el ensayo *Den Islanske Bolig i Fristatstiden* (1894) de Valtír Guðmundsson, publicado como un pequeño folleto. Este ensayo incluye una ilustración datada en 1894 obra del pintor E. Rondahl según un modelo que se podía encontrar en el Museo Nacional de Copenhague. El modelo fue construido en 1892 y exhibido en la Exposición Colombina en España. Representaba una sala islandesa completamente equipada de alrededor del año 1000, mostrando los asientos principales cerca del fuego, las mesas con cuernos para beber y un suelo inferior de arcilla.

—Hola —dijo Beorn—. Habéis venido muy rápido. ¿Dónde estabais escondidos? Acercaos, muñecos de resorte.

—Nori, a vuestro servicio. Ori, a… —empezaron a decir los enanos, pero Beorn los interrumpió.

—¡Gracias! Cuando necesite vuestra ayuda, os la pediré. Sentaos, y sigamos con la historia o será hora de cenar antes que acabe.

—Tan pronto como estuvimos dormidos —continuó Gandalf—, una grieta se abrió en el fondo de la caverna; unos trasgos saltaron y capturaron al hobbit, a los enanos y nuestra recua de poneys…

—¿Recua de poneys? ¿Qué erais… un circo ambulante? ¿O transportabais montones de mercancías? ¿O siempre llamáis recua a seis?

—¡Oh, no! En realidad había más de seis poneys, pues éramos más de seis… y bien ¡aquí hay dos más! —Justo en este momento aparecieron Balin y Dwalin, y se inclinaron tanto que barrieron con las barbas el piso de piedra. El hombrón frunció el entrecejo al principio, pero los enanos se esforzaron en parecer terriblemente corteses, y siguieron moviendo la cabeza, inclinándose, haciendo reverencias y agitando los capuchones delante de las rodillas (al auténtico estilo enano) hasta que Beorn no pudo más y estalló en una risa sofocada: ¡parecían tan cómicos!

—Recua, era lo correcto —dijo—. Una fabulosa recua de cómicos. Entrad, mis alegres hombrecitos, ¿y cuáles son *vuestros* nombres? No necesito que me sirváis ahora mismo, sólo vuestros nombres. ¡Sentaos de una vez y dejad de menearos!

—Balin y Dwalin —dijeron, no atreviéndose a mostrarse ofendidos, y se sentaron dejándose caer pesadamente al suelo, un tanto estupefactos.

—¡Ahora continuemos! —dijo Beorn a Gandalf.

—¿Dónde estaba? Ah sí… A mí *no* me atraparon. Maté un trasgo o dos con un relámpago…

—¡Bien! —gruñó Beorn—. De algo vale ser mago entonces.

—… y me deslicé por la grieta antes que se cerrase. Seguí bajando hasta la sala principal, que estaba atestada de trasgos. El Gran Trasgo se encontraba allí con treinta o cuarenta guardias. Pensé para mí que aunque no estuviesen encadenados todos juntos, ¿qué podía hacer una docena contra toda una multitud?

—¡Una docena! Nunca había oído que ocho es una docena. ¿O es que todavía tienes más muñecos de resorte que no han salido de sus cajas?

—Bien, sí, me parece que hay una pareja más por aquí cerca… Fili y Kili, creo —dijo Gandalf cuando éstos aparecieron sonriendo y haciendo reverencias.

—¡Es suficiente! —dijo Beorn—. ¡Sentaos y estaos quietos! ¡Prosigue, Gandalf!

Gandalf siguió con su historia, hasta que llegó a la pelea en la oscuridad, el descubrimiento de la puerta más baja y el pánico que sintieron todos al advertir que el señor Bilbo Bolsón no estaba con ellos.

—Nos contamos y vimos que no había allí ningún hobbit. ¡Sólo quedábamos catorce!

—¡Catorce! Esta es la primera vez que si a diez le quitas uno quedan catorce. Quieres decir nueve, o aún no me has dicho todos los nombres de tu grupo.

—Bien, desde luego todavía no has visto a Oin y a Gloin. ¡Y mira! Aquí están. Espero que los perdonarás por molestarte.

—¡Oh, deja que vengan todos! ¡Daos prisa! Acercaos vosotros dos y sentaos. Pero mira, Gandalf, aún ahora estáis sólo tú y los enanos y el hobbit que se había perdido. Eso suma sólo once (más uno perdido), no catorce, a menos que los magos no cuenten como los demás. Pero ahora, por favor, sigue con la historia. —Beorn trató de disimularlo, pero en verdad la historia había empezado a interesarle, pues en otros tiempos había conocido esa parte de las montañas que Gandalf describía ahora. Movió la cabeza y gruñó cuando oyó hablar de la reaparición del hobbit, de cómo tuvieron que gatear por el sendero de piedra y del círculo de lobos entre los árboles.

Cuando Gandalf contó cómo treparon a los árboles con todos los lobos debajo, Beorn se levantó, dio unas zancadas y murmuró: —¡Ojalá hubiese estado allí! ¡Les hubiese dado algo más que fuegos artificiales!

—Bien —dijo Gandalf, muy contento al ver que su historia estaba causando buena impresión—, hice todo lo que pude. Allí estábamos, con los lobos volviéndose locos debajo de nosotros, y el bosque empezando a arder por todas partes, cuando bajaron los trasgos de las colinas y nos descubrieron. Daban alaridos de placer y cantaban canciones burlándose de nosotros. *Quince pájaros en cinco abetos*…

—¡Cielos! —gruñó Beorn—. No me vengáis ahora conque los trasgos no pueden contar. Pueden. Doce no son quince, y ellos lo saben.

—Y yo también. Estaban además Bifur y Bofur. No me he aventurado a presentarlos antes, pero aquí los tienes.

Adentro pasaron Bifur y Bofur. —¡Y yo! —gritó el gordo Bombur jadeando detrás, enfadado por haber quedado último.

Se negó a esperar cinco minutos, y había venido detrás de los otros dos.

—Bien, ahora aquí *están*, los quince; y ya que los trasgos saben contar, imagino que eso es todo lo que había allí arriba en los árboles. Ahora quizá podamos acabar la historia sin más interrupciones.

El señor Bolsón comprendió entonces qué astuto había sido Gandalf. Las interrupciones habían conseguido que Beorn se interesase más en la historia, y esto había impedido que expulsase enseguida a los enanos como mendigos sospechosos.[8] Nunca invitaba gente a su casa, si podía evitarlo. Tenía muy pocos amigos y vivían bastante lejos; y nunca invitaba a más de dos a la vez. ¡Y ahora tenía quince extraños sentados en el porche!

Cuando el mago concluía su relato, y mientras contaba el rescate de las águilas y de cómo los habían llevado a la Carroca, el sol ya se ocultaba detrás de las Montañas Nubladas y las sombras se alargaban en el jardín de Beorn:

—Un relato muy bueno —dijo—. El mejor que he oído desde hace mucho tiempo. Si todos los pordioseros pudiesen contar uno tan bueno, llegaría a parecerles

más amable. Es posible, claro, que lo hayáis inventado todo, pero aun así merecéis una cena por la historia. ¡Vamos a comer algo!

—¡Sí, por favor! —exclamaron todos juntos—. ¡Muchas gracias!

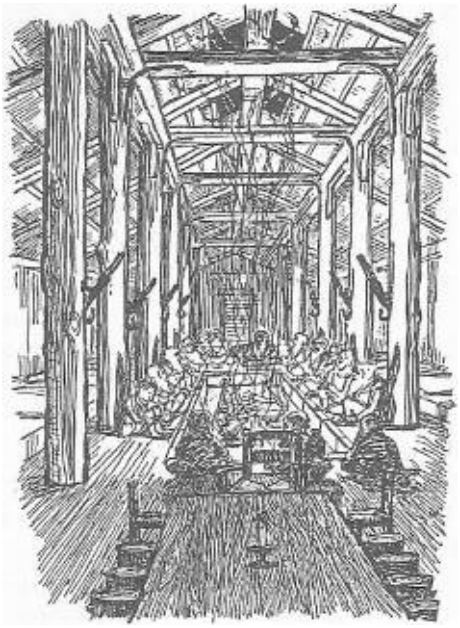
La sala era (ahora) bastante oscura. Beorn batió las manos, y entraron trotando cuatro hermosos poneys blancos y varios perros grandes de cuerpo largo y pelambre gris. Beorn les dijo algo en una lengua extraña, que parecía sonidos de animales transformados en conversación. Volvieron a salir y pronto regresaron con antorchas en la boca, y enseguida las encendieron en el fuego y las colgaron en los soportes de los pilares, cerca de la chimenea central. Los perros podían sostenerse a voluntad sobre los cuartos traseros, y transportaban cosas con las patas delanteras. Con gran diligencia sacaban tablas y caballetes de las paredes laterales y las amontonaban cerca del fuego.

Los animales sirvientes. Ilustración de Horus Engels para la edición alemana de 1957. Engels esperaba ilustrar *El Hobbit* en una fecha tan temprana como mediada la década de 1940. El 1 de noviembre de 1946 envió una carta a Tolkien ilustrada con imágenes en color de los trolls, Gollum y Gandalf. El original está expuesto en el Departamento de Colecciones Especiales de la Marquette University, Milwaukee, Wisconsin. El 7 de diciembre de 1946, Tolkien escribió a su editor británico, Sir Stanley Unwin: «Sigo recibiendo cartas del pobre Horus Engels sobre la traducción alemana. Me ha enviado algunas ilustraciones (de los trolls y de Gollum) que, a pesar de ciertos méritos como lo que podría esperarse de un alemán, son, me temo, demasiado “disneyanos” para mi gusto: Bilbo, con la nariz goteante, y Gandalf, una figura de vulgar comicidad en lugar del caminante odínico que yo concibo…» (*Cartas*, n.º 107).
Se conoce muy poco de Engels. En 1946 vivía en Wolfsburg (Alemania). De 1951 a 1963 ilustró siete libros, generalmente de autores alemanes (incluyendo uno de Walter Scherf, el traductor de *El Hobbit*), y una traducción de *The Rolling Season* (1963) de William Mayne.
Su obra a color es más expresiva e interesante que su trabajo en blanco y negro, y es una pena que sus ilustraciones para *El Hobbit* sean sólo de este último tipo. Dos ilustraciones más de Engels se pueden ver en las páginas 227 y 236.

Los animales sirvientes de Beorn. Ilustración de Klaus Ensikat para la edición alemana de 1971.

Luego se oyó un ¡beee!, y entraron unas ovejas blancas como la nieve precedidas por un carnero negro como el carbón. Una llevaba un paño bordado en los bordes con figuras de animales; otras sostenían sobre los lomos bandejas con cuencos, fuentes, cuchillos y cucharas de madera, que los perros cogían y dejaban rápidamente sobre las mesas de caballete. Éstas eran muy bajas, tanto que Bilbo podía sentarse con comodidad. Junto a él, un poney empujaba dos bancos de asientos bajos y corredizos, con patas pequeñas, gruesas y cortas, para Gandalf y Thorin, mientras que al otro extremo ponían la gran silla negra de Beorn, del mismo estilo (en la que se sentaba con las enormes piernas estiradas bajo la mesa). Éstas eran todas las sillas que tenía en la sala, y quizá tan bajas como las mesas para conveniencia de los maravillosos animales que le servían. ¿En dónde se sentaban los demás? No los había olvidado. Los otros poneys entraron haciendo rodar unas secciones cónicas de troncos alisadas y pulidas, y bajas aún para Bilbo; y muy pronto todos estuvieron sentados a la mesa de Beorn. La sala no había visto una reunión semejante desde hacía muchos años.

Allí merendaron, o cenaron, como no lo habían hecho desde que dejaron la Última Morada en el Oeste y dijeron adiós a Elrond. La luz de las antorchas y el fuego titilaban alrededor, y sobre la mesa había dos velas altas de cera roja de abeja. Todo el tiempo mientras comían, Beorn, con una voz profunda y atronadora, contaba historias de las tierras salvajes de aquel lado de la montaña, y especialmente del oscuro y peligroso bosque que se extendía ante ellos de norte a sur, a un día de cabalgata, cerrando su camino hacia el Este: el terrible bosque denominado el Bosque Negro.



La sala de Beorn. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

Los enanos escuchaban y se mesaban las barbas, pues pronto tendrían que aventurarse en ese bosque, y después de las montañas el bosque era el peor de los peligros, antes de llegar a la fortaleza del dragón. Cuando la cena terminó, se pusieron a contar historias de su propia cosecha, pero Beorn parecía bastante amodorrado y no ponía mucha atención. Hablaban sobre todo de oro, plata y joyas, y de trabajos de orfebrería, y a Beorn no le interesaban esas cosas: no había nada ni de oro ni de plata en la sala, y pocos objetos, excepto los cuchillos, eran de metal.

Estuvieron largo rato de sobremesa bebiendo hidromiel[9] en cuencos de madera. Fuera se extendía la noche oscura: Los fuegos en medio de la sala eran alimentados con nuevos leños; las antorchas se apagaron, y se sentaron tranquilos a la luz de las llamas danzantes, con los pilares de la casa altos a sus espaldas, y oscuros, como copas de árboles, en la parte superior. Fuese magia o no, a Bilbo le pareció oír un sonido como de viento sobre las ramas, que golpeaban el techo, y el ulular de unos tubos. Al poco rato empezó a cabecear, y las voces parecían venir de muy lejos, hasta que despertó con un sobresalto.

La gran puerta había rechinado y enseguida se cerró de golpe. Beorn había salido. Los enanos estaban aún sentados en el suelo, alrededor del fuego, con las piernas cruzadas. De pronto se pusieron a cantar. Algunos de los versos eran como éstos, aunque hubo muchos y el canto siguió durante largo rato:

El viento soplaba en el brezal agostado,
pero no se movía una hoja en el bosque;
criaturas oscuras reptaban en silencio,
y allí estaban las sombras día y noche.

El viento bajaba de las montañas frías,
y como una marea rugía, y rodaba,

la rama crujía el bosque gemía
y allí se amontonaba la hojarasca.

El viento resoplaba viniendo del oeste,
y todo movimiento terminó en la floresta,
pero ásperas y roncas cruzando los pantanos,
las voces sibilantes al fin se liberaron.

Las hierbas sisearon con las flores dobladas;
los juncos golpetearon. El viento avanzaba
sobre un estanque trémulo bajo cielos helados,
rasgando y dispersando las nubes rápidas.

Pasando por encima del cubil del Dragón,
dejó atrás la Montaña solitaria y desnuda;
había allí unas piedras oscuras y compactas,
y en el aire flotaba una bruma.

El mundo abandonó, y se elevó volando
sobre una noche amplia de mareas.
La luna navegó sobre el viento
y avivó el resplandor de las estrellas.

Bilbo cabeceó de nuevo. De pronto, Gandalf se puso de pie.

—Es hora de dormir —dijo—, para nosotros, aunque no creo que para Beorn. En esta sala podemos descansar seguros, pero os aconsejo que no olvidéis lo que Beorn dijo antes de irse: no os paseéis por afuera hasta que el sol esté alto, pues sería peligroso.

Bilbo descubrió que habían puesto unas camas a un lado de la sala, sobre una especie de plataforma entre los pilares y la pared exterior. Para él había un pequeño edredón de paja y unas mantas de lana. Se metió entre las mantas muy complacido, como si se tratara de un día de verano. El fuego ardía bajo cuando al fin se durmió. Sin embargo, despertó por la noche: el fuego era ahora sólo unas pocas ascuas; los enanos y Gandalf respiraban tranquilos, y parecía que dormían; la luna alta proyectaba en el suelo una luz blanquecina, que entraba por el agujero del tejado. Se oyó un gruñido fuera, y el ruido de un animal que se restregaba contra la puerta. Bilbo se preguntaba qué sería, y si podría ser Beorn en forma encantada, y si entraría como un oso para matarlos. Se hundió bajo las mantas y escondió la cabeza, y de nuevo se quedó dormido, aún a pesar de todos sus miedos.

Era ya avanzada la mañana cuando despertó. Uno de los enanos se había caído

encima de él en las sombras, y había rodado desde la plataforma al suelo con un fuerte topetazo. Era Bofur, quien se quejaba cuando Bilbo abrió los ojos.

—Levántate, gandul —le dijo Bofur—, o no habrá ningún desayuno para ti.

Bilbo se puso en pie de un salto.

—¡Desayuno! —gritó—. ¿Dónde está el desayuno?

—La mayor parte dentro de nosotros —respondieron los otros enanos que se paseaban por la sala—, y el resto en la veranda. Hemos estado buscando a Beorn desde que amaneció, pero no hay señales de él por ninguna parte, aunque encontramos el desayuno servido tan pronto como salimos.

—¿Dónde está Gandalf? —preguntó Bilbo partiendo a toda prisa en busca de algo que comer.

—Bien —le dijeron—, fuera quizá, por algún lado. —Pero Bilbo no vio rastro del mago en todo el día hasta entrada la tarde. Poco antes de la puesta del sol, Gandalf entró en la sala, donde el hobbit y los enanos, bien atendidos por los magníficos animales de Beorn, se encontraban cenando, como habían estado haciendo a lo largo del día. De Beorn no habían visto ni sabido nada desde la noche anterior, y empezaban a inquietarse.

—¿Dónde está nuestro anfitrión, y dónde has pasado el día? —gritaron todos.

—¡Una pregunta por vez, y no hasta después de haber comido! No he probado bocado desde el desayuno.

Al fin Gandalf apartó el plato y la jarra (se había comido dos hogazas de pan enteras, con abundancia de mantequilla, miel y crema cuajada, y había bebido por lo menos un cuarto de galón de hidromiel) y sacó la pipa.

—Primero responderé a la segunda pregunta —dijo—; pero ¡caramba! ¡Éste es un sitio estupendo para echar anillos de humo!

Y durante un buen rato no pudieron sacarle nada más, ocupado como estaba en lanzar anillos de humo, que desaparecían entre los pilares de la sala, cambiando las formas y los colores, y haciéndolos salir por el agujero del tejado. Desde fuera estos anillos tenían que parecer muy extraños, deslizándose en el aire uno tras otro, verdes, azules, rojos, plateados, amarillos, blancos, grandes, pequeños, los pequeños metiéndose entre los grandes y formando así figuras en forma de ocho, y perdiéndose en la distancia como bandadas de pájaros.

—Estuve siguiendo huellas de oso —dijo por fin—. Una reunión regular de osos tiene que haberse celebrado ahí fuera durante la noche. Pronto me di cuenta de que las huellas no podían ser todas de Beorn; había demasiadas, y de diferentes tamaños. Me atrevería a decir que eran osos pequeños, osos grandes, osos normales y enormes osos gigantes, todos danzando fuera, desde el anochecer hasta casi el amanecer. Vinieron de todas direcciones, excepto del lado oeste, más allá del río, de las Montañas. Hacia allí sólo iba un rastro de pisadas… ninguna venía, todas se alejaban desde aquí. Las seguí hasta la Carroca. Luego desaparecieron en el río, que era demasiado profundo y caudaloso para intentar cruzarlo. Es bastante fácil, como

recordaréis, ir desde esta orilla hasta la Carroca por el vado, pero al otro lado hay un precipicio donde el agua desciende en remolinos. Tuve que andar millas antes de encontrar un lugar donde el río fuese bastante ancho y poco profundo como para poder vadearlo y nadar, y después millas atrás, otra vez buscando las huellas. Para cuando llegué, era ya demasiado tarde para seguirlas. Iban directamente hacia los pinares al este de las Montañas Nubladas, donde anteanoche tuvimos un grato encuentro con los wargos. Y ahora creo que he respondido además a vuestra primera pregunta —concluyó Gandalf, y se sentó largo rato en silencio.

Bilbo pensó que sabía lo que el mago quería decir.

—¿Qué haremos —gritó— si atrae hasta aquí a todos los wargos y trasgos? ¡Nos atraparán a todos y nos matarán! Creí que habías dicho que no era amigo de ellos.

—Sí, lo dije. ¡Y no seas estúpido! Sería mejor que te fueses a la cama. Se te ha embotado el juicio.

El hobbit se quedó bastante aplastado, y como no parecía haber otra cosa que hacer, se fue realmente a la cama; mientras los enanos seguían cantando se durmió otra vez, devanándose todavía la cabecita a propósito de Beorn, hasta que soñó con cientos de osos negros que danzaban en círculos lentos y graves, fuera en el patio a la luz de la luna. Entonces despertó, cuando todo el mundo estaba dormido, y oyó los mismos rasguños, gangueos, pisadas y gruñidos de antes.

A la mañana siguiente, el propio Beorn los despertó a todos. —Así que todavía seguís aquí —dijo; alzó al hobbit y se rio—. Por lo que veo aún no te han devorado los wargos y los trasgos o los malvados osos —y apretó el dedo contra el chaleco del señor Bolsón sin ninguna cortesía—. El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable con la ayuda de pan y miel. —Rio entre dientes—. ¡Ven y toma algo más!

Así que todos se fueron a desayunar. Beorn parecía cambiado y bien dispuesto; y en verdad estaba de muy buen humor e hizo que todos se rieran con sus divertidas historias; no tuvieron que preguntarse por mucho tiempo dónde había estado o por qué era tan amable con ellos, pues él mismo lo explicó. Había ido al otro lado del río adentrándose en las montañas —de lo cual podéis deducir que podía trasladarse a gran velocidad, en forma de oso, desde luego—. Al fin llegó al claro quemado de los lobos, y así descubrió que esa parte de la historia era cierta; pero aún encontró algo más: había capturado a un wargo y a un trasgo que vagaban por el bosque, y les había sacado algunas noticias: las patrullas de los wargos buscaban aún a los enanos junto con los trasgos horriblemente enfadados a causa de la muerte del Gran Trasgo, y porque le habían quemado la nariz al jefe lobo y el fuego del mago había dado muerte a muchos de los principales sirvientes. Todo esto se lo dijeron cuando los obligó a hablar, pero adivinó que se tramaba algo todavía peor, y que el grueso del ejército de los trasgos y los lobos podía irrumpir pronto en las tierras ensombrecidas por las montañas, en busca de los enanos, o tomar venganza sobre los hombres y criaturas que allí vivían y que quizá estaban encubriéndolos.

—Era una buena historia la vuestra —dijo Beorn—, pero ahora que sé que es cierta, me gusta todavía más. Tenéis que perdonarme por no haberos creído. Si vivieseis cerca de los lindes del Bosque Negro, no creeríais a nadie que no conocieseis tan bien como a vuestro propio hermano, o mejor. Como veis, únicamente puedo deciros que me he dado prisa en regresar para ver si estabais a salvo y ofreceros mi ayuda. Tendré en mejor opinión a los enanos después de este asunto. ¡Dieron muerte al Gran Trasgo, dieron muerte al Gran Trasgo! —se rio ferozmente entre dientes.

—¿Qué habéis hecho con el trasgo y con el wargo? —preguntó Bilbo de repente.

—¡Venid y lo veréis! —dijo Beorn y dieron la vuelta a la casa. Una cabeza de trasgo asomaba empalada detrás de la cancela, y un poco más allá se veía una piel de wargo clavada en un árbol. Beorn era un enemigo feroz. Pero ahora era amigo de ellos, y Gandalf creyó conveniente contarle la historia completa y la razón del viaje, para obtener así toda la ayuda posible.

Esto fue lo que Beorn les prometió. Les conseguiría poneys, para cada uno, y a Gandalf un caballo, para el viaje hasta el bosque, y les daría comida suficiente para varias semanas si la administraban con cuidado; y luego puso todo en paquetes fáciles de llevar: nueces, harina, tarros de frutos secos herméticamente cerrados y potes de barro rojo llenos de miel, y bizcochos horneados dos veces para que se conservasen bien mucho tiempo; un poco de estos bizcochos bastaba para una larga jornada. La receta era uno de sus secretos, pero tenían miel, como casi todas las comidas de Beorn, y un sabor agradable, aunque dejaban la boca bastante seca. Dijo que no necesitarían llevar agua por aquel lado del bosque, pues había arroyos y manantiales a todo lo largo del camino. —Pero el camino que cruza el Bosque Negro es oscuro, peligroso y arduo[10] —dijo—. No es fácil encontrar agua allá, ni comida. No es todavía tiempo de nueces (aunque en realidad quizá ya haya pasado cuando lleguéis al otro extremo), y las nueces son lo único que se puede comer en esos sitios; las cosas silvestres son allí oscuras, extrañas y salvajes. Os daré odres para el agua, y algunos arcos y flechas. Pero no creo que haya nada en el Bosque Negro que sea bueno para comer o beber. Sé que hay un arroyo, negro y caudaloso, que cruza el sendero. No bebáis ni os bañéis en él, pues he oído decir que produce encantamientos, somnolencia y pérdida de la memoria. Y entre las tenebrosas sombras del lugar no me parece que podáis cazar algo que sea comestible o no comestible, sin extraviaros. Esto tenéis que evitarlo en cualquier circunstancia.

»No tengo otro consejo para vosotros. Más allá del linde del bosque, no puedo ayudaros mucho; tendréis que depender de la suerte, de vuestro valor y de la comida que os doy. He de pediros que en la cancela del bosque me mandéis de vuelta al caballo y los poneys. Pero os deseo que podáis marchar de prisa, y mi casa estará abierta siempre para vosotros si alguna vez volvéis por este camino.

Le dieron las gracias, por supuesto, con muchas reverencias y movimientos de los capuchones, y con muchos: —A vuestro servicio, ¡oh amo de los amplios salones de madera! —Pero las graves palabras de Beorn los habían desanimado, y todos sintieron que la aventura era mucho más peligrosa de lo que habían pensado antes, ya que de cualquier modo, aunque pasasen todos los peligros del camino, el dragón estaría esperando al final.

Toda la mañana estuvieron ocupados con los preparativos. Poco antes del mediodía comieron con Beorn por última vez, y después del almuerzo montaron en los caballos que él les prestó, y despidiéndose una y mil veces, cabalgaron a buen trote dejando atrás la cancela.

Tan pronto como se alejaron de los setos altos al este de las tierras cercadas, se encaminaron al norte y luego al noroeste. Siguiendo el consejo de Beorn no marcharon hacia el camino principal del bosque, al sur de aquellas tierras. Si hubiesen ido por el desfiladero, una senda los habría llevado hasta un arroyo que bajaba de las montañas y se unía al Río Grande, algunas millas al sur de la Carroca. En ese lugar había un vado profundo que podrían haber cruzado, si hubiesen tenido los poneys, y más allá otra senda llevaba a los bordes del bosque y a la entrada del antiguo camino de la floresta. Pero Beorn les había advertido que aquel camino era ahora frecuentado por los trasgos, mientras que el verdadero camino del bosque, según había oído decir, estaba cubierto de maleza, y abandonado por el extremo oriental, y llevaba además a pantanos impenetrables, donde los senderos se habían perdido hacía mucho tiempo. El paso por el este siempre había quedado demasiado al sur de la Montaña Solitaria, y desde allí, cuando alcanzaran al otro lado, les hubiera esperado aún una marcha larga y dificultosa hacia el norte. Al norte de la Carroca, los lindes del Bosque Negro estaban más cerca de las orillas del Río Grande, y aunque las montañas se alzaban también no muy lejos, Beorn les aconsejó que tomaran este camino, pues a unos pocos días de cabalgata al norte de la Carroca había un sendero poco conocido que atravesaba el Bosque Negro y llevaba casi directamente a la Montaña Solitaria.

—Los trasgos —había dicho Beorn— no se atreverán a cruzar el Río Grande en unas cien millas al norte de la Carroca, ni tampoco a acercarse a mi casa; ¡está bien protegida por las noches! Pero yo cabalgaría deprisa, porque si ellos emprenden esa aventura, pronto cruzarán el río por el sur y recorrerán todo el linde del bosque con el fin de cortaros el paso, y los wargos corren más que los poneys. En verdad estaríais a salvo yendo hacia el norte, aunque parezca que así volvéis a las fortalezas; pues eso sería lo que ellos menos esperarían, y tendrían que cabalgar mucho más para alcanzaros. ¡Partid ahora tan rápido como podáis!

Eso era por lo que cabalgaban en silencio, galopando por donde el terreno estaba cubierto de hierba y era llano, con las tenebrosas montañas a la izquierda, y a lo lejos

la línea del río con árboles cada vez más próximos. El sol acababa de girar hacia el oeste cuando partieron, y hasta el atardecer cayó en rayos dorados sobre la tierra de alrededor. Era difícil pensar que unos trasgos los perseguían, y cuando hubo muchas millas entre ellos y la casa de Beorn, se pusieron a charlar y a cantar otra vez, y así olvidaron el oscuro sendero del bosque que tenían delante. Pero al atardecer, cuando cayeron las sombras y los picos de las montañas resplandecieron a la luz del sol poniente, acamparon y montaron guardia, y la mayoría durmió inquieta, con sueños en los que se oían aullidos de lobos que cazaban y alaridos de trasgos.

Con todo, la mañana siguiente amaneció otra vez clara y hermosa. Había una neblina blanca y otoñal sobre el suelo, y el aire era helado, pero pronto el sol rojizo se levantó por el este y las neblinas desaparecieron, y cuando las sombras eran todavía largas, reemprendieron la marcha. Así que cabalgaron durante dos días más, y en todo este tiempo no vieron nada excepto hierba, flores, pájaros y árboles diseminados, y de vez en cuando pequeñas manadas de venados rojos que pacían o estaban echados a la sombra. Alguna vez Bilbo vio cuernos de ciervos que asomaban por entre la larga hierba, y al principio creyó que eran ramas de árboles muertos. En la tercera tarde estaban decididos a marchar durante horas, pues Beorn les había dicho que tenían que alcanzar la entrada del bosque temprano al cuarto día, y cabalgaron bastante tiempo después del anochecer, bajo la luna. Cuando la luz iba desvaneciéndose, Bilbo pensó que a lo lejos, a la derecha o a la izquierda, veía la ensombrecida figura de un gran oso que marchaba en la misma dirección. Pero si se atrevía a mencionárselo a Gandalf, el mago sólo decía: —¡Silencio! Haz como si no lo vieses.

Al día siguiente partieron antes del amanecer, aunque la noche había sido corta. Tan pronto como se hizo de día pudieron ver el bosque, y parecía que viniese a reunirse con ellos, o que los esperara como un muro negro y amenazador. El terreno empezó a ascender, y el hobbit se dijo que un silencio distinto pesaba ahora sobre ellos. Los pájaros apenas cantaban. No había venados, ni siquiera los conejos se dejaban ver. Por la tarde habían alcanzado los límites del Bosque Negro, y descansaron casi bajo las ramas enormes que colgaban de los primeros árboles. Los troncos eran nudosos, las ramas retorcidas, las hojas oscuras y largas. La hiedra crecía sobre ellos y se arrastraba por el suelo.

—¡Bien, aquí tenemos el Bosque Negro! —dijo Gandalf—. El bosque más grande del mundo septentrional. Espero que os agrade. Ahora tenéis que enviar de vuelta estos poneys excelentes que os han prestado.

Los enanos quisieron quejarse, pero el mago les dijo que eran unos tontos. —Beorn no está tan lejos como vosotros pensáis, y de cualquier modo será mucho mejor que mantengáis vuestras promesas, pues él es un mal enemigo. Los ojos del señor Bolsón son más penetrantes que los vuestros, si no habéis visto de noche en la oscuridad un gran oso que caminaba a la par con nosotros, o se sentaba lejos a la luz de la luna, observando nuestro campamento. No sólo para guiaros y protegeros, sino

también para vigilar los poneys. Beorn puede ser amigo vuestro, pero ama a sus animales como si fueran sus propios hijos. No tenéis idea de la amabilidad que ha demostrado permitiendo que unos enanos los monten, sobre todo en un trayecto tan largo y fatigoso, ni de lo que sucedería si intentaseis meterlos en el bosque.

—¿Y qué hay del caballo? —dijo Thorin—. No dices nada sobre devolverlo.

—No digo nada porque no voy a devolverlo.

—¿Y qué pasa con *tu* promesa?

—Déjala de mi cuenta. No devolveré el caballo, cabalgaré en él. —Entonces supieron que Gandalf iba a dejarlos en los mismísimos lindes del Bosque Negro, y se sintieron desesperados. Pero nada de lo que dijesen lo haría cambiar de idea.

—Todo esto lo hemos tratado ya antes, cuando hicimos un alto en la Carroca —dijo—. No vale la pena discutir. Como ya he dicho, tengo un asunto que resolver, lejos al sur; y no puedo perder tiempo con todos vosotros. Quizá volvamos a encontrarnos antes de que esto se acabe, y puede que no. Eso sólo depende de vuestra suerte, coraje, y buen juicio; envío al señor Bolsón con vosotros, ya os he dicho que vale más de lo que creéis y pronto tendréis la prueba. De modo que alegra esa cara, Bilbo, y no te muestres tan taciturno. ¡Alegraos, Thorin y Compañía! Al fin y al cabo, es vuestra expedición. ¡Pensad en el tesoro que os espera al final, y olvidaos del bosque y del dragón, por lo menos hasta mañana por la mañana!

Cuando el mañana por la mañana llegó, Gandalf seguía diciendo lo mismo. Así que ahora nada quedaba por hacer excepto llenar los odres en un arroyo claro que encontraron a la entrada del bosque, y descargar los poneys. Distribuyeron los bultos con la mayor equidad posible, aunque Bilbo pensó que su lote era demasiado pesado, y no le hacía ninguna gracia la idea de recorrer a pie millas y millas con todo aquello a sus espaldas.

—¡No te preocupes! —le dijo Thorin—. Todo se aligerará muy pronto. Antes de que nos demos cuenta, estaremos deseando que nuestros fardos sean más pesados, cuando la comida empiece a escasear.

Entonces por fin dijeron adiós a los poneys y les pusieron las cabezas apuntando a la casa de Beorn. Los animales se marcharon trotando, y parecían muy contentos de volver las colas hacia las sombras del Bosque Negro. Mientras se alejaban, Bilbo hubiera jurado haber visto algo parecido a un oso que salía de entre las sombras de los árboles e iba tras ellos arrastrando los pies.

El Bosque Negro. Ilustración de Évelyne Drouhin para la edición francesa de 1983.

Gandalf se despidió también. Bilbo se sentó en el suelo sintiéndose muy desgraciado y deseando quedarse con el mago, montado a la grupa de la alta cabalgadura. Acababa de adentrarse en el bosque justo después del desayuno (por cierto bastante frugal), y todo estaba allí tan oscuro en plena mañana como durante la noche, y muy en secreto se dijo a sí mismo: «Parece como si algo esperara y vigilara».

—Adiós —dijo Gandalf a Thorin—. ¡Y adiós a todos vosotros, adiós! Ahora seguid todo recto a través del bosque. ¡No abandonéis el sendero! Si lo hacéis, hay una posibilidad entre mil de que volváis a encontrarlo, y nunca saldréis del Bosque Negro, y entonces os aseguro que ni yo ni nadie volveremos a veros jamás.

—¿Pero es realmente necesario que lo atravesemos? —gimoteó el hobbit.

—¡Sí, así es! —dijo el mago—. Si queréis llegar al otro lado. Tenéis que cruzarlo o abandonar toda búsqueda. Y no permitiré que retrocedas ahora, señor Bolsón. Me avergüenza que se te haya ocurrido. Eres tú quien desde ahora tendrá que cuidar a estos enanos en mi lugar. —Gandalf rio.

—¡No! ¡No! —dijo Bilbo—. Yo no quería decir eso. Pregunto si no hay algún otro camino bordeándolo.

—Hay, si lo que deseas es desviarte doscientas millas o más al norte, y cuatrocientas al sur. Pero ni siquiera entonces encontrarías un sendero seguro. No hay senderos seguros en esta parte del mundo. Recuerda que estás ahora en las fronteras de las tierras salvajes, expuesto a todo, dondequiera que vayas. Antes de que pudieras bordear el Bosque Negro por el norte, te encontrarías justo entre las laderas de las Montañas Grises, plagadas de trasgos, hobotrasgos y orcos[11] de la peor especie. Antes de que pudieras bordearlo por el sur, te encontrarías en el país del Nigromante; [12] y ni siquiera tú, Bilbo, necesitas que te cuente historias del hechicero negro. ¡No os aconsejo que os acerquéis a los lugares dominados por esa torre sombría!

Manteneos en el sendero del bosque, conservad vuestro ánimo, esperad siempre lo mejor y con una tremenda porción de suerte puede que un día salgáis y encontréis los Pantanos Largos justo debajo; y más allá, elevándose en el este, la Montaña Solitaria donde habita el querido viejo Smaug, aunque confío en que no os esté esperando.

—Muy consolador de tu parte, puedes estar seguro —gruñó Thorin—. ¡Adiós! ¡Si no vienes con nosotros es mejor que te largues sin una palabra más!

—¡Adiós entonces, esta vez de verdad adiós! —dijo Gandalf, y dando media vuelta, cabalgó hacia el oeste;[13] pero no pudo resistir la tentación de ser el último en decir algo, y cuando aún podían oírlo, se volvió y llamó poniendo las manos a los lados de la boca, oyeron la voz débilmente—: ¡Adiós! Sed buenos, cuidaos, ¡*y no abandonéis el sendero*!

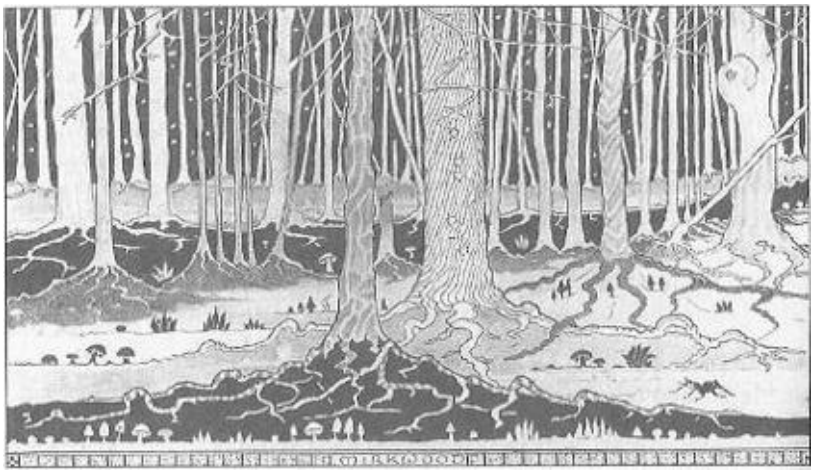
Luego se alejó al galope y pronto se perdió en la distancia. —¡Oh, adiós y vete de una vez! —farfullaron los enanos, todos de lo más enfadados, realmente abrumados de consternación. Ahora empezaba la parte más peligrosa del viaje. Cada uno cabalgaba con un fardo pesado y el odre de agua que le correspondía, y dejando detrás la luz que se extendía sobre los campos, penetraron en la floresta.

8
Moscas y arañas

CAMINABAN EN FILA. La entrada del sendero era una suerte de arco que llevaba a un túnel lóbrego formado por dos árboles inclinados, demasiado viejos y ahogados por la hiedra y los líquenes colgantes para tener más que unas pocas hojas ennegrecidas. El sendero mismo era estrecho y serpenteaba por entre los troncos. Pronto la luz de la entrada fue un pequeño agujero brillante allá atrás, y en el silencio profundo los pies parecían golpear pesadamente mientras todos los árboles se doblaban sobre ellos y escuchaban.

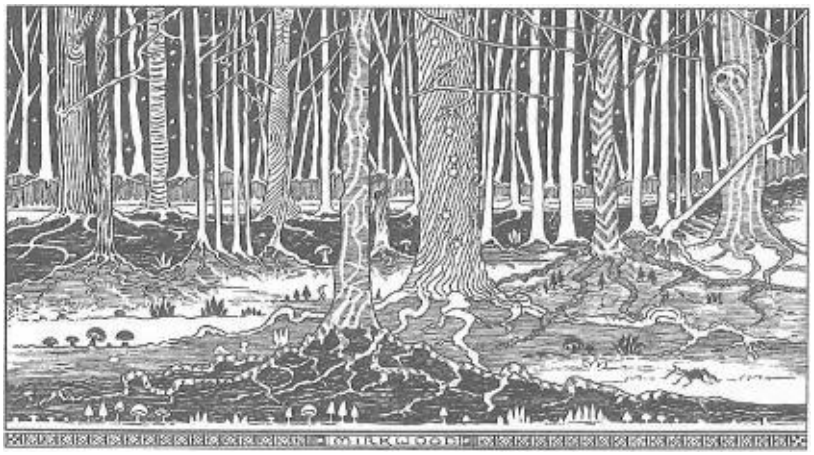
Cuando se acostumbraron a la oscuridad, pudieron ver un poco, a los lados, una trémula luz de color verde oscuro. En ocasiones, un rayo de sol que alcanzaba a deslizarse por una abertura entre las hojas de allá arriba, y escapar a los enmarañados arbustos y ramas entretejidas de abajo, caía tenue y brillante ante ellos. Pero esto ocurría raras veces, y cesó pronto.

Había ardillas negras en el bosque. Los ojos penetrantes e inquisitivos de Bilbo empezaron a vislumbrarlas fugazmente mientras cruzaban rápidas el sendero y se escabullían escondiéndose detrás de los árboles. Había también extraños ruidos, gruñidos, susurros, correteos en la maleza y entre las hojas que se amontonaban en algunos sitios del bosque; pero no conseguían ver qué causaba estos ruidos. Entre las cosas visibles lo más horrible eran las telarañas: espesas telarañas oscuras, con hilos extraordinariamente gruesos; tendidas casi siempre de árbol a árbol, o enmarañadas en las ramas más bajas, a los lados. No había ninguna que cruzara el sendero, y no pudieron adivinar si esto era por encantamiento o por alguna otra razón.



El Bosque Negro de J. R. R. Tolkien. Este dibujo tiene la historia más curiosa de todas las ilustraciones para *El Hobbit*. Fue la única ilustración a toda página en la primera edición británica, donde aparece frente a la primera página del capítulo 8, aunque Tolkien había querido que se utilizase para cerrar el libro. El borde superior de la imagen fue cortado al hacer el fotograbado, lo que Tolkien señaló con disgusto y, como regaló el original a un alumno, no ha sido posible recuperarlo.
La ilustración tuvo como modelo muy cercano un dibujo a color de Tolkien que representaba una escena del cuento de Túrin en *El Silmarillion*, cuando el elfo Beleg se encuentra con otro elfo, Flindor (luego rebautizado como Gwindor) en el bosque de Taur-nu-Fuin. Esa acuarela fue pintada en julio de 1928 y aparece en *Artista* (n.º

54). Muchos años después Tolkien la retituló *El Bosque de Fangorn* y permitió que apareciera en el *Calendario de 1974* (1973). Las dos figuras altas del dibujo, ambas muy poco hobbit y una de ellas con una larga espada, deberían pasar por Merry y Pippin en el Bosque de Fangorn. El contexto real de esta pintura fue revelado por Christopher Tolkien en las notas al *Calendario 1978* (1977) y en *Pinturas* (n.º 37, derecha).



En la edición norteamericana de 1938, *El Bosque Negro* aparece como un dibujo tramado. Las pocas correspondencias que han sobrevivido dan pocas pistas de qué pudo pasar, pero probablemente el editor norteamericano pensó que era más barato redibujar y tramar la ilustración que transformarla en un fotograbado. No está claro si el nuevo dibujo lo hizo el mismo Tolkien o Houghton Mifflin sin avisarle. No parece, sin embargo, que Tolkien lo hiciera él mismo, aunque está realizado por manos expertas, porque el monograma de Tolkien aparece en la esquina inferior derecha de la ilustración a fotograbado pero no en el dibujo tramado. También hay otras pequeñas diferencias, especialmente en el diseño del borde (y uno sospecha que si Tolkien hubiera tenido la oportunidad de volver a dibujar la ilustración, habría recuperado el borde superior). Después de la segunda impresión en 1937 de la edición británica, *El Bosque Negro* desapareció del libro. Se puede encontrar en *Artista* (n.º 88) y *Pinturas* (n.º 37, izquierda). Después de la edición norteamericana de 1938, *El Bosque Negro* redibujado fue eliminado y no se ha vuelto a reproducir hasta ahora.

No transcurrió mucho tiempo antes que empezaran a odiar el bosque tanto como habían odiado los túneles de los trasgos, e incluso tenían menos esperanza de llegar a la salida. Pero no había otro remedio que seguir y seguir, aún después de sentir que no podrían dar un paso más si no veían el sol y el cielo, y de desear que el viento les soplara en las caras. El aire no se movía bajo el techo del bosque, eternamente quieto, sofocante y oscuro. Hasta los mismos enanos lo sentían así, ellos que estaban acostumbrados a excavar túneles y a pasar largas temporadas apartados de la luz del sol; pero el hobbit, a quien le gustaban los agujeros para hacer casas, y no para pasar los días de verano, sentía que se asfixiaba poco a poco.

Las noches eran lo peor: entonces se ponía oscuro como el carbón, no lo que vosotros llamáis negro carbón,[1] sino realmente oscuro, tan negro que de verdad no se podía ver nada. Bilbo movía la mano delante de la nariz, intentando en vano distinguir algo. Bueno, quizá no es totalmente cierto decir que no veían nada: veían ojos. Dormían todos muy juntos, y se turnaban en la vigilia; cuando le tocaba a Bilbo, veía destellos alrededor, y a veces, pares de ojos verdes, rojos o amarillos se clavaban en él desde muy cerca, y luego se desvanecían y desaparecían lentamente, y empezaban a brillar en otra parte. De vez en cuando destellaban en las ramas bajas que estaban justamente sobre él, y eso era lo más terrorífico. Pero los ojos que menos le agradaban eran unos que parecían pálidos y bulbosos. «Ojos de insecto», pensaba,

«no ojos de animales, pero demasiado grandes».

Aunque no hacía aún mucho frío, trataron de encender unos fuegos pero desistieron pronto. Parecían atraer cientos y cientos de ojos alrededor; pero esas criaturas, fuesen las que fueren, tenían cuidado de no mostrar su cuerpo a la luz trémula de las brasas. Peor aún, atraían a miles y miles de falenas grises oscuras y negras, algunas casi tan grandes como vuestras manos, que revoloteaban y les zumbaban en los oídos. No fueron capaces de soportarlo, ni a los grandes murciélagos, negros como sombreros de copa; así que pronto dejaron de encender fuegos y dormitaban envueltos en una enorme y extraña oscuridad.

Todo esto duró lo que al hobbit le parecieron siglos y siglos; siempre tenía hambre, pues cuidaban sobremanera las provisiones. Aun así, a medida que los días seguían a los días y el bosque parecía siempre el mismo, empezaron a sentirse ansiosos. La comida no duraría siempre: de hecho, empezaba a escasear. Intentaron cazar alguna ardilla, y desperdiciaron muchas flechas antes de derribar una en el sendero. Cuando la asaron, tenía un gusto horrible, y no cazaron más.

Estaban sedientos también; ninguno llevaba mucha agua, y en todo el trayecto no habían visto manantiales ni, arroyos. Así estaban cuando un día descubrieron que una corriente de agua interrumpía el sendero.[23] Rápida y alborotada, pero no demasiado ancha, fluía cruzando el camino; y era negra, o así parecía en la oscuridad. Fue bueno que Beorn les hubiese prevenido contra ella, o hubieran bebido y llenado alguno de los odres vacíos en la orilla, sin preocuparse por el color. Así que sólo pensaron en cómo atravesarla sin mojarse. Allí había habido un puente de madera, pero se había podrido con el tiempo y había caído al agua dejando sólo los postes quebrados cerca de la orilla.

Bilbo, arrodillándose en la ribera, miró adelante con atención y gritó: —¡Hay un bote en la otra orilla! ¿Por qué no pudo haber estado aquí?

—¿A qué distancia crees que está? —preguntó Thorin, pues por entonces ya sabían que entre todos ellos Bilbo tenía la vista más penetrante.

—No muy lejos. No me parece que mucho más de doce yardas.

—¡Doce yardas! Yo hubiera pensado que eran treinta por lo menos, pero mis ojos ya no ven tan bien como hace cien años. Aun así, doce yardas es tanto como una milla. No podemos saltar por encima del río y no nos atrevemos a vadearlo o nadar.

—¿Alguno de vosotros puede lanzar una cuerda?

—¿Y de qué serviría? Seguro que el bote está atado, aun contando con que pudiéramos engancharlo, cosa que dudo.

—No creo que esté atado —dijo Bilbo—. Aunque, naturalmente, con esta luz no puedo estar seguro; pero me parece como si sólo estuviese varado en la orilla, que es bastante baja ahí donde el sendero se mete en el río.

—Dori es el más fuerte, pero Fili es el más joven y tiene mejor vista —dijo Thorin—. Ven acá, Fili, y mira si puedes ver el bote de que habla el señor Bolsón.

Fili creyó verlo; así que luego de mirar un largo rato para tener una idea de la

dirección, los otros le trajeron una cuerda. Llevaban muchas con ellos, y en el extremo de la más larga ataron uno de los ganchos de hierro que usaban para sujetar las mochilas a las correas de los hombros. Fili lo tomó, lo balanceó un momento, y lo arrojó por encima de la corriente.

Cayó salpicando en el agua.

—¡No lo bastante lejos! —dijo Bilbo, que observaba la otra orilla—. Un par de pies más y hubieras alcanzado el bote. Inténtalo otra vez. No creo que el encantamiento sea tan poderoso para hacerte daño si tocas un trozo de cuerda mojada.

La corriente encantada. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Recogieron el gancho y Fili lo alzó en el aire, aunque dudando aún. Esta vez tiró con más fuerza.

—¡Calma! —dijo Bilbo—. Lo has metido entre los árboles del otro lado. Retíralo lentamente. —Fili retiró la cuerda poco a poco, y un momento después Bilbo dijo—: ¡Cuidado!, ahora estás sobre el bote; esperemos que el hierro se enganche.

Y se enganchó. La cuerda se puso tensa y Fili tiró en vano. Kili fue en su ayuda, y después Oin y Gloin. Tiraron, y de pronto cayeron todos de espaldas. Bilbo, que estaba atento, alcanzó a tomar la cuerda y con un trozo de palo retuvo el pequeño bote negro que se acercaba arrastrado por la corriente. —¡Socorro! —gritó, y Balin aferró el bote antes de que se deslizase aguas abajo.

—Estaba atado, después de todo —dijo, mirando la hamaca rota que aún colgaba del bote—. Fue un buen tirón, muchachos; y suerte que nuestra cuerda era la más resistente.

—¿Quién cruzará primero? —preguntó Bilbo.

—Yo —dijo Thorin—, y tú vendrás conmigo, y Fili y Balin. No cabemos más en el bote. Luego, Kili, Oin, Gloin y Dori. Seguirán Ori y Nori, Bifur y Bofur, y por último Dwalin y Bombur.

—Soy siempre el último, y no me gusta —dijo Bombur—. Hoy le toca a otro.

Bombur en la corriente encantada. Ilustración de Peter Chuklev para la versión de 1979 de la edición búlgara de 1975. Chuklev es profesor de la Academia Nacional de Bellas Artes en Sofía. En 1974 ilustró una traducción inglesa del cuento popular búlgaro *Is Fried Fish Good? [¿Es bueno el pescado frito?]* de Luchezar Stanchev. Tres ilustraciones de Chuklev se pueden ver en las páginas 218, 323 y 365.

—No tendrías que estar tan gordo. Tal como eres, tienes que cruzar el último y con la carga más ligera. No empieces a quejarte de las órdenes, o lo pasarás mal.

—No hay remos. ¿Cómo impulsaremos el bote hasta la otra orilla? —preguntó Bilbo.

—Dadme otro trozo de cuerda y otro gancho —dijo Fili, y cuando se los trajeron, arrojó el gancho hacia la oscuridad, tan alto como pudo; como no cayó, supusieron que se había enganchado en las ramas—. Ahora subid —dijo Fili—. Que uno de vosotros tire de la cuerda sujeta al árbol. Otro tendrá que sujetar el gancho que utilizamos al principio, y cuando estemos seguros en la otra orilla, puede engancharlo y traer el bote de vuelta.

De este modo pronto estuvieron todos a salvo en la orilla opuesta, al borde del arroyo encantado. Dwalin acababa de salir aprisa, con la cuerda enrollada en el brazo, y Bombur (refunfuñando aún) se aprestaba a seguirlo cuando algo malo ocurrió. Sendero adelante hubo un ruido como de pezuñas raudas. De repente, de la lobreguez, salió un ciervo volador. Cargó sobre los enanos y los derribó, y enseguida se encogió para saltar. Pasó por encima del agua con un poderoso brinco, pero no llegó indemne a la orilla. Thorin había sido el único que aún se mantenía en pie y alerta. Tan pronto como llegaron a tierra había preparado el arco y había puesto una flecha, por si de pronto aparecía el guardián del bote. Disparó rápido contra la bestia, que se derrumbó al llegar a la otra orilla. Las sombras la devoraron, pero oyeron un sonido entrecortado de pezuñas que al fin se extinguió.

Antes que pudieran alabar este tiro certero, un horrible gemido de Bilbo hizo que todos olvidaran la carne de venado. —¡Bombur ha caído! ¡Bombur se ahoga! —gritó. No era más que la verdad. Bombur sólo tenía un pie en tierra cuando el ciervo se adelantó y saltó sobre él. Había tropezado, impulsando el bote hacia atrás y perdiendo el equilibrio, y las manos le resbalaron por las raíces limosas de la orilla, mientras el bote desaparecía girando lentamente.

Aún alcanzaron a ver el capuchón de Bombur sobre el agua, cuando llegaron corriendo a la orilla. Le echaron rápidamente una cuerda con un gancho. La mano de

Bombur aferró la cuerda y los otros tiraron. Por supuesto, el enano estaba empapado de pies a cabeza, pero eso no era lo peor. Cuando lo depositaron en tierra seca ya estaba profundamente dormido, la mano tan apretada a la cuerda que no la pudieron soltar; y profundamente dormido quedó, a pesar de todo lo que le hicieron.[194]

Aún estaban de pie y mirándolo, maldiciendo el desgraciado incidente y la torpeza de Bombur, lamentando la pérdida del bote, que les impedía volver y buscar el ciervo, cuando advirtieron un débil sonido: como de trompas y de perros que ladrasen lejos en el bosque. Todos se quedaron en silencio, y cuando se sentaron les pareció que oían el estrépito de una gran cacería[4] al norte del sendero, aunque no vieron nada.

Estuvieron sentados durante largo rato, no atreviéndose a moverse. Bombur seguía durmiendo con una sonrisa en la cara redonda, como si todos aquellos problemas ya no le preocuparan. De repente, sendero adelante, aparecieron unos ciervos blancos, un cervato y unas ciervas, tan níveos como oscuro había sido el ciervo anterior. Refulgían en las sombras. Antes de que Thorin pudiera decir nada, tres de los enanos se habían puesto en pie de un brinco y habían disparado las flechas. Ninguna pareció dar en el blanco. Los ciervos se volvieron y desaparecieron entre los árboles tan en silencio como habían venido y los enanos dispararon en vano otras flechas.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó Thorin, pero demasiado tarde; los excitados enanos habían desperdiciado las últimas flechas, y ahora los arcos que Beorn les había dado eran inútiles.

Esa noche fue una triste partida, y esta tristeza pesó aún más sobre ellos en los días siguientes. Habían cruzado el arroyo encantado, pero más allá el sendero parecía serpear igual que antes, y en el bosque no advirtieron cambio alguno. Si sólo hubiesen sabido un poco más de él, y hubiesen considerado el significado de la cacería y del ciervo blanco[5] que se les había aparecido en el camino, habrían podido reconocer que iban al fin hacia el linde este, y que si hubiesen conservado el valor y las esperanzas, pronto habrían llegado a sitios donde la luz del sol brillaba de nuevo y los árboles eran más ralos.

Pero no lo sabían, y estaban cargados con el pesado cuerpo de Bombur, al que transportaban como mejor podían, turnándose de cuatro en cuatro en la fatigosa tarea, mientras los demás se repartían los bultos. Si éstos no se hubieran aligerado en las últimas jornadas, nunca lo habrían conseguido, pero el sonriente y soñador Bombur era un pobre substituto de las mochilas cargadas de comida, pesasen lo que pesasen. Pocos días más y no les quedó prácticamente nada que comer o beber. Nada apetitoso parecía crecer en el bosque; sólo hongos y hierbas de hojas pálidas y olor desagradable.

Cuatro días después del arroyo encantado, llegaron a un sitio del bosque poblado de hayas. En un primer momento les alegró el cambio, pues aquí no crecían malezas y las sombras no eran tan profundas. Había una luz verdosa a ambos lados del

sendero, pero el resplandor sólo revelaba unas hileras interminables de troncos rectos y grises, como pilares de un vasto salón crepuscular. Había un soplo de aire y se oía un viento, pero el sonido era triste. Unas hojas secas cayeron recordándoles que fuera llegaba el otoño. Arrastraban los pies por entre las hojas muertas de otros otoños incontables, que en montones llegaban al sendero desde la alfombra granate del bosque.

Bombur dormía aún, y ellos estaban muy cansados. A veces oían una risa inquietante, y a veces también un canto a lo lejos. La risa era risa de voces armoniosas, no de trasgos, y el canto era hermoso, pero sonaba misterioso y extraño, y en vez de sentirse reconfortados, se dieron prisa por dejar aquellos parajes con las fuerzas que les restaban.

Dos días más tarde descubrieron que el sendero descendía, y antes de mucho tiempo salieron a un valle en el que crecían unos grandes robles.

—¿Es que nunca ha de terminar este bosque maldito? —dijo Thorin—. Alguien tiene que trepar a un árbol y ver si puede sacar la cabeza por el tejado y echar un vistazo alrededor. Hay que escoger el árbol más alto que se incline sobre el sendero.

Por supuesto, «alguien» quería decir Bilbo. Lo eligieron porque para que el intento sirviera de algo, quien trepase necesitaría sacar la cabeza por entre las hojas más altas, y por tanto tenía que ser liviano para que las ramas delgadas pudieran sostenerlo.

El pobre señor Bolsón nunca había tenido mucha práctica en trepar a los árboles, pero los otros lo alzaron hasta las ramas más bajas de un roble enorme que crecía justo al lado del sendero y allá tuvo que subir, lo mejor que pudo; se abrió camino por entre las pequeñas ramas enmarañadas, con más de un golpe en los ojos.

Se manchó de verde y se ensució con la corteza vieja de las ramas más grandes; más de una vez resbaló y consiguió sostenerse en el último momento; por fin, tras un terrible esfuerzo en un sitio difícil, donde no parecía haber ninguna rama adecuada, llegó cerca de la cima. Todo el tiempo se estuvo preguntando si habría arañas en el árbol, y cómo bajar (excepto cayendo).

Al fin sacó la cabeza por encima del techo de hojas, y en efecto, encontró arañas. Pero eran pequeñas, de tamaño corriente, y sólo les interesaban las mariposas. Los ojos de Bilbo casi se enceguecieron con la luz. Oía a los enanos que le gritaban desde abajo, pero no podía responderles, sólo aferrarse a las ramas y parpadear. El sol brillaba resplandeciente y pasó largo rato antes de que pudiera soportarlo. Cuando lo consiguió, vio a su alrededor un mar verde oscuro, rizado aquí y allá por la brisa; y por todas partes, cientos de mariposas. Supongo que eran una especie de «emperador púrpura», una mariposa aficionada a las alturas de las robledas, pero no eran nada purpúreas, sino muy oscuras, de un negro aterciopelado, sin que se les pudiese ver ninguna marca.

Observó a la «emperador negra» durante largo rato, y disfrutó sintiendo la brisa en el cabello y la cara, pero los gritos de los enanos, que ahora estaban impacientes y

pateaban el suelo allá abajo, le recordaron al fin a qué había venido. De nada le sirvió. Miró con atención alrededor, tanto como pudo, y no vio que los árboles o las hojas terminasen en alguna parte. El corazón, que se le había aligerado viendo el sol y sintiendo el soplo del viento, le pesaba en el pecho: no había comida que llevar allá abajo.

La emperador púrpura (*Apatura iris*) es una de las mariposas más grandes y elusivas de Inglaterra. Viven en las hojas de la parte más alta de los robles que se encuentran en los bosques y se alimentan de una solución dulce segregada por afididos. En la actualidad son muy raras y sólo se pueden encontrar en la región central del sur de Inglaterra La ilustración procede de *A History of British Butterflies [Una historia de las mariposas británicas]* (1890) del reverendo F. O. Morris.

Bilbo contempla las emperadores negras. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

Realmente, como os he dicho, no estaban muy lejos del linde del bosque; y si Bilbo hubiera sido más perspicaz habría entendido que el árbol al que había trepado, aunque alto, estaba casi en lo más hondo de un valle extenso; mirando desde la copa, los otros árboles parecían crecer todo alrededor, como los bordes de un gran tazón, y Bilbo no podía ver hasta dónde se extendía el bosque. Sin embargo, no se dio cuenta de esto, y descendió al fin desesperado, cubierto de arañazos, sofocado, y miserable, y no vio nada en la oscuridad de abajo, cuando llegó allí. Las malas nuevas pronto pusieron a los otros tan tristes como a él.

—¡El bosque sigue, sigue y sigue para siempre, en todas direcciones! ¿Qué haremos? ¿Y qué sentido tiene enviar a un hobbit? —gritaban como si Bilbo fuese el culpable. Les importaban un rábano las mariposas, y cuando les habló de la hermosa brisa se enfadaron todavía más, pues eran demasiado pesados para trepar y sentirla.[6]

Aquella noche tomaron las últimas sobras y migajas de comida, y cuando a la mañana siguiente despertaron, advirtieron ante todo que estaban rabiosamente hambrientos, y luego que llovía, y que las gotas caían pesadamente aquí y allá sobre el suelo del bosque. Eso sólo les recordó que también estaban muertos de sed, y que la lluvia no los aliviaba: no se puede apagar una sed terrible sólo quedándose al pie de unos robles gigantescos, esperando a que una gota ocasional te caiga en la lengua. La única pizca de consuelo llegó, inesperadamente, de Bombur.

Bombur despertó de súbito y se sentó rascándose la cabeza. No había modo de que pudiera entender dónde estaba ni por qué tenía tanta hambre. Había olvidado todo lo que ocurriera desde el principio del viaje, aquella mañana de mayo, hacía tanto tiempo.[7] Lo último que recordaba era la tertulia en la casa del hobbit, y fue difícil convencerlo de la verdad de las muchas aventuras que habían tenido desde entonces.

Joe, Sylvia y Gorbo entre los Árboles Retorcidos, dibujado por George Morrow, en *The Meravellous Land of Snergs* [*El maravilloso país de los snergs*].

Cuando oyó que no había nada que comer, se sentó y se echó a llorar; se sentía muy débil y le temblaban las piernas.

—¿Por qué habré despertado? —sollozaba—. Tenía unos sueños tan maravillosos. Soñé que caminaba por un bosque bastante parecido a éste, alumbrado sólo por antorchas en los árboles, lámparas que se balanceaban en las ramas, y hogueras en el suelo; y se celebraba una gran fiesta, que no terminaría nunca. Un rey del bosque estaba allí coronado de hojas; y se oían alegres canciones, y no podría contar o describir todo lo que había para comer y beber.

—Y no tienes por qué intentarlo —dijo Thorin—. En verdad, si no puedes hablar de otra cosa, mejor te callas. Ya estamos bastante molestos contigo por lo que pasó. Si no hubieras despertado, te habríamos dejado en el bosque con tus sueños idiotas; no es ninguna broma andar cargando contigo ni aún después de semanas de escasez.

No podían hacer otra cosa que apretarse los cinturones sobre los estómagos vacíos, cargar con los sacos y mochilas también vacíos, y marchar sin descanso camino adelante, sin muchas esperanzas de llegar al final antes de caer y morir de inanición. Esto fue lo que hicieron todo ese día, avanzando cansada y lentamente,

mientras Bombur seguía quejándose de que las piernas no podían sostenerlo y que quería echarse y dormir.

—No, no lo harás —decían—. Que tus piernas cumplan la parte que les toca; nosotros ya te hemos cargado bastante tiempo.

A pesar de todo, Bombur se negó de pronto a dar un paso más y se dejó caer en el suelo. —Seguid si es vuestro deber —dijo—, yo me echaré aquí a dormir y a soñar con comida, ya que no puedo tenerla de otro modo. Espero no despertar nunca más.

En ese momento, Balin, que iba un poco más adelante, gritó: —¿Qué es eso? Creí ver un destello de luz entre los árboles.

Todos miraron, y parecía que allá a lo lejos se veía un parpadeo rojizo en la oscuridad, y después otro y otro a un lado. Hasta Bombur mismo se puso de pie, y luego todos caminaron de prisa, sin detenerse a pensar si las luces serían de ogros o de trasgos. La luz brillaba delante de ellos y a la izquierda, y al fin fue evidente que unas antorchas y hogueras ardían bajo los árboles, pero a buena distancia del sendero.

—Parece como si mis sueños se hiciesen realidad —dijo Bombur desde atrás con voz entrecortada, y quiso correr directamente bosque adentro hacia las luces. Pero los otros recordaban demasiado bien las advertencias de Beorn y el mago.

—Un banquete no servirá de nada si no salimos vivos —dijo Thorin.

—Pero de cualquier modo, sin un banquete no seguiremos vivos mucho tiempo —dijo Bombur, y Bilbo asintió de todo corazón. Lo discutieron largo rato del derecho y del revés, hasta que por fin convinieron en mandar un par de espías, para que se acercaran arrastrándose a las luces y averiguaran más sobre ellas. Pero luego, cuando se preguntaron a quién enviarían, no pudieron ponerse de acuerdo: nadie parecía tener ganas de extraviarse y no volver a encontrar a sus amigos. Por último, y a pesar de las advertencias, el hambre terminó por decidirlos, ya que Bombur continuó describiendo todas las buenas cosas que se estaban comiendo en el banquete del bosque, de acuerdo con lo que él había soñado, de modo que dejaron la senda y juntos se precipitaron bosque adentro.

Los elfos. Ilustración de Nada Rappensbergerová para la edición eslovaca de 1973.

Luego de mucho arrastrarse y gatear miraron escondidos detrás de unos troncos y vieron un claro con algunos árboles caídos y un terreno llano. Había mucha gente allí, de aspecto élfico, vestidos todos de castaño y verde y sentados en círculo sobre cepos de árboles talados. Una hoguera ardía en el centro y había antorchas encendidas sujetas a los árboles de alrededor; pero la visión más espléndida era la gente que comía, bebía y reía alborozada.

El olor de las carnes asadas era tan atractivo que sin consultarse entre ellos todos se pusieron de pie y corrieron hacia el círculo con la única idea de pedir un poco de comida. Tan pronto como el primero dio un paso dentro del claro, todas las luces se apagaron como por arte de magia.[8] Alguien pisoteó la hoguera, que desapareció en cohetes de chispas rutilantes. Estaban perdidos ahora en la oscuridad más negra, y ni siquiera consiguieron agruparse, al menos durante un buen rato. Por fin, luego de haber corrido frenéticamente a ciegas, golpeando con estrépito los árboles, tropezando en los troncos caídos, gritando y llamando hasta haber despertado sin duda a todo el bosque en millas a la redonda, consiguieron juntarse en montón y se contaron unos a otros. Por supuesto, en ese entonces habían olvidado por completo en qué dirección quedaba el sendero, y estaban irremisiblemente extraviados, por lo menos hasta la mañana.

No podían hacer otra cosa que instalarse para pasar la noche allí donde estaban; ni siquiera se atrevieron a buscar en el suelo unos restos de comida por temor a separarse otra vez. Pero no llevaban mucho tiempo echados, y Bilbo sólo estaba adormecido, cuando Dori, a quien le había tocado el primer turno de guardia, dijo con un fuerte susurro:

—Las luces aparecen de nuevo allá, y ahora son más numerosas.

Todos se incorporaron de un salto. Allá, sin ninguna duda, parpadeaban no muy lejos unas luces y se oían claramente voces y risas. Se arrastraron hacia ellas, en fila, cada uno tocando la espalda del que iba delante. Cuando se acercaron, Thorin dijo: —¡Que nadie se apresure ahora! ¡Que ninguno se deje ver hasta que yo lo diga! Enviaré primero al señor Bolsón para que les hable. No los asustará. —«¿Y qué me pasará a mí?», pensó Bilbo—. Y de todos modos, no creo que le hagan nada malo.

Cuando llegaron al borde del círculo de luz, empujaron de repente a Bilbo por detrás. Antes que tuviera tiempo de ponerse el anillo, Bilbo avanzó tambaleándose a la luz del fuego y las antorchas. De nada sirvió. Otra vez se apagaron las luces y cayó la oscuridad.

Si había sido difícil reunirse antes, ahora fue mucho peor. Y no podían dar con el hobbit. Todas las veces que contaron, eran siempre trece. Gritaron y llamaron: —¡Bilbo Bolsón! ¡Hobbit! ¡Tú, maldito hobbit! ¡Eh, hobbit malhadado! ¿Dónde estás? —y otras cosas por el estilo, pero no hubo respuesta.

Iban a abandonar toda esperanza cuando Dori dio con él por casualidad. Cayó sobre lo que creyó un tronco y se encontró con que era el hobbit acurrucado y profundamente dormido. Después de mucho zarandearlo, consiguieron que

despertase, y Bilbo no pareció muy contento.

—Tenía un sueño tan maravilloso —gruñó—, todos participando de la más espléndida cena.

—¡Cielos!, está como Bombur —dijeron—. No nos hables de cenas. Las cenas soñadas de nada sirven y no podemos compartirlas.

—No hay nada mejor a mi alcance en este desagradable lugar —murmuró Bilbo, mientras se echaba otra vez al lado de los enanos e intentaba volver a dormir y tener de nuevo aquel sueño.

Pero no fue la última vez que vieron luces en el bosque. Más tarde, cuando ya la noche tenía que haber envejecido, Kili, que estaba entonces de guardia, vino y los despertó a todos.

—Ha aparecido un gran resplandor, no muy lejos —dijo—. Cientos de antorchas y muchas hogueras han sido encendidas de repente y por arte de magia. ¡Escuchad el canto y las arpas!

Luego de quedarse un rato echados y escuchando, descubrieron que no podían resistir el deseo de acercarse y tratar, una vez más, de conseguir ayuda. Todos se incorporaron, y esta vez el resultado fue desastroso. El banquete que vieron entonces era más grande y magnífico que antes: a la cabecera de una larga hilera de comensales estaba sentado un rey del bosque, con una corona de hojas sobre los cabellos dorados,[9] muy parecido a la figura que Bombur había visto en sueños. La gente élfica se pasaba cuencos de mano en mano por encima de las hogueras; algunos tocaban el arpa y muchos estaban cantando. Las cabelleras resplandecían ceñidas con flores; gemas verdes y blancas destellaban cinturones y collares, y las caras y las canciones eran de regocijo.[10] Altas, claras y hermosas sonaban las canciones, y fuera salió Thorin, apareciendo entre ellos.

Un silencio mortal cayó a mitad de una frase. Todas las voces se extinguieron. Las hogueras se transformaron en humaredas negras. Brasas y cenizas cayeron sobre los ojos de los enanos, y en el bosque se oyeron otra vez clamores y gritos.

Bilbo se encontró corriendo en círculos (así lo creía) y llamando y llamando: —Dori, Nori, Ori, Oin, Gloin, Fili, Kili, Bombur, Bifur, Balin, Dwalin, Thorin Escudo de Roble. Mientras gentes que ni podía ver ni sentir hacían lo mismo alrededor, lanzando algún ocasional: —¡Bilbo! —Pero los gritos de los otros fueron haciéndose más lejanos y débiles, y aunque al cabo de un rato le pareció que se habían transformado en aullidos y distantes llamadas de socorro, todos los sonidos murieron al fin, y Bilbo se quedó sólo en una oscuridad y un silencio completos.

Aquél fue uno de los momentos más tristes de la vida de Bilbo. Pero pronto decidió que era inútil intentar nada hasta que el día trajese alguna luz y que de nada servía andar a ciegas cansándose, sin esperanzas de desayuno que lo reviviese. Así que se sentó con la espalda contra un árbol, y no por última vez se encontró pensando en el

distante agujero-hobbit y las hermosas despensas. Estaba sumido en pensamientos de pancetas, huevos, tostadas y mantequilla, cuando sintió que algo lo tocaba. Algo como una cuerda pegajosa y fuerte se le había pegado a la mano izquierda; trató de moverse y descubrió que tenía las piernas ya sujetas por aquella misma especie de cuerda, y cuando trató de levantarse, cayó al suelo.

Entonces la gran araña, que había estado ocupada en atarlo mientras dormitaba, apareció por detrás y se precipitó sobre él. Bilbo sólo veía los ojos de la criatura, pero podía sentir el contacto de las patas peludas mientras la araña trataba de paralizarlo con vueltas y más vueltas de aquel hilo abominable. Fue una suerte que volviese en sí a tiempo. Pronto no hubiera podido moverse. Pero antes de liberarse, tuvo que sostener una lucha desesperada. Rechazó a la criatura con las manos —estaba intentando envenenarlo para mantenerlo quieto, como las arañas pequeñas hacen con las moscas— hasta que recordó la espada y la desenvainó. La araña dio un salto atrás y Bilbo tuvo tiempo para cortar las ataduras de las piernas. Ahora le tocaba a él atacar. Era evidente que la araña no estaba acostumbrada a cosas que tuviesen a los lados tales aguijones, o hubiese escapado mucho más aprisa. Bilbo se precipitó sobre ella antes que desapareciese y blandiendo la espada la golpeo en los ojos. Entonces la araña enloqueció y saltó y danzó y estiró las patas en horribles espasmos, hasta que dándole otro golpe Bilbo acabó con ella. Luego se dejó caer, y durante largo rato no recordó nada más.

Cuando volvió en sí, vio alrededor la habitual luz gris y mortecina de los días del bosque. La araña yacía muerta a un lado y la espada estaba manchada de negro. Por alguna razón, matar a la araña gigante, él, totalmente solo, en la oscuridad, sin la ayuda del mago o de los enanos o de cualquier otra criatura, fue muy importante para el señor Bolsón. Se sentía una persona diferente, mucho más audaz y fiera a pesar del estómago vacío, mientras limpiaba la espada en la hierba y la devolvía a la vaina.

—Te daré un nombre —le dijo a la espada—. ¡Te llamaré Aguijón!

Luego se dispuso a explorar. El bosque estaba oscuro y silencioso, pero antes que nada tenía que buscar a sus amigos, como era obvio. Quizá no estuviesen lejos, a menos que unos trasgos (o algo peor) los hubieran capturado. A Bilbo no le parecía sensato ponerse a gritar, y durante un rato estuvo preguntándose de qué lado correría el sendero; y en qué dirección tendría que ir a buscar a los enanos.

—¡Oh!, ¿por qué no habremos tenido en cuenta los consejos de Beorn y Gandalf? —se lamentaba—. ¡En qué enredo nos hemos metido todos nosotros! ¡Nosotros! Lo único que deseo es que fuésemos *nosotros*: es horrible estar completamente solo.

Por último trató de recordar la dirección de donde habían venido los gritos de auxilio la noche anterior, y por suerte (había nacido con una buena provisión de suerte) lo recordó bastante bien, como veréis enseguida. Habiéndose decidido, avanzó muy despacio, tan hábilmente como pudo. Los hobbits saben moverse en silencio, especialmente en los bosques, como ya os he dicho; además Bilbo se había puesto el anillo antes de ponerse en marcha, y fue por eso que las arañas no lo vieron ni oyeron

cómo se acercaba. Se abrió paso sigilosamente durante un trecho, mirando vio delante una espesa sombra negra, negra aún para aquel bosque, como la sombra de una medianoche inmutable. Cuando se acercó, vio que la sombra era en realidad una confusión de telarañas superpuestas. Vio también, de repente, que unas arañas grandes y horribles estaban sentadas por encima de él en las ramas, y con anillo o sin anillo, tembló de miedo al pensar que quizá lo descubrieran. Se quedó detrás de un árbol, observó a un grupo de arañas durante un tiempo, y al fin comprendió que aquellas repugnantes criaturas se hablaban unas a otras en la quietud y el silencio del bosque. Las voces eran como leves crujidos y siseos, pero Bilbo pudo entender muchas de las palabras. ¡Estaban hablando de los enanos!

—Fue una lucha dura, pero valió la pena —dijo una—. Sí, en efecto, qué pieles asquerosas y gruesas tienen, pero apuesto a que dentro hay buenos jugos.

—Sí, serán un buen bocado cuando hayan colgado un poco en la tela —dijo otra.

—No los colguéis demasiado tiempo —dijo una tercera—, no están muy gordos. Yo diría que no se alimentaron muy bien últimamente.

—Matadlos, os digo yo —siseó una cuarta—. Matadlos ahora y colgadlos muertos durante un rato.

—Apostaría a que ya están muertos —dijo la primera.

—No, no lo están. Acabo de ver a uno forcejeando justo despertando de un hermoso sueño, diría yo. Os lo mostraré.

Una de las arañas gordas corrió luego a lo largo de una cuerda, hasta llegar a una docena de bultos que colgaban en hilera de las ramas altas. Bilbo los vio entonces por primera vez suspendidos en las sombras, y descubrió horrorizado que el pie de un enano sobresalía del fondo de algunos de los bultos, y aquí y allá la punta de una nariz, o un tronco de barba o de capuchón.

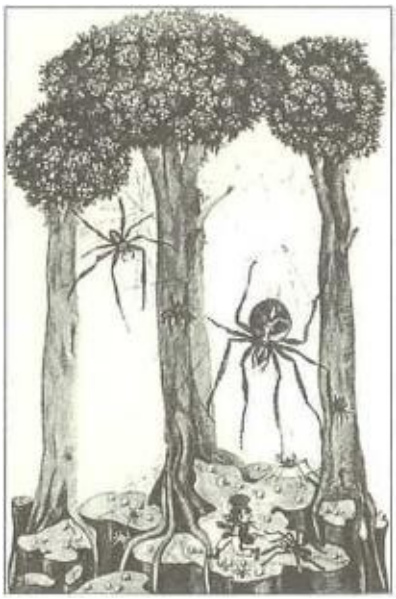
La araña se acercó al más gordo de los bultos. «Es el pobre viejo Bombur, apostaría», pensó Bilbo; y la araña pellizcó la nariz que asomaba. Dentro sonó un débil gañido, y un pie salió disparado y golpeó fuerte y directamente a la araña. Aún quedaba vida en Bombur. Se oyó un ruido, como si hubieran pateado una pelota desinflada, y la araña enfurecida cayó del árbol, aferrándose a su propia cuerda en el último instante.

Las otras rieron. —Tenías bastante razón. ¡La carne aún está viva y coleando!

—¡Pronto acabaré con eso! —siseó la araña colérica, volviendo a trepar a la rama. [11]

Bilbo vio que había llegado el momento de hacer algo. No podía llegar hasta donde estaban las bestias, ni tenía nada que tirarles; pero mirando alrededor vio que en lo que parecía el lecho de un arroyo, seco ahora, había muchas piedras. Bilbo era un tirador de piedras bastante bueno y no tardó mucho en encontrar una lisa y de forma de huevo que le cabía perfectamente en la mano. De niño había tirado piedras a todo,

hasta que las ardillas, los conejos y aún los pájaros se apartaban rápidos como el rayo en cuanto lo veían aparecer; y de mayor se había pasado también bastante tiempo arrojando tejos, dardos, bochas, boliches, bolos y practicando otros juegos tranquilos de puntería y tiro; aunque también podía hacer muchas otras cosas —aparte de anillos de humo, proponer acertijos y cocinar— que no he tenido tiempo de contaros. Tampoco lo hay ahora. Mientras recogía piedras, la araña había llegado hasta Bombur, que pronto estaría muerto. En ese mismo momento Bilbo disparó. La piedra dio en la cabeza de la araña con un golpe seco y la bestia se desprendió del árbol y cayó pesadamente al suelo con todas las patas encogidas.



Bilbo y las arañas. Ilustración de Klaus Ensikat para la edición alemana de 1971.

La siguiente piedra que lanzó Bilbo atravesó zumbando una gran telaraña, y rompiendo las cuerdas, derribó a la araña que estaba allí sentada. A esto siguió una gran conmoción en la colonia, y por un momento olvidaron a los enanos, os lo aseguro. No podían ver a Bilbo, pero no les costó mucho descubrir de qué dirección venían las piedras. Rápidas como el rayo, se acercaron corriendo y balanceándose hacia el hobbit, tendiendo largas cuerdas alrededor, hasta que el aire pareció todo ocupado por trampas flotantes.

Bilbo, de cualquier modo, se deslizó pronto hasta otro sitio. Se le ocurrió la idea de alejar más y más a las arañas de los enanos, si podía, y hacer que se sintieran perplejas, excitadas y enojadas, todo a la vez. Cuando medio centenar de arañas llegó al lugar donde él había estado antes, les tiró unas cuantas piedras más, y también a las otras que habían quedado a retaguardia; luego, danzando por entre los árboles, se puso a cantar una canción, para enfurecerlas y atraerlas, y también para que lo oyeran los enanos.

Esto fue lo que cantó:

¡Araña gorda y vieja que hilas en un árbol!
¡Araña gorda y vieja que no alcanzas a verme!

¡Venenosa! ¡Venenosa![12]
¿No pararás?
¿No pararás tu hilado y vendrás a buscarme?

Vieja Tontona[13]*, toda cuerpo grande,*
¡Vieja Tontona, no puedes espiarme!
¡Venenosa! ¡Venenosa!
¡Déjate caer!
¡Nunca me atraparas en los árboles!

No muy buena quizá, pero no olvidéis que había tenido que componerla él mismo, en el apuro de un dificilísimo momento. De todos modos tuvo el efecto que él había esperado. Mientras cantaba, tiró algunas piedras más y pateó el suelo. Prácticamente todas las arañas del lugar fueron tras él: unas saltaban, otras corrían por las ramas, pasando de árbol en árbol o tendían nuevos hilos en sitios oscuros. Estaban terriblemente enojadas. Aun olvidando las piedras, ninguna araña había sido llamada Venenosa, y desde luego, Tontona es para cualquiera un insulto inadmisible.

Bilbo se escabulló a otro sitio, pero por entonces muchas de las arañas habían corrido a diferentes puntos del claro donde vivían, y estaban tejiendo telarañas entre los troncos de todos los árboles. Muy pronto Bilbo estaría rodeado de una espesa barrera de cuerdas, al menos ésa era la idea de las arañas. En medio de todos aquellos insectos que cazaban y tejían, Bilbo hizo de tripas corazón y cantó otra vez:

La Lob perezosa y la loca Cob[14]
tejen telas para cazarme;
más dulce soy que muchas carnes,
¡pero no pueden encontrarme!

Aquí estoy yo, mosca traviesa;
y ahí vosotras, gordas y hurañas.
Jamás podréis atraparme
en vuestras locas telarañas.

Con eso se volvió y descubrió que el último espacio entre dos grandes árboles había sido cerrado con una telaraña, pero por fortuna no una verdadera telaraña, sino grandes hebras de cuerdas de doble ancho, tendidas rápidamente de acá para allá de tronco a tronco. Desenvainó la pequeña espada, hizo pedazos las hebras, y se fue cantando.

Bilbo lucha contra las arañas. Ilustración de Torbjörn Zetterholm para la edición sueca de 1947.

Las arañas vieron la espada, aunque no creo que supieran lo que era, y todas se pusieron a correr persiguiendo al hobbit, por el suelo y por las ramas, agitando las piernas peludas, chasqueando las pinzas, los ojos desorbitados, rabiosas, echando espuma. Lo siguieron bosque adentro, hasta que Bilbo no se atrevió a alejarse más. Luego se escabulló de vuelta, más callado que un ratón.

Tenía un tiempo corto y precioso, lo sabía, antes que las arañas perdieran la paciencia y volviesen a los árboles, donde colgaban los enanos. Mientras tanto, tenía que rescatarlos. Lo más difícil era subir hasta la rama larga donde pendían los bultos. No me imagino cómo se las habría arreglado si, por fortuna, una araña no hubiera dejado un cabo colgando; con ayuda de la cuerda, aunque se le pegaba a las manos y le lastimaba la piel, trepó y allá arriba se encontró con una araña malvada, vieja, lenta, y gruesa, que había quedado atrás y guardaba a los prisioneros, y que había estado entretenida pinchándolos, para averiguar cuál era el más jugoso. Había pensado comenzar el banquete mientras las otras estaban fuera, pero el señor Bolsón tenía prisa, y antes que la araña supiera lo que estaba sucediendo, sintió el aguijón de la espada y rodó muerta cayendo de la rama.

Bilbo rescata a los enanos en poder de una araña. Ilustración de Mikhail Belomlinskiy para la edición rusa de 1976.

El siguiente trabajo de Bilbo era soltar un enano. ¿Cómo lo haría? Si cortaba la cuerda, el enano maltrecho caería golpeándose contra el suelo, que estaba bien abajo. Serpenteando rama adelante (lo que hizo que los pobres enanos se balancearan y danzaran como fruta madura), llegó al primer bulto.

«Fili o Kili», se dijo viendo la punta de un capuchón azul que sobresalía de un extremo. «Más posiblemente Fili», pensó al descubrir la punta de una nariz larga que asomaba entre las cuerdas enmarañadas. Inclinándose, consiguió cortar la mayor parte de las cuerdas pegajosas y fuertes, y entonces, en efecto, con un puntapié y algunas sacudidas apareció la mayor parte de Fili. Me temo que Bilbo se rio viendo cómo agitaba las piernas y los brazos rígidos mientras danzaba con la cuerda de la telaraña en las axilas; como uno de esos juguetes divertidos que se menean en un alambre.

De algún modo, Fili se encaramó en la rama, y ahí ayudó todo lo posible al hobbit, aunque se sentía mareado y enfermo a causa del veneno de las arañas, y por haber estado colgado la mayor parte de la noche y el día siguiente, envuelto y envuelto en cuerdas, sólo con la nariz fuera para respirar. Tardó mucho tiempo en quitarse aquellas hebras bestiales de los ojos y las cejas, y en cuanto a la barba, tuvo que cortarse la mayor parte. Bien, Bilbo y Fili, juntos, alzaron primero a un enano y luego a otro y cortaron las ataduras. Ninguno se encontraba mejor que Fili y algunos bastante peor, pues apenas habían podido respirar (ya veis, a veces las narices largas son útiles), y algunos parecían más envenenados.

Una araña. Ilustración de Peter Chuklev para la versión de 1979 de la edición búlgara de 1975.

De este modo rescataron a Kili, Bifur, Bofur, Dori y Nori. El pobre viejo Bombur estaba tan exhausto —era el más gordo— y lo habían pinchado y pellizcado constantemente que rodó de la rama y, ¡plaf!, cayó al suelo, por fortuna sobre unas hojas, y quedó allí tendido. Pero aún había cinco enanos que colgaban del extremo de la rama, cuando las arañas comenzaron a volver, más rabiosas que nunca.

Bilbo fue inmediatamente hasta el sitio en que la rama nacía del tronco, y mantuvo a raya a las arañas que subían trepando. Se había quitado el anillo cuando rescató a Fili y había olvidado ponérselo de nuevo, y ahora todas ellas farfullaban y siseaban:

—¡Ya te vemos, asquerosa criatura! ¡Te comeremos y sólo te dejaremos la piel y los huesos colgando de un árbol! ¡Ah! Tiene un aguijón, ¿verdad? Bueno, de todas maneras lo atraparemos y colgaremos cabeza abajo durante un día o dos.

Mientras, los enanos trabajaban en el resto de los cautivos y cortaban los hilos. Pronto liberarían a todos, aunque no estaba claro qué ocurriría después. Las arañas los habían capturado sin muchas dificultades la noche anterior, pero sorprendiéndolos en la oscuridad. Esta vez, parecía que iba a librarse una terrible batalla.

De repente Bilbo cayó en la cuenta de que algunas arañas se habían reunido alrededor del viejo Bombur, sobre el suelo, lo habían atado otra vez y se lo estaban llevando a la rastra. Dio un grito y acuchilló a las bestias que tenía delante. Las arañas retrocedieron enseguida, y Bilbo trepó y saltó desde el árbol, justo en medio de las que estaban en el suelo. La pequeña espada era un tipo de aguijón que no conocían. ¡Cómo se movía de acá para allá! La hoja brillaba triunfante cuando traspasaba a las arañas. Seis de ellas murieron antes que el resto huyese y dejase a Bombur en manos de Bilbo.

—¡Bajad! ¡Bajad! —gritó a los enanos que estaban en la rama—. No os quedéis ahí; os echarán las redes encima pues veía que unas pocas arañas trepaban a los árboles vecinos, arrastrándose por las ramas sobre la cabeza de los enanos.

Los enanos bajaron gateando, o saltaron o se dejaron caer, los once en montón, la

mayoría muy temblorosos y torpes de piernas. Allí se encontraron al fin los doce, contando al pobre Bombur, a quien sostenían por ambos lados el primo Bifur y el hermano Bofur; y Bilbo se movía alrededor y blandía el Aguijón; y cientos de arañas los miraban con los ojos desorbitados, desde arriba, desde un lado, desde otro. La situación parecía bastante desesperada.

Entonces comenzó la batalla. Algunos enanos tenían cuchillos; otros, palos, y había piedras para todos; y Bilbo blandía la daga élfica. Una y otra vez las arañas fueron rechazadas, y muchas murieron. Pero esto no podía prolongarse. Bilbo estaba casi exhausto; sólo cuatro de los enanos se mantenían aún en pie, y pronto las arañas caerían sobre ellos como sobre moscas cansadas. Ya tejían de nuevo alrededor, de árbol en árbol.[15]

Bilbo al fin no pudo pensar en otro plan que comunicar a los enanos el secreto del anillo. Lo lamentaba bastante, pero no había otro remedio.

—Voy a desaparecer —dijo—. Alejaré a las arañas de aquí, si puedo; vosotros tenéis que manteneros juntos y escapar en la dirección opuesta. Por allí a la izquierda quizá se podría llegar al sitio donde vimos por última vez el fuego de los elfos.

Tardaron en entender lo que se les decía, pues las cabezas les daban vueltas en medio de una confusión de gritos, palos y piedras que golpeaban, pero al fin Bilbo sintió que no podía esperar más: las arañas estaban cerrando el círculo. De súbito se deslizó el anillo en el dedo, y desapareció dejando estupefactos a los enanos.

Pronto se oyeron gritos: —¡Perezosa Lob! ¡Venenosa! —entre los árboles de la derecha. Esto enfureció mucho a las arañas. Dejaron de acercarse a los enanos y unas cuantas se volvieron hacia la voz. «Venenosa» las enojó tanto que perdieron el juicio. Entonces Balin, quien había entendido el plan de Bilbo mejor que los demás, se lanzó al ataque. Los enanos se unieron en un pelotón y descargando una lluvia de piedras corrieron hacia la izquierda y atravesaron el círculo. Lejos, detrás de ellos, los cantos y gritos cesaron de pronto.

Esperando contra toda esperanza que no hubiesen capturado a Bilbo, los enanos siguieron adelante. No bastante deprisa, sin embargo. Se sentían enfermos y débiles y arrastraban las piernas y cojeaban, perseguidos por arañas que les pisaban los talones. Una y otra vez tenían que volverse y enfrentar a las criaturas que estaban casi encima de ellos; y ya algunas de las arañas corrían por los árboles y dejaban caer unos largos hilos pegajosos.

Las cosas parecían haber empeorado otra vez, cuando de pronto Bilbo reapareció e inesperadamente inició un ataque desde un lado, sobre las asombradas arañas.

—¡Seguid! ¡Seguid! —gritó—. ¡Yo seré quien clave el aguijón!

Y así ocurrió. Se movía adelante y atrás, rasgando los hilos de las arañas, cortándoles las patas y acuchillándoles los cuerpos gordos si se acercaban demasiado. Las arañas se hinchaban de rabia y farfullaban y espumajeaban y siseaban horribles maldiciones; pero ahora tenían un miedo mortal al Aguijón y no se atrevían a acercarse. Así, mientras maldecían, la presa se les escapaba lenta e inexorablemente.

Era una situación horrible y parecía durar horas. Pero al fin, cuando Bilbo sentía que ya no tenía fuerzas para levantar la mano y asestar otro golpe, de pronto abandonaron la persecución, y no los siguieron más y volvieron decepcionadas a la tenebrosa colonia.

Entonces los enanos se dieron cuenta de que habían llegado al círculo en que habían ardido los fuegos de los elfos. No podían saber si era uno de los fuegos que habían visto la noche anterior; pero parecía que algún encantamiento bienhechor persistía en estos sitios, que a las arañas no les gustaban. De cualquier modo, la luz era más verde, los arbustos menos espesos y amenazadores, y ahora podían descansar y recobrar el aliento.

Allí se quedaron un rato resollando y jadeando. Pero muy pronto los enanos empezaron a hacer preguntas. Querían que Bilbo les explicase bien el asunto de las desapariciones; tanto les interesó la historia del anillo que por un momento olvidaron sus propios problemas. Balin en particular insistió en oír otra vez la historia de Gollum con acertijos y todo lo demás, y con el anillo en el lugar que correspondía.[16] Pero al cabo de un tiempo la luz comenzó a declinar, y se hicieron otras preguntas. ¿Dónde estaban y por dónde corría el camino? ¿Dónde habría comida y qué harían ahora? Estas preguntas fueron hechas una y otra vez, y esperaban que el pequeño Bilbo conociese las respuestas. Por lo que podéis ver, habían cambiado mucho de opinión con respecto al señor Bolsón, y ahora lo respetaban de veras (tal y como había dicho Gandalf). Ya no refunfuñaban, y esperaban realmente que a Bilbo se le ocurriría algún plan maravilloso. Sabían demasiado bien que si no hubiese sido por el hobbit todos estarían ya muertos; y se lo agradecieron muchas veces. Algunos de ellos incluso se pusieron en pie y lo saludaron inclinándose hasta el suelo, aunque el esfuerzo los hizo caer, y durante un rato no pudieron incorporarse. Saber la verdad sobre las desapariciones no disminuyó de ningún modo la opinión que Bilbo les merecía, pues entendieron que tenía ingenio, y también suerte y un anillo mágico, y las tres cosas eran bienes muy útiles.[17] En verdad lo elogiaron tanto que Bilbo llegó a sentir que había algo en él de aventurero audaz, al fin y al cabo, aunque se habría sentido aún mucho más audaz si hubiera tenido algo que comer.

Pero no había nada, nada de nada, y ninguno estaba en disposición de ir a buscar algo o encontrar el sendero perdido. ¡El sendero perdido! En la fatigada cabeza de Bilbo no había otra cosa. Se sentó y clavó los ojos en los árboles que se sucedían en interminables hileras, y al cabo de un rato todos callaron otra vez.

Todos excepto Balin. Mucho tiempo después que los otros hubieran dejado de hablar y cuando ya habían cerrado los ojos, Balin seguía aún murmurando y riendo entre dientes.

—¡Gollum! ¡Caramba! Así fue como llegó a escabullirse delante de mí, ¿no? ¡Ahora me lo explico! Arrastrándose en silencio, nada más, ¿no, señor Bolsón? ¡Los botones todos sobre el umbral! El bueno de Bilbo… Bilbo… Bilbo… bo… bo… bo… —y poco después se quedó dormido, y durante un largo rato no se oyó nada.

De pronto, Dwalin abrió un ojo y miró alrededor.

—¿Dónde está Thorin? —preguntó.

Fue un golpe terrible. Desde luego, sólo eran trece, doce enanos y el hobbit. ¿Dónde, pues, estaba Thorin? Se preguntaron qué desgracia habría caído sobre él: un encantamiento, o quizá unos monstruos oscuros, y todos se estremecieron mientras yacían perdidos allí en el bosque. Y así, cuando la tarde se hizo noche negra, cayeron uno tras otro en un sueño incómodo, de horribles pesadillas; y ahí tenemos que dejarlos por ahora, demasiado enfermos y débiles como para ponerse a vigilar o turnarse como centinelas.

Thorin había sido capturado mucho antes que ellos. ¿Recordáis que Bilbo cayó dormido como un tronco cuando entró en el círculo de luz? La vez siguiente fue Thorin quien dio un paso adelante, y cuando la luz desapareció, cayó al suelo como una piedra encantada. Las voces de los enanos perdidos en la noche, los gritos cuando las arañas se precipitaron sobre ellos y los atacaron, y todos los ruidos de la batalla del día siguiente, habían pasado inadvertidos para Thorin. Luego los Elfos del Bosque se le echaron encima, y lo ataron, y se lo llevaron.

Por supuesto, las gentes de los banquetes eran Elfos del Bosque. Los elfos no son malos, pero desconfían de los desconocidos: esto puede ser un defecto. Aunque dominaban la magia, andaban siempre con cuidado, aún en aquellos días. Distintos de los Altos Elfos del Poniente, eran más peligrosos y menos cautos, pues muchos de ellos (así como los parientes dispersos de las colinas y montañas) descendían de las tribus antiguas que nunca habían ido a la Tierra Occidental de las Hadas.[18] Allí los Elfos de la Luz, los Elfos del Abismo, y los Elfos del Mar[19] vivieron durante siglos[20] y se hicieron más justos, prudentes y sabios, y desarrollaron artes mágicas, y la habilidad de crear objetos hermosos y maravillosos, antes que algunos volvieran al Ancho Mundo.[21] En el Ancho Mundo los Elfos del Bosque disfrutaban de los crepúsculos del sol y la luna, pero preferían las estrellas; e iban de un lado a otro por los bosques enormes que crecían en tierras ahora perdidas. Habitaban la mayor parte del tiempo en los límites de las florestas, de donde salían a veces para cazar o cabalgar y correr por los espacios abiertos a la luz de la luna o de los astros; y luego de la llegada de los Hombres, se aficionaron más y más al crepúsculo y a la noche. Sin embargo, eran y siguen siendo elfos, y esto significa Buena Gente.

En una gran cueva, algunas millas dentro del Bosque Negro, en el lado este, vivía en este tiempo el más grande rey de los elfos. Por delante de unas puertas de piedra corría un río que venía de las cimas de los bosques y desembocaba dentro y fuera de los pantanos, al pie de las altas tierras boscosas. Esta gran cueva, en la que se abrían a un lado y a otro otras cuevas más reducidas, se hundía mucho bajo tierra y tenía numerosos pasadizos y amplios salones; pero era más luminosa y saludable que cualquier morada de trasgos, y no tan profunda ni tan peligrosa. De hecho, los

súbditos del rey vivían y cazaban en su mayor parte en los bosques abiertos y tenían casas o cabañas en el suelo o sobre las ramas. Las hayas eran sus árboles favoritos. La cueva del rey era el palacio, un sitio seguro para guardar los tesoros y una fortaleza contra el enemigo.

Era también la mazmorra de los prisioneros. Así que a la cueva arrastraron a Thorin, no con excesiva gentileza, pues no querían a los enanos y pensaban que Thorin era un enemigo. En otros tiempos habían librado guerras con algunos enanos, a quienes acusaban de haberles robado un tesoro. Sería al menos justo decir que los enanos dieron otra versión y explicaban que sólo habían tomado lo que era de ellos, pues el rey elfo les había encargado que le tallasen la plata y el oro en bruto, y más tarde había rehusado pagarles.[22] Si el rey elfo tenía una debilidad, ésa eran los tesoros, en especial la plata y las gemas blancas; y aunque guardaba muchas riquezas, siempre quería más, pensando que aún no eran tantas como las de otros señores elfos de antaño. La gente élfica nunca cavaba túneles ni trabajaba los metales o las joyas; ni tampoco se preocupaba mucho por comerciar o cultivar la tierra. Todo esto era bien conocido por los enanos, aunque la familia de Thorin no había tenido nada que ver con la disputa de la que hablamos antes. En consecuencia, Thorin se enojó por el trato que había recibido cuando le quitaron el hechizo y recobró el conocimiento, y estaba decidido también a que no le arrancasen ni una palabra sobre oro o joyas.

El rey miró severamente a Thorin cuando lo llevaron al palacio y le hizo muchas preguntas. Pero Thorin sólo dijo que se estaba muriendo de hambre.

—¿Por qué tú y los tuyos intentasteis atacarnos tres veces durante la fiesta? —preguntó el rey.

—Nosotros no los atacamos —respondió Thorin—, nos acercamos a pedir porque nos moríamos de hambre.

—¿Dónde están tus amigos y qué hacen ahora?

—No lo sé, pero supongo que muriéndose de hambre en el bosque.

—¿Qué hacíais en el bosque?

—Buscábamos comida y bebida, pues nos moríamos de hambre.

—Pero, en definitiva, ¿qué asunto os trajo al bosque? —preguntó el rey, enojado.

Thorin cerró entonces la boca y no dijo nada más.

—¡Muy bien! —exclamó el rey—. Que se lo lleven y lo pongan a buen recaudo hasta que tenga ganas de decir la verdad, aunque tarde cien años.

Entonces los elfos lo ataron con correas y lo encerraron en una de las cuevas más interiores, de sólidas puertas de madera, y lo dejaron allí. Le dieron buena comida y bebida en abundancia, pues los elfos no eran trasgos, y se comportaban de modo razonable con los enemigos que capturaban, aún con los peores. Las arañas gigantes eran las únicas cosas vivientes con las que no tenían misericordia.

Allí, en la mazmorra del rey, quedó el pobre Thorin, y luego de haber dado gracias por el pan, la carne y el agua, empezó a preguntarse qué habría sido de sus infortunados amigos. No tardó mucho en saberlo; pero esto es parte del capítulo

siguiente y el comienzo de una nueva aventura en la que el hobbit muestra otra vez su utilidad.

Thorin y el Rey de los Elfos. Ilustración de Livia Rusz para la edición rumana de 1975.

9
Barriles de contrabando

EL DÍA QUE SIGUIÓ A LA BATALLA con las arañas, Bilbo y los enanos hicieron un último y desesperado esfuerzo por encontrar un camino de salida antes de morir de hambre y sed. Se incorporaron y fueron tambaleándose hacia el sitio en que corría el sendero, según decían ocho de los trece; pero nunca descubrieron si habían acertado. Un día como todos los del bosque se desvanecía una vez más en una noche negra, cuando las luces de muchas antorchas aparecieron de súbito todo alrededor, como cientos de estrellas rojas. Los Elfos del Bosque se acercaron cantando, armados con arcos y lanzas, y dieron el alto a los enanos.

Nadie pensó en luchar. Aún si los enanos no se hubiesen encontrado en una situación tal que les alegraba realmente ser capturados, los pequeños cuchillos, las únicas armas que tenían, hubieran sido inútiles contra las flechas de los elfos, que podían golpear el ojo de un pájaro en la oscuridad.[1] De modo que se contentaron con detenerse, y se sentaron, y aguardaron, todos excepto Bilbo, que se puso rápido el anillo y se deslizó a un lado. Así se explica que cuando los elfos ataron a los enanos en una larga hilera, uno tras otro, y los contaron, nunca encontraron ni contaron al hobbit.

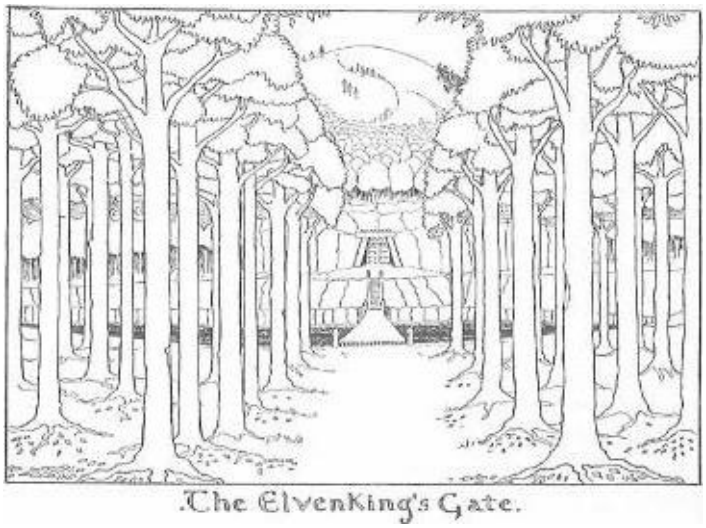
No lo oyeron ni lo sintieron mientras corría al trote bastante atrás de la luz de las antorchas, mientras ellos llevaban a los prisioneros por el bosque. Les habían vendado los ojos a todos, pero esto no cambiaba mucho las cosas, pues aún Bilbo, que podía utilizar bien los ojos, no podía ver a dónde iban, y de todos modos ni él ni los otros sabían de dónde habían partido.

Bilbo trataba por todos los medios de no quedarse demasiado atrás, pues los elfos hacían marchar a los enanos con una rapidez que nunca habían conocido, sobre todo enfermos y fatigados como estaban. El rey había ordenado que se dieran prisa. De pronto, las antorchas se detuvieron, y el hobbit tuvo el tiempo justo para alcanzarlos antes que comenzasen a cruzar el puente. Este era el puente que cruzaba el río y llevaba a las puertas del rey. El agua se precipitaba oscura y violenta por debajo; y en el otro extremo había portones que cerraban una enorme caverna en la ladera de una pendiente abrupta cubierta de árboles. Allí las grandes hayas descendían hasta la misma ribera, y hundían los pies en el río.

Los elfos empujaron a los prisioneros a través del puente, pero Bilbo vaciló en la retaguardia. No le gustaba nada el aspecto de la caverna, y sólo a último momento se decidió a no abandonar a sus amigos, y se deslizó casi pisándole los talones al último de los elfos, antes de que los grandes portones del rey se cerrasen detrás con un golpe sordo.

El Rey de los Elfos. Ilustración de Horus Engels para la edición alemana de 1957.

Dentro los pasadizos estaban iluminados con antorchas de luz roja, y los guardias elfos cantaban marchando por los corredores retorcidos, entrecruzados y resonantes. No se parecían a los túneles de los trasgos: eran más pequeños, menos profundos, y de un aire más puro. En un gran salón con pilares tallados en la roca viva, estaba sentado el rey elfo[2] en una silla de madera labrada. Llevaba en la cabeza una corona de bayas y hojas rojizas, pues el otoño había llegado de nuevo. En la primavera se ceñía una corona de flores de los bosques. Sostenía en la mano un cetro de roble tallado.[3]



La Puerta del Rey de los Elfos de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937. Se puede encontrar en *Artista* (n.º 112) y *Pinturas* (n.º 12, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Ridett apareció en el *Calendario 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 12, derecha).
Tolkien intentó varias veces dibujar esta escena. Quizá la primera es una vista directa desde el puente, que muestra una puerta sencilla delante de un túnel (véase *Artista*, n.º 117). Desde allí, Tolkien mueve la perspectiva hacia atrás y hacia la izquierda para ver la entrada desde un ángulo. Tres dibujos de esta perspectiva presentan árboles para enmarcar la escena. Uno se titula *Entrada a las estancias del Rey de los Elfos* (*Artista*, n.º 118) y el segundo no lleva título y ofrece una visión más cercana (*Artista*, n.º 119). El tercero es la única versión de Tolkien a color, con un río intensamente azul y un cielo nocturno. Desgraciadamente quedó sin terminar. Aquí aparece en blanco y negro (izquierda, arriba), pero una reproducción en color se publicó en el *Calendario 1979* (1978) y en *Pinturas* (n.º 11).

El dintel de tres piedras (en forma de π, con los laterales inclinados) reproducida en el siguiente dibujo (izquierda, abajo), *Puerta de las estancias del Rey de los Elfos*, se parece mucho a unos pocos dibujos del reino subterráneo de los elfos de Nargothrond en las leyendas del «Silmarillion», cuya entrada tiene un dintel construido con tres piedras. Tolkien dibujó uno de ellos en tinta (véase *Artista*, n.º 57) y el otro en acuarela (véase *Pinturas*, n.º 33), aunque quedó inacabado.
Para la versión final, Tolkien volvió a la perspectiva directa e incorporó un número mayor de árboles para enmarcar la vista.

Los prisioneros fueron llevados al rey, y aunque él los miró con severidad, ordenó que los desataran, pues estaban andrajosos y fatigados.

—Además, no necesitan cuerdas —dijo—. No hay escapatoria de mis puertas mágicas para aquellos que alguna vez son traídos aquí.

Larga e inquisitivamente preguntó a los enanos sobre lo que hacían, y a dónde iban, y de dónde venían; pero no consiguió sacarles más noticias que a Thorin. Se sentían desanimados y enfadados, y ni siquiera intentaron parecer corteses.

—¿Qué hemos hecho, oh rey? —dijo Balin, el más viejo de los que quedaban—. ¿Es un crimen perderse en el bosque, tener hambre y sed, ser atrapado por las arañas? ¿Son acaso las arañas vuestras bestias domesticadas o vuestros animales falderos, y por eso os enojáis si las matamos?

Esta pregunta, desde luego, enojó aún más al rey, quien contestó: —Es un crimen andar por mi país sin mi permiso. ¿Olvidas que estabas en mi reino, utilizando el camino que mi pueblo abrió una vez? ¿Acaso por tres veces no acosasteis e importunasteis a mi gente en el bosque, y despertasteis a las arañas con vuestros gritos y tumultos? ¡Después de todo el disturbio que habéis provocado tengo derecho a saber qué os trae por aquí, y si no me lo contáis ahora, os encerraré a todos hasta que hayáis aprendido a ser sensatos y a tener buenas maneras!

Luego ordenó que pusieran a cada uno de los enanos en celdas separadas y les dieran comida y bebida, pero que no se les permitiese dejar el calabozo, hasta que al

menos uno de ellos se decidiera a decir todo lo que él quería saber. Pero no les dijo que Thorin había sido hecho prisionero. Bilbo mismo lo descubrió.

¡Pobre señor Bolsón!… Fue una larga y aburrida temporada la que pasó en aquel sitio, a solas, y siempre oculto, nunca atreviéndose a sacarse el anillo, y apenas atreviéndose a dormir, aún escondido en los rincones más oscuros y remotos que podía encontrar. Por hacer algo se dedicó a recorrer el palacio del rey elfo. Unas puertas mágicas cerraban la entrada, pero a veces podía salir, si era rápido. Compañías de los Elfos del Bosque, algunas veces con el rey a la cabeza, salían de cuando en cuando de cacería, o a otros asuntos, a los bosques y a las tierras del Este. Entonces, si Bilbo se apresuraba, podía deslizarse fuera detrás de ellos; aunque era un riesgo muy peligroso. Más de una vez estuvo a punto de ser alcanzado por las puertas, cuando batían juntas al pasar el último elfo; todavía no se atrevía a marchar entre ellos a causa de la sombra que echaba (tenue y vacilante a la luz de las antorchas), o por miedo a que tropezasen con él y lo descubriesen. Y cuando salía, lo que no era muy frecuente, no servía de mucho. No deseaba abandonar a los enanos, y en verdad sin ellos no hubiera sabido a dónde ir. No podía marchar al paso de los elfos cazadores durante el tiempo que estaban fuera, así que nunca descubría los caminos de salida del bosque y se quedaba errando tristemente por la floresta, aterrorizado de perderse, hasta que aparecía una oportunidad de regresar. Además pasaba hambre fuera, pues no era cazador, mientras que en el interior de las cavernas podía ganarse la vida de alguna forma, robando comida del almacén o la mesa cuando no había nadie a la vista.

«Soy como un saqueador que no puede escapar, y ha de seguir saqueando miserablemente la misma casa, día tras día», pensaba. «¡Ésta es la parte más monótona y gris de una desdichada, fatigosa e incómoda aventura! ¡Desearía estar de vuelta en mi agujero-hobbit junto a mi propio fuego, y a la luz de la lámpara!». A menudo deseaba también enviar un mensaje de socorro al mago, pero aquello, desde luego, era del todo imposible; y pronto comprendió que si algo podía hacerse, tendría que hacerlo él mismo, solo y sin ayuda.

Por fin, luego de una o dos semanas de esta vida furtiva, observando y siguiendo a los guardias y aprovechando todas las oportunidades, se las arregló para descubrir dónde estaban encerrados los enanos. Encontró las doce celdas en sitios distintos del palacio, y al cabo de un tiempo consiguió conocer el camino bastante bien. Cuál no sería su sorpresa cuando oyó por casualidad una conversación de los guardianes y se enteró que había otro enano en prisión, en lugar especialmente profundo y oscuro. Adivinó enseguida, por supuesto, que se trataba de Thorin; y descubrió al poco tiempo que la suposición era correcta. Por último, después de muchas dificultades consiguió encontrar el lugar cuando nadie rondaba y tener unas pocas palabras con el jefe de los enanos.

Thorin se sentía demasiado desdichado para que sus propios infortunios continuaran enfadándolo mucho tiempo, y ya estaba pensando en contarle al rey todo lo del tesoro y la búsqueda (lo que prueba qué deprimido se sentía), cuando oyó la vocecita de Bilbo en el agujero de la cerradura. No podía creerlo. Pronto, sin embargo, entendió que no podía estar equivocado y se acercó a la puerta; y sostuvo una larga y susurrante charla con el hobbit al otro lado.

Así fue como Bilbo fue capaz de llevar en secreto un mensaje de Thorin a cada uno de los otros enanos prisioneros, diciéndoles que Thorin, el jefe, estaba también en prisión, muy cerca, y que nadie revelara al rey el objeto de la misión, no todavía, no antes que Thorin lo ordenase. Pues Thorin se sintió otra vez animado al oír cómo el hobbit había salvado a los enanos de las arañas, y resolvió de nuevo no pagar un rescate (prometiéndole al rey una parte del tesoro) hasta que toda otra esperanza de salir de allí se hubiese desvanecido; en realidad hasta que el extraordinario señor Bolsón Invisible (de quien empezaba a tener en verdad una opinión muy alta) hubiese fracasado por completo en encontrar una solución más ingeniosa.

Thorin en las mazmorras del Rey de los Elfos. Ilustración de Mikhail Belomlinskiy para la edición rusa de 1976.

Los otros enanos estuvieron por completo de acuerdo cuando recibieron el mensaje. Todos pensaron que las partes del tesoro que les tocaban (y de las que se consideraban los verdaderos dueños, a pesar de la situación en que se encontraban ahora y del todavía invicto dragón) se verían seriamente disminuidas si los Elfos del Bosque reclamaban una porción; y todos confiaban en Bilbo. Exactamente lo que Gandalf había anunciado, como veis. Tal vez ésa era parte de la razón por la que se marchó y los dejó.

Bilbo, sin embargo, no se sentía tan optimista. No le gustaba que alguien dependiera de él, y deseaba que el mago estuviese al alcance. Pero era inútil; quizá estaban separados por toda la oscura extensión del Bosque Negro. Se sentó y pensó y pensó, hasta que casi le estalló la cabeza, pero no se le ocurrió ninguna idea brillante. Un anillo invisible era algo de veras valioso, aunque no de mucha utilidad entre catorce. Pero desde luego, como habréis adivinado, al final rescató a sus amigos, y así es como sucedió:

Un día, mientras curioseaba y deambulaba, Bilbo descubrió algo muy interesante: los grandes portones no eran la única entrada a las cavernas. Un arroyo corría por debajo del palacio, y se unía al Río del Bosque un poco al este, más allá de la cuesta empinada en la que se abría la boca principal. En la ladera de la colina donde nacía este curso subterráneo había una compuerta. La bóveda rocosa descendía a la

superficie del agua, y desde allí podía dejarse caer un portalón hasta el mismo lecho del río, para impedir que alguien entrase o saliese. Pero el portalón estaba abierto a menudo, pues mucha gente iba y venía por la compuerta. Si alguien hubiese llegado por ese camino, se habría encontrado en un túnel oscuro y tosco que se adentraba en el corazón de la colina; pero debajo de las cavernas, en cierto sitio, el techo había sido horadado y tapado con grandes escotillas de roble, que comunicaban con las bodegas del rey. Allí se amontonaban barriles y barriles y barriles; pues los Elfos del Bosque, y sobre todo el rey, eran muy aficionados al vino, aunque no había viñas en aquellos parajes. El vino y otras mercancías eran traídos desde lejos, de las tierras que habitaban los parientes del Sur, o de los viñedos de los Hombres en tierras distantes.

Escondido detrás de uno de los barriles más grandes, Bilbo descubrió las escotillas y para qué servían, y escuchando la charla de los sirvientes del rey, se enteró de cómo el vino y otras mercancías remontaban los ríos, o cruzaban la tierra, hasta el Lago Largo. Parecía que una ciudad de Hombres aún prosperaba allí, construida sobre puentes, lejos, aguas adentro, como una protección contra enemigos de toda suerte, y especialmente contra el dragón de la Montaña. Traían los barriles desde la Ciudad del Lago, remontando el Río del Bosque. A menudo los ataban juntos con grandes almadías y los empujaban aguas arriba con pértigas o remos; algunas veces los cargaban en botes planos.

Cuando los barriles estaban vacíos, los elfos los arrojaban a través de las escotillas, abrían la compuerta, y los barriles flotaban fuera en el arroyo, bamboleándose, hasta que al fin eran arrastrados por la corriente a un sitio distante, aguas abajo, donde la ribera sobresalía, de pronto, cerca de los lindes orientales del Bosque Negro. Allí eran recogidos y atados juntos, y flotaban de vuelta a la ciudad, que se alzaba cerca del punto donde el Río del Bosque desembocaba en el Lago Largo.

Bilbo estuvo sentado un tiempo meditando sobre esta compuerta, y preguntándose si los enanos podrían escapar por allí, y al fin tuvo el desesperado esbozo de un plan. Habían servido la comida de la noche a los prisioneros. Los guardias se alejaron con pasos pesados bajando los pasadizos, llevando la luz de las antorchas con ellos y dejando todo a oscuras. Entonces Bilbo oyó la voz del mayordomo del rey que daba las buenas noches al jefe de los guardias.

—Ahora ven conmigo —dijo—, y prueba el nuevo vino que acaba de llegar. Estaré trabajando duro esta noche, limpiando las bodegas de barriles vacíos, de modo que tomemos primero un trago, para que me ayude a trabajar.

—Muy bien —rio el jefe de los guardias—. Lo probaré contigo, y veré si es digno de la mesa del rey. ¡Hay un banquete esta noche y no habría que mandar nada malo!

Cuando Bilbo oyó esto, se excitó sobremanera, pues entendió que la suerte lo acompañaba, y que pronto tendría ocasión de intentar aquel plan desesperado. Siguió a los dos elfos, hasta que entraron en una pequeña bodega y se sentaron a una mesa en la que había dos jarros grandes. Los elfos empezaron a beber y a reír alegremente. Una suerte desusada acompañó entonces a Bilbo. Tiene que ser un vino muy poderoso el que ponga somnoliento a un elfo del bosque; pero este vino, parecía, era la embriagadora cosecha de los grandes jardines de Dorwinion,[4] no destinado a soldados o sirvientes, sino sólo a los banquetes del rey, y para ser servido en cuencos más pequeños, no en los grandes jarros del mayordomo.

Muy pronto el guardia jefe inclinó la cabeza; luego la apoyó sobre la mesa y se quedó profundamente dormido: El mayordomo continuó riendo y charlando consigo mismo durante un rato, distraído al parecer, pero luego él también inclinó la cabeza, y cayó dormido y roncando al lado del guardia. El hobbit se escurrió entonces en la bodega, y un momento después el guardia jefe ya no tenía las llaves, mientras Bilbo trotaba tan rápido como le era posible, a lo largo de los pasadizos, hacia las celdas. El manojo de llaves le parecía muy pesado, y a veces se le encogía el corazón, a pesar del anillo, pues no podía evitar que las llaves tintineasen de cuando en cuando, estremeciéndolo de pies a cabeza.

Primero abrió la puerta de Balin, y la cerró de nuevo con cuidado tan pronto como el enano estuvo fuera. Balin parecía muy sorprendido, como podéis imaginar; pero en cuanto dejó aquella habitación de piedra agobiante y minúscula, se sintió muy contento y quiso detenerse y hacer preguntas, y conocer los planes de Bilbo, y todo lo demás.

—¡No hay tiempo ahora! —dijo el hobbit—. Simplemente sígueme. Tenemos que mantenernos juntos y no arriesgarnos a que nos separen. Tenemos que escapar todos o ninguno, y ésta es nuestra última oportunidad. Si se descubre, quién sabe dónde os pondrá el rey entonces, con cadenas en las manos y también en los pies, supongo. ¡No discutas, sé un buen muchacho!

Luego fueron de puerta en puerta, hasta que los siguieron los otros doce, ninguno de ellos demasiado ágil, a causa de la oscuridad y el largo encierro. El corazón de Bilbo latía con violencia cada vez que uno de ellos tropezaba, gruñía o susurraba en las tinieblas. —¡Maldita sea este jaleo de enanos! —se dijo. Pero no ocurrió nada desagradable, y no tropezaron con ningún guardia. En realidad, había un gran banquete otoñal aquella noche en los bosques y en los salones de arriba. Casi toda la gente del rey estaba de fiesta.

Al fin, luego de extraviarse varias veces, llegaron a la mazmorra de Thorin, bien abajo, en un sitio profundo, y por fortuna no lejos de las bodegas.

—¡Qué te parece! —dijo Thorin, cuando Bilbo le susurró que saliera y se uniera a los otros—. ¡Gandalf dijo la verdad, como de costumbre! Eres un buen saqueador,

parece, cuando llega el momento. Estoy seguro de que estaremos siempre a tu servicio, ocurra lo que ocurra. Pero ¿qué viene ahora?

Bilbo entendió que había llegado el momento de explicar el plan, dentro de lo posible; aunque no sabía muy bien cómo reaccionarían los enanos. Estos temores estaban bastante justificados, pues lo que él les dijo no les gustó y se pusieron a refunfuñar y a gritar a pesar del peligro.

—¡Nos magullaremos y nos haremos pedazos, y nos ahogaremos también, seguro! —dijeron—. Creímos que habías ideado algo sensato cuando te apoderaste de las llaves. ¡Esto es una locura!

—¡Muy bien! —dijo Bilbo desanimado, y también bastante molesto—. Regresad a vuestras agradables celdas, os encerraré otra vez, y allí podréis sentaros cómodamente y pensar en un plan mejor… aunque supongo que no conseguiré de nuevo las llaves, aun cuando me sintiese con ganas de intentarlo.

Aquello fue demasiado para ellos, y se calmaron. Al final, desde luego, tuvieron que hacer exactamente lo que Bilbo había sugerido, pues era obviamente imposible buscar y encontrar el camino en los salones de arriba, o luchar y salir cruzando unas puertas que se cerraban por arte de magia; y no era bueno refunfuñar en los pasadizos y esperar a que los capturasen otra vez. De modo que siguiendo con cautela al hobbit, fueron a las bodegas de abajo. Pasaron ante la puerta de la bodega donde el jefe de los guardias y el mayordomo todavía roncaban felices con rostros sonrientes. El vino de Dorwinion produce sueños profundos y agradables. Habría una expresión diferente en la cara del jefe de los guardias al otro día, aun cuando Bilbo, antes de continuar, se deslizó sigiloso y amablemente le puso las llaves de vuelta en el cinturón.

—Eso le ahorrará alguno de los problemas en que está metido —se dijo—. No era un mal muchacho, y trató con decencia a los prisioneros. Quedarán muy desconcertados Pensarán que teníamos una magia muy poderosa para traspasar las puertas cerradas y desaparecer. ¡Desaparecer! ¡Tenemos que darnos prisa, si queremos que así sea!

Se encargó a Balin que vigilase al guardia y al mayordomo, y que avisara si hacían algún movimiento. El resto entró en la bodega aledaña, donde estaban las escotillas. Había poco tiempo que perder. En breve, como sabía Bilbo, algunos elfos bajarían a ayudar al mayordomo en la tarea de pasar los barriles vacíos por las puertas y echarlos a la corriente. Los barriles estaban ya dispuestos en hileras en medio del suelo, aguardando a que los empujasen. Algunos eran barriles de vino, y no muy útiles, pues no podían abrirse por el fondo sin hacer ruido, ni cerrarse de nuevo con facilidad. Pero había algunos que habían servido para traer otras mercancías, mantequilla, manzanas y toda suerte de cosas, al palacio del rey.

Bilbo mete a los enanos en barriles. Ilustración de Horus Engels para la edición alemana de 1957.

Pronto encontraron trece cubas con espacio suficiente para un enano en cada una. En verdad, algunas eran demasiado grandes, y los enanos pensaron con angustia en las sacudidas y topetazos que soportarían dentro, aunque Bilbo buscó paja y otros materiales para empacarlos lo mejor que pudo, en tan corto tiempo. Por último, doce enanos estuvieron dentro de los barriles. Thorin había causado muchas dificultades, y daba vueltas y se retorcía en la cuba, y gruñía como perro grande en perrera pequeña; mientras que Balin, que fue el último, levantó un gran alboroto a propósito de los agujeros para respirar, y dijo que se estaba ahogando aún antes de que taparan el barril. Bilbo había tratado de cerrar los agujeros en los costados de los barriles y sujetar bien todas las tapaderas, y ahora se encontraba de nuevo solo, corriendo alrededor, dando los últimos toques al embalaje, y aguardando contra toda esperanza que el plan no fracasara.

Había concluido con el tiempo justo. Sólo uno o dos minutos después de encajar la tapadera de Balin, llegó un sonido de voces y un parpadeo de luces. Algunos elfos venían riendo y charlando y cantando a las bodegas. Habían dejado un alegre festín en uno de los salones y estaban resueltos a retornar tan pronto como les fuese posible.

—¿Dónde está el viejo Galion,[5] el mayordomo? —dijo uno—. No le he visto a la mesa esta noche. Tendría que encontrarse aquí ahora, para mostrarnos lo que hay que hacer.

—Me enfadaré si el viejo perezoso se retrasa —dijo otro—. ¡No tengo ganas de perder el tiempo aquí abajo mientras se canta allá arriba!

—¡Ja, ja! —llegó una carcajada—. ¡Aquí está el viejo tunante con la cabeza metida en un jarro! Ha estado montando un pequeño banquete para él y su amigo el capitán.[6]

—¡Sacúdelo! ¡Despiértalo! —gritaron los otros, impacientes.

A Galion no le gustó nada que lo sacudieran y despertaran, y mucho menos que se rieran de él. —Estáis retrasados —gruñó—. Aquí estoy yo; esperando y esperando, mientras vosotros bebéis y festejáis y olvidáis vuestras tareas. ¡No os maraville que caiga dormido de aburrimiento!

—No nos maravilla —dijeron ellos—, ¡cuando la explicación está tan cerca en un

jarro! ¡Vamos, déjanos probar tu soporífero antes de que comencemos la tarea! No es necesario despertar al joven de las llaves. Por lo que parece, ha tenido su ración.

Bebieron entonces una ronda, y de repente todos se pusieron muy contentos. Pero no perdieron por completo la cabeza. —¡Sálvanos, Galion! —gritó de pronto alguien —. ¡Empezaste la fiesta temprano y se te embotó el juicio! Has apilado aquí algunos toneles llenos en lugar de los vacíos, a juzgar por lo que pesan.

—¡Continuad con el trabajo! —gruñó el mayordomo—. Los brazos ociosos de un levantacopas nada saben de pesos.[7] Éstos son los que hay que llevar y no otros. ¡Haced lo que digo!

—¡Está bien, está bien! —le respondieron haciendo rodar, los barriles hasta la abertura—. ¡Tú serás el responsable si las cubas de mantequilla del rey y el vino mejor son empujados al río para que los hombres del lago se regalen gratis!

¡Rueda-rueda-rueda-rueda,
rueda-rueda-rueda bajando a la cueva!
¡Levantad, arriba, que caigan a plomo!
Allá abajo van, chocando en el fondo.

Así cantaban, mientras primero uno, y luego otro, los barriles bajaban retumbando a la oscura abertura y eran empujados hacia las aguas frías que corrían unos pies más abajo. Algunos eran barriles realmente vacíos; algunos eran cubas bien cerradas con un enano dentro; todos cayeron, uno tras otro, golpeando y entrechocándose, precipitándose en el agua, sacudiéndose contra las paredes del túnel, y flotando lejos corriente abajo.

Los barriles son lanzados desde las bodegas del Rey de los Elfos. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

Fue entonces precisamente cuando Bilbo descubrió de pronto el punto débil del plan. Seguro que ya os disteis cuenta hace tiempo, y os habéis reído de él; pero no creo que hubierais conseguido ni la mitad de lo que él consiguió. ¡Por supuesto, él no estaba en ningún barril, ni había nadie allí para empacarlo, aún si se hubiera presentado la oportunidad! Parecía como si esta vez fuese a perder de veras a sus amigos (ya habían desaparecido casi todos a través de la escotilla oscura),[8] que lo dejarían atrás para siempre, de modo que él tendría que quedarse allí escondido, como un saqueador sempiterno de las cuevas de los elfos. Pues aún si hubiera podido escapar enseguida por los portones superiores, no tenía muchas posibilidades de reencontrarse con los enanos. No sabía cómo llegar al sitio donde recogían los

barriles. Se preguntó qué demonios les ocurriría sin él; pues no había tenido tiempo de contar a los enanos todo lo que había averiguado, o lo que se había propuesto hacer, una vez fuera del bosque.

Mientras todos estos pensamientos le cruzaban por la mente, los elfos, que parecían ahora muy animados, comenzaron a entonar una canción junto a la puerta del río. Algunos habían ido ya a tirar de las cuerdas que alzaban la compuerta para dejar salir los barriles tan pronto como todos flotaran abajo.

¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta a tierras que antaño conociste!
Deja las salas y cavernas profundas,
las escarpadas montañas del norte,
en donde el bosque tenebroso y ancho
en sombras grises y hoscas se inclina.
Más allá de este mundo de árboles
flota saliendo hacia la brisa,
más allá de las cañadas y los juncos,
más allá de las hierbas del pantano,
en la neblina blanca que asciende
del lago nocturno y de los charcos.
¡Sigue, sigue a las estrellas que asoman
arriba en cielos fríos y empinados,
gira con el alba sobre la tierra,
sobre la arena, sobre los rápidos!
¡Lejos al Sur, y más lejos al Sur!
¡Busca la luz del sol y la del día,
de vuelta a los pastos, y a los prados,
que vacas y bueyes apacientan!
¡De vuelta a los jardines de las lomas
donde las bayas crecen y maduran
bajo la luz del sol y bajo el día!
¡Lejos al Sur, más lejos al Sur!
¡Bajas la rápida corriente oscura
de vuelta a tierras que antaño conociste!

¡Ya el último de los barriles iba rodando hacia las puertas! Desesperado, y no sabiendo qué hacer, el pobre pequeño Bilbo se aferró al barril y fue empujado con él sobre el borde. Cayó abajo en el agua fría y oscura, con el barril encima, y subió otra vez balbuceando y arañando la madera como una rata, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudo trepar. Cada vez que lo intentaba, el barril daba una media vuelta y lo sumergía otra vez. El barril estaba realmente vacío, y flotaba como un corcho.

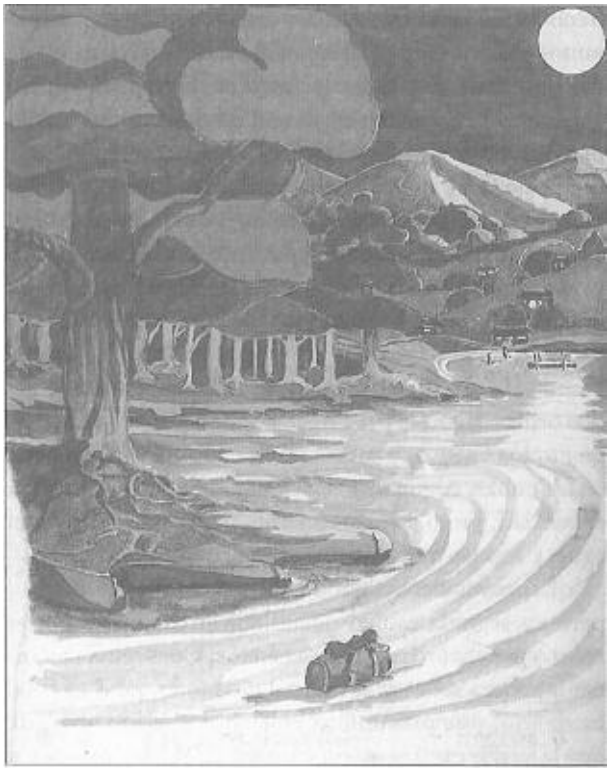
Aunque Bilbo tenía las orejas llenas de agua, aún podía oír a los elfos, cantando arriba en la bodega. Entonces, de súbito, las escotillas cayeron y las voces se desvanecieron a lo lejos. Bilbo estaba ahora en un túnel oscuro, flotando en el agua helada, completamente solo… pues no puedes contar con amigos que flotan encerrados en barriles.

Muy pronto una mancha gris apareció delante, en la oscuridad. Oyó el chirrido de la compuerta que se levantaba, y se encontró en medio de una fluctuante y entrechocante masa de toneles y cubas, todos empujando juntos para pasar por debajo del arco y salir a las aguas del río. Trató por todos los medios de impedir que lo golpearan y machacaran pero al fin, los barriles apiñados comenzaron a dispersarse y a balancearse, uno por uno, bajo la arcada de piedra y más allá. Entonces Bilbo vio que no le habría servido de mucho si hubiese subido a horcajadas sobre el barril, pues apenas había espacio, ni siquiera para un hobbit, entre el barril y el techo ahora inclinado de la compuerta.

Fuera salieron, bajo las ramas que colgaban desde las dos orillas. Bilbo se preguntaba qué sentirían en ese momento los enanos, y si no estaría entrando mucha agua en las cubas. Algunas de las que pasaban flotando en la oscuridad, junto a él, parecían bastante hundidas en el agua, y supuso que llevarían enanos dentro.

«¡Espero haber ajustado bastante las tapas!», pensó, pero enseguida estuvo demasiado preocupado por sí mismo para acordarse de los enanos. Conseguía mantener la cabeza sobre el agua de algún modo, pero temblaba de frío, y se preguntó si moriría congelado antes que la suerte cambiase, cuánto tiempo sería capaz de resistir, y si podía correr el riesgo de soltarse e intentar nadar hasta la orilla.

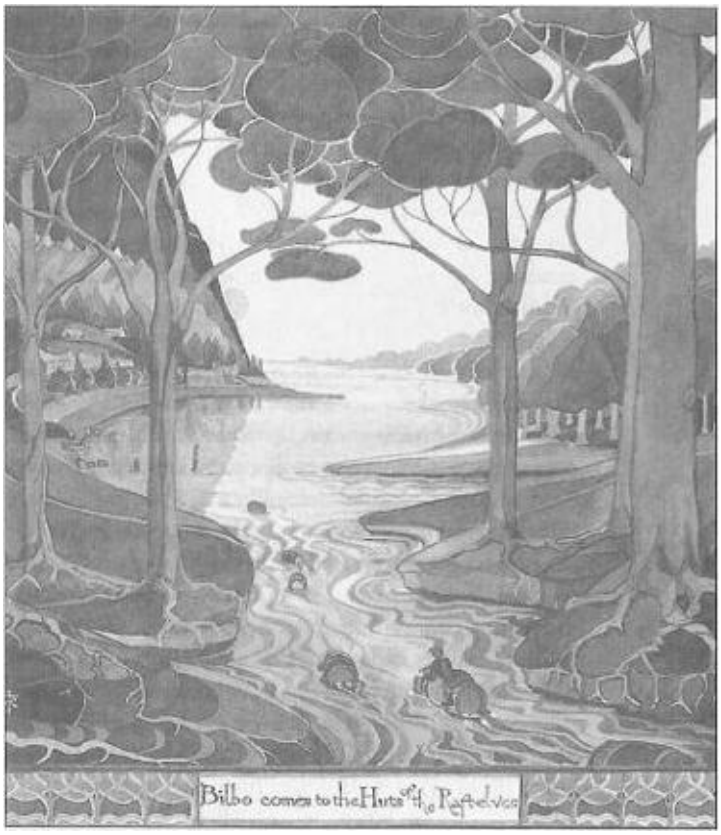
La suerte cambió de pronto: la corriente arremolinada arrastró varios barriles a un punto de la ribera, y allí se quedaron un rato, varados contra alguna raíz oculta. Bilbo aprovechó entonces la ocasión para trepar por el costado del barril apoyado firmemente contra otro. Subió arrastrándose como una rata ahogada, y se tendió arriba, tratando de mantener el equilibrio. La brisa era fría, pero mejor que el agua, y esperaba no caer rodando de repente.



Boceto para el Río del Bosque de J. R. R. Tolkien. Esta ilustración fue publicada en el *Calendario 1979* (1978) y también aparece en *Artista* (n.º 122) y *Pinturas* (n.º 13).

De acuerdo con el texto, Bilbo y los barriles que llevaban a los enanos dentro llegan a las cabañas de los elfos de la almadía mientras es todavía de noche. La versión de la escena que hace Tolkien en la pintura de la derecha es, pues, correcta en los detalles, mientras que la ilustración más detallada y bella que se publica habitualmente con el libro, *Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía*, es incorrecta al mostrar un sol naciente.

Sin embargo, existen otros problemas de perspectiva en el *Boceto para el Río del Bosque*. El texto describe a Bilbo y los barriles en el brazo septentrional del Río del Bosque cuando confluye con el más fuerte brazo meridional, de manera que la corriente empuja los barriles hacia la orilla norte, donde se ha formado una amplia bahía. En el dibujo de la derecha, Bilbo parece estar en el brazo principal, con el brazo septentrional confluyendo por la izquierda y la amplia bahía en la distancia a la derecha. Si la bahía se supone que está en el lado norte del río, entonces la luna (a la que no se menciona en el texto) no puede estar en el norte. La segunda versión de Tolkien soluciona todos estos problemas excepto por el sol naciente, mientras que en el texto dice que en la superficie del río «se reflejaban las nubes y las estrellas en luces danzantes y rotas».



Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones a color para *El Hobbit*, publicada en la segunda impresión de la primera edición inglesa en 1937 (donde se le dio el título impreso de «El río oscuro se ensanchó de pronto»), pero no aparece en la edición norteamericana de 1938. Esta ilustración se encuentra en *Artista* (n.º 124) y *Pinturas* (n.º 14). John y Priscilla Tolkien, en *The Tolkien Family Album [Álbum de familia de los Tolkien*] (1992), se refieren a esta ilustración como la pintura preferida de su padre (p. 57). Un boceto inacabado en lápiz a clor puede verse en Artista (n.º 123).

Los barriles pronto quedaron libres otra vez y giraron y dieron vueltas río abajo, saliendo a la corriente principal. Bilbo descubrió entonces que era muy difícil mantenerse sobre el barril, tal como había temido, y además se sentía bastante incómodo. Por fortuna, Bilbo era muy liviano, y el barril grande, y bastante deteriorado, de modo que había embarcado una pequeña cantidad de agua. Aun así, era como cabalgar sin brida ni estribos un poney panzudo que no pensara en otra cosa que en revolcarse sobre la hierba.

De este modo el señor Bolsón llegó por fin a un lugar donde los árboles raleaban a ambos lados. Alcanzaba a ver el cielo pálido entre ellos. El río oscuro se ensanchó de pronto, y se unió al curso principal del Río del Bosque, que fluía precipitadamente desde los grandes portones del rey. En la móvil superficie de una extensión de agua que las sombras ya no cubrían, se reflejaban las nubes y las estrellas en luces danzantes y rotas. Las rápidas aguas del Río del Bosque llevaron toda la compañía de toneles y cubas a la ribera norte, donde habían abierto una ancha bahía. Ésta tenía una playa de guijarros al pie del barranco, y estaba cerrada en el extremo oriental por un pequeño cabo sobresaliente de roca dura. Muchos de los barriles encallaron en los bajíos arenosos, aunque unos pocos fueron a golpear contra el dique de roca.

Había gente vigilando las riberas. Empujaron rápidamente y movieron con pértigas todos los barriles hacia los bajíos, y los contaron y ataron juntos y los

dejaron allí hasta la mañana. ¡Pobres enanos! Bilbo no estaba tan mal ahora. Bajó deslizándose del barril, y vadeó el río hasta la orilla, y luego se escurrió hacia algunas cabañas que alcanzaba a ver cerca del río. Si tenía la oportunidad de tomar una cena sin invitación, esta vez no lo pensaría mucho; se había visto obligado a hacerlo durante mucho tiempo, y ahora sabía demasiado bien lo que era tener verdadera hambre, y no sólo un amable interés por las delicadezas de una despensa bien provista. Había llegado a ver la luz de un fuego entre los árboles, y era una luz atractiva; las ropas caladas y andrajosas se le pegaban frías y húmedas al cuerpo.

No es necesario contaros mucho de las aventuras de Bilbo aquella noche, pues nos estamos acercando ya al término del viaje hacia el este, llegando a la última y mayor aventura, de modo que hemos de darnos prisa. Ayudado, como es natural, por el anillo mágico, a Bilbo le fue muy bien al principio, pero al cabo fue traicionado por sus pisadas húmedas y el rastro de gotas que iba dejando dondequiera que fuese o se sentase; y luego se puso a lagrimear, y cuando intentaba ocultarse era descubierto por las terribles explosiones de unos estornudos contenidos. Muy pronto hubo una gran conmoción en la villa ribereña; mas Bilbo escapó hacia los bosques llevando una hogaza y un pellejo de vino y un pastel que no le pertenecían. El resto de la noche tuvo que pasarla mojado como estaba y sin fuego, pero el pellejo de vino lo ayudó, y hasta alcanzó a dormitar un rato sobre unas hojas secas, aunque el año estaba avanzado y el aire era cortante.

Despertó de nuevo con un estornudo especialmente ruidoso. La mañana era gris, y había un alegre alboroto río abajo. Estaban construyendo una almadía de barriles, y los elfos de la almadía la llevarían pronto aguas abajo hacia la Ciudad del Lago. Bilbo estornudó otra vez. Las ropas ya no le chorreaban, pero tenía el cuerpo helado. Descendió gateando tan rápido como se lo permitían las piernas entumecidas, y logró alcanzar justo a tiempo el grupo de toneles sin que nadie lo advirtiera en la confusión general. Por suerte, no había sol entonces que proyectase una sombra reveladora, y por misericordia no estornudó otra vez durante un buen rato. Hubo un poderoso movimiento de pértigas. Los elfos que estaban en los bajíos impelían y empujaban. Los barriles, ahora amarrados entre sí, se rozaban y crujían.

—¡Es una carga pesada! —gruñían algunos—. Flotan muy bajos…, algunos no están del todo vacíos. Si hubiesen llegado a la luz del día podríamos haberles echado una ojeada —dijeron.

—¡Ya no hay tiempo! —gritó el elfo de la almadía—. ¡Empujad!

Y allá fueron por fin, lentamente al principio, hasta que dejaron atrás el cabo rocoso, donde otros elfos esperaban para apartarlos con pértigas, y luego más y más rápido cuando entraron en la corriente principal, y navegaron y fueron alejándose, aguas abajo, hacia el Lago.

Habían escapado de las mazmorras del rey y habían atravesado el bosque, pero si

vivos o muertos, todavía estaba por verse.

10
Una cálida bienvenida

EL DÍA CRECÍA MÁS CLARO Y CALUROSO a medida que avanzaban flotando.[1] Luego de un corto trecho, el río rodeaba a la izquierda un repecho de tierra escarpada. Al pie de la pared rocosa que se alzaba como un risco en una llanura, la corriente más profunda fluía lamiendo y borboteando. De repente el risco se estrechó. Las orillas se hundieron. Los árboles desaparecieron. Bilbo miró.

Las tierras se abrían amplias alrededor, cubiertas por las aguas del río que se perdía y se bifurcaba en un centenar de cursos zigzagueantes, o se estancaba en remansos y pantanos con islotes a los lados; pero aun así, una fuerte corriente seguía su curso regular.

¡Y allá, a lo lejos, mostrando la cima oscura entre retazos de nubes, allá amenazadora, asomaba la Montaña! Los picos más próximos de la zona noroeste y el hundido valle que los unía no alcanzaban a distinguirse. Sola y adusta, la Montaña contemplaba el bosque por encima de los pantanos. ¡La Montaña Solitaria! Bilbo había viajado mucho y había pasado muchas aventuras para verla, y ahora no le gustaba nada.

Mientras escuchaba la conversación de los elfos en la almadía, e hilaba los pedazos de información que dejaban caer, pronto comprendió que era muy afortunado por haberla visto, aún desde lejos. Había sufrido mucho cuando cayó prisionero, y ahora no encontraba una postura cómoda (por no mencionar a los pobres enanos debajo de él), y sin embargo no se había dado cuenta de la suerte que había tenido. La conversación se refería sólo al comercio que iba y venía por los canales y al incremento del tráfico en el río, pues las carreteras del este que conducían al Bosque Negro habían desaparecido o dejaron de utilizarse; y además los Hombres del Lago y los Elfos del Bosque se habían disputado el dominio del Río del Bosque y el cuidado de las riberas. Estos territorios habían cambiado mucho desde los días en que los enanos moraran en la Montaña, días que para la mayoría de la gente sólo eran ahora una vaga tradición. Habían cambiado aún en años recientes y desde las últimas noticias que Gandalf tenía de ellos. Inundaciones y lluvias habían aumentado el caudal de las aguas en el Este; y había habido uno o dos terremotos (que algunos se inclinaron a atribuir al dragón, mientras señalaban la Montaña con una maldición y un ominoso movimiento de cabeza). Los pantanos y ciénagas se habían extendido más y más a ambos lados. Los senderos habían desaparecido, y los jinetes o caminantes hubieran tenido un destino similar si hubiesen intentado encontrar los viejos caminos. El sendero elfo que cruzaba el bosque y que los enanos habían tomado siguiendo el consejo de Beorn, ahora llegaba a un dudoso e insólito final en el borde oriental del bosque; sólo el río era aún un trayecto seguro desde el linde norte del Bosque Negro hasta las lejanas planicies sombreadas por la Montaña; y el

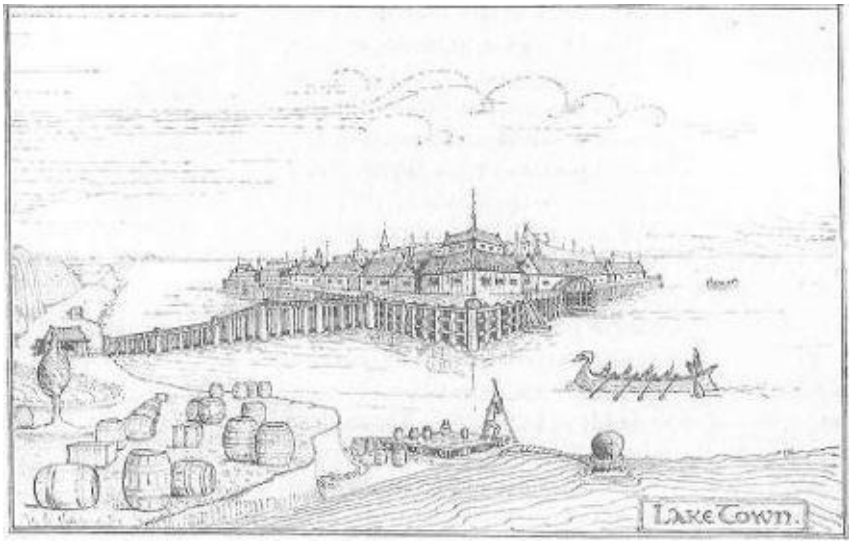
río estaba vigilado por el rey de los Elfos del Bosque.

Así que, como veis, Bilbo había tomado al final el único camino que era en realidad bueno. El señor Bolsón habría podido sentirse reconfortado, mientras temblaba sobre los barriles, si hubiese sabido que noticias de todo esto habían llegado a Gandalf allá lejos, preocupándolo de veras, y que estaba a punto de acabar otro asunto (que no viene a cuento mencionar en este relato) y se disponía a regresar en busca de la gente de Thorin. Pero Bilbo no lo sabía.

Todo cuanto sabía era que el río parecía seguir y seguir y seguir, y que él tenía hambre, y un horroroso resfriado de nariz, y que no le gustaba cómo la Montaña parecía fruncir el entrecejo y amenazarlo a medida que se acercaban. Sin embargo, al cabo de un rato, el río tomó un curso más meridional y la Montaña retrocedió de nuevo, y al fin, ya caída la tarde, entre orillas ahora de rocas, el río reunió todas sus aguas errantes en un profundo y rápido flujo, y descendió precipitadamente.

El sol ya se había puesto cuando luego de un recodo y de bajar otra vez hacia el este, el Río del Bosque se precipitó en el Lago Largo. Las puertas del río se alzaban como altos acantilados, a un lado y a otro, con guijarros apilados en las orillas. ¡El Lago Largo! Bilbo nunca había imaginado que pudiera haber una extensión de agua tan enorme, excepto el mar. Era tan ancho que las márgenes opuestas asomaban apenas a lo lejos, y tan largo que no se veía el extremo norte, que apuntaba a la Montaña. Sólo por el mapa[2] supo Bilbo que allá arriba, donde las estrellas del Carro[3] ya titilaban, el Río Rápido descendía desde el valle[4] desembocando en el Lago, y junto con el Río del Bosque colmaba con aguas profundas lo que una vez tenía que haber sido un valle de piedra grande y hondo. En el extremo meridional las dobles aguas se vertían de nuevo en altas cascadas y corrían deprisa hacia tierras desconocidas. En el aire tranquilo del anochecer el ruido de las cascadas resonaba como un bramido distante.

No lejos de la boca del Río del Bosque se alzaba la extraña ciudad de la que hablaran los elfos, en las bodegas del rey. No estaba emplazada en la orilla, aunque había allí unas cuantas cabañas y construcciones, sino sobre la superficie misma del Lago, en una apacible bahía protegida de los remolinos del río por un promontorio de roca.



Ciudad del Lago de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937. Esta ilustración se puede ver en *Artista* (n.º 127) y *Pinturas* (n.º 15, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Riddett se publicó en el *Calendario 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 15, derecha).

Una versión anterior, titulada *Esgaroth*, muy similar pero mostrando a dos enanos que salen de los toneles de la izquierda, se encuentra en *Artista* (n.º 126).

La concepción de *Ciudad del Lago* recuerda a vahos poblados lacustres prehistóricos de Europa, algunos de los cuales se encuentran en Suiza, aunque se han hallado restos de asentamientos similares en toda Europa, así como en Escocia e Inglaterra, incluyendo la península de Holderness, en Yorkshire, donde Tolkien permaneció por lo menos un año durante la primera guerra mundial a partir de abril de 1917. La mayor parte de los estudios académicos sobre asentamientos lacustres datan de la segunda mitad del siglo XIX y algunas de las monografías arqueológicas incluyen reconstrucciones artísticas de los mismos.

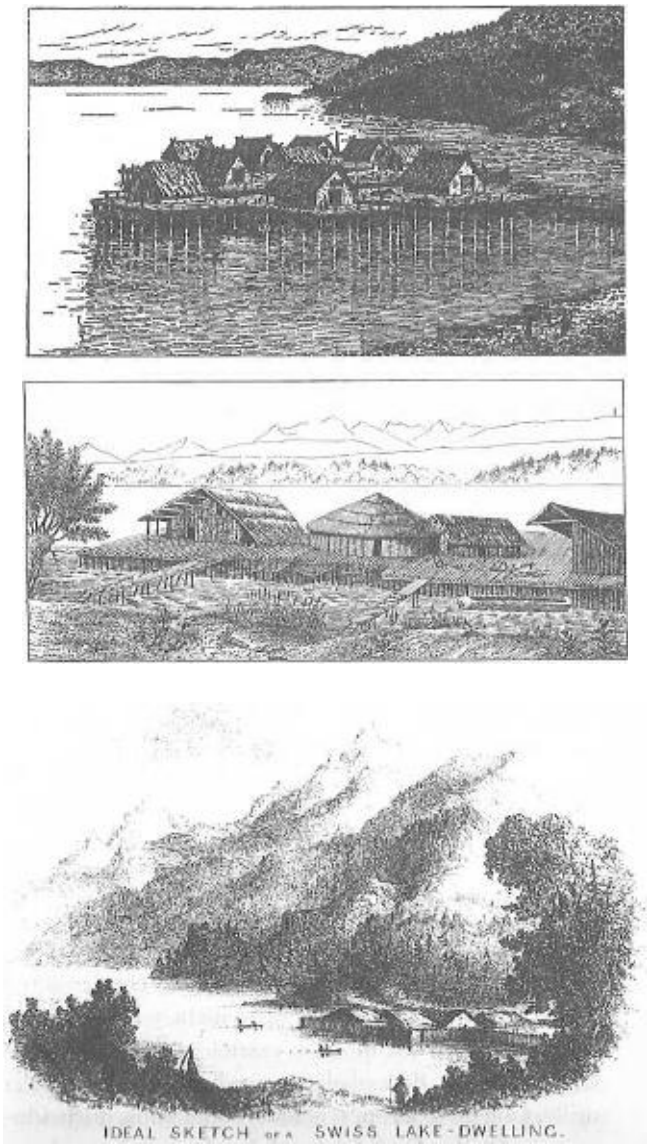
Una de estas reconstrucciones (página siguiente, arriba) procede de *Les Stations Lacustres d'Europe aux Ages de Pierre et du Bronze [Los asentamientos lacustres en Europa en la Edad de Piedra y la Edad de Bronce]* (1908) de Robert Munro. La ilustración impresa se basa en otra de A. de Mortillet. Una reconstrucción más curiosa (página siguiente, centro), con lagunos techos muy extraños, proviene de *Die Keltische Pfahlbauten in der Schweizerseen* (1854) de Ferdinand Keller.

El *Esbozo ideal de un asentamiento lacustre suizo* (página siguiente, abajo) es el frontispicio de la edición inglesa (1878) del volumen uno de la segunda edición «muy ampliada» del libro de Ferdinand Keller. Es diferente de la ilustración aparecida en otras ediciones de la obra, pero fue realizada bajo la dirección de Keller y recibió su aprobación.

El historiador griego Herodoto (*c*. 480-425 a. C.) describe como sigue una aldea lacustre cerca del monte Pangeo (en Grecia, cerca del mar Egeo y al sur de Bulgaria):

> En medio de dicha laguna vense levantados unos andamios o tablados sostenidos sobre linos altos pilares de madera bien trabados entre sí, a los cuales se da paso bien angosto desde tierra por un solo puente (…) Viven, pues, en la laguna, teniendo cada cual levantada su choza encima del tablado donde mora de asiento, y habiendo en cada choza una puerta pegada al tablado que da a la laguna (…) Dan a sus caballos y a las bestias de carga pescado en vez de heno; pues es tan grande la abundancia que llenen de peces, que sólo con abrir su trampa y echar al agua su espuerta pendiente de una soga, pronto la sacan llena de pescado (…)

Herodoto. *Los nueve libros de la historia*, tomo V.


IDEAL SKETCH OF A SWISS LAKE-DWELLING.

Un gran puente de madera se extendía hasta unos enormes troncos que sostenían una bulliciosa ciudad también de madera, no una ciudad de Elfos sino de Hombres, que aún se atrevían a vivir a la sombra de la distante Montaña del dragón. Sacaban aún algún provecho del tráfico que venía desde el Sur, río arriba, y que en el trayecto de las cascadas era transportado por tierra hasta la ciudad; pero en los grandes días de antaño, cuando el Valle Norte era rico y próspero, ellos habían sido poderosos hombres de fortuna; vastas flotas de barcos habían poblado aquellas aguas, y algunos llevaban oro y otros, guerreros con armaduras, y allí se habían conocido guerras y hazañas que ahora eran sólo una leyenda. A lo largo de las orillas podían verse aún los pilotes carcomidos de una ciudad más grande, cuando bajaban las aguas, durante las sequías.

Pero los hombres poco recordaban de todo aquello, aunque algunos todavía cantaban viejas canciones sobre los reyes enanos de la Montaña, Thror y Thrain de la raza de Durin, y sobre la llegada del Dragón y la caída de los Señores de Valle. Algunos cantaban también que Thror y Thorin volverían un día, y que el oro correría en ríos por las compuertas de la Montaña, y que en todo aquel país se oirían canciones nuevas y risas nuevas. Pero esta agradable leyenda no afectaba mucho los

asuntos cotidianos de los hombres.[5]

Tan pronto como la almadía de barriles apareció a la vista, unos botes salieron remando desde los pilotes de la ciudad, y unas voces saludaron a los timoneles. Los elfos arrojaron cuerdas y retiraron los remos, y pronto la balsa fue arrastrada fuera de la corriente del Río del Bosque, y luego remolcada, bajo el alto repecho rocoso, hasta la pequeña bahía de la Ciudad del Lago. Allí la amarraron no lejos de la cabecera del puente. Pronto vendrían hombres del Sur y se llevarían algunos de los barriles, y otros los cargarían con mercancías que habían traído consigo para devolverlas río arriba a la morada de los Elfos del Bosque. Mientras tanto los barriles quedaron en el agua, y los elfos de la almadía y los barqueros fueron a celebrarlo en la Ciudad del Lago.

Bilbo libera a un enano encerrado en un barril. Ilustración de Chica para la edición francesa de 1976.

Se habrían sorprendido si hubiesen visto lo que ocurrió allá abajo en la orilla después de que se fueran, ya caída la noche. Bilbo soltó ante todo un barril y lo empujó hasta la orilla, donde lo abrió. Se oyeron unos quejidos y un enano de aspecto lastimoso salió arrastrándose. Unas pajas húmedas se le habían enredado en la barba enmarañada; estaba tan dolorido y entumecido, con tantas magulladuras y cardenales, que apenas pudo sostenerse en pie y atravesar a tumbos el agua poco profunda; y siguió lamentándose tendido en la orilla. Tenía una mirada famélica y salvaje, como la de un perro encadenado y olvidado en la perrera toda una semana. Era Thorin, aunque sólo podríais reconocerlo por la cadena de oro y por el color del capuchón celeste, ahora sucio y andrajoso, con la borla de plata deslustrada. Tuvo que pasar algún tiempo antes de que volviese a ser amable con el hobbit.

—Bien, ¿estás vivo o muerto? —preguntó Bilbo un tanto malhumorado; quizá había olvidado que él por lo menos había tenido una buena comida más que los enanos, y también los brazos y piernas libres, y no hablemos de la mayor ración de

aire—. ¿Estás todavía preso, o libre? Si quieres comida, y si quieres continuar con esta estúpida aventura (es tuya al fin y al cabo, y no mía), mejor será que sacudas los brazos, te frotes las piernas e intentes ayudarme a sacar a los demás, mientras sea posible.

Por supuesto, Thorin entendió la sensatez de estas palabras, y luego de unos cuantos quejidos más, se incorporó y ayudó al hobbit lo mejor que pudo. En la oscuridad, chapoteando en el agua fría, tuvieron una difícil y muy desagradable tarea tratando de dar con los barriles de los enanos. Dando golpes fuera y llamándolos, sólo descubrieron a unos seis enanos capaces de contestar. A éstos los desembalaron y ayudaron a alcanzar la orilla, y allí los dejaron, sentados o tumbados, quejándose y gruñendo. Estaban tan doloridos, entumecidos y empapados que apenas si alcanzaban a darse cuenta de que los habían liberado o de que había razones para que se mostraran agradecidos.

Bilbo libera a los enanos encerrados en los barriles. Ilustración de Torbjórn Zetterholm para la edición sueca de 1947.

Dwalin y Balin eran dos de los más desafortunados, y no valía la pena pedirles ayuda. Bifur y Bofur estaban menos magullados y más secos, pero permanecían tumbados y no hacían nada. Fili y Kili, sin embargo, que eran jóvenes (para un enano) y que además habían sido mejor embalados, con paja abundante y en toneles más pequeños, emergieron casi sonrientes, con alguna que otra magulladura y un entumecimiento que pronto les desapareció.

—¡Espero no oler nunca más una manzana! —dijo Fili—. Mi cuba estaba toda impregnada de ese aroma. No oler ninguna otra cosa que manzanas cuando apenas puedes moverte y estás helado y enfermo de hambre, es enloquecedor. Me comería hoy cualquier cosa de todo el ancho mundo durante horas y horas… ¡pero nunca una manzana!

Con la voluntariosa ayuda de Fili y Kili, Thorin y Bilbo descubrieron al fin al resto de la compañía y los sacaron de los barriles. El pobre gordo Bombur parecía dormido o inconsciente; Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin habían tragado mucha agua y estaban medio muertos. Tuvieron que transportarlos uno a uno y depositarlos en la orilla.

—¡Bien! ¡Aquí estamos! —dijo Thorin—. Y supongo que tenemos que agradecerlo a nuestras estrellas y al señor Bolsón. Estoy seguro de que tiene derecho a esperarlo, aunque desearía que hubiese organizado un viaje más cómodo. No obstante… todos a vuestro servicio una vez más, señor Bolsón. Sin duda alguna nos

sentiremos debidamente agradecidos cuando hayamos comido y nos recuperemos. ¿Qué hacemos mientras tanto?

—Yo propondría la Ciudad del Lago —dijo Bilbo—. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

Nadie, desde luego, pudo proponer algo distinto; así que dejando a los otros, Thorin y Fili y Kili y el hobbit siguieron la orilla hasta el puente. A la cabecera había guardias, aunque la vigilancia no parecía muy estricta, y no era realmente necesaria desde hacía mucho tiempo. Excepto por ocasionales riñas a causa de los peajes del río, eran amigos de los Elfos del Bosque. Otros pueblos estaban muy lejos, y algunos de los más jóvenes de la ciudad ponían abiertamente en duda la existencia de cualquier dragón en la Montaña, y se burlaban de los barbigrises y vejetes que decían haberlo visto volar por el cielo en sus años mozos. Por todo esto, no es de extrañar que los guardias estuviesen bebiendo y riendo junto al fuego dentro de la cabaña, y no oyesen el ruido de los enanos que eran desembalados, o los pasos de los cuatro exploradores. El asombro de los guardias fue enorme cuando Thorin Escudo de Roble cruzó la puerta.

—¿Quién eres y qué quieres? —gritaron poniéndose en pie de un salto y buscando a tientas las armas.

—¡Thorin hijo de Thrain hijo de Thror, Rey bajo la Montaña! —dijo el enano con voz recia, y realmente parecía un rey, aún con aquellas rasgadas vestiduras y el mugriento capuchón; el oro le brillaba en el cuello y en la cintura; y tenía ojos oscuros y profundos—. He regresado. ¡Deseo ver al gobernador de la ciudad!

Hubo entonces un tremendo alboroto. Algunos de los más necios salieron corriendo como si esperasen que la Montaña se convirtiese en oro por la noche y todas las aguas del Lago se pusiesen amarillas de un momento a otro. El capitán de la guardia se adelantó.

—¿Y quiénes son éstos? —preguntó señalando a Fili, Kili y Bilbo.

—Los hijos de la hija de mi padre —respondió Thorin—. Fili y Kili de la raza de Durin, y el señor Bolsón, que ha viajado con nosotros desde el Oeste.

—¡Si venís en paz arrojad las armas! —dijo el capitán.

—No tenemos armas —dijo Thorin, y era bastante cierto: los cuchillos se los habían sacado los Elfos del Bosque, y también la gran espada Orcrist. Bilbo tenía su daga, oculta como siempre, pero no habló—. No necesitamos armas, volvemos por fin a nuestros dominios, como se decía en otro tiempo. No podríamos luchar contra tantos. ¡Llévanos al gobernador!

—Está en una fiesta —dijo el capitán.

—Más motivo entonces para que nos lleves a él —estalló Fili, ya impaciente con tanta solemnidad—. Estamos agotados y hambrientos después de un largo viaje y tenemos camaradas enfermos. Ahora date prisa y no charlemos más, o tu señor tendrá algo que decirte.

—Seguidme entonces —dijo el capitán, y rodeándolos con seis de sus hombres

los condujo por el puente, a través de las puertas, hasta el mercado de la ciudad. Éste era un amplio círculo de agua tranquila rodeada por altos pilotes sobre los que se levantaban las casas más grandes, y por largos muelles de madera con escalones y escalerillas que descendían a la superficie del lago. De una de las casas llegaba el resplandor de muchas luces y el sonido de muchas voces. Cruzaron las puertas y se quedaron parpadeando a la luz, mirando las largas mesas en las que se apretaba la gente.

—¡Soy Thorin hijo de Thrain hijo de Thror, Rey bajo la Montaña! ¡He regresado! —gritó Thorin con voz recia desde la puerta, antes de que el capitán pudiese hablar.

Todos se pusieron en pie de un salto. El gobernador de la ciudad se movió nervioso en la gran silla. Pero nadie se levantó con mayor sorpresa que los elfos, sentados al fondo de la sala. Precipitándose hacia la mesa del gobernador gritaron juntos:

—¡Estos son prisioneros de nuestro rey que han escapado, enanos errantes y vagabundos que ni siquiera pudieron decir nada bueno de sí mismos y que merodean por los bosques y molestan a nuestra gente!

—¿Es eso cierto? —preguntó el gobernador; en realidad esto le parecía más probable que el regreso del Rey bajo la Montaña, si semejante persona había existido alguna vez.

—Es cierto que el Rey Elfo nos hizo prisioneros por error y nos encarceló sin causa alguna, cuando regresábamos a nuestro país —respondió Thorin—. Mas ni candados ni barrotes pueden impedir el retorno anunciado antaño, y no estamos en los dominios de los Elfos del Bosque. Hablo al gobernador de la ciudad de los Hombres del Lago, no a los almadieros del rey.

El gobernador titubeó entonces, mirando a unos y a otros. El Rey Elfo era muy poderoso en aquellas tierras y el gobernador no deseaba enemistarse con él; además no prestaba mucha atención a canciones antiguas, entregado como estaba al comercio y a los peajes, a los cargamentos y al oro, hábitos a los que debía su posición. Otros, sin embargo, pensaban de un modo muy distinto, y el asunto se solucionó rápidamente sin que el gobernador interviniera. Las noticias se habían difundido desde las puertas del palacio por toda la ciudad, como si se tratase de un incendio. La gente gritaba dentro y fuera de la sala. Unos pasos apresurados recorrían los muelles. Alguien empezó a cantar trozos de viejas canciones que hablaban del regreso del Rey bajo la Montaña; que fuese el nieto de Thror y no Thror en persona quien estaba allí, no parecía molestarles. Otros entonaron la canción que rodó alta y fuerte sobre el lago.

¡El Rey bajo la Montaña,
el Rey de piedra tallada,
el señor de fuentes de plata,
regresará a sus tierras!

Sostendrán alta la corona,
tañerán otra vez el arpa,
cantarán otra vez las canciones,
habrá ecos de oro en las salas.

Los bosques ondularán en montañas,
y las hierbas a la luz del sol;
y las riquezas manarán en fuentes,
y los ríos en corrientes doradas.

¡Alborozados correrán los ríos,
los lagos brillarán como llamas,
cesarán los dolores y las penas,
cuando regrese el Rey de la Montaña!

Así cantaban, o algo parecido, aunque la canción era mucho más larga, y fue acompañada con gritos y música de arpas y violines. Y en verdad, ni el más viejo de los abuelos recordaba semejante algarabía en la Ciudad del Lago. Los propios Elfos del Bosque empezaron a titubear y aún a tener miedo. No sabían, por supuesto, cómo Thorin había escapado, y se decían quizá que el Rey había cometido un grave error. En cuanto al gobernador de la ciudad, comprendió que no podía hacer otra cosa que sumarse a aquel clamor tumultuoso, al menos por el momento, y fingir que aceptaba lo que Thorin decía que era. De modo que lo invitó a sentarse en la silla grande, y puso a Fili y a Kili junto a él en sitios de honor. Aún a Bilbo se le dio un lugar en la mesa alta, y nadie explicó de dónde venía (ninguna canción se refería a él, ni siquiera de un modo oscuro), ni nadie lo preguntó en el bullicio general.

Poco después trajeron a los demás enanos a la ciudad entre escenas de asombroso entusiasmo. Todos fueron curados y alimentados, alojados y agasajados del modo más amable y satisfactorio. Una casa enorme fue cedida a Thorin y a los suyos; y luego les proporcionaron barcos y remeros, y una multitud se sentó a las puertas de la casa y cantaba canciones durante todo el día, o daba hurras si cualquier enano asomaba la punta de la nariz.

Algunas de las canciones eran antiguas; pero otras eran muy nuevas y hablaban con confianza de la repentina muerte del dragón y de los cargamentos de fastuosos presentes que bajaban por el río a la Ciudad del Lago. Estos últimos cantos estaban inspirados en su mayor parte por el gobernador, y no agradaban mucho a los enanos; pero entre tanto los trataban muy bien, y pronto se pusieron de nuevo fuertes y gordos. En una semana estaban ya casi repuestos, con ropa fina de color apropiado, las barbas peinadas y recortadas, y el paso orgulloso. Thorin caminaba y miraba a todo el mundo como si el reino estuviese ya reconquistado y Smaug cortado en trozos pequeños.

Por entonces, como Thorin había dicho, los buenos sentimientos de los enanos

hacia el pequeño hobbit se acrecentaban día a día. No hubo más gruñidos o lamentos. Bebían a la salud de Bilbo, le daban golpecitos en la espalda, y alborotaban alrededor, lo que no estaba mal, pues el hobbit no se sentía demasiado feliz. No había olvidado el aspecto de la Montaña; ni lo que pensaba del dragón, y tenía además un fastidioso resfriado. Durante tres días estornudó y tosió, y no pudo salir, y aún días después, cuando hablaba en los banquetes, se limitaba a decir:

—Buchísimas bracias.

Mientras tanto los elfos habían regresado al Río del Bosque con los cargamentos, y hubo gran excitación en el palacio del rey. Nunca he sabido qué les ocurrió al jefe de la guardia y al mayordomo. Por supuesto, nada se dijo sobre llaves o barriles mientras los enanos permanecieron en la Ciudad del Lago, y Bilbo cuidó de no volverse nunca invisible. No obstante, me atrevería a decir que se suponía más de lo que se sabía, y sin duda el señor Bolsón era uno de los puntos misteriosos. De todos modos el rey conocía ahora la misión de los enanos o creía conocerla, y se dijo a sí mismo:

«¡Muy bien! ¡Ya veremos! Ningún tesoro saldrá por el Bosque Negro sin que yo haya dicho la última palabra. Pero espero que todos tengan un mal fin, ¡y les estará bien empleado!». De todos modos él no creía en enanos que lucharan y mataran dragones como Smaug, y sospechaba un intento de saqueo o algo parecido, lo que demuestra que era un elfo sabio y más sabio que los hombres de la ciudad, aunque no acertaba del todo, como veremos más adelante. Envió espías a las orillas del Lago y a la Montaña, lejos hacia el norte, hasta donde pudieran llegar, y después aguardó.

A los quince días, Thorin empezó a pensar en la partida. Mientras durase el entusiasmo en la ciudad, sería tiempo de pedir ayuda. No convenía dejar enfriar las cosas con dilaciones. Así que habló con el gobernador y los consejeros de la ciudad, [6] y les dijo que pronto él y su compañía marcharían otra vez a la Montaña.

Entonces, por vez primera, el gobernador se sorprendió y aún llegó a asustarse, y se preguntó si Thorin no sería en verdad descendiente de los reyes antiguos. Nunca había pensado que los enanos se atreverían a acercarse a Smaug, y para él no eran más que un fraude que tarde o temprano saldría a la luz. Estaba equivocado. Thorin, por supuesto, era el verdadero nieto del Rey bajo la Montaña, y nadie sabe de lo que es capaz un enano, por venganza o por recobrar lo que le pertenece.

Pero el gobernador no sintió pena alguna cuando los dejó partir. La manutención de los enanos estaba arruinándolo, y desde que habían llegado la vida en la ciudad era como unas largas vacaciones, con los negocios en punto muerto. «Dejemos que se vayan y que le den la lata a Smaug. ¡Ya veremos cómo los recibe!», pensó. —¡Ciertamente, oh Thorin hijo de Thrain hijo de Thror! —fue lo que dijo—. Tenéis que reclamar lo que es vuestro. Ha llegado la hora que se anunció tiempo atrás. Tendréis toda la ayuda que podamos daros, y confiamos en vuestra gratitud cuando reconquistéis el reino.

De modo que un buen día, aunque el otoño estaba ya bastante avanzado, y los vientos eran fríos y las hojas caían rápidas, tres grandes embarcaciones dejaron la Ciudad del Lago, cargadas con remeros, enanos, el señor Bolsón, y muchas provisiones. Habían enviado caballos y poneys que llegarían al apeadero señalado dando un rodeo por senderos tortuosos. El gobernador y los consejeros de la ciudad los despidieron desde los grandes escalones del ayuntamiento, que bajaban hasta el Lago. La gente cantaba en las ventanas y en los muelles. Los remos blancos golpearon y se hundieron en el agua; y la compañía partió hacia el norte, río arriba, en la última etapa de un largo viaje. La única persona completamente desdichada era Bilbo.

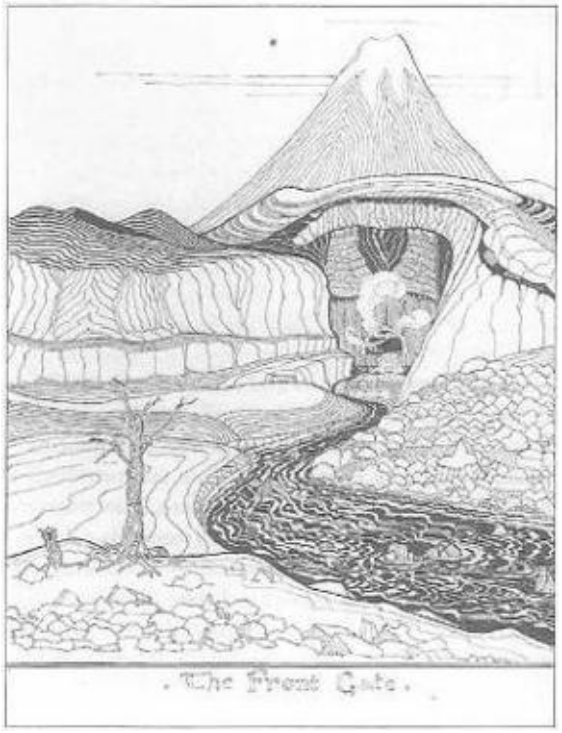
11
En el umbral

DURANTE DOS DÍAS ENTEROS remaron aguas arriba, y se metieron en el Río Rápido, y todos pudieron ver entonces la Montaña Solitaria, que se alzaba imponente y amenazadora ante ellos. La corriente era turbulenta e iban despacio. Al término del día tercero, unas millas río arriba, se acercaron a la orilla oeste o izquierda y desembarcaron. Aquí se les unieron los caballos con otras provisiones y útiles, y los poneys y el resto fue almacenado en una tienda, pero ninguno de los hombres de la ciudad se quedaría con ellos tan cerca de la sombra de la Montaña, ni siquiera por esa noche.

—No al menos hasta que las canciones sean ciertas —dijeron. Era más fácil creer en el dragón y menos fácil creer en Thorin en marcha por esas tierras salvajes. En verdad los almacenes no necesitaban guardias, pues aquellas tierras eran desoladas y desiertas. Así, aunque ya caía la noche, la escolta los abandonó, escapando rápidamente río abajo y por los caminos de la orilla.

Pasaron una noche fría y solitaria, y se sintieron desanimados. Al día siguiente partieron de nuevo. Balin y Bilbo cabalgaban detrás, cada uno llevando un poney con una carga pesada; los otros iban delante, marchando lentamente pues no había ninguna senda. Fueron hacia el noroeste, desviándose del Río Rápido y acercándose más y más a la gran estribación de la Montaña que avanzaba sobre ellos desde el sur.

Al igual que las Montañas Nubladas, la Montaña Solitaria de Tolkien tiene forma y características alpinas. La fotografía de arriba es del Matterhorn, visto desde el noreste, tomada por Elliot Stock y publicada en su *Scrambles in Storm and Sunshine [Escaladas entre tormentas y rayos de sol]* (1910). En su viaje a pie por Suiza durante el verano de 1911, Tolkien y sus compañeros tuvieron probablemente unas vistas magníficas del Matterhorn al aproximarse desde el noreste y rodearlo por el norte



Puerta principal de J. R. R. Tolkien es una de las ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937. Este dibujo se puede ver en *Artista* (n.º 130) y *Pinturas* (n.º 16, izquierda). Una versión coloreada por H. E. Riddett apareció en el *Calendario 1976* (1975) y en *Pinturas* (n.º 16, derecha). El árbol nudoso y antropomórfico en primer término es una copia de un esbozo en tinta que realizó Tolkien en julio de 1928 (véase *Artista*, n.º 129).

Fue una jornada agotadora, silenciosa y furtiva. No hubo risas, ni canciones, ni sonidos de arpa, y el orgullo y las esperanzas que habían reavivado los corazones mientras entonaban los viejos cantos junto al lago, murieron pronto en un fatigado abatimiento. Sabían que estaban aproximándose al final del viaje, y que podía ser un final muy espantoso. La tierra alrededor era pelada y árida, aunque en otra época, decía Thorin, había sido hermosa y verde. Había poca hierba, y al cabo de un rato desaparecieron los árboles y los arbustos, y de los que habían muerto mucho tiempo atrás sólo quedaban unos tocones rotos y ennegrecidos. Habían llegado a la Desolación del Dragón[1] y a los últimos días del año.

A pesar de todo, alcanzaron la falda de la Montaña sin tropezar con ningún peligro ni con otro rastro del dragón que aquel desierto alrededor de la guarida. La Montaña se alzaba oscura y silenciosa ante ellos, y siempre más alta. Acamparon por primera vez en el lado oeste de la gran estribación sur, que terminaba en la llamada Colina del Cuervo. La colina había sido un antiguo puesto de observación; pero no se atrevieron a escalarla aún; estaba demasiado expuesta.

Antes de partir hacia las estribaciones del oeste en busca de la puerta oculta, en la que habían puesto todas sus esperanzas, Thorin envió una partida de exploración para reconocer las tierras del sur, donde estaba la Puerta Principal. Para este propósito escogió a Balin, Fili y Kili, y con ellos fue Bilbo. Marcharon bajo los riscos grises y

silenciosos hacia el pie de la Colina del Cuervo. El río, luego de un amplio recodo sobre Valle, se apartaba de la Montaña e iba hacia el Lago, fluyendo rápida y ruidosamente. Las orillas eran allí desnudas y rocosas, altas y escarpadas sobre la corriente; y mirando con atención por encima del estrecho curso de agua, que saltaba espumosa entre los peñascos, alcanzaron a ver en el amplio valle, ensombrecidas por los brazos de la Montaña, las ruinas grises de casas, torreones y muros antiguos.

—Ahí yace todo lo que queda de Valle —dijo Balin—. Las laderas de la montaña estaban verdes de bosques y los terrenos resguardados eran ricos y agradables en el tiempo en que las campanas repicaban en la ciudad —parecía triste y furioso a la vez cuando lo dijo; él mismo había sido compañero de Thorin el día que llegó el dragón.

No se atrevieron a seguir el río mucho más lejos hacia la Puerta; pero dejaron atrás el extremo de la estribación sur, y ocultándose detrás de una roca, buscaron y vieron la sombría abertura cavernosa en la pared de un risco elevado, entre los brazos de la Montaña. Las aguas del Río Rápido se precipitaban fuera, junto con un vapor y un humo negro. Nada se movía en el yermo aparte del vapor y el agua, y de cuando en cuando un grajo negro y ominoso. El único sonido era el del agua entre las rocas, y a veces el áspero graznido de un pájaro. Balin se estremeció.

—¡Volvamos! —dijo—. ¡Aquí no hacemos nada bueno! Y no me gustan esos pájaros negros, parecen espías del mal.

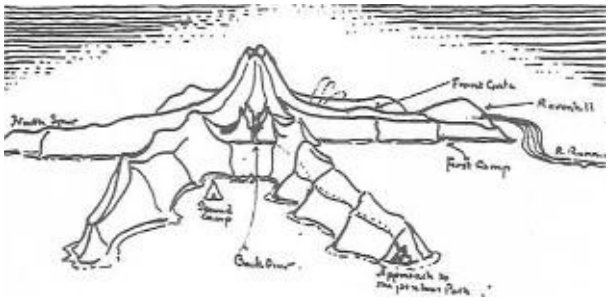
—El dragón vive todavía, y está ahora en los salones bajo la Montaña, o eso supongo por el humo —dijo el hobbit.

—No es una prueba —dijo Balin—, aunque no dudo que estés en lo cierto. Pero pudo haber salido por un rato, o encontrarse de guardia en la ladera de la montaña, y aun así no me sorprendería que humos y vapores salieran por las puertas; ese vaho fétido llena sin duda todas las salas interiores.

Con estos pensamientos tenebrosos, seguidos siempre por grajos que graznaban encima de ellos, volvieron fatigados al campamento. En el mes de junio habían sido huéspedes de la hermosa casa de Elrond, y aunque el otoño ya caminaba hacia el invierno, parecía que habían pasado años desde aquellos días agradables. Estaban solos en el yermo peligroso, sin esperanza de más ayuda. Habían llegado al término del viaje, pero se encontraban más lejos que nunca, o así parecía, del final de la misión. A ninguno de ellos le quedaba mucho ánimo.

Quizá os sorprenda, pero el señor Bolsón parecía más animado que los otros. Muy a menudo le pedía a Thorin el mapa y lo miraba con atención, meditando sobre las runas y el mensaje de letras lunares que Elrond había leído. Fue Bilbo quien incitó a los enanos a que buscaran la puerta secreta de la vertiente oeste. Trasladaron entonces el campamento a un valle largo, más estrecho que el valle del sur donde se levantaban las Puertas del Río, y protegido por las estribaciones más bajas de la Montaña. Dos de las estribaciones se adelantaban aquí desde el macizo principal hacia el oeste, en

largas crestas de faldas abruptas, que sin interrupción caían hacia el llano. En este lado se veían menos señales de los merodeantes pies del dragón, y había alguna hierba para los poneys. Desde el campamento oeste, siempre ensombrecido por el risco y el muro, hasta que el sol empezaba a hundirse en el bosque, salieron día tras día a buscar unos senderos que subiesen por la ladera de la montaña. Si el mapa decía la verdad, en alguna parte de la cima del risco, en la cabeza del valle, tenía que estar la puerta secreta. Día tras día volvían sin éxito al campamento.



Dibujo esquemático de J. R. R. Tolkien de la Montaña Solitaria vista desde el oeste. Tolkien ha señalado la posición del primer campamento en la vertiente sudeste y del segundo cerca de la vertiente noroeste. La nota cerca de la vertiente sudoeste dice «Aproximación al sendero peligroso». La Puerta trasera está marcada entre las dos vertientes occidentales.

El esbozo a lápiz titulado *La Puerta trasera* (abajo) da una visión más cercana de la zona, con la puerta abierta y unos enanos visibles, algunos de ellos tirando de unas cuerdas, y Bilbo sentado cerca de la puerta trapezoidal. *La Puerta trasera* aparece en *Artista* (n.º 131), junto con otro esbozo menos completo, titulado *Vista desde la Puerta trasera* (n.º 132).

Pero por fin, de modo inesperado, encontraron lo que buscaban. Fili, Kili y el hobbit volvieron un día valle abajo y gatearon entre las rocas caídas del extremo sur. Cerca del mediodía, arrastrándose detrás de una piedra solitaria que se alzaba como un pilar, Bilbo descubrió unos toscos escalones. Él y los enanos treparon excitados, y

encontraron el rastro de una senda estrecha, a veces oculta, a veces visible, que llevaba a la cresta sur, y luego hasta una saliente todavía más estrecha, que bordeaba hacia el norte la cara de la Montaña. Mirando hacia abajo, vieron que estaban en la punta del risco a la entrada del valle, y contemplaron su propio campamento allá abajo. En silencio, pegándose a la pared rocosa de la derecha, fueron en fila por el repecho hasta que la pared se abrió, y entraron entonces en una pequeña nave de paredes abruptas y suelo cubierto de hierbas, tranquila y callada. La entrada no podía ser vista desde abajo pues el risco sobresalía, ni desde lejos, pues era tan pequeña que parecía sólo una grieta oscura. No era una cueva y se abría hacia el cielo; pero en el extremo más interior se elevaba una pared desnuda, y la parte inferior, cerca del suelo, era tan lisa y vertical como obra de albañil, pero no se veían ensambladuras ni rendijas.[2] Ni rastros había allí de postes, dinteles o umbrales, ni seña alguna de tranca, pestillo o cerradura; y sin embargo no dudaron de que al fin habían encontrado la puerta.

La golpearon, la empujaron de mil modos, le imploraron que se moviese, recitaron trozos de encantamientos que abrían entradas secretas, y nada se movió. Por último, se tendieron exhaustos a descansar sobre la hierba, y luego, por la tarde, emprendieron el largo descenso.

Esa noche hubo excitación en el campamento del valle. Por la mañana se prepararon a marchar otra vez. Sólo Bofur y Bombur quedaron atrás para que guardaran los poneys y las provisiones que habían traído desde el río. Los otros descendieron al valle y subieron por el sendero descubierto el día anterior, y llegaron así hasta el estrecho borde. Allí no llevaron bultos ni paquetes, pues la saliente era angosta y peligrosa, con una caída al lado de ciento cincuenta pies sobre las rocas afiladas del fondo; pero todos llevaban un buen rollo de cuerda bien atado a la cintura y así, sin ningún accidente, llegaron a la pequeña nave de hierbas.

Allí acamparon por tercera vez, subiendo con las cuerdas lo que necesitaban. Algunos de los enanos más vigorosos, como Kili, descendieron a veces del mismo modo, para intercambiar noticias o para relevar a la guardia de abajo, mientras Bofur era izado al campamento. Bombur no subiría ni por la cuerda ni por el sendero.

—Soy demasiado gordo para esos paseos de mosca —dijo—. Me marearía, me pisaría la barba, y seríais trece otra vez. Y las cuerdas son demasiado delgadas y no aguantarían mi peso —por fortuna para él, esto no era cierto, como veréis.

Mientras tanto, algunos de los enanos exploraron el antepecho más allá de la abertura, y descubrieron un sendero que conducía montaña arriba; pero no se atrevieron a aventurarse muy lejos por ese camino, ni tampoco servía de mucho. Fuera, allá arriba, reinaba el silencio, interrumpido sólo por el ruido del viento entre las grietas rocosas.

Hablaban bajo y nunca gritaban o cantaban, pues el peligro acechaba en cada piedra. Los otros, que trataban de descubrir el secreto de la puerta, no tuvieron más éxito. Estaban demasiado ansiosos como para romperse la cabeza con las runas o las letras lunares, pero trabajaron sin descanso buscando la puerta escondida en la superficie lisa de la roca. Habían traído de la Ciudad del Lago picos y herramientas de muchas clases y al principio trataron de utilizarlos. Pero cuando golpearon la piedra, los mangos se hicieron astillas, y les sacudieron cruelmente los brazos, y las cabezas de acero se rompieron o doblaron como plomo. La minería, como vieron claramente, no era útil contra el encantamiento que había cerrado la puerta; y el ruido resonante los aterrorizó.

Bilbo se encontró sentado en el umbral; solo y aburrido. Por supuesto, en realidad no había umbral, pero llamaban así en broma al espacio con hierba entre el muro y la abertura, recordando las palabras de Bilbo en el agujero-hobbit durante la tertulia inesperada, hacía tanto tiempo, cuando dijo que él podría sentarse en el umbral hasta que ellos pensasen algo. Y sentarse y pensar fue lo que hicieron, o divagar más y más a la buenaventura, y ponerse cada vez más huraños.

Los ánimos se habían levantado un poco con el descubrimiento del sendero, pero ahora los tenían ya por los pies; pero ni aun así iban a rendirse y marcharse. El hobbit no estaba mucho más contento que los enanos. No hacía nada, y sentado de espaldas a la pared de piedra, miraba fijamente por la abertura hacia el poniente, por encima del risco y las amplias llanuras, hacia la pared del Bosque Negro y las tierras de más allá, en las que a veces creía ver reflejos de las Montañas Nubladas, lejanas y pequeñas. Si los enanos le preguntaban qué estaba haciendo, contestaba:

—Dijisteis que sentarme en el umbral y pensar sería mi trabajo, aparte de entrar; así que estoy sentado y pensando —pero me temo que no pensaba mucho en su tarea, sino en lo que había más allá de la lejanía azul, la tranquila Tierra de Poniente, y el agujero-hobbit bajo la Colina.

Una piedra gris yacía en medio de la hierba y él la observaba melancólico o miraba los grandes caracoles. Parecía que les gustaba la nave cerrada con muros de piedra fría, y había muchos de gran tamaño que se arrastraban lenta y obstinadamente por los lados.

—Mañana empieza la última semana de otoño —dijo un día Thorin.

—Y el invierno viene detrás —dijo Bifur.

—Y luego otro año —dijo Dwalin—, y nos crecerán las barbas y colgarán riscos abajo hasta el valle antes que aquí haya novedades. ¿Qué hace por nosotros el saqueador? Como tiene el anillo, y ya tendría que saber manejarlo muy bien, estoy empezando a pensar que podría cruzar la Puerta Principal y reconocer un poco el terreno.

Bilbo oyó esto (los enanos estaban en las rocas justo sobre el recinto donde él se

sentaba) y «¡Vaya!», se dijo. «De modo que eso es lo que están pensando, ¿no? Siempre soy yo el pobrecito que tiene que sacarlos de dificultades, al menos desde que el mago nos dejó. ¿Qué voy a hacer? ¡Podía haber adivinado que algo espantoso me pasaría al final! No creo que soporte ver otra vez el desgraciado país de Valle y menos esa puerta que echa vapor».

Esa noche se sintió muy triste y apenas durmió. Al día siguiente los enanos se dispersaron en varias direcciones; algunos estaban entrenando a los poneys allá abajo, otros erraban por la ladera de la montaña. Bilbo pasó todo el día abatido, sentado en la nave de hierba, clavando los ojos en la piedra gris, o mirando hacia afuera al oeste, a través de la estrecha abertura. Tenía la rara impresión de que estaba esperando algo. «Quizá el mago aparezca hoy de repente», pensaba.

El Día de Durin. Ilustración de Eric Fraser para la edición de Folio Society en 1979

Si levantaba la cabeza alcanzaba a ver el bosque lejano. Cuando el sol se inclinó hacia el oeste, hubo un destello amarillo sobre las copas de los árboles, como si la luz se hubiese enredado en las últimas hojas claras. Pronto vio el disco anaranjado del sol que bajaba a la altura de sus ojos. Fue hacia la abertura y allí, sobre el borde de la Tierra, había una delgada luna nueva, pálida y tenue.

En ese mismo momento oyó el graznido áspero. Detrás, sobre la piedra gris en la hierba, había un zorzal enorme, negro casi como el carbón, el pecho amarillo claro, salpicado de manchas oscuras. ¡Crac! Había capturado un caracol y lo golpeaba contra la piedra. ¡Crac! ¡Crac!

De repente Bilbo entendió. Olvidando todo peligro, se incorporó y llamó a los enanos, gritando y moviéndose. Aquellos que estaban más próximos se acercaron tropezando sobre las rocas y tan rápido como podían a lo largo del antepecho, preguntándose qué demonios pasaba; los otros gritaron que los izaran con las cuerdas (excepto Bombur, que por supuesto estaba dormido).

Bilbo se explicó rápidamente. Todos guardaron silencio: el hobbit de pie junto a la piedra gris, y los enanos observando impacientes, meneando las barbas. El sol bajó y bajó, y las esperanzas menguaron. El sol se hundió en un anillo de nubes enrojecidas y desapareció. Los enanos gruñeron, pero Bilbo siguió allí de pie, casi sin

moverse. La pequeña luna estaba tocando el horizonte. Llegaba el anochecer.

Entonces, de modo inesperado, cuando ya casi no les quedaban esperanzas, un rayo rojo de sol escapó como un dedo por el rasgón de una nube. El destello de luz llegó directamente a la nave atravesando la abertura y cayó sobre la lisa superficie de roca. El viejo zorzal, que había estado mirando desde lo alto con ojos pequeños y brillantes, inclinando la cabeza, soltó un sonoro gorjeo. Se oyó un crujido. Un trozo de roca se desprendió de la pared y cayó. De repente apareció un orificio, a unos tres pies del suelo.

El Día de Durin. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

Enseguida, temiendo que la oportunidad se esfumase, los enanos corrieron hacia la roca y la empujaron, en vano.

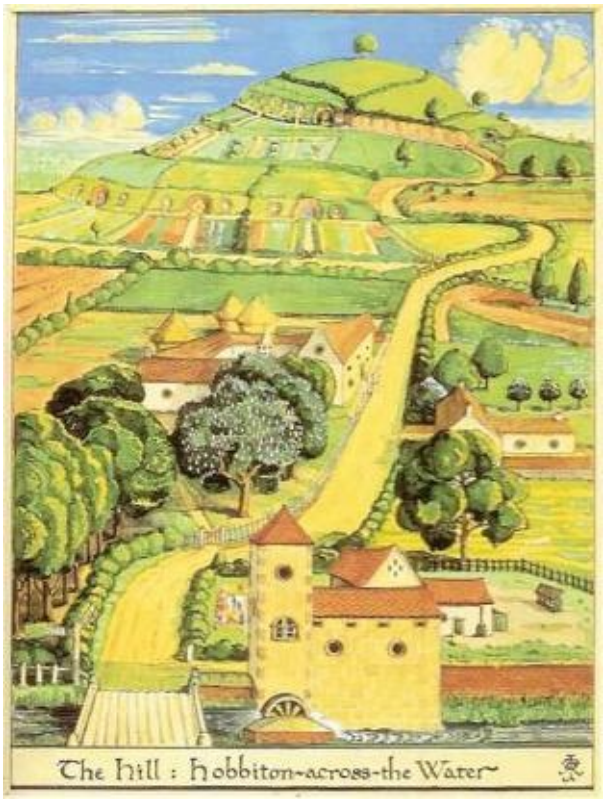
—¡La llave! ¡La llave! —gritó Bilbo entonces—. ¿Dónde está Thorin?

Thorin se acercó deprisa.

—¡La llave! —gritó Bilbo—. ¡La llave que estaba con el mapa! ¡Pruébala ahora, mientras todavía hay tiempo!

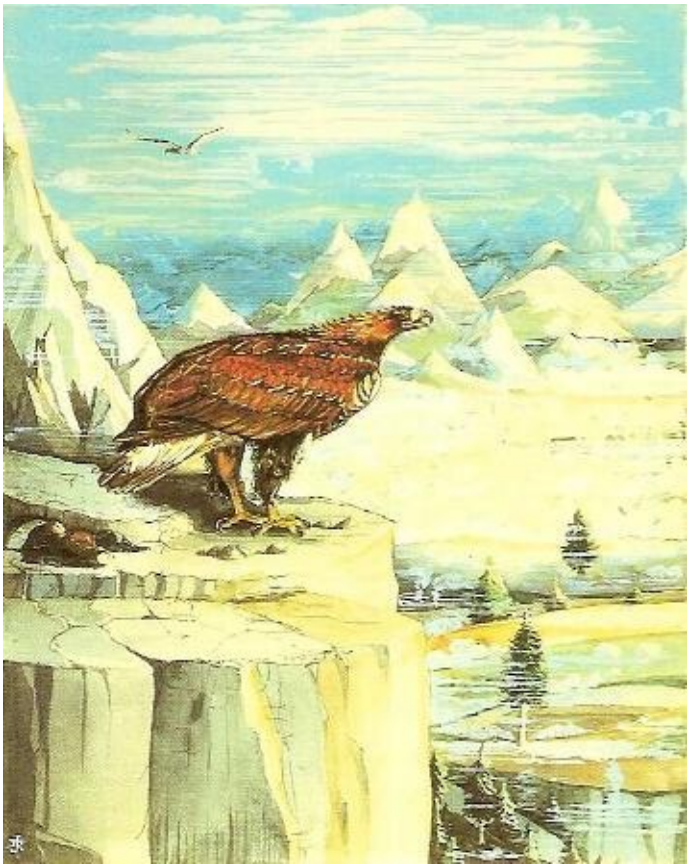
Entonces Thorin se adelantó, quitó la llave de la cadena que le colgaba del cuello, y la metió en el orificio. ¡Entraba y giraba! ¡Zas! El rayo desapareció, el sol se ocultó, la luna se fue, y el anochecer se extendió por el cielo.

Entonces todos empujaron a la vez, y una parte de la pared rocosa cedió lentamente. Unas grietas largas y rectas aparecieron y se ensancharon. Una puerta de tres pies de ancho y cinco de alto asomó poco a poco, y sin un sonido se movió hacia adentro. Parecía como si la oscuridad fluyese como un vapor del agujero de la montaña, y una densa negrura, en la que nada podía verse, se extendió ante la compañía: una boca que bostezaba y llevaba adentro y abajo.



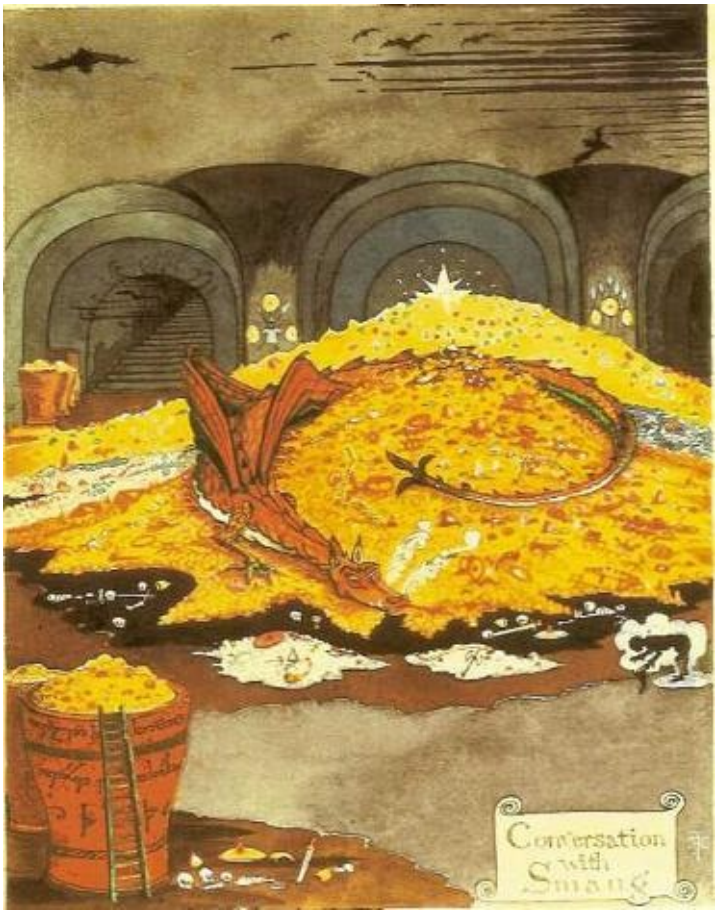
La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua, de J. R. R. Tolkien.

Rivendel, de J. R. R. Tolkien.



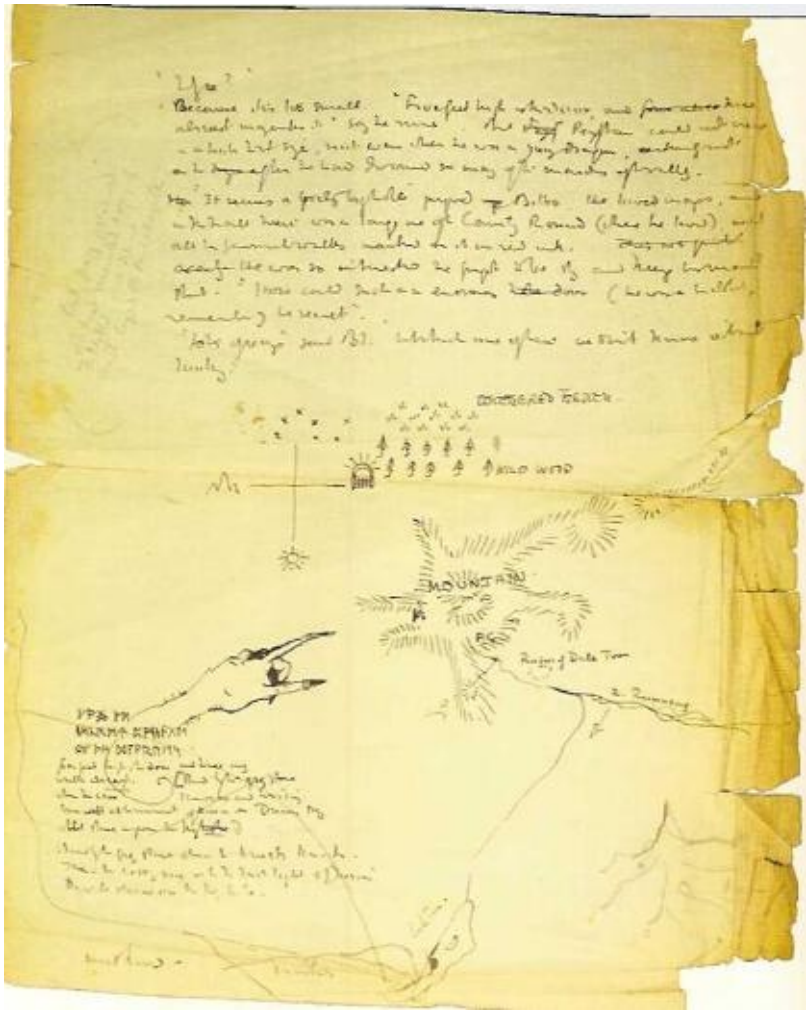
Bilbo se despertó con el sol temprano en sus ojos, de J. R. R. Tolkien.

Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía, de J. R. R. Tolkien.

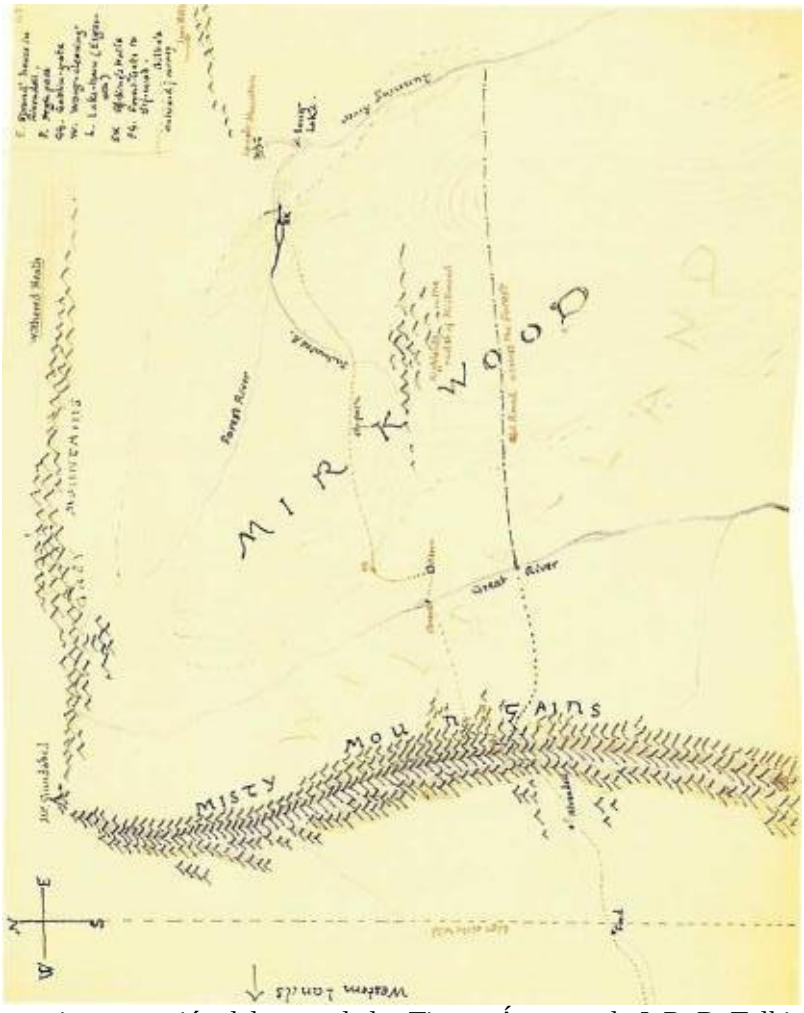


Conversación con Smaug, de J. R. R. Tolkien.

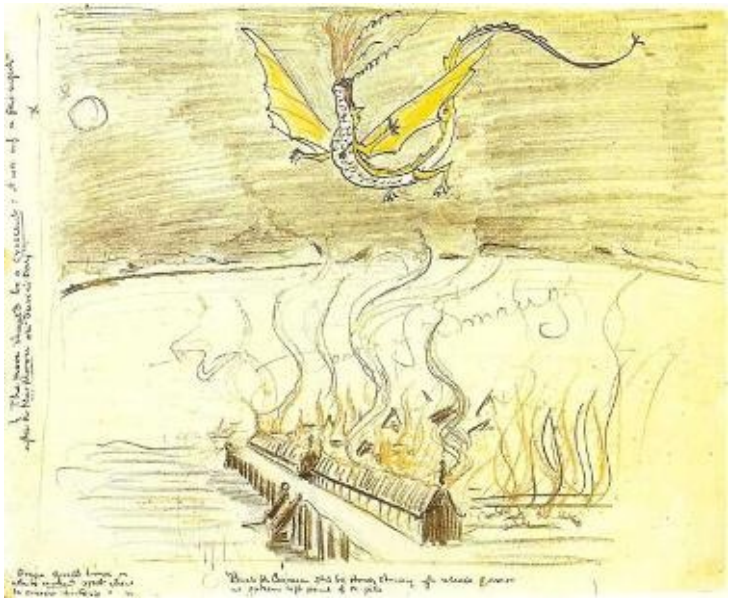
Ilustración de la sobrecubierta de la edición británica *de El Hobbit*, 1937, de J. R. R. Tolkien

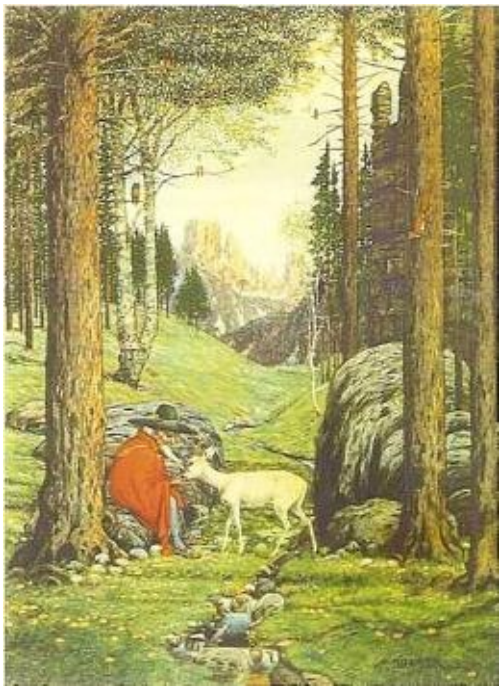


Una página del primer manuscrito de *El Hobbit*, con el Mapa de Thror, de J. R. R. Tolkien.



Una primera versión del mapa de las Tierras Ásperas, de J. R. R. Tolkien.

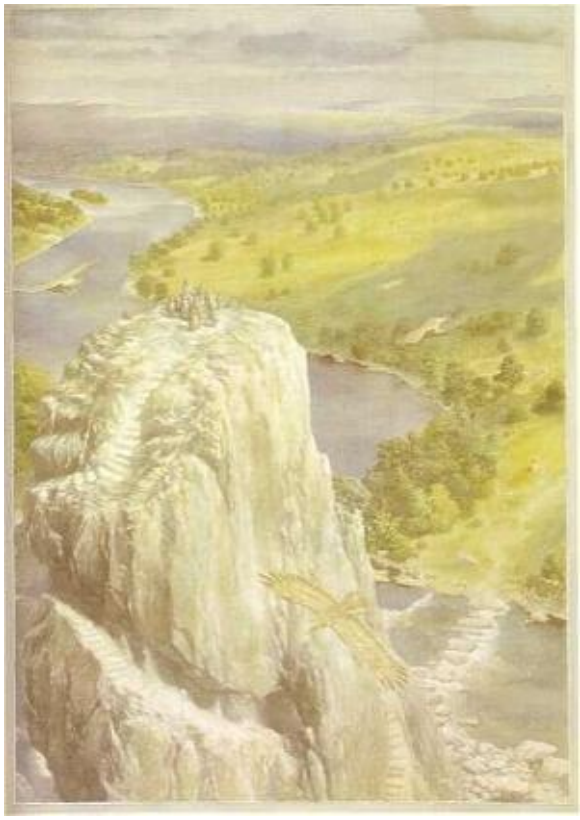

Un boceto titulado «Muerte de Smaug», de J. R. R. Tolkien.



El origen de Gandalf: la postal *Der Berggeist*, de Josef Madlener.

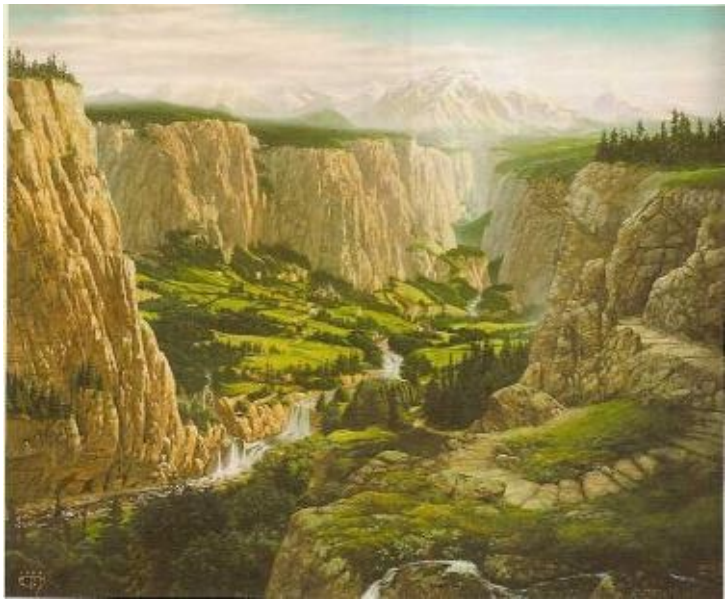
Gandalf rescatado por las Águilas, de Michael Hague,
Edición ilustrada de *El Hobbit*, 1984.

Una carta ilustrada, fechada el 1 de noviembre de 1946, enviada a J. R. R. Tolkien por el artista alemán Horus Engels.



La Carroca, de Alan Lee, edición ilustrada de *El Hobbit*, 1997.

El entierro de Thorin, de Alan Lee, edición ilustrada de *El Hobbit*, 1997.



Rivendel, de Ted Nasmith,
El mundo de Tolkien. Pinturas de la Tierra Media (1992).
(Publicado por primera vez en el *Calendario Tolkien 1988*)

Smaug sobre Esgaroth, de John Howe,
El mundo de Tolkien. Pinturas de la Tierra Media (1992).
(Publicado por primera vez con el título *La muerte de Smaug*
en el *Calendario Tolkien 1988*)

12
Información secreta

DURANTE UN LARGO RATO los enanos permanecieron inmóviles en la oscuridad ante la puerta, y discutieron, hasta que al final Thorin habló:

—Ha llegado el momento de que nuestro estimado señor Bolsón, que ha probado ser un buen compañero en nuestro largo camino, y un hobbit de coraje y recursos muy superiores a su talla, y si se me permite decirlo, con una buena suerte que excede en mucho la ración común, ha llegado el momento, digo, de que lleve a cabo el servicio para el que fue incluido en la compañía; ha llegado el momento de que el señor Bolsón gane su recompensa.

Estáis familiarizados con el estilo de Thorin en las ocasiones importantes, de modo que no os daré otras muestras, aunque continuó así durante un tiempo. Por cierto, la ocasión era importante, pero Bilbo se impacientó. Por entonces ya conocía bastante bien a Thorin, y sabía a dónde iba a parar.

—Si quieres decir que mi trabajo es introducirme primero en el pasadizo secreto, oh Thorin Escudo de Roble, hijo de Thorin, que tu barba sea todavía más larga —dijo malhumorado—. ¡Dilo así de una vez y se acabó! Podría rehusarme. Ya os he sacado de dos aprietos que no creo que estuviesen en el convenio original, y me parece que ya me he ganado alguna recompensa. Pero «a la tercera va la vencida»,[1] como mi padre solía decir, y en cierto modo no pienso rehusarme. Tal vez esté aprendiendo a confiar en mi buena suerte, más que en los viejos tiempos —quería decir en la última primavera, antes de dejar la casa de la colina, pero parecía que hubiesen pasado siglos —. Sin embargo creo que iré y echaré un vistazo enseguida, para terminar de una vez. Bien, ¿quién viene conmigo?

Bilbo entra por la puerta trasera de la Montaña Solitaria bajo la mirada de los enanos. Ilustración de Mikhail Belomlinskiy para la edición rusa de 1976.

No esperaba un coro de voluntarios, de modo que no se decepcionó. Fili y Kili parecían incómodos y vacilaban con un pie en el aire, pero los otros no se inmutaron, excepto el viejo Balin, el vigía, quien había llegado a encariñarse con el hobbit. Dijo que al menos entraría, y tal vez recorriera también un trecho, dispuesto a gritar socorro si era necesario.

Lo mejor que se puede decir de los enanos es lo siguiente: se proponían pagar con generosidad los servicios de Bilbo; lo habían traído para hacer un trabajo que les desagradaba, y no les importaba cómo se las arreglaría aquel pobre y pequeño compañero, siempre que llevara a cabo la tarea. Hubieran hecho todo lo posible por sacarlo de apuros, si se metía en ellos, como en el caso de los ogros, al principio de la aventura, antes de que tuviesen una verdadera razón para sentirse agradecidos. Así es: los enanos no son héroes, sino gente calculadora, con una idea precisa del valor del dinero; algunos son ladinos y falsos, y bastante malos tipos, y otros en cambio son bastante decentes, como Thorin y compañía, si no se les pide demasiado.

Las estrellas aparecían detrás de él en un cielo pálido cruzado por nubes negras, cuando el hobbit se deslizó por el portón encantado y entró sigiloso en la Montaña. Avanzaba con una facilidad que no había esperado. Ésta no era una entrada de trasgos, ni una tosca cueva de elfos. Era un pasadizo construido por enanos, en el tiempo en que habían sido muy ricos y hábiles: recto como una regla, de suelo y paredes pulidos, descendía poco a poco y llevaba directamente a algún destino distante en la oscuridad de abajo.

Al cabo de un rato Balin deseó: —¡Buena suerte! —y Bilbo se detuvo donde todavía podía ver el tenue contorno de la puerta, y por alguna peculiaridad acústica del túnel, oír el sonido de las voces que murmuraban afuera. Entonces el hobbit se puso el anillo, y enterado por los ecos de que necesitaría ser más precavido que un hobbit, si no quería hacer ruido, se arrastró en silencio hacia abajo, abajo, abajo en la oscuridad. Iba temblando de miedo, pero con una expresión firme y ceñuda en la cara menuda. Ya era un hobbit muy distinto del que había escapado corriendo de Bolsón Cerrado sin un pañuelo de bolsillo. No tenía un pañuelo de bolsillo desde hacía siglos. Aflojó la daga en la vaina, se apretó el cinturón y prosiguió.

«Ahora ya estás dentro y allá vas, Bilbo Bolsón», se dijo. «Tú mismo metiste la pata justo a tiempo aquella noche, ¡y ahora tienes que sacarla y pagar! ¡Cielos, qué tonto fui y qué tonto soy!», añadió la parte menos Tuk del hobbit. «¡No tengo ningún interés en tesoros guardados por dragones, y no me molestaría que todo el montón se quedara aquí para siempre, si yo pudiese despertar y descubrir que este túnel condenado es el zaguán de mi propia casa!»

Desde luego no despertó, sino que continuó adelante, hasta que toda señal de la puerta se hubo desvanecido detrás y a lo lejos. Estaba completamente solo. Pronto pensó que empezaba a hacer calor. «¿Es alguna especie de luz lo que creo ver acercándose justo enfrente, allá abajo?», se dijo.

Lo era. A medida que avanzaba crecía y crecía, hasta que no hubo ninguna duda. Era una luz rojiza de color cada vez más vivo. Ahora era también indudable que hacía calor en el túnel. Jirones de vapor flotaron y pasaron por encima del hobbit, que empezó a sudar. Algo, además, comenzó a resonarle en los oídos, una especie de

burbujeo, como el ruido de una gran olla que galopa sobre las llamas, mezclado con un retumbo como el ronroneo de un gato gigantesco. El ruido creció hasta convertirse en el inconfundible gorgoteo de algún animal enorme que roncaba en sueños allá abajo en la tenue luz rojiza frente a él.

En ese mismo momento Bilbo se detuvo. Seguir adelante fue la mayor de sus hazañas. Las cosas tremendas que después ocurrieron no pueden comparársele. Libró la verdadera batalla en el túnel, a solas, antes de llegar a ver el enorme y acechante peligro. De todos modos, luego de una breve pausa, se adelantó otra vez; y podéis imaginaros cómo llegó al final del túnel, una abertura muy parecida a la puerta de arriba, por la forma y el tamaño: el hobbit asoma la cabecita. Ante él yace el inmenso y más profundo sótano o mazmorra de los antiguos enanos, en la raíz misma de la Montaña. La vastedad del sótano en penumbras sólo puede ser una vaga suposición, pero un gran resplandor se alza en la parte cercana del piso de piedra. ¡El resplandor de Smaug!

Allí yacía un enorme dragón aureorrojizo, que dormía profundamente; de las fauces y narices le salía un ronquido, e hilachas de humo, pero los fuegos eran apenas unas brasas llameantes. Debajo del cuerpo y las patas y la larga cola enroscada, y todo alrededor, extendiéndose lejos por los suelos invisibles, había incontables pilas de preciosos objetos, oro labrado y sin labrar, gemas y joyas, y plata que la luz teñía de rojo.

Smaug yacía, con las alas plegadas como un inmenso murciélago, medio vuelto de costado, de modo que el hobbit alcanzaba a verle la parte inferior, y el vientre largo y pálido incrustado con gemas y fragmentos de oro de tanto estar acostado en ese lecho valioso. Detrás, en las paredes más próximas, podían verse confusamente cotas de malla, y hachas, espadas, lanzas y yelmos colgados; y allí, en hileras, había grandes jarrones y vasijas, rebosantes de una riqueza inestimable.

Decir que Bilbo se quedó sin aliento no es suficiente. No hay palabras que alcancen a expresar ese asombro abrumador desde que los Hombres cambiaron el lenguaje que aprendieran de los Elfos, en los días en que el mundo entero era maravilloso.[2] Bilbo había oído antes relatos y cantos sobre tesoros ocultos de dragones, pero el esplendor, la magnificencia, la gloria de un tesoro semejante, no había llegado nunca a imaginarlos. El encantamiento lo traspasó y le colmó el corazón, y entendió el deseo de los enanos; y absorto e inmóvil, casi olvidando al espantoso guardián, se quedó mirando el oro, que sobrepasaba toda cuenta y medida.

Contempló el oro durante un largo tiempo, hasta que arrastrado casi contra su voluntad avanzó sigiloso desde las sombras del umbral, cruzando el salón hasta el borde más cercano de los montículos del tesoro. El dragón dormía encima, una

horrenda amenaza aún ahora. Bilbo tomó un copón de doble asa, de los más pesados que podía cargar, y echó una temerosa mirada hacia arriba. Smaug sacudió un ala, desplegó una garra, y el retumbo de los ronquidos cambió de tono.

Entonces Bilbo escapó corriendo. Aunque el dragón no despertó —no todavía—, pero tumbado allí, en el salón robado, tuvo sueños de avaricia y violencia, mientras el pequeño hobbit regresaba penosamente por el largo túnel. El corazón le saltaba en el pecho, y un temblor más febril que el del descenso le atacaba las piernas, pero no soltaba el copón, y su principal pensamiento era: «¡Lo hice!, y esto les demostrará quién soy. ¡Un tendero más que un saqueador, que se creen ellos eso! Bien, no volverán a mencionarlo».

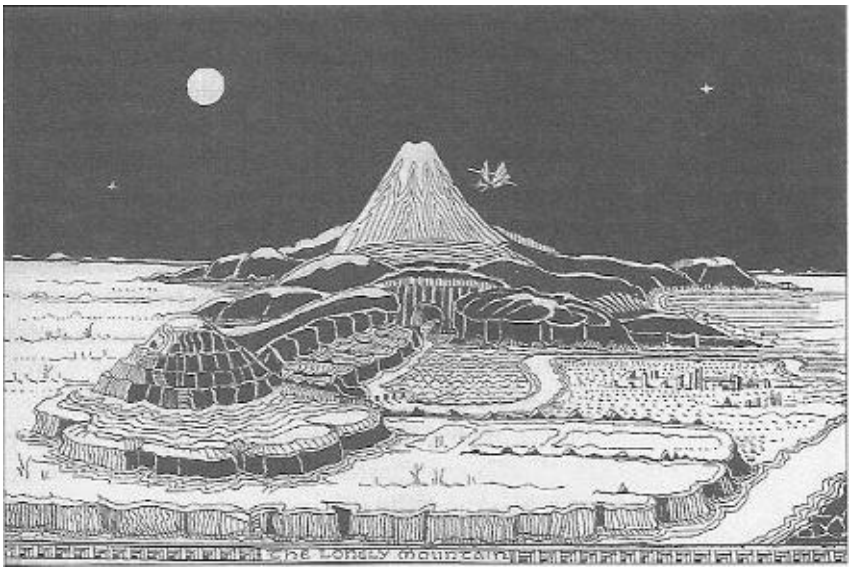
Bilbo roba una copa. Ilustración de Évelyne Drouhin para la edición francesa de 1983.

Y tampoco lo mencionó él. Balin estaba encantado de volver a ver al hobbit, y sentía una alegría que era también asombro. Abrazó a Bilbo y lo llevó fuera, al aire libre. Era medianoche y las nubes habían cubierto las estrellas, pero Bilbo continuaba con los ojos cerrados, boqueando y reanimándose con el aire fresco, casi sin darse cuenta de la excitación de los enanos, y de cómo lo alababan y le palmeaban la espalda, y se ponían a su servicio, ellos y todas las familias de los enanos y las generaciones venideras.[3]

Los enanos aún se pasaban el copón de mano en mano y charlaban animados de la recuperación del tesoro, cuando de repente algo retumbó en el interior de la montaña, como si un antiguo volcán se hubiese decidido a entrar otra vez en erupción. Detrás de ellos la puerta se movió acercándose, y una piedra la bloqueó impidiendo que se cerrara, pero desde las lejanas profundidades y por el largo túnel subían unos horribles ecos de bramidos y de un andar pesado, que estremecía el suelo.

Ante eso los enanos olvidaron su dicha y las seguras jactancias de momentos antes, y se encogieron aterrorizados. Smaug era todavía alguien que convenía recordar. No es nada bueno no tener en cuenta a un dragón vivo, sobre todo si habita cerca. Es posible que los dragones no saquen provecho a todas las riquezas que guardan, pero en general las conocen hasta la última onza, sobre todo después de una

larga posesión; y Smaug no era diferente. Había pasado de un sueño intranquilo (en el que un guerrero, insignificante del todo en tamaño, pero provisto de una afilada espada y de gran valor, actuaba de un modo muy poco agradable) a uno ligero, y al fin se espabiló por completo. Había un hálito extraño en la cueva. ¿Podría ser una corriente que venía del pequeño agujero? Nunca se había sentido muy contento con él, aunque era tan reducido, y ahora lo miraba feroz y receloso, preguntándose por qué no lo habría tapado. En los últimos días creía haber oído los ecos indistintos de unos golpes allá arriba. Se movió y estiró el cuello hacia adelante, husmeando.



La Montaña Solitaria de J. R. R. Tolkien. Este dibujo no se ha utilizado en *El Hobbit*, posiblemente porque la gran zona negra hubiera sido difícil de grabar, convertir en fotograbado e imprimir en forma de texto (véase *Artista*, p. 141).

La Montaña Solitaria se publicó por primera vez como póster en 1974 por la Science Fiction Shop de Nueva York. En septiembre de 1960, Tolkien envió el dibujo original a un corresponsal norteamericano, que después se lo entregó a Baird Searles, propietario de la Science Fiction Shop. (El original se encuentra actualmente en la Bodleian Library de Oxford.)

Este dibujo también aparece en *Artista* (n.º 136). Otros tres dibujos están íntimamente relacionados con éste. El primero parece ser el dibujo a lápiz y tinta sin título publicado con el n.º 134 en *Artista*. Probablemente le siguió la acuarela *Smaug vuela alrededor de la Montaña*, publicada en *Pinturas* (n.º 18). Ninguna de estas versiones presenta la pronunciada curva en forma de «S» del río (aunque está ligeramente esbozada en el n.º 134 de *Artista*), cuya descripción fue un añadido de última hora en las compaginadas de *El Hobbit* (véase *Artista*, pp. 139, 141). El tercer dibujo, a lápiz y tinta, se titula Puerta *principal* y muestra la curva pronunciada; en general es muy similar a *La Montaña Solitaria*, aunque las sombras en el cielo y en las laderas de la montañas están realizadas con líneas en vez de con un sólido color negro. *Puerta principal* se puede encontrar en *Artista* (n.º 135).

¡Entonces notó que faltaba el copón!

¡Ladrones! ¡Fuego! ¡Muerte! ¡Nada semejante le había ocurrido desde que llegara por primera vez a la Montaña! La ira del dragón era indescriptible, esa ira que sólo se ve en la gente rica que no alcanza a disfrutar de todo lo que tiene, y que de pronto pierde algo que ha guardado durante mucho tiempo, pero que nunca ha utilizado o necesitado. Smaug vomitaba fuego, el salón humeaba, las raíces de la Montaña se estremecían. Golpeó en vano la cabeza contra el pequeño agujero, y enroscando el cuerpo, rugiendo como un trueno subterráneo, se precipitó fuera de la guarida profunda, cruzó las grandes puertas, y entró en los vastos pasadizos de la montaña-

palacio, y fue arriba, hacia la Puerta Principal.

Buscar por toda la montaña hasta atrapar al ladrón y despedazarlo y pisotearlo era el único pensamiento de Smaug. Salió por la Puerta, las aguas se alzaron en un vapor siseante y fiero, y él se elevó ardiendo en el aire, y se posó en la cima de la montaña envuelto en un fuego rojo y verde. Los enanos oyeron el sonido terrible de las alas del dragón, y se acurrucaron contra los muros de la terraza cubierta de hierba, ocultándose detrás de los peñascos, esperando de alguna manera escapar a aquellos ojos terroríficos.

Habrían muerto todos si no fuese por Bilbo, una vez más. —¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido! —jadeó—. ¡La puerta! ¡El túnel! Aquí no estamos seguros.

Los enanos reaccionaron, y ya estaban a punto de arrastrarse al interior del túnel, cuando Bifur dio un grito: —¡Mis primos! Bombur y Bofur. Los hemos olvidado. ¡Están allá abajo en el valle!

—Los matará, y también a nuestros poneys, y lo perderemos todo —se lamentaron los demás—. Nada podemos hacer.

—¡Tonterías! —dijo Thorin, recobrando su dignidad—. No podemos abandonarlos. Entrad, señor Bolsón y Balin, y vosotros dos, Fili y Kili; el dragón no nos atrapará a todos. Ahora vosotros, los demás, ¿dónde están las cuerdas? ¡Deprisa!

Éstos fueron tal vez los momentos más difíciles por los que habían tenido que pasar.

Los horribles estruendos de la cólera de Smaug resonaban arriba en las distantes cavidades de piedra; en cualquier momento podría bajar envuelto en llamas o volar girando en círculo y descubrirlos allí, al borde del despeñadero, tirando desaforados de las cuerdas. Arriba llegó Bofur, y todo estaba en calma. Arriba llegó Bombur resoplando y sin aliento mientras las cuerdas crujían, y aún todo continuaba en calma. Arriba llegaron herramientas y fardos con provisiones, y entonces una amenaza se cernió sobre ellos.

Se oyó un zumbido chirriante. Una luz rojiza tocó las crestas de las rocas. El dragón se acercaba.

Apenas tuvieron tiempo para correr de regreso al túnel, arrastrando y tirando de los fardos, cuando Smaug apareció como un rayo desde el norte, lamiendo con fuego las laderas de la montaña, batiendo las grandes alas en el aire que rugía como un huracán. El aliento arrasó la hierba ante la puerta y alcanzó la grieta por donde habían entrado a esconderse, y los chamuscó. Unos fuegos crepitantes se elevaban saltando, y las sombras de las piedras negras danzaban en torno. Entonces, mientras el dragón pasaba otra vez volando, cayó la oscuridad. Los poneys chillaron de terror, rompieron las cuerdas y escaparon al galope. El dragón dio media vuelta, corrió tras ellos, y desapareció.

—¡Éste será el final de nuestras pobres bestias! —dijo Thorin—. Nada que Smaug haya visto puede escapársele. ¡Aquí estamos y aquí tendremos que estar, a menos que a alguien se le ocurra volver a pie hasta el río, y con Smaug al acecho!

¡No era un pensamiento agradable! Se arrastraron túnel abajo estremeciéndose, aunque hacía calor y el aire era pesado, y allí esperaron hasta que el alba pálida se coló por la rendija de la puerta. Durante toda la noche pudieron oír una y otra vez el creciente fragor del dragón, que volaba y pasaba junto a ellos, y se perdía dando vueltas y vueltas a la montaña, buscándolos en las laderas.

Los poneys y los restos del campamento le hicieron suponer que unos hombres habían venido del río y el lago, escalando la ladera de la montaña desde el valle. Pero la puerta resistió la inquisitiva mirada, y la pequeña nave de paredes altas contuvo las llamas más feroces. Largo tiempo llevaba ya al acecho sin ningún resultado cuando el alba enfrió la cólera de Smaug, que regresó al lecho dorado para dormir y reponer fuerzas. No olvidaría ni perdonaría el robo, ni aunque mil años lo convirtiesen en una piedra humeante; él seguiría esperando. Despacio y en silencio se arrastró de vuelta a la guarida, y cerró a medias los ojos.

Cuando llegó la mañana, el terror de los enanos disminuyó. Entendieron que peligros de esta índole eran inevitables con semejante guardián, y que por ahora no servía de nada abandonar la búsqueda. Pero tampoco podían escapar, como Thorin había apuntado. Los poneys estaban muertos o perdidos, y Bilbo y los enanos tendrían que esperar a que Smaug dejara de vigilarlos, antes de que se atrevieran a recorrer a pie el largo camino. Por fortuna conservaban buena parte de las provisiones, que aún podían durarles un tiempo. Discutieron largamente sobre el próximo paso, pero no encontraron modo de deshacerse de Smaug, que siempre había sido el punto débil de todos los planes, como Bilbo se adelantó a señalar. Luego, como ocurre con las gentes que no saben qué hacer ni qué decir, empezaron a quejarse del hobbit, culpándolo por lo que en un principio tanto les había agradado: apoderarse de una copa y despertar tan pronto la cólera de Smaug.

Izquierda: *Conversación con Smaug* de J. R. R. Tolkien, una de las ilustraciones a color de *El Hobbit*, publicada por primera vez en la segunda impresión de la primera edición inglesa en 1937 y en la edición norteamericana de 1938 (en la que se eliminaron el monograma de Tolkien y el título). En ambos casos la ilustración iba acompañada del pie: «¡Oh, Smaug, la Más Importante, la Más Grande de las Calamidades!».
Presumiblemente en marzo de 1938, Tolkien escribió a su editor norteamericano:

> El hobbit de la ilustración del tesoro, capítulo XII, es, por supuesto, además de demasiado gordo en sitios que no corresponde, demasiado grande. Pero (al menos como mis hijos lo entienden) se encuentra en realidad en una figura o «plano» diferente, siendo invisible para el dragón. No hay mención en el texto de que haya adquirido las botas. ¡Tendría que haberla! De un modo u otro la cuestión se olvidó siempre en las sucesivas revisiones; las botas aparecen en Rivendel; y luego está otra vez sin ellas al marcharse de allí de vuelta a casa. (*Cartas*, n.º 27)

La gema que reluce desde lo más alto de la montaña del tesoro al fondo es probablemente la Piedra del Arca, y a la izquierda del final de la cola del dragón se pueden ver unas gemas verdes que, posiblemente, representan el collar de Girion, descrito en la página 294 como hecho «de quinientas esmeraldas verdes como la hierba».
En la tinaja de oro, en primer plano, aparece un ejemplo de la escritura élfica de Tolkien, el Tengwar (o alfabeto Fëanoriano). La inscripción dice: *oro* / [porción oculta por la escalerilla] *Thrain* / *maldito sea el ladrón*. En la sección II del Apéndice E de *El Señor de los Anillos* se encontrarán más detalles del Tengwar. Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 133) y *Pinturas* (n.º 17).

—¿Qué otra cosa se supone que ha de hacer un saqueador? —les preguntó Bilbo enfadado—. A mí no me encomendaron matar dragones, lo que es trabajo de guerreros, sino robar el tesoro. Hice hasta ahora lo que creía mejor. ¿Acaso pensabais que regresaría trotando, con todo el botín de Thror a mis espaldas? Si vais a quejaros, creo que tengo derecho a dar mi opinión. Tendríais que haber traído quinientos saqueadores y no uno. Estoy seguro de que esto honra a vuestro abuelo, pero recordad que nunca me hablasteis con claridad de las dimensiones del tesoro. Necesitaría centenares de años para subirlo todo hasta aquí, aunque yo fuese cincuenta veces más grande, y Smaug tan inofensivo como un conejo.

Por supuesto, los enanos se disculparon. —¿Entonces qué nos propones, señor Bolsón? —preguntó Thorin cortésmente.

—Por el momento no se me ocurre nada, si te refieres a trasladar el tesoro. Para eso, como es obvio, necesitamos que la suerte cambie, y que podamos deshacernos de Smaug. Deshacerse de dragones es algo que no está para nada en mi línea, pero trataré de pensarlo lo mejor que pueda. Personalmente no tengo ninguna esperanza, y desearía estar de vuelta en casa y a salvo.

—¡Deja eso por el momento! ¿Qué haremos ahora?

Smaug y Bilbo. Ilustración de Antonio Quadros para la edición portuguesa de 1962.

—Bien, si realmente quieres mi consejo, te diré que no tenemos nada que hacer excepto quedarnos donde estamos. Seguro que durante el día podremos arrastrarnos fuera y tomar aire fresco sin ningún peligro. Quizá pronto sea posible elegir a uno o dos para que regresen al depósito junto al río y traigan más víveres. Pero entre tanto, y por la noche, todos tienen que quedarse bien metidos en el túnel.

»Bien, os haré una proposición. Tengo aquí mi anillo, y descenderé este mismo mediodía, pues a esa hora Smaug estará echando una siesta, y quizá algo ocurra. "Todo gusano tiene su punto débil", como solía decir mi padre, aunque estoy seguro de que nunca llegó a comprobarlo él mismo.

Por supuesto, los enanos aceptaron enseguida la proposición. Ya habían llegado a respetar al pequeño Bilbo. Ahora se había convertido en el verdadero líder de la aventura. Empezaba a tener ideas y planes propios. Cuando llegó el mediodía, se preparó para otra expedición al interior de la Montaña. No le gustaba nada, claro está, pero no era tan malo ahora que sabía de algún modo lo que le esperaba delante. Si hubiese estado más enterado de las mañas astutas de los dragones, podría haberse sentido más asustado y menos seguro de sorprenderlo mientras dormía.

El sol brillaba cuando partió, pero el túnel estaba tan oscuro como la noche. A medida que descendía, la luz de la puerta entornada iba desvaneciéndose. Tan silenciosa era la marcha de Bilbo que el humo arrastrado por una brisa apenas hubiera podido aventajarlo, y empezaba a sentirse un poco orgulloso de sí mismo mientras se acercaba a la puerta inferior. Lo único que se veía era un resplandor muy tenue.

«El viejo Smaug está cansado y dormido», pensó. «No puede verme y no me oirá. ¡Ánimo, Bilbo!». Había olvidado el sentido del olfato de los dragones, o quizá nadie se lo había dicho antes. Un detalle que también conviene tener en cuenta es que puede dormir con un ojo entornado, si tiene algún recelo.

En realidad, Smaug parecía profundamente dormido, casi muerto y apagado, con un ronquido que era apenas unas bocanadas de vapor invisible, cuando Bilbo se asomó otra vez desde la entrada. Estaba a punto de dar un paso hacia el salón cuando

alcanzó a ver un repentino rayo rojo, débil y penetrante, que venía de la caída ceja izquierda de Smaug. ¡Sólo se hacía el dormido! ¡Vigilaba la entrada del túnel! Bilbo dio un rápido paso atrás y bendijo la suerte de haberse puesto el anillo. Entonces Smaug habló:

—¡Bien, ladrón! Te huelo y te siento. Oigo cómo respiras. ¡Vamos! ¡Sírvete de nuevo, hay mucho y de sobra!

Pero Bilbo no era tan ignorante en materia de dragones como para acercarse, y si Smaug esperaba conseguirlo con tanta facilidad, quedó decepcionado. —¡No, gracias, oh Smaug el Tremendo! —replicó el hobbit—. No vine a buscar presentes. Sólo deseaba echarte un vistazo y ver si eras tan grande como en los cuentos. Yo no lo creía.

—¿Lo crees ahora? —dijo el dragón un tanto halagado, pero escéptico.

—En verdad canciones y relatos quedan del todo cortos frente a la realidad, ¡oh, Smaug, la Más importante, la Más Grande de las Calamidades! —replicó Bilbo.

—Tienes buenos modales para un ladrón y un mentiroso —dijo el dragón—. Pareces familiarizado con mi nombre,[4] pero no creo haberte olido antes. ¿Quién eres y de dónde vienes, si puedo preguntar?

—¡Puedes, ya lo creo! Vengo de debajo de la colina, y por debajo de las colinas y sobre las colinas me condujeron los senderos. Y por el aire. Yo soy el que camina sin ser visto.

—Eso puedo creerlo —dijo Smaug—, pero no me parece que te llamen así comúnmente.

—Yo soy el descubre-indicios, el corta-telarañas, la mosca de aguijón. Fui elegido por el número de la suerte.

—¡Hermosos títulos! —se mofó el dragón—. Pero los números de la suerte no siempre la traen.

—Yo soy el que entierra a sus amigos vivos, y los ahoga y los saca vivos otra vez de las aguas. Yo vengo de una bolsa cerrada, pero no he estado dentro de ninguna bolsa.

—Estos últimos ya no me suenan tan verosímiles —se burló Smaug.

—Yo soy el amigo de los osos y el invitado de las águilas. Yo soy el Ganador del Anillo y el Porta Fortuna; y yo soy el jinete del Barril —prosiguió Bilbo comenzando a entusiasmarse con sus acertijos.

—¡Eso está mejor! —dijo Smaug—. ¡Pero no dejes que tu imaginación se desboque junto contigo!

Ésta es, por supuesto, la manera de dialogar con los dragones, si no queréis revelarles vuestro nombre verdadero (lo que es juicioso), y tampoco queréis

enfurecerlos con una negativa categórica (lo que es también muy juicioso). Ningún dragón se resiste a una fascinante charla de acertijos, y a perder el tiempo intentando comprenderla.[5] Había muchas cosas aquí que Smaug no comprendía del todo (aunque espero que sí vosotros, ya que conocéis bien las aventuras de que hablaba Bilbo); sin embargo, pensó que comprendía bastante y ahogó una risa en su malévolo interior.

«Así pensé anoche», se dijo sonriendo. «Hombres del Lago, algún plan asqueroso de esos miserables comerciantes de cubas, los Hombres del Lago, o yo soy una lagartija. No he bajado por ese camino durante siglos y siglos; ¡pero pronto remediaré ese error!»

—¡Muy bien, oh jinete del Barril! —dijo en voz alta—. Tal vez tu poney se llamaba Barril, y tal vez no, aunque era bastante grueso. Puedes caminar sin que te vean, mas no caminaste todo el camino. Permíteme decirte que anoche me comí seis poneys, y que pronto atraparé y me comeré a todos los demás.[6] A cambio de esa excelente comida, te daré un pequeño consejo, sólo por tu bien: ¡No hagas más tratos con enanos mientras puedas evitarlo!

—¡Enanos! —dijo Bilbo fingiendo sorpresa.

—¡No me hables! —dijo Smaug—. Conozco el olor (y el sabor) de los enanos mejor que nadie. ¡No me digas que me puedo comer un poney cabalgado por un enano y no darme cuenta! Irás de mal en peor con semejantes amigos, Ladrón jinete del Barril. No me importa si vuelves y se lo dices a todos ellos de mi parte.

Pero no le dijo a Bilbo que había un olor desconcertante que no alcanzaba a reconocer, el olor de hobbit.

—Supongo que conseguiste un buen precio por aquella copa anoche, ¿no? —continuó—. Vamos, ¿lo conseguiste? ¡Nada de nada! Bien, así son ellos. Y supongo que se quedaron afuera escondidos, y que tu tarea es hacer los trabajos peligrosos y llevarte lo que puedas mientras yo no miro… y todo para ellos. ¿Y tendrás una parte equitativa? ¡No lo creas! Considérate afortunado si sales con vida.

Bilbo empezaba ahora a sentirse realmente incómodo. Cada vez que el ojo errante de Smaug, que lo buscaba en las sombras, relampagueaba atravesándolo, se estremecía de pies a cabeza, y sentía el inexplicable deseo de echar a correr y mostrarse tal cual era, y decir toda la verdad a Smaug. En realidad corría el grave peligro de caer bajo el hechizo del dragón. Pero juntó coraje, y habló otra vez.

—No lo sabes todo, oh Smaug el Poderoso —dijo—. No sólo el oro nos trajo aquí.

—¡Ja, ja! Admites el «nos» —rio Smaug—. ¿Por qué no dices «nos los catorce» y asunto concluido, señor Número de la Suerte? Me complace oír que tenías otros asuntos aquí, además de mi oro. En ese caso, quizá no pierdas del todo el tiempo.

»No sé si pensaste que aunque pudieses robar el oro poco a poco, en unos cien

años o algo así, no podrías llevarlo muy lejos. Y que no te sería de mucha utilidad en la ladera de la montaña. Ni de mucha utilidad en el bosque. ¡Bendita sea! ¿Nunca has pensado en el botín? Una catorceava parte, o algo parecido, fueron los términos, ¿eh? ¿Pero qué hay acerca de la entrega? ¿Qué acerca del acarreo? ¿Qué acerca de guardias armados y peajes? —y Smaug rio con fuerza. Tenía un corazón astuto y malvado, y sabía que estas conjeturas no iban mal encaminadas, aunque sospechaba que los Hombres del Lago estaban detrás de todos los planes, y que la mayor parte del botín iría a parar a la ciudad junto a la ribera, que cuando él era joven se había llamado Esgaroth.[7]

Apenas me creeréis, pero el pobre Bilbo estaba de veras muy desconcertado. Hasta entonces todos sus pensamientos y energías se habían concentrado en alcanzar la Montaña y encontrar la puerta. Nunca se había molestado en preguntarse cómo trasladarían el tesoro, y menos cómo llevaría la parte que pudiera corresponderle por todo el camino de vuelta a Bolsón Cerrado, bajo la Colina.

Una fea sospecha se le apareció ahora en la mente: ¿habían olvidado los enanos también este punto importante, o habían estado riéndose de él con disimulo todo el tiempo? La charla de un dragón causa este efecto en la gente de poca experiencia. Bilbo, desde luego, no tenía que haber bajado la guardia; pero la personalidad de Smaug era en verdad irresistible.

—Puedo asegurarte —le dijo, tratando de mantenerse firme y leal a sus amigos— que el oro fue sólo una ocurrencia tardía. Vinimos sobre la colina y bajo la colina, en la ola y en el viento, por *venganza*. Seguro que entiendes, oh Smaug el acaudalado invalorable, que con tu éxito te has ganado encarnizados enemigos.

Entonces sí que Smaug rio de veras: un devastador sonido que arrojó a Bilbo al suelo, mientras allá arriba en el túnel los enanos se acurrucaron agrupándose y se imaginaron que el hobbit había tenido un súbito y desagradable fin.

—¡Venganza! —bufó, y la luz de sus ojos iluminó el salón desde el suelo hasta el techo como un relámpago escarlata—. ¡Venganza! El Rey bajo la Montaña ha muerto, ¿y dónde están los descendientes que se atrevan a buscar venganza? Girion, Señor de Valle, ha muerto, y yo me he comido a su gente como un lobo entre ovejas, ¿y dónde están los hijos de sus hijos que se atrevan a acercarse? Yo mato donde quiero y nadie se atreve a resistir. Yo derribé a los guerreros de antaño y hoy no hay nadie en el mundo como yo. Entonces era joven y tierno. ¡Ahora soy viejo y fuerte, fuerte, fuerte, Ladrón de las Sombras! —gritó, relamiéndose—. ¡Mi armadura es como diez escudos, mis dientes son espadas, mis garras lanzas, mi cola un rayo, mis alas un huracán, y mi aliento muerte!

—Siempre entendí —dijo Bilbo en un asustado chillido— que los dragones son más blandos por debajo,[8] especialmente en esa región del… pecho; pero sin duda alguien tan fortificado ya lo habrá tenido en cuenta.

El dragón interrumpió bruscamente estas jactancias. —Tu información es anticuada —espetó—. Estoy acorazado por arriba y por abajo con escamas de hierro

y gemas duras. Ninguna hoja puede penetrarme.

—Tendría que haberlo adivinado —dijo Bilbo—. En verdad no conozco a nadie que pueda compararse con el Impenetrable Señor Smaug. ¡Qué magnificencia, un chaleco de diamantes!

—Sí, es realmente raro y maravilloso —dijo Smaug, complacido sin ninguna razón; no sabía que el hobbit había llegado a verle brevemente la peculiar cobertura del pecho, en la visita anterior, y esperaba impaciente la oportunidad de mirar de más cerca, por razones particulares; el dragón se revolcó—. ¡Mira! —dijo—. ¿Qué te parece?

—¡Deslumbrante y maravilloso! ¡Perfecto! ¡Impecable! ¡Asombroso! —exclamó Bilbo en voz alta, pero lo que pensaba en su interior era: «¡Viejo tonto! ¡Ahí, en el hueco del pecho izquierdo hay una parte tan desnuda como un caracol fuera de casa!».

Smaug. Ilustración de Tamás Szecskó para la edición húngara de 1975.

Habiendo visto lo que quería ver, la única idea del señor Bolsón era marcharse. —Bien, no he de detener a Vuestra Magnificencia por más tiempo —dijo—, ni robarle un muy necesitado reposo. Capturar poneys da algún trabajo, creo, si parten con ventaja. Lo mismo ocurre con los saqueadores —añadió como observación de despedida mientras se precipitaba hacia atrás y huía subiendo por el túnel.

Fue un desafortunado comentario, pues el dragón escupió unas llamas terribles detrás de Bilbo, y aunque él corría pendiente arriba, no se había alejado tanto como para sentirse a salvo antes que Smaug lanzara el cráneo horroroso contra la entrada del túnel. Por fortuna no pudo meter toda la cabeza y las mandíbulas, pero las narices echaron fuego y vapor detrás del hobbit, que casi fue vencido, y avanzó a ciegas tropezando, y con gran dolor y miedo. Se había sentido bastante complacido consigo mismo luego de la astuta conversación con Smaug, pero el error del final le había devuelto bruscamente la sensatez.

«¡Nunca te rías de dragones vivos, Bilbo imbécil!», se dijo, y esto se convertiría

en uno de sus dichos favoritos en el futuro, y se transformaría en un proverbio. «Todavía no terminaste esta aventura», agregó, y esto fue bastante cierto también.

La tarde se cambiaba en noche cuando salió otra vez y trastabilló y cayó desmayado en el «umbral». Los enanos lo reanimaron y le curaron las quemaduras lo mejor que pudieron; pero pasó mucho tiempo antes de que los pelos de la nuca y los talones le creciesen de nuevo; pues el fuego del dragón los había rizado y chamuscado hasta dejarle la piel completamente desnuda. Entre tanto, los enanos trataron de levantarle el ánimo; querían que Bilbo les contara enseguida lo que había ocurrido, y en especial querían saber por qué el dragón había hecho aquel ruido tan espantoso, y cómo Bilbo había escapado.

Smaug. Ilustración de Livia Rusz para la edición rumana de 1975.

Pero el hobbit estaba preocupado e incómodo, y les costó sacarle unas pocas palabras. Pensándolo ahora, lamentaba haberle dicho al dragón algunas cosas, y no tenía ganas de repetirlas. El viejo zorzal estaba posado en una roca próxima, inclinando la cabeza, escuchando todo lo que hablaban. Lo que pasó entonces muestra el malhumor de Bilbo: recogió una piedra y se la arrojó al zorzal. El pájaro aleteó haciéndose a un lado y volvió a posarse.

—¡Maldito pájaro! —dijo Bilbo enojado—. Creo que está escuchando, y no me gusta nada ese aspecto que tiene.

—¡Déjalo en paz! —dijo Thorin—. Los zorzales son buenos y amistosos: éste es un pájaro realmente muy viejo, y tal vez el último de la antigua estirpe que acostumbraba vivir en esta región, dóciles a las manos de mi padre y mi abuelo. Era una longeva y mágica raza, y quizá éste sea uno de los que vivían aquí entonces hace un par de cientos de años o más. Algunos hombres de Valle entendían el lenguaje de estos pájaros, y los mandaban como mensajeros a los hombres del lago y a otras partes.

—Bien, tendrá nuevas que llevar a la Ciudad del Lago entonces, si es eso lo que pretende —dijo Bilbo—. Aunque supongo que allí no queda nadie que se preocupe por el lenguaje de los zorzales.

—Pero ¿qué ha sucedido? —gritaron los enanos—. ¡Vamos, no interrumpas la historia!

De modo que Bilbo les contó lo que pudo recordar, y confesó que tenía la desagradable impresión de que el dragón había adivinado demasiado bien todos los

acertijos sobre los campamentos y los poneys. —Estoy seguro de que sabe de dónde venimos, y que nos ayudaron en Ciudad del Lago; y tengo el hondo presentimiento de que podría ir muy pronto en esa dirección. Desearía no haber hablado nunca del jinete del Barril; en estos lugares aún un conejo ciego pensaría en los hombres del Lago.

Bilbo huye del fuego de Smaug. Ilustración de Chica para la edición francesa de 1976.

—¡Bueno, bueno! Ya no puede enmendarse, y es difícil no cometer un desliz cuando hablas con un dragón, o así he oído decir —lo consoló Balin—. Yo pienso que lo hiciste muy bien, y de todos modos has descubierto algo muy útil, y has vuelto vivo, y esto es más de lo que puede contar la mayoría de quienes hablaron con gentes como Smaug. Puede ser una suerte, y aún una bendición, saber que ese viejo gusano tiene un sitio desnudo en el chaleco de diamantes.

Aquello cambió la conversación, y todos empezaron a hablar de matanzas de dragones, históricas, dudosas y míticas; y de las distintas puñaladas, mandobles, estocadas al vientre, y las diferentes artes, trampas y estratagemas por las que tales hazañas habían sido llevadas a cabo. De acuerdo con la opinión general, sorprender a un dragón que echaba una siesta no era tan fácil como parecía, y el intento de golpear o pinchar a uno dormido podía ser más desastroso que un audaz ataque frontal. Mientras ellos hablaban, el zorzal no dejaba de escuchar, hasta que por último, cuando asomaron las primeras estrellas, desplegó en silencio las alas y se alejó volando. Y mientras hablaban y las sombras crecían, Bilbo se sentía cada vez más desdichado e inquieto por lo que podía ocurrir.

Por fin los interrumpió. —Sé que aquí no estamos seguros —dijo—. Y no veo razón para quedarnos. El dragón ha marchitado todo lo que era verde y agradable, y además ha llegado la noche y hace frío. Pero siento en los huesos que este sitio será atacado otra vez. Smaug sabe cómo bajé hasta el salón, y descubrirá dónde termina el túnel. Destruirá toda esta ladera si es necesario, para impedir que entremos, y si las piedras nos aplastan, más le gustará.

—¡Estás muy siniestro, señor Bolsón! —dijo Thorin—. ¿Por qué Smaug no ha bloqueado entonces el extremo de abajo, si tanto quiere tenernos fuera? No lo ha

hecho, o lo habríamos oído.

—No sé, no sé… porque al principio quiso probar a atraerme de nuevo, supongo, y ahora quizá espera porque antes quiere concluir la cacería de la noche, o porque no quiere estropear el dormitorio, si puede evitarlo… pero preferiría que no discutiéramos. Smaug puede aparecer ahora en cualquier momento, y nuestra única esperanza es meternos en el túnel y luego cerrar bien la puerta.

Parecía tan serio que los enanos hicieron al fin lo que decía, aunque se demoraron en cerrar la puerta. Les parecía un plan desesperado, pues nadie sabía si podrían abrirla desde dentro, o cómo, y la idea de quedar encerrados en un sitio cuya única salida cruzaba la guarida del dragón, no les gustaba mucho. Además todo parecía en calma, tanto fuera como abajo en el túnel. De modo que se quedaron sentados dentro un largo rato, no muy lejos de la puerta entornada, y continuaron hablando.

La conversación pasó entonces a comentar las malvadas palabras del dragón acerca de los enanos. Bilbo deseaba no haberlas escuchado jamás, o al menos estar seguro de que los enanos eran de verdad honestos, cuando decían que no habían pensado nunca en lo que ocurriría luego de haber obtenido el tesoro. —Sabíamos que sería una aventura desesperada —dijo Thorin—, y lo sabemos todavía; y pienso todavía que cuando hayamos ganado habrá tiempo de resolver el problema. En cuanto a lo que es tuyo, señor Bolsón, te aseguro que te estamos más que agradecidos, y que escogerás tu propia catorceava parte tan pronto como haya algo que dividir. Lo lamento si estás preocupado acerca del transporte, y admito que las dificultades son grandes (las tierras no se han vuelto menos salvajes con el paso del tiempo, más bien lo contrario), pero haremos lo que podamos por ti, y cargaremos con nuestra parte del costo cuando llegue el momento. ¡Créeme o no, como quieras!

De esto la conversación pasó al gran tesoro escondido, y a las cosas que Thorin y Balin recordaban. Se preguntaron si estarían todavía intactas allí abajo en el salón: las lanzas que habían sido hechas para los ejércitos del Rey Bladorthin[9] (muerto tiempo atrás), cada una con una moharra forjada tres veces y astas con ingeniosas incrustaciones de oro, y que nunca habían sido entregadas o pagadas; escudos hechos para guerreros fallecidos hacía tiempo; la gran copa de oro de Thror, de dos asas, martillada y labrada con pájaros y flores de ojos y pétalos enjoyados; cotas impenetrables de malla, de oro y plata; el collar de Girion, Señor de Valle, de quinientas esmeraldas verdes como la hierba que hizo engarzar para la investidura del hijo mayor en una cota de anillos eslabonados que nunca se había hecho antes, pues estaba trabajada en plata pura con el poder y la fuerza del triple acero. Pero lo más hermoso era la gran gema blanca, encontrada por los enanos bajo las raíces de la Montaña, el Corazón de la Montaña, la Piedra del Arca de Thrain.

—¡La piedra del Arca! ¡La piedra del Arca! —susurró Thorin en la oscuridad, medio soñando con el mentón sobre las rodillas—. ¡Era como un globo de mil facetas; brillaba como la plata al resplandor del fuego, como el agua al sol, como la nieve bajo las estrellas, como la lluvia sobre la luna!

Pero el deseo encantado del tesoro ya no animaba a Bilbo. A lo largo de la charla, apenas había prestado atención. Era el que estaba más cerca de la puerta, con un oído vuelto a cualquier comienzo de sonido fuera, y el otro atento a los ecos que pudieran resonar por encima del murmullo de los enanos, a cualquier rumor de un movimiento en los abismos.

La oscuridad se hizo más profunda y Bilbo se sentía cada vez más intranquilo. —¡Cerrad la puerta! —les rogó—. El miedo al dragón me estremece hasta los tuétanos. Me gusta mucho menos este silencio que el tumulto de la noche pasada. ¡Cerrad la puerta antes que sea demasiado tarde!

Algo en la voz de Bilbo hizo que los enanos se sintieran incómodos. Lentamente, Thorin se sacudió los sueños de encima, y luego se incorporó y apartó de un puntapié la piedra que calzaba la puerta. Enseguida todos la empujaron, y la puerta se cerró con un crujido y un golpe. Ninguna traza de cerradura era visible ahora en el costado de la piedra. ¡Estaban encerrados en la Montaña!

¡Y ni un instante demasiado pronto! Apenas habían marchado un trecho túnel abajo, cuando un impacto sacudió la ladera de la Montaña con un estruendo de arietes de roble enarbolados por gigantes. La roca retumbó, las paredes se rajaron, y unas piedras cayeron sobre ellos desde el techo. Lo que habría ocurrido si la puerta hubiese estado abierta, no quiero ni pensarlo. Huyeron más allá, túnel abajo, contentos de estar todavía con vida, mientras detrás y fuera oían los rugidos y truenos de la furia de Smaug. Estaba quebrando rocas, aplastando paredes y precipicios con los azotes de la cola enorme, hasta que el terreno encumbrado del campamento, la hierba quemada, la piedra del zorzal, las paredes cubiertas de caracoles, la repisa estrecha desaparecieron con todo lo demás en un revoltijo de pedazos rotos, y una avalancha de piedras astilladas cayó del acantilado al valle.

Smaug había dejado su guarida pisando con cuidado, remontando vuelo en silencio, y luego había flotado pesado y lento en la oscuridad como un grajo monstruoso, bajando con el viento hacia el oeste de la Montaña, esperando atrapar desprevenida a cualquier cosa que estuviera por allí, y espiar además la salida del pasadizo que el ladrón había utilizado. En ese mismo momento estalló en cólera, pues no pudo encontrar a nadie ni vio nada, ni siquiera donde sospechaba que tenía que estar la salida.

Después de haberse desahogado, se sintió mejor y pensó convencido que no sería molestado de nuevo desde ese lugar. Mientras tanto tenía que tomarse otra venganza. —¡Jinete del Barril! —bufó—. Tus pies vinieron de la orilla del agua, y sin ninguna duda viajaste río arriba. No conozco tu olor, mas si no eres uno de esos Hombres del Lago, ellos te ayudaron al menos. ¡Me verán y recordarán entonces quién es el verdadero Rey bajo la Montaña!

Se elevó en llamas y partió lejos al sur, hacia el Río Rápido.

13
Nadie en casa

MIENTRAS TANTO, los enanos se quedaron sentados en la oscuridad, y un completo silencio cayó alrededor. Hablaron poco y comieron poco. No se daban mucha cuenta del paso del tiempo, y casi no se atrevían a moverse, pues el susurro de las voces resonaba y se repetía en el túnel. A veces dormitaban, y cuando abrían los ojos descubrían que la oscuridad y el silencio no habían cambiado. Al cabo de muchos días de espera, cuando empezaban a sentirse asfixiados y embotados por la falta de aire, no pudieron soportarlo más. Hasta casi hubieran dado la bienvenida a cualquier sonido de abajo que indicase la vuelta del dragón. En medio de aquella quietud temían alguna diabólica astucia de Smaug, y no podían estar allí sentados para siempre.

Thorin habló: —¡Probemos la puerta! —dijo—. Necesito sentir el viento en la cara o pronto moriré. ¡Creo que preferiría ser aplastado por Smaug al aire libre que asfixiarme aquí dentro! —así que varios enanos se levantaron, y fueron a tientas hacia la puerta. Pero allí descubrieron que el extremo superior del túnel había sido destruido y bloqueado por pedazos de roca. Ni la llave ni la magia a la que había obedecido alguna vez volverían a abrir aquella puerta.

—¡Estamos atrapados! —gimieron—. Esto es el fin, moriremos aquí.

Pero de algún modo, justo cuando los enanos estaban más desesperados, Bilbo sintió un raro alivio en el corazón, como si le hubieran quitado una pesada carga que llevaba bajo el chaleco.

—¡Venid, venid! —dijo—. ¡«Mientras hay vida hay esperanza», como decía mi padre, y «A la tercera va la vencida»! *Bajaré* por el túnel una vez más. Recorrí este camino dos veces cuando sabía que había un dragón al otro lado, así que arriesgaré una tercera visita ahora que no estoy seguro. De cualquier modo, la única salida es hacia abajo y creo que esta vez convendrá que vengáis todos conmigo.

Desesperados, los enanos asintieron, y Thorin fue el primero en avanzar junto a Bilbo.

—¡Ahora tened cuidado! —susurró el hobbit—, ¡y no hagáis ruido si es posible! Quizá no haya ningún Smaug en el fondo, pero también puede que lo haya. ¡No corramos riesgos innecesarios!

Bajaron, y siguieron bajando. La marcha de los enanos no podía compararse desde luego con los movimientos furtivos del hobbit, y lo seguían resoplando y arrastrando los pies, con ruidos que los ecos magnificaban de un modo alarmante; pero cuando Bilbo asustado se detenía a escuchar una y otra vez, no se oía nada que viniera de abajo. Cuando pensó que estaba cerca del extremo del túnel, se puso el anillo y marchó delante. Pero no lo necesitaba, pues la oscuridad era impenetrable, y todos parecían invisibles, con o sin anillo. Tan negro estaba todo, que él hobbit llegó

a la abertura sin darse cuenta, extendió la mano en el aire, trastabilló, ¡y rodó de cabeza dentro de la sala!

Allí quedó tumbado de bruces contra el suelo, y no se atrevía a incorporarse, y casi ni siquiera a respirar. Pero nada se movió. No había ninguna luz, aunque cuando al fin alzó despacio la cabeza, creyó ver un pálido destello blanco encima de él y lejos en las sombras. En realidad no había ni una chispa de fuego de dragón, pero un olor a gusano infectaba el sitio, y Bilbo sentía en la boca el sabor de los vapores.

Bilbo explora mientras no está Smaug. Ilustración de Tove Jansson para la edición sueca de 1962 y la finesa de 1973.

Al cabo de un rato el señor Bolsón ya no pudo resistirlo más. —¡Maldito seas, Smaug; tú, gusano! —chilló—. ¡Deja de jugar al escondite! ¡Dame una luz y después cómeme si eres capaz de atraparme!

Unos ecos débiles corrieron alrededor del salón invisible, pero no hubo respuesta.

Bilbo se incorporó y descubrió que estaba desorientado, y no sabía por dónde ir.

—Me pregunto a qué demonios está jugando Smaug —dijo—. Creo que no está en casa el día de hoy (o la noche de hoy, o lo que sea). Si Gloin y Oin no perdieron las yescas, quizá podamos tener un poco de luz, y echar un vistazo alrededor antes de que cambie la suerte.

»¡Luz! —gritó—. ¿Puede alguien encender una luz?

Los enanos, claro está, se habían asustado mucho cuando Bilbo tropezó con el escalón y con un fuerte topetazo entró de bruces en la sala, y se habían sentado acurrucándose en la boca del túnel, donde el hobbit los había dejado.

—¡Chist! —sisearon como respuesta, y aunque Bilbo supo así dónde estaban, pasó bastante tiempo antes de que pudiese sacarles algo más; pero al fin, cuando Bilbo se puso a patear el suelo y a vociferar:

—¡Luz! —con una voz aguda y penetrante, Thorin cedió, y Oin y Gloin fueron enviados de vuelta a la entrada del túnel, donde estaban los fardos.

Al poco rato un resplandor parpadeante indicó que regresaban; Oin sosteniendo una pequeña antorcha de pino, y Gloin con un montón bajo el brazo. Bilbo trotó rápido hasta la puerta y tomó la antorcha, pero no consiguió que encendieran las otras o se unieran a él. Como Thorin explicó, el señor Bolsón era todavía oficialmente el experto saqueador e investigador al servicio de los enanos. Si se arriesgaba a encender una luz, allá él. Los enanos lo esperarían en el túnel. Así que se sentaron junto a la puerta y observaron.

Vieron la pequeña figura del hobbit que cruzaba el suelo alzando la antorcha diminuta. De cuando en cuando, mientras aún estaba cerca, y cada vez que Bilbo tropezaba, llegaban a ver un destello dorado y oían un tintineo. La luz empequeñeció en el vasto salón, y luego subió danzando en el aire. Bilbo escalaba ahora el montículo del tesoro. Pronto llegó a la cima, pero no se detuvo. Luego vieron que se inclinaba, y no supieron por qué.

Era la Piedra del Arca, el Corazón de la Montaña. Así lo supuso Bilbo por la descripción de Thorin; no podía haber otra joya semejante, ni en ese maravilloso botín, ni en el mundo entero. Aún mientras subía, ese mismo resplandor blanco había brillado atrayéndolo. Luego creció poco a poco hasta convertirse en un globo de luz pálida. Cuando Bilbo se acercó, vio que la superficie titilaba con un centelleo de muchos colores, reflejos y destellos de la ondulante luz de la antorcha. Al fin pudo contemplarla a sus pies, y se quedó sin aliento. La gran joya brillaba con luz propia, y aun así, cortada y tallada por los enanos, que la habían extraído del corazón de la montaña hacía ya bastante tiempo, recogía toda la luz que caía sobre ella y la transformaba en diez mil chispas de radiante blancura irisada.[1]

De repente el brazo de Bilbo se adelantó, atraído por el hechizo de la joya. No podía tenerla en la manita, era tan grande y pesada… pero la levantó, cerró los ojos y se la metió en el bolsillo más profundo.

«¡Ahora soy realmente un saqueador!», pensó. «Pero supongo que tendré que decírselo a los enanos… algún día. Ellos me dijeron que podía elegir y tomar mi parte, y creo que elegiría esto, ¡si ellos se llevan todo lo demás!». De cualquier modo, tenía la incómoda sospecha de que eso de «elegir y tomar» no incluía esta maravillosa joya, y que un día le traería dificultades.

Siguió adelante y emprendió el descenso por el otro lado del gran montículo, y el resplandor de la antorcha desapareció de la vista de los enanos. Pero pronto volvieron a verlo a lo lejos. Bilbo estaba cruzando el salón.

Avanzó así hasta encontrarse con las grandes puertas en el extremo opuesto, y allí una corriente de aire lo refrescó, aunque casi le apagó la antorcha. Asomó

tímidamente la cabeza, y atisbando desde la puerta vio unos pasillos enormes y el sombrío comienzo de unas amplias escaleras que subían en la oscuridad. Pero tampoco allí había rastros de Smaug. Justo en el momento en que iba a dar media vuelta y regresar, una forma negra se precipitó sobre él y le rozó la cara. Bilbo se sobresaltó, chilló; se tambaleó y cayó hacia atrás. ¡La antorcha golpeó el suelo y se apagó!

—¡Sólo un murciélago, supongo y espero! —dijo con voz lastimosa—. Pero ahora ¿qué haré? ¿Dónde está el norte, el sur, el este, o el oeste?

»¡Thorin! ¡Balin! ¡Oin! ¡Gloin! ¡Fili y Kili! —llamó tan alto como pudo, y el grito fue un ruido débil e imperceptible en aquella vasta negrura—. ¡Se apagó la luz! ¡Que alguien venga a ayudarme! ¡Socorro! —por el momento, se sentía bastante acobardado.

Débilmente los enanos oyeron estos gritos, pero la única palabra que pudieron entender fue «¡socorro!».

—¿Pero qué demonios pasa dentro o fuera? —dijo Thorin—. No puede ser el dragón, si no el hobbit no seguiría chillando.

Esperaron un rato, pero no se oía ningún ruido de dragón, en verdad ningún otro sonido que la distante voz de Bilbo.

—¡Vamos, que uno de vosotros traiga una o dos antorchas! —ordenó Thorin—. Parece que tendremos que ayudar a nuestro saqueador.

—Ahora nos toca a nosotros ayudar —dijo Balin—, y estoy dispuesto. Espero sin embargo que por el momento no haya peligro.

Gloin encendió varias antorchas más, y luego todos salieron arrastrándose, uno a uno, y fueron bordeando la pared lo más aprisa que pudieron. No pasó mucho tiempo antes de que se encontrasen con el propio Bilbo que venía de vuelta. Había recobrado todo su aplomo, tan pronto como viera el parpadeo de luces.

—¡Sólo un murciélago y una antorcha que se cayó, nada peor! —dijo en respuesta a las preguntas de los enanos. Aunque se sentían muy aliviados, les enfadaba que los hubiese asustado sin motivo; pero cómo hubieran reaccionado si en ese momento él hubiese dicho algo de la Piedra del Arca, no lo sé. Los meros destellos fugaces del tesoro que alcanzaron a ver mientras avanzaban, les había reavivado el fuego de los corazones, y cuando un enano, aún el más respetable, siente en el corazón el deseo de oro y joyas, puede transformarse de pronto en una criatura audaz, y llegar a ser violenta.

Los enanos no necesitaban ya que los apremiasen. Todos estaban ahora ansiosos por explorar el salón mientras fuera posible, y deseando creer que por ahora Smaug estaba fuera de casa. Todos llevaban antorchas encendidas; y mientras miraban a un lado y a otro olvidaron el miedo y aún la cautela. Hablaban en voz alta, y se llamaban unos a otros a gritos a medida que sacaban viejos tesoros del montículo o de la pared y los sostenían a la luz, tocándolos y acariciándolos.

Fili y Kili estaban de bastante buen humor, y viendo que allí colgaban todavía

muchas arpas de oro con cuerdas de plata, las tomaron y se pusieron a rasguear; y como eran instrumentos mágicos (y tampoco habían sido manejadas por el dragón, que tenía muy poco interés por la música), aún estaban afinadas. En el salón oscuro resonó ahora una melodía que no se oía desde hacía tiempo. Pero los enanos eran en general más prácticos: recogían joyas y se atiborraban los bolsillos, y lo que no podían llevar lo dejaban caer entre los dedos abiertos, suspirando. Thorin no era el menos activo, e iba de un lado a otro buscando algo que no podía encontrar. Era la Piedra del Arca; pero todavía no se lo había dicho a nadie.

En ese momento los enanos descolgaron de las paredes unas armas y unas cotas de malla, y se armaron ellos mismos. Un rey en verdad parecía Thorin, vestido con un abrigo de anillas doradas, y con un hacha de empuñadura de plata en el cinturón tachonado con piedras rojas.

—¡Señor Bolsón! —dijo—. ¡Aquí tienes el primer pago de tu recompensa! ¡Tira tu viejo abrigo y toma éste!

Enseguida le puso a Bilbo una pequeña cota de malla, forjada para algún joven príncipe elfo tiempo atrás. Era de esa plata[2] que los elfos llamaban *mithril*, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales. Un casco liviano que por fuera parecía de cuero, reforzado debajo por unas argollas de acero y con gemas blancas en el borde, fue colocado sobre la cabeza del hobbit.

«Me siento magnífico», pensó, «pero supongo que he de parecer bastante ridículo. ¡Cómo se reirían allá en casa, en la Colina! ¡Con todo, me gustaría tener un espejo a mano!»

Pero aun así el hechizo del tesoro no pesaba tanto sobre el señor Bolsón como sobre los enanos. Bastante tiempo antes de que los enanos se cansaran de examinar el botín, él ya estaba aburrido y se sentó en el suelo; y empezó a preguntarse nervioso cómo terminaría todo. «Daría muchas de estas preciosas copas», pensó, «por un trago de algo reconfortante en un cuenco de madera de Beorn».

—¡Thorin! —gritó—. ¿Y ahora qué? Estamos armados, ¿pero de qué sirvieron antes las armaduras contra Smaug el Terrible? El tesoro no ha sido recobrado aún. No buscamos oro, sino una salida; ¡y hemos tentado demasiado la suerte!

—¡Estás en lo cierto! —respondió Thorin, saliendo de su aturdimiento—. ¡Vámonos! Yo os guiaré. Ni en mil años podría yo olvidar los laberintos de este palacio. —Luego llamó a los otros, que empezaron a agruparse, y sosteniendo altas las antorchas atravesaron las puertas, no sin echar atrás miradas ansiosas.

Habían vuelto a cubrir las mallas resplandecientes con las viejas capas, y los cascos brillantes con los capuchones harapientos, y uno tras otro seguían a Thorin, una hilera de lucecitas en la oscuridad que a menudo se detenían, cuando los enanos escuchaban temerosos, atentos a cualquier ruido que anunciara la llegada del dragón.

Aunque el tiempo había pulverizado o destruido los adornos antiguos y aunque todo estaba sucio y desordenado con las idas y venidas del monstruo, Thorin conocía cada pasadizo y cada recoveco. Subieron por largas escaleras, torcieron y bajaron por

pasillos anchos y resonantes, volvieron a torcer y subieron aún más escaleras, y de nuevo aún más escaleras. Talladas en la roca viva, eran lisas, amplias y regulares; y los enanos subieron y subieron, y no encontraron ninguna señal de criatura viviente, sólo unas sombras furtivas que huían de la proximidad de la antorcha, estremecidas por las corrientes de aire.

Mirando hacia fuera desde la Puerta Principal. Ilustración de Ryûichi Terashima para la edición japonesa de 1965.

De cualquier manera, los escalones no estaban hechos para piernas de hobbit, y Bilbo empezaba a sentir que no podría seguir así mucho más, cuando de pronto el techo se elevó; las antorchas no alcanzaban ahora a iluminarlo. Lejos, allá arriba, se podía distinguir un resplandor blanco que atravesaba una abertura, y el aire tenía un olor más dulce. Delante de ellos una luz tenue asomaba por unas grandes puertas, medio quemadas, y que aún colgaban torcidas de los goznes.

—Ésta es la gran cámara de Thror —dijo Thorin—, el salón de fiestas y de reuniones. La Puerta Principal no queda muy lejos.

Cruzaron la cámara arruinada. Las mesas se estaban pudriendo allí; sillas y bancos yacían patas arriba, carbonizados y carcomidos. Cráneos y huesos estaban tirados por el suelo entre jarros, cuencos, cuernos de beber destrozados y polvo. Luego de cruzar otras puertas en el fondo de la cámara, un rumor de agua llegó hasta ellos, y la luz grisácea de repente se aclaró.

—Ahí está el nacimiento del Río Rápido —dijo Thorin—. Desde aquí corre hacia la Puerta. ¡Sigámoslo!

De una abertura oscura en una pared de roca, manaba un agua hirviendo, y fluía en remolinos por un estrecho canal que la habilidad de unas manos ancestrales había excavado, enderezado y encauzado. A un lado se extendía una calzada pavimentada, bastante ancha como para que varios hombres pudieran marchar de frente. Fueron deprisa por la calzada, y he aquí que luego de un recodo la clara luz del día apareció ante ellos. Allí delante se levantaba un arco elevado, que aún guardaba los fragmentos de unas obras talladas, aunque deterioradas, ennegrecidas y rotas. Un sol neblinoso enviaba una pálida luz entre los brazos de la Montaña, y unos rayos de oro

caían sobre el pavimento del umbral.

Un torbellino de murciélagos arrancados de su letargo por las antorchas humeantes, revoloteaba sobre ellos, que marchaban a saltos, deslizándose sobre piedras que el dragón había alisado y desgastado. Ahora el agua se precipitaba ruidosa, y descendía en espumas hasta el valle. Dejaron caer las antorchas pálidas y miraron asombrados. Habían llegado a la Puerta Principal, y Valle estaba ahí fuera.

—¡Bien! —dijo Bilbo—, nunca creí que llegaría a mirar *desde* esta puerta; y nunca creí estar tan contento de ver el sol de nuevo, y sentir el viento en la cara. Pero ¡uf!, este viento es frío.

Lo era. Una brisa helada soplaba del este con la amenaza del invierno incipiente. Se arremolinaba sobre los brazos de la Montaña y alrededor bajando hasta el valle, y suspiraba por entre las rocas. Después de haber estado tanto tiempo en las sofocantes profundidades de aquellas cavernas encantadas, Bilbo y los enanos tiritaban al sol.

De pronto Bilbo cayó en la cuenta de que no sólo estaba cansado sino también muy hambriento. —La mañana ha de estar ya bastante avanzada —dijo—, y supongo que es la hora del desayuno… si hay algo para desayunar. Pero no creo que las puertas de Smaug sean el lugar más apropiado para ponerse a comer. ¡Vayamos a un sitio donde estemos un rato tranquilos!

—De acuerdo —dijo Balin—, creo que sé a dónde tenemos que ir: al viejo puesto de observación en el borde sudeste de la Montaña.

—¿Está muy lejos? —preguntó el hobbit.

—A unas cinco horas de marcha, yo diría. Será una marcha dura. La senda de la Puerta en la ladera izquierda del arroyo parece estar toda cortada. ¡Pero mira allá abajo! El río se tuerce de pronto al este de Valle, frente a la ciudad en ruinas. En ese punto hubo una vez un puente que llevaba a unas escaleras empinadas en la orilla derecha, y luego a un camino que corría hacia la Colina del Cuervo. Allí hay (o había) un sendero que dejaba el camino y subía hasta el puesto de observación. Una dura escalada también, aún si las viejas gradas están todavía allí.

—¡Señor! —gruñó el hobbit—. ¡Más caminatas y escaladas sin desayuno! Me pregunto cuántos desayunos y otras comidas habremos perdido dentro de ese agujero inmundo, que no tiene relojes ni tiempo.

En realidad habían pasado dos noches y el día entre ellas (y no por completo sin comida) desde que el dragón destrozara la puerta mágica, pero Bilbo había perdido la cuenta del tiempo, y para él tanto podía haber pasado una noche como una semana de noches.

—¡Vamos, vamos! —dijo Thorin riéndose; se sentía más animado y hacía sonar las piedras preciosas que tenía en los bolsillos—. ¡No llames a mi palacio un agujero inmundo! ¡Espera a que esté limpio y decorado!

—Eso no ocurrirá hasta que Smaug haya muerto —dijo Bilbo, sombrío—. Mientras tanto, ¿dónde está? Daría un buen desayuno por saberlo. ¡Espero que no esté allá arriba en la Montaña, observándonos!

Esa idea inquietó mucho a los enanos, y decidieron enseguida que Bilbo y Balin tenían razón.

—Tenemos que alejarnos de aquí —dijo Dori—, siento como si me estuviesen clavando los ojos en la nuca.

—Es un lugar frío e inhóspito —dijo Bombur—. Puede que haya algo de beber pero no veo indicios de comida. En lugares así un dragón está siempre hambriento.

—¡Adelante, adelante! —gritaron los otros—. Sigamos la senda de Balin.

A la derecha, bajo la muralla rocosa, no había ningún sendero, y marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río, y en la desolación[3] y el vacío pronto se sintieron otra vez desanimados, aún el propio Thorin. Llegaron al puente del que Balin había hablado y descubrieron que había caído hacía tiempo, y muchas de las piedras eran ahora sólo unos cascajos en el arroyo ruidoso y poco profundo; pero vadearon el agua sin dificultad, y encontraron los antiguos escalones, y treparon por la alta ladera. Después de un corto trecho dieron con el viejo camino, y no tardaron en llegar a una cañada profunda resguardada entre las rocas; allí descansaron un rato y desayunaron como pudieron, sobre todo *cram* y agua. (Si queréis saber lo que es un *cram*, sólo puedo decir que no conozco la receta, pero parece un bizcocho, nunca se estropea, dicen que tiene fuerza nutricia, y en verdad no es muy entretenido, y muy poco interesante, excepto como ejercicio de las mandíbulas; los preparaban los Hombres del Lago para los largos viajes).[4]

Luego siguieron caminando y ahora la senda iba hacia el oeste, alejándose del río, y el lomo de la estribación montañosa que apuntaba al sur se acercaba cada vez más. Por fin alcanzaron el sendero de la colina. Subía en una pendiente abrupta, y avanzaron lentamente uno tras otro hasta que a la caída de la tarde llegaron al fin a la cima de la sierra y vieron el sol invernal que descendía en el oeste.

El sitio en que estaban ahora era llano y abierto, pero en la pared rocosa del norte había una abertura que parecía una puerta. Desde esta puerta se veía un extenso escenario, al sur, al este y al oeste.

—Aquí —dijo Balin— en los viejos tiempos teníamos casi siempre gente que vigilaba, y esa puerta de atrás lleva a una cámara excavada en la roca: un cuarto para el vigía. Había otros sitios semejantes alrededor de la Montaña. Pero en aquellos días prósperos, la vigilancia no parecía muy necesaria, y los guardias estaban quizá demasiado cómodos… En fin, si nos hubieran advertido a tiempo de la llegada del dragón, todo habría sido diferente. No obstante, aquí podemos quedarnos escondidos y al resguardo por un rato, y ver mucho sin que nos vean.

—De poco servirá si nos han visto venir aquí —dijo Dori, que siempre estaba mirando hacia el pico de la Montaña, como si esperase ver allí a Smaug, posado como un pájaro sobre un campanario.

—Tenemos que arriesgarnos —dijo Thorin—. Hoy no podemos ir más lejos.

—¡Bien, bien! —gritó Bilbo, y se echó al suelo.

En la cámara de roca habría lugar para cien, y más adentro había otra cámara más pequeña, más protegida del frío de fuera. No había nada en el interior, y parecía que ni siquiera los animales salvajes habían estado alguna vez allí en los días del dominio de Smaug. Todos dejaron las cargas; algunos se arrojaron al suelo y se quedaron dormidos, pero otros se sentaron cerca de la puerta y discutieron los planes posibles. Durante toda la conversación volvían una y otra vez a un mismo problema: ¿dónde estaba Smaug? Miraban al oeste y no había nada, al este y no había nada, al sur y no había ningún rastro del dragón, aunque allí revoloteaba una bandada de muchos pájaros. Se quedaron mirando, perplejos; pero aún no habían llegado a entenderlo, cuando asomaron las primeras estrellas frías.

14
Fuego y agua

SI AHORA DESEÁIS, como los enanos, saber algo de Smaug, tenéis que retroceder a la noche en que destrozó la puerta y furioso se alejó volando, dos días antes.

Los hombres de Esgaroth, la Ciudad del Lago, estaban casi todos dentro de las casas, pues la brisa soplaba del este negro y era desapacible; pero unos pocos charlaban en los muelles y miraban, como de costumbre, las estrellas que brillaban sobre la tranquila superficie del lago a medida que aparecían en el cielo.

Allí donde el Río Rápido llegaba desde el norte por un desfiladero, las colinas bajas del otro extremo del lago ocultaban a la ciudad la mayor parte de la Montaña. Sólo en los días claros alcanzaban a ver el pico más alto, y rara vez lo miraban, pues era ominoso y atemorizante, aún a la luz matinal. Ahora parecía perdido y desaparecido, borrado por la oscuridad.

De súbito, la Montaña apareció un momento; un brillo breve la tocó y se desvaneció.

—¡Mirad! —dijo uno—. ¡Las luces! También ayer las vieron los centinelas: se encendieron y apagaron desde la medianoche hasta el alba. Algo pasa allá arriba.

—Quizá el Rey bajo la Montaña esté forjando oro —dijo otro—. Ya hace tiempo que se fue hacia el norte. Es hora de que las canciones empiecen a ser ciertas otra vez.

—¿Qué rey? —dijo otro con voz severa—. Lo más posible es que sea el fuego merodeador del dragón, el único Rey bajo la Montaña que hemos conocido.

—¡Siempre estás anunciando cosas horribles! —dijeron los otros—. ¡Cualquier cosa, desde inundaciones a pescado envenenado! Piensa en algo alegre.

Smaug sobre la Ciudad del Lago. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Entonces, de pronto, una gran luz apareció al pie de las colinas y doró el extremo norte del lago. —¡El Rey bajo la Montaña! —gritaron los hombres—. ¡Tiene tantas

riquezas como el sol manantiales de plata, y ríos de oro! ¡El río trae oro de la Montaña! —exclamaron, y en todas partes las ventanas se abrían y los pies se apresuraban.

Una vez más hubo un tremendo entusiasmo y excitación en la ciudad. Pero el individuo de la voz severa corrió a toda prisa hasta el gobernador. —¡O yo soy tonto, o el dragón se está acercando! —gritó—. ¡Cortad los puentes! ¡A las armas! ¡A las armas!

Tocaron enseguida las trompetas de alarma, y los ecos resonaron en las orillas rocosas. Los gritos de entusiasmo cesaron y la alegría se transformó en miedo. Y así fue que el dragón no los encontró por completo desprevenidos.

Muy pronto, tan rápido venía, pudieron verlo como una chispa de fuego que volaba hacia ellos, cada vez más grande y brillante, y hasta el más tonto supo entonces que las profecías no habían sido muy certeras. Sin embargo, aún disponían de un poco de tiempo. Llenaron con agua todas las vasijas de la ciudad, todos los guerreros se armaron, prepararon los venablos y flechas, y el puente fue derribado y destruido antes de que se oyera el rugido de la terrible llegada de Smaug, y el lago se rizara rojo como el fuego bajo el tremendo batido de las alas.

Entre los chillidos, lamentos y gritos de los hombres, Smaug llegó sobre ellos, y se precipitó hacia los puentes. ¡Lo habían engañado! El puente había desaparecido, y sus enemigos estaban en una isla en medio de un agua profunda, demasiado profunda, oscura y fría. Si se echaba ahora al agua, los vahos y vapores entenebrecerían la tierra durante mucho tiempo; pero el lago era más poderoso, y acabaría con él antes de que consiguiese atravesarlo.

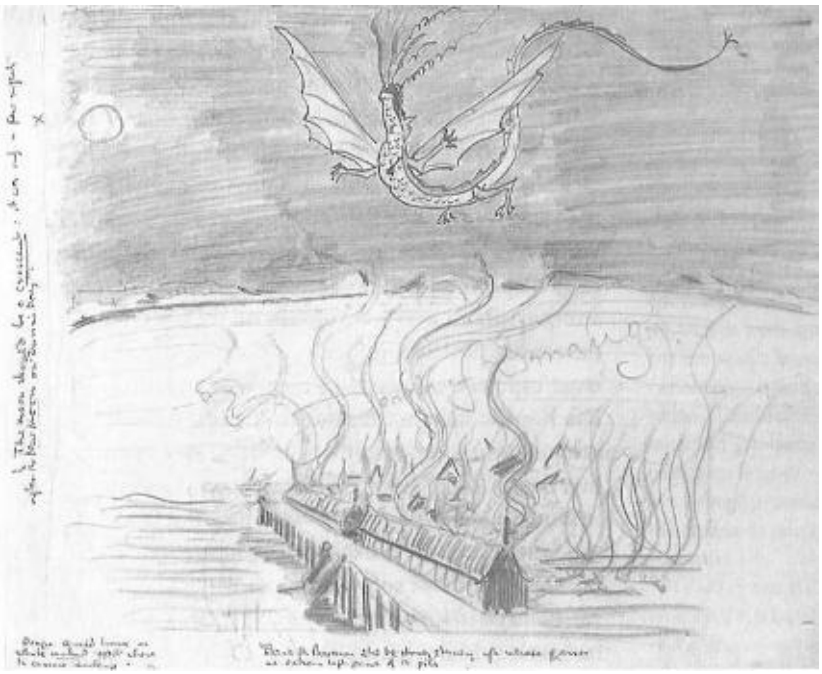
Rugiendo, voló de vuelta sobre la ciudad. Una granizada de flechas oscuras se elevó y chasqueó y le golpeó las escamas y joyas, y el aliento de fuego encendió las flechas, que cayeron de vuelta al agua ardiendo y silbando. Ningún fuego de artificio que hubierais imaginado alguna vez, habría podido compararse con el espectáculo de aquella noche. El tañido de los arcos y el toque de trompetas enardeció aún más la cólera del dragón, hasta enceguecerlo y enloquecerlo. Nadie se había atrevido a enfrentarlo desde mucho tiempo atrás, ni se habrían atrevido entonces si el hombre de la voz severa (Bardo se llamaba) no hubiera corrido de acá para allá, animando a los arqueros y pidiendo al gobernador que les ordenase luchar hasta la última flecha.

Smaug volando. Ilustración de Tamás Szecskó para la edición húngara de 1975.

Las fauces del dragón despedían fuego. Por un momento voló en círculos sobre ellos, alto en el aire, alumbrando todo el lago; los árboles de las orillas brillaban como sangre y cobre, con sombras muy negras que subían por los troncos. Luego

descendió de pronto atravesando la tormenta de flechas, temerario de furia, sin tratar de esconder los flancos escamosos, buscando sólo incendiar la ciudad. El fuego se elevaba de los tejados de paja y los extremos de las vigas mientras Smaug bajaba y pasaba y daba la vuelta, aunque todo había sido empapado en agua antes que él llegase. Siempre había cien manos que arrojaban agua dondequiera que apareciese una chispa. Smaug giró en el aire. La cola barrió el tejado de la Casa Grande, que se desmoronó y cayó. Unas llamas inextinguibles subían altas en la noche. La cola volvió a barrer, y otra casa y otra cayeron envueltas en llamas; y aún ninguna flecha estorbaba a Smaug, ni le hacía más daño que una mosca de los pantanos.

Ya los hombres saltaban al agua por todas partes. Las mujeres y los niños se apretaban en botes de carga en la ensenada del mercado. Las armas caían al suelo. Hubo luto y llanto donde hacía poco tiempo los enanos habían cantado las alegrías del porvenir. Ahora los hombres maldecían a los enanos. El mismo gobernador corría hacia una barca dorada, esperando alejarse remando en la confusión y salvarse. Pronto no quedaría nadie en toda la ciudad, y sería quemada y arrasada hasta la superficie del lago.



Muerte de Smaug de J. R. R. Tolkien. Este boceto inacabado se publicó por primera vez como ilustración de cubierta para la edición de bolsillo de *El Hobbit* por parte de Unwin en 1966. Durante la preparación de la edición, Tolkien expresó sus dudas sobre el uso de la misma como cubierta en una carta a Rayner Unwin del 15 de diciembre de 1965: «No recuerdo cuándo se hizo el esbozo de la Muerte de Smaug, pero creo que debió de haber sido antes de publicarse por primera vez; no puede haber sido muy lejos de 1936. Estoy en sus manos, pero aún no estoy satisfecho de utilizar como cubierta ese garabato. Se parece demasiado a esa moda actual por la que los que saben dibujar tratan de disimularlo. Pero quizás haya una diferencia entre sus productos y los de un hombre que evidentemente no es capaz de dibujar lo que ve» (*Cartas*, n.º 281).

Lo que está escrito en el margen izquierdo dice: «La luna debería estar en *cuarto creciente*: sólo han transcurrido unas pocas noches después de la *luna nueva* del Día

de Durin»; en el ángulo inferior izquierdo… «el dragón debería tener un punto desprotegido por donde penetrase la flecha»; y abajo: «Bardo el Arquero, después de disparada la flecha, tendría que estar en el extremo izquierdo de los pilotes». Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 137) y *Pinturas* (n.º 19).

Eso era lo que el dragón quería. Poco le importaba que se metieran en los botes. Tendría una excelente diversión cazándolos; o podría dejarlos en medio del lago hasta que se murieran de hambre. Que intentasen llegar a la orilla y estaría preparado. Pronto incendiaría todos los bosques de las orillas y marchitaría todos los campos y hierbas. En ese momento disfrutaba del deporte del acoso a la ciudad más de lo que había disfrutado cualquier otra cosa en muchos años.

Pero una compañía de arqueros se mantenía aún firme entre las casas en llamas. Bardo era el capitán, el de la voz severa y cara ceñuda, a quien los amigos habían acusado de profetizar inundaciones y pescado envenenado, aunque sabían que era hombre de valía y coraje. Bardo descendía en línea directa de Girion, Señor de Valle, cuya esposa e hijo habían escapado aguas abajo por el Río Rápido del desastre de otro tiempo. Ahora Bardo tiraba con un gran arco de tejo, hasta que sólo le quedó una flecha. Las llamas se le acercaban. Los compañeros lo abandonaban. Preparó el arco por última vez.

De repente, de la oscuridad, algo revoloteó hasta su hombro. Bardo se sobresaltó, pero era sólo un viejo zorzal. Se le posó impertérrito junto a la oreja y le comunicó las nuevas. Maravillado, Bardo se dio cuenta de que entendía la lengua del zorzal, pues era de la raza de Valle.

—¡Espera! ¡Espera! —le dijo el pájaro—. La luna está asomando. ¡Busca el hueco del pecho izquierdo cuando vuele, y si vuela por encima de ti! —y mientras Bardo se detenía asombrado, le habló de lo que ocurría en la Montaña y de lo que había oído.

Entonces Bardo llevó la cuerda del arco hasta la oreja. El dragón regresaba volando en círculos bajos, y mientras iba acercándose, la luna se elevó sobre la orilla este y le plateó las grandes alas.

—¡Flecha! —dijo el arquero—. ¡Flecha negra! Te he reservado hasta el final. Nunca me fallaste y siempre te he recobrado. Te recibí de mi padre y él de otros hace mucho tiempo. Si alguna vez saliste de la fragua del verdadero Rey bajo la Montaña, ¡ve y vuela bien ahora!

El dragón descendía de nuevo, más bajo que nunca, y cuando volvió y se precipitaba sobre Bardo, el vientre blanco resplandeció, con fuegos chispeantes de gemas a la luz de la luna. Pero no en un punto. El gran arco chasqueó. La flecha negra voló directa desde la cuerda al hueco del pecho izquierdo, donde nacía la pata delantera extendida ahora. En ese hueco se hundió la flecha, y allí desapareció, punta, astil y pluma, tan fiero había sido el tiro. Con un chillido que ensordeció a hombres, derribó árboles y desmenuzó piedras, Smaug saltó disparado en el aire, y se precipitó a tierra desde las alturas.

Cayó estrellándose en medio de la ciudad. Los últimos movimientos de agonía lo redujeron a chispas y resplandores.[1] El lago rugió. Un vapor inmenso se elevó, blanco en la repentina oscuridad bajo la luna. Hubo un siseo y un borboteante remolino, y luego silencio. Y ése fue el fin de Smaug y de Esgaroth, pero no de Bardo.[2]

La luna creciente se elevó más y más y el viento creció ruidoso y frío. Retorcía la niebla blanca en columnas inclinadas y en nubes rápidas, y la empujaba hacia el oeste dispersándola en jirones deshilachados sobre las ciénagas del Bosque Negro. Entonces pudieron verse muchos botes, como puntos oscuros en la superficie del lago, y junto con el viento llegaron las voces de las gentes de Esgaroth, que lloraban la ciudad y los bienes perdidos, y las casas arruinadas. Pero, en verdad tenían mucho que agradecer, si lo hubieran pensado entonces, aunque no era el momento más apropiado. Al menos tres cuartas partes de las gentes de la ciudad habían escapado vivas; los bosques, pastos, campos y ganado y la mayoría de los botes seguían intactos, y el dragón estaba muerto. De lo que todo esto significaba, aún no se habían dado mucha cuenta.

Se reunieron en tristes muchedumbres en las orillas occidentales, temblando por el viento helado, y los primeros lamentos e iras fueron contra el gobernador, que había abandonado la ciudad tan pronto, cuando aún algunos querían defenderla.

—¡Puede tener buena maña para los negocios, en especial para sus propios negocios —murmuraron algunos—, pero no sirve cuando pasa algo serio! —y alababan el valor de Bardo y aquel último tiro poderoso—. Si no hubiese muerto —decían todos—, le habríamos hecho rey. ¡Bardo el-que-mató-al-Dragón, de la línea de Girion! ¡Ay, que se haya perdido!

Y en medio de esta charla, una figura alta se adelantó de entre las sombras. Estaba empapado en agua, el pelo negro le colgaba en mechones húmedos sobre la cara y los hombros, y una luz fiera le brillaba en los ojos.

Bardo y el dragón. Ilustración de Nada Rappensbergerová para la edición eslovaca de 1973.

—¡Bardo no se ha perdido! —gritó—. Saltó al agua desde Esgaroth cuando el enemigo fue derribado. ¡Soy Bardo de la línea de Girion; soy el matador del dragón!

—¡Rey Bardo! ¡Rey Bardo! —gritaban todos, mientras el gobernador apretaba los dientes castañeteantes.

—Girion fue el Señor de Valle, pero no rey de Esgaroth —dijo—. En la Ciudad del Lago hemos elegido siempre los gobernadores entre los ancianos y los sabios, y no hemos soportado nunca el gobierno de los meros hombres de armas. Que el «Rey Bardo» vuelva a su propio reinado. Valle ha sido liberada por el valor de este hombre, y nada impide que regrese. Y aquel que lo desee puede ir con él, si prefiere las piedras frías bajo la sombra de la Montaña a las orillas verdes del lago. Los sabios se quedarán aquí con la esperanza de reconstruir Esgaroth y un día disfrutar otra vez de paz y riquezas.

—¡Tendremos un Rey Bardo! —replicó la gente cercana—. ¡Ya hemos tenido bastantes hombres viejos y contadores de dinero! —y la gente que estaba lejos se puso a gritar: —¡Viva el Arquero y mueran los Monederos! —hasta que el clamor levantó ecos en la orilla.

—Soy el último hombre en negar valor a Bardo el Arquero —dijo el gobernador débilmente, pues Bardo estaba pegado a él—. Esta noche ha ganado un puesto eminente en el registro de benefactores de la ciudad; y es merecedor de muchas canciones imperecederas. Pero: ¿por qué, oh Pueblo —y aquí el gobernador se incorporó y habló alto y claro—, por qué merezco yo vuestras maldiciones? ¿He de ser depuesto por mis faltas? ¿Quién, puedo preguntar, despertó al dragón? ¿Quién recibió de nosotros ricos presentes y gran ayuda y nos llevó a creer que las viejas canciones iban a ser ciertas? ¿Quién se entretuvo jugando con nuestros dulces corazones y nuestras gratas fantasías? ¿Qué clase de oro han enviado río abajo como recompensa? ¡La ruina y el fuego del dragón! ¿A quién hemos de reclamar la recompensa por nuestra desgracia, y ayuda para nuestras viudas y huérfanos?

Como podéis ver, el gobernador no había ganado su posición sin ningún motivo.

Como resultado de estas palabras la gente casi olvidó la idea de un nuevo rey y volvieron los enojados pensamientos hacia Thorin y su compañía. Duras y amargas palabras se gritaron desde muchas partes; y algunos de los que antes habían cantado en voz alta las viejas canciones gritaron entonces igual de alto que los enanos habían azuzado al dragón contra ellos.

—¡Tontos! —dijo Bardo—, ¿por qué malgastáis palabras y descargáis vuestra ira sobre esas infelices criaturas? Sin duda los mató el fuego antes que Smaug llegase a nosotros —entonces, cuando aún estaba hablando, el recuerdo del fabuloso tesoro de la Montaña, ahora sin dueño ni guardián, le entró en el corazón; Bardo calló de pronto, y pensó en las palabras del gobernador, en Valle reconstruida y coronada de campanas de oro, si pudiese encontrar a los hombres necesarios.

Por fin habló otra vez: —No es tiempo para palabras coléricas, gobernador, o para decidir grandes cambios. Hay trabajo que hacer. Os serviré por ahora, aunque dentro de un tiempo quizá reconsidere de nuevo vuestras palabras y me vaya al norte con todos los que quieran seguirme.

Bardo se alejó entonces a grandes pasos para ayudar a instalar los campamentos y cuidar de los enfermos y heridos. Pero el gobernador frunció el entrecejo cuando Bardo se retiró, y se quedó allí sentado. Mucho pensó y poco dijo, aunque llamó a voces para que le trajesen lumbre y comida.

Así, dondequiera que Bardo fuese, los rumores sobre un enorme tesoro que nadie guardaba corrían como un fuego entre la gente. Los hombres hablaban de la recompensa que vendría a aliviar las desgracias presentes, de la riqueza que abundaría y sobraría, y de las cosas que podrían comprar en el Sur. Estos pensamientos los ayudaron a pasar la noche, amarga y triste. Para pocos se pudo encontrar refugio (el gobernador tuvo uno) y hubo poca comida (aún para el gobernador). Gentes que habían escapado ilesas de la destrucción de la ciudad, enfermaron aquella noche por la humedad y el frío y la pena, y poco después murieron; y en los días siguientes hubo mucha enfermedad y gran hambre.

Mientras, Bardo tomó el mando y disponía lo que creía conveniente, aunque siempre en nombre del gobernador, y trabajó mucho conminando a las gentes de la ciudad, y ordenando los preparativos para protegerlas y alojarlas. Probablemente muchos habrían muerto en el invierno, que ya se precipitaba detrás del otoño, si no hubiesen contado con ayuda. Pero el socorro llegó muy pronto, pues Bardo envió enseguida unos rápidos mensajeros río arriba hacia el Bosque para pedir ayuda al Rey de los Elfos, y estos mensajeros encontraron un ejército ya en marcha, aunque sólo habían pasado tres días desde la caída de Smaug.

El Rey Elfo se había enterado de las buenas nuevas por sus propios mensajeros y por los pájaros que eran amigos de los elfos, y ya sabía mucho de lo que había ocurrido. Muy grande, en verdad, fue la conmoción entre las criaturas aladas que moraban en los límites de la Desolación del Dragón. Las bandadas que volaban en círculos oscurecían el aire, y los mensajeros veloces iban de aquí para allá cruzando

el cielo. Sobre los límites del bosque hubo silbidos, gritos y piares. Lejos y más allá del Bosque Negro se extendieron las noticias: «¡Ha muerto Smaug!». Las hojas susurraron y unas orejas sorprendidas se enderezaron atentas. Aún antes que el Rey Elfo empezara a cabalgar, las noticias habían llegado al oeste, a los pinares de las Montañas Nubladas; Beorn las había oído en la casa del bosque; y los trasgos se reunieron en conciliábulos dentro de las cuevas.

—Eso será lo último que oigamos de Thorin Escudo de Roble, me temo —dijo el rey—. Habría sido mejor que hubiese quedado aquí como invitado mío. Sin embargo —añadió—, mal viento es el que a nadie lleva nuevas —porque tampoco él había olvidado la leyenda de la riqueza de Thror. Así fue que los mensajeros de Bardo lo encontraron en marcha, con muchos arqueros y lanceros; y los grajos se apiñaban en bandadas sobre él, pues pensaban que la guerra volvía a despertar, una guerra como no había habido otra en aquellos parajes desde hacía mucho tiempo.

Pero el rey, cuando recibió el pedido de Bardo, sintió piedad, pues era señor de gente amable y buena; de modo que dando media vuelta (hasta ahora había marchado directamente hacia la Montaña), se apresuró río abajo hacia el Lago Largo. No tenía botes o almadías suficientes para su ejército, y se vieron obligados a ir a pie por el camino más lento; pero antes envió aguas abajo grandes reservas de provisiones. Los elfos todavía mantenían los pies ligeros, y a pesar de que no estaban acostumbrados a los pantanos y las tierras traidoras entre el Lago y el Bosque, avanzaron deprisa. Sólo cinco días después de la muerte del dragón, llegaron a orillas del lago y contemplaron las ruinas de la ciudad. Grande fue la bienvenida, como podía esperarse, y los hombres y el gobernador estaban dispuestos a convenir cualquier clase de pacto, como respuesta a la ayuda del Rey Elfo.

Pronto se ultimaron los planes. Junto con las mujeres y los niños, los viejos y los lisiados, quedó el gobernador, y también algunos artesanos y unos elfos habilidosos; y esta gente trabajó talando árboles y recolectando la madera que bajaba desde el Bosque. Luego levantaron muchas cabañas a orillas del lago, contra el invierno inminente, y dirigidos también por el gobernador comenzaron a trazar una nueva ciudad, aún más hermosa y grande que antes, aunque no en el mismo sitio. Se mudaron al norte, a una costa elevada; pues siempre recelarían del agua donde estaba el dragón. Nunca volvería otra vez al lecho dorado; ahora yacía estirado, frío como la piedra, retorcido en el suelo de los bajíos. Allí, durante largos años, pudieron verse en los días tranquilos los huesos enormes entre los pilotes arruinados de la vieja ciudad. Pero pocos se atrevían a cruzar ese sitio maldito, y menos aún a zambullirse en el agua escalofriante o a recuperar las piedras preciosas que le caían de la carcasa putrefacta.

Pero todos los hombres de armas que aún podían tenerse en pie, y la mayor parte de la fuerza del Rey Elfo, se dispusieron a marchar al norte, a la Montaña. Y así fue que en el undécimo día después de la destrucción de la ciudad, la vanguardia de estos ejércitos cruzó las puertas de piedra en el extremo del lago y entró en las tierras

desoladas.

15
El encuentro de las nubes

VOLVAMOS AHORA CON BILBO y los enanos. Uno de ellos había vigilado toda la noche, pero cuando llegó la mañana, no había visto ni oído ninguna señal de peligro. Sin embargo, la congregación de los pájaros seguía creciendo. Las bandadas se acercaban volando desde el Sur, y los grajos que todavía vivían en los alrededores de la Montaña, revoloteaban y chillaban incesantemente allá arriba.

—Algo extraño está ocurriendo —dijo Thorin—. Ya ha pasado el tiempo de los revoloteos otoñales; y estos pájaros siempre moran en tierra; hay estorninos y bandadas de pinzones, y a lo lejos carroñeros, como si se estuviese librando una batalla.

De repente Bilbo apuntó con el dedo:

—¡Ahí está el viejo zorzal otra vez! —gritó—. Parece haber escapado cuando Smaug aplastó la ladera, ¡aunque no creo que se hayan salvado también los caracoles!

Era en verdad el viejo zorzal, y mientras Bilbo señalaba, voló hacia ellos y se posó en una piedra próxima. Luego sacudió las alas y cantó; y torció la cabeza a un lado, como escuchando; y otra vez cantó, y otra vez escuchó.

—Creo que trata de decirnos algo —dijo Balin—, pero no puedo seguir esa garrulería, es muy rápida y difícil. ¿Puedes entenderla, Bolsón?

—No muy bien —dijo Bilbo, que no entendía ni jota—, pero parece muy excitado.

—¡Si al menos fuese un cuervo! —dijo Balin.

—¡Pensé que no te gustaban! Parecías recelar de ellos cuando vinimos por aquí la última vez.

—¡Aquéllos eran grajos! Criaturas desagradables de aspecto sospechoso, además de groseras. Tendrías que haber oído los horribles nombres con que nos iban llamando. Pero los cuervos son diferentes. Hubo una gran amistad entre ellos y la gente de Thror; a menudo nos traían noticias secretas y los recompensábamos con cosas brillantes que ellos escondían en sus moradas.

»Vivían muchos años,[1] y tenían una memoria larga, y esta sabiduría pasaba de padres a hijos. Conocí a muchos de los cuervos de las rocas cuando era muchacho. Esta misma altura se llamó una vez Colina del Cuervo, pues una pareja sabia y famosa, el viejo Carc y su compañera, vivían aquí sobre el cuarto del guardia. Pero no creo que nadie de ese viejo linaje esté ahora en estos sitios.

Aún no había terminado de hablar, cuando el viejo zorzal dio un grito, y enseguida se fue volando.

—Quizá nosotros no lo entendamos, pero ese viejo pájaro nos entiende a nosotros, estoy seguro —dijo Balin—. Observemos y veamos qué pasa ahora.

El zorzal y el cuervo Roäc. Boceto a lápiz de Alan Lee para la edición ilustrada de *El Hobbit* de 1997

Pronto hubo un batir de alas, y de vuelta apareció el zorzal; y con él vino otro pájaro muy viejo y decrépito. Era un cuervo enorme y centenario, casi ciego y de cabeza desplumada, que apenas podía volar. Se posó rígido en el suelo ante ellos, sacudió lentamente las alas, y saludó a Thorin bamboleando la cabeza.

—Oh Thorin hijo de Thrain, y Balin hijo de Fundin[2] —graznó (y Bilbo lo entendió, pues el cuervo hablaba la lengua ordinaria y no la de los pájaros)—. Yo soy Roäc hijo de Carc.[3] Carc ha muerto, pero en un tiempo lo conocías bien. Dejé el cascarón hace ciento cincuenta y tres años, pero no olvido lo que mi padre me dijo. Ahora soy el jefe de los grandes cuervos de la Montaña. Somos pocos, pero aún recordamos al rey de antaño. La mayor parte de mi gente está lejos, pues hay grandes noticias en el Sur… algunas serán buenas nuevas para vosotros, y algunas no os parecerán tan buenas. ¡Mirad! Los pájaros se reúnen otra vez en la Montaña y en Valle desde el sur, el este y el oeste, ¡pues se ha corrido la voz de que Smaug ha muerto!

—¡Muerto! ¡Muerto! —exclamaron los enanos—. ¡Muerto! Hemos estado atemorizados sin motivo entonces, ¡y el tesoro es nuestro otra vez! —todos se pusieron en pie de un salto y vitorearon con los gorros en la mano.

—Sí, muerto —dijo Roäc—. El zorzal, que nunca se le caigan las plumas, lo vio morir, y podemos confiar en lo que dice. Lo vio caer mientras luchaba con los hombres de Esgaroth, hará hoy tres noches, a la salida de la luna.

Roäc habla con Thorin. Ilustración de Peter Chuklev para la versión de 1979 de la edición búlgara de 1975.

Roäc habla con Thorin y Bilbo. Ilustración de Chica para la edición francesa de 1976.

Pasó algún tiempo antes de que Thorin pudiese calmar a los enanos y escuchar las nuevas del cuervo. Por fin, el pájaro acabó el relato de la batalla, y prosiguió: —Hay mucho de que alegrarse, Thorin Escudo de Roble. Puedes volver seguro a tus salones; todo el tesoro es tuyo, por el momento. Pero muchos vendrán a reunirse aquí además de los pájaros. Las noticias de la muerte del guardián han volado ya a lo largo y ancho del país, y la leyenda de la riqueza de Thror no ha dejado de aparecer en cuentos, durante años y años; muchos están ansiosos por compartir el botín. Ya una hueste de elfos está en camino, y los pájaros carroñeros los acompañan, esperando la batalla y la carnicería. Junto al Lago los hombres murmuran que los enanos son los verdaderos culpables de tanta desgracia, pues se han quedado sin hogar, muchos han muerto, y Smaug ha destruido Esgaroth. También ellos esperan que vuestro tesoro repare los daños, estéis vivos o muertos.

»Vuestra sabiduría decidirá, pero trece es un pequeño resto del gran pueblo de Durin que una vez habitó aquí, y que ahora está disperso y en tierras lejanas. Si

queréis mi consejo, no confiéis en el gobernador de los Hombres del Lago, pero sí en aquel que mató al dragón con una flecha. Bardo se llama, y es de la raza de Valle, de la línea de Girion; un hombre sombrío, pero sincero. Una vez más buscará la paz entre los enanos, hombres y elfos, después de la gran desolación; pero ello puede costarte caro en oro. He dicho.

Entonces Thorin estalló de rabia: —Nuestro agradecimiento, Roäc hijo de Carc. Tú y tu pueblo no seréis olvidados. Pero ni los ladrones ni los violentos se llevarán una pizca de nuestro oro, mientras sigamos con vida. Si quieres que te estemos aún más agradecidos, tráenos noticias de cualquiera que se acerque. También quisiera pedirte, si alguno de los tuyos es aún fuerte y joven de alas, que envíes mensajeros a nuestros parientes en las montañas del Norte, tanto al este como al oeste de aquí, y les hables de nuestra difícil situación. Pero ve especialmente a mi primo Dain en las Colinas de Hierro,[4] pues tiene mucha gente bien armada y vive cerca. ¡Dile que se dé prisa!

—No diré si es bueno o malo ese consejo —graznó Roäc—, pero haré lo que pueda —y se alejó volando lentamente.

—¡De vuelta ahora a la Montaña! —gritó Thorin—. Tenemos poco tiempo que perder.

—¡Y también poco que comer! —chilló Bilbo, siempre práctico en tales cuestiones. En cualquier caso, sentía que la aventura, hablando con propiedad, había terminado con la muerte del dragón —en lo que estaba muy equivocado— y hubiese dado buena parte de lo que a él le tocaba por la pacífica conclusión de estos asuntos.

—¡De vuelta a la Montaña! —gritaron los enanos, como si no lo hubiesen oído; así que tuvo que ir de vuelta con ellos.

Como ya estáis enterados de algunos acontecimientos, sabréis que los enanos disponían aún de unos pocos días. Una vez más exploraron las cavernas, y encontraron como esperaban que sólo la Puerta Principal permanecía abierta; todas las demás entradas (excepto, claro, la pequeña puerta secreta) hacía mucho que habían sido destruidas y bloqueadas por Smaug, y no quedaba ni rastro de ellas. De modo que se pusieron a trabajar duro en las fortificaciones de la entrada principal, y en abrir un nuevo sendero que llevase hasta ella.[5] Encontraron muchas de las herramientas de los mineros, canteros y constructores de antaño, y en tales trabajos los enanos eran aún habilidosos.

Entre tanto, los cuervos no dejaban de traer noticias. De esta manera supieron que el Rey Elfo marchaba ahora hacia el Lago, y tenían unos días de respiro. Mejor aún, oyeron que tres de los poneys habían huido y se encontraban vagando salvajes allá abajo, en la ribera del Río Rápido, no lejos del resto de las provisiones. Así, mientras los otros continuaban trabajando, enviaron a Fili y Kili, guiados por un cuervo, a buscar los poneys y traer todo lo que pudieran.

Estuvieron cuatro días fuera, y supieron entonces que los ejércitos unidos de los Hombres del Lago y los Elfos corrían hacia la Montaña. Pero ahora los enanos estaban más esperanzados, pues tenían comida para varias semanas, si se cuidaban —sobre todo *cram*, por supuesto, y muy cansados estaban de ese alimento, pero mejor es *cram* que nada—, y ya la Puerta estaba bloqueada con un parapeto alto y ancho, de piedras regulares, puestas una sobre otra. Había agujeros en el parapeto por los que se podía mirar (o disparar), pero ninguna entrada. Entraban y salían con la ayuda de una escalera de mano, y subían con cuerdas las cosas. Para la salida del arroyo habían dispuesto un arco pequeño y bajo en el nuevo parapeto; pero cerca de la entrada habían cambiado tanto el lecho angosto que toda una laguna se extendía ahora desde la pared de la montaña hasta el principio de la cascada que llevaba el arroyo hacia Valle. Aproximarse a la Puerta sólo era posible a nado, o escurriéndose a lo largo de una repisa angosta que corría a la derecha del risco, mirando desde la entrada.[6] Habían traído los poneys hasta el principio de las escaleras sobre el puente viejo, y luego de descargarlos los habían mandado de vuelta a sus dueños, enviándolos sin jinetes al Sur.

Llegó una noche en la que de pronto aparecieron muchas luces, como de fuego y antorchas, lejos hacia el sur en Valle.

—¡Han llegado! —anunció Balin—. Y el campamento es grande de veras. Tienen que haber entrado en el valle a lo largo de las riberas del río, ocultándose en el crepúsculo.

Poco durmieron esa noche los enanos. La mañana era pálida aun cuando vieron que se aproximaba una compañía. Desde detrás del parapeto observaron cómo subían hasta la cabeza del valle y trepaban lentamente. Pronto pudieron ver que entre ellos venían hombres del lago armados como para la guerra y arqueros elfos. Por fin, la vanguardia escaló las rocas caídas y apareció en lo alto del torrente; mucho se sorprendieron cuando vieron la laguna y la Puerta Principal obstruida por un parapeto de piedra recién tallada.

Mientras estaban allí señalando y hablando entre ellos, Thorin los increpó: —¿Quiénes sois vosotros —dijo en voz muy alta— que venís como en guerra a las puertas de Thorin, hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña, y qué deseáis?

Pero no le respondieron. Algunos dieron una rápida media vuelta, y los otros, luego de observar con detenimiento la Puerta, y cómo estaba defendida, pronto fueron detrás de ellos. Ese mismo día el campamento se trasladó al este del río, justo entre los brazos de la Montaña.[7] Voces y canciones resonaron entonces entre las rocas como no había ocurrido por muchísimo tiempo. Se oía también el sonido de las arpas élficas y de una música dulce; y mientras los ecos subían, parecía que el aire helado se entibiaba, y que la fragancia de las flores primaverales del bosque llegaba débilmente hasta ellos.

Entonces Bilbo deseó escapar de la fortaleza oscura y bajar y unirse a la alegría y las fiestas junto a las fogatas. Algunos de los enanos más jóvenes se sentían también conmovidos, y murmuraron que habría sido mejor que las cosas hubiesen ocurrido de otra manera y poder recibir a esas gentes como amigos. Sin embargo, Thorin fruncía el entrecejo.

Entonces también los enanos sacaron arpas e instrumentos recobrados del botín y tocaron para animar a Thorin; pero la canción no era una canción élfica y se parecía bastante a la que habían cantado hacía mucho tiempo en el pequeño agujero-hobbit de Bilbo:

¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta
el Rey ha regresado al palacio!
El enemigo ha muerto, el Gusano Terrible,
y así una vez y otra caerá el adversario.

La espada es afilada, y es larga la lanza,
veloz la flecha y fuerte la Puerta,
osado el corazón que mira el oro;
y ya nadie hará daño a los enanos.

Los enanos echaban hechizos poderosos,
mientras las mazas tañían como campanas,
en simas donde duermen unos seres oscuros,
en salas huecas bajo las montañas.

En collares de plata entretejían
la luz de las estrellas, en coronas colgaban
el fuego del dragón; de alambres retorcidos
arrancaban música a las arpas.

¡El trono de la Montaña otra vez liberado!
¡Atended la llamada, oh pueblo aventurero!
El rey necesita amigos y parientes,
¡marchad de prisa en el desierto!

Hoy llamamos en montañas heladas:
¡regresad a las viejas cavernas!
Aquí a las Puertas el rey espera,
las manos colmadas de oro y gemas.

¡Bajo la Montaña tenebrosa y alta,
el rey ha regresado al palacio!

¡El Gusano Terrible ha caído y ha muerto,
y así una vez y otra caerá el adversario!

Esta canción pareció apaciguar a Thorin, que sonrió de nuevo y se mostró más alegre; y se puso a estimar la distancia que los separaba de las Colinas de Hierro y cuánto tiempo pasaría antes de que Dain pudiese llegar a la Montaña Solitaria, si se había puesto en camino tan pronto como recibiera el mensaje. Pero el ánimo de Bilbo decayó, tanto por la canción como por la charla: sonaban demasiado belicosas.

A la mañana siguiente, temprano, una compañía de lanceros cruzó el río y marchó valle arriba. Llevaban con ellos el estandarte verde del Rey Elfo y el azul del Lago y avanzaron hasta que estuvieron justo delante del parapeto de la Puerta. De nuevo Thorin les habló en voz alta:

—¿Quiénes sois que llegáis armados para la guerra a las puertas de Thorin hijo de Thrain, Rey bajo la Montaña? —Esta vez le respondieron.

Un hombre alto de cabellos oscuros y cara ceñuda se adelantó y gritó: —¡Salud, Thorin! ¿Por qué te encierras como un ladrón en la guarida? Nosotros no somos enemigos y nos alegramos de que estés con vida, más allá de nuestra esperanza. Vinimos suponiendo que no habría aquí nadie vivo, pero ahora que nos hemos encontrado hay razones para hablar[8] y parlamentar.

—¿Quién eres tú y de qué quieres hablar?

—Soy Bardo y por mi mano murió el dragón y fue liberado el tesoro. ¿No te importa? Más aún, soy, por derecho de descendencia, el heredero de Girion de Valle, y en tu botín está mezclada mucha de la riqueza de los salones y villas de Valle, que el viejo Smaug robó. ¿No es asunto del que podamos hablar? Además, en su última batalla Smaug destruyó las moradas de los Hombres de Esgaroth y yo soy aún siervo del gobernador. Por él hablaré, y pregunto si no has considerado la tristeza y la miseria de ese pueblo. Te ayudaron en tus penas, y en recompensa no has traído más que ruina; aunque sin duda involuntaria.

Bien, éstas eran palabras hermosas y verdaderas, aunque dichas con orgullo y expresión ceñuda; y Bilbo pensó que Thorin reconocería enseguida cuánta justicia había en ellas. Por supuesto, no esperaba que nadie recordara que había sido él quien descubriera el punto débil del dragón; y esto también era justo, pues nadie lo sabía. Pero no tuvo en cuenta el poder del oro que un dragón ha cuidado durante mucho tiempo, ni los corazones de los enanos. En los últimos días Thorin había pasado largas horas en la sala del tesoro, y la avaricia le endurecía ahora el corazón. Aunque buscaba sobre todo la Piedra del Arca, sabía apreciar las otras muchas cosas maravillosas que allí había, unidas por viejos recuerdos a los trabajos y penas de los enanos.

—Has puesto la peor de tus razones en el lugar último y más importante —respondió Thorin—. Al tesoro de mi pueblo, ningún hombre tiene derecho, pues Smaug nos arrebató junto con él la vida o el hogar. El tesoro no era suyo, y los actos

malvados de Smaug no han de ser reparados con una parte. El precio por las mercancías y la ayuda recibida de los Hombres del Lago lo pagaremos con largueza… cuando llegue el momento. Pero no daremos nada, ni siquiera lo que vale una hogaza de pan, bajo amenaza o por la fuerza. Mientras una hueste armada esté aquí acosándonos, os consideraremos enemigos y ladrones.

»Y te preguntaría además qué parte de nuestra herencia habrías dado a los enanos si hubieras encontrado el tesoro sin vigilancia y a nosotros muertos.

—Una pregunta justa —respondió Bardo—. Pero vosotros no estáis muertos y nosotros no somos ladrones. Por otra parte, los ricos podrían compadecerse de los menesterosos que les ofrecieron ayuda cuando ellos pasaban necesidad. Y aún no has respondido a mis otras demandas.

—No parlamentaré, como ya he dicho, con hombres armados a mi puerta. Y de ningún modo con la gente del Rey Elfo, a quien recuerdo con poca simpatía. En esta discusión, él no tiene parte. ¡Aléjate ahora, antes de que nuestras flechas vuelen! Y si has de volver a hablar conmigo, primero manda la hueste élfica a los bosques a que pertenecen, y regresa entonces, deponiendo las armas antes de acercarte al umbral.

—El Rey Elfo es mi amigo, y ha socorrido a la gente del Lago cuando era necesario, sólo obligado por la amistad —respondió Bardo—. Te daremos tiempo para arrepentirte de tus palabras. ¡Recobra tu sabiduría antes que volvamos! —luego Bardo partió y regresó al campamento.

Antes de que hubiesen pasado muchas horas, volvieron los portaestandartes, y los trompeteros se adelantaron y soplaron.

—En nombre de Esgaroth y el Bosque —gritó uno—, hablamos a Thorin hijo de Thrain, Escudo de Roble, que se dice Rey bajo la Montaña, y le pedimos que reconsidere las reclamaciones que han sido presentadas o será declarado nuestro enemigo. Entregará, por lo menos, la doceava parte del tesoro a Bardo, por haber matado a Smaug y como heredero de Girion. Con esa parte, Bardo ayudará a Esgaroth; pero si Thorin quiere tener la amistad y el respeto de las tierras de alrededor, como los tuvieron sus antecesores, también él dará algo para alivio de los Hombres del Lago.

Entonces Thorin tomó un arco de cuerno y disparó una flecha al que hablaba. Golpeó con fuerza el escudo y allí se quedó clavada, temblando.

—Ya que ésta es tu respuesta —dijo el otro a su vez—, declaro la Montaña sitiada. No saldréis de ella hasta que nos llaméis para acordar una tregua y parlamentar. No alzaremos armas contra vosotros, pero os abandonamos a vuestras riquezas. ¡Podéis comeros el oro, si queréis!

Los mensajeros partieron luego rápidamente y dejaron solos a los enanos.[9] Thorin tenía ahora una expresión tan sombría, que nadie se hubiera atrevido a censurarlo, aunque la mayoría parecía estar de acuerdo con él, excepto quizá el gordo Bombur, Fili, y Kili. Bilbo, por supuesto, desaprobaba del todo el cariz que habían tomado las cosas. Ya estaba bastante más que harto de la Montaña, y no le gustaba

nada que lo sitiaran dentro de ella.

—Todo este lugar hiede aún a dragón —gruñó entre dientes—, y eso me pone enfermo. Y además empiezo a notar que el *cram* se me queda pegado a la garganta.

16
Un ladrón en la noche

AHORA LOS DÍAS SE SUCEDÍAN LENTOS y aburridos. Muchos de los enanos pasaban el tiempo apilando y clasificando el tesoro; y ahora Thorin hablaba de la Piedra del Arca de Thrain, y mandaba ansiosamente que la buscasen por todos los rincones.

—Pues la Piedra del Arca de mi padre[1] —decía— vale más que un río de oro, y para mí no tiene precio. De todo el tesoro esa piedra la reclamo para mí, y me vengaré de aquel que la encuentre y la retenga.

Bilbo oyó estas palabras y se asustó, preguntándose qué ocurriría si encontraban la piedra, envuelta en un viejo hatillo de trapos harapientos que le servía de almohada. De todos modos nada dijo, pues mientras el cansancio de los días se hacía cada vez mayor, los principios de un plan se le iban ordenando en la cabecita.

Las cosas siguieron así por algún tiempo hasta que los cuervos trajeron nuevas de que Dain y más de quinientos enanos, apresurándose desde las Colinas de Hierro, estaban a unos dos días de camino de Valle, viniendo del nordeste.

—Mas no alcanzarán indemnes la Montaña —dijo Roäc—, y mucho me temo que habrá batalla en el valle. No creo que convenga esa decisión. Aunque son gente ruda, no están preparados para vencer a la hueste que os acosa; y aunque así fuera, ¿qué ganaríais? El invierno y las nieves se dan prisa tras ellos. ¿Cómo os alimentaréis sin la amistad y hospitalidad de las tierras de alrededor? El tesoro puede ser vuestra perdición, ¡aunque el dragón ya no esté!

Pero Thorin no se inmutó. —La mordedura del invierno y las nieves la sentirán tanto los hombres como los elfos —dijo—, y es posible que no soporten quedarse en estas tierras baldías. Con mis amigos detrás y el invierno encima, quizá tengan una disposición de ánimo más flexible para parlamentar.

Esa noche Bilbo tomó una decisión. El cielo estaba negro y sin luna. Tan pronto como cayeron las tinieblas, fue hasta el rincón de una cámara interior junto a la entrada, y sacó una cuerda del hatillo, y también la Piedra del Arca envuelta en un harapo. Luego trepó al parapeto. Sólo Bombur estaba allí de guardia, pues los enanos vigilaban turnándose de uno en uno.

—¡Qué frío horroroso! —dijo Bombur—. ¡Desearía tener una buena hoguera aquí arriba como la que ellos tienen en el campamento!

—Dentro hace bastante calor —dijo Bilbo.

—Lo creo; pero no puedo moverme de aquí hasta la medianoche —gruñó el enano gordo—. Un verdadero fastidio. No es que me atreva a disentir de Thorin, cuya barba crezca muchos años; aunque siempre fue un enano bastante tieso.

—No tan tieso como mis piernas —dijo Bilbo—. Estoy cansado de escaleras y de pasadizos de piedra. Daría cualquier cosa por poner los pies en el pasto.

—Yo daría cualquier cosa por echarme un trago de algo fuerte a la garganta, ¡y

por una cama blanda después de una buena cena!

—No puedo darte eso, mientras dure el sitio. Pero ya hace tiempo que fue mi turno de guardia, de modo que si quieres, puedo reemplazarte. No tengo sueño esta noche.

—Eres una buena persona, señor Bolsón, y aceptaré con gusto tu ofrecimiento. Si ocurre algo grave, llámame primero, ¡acuérdate! Dormiré en la cámara interior de la izquierda, no muy lejos.

—¡Lárgate! —dijo Bilbo—. Te despertaré a medianoche, para que puedas despertar al siguiente vigía.

Tan pronto como Bombur se hubo ido, Bilbo se puso el anillo, se ató la cuerda, se deslizó parapeto abajo, y desapareció. Tenía unas cinco horas por delante. Bombur dormiría (podía dormirse en cualquier momento, y desde la aventura en el bosque estaba siempre tratando de recuperar aquellos hermosos sueños); y todos los demás estaban ocupados con Thorin. Era poco probable que uno de ellos, aún Fili o Kili, se acercase al parapeto hasta que les llegase el turno.

Estaba muy oscuro, y al cabo de un rato, cuando abandonó la senda nueva y descendió hacia el curso inferior del arroyo, ya no reconoció el camino. Al fin llegó al recodo, y si quería alcanzar el campamento tenía que cruzar el agua. El lecho del río era allí poco profundo pero bastante ancho, y vadearlo en la oscuridad no fue tarea nada fácil para el pequeño hobbit. Cuando ya estaba casi a punto de cruzarlo, perdió pie sobre una piedra redonda y cayó chapoteando en el agua fría. Apenas había alcanzado la orilla opuesta, tiritando y farfullando, cuando en la oscuridad aparecieron unos elfos, llevando linternas resplandecientes, en busca de la causa del ruido.

—¡Eso no fue un pez! —dijo uno—. Hay un espía por aquí. ¡Ocultad vuestras luces! Le ayudarían más a él que a nosotros, si se trata de esa criatura pequeña y extraña que según se dice es el criado de los enanos.

—¡Criado, de veras! —bufó Bilbo; y en medio del bufido estornudó con fuerza, y los elfos se agruparon enseguida y fueron hacia el sonido.

—¡Encended una luz! —dijo Bilbo—. ¡Estoy aquí si me buscáis! —y se sacó el anillo, y asomó detrás de una roca.

Pronto se le echaron encima, a pesar de que estaban muy sorprendidos. —¿Quién eres? ¿Eres el hobbit de los enanos? ¿Qué haces? ¿Cómo pudiste llegar tan lejos con nuestros centinelas? —preguntaron uno tras otro.

—Soy el señor Bilbo Bolsón —respondió el hobbit—, compañero de Thorin, si deseáis saberlo. Conozco de vista a vuestro rey, aunque quizá él no me reconozca. Pero Bardo me recordará y es a Bardo en especial a quien quisiera ver.

—¡No digas! —exclamaron—, ¿y qué asunto te trae por aquí?

—Lo que sea, sólo a mí me incumbe, mis buenos elfos. Pero si deseáis salir de este lugar frío y sombrío y regresar a vuestros bosques —respondió estremeciéndose —, llevadme enseguida a un buen fuego donde pueda secarme, y luego dejadme

hablar con vuestros jefes lo más pronto posible. Tengo sólo una o dos horas.

Fue así como unas dos horas después de cruzar la Puerta, Bilbo estaba sentado al calor de una hoguera delante de una tienda grande, y allí, también sentados, observándolo con curiosidad, estaban el Rey Elfo y Bardo. Un hobbit en armadura élfica, arropado en parte con una vieja manta, era algo nuevo para ellos.

—Sabéis realmente —decía Bilbo con sus mejores modales de negociador—, las cosas se están poniendo imposibles. Por mi parte estoy cansado de todo el asunto. Desearía estar de vuelta allá en el Oeste, en mi casa, donde la gente es más razonable. Pero tengo cierto interés en este asunto, un catorceavo del total, para ser precisos, de acuerdo con una carta que por fortuna creo haber conservado —sacó de un bolsillo de la vieja chaqueta (que llevaba aún sobre la malla) un papel arrugado y plegado: ¡la carta de Thorin que había puesto en mayo debajo del reloj, sobre la repisa de la chimenea![2]

»Una parte de todos los *beneficios*, recordadlo —continuó—. Lo tengo muy bien en cuenta. Personalmente estoy dispuesto a considerar con atención vuestras proposiciones, y deducir del total lo que sea justo, antes de exponer la mía. Sin embargo, no conocéis a Thorin Escudo de Roble tan bien como yo. Os aseguro que está dispuesto a sentarse sobre un montón de oro y morirse de hambre, mientras vosotros estéis aquí.

Bilbo muestra la Piedra del Arca a Bardo y al Rey de los Elfos. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977,

—¡Bien, que se quede! —dijo Bardo—. Un tonto como él merece morirse de hambre.

—Tienes algo de razón —dijo Bilbo—. Entiendo tu punto de vista. A la vez ya viene el invierno. Pronto habrá nieve, y otras cosas, y el abastecimiento será difícil, aún para los elfos, creo. Habrá también otras dificultades. ¿No habéis oído hablar de Dain y de los enanos de las Colinas de Hierro?

—Sí, hace mucho tiempo; ¿pero en qué nos atañe? —preguntó el rey.

—En mucho, me parece. Veo que no estáis enterados. Dain, no lo dudéis, está ahora a menos de dos días de marcha, y trae consigo por lo menos unos quinientos enanos, todos rudos, que en buena parte han participado en las encarnizadas batallas entre enanos y trasgos,[3] de las que sin duda habréis oído hablar. Cuando lleguen, puede que haya dificultades serias.

—¿Por qué nos lo cuentas? ¿Estás traicionando a tus amigos, o nos amenazas? —preguntó Bardo seriamente.

—¡Mi querido Bardo! —chilló Bilbo—. ¡No te apresures! ¡Nunca me había encontrado antes con gente tan suspicaz! Trato simplemente de evitar problemas a todos los implicados. ¡Ahora os haré una oferta!

—¡Oigámosla! —exclamaron los otros.

—¡Podéis verla! —dijo Bilbo—. ¡Aquí está! —y puso ante ellos la Piedra del Arca, y retiró la envoltura.

Bilbo y la Piedra del Arca. Ilustración de Chica para la edición francesa de 1976.

El propio Rey Elfo, cuyos ojos estaban acostumbrados a cosas bellas y maravillosas, se puso en pie, asombrado. Hasta el mismo Bardo se quedó mirándola maravillado y en silencio. Era como si hubiesen llenado un globo con la luz de la luna, y colgase ante ellos en una red centelleante de estrellas escarchadas.

—Ésta es la Piedra del Arca de Thrain —dijo Bilbo—, el Corazón de la Montaña; y también el corazón de Thorin. Tiene, según él, más valor que un río de oro. Yo os la entrego. Os ayudará en vuestra negociación —luego Bilbo, no sin un estremecimiento, no sin una mirada ansiosa, entregó la maravillosa piedra a Bardo, y éste la sostuvo en la mano, como deslumbrado.

—Pero ¿es tuya para que nos la des así? —preguntó al fin con un esfuerzo.

—¡Oh, bueno! —dijo el hobbit un poco incómodo—. No exactamente; pero desearía dejarla como garantía de mi proposición, sabéis. Puede que sea un saqueador (al menos eso es lo que dicen: aunque nunca me he sentido tal cosa), pero soy honrado, espero, bastante honrado. De un modo o de otro regreso ahora, y los enanos pueden hacer conmigo lo que quieran. Espero que os sirva.

El Rey Elfo miró a Bilbo con renovado asombro. —¡Bilbo Bolsón! —dijo—. Eres más digno de llevar la armadura de los príncipes elfos que muchos que parecían vestirla con más gallardía. Pero me pregunto si Thorin Escudo de Roble lo verá así. En general conozco mejor que tú a los enanos. Te aconsejo que te quedes con nosotros, y aquí serás recibido con todos los honores y agasajado tres veces.

—Muchísimas gracias, no lo pongo en duda —dijo Bilbo con una reverencia—. Pero no puedo abandonar a mis amigos de este modo, me parece, después de lo que

hemos pasado juntos. ¡Y además prometí despertar al viejo Bombur a medianoche! ¡Realmente tengo que marcharme, y rápido!

Nada de lo que dijeran iba a detenerlo, de modo que se le proporcionó una escolta, y cuando se pusieron en marcha, el rey y Bardo lo saludaron con respeto. Cuando atravesaron el campamento, un anciano envuelto en una capa oscura se levantó de la puerta de la tienda donde estaba sentado y se les acercó.

—¡Bien hecho, señor Bolsón! —dijo, dando a Bilbo una palmada en la espalda—. ¡Hay siempre en ti más de lo que uno espera! —era Gandalf.

Por primera vez en muchos días Bilbo estaba de verdad encantado. Mas no había tiempo para todas las preguntas que deseaba hacer enseguida.

—¡Todo a su hora! —dijo Gandalf—. Las cosas están llegando a feliz término, a menos que me equivoque. Quedan todavía momentos difíciles por delante, ¡pero no te desanimes! Tú *puedes* salir airoso. Pronto habrá nuevas que ni siquiera los cuervos han oído. ¡Buenas noches!

Asombrado pero contento, Bilbo se dio prisa. Lo llevaron hasta un vado seguro y lo dejaron seco en la orilla opuesta; luego se despidió de los elfos y subió con cuidado de regreso hacia el parapeto. Empezó a sentir un tremendo cansancio, pero era bastante antes de medianoche cuando trepó otra vez por la cuerda; aún estaba donde la había dejado. La desató y la ocultó, y luego se sentó en el parapeto preguntándose ansiosamente qué ocurriría ahora.

A medianoche despertó a Bombur; y después se encogió en un rincón, sin escuchar las gracias del viejo enano (que apenas merecía, pensó). Pronto se quedó dormido, olvidando toda preocupación hasta la mañana. En realidad se pasó la noche soñando con huevos y panceta.

17
Las nubes estallan

AL DÍA SIGUIENTE LAS TROMPETAS SONARON temprano en el campamento. Pronto se vio a un mensajero que corría por la senda estrecha. Se detuvo a cierta distancia, y les hizo señas, preguntando si Thorin escucharía a otra embajada, ya que había nuevas noticias y las cosas habían cambiado.

—¡Eso será por Dain! —dijo Thorin cuando oyó el mensaje—. Habrán oído que ya viene. Pensé que esto les cambiaría el ánimo. ¡Ordénales que vengan en número reducido y sin armas y yo escucharé! —gritó al mensajero.

Alrededor de mediodía, los estandartes del Bosque y el Lago se adelantaron de nuevo. Una compañía de veinte se aproximaba. Cuando llegaron al sendero, dejaron a un lado espadas y lanzas y se acercaron a la Puerta. Admirados, los enanos vieron que entre ellos estaban tanto Bardo como el Rey Elfo, y delante un hombre viejo, envuelto en una capa y con un capuchón en la cabeza, portando un pesado cofre de madera remachado de hierro.

—¡Salud, Thorin! —dijo Bardo—. ¿Aún no has cambiado de idea?

—No cambian mis ideas con la salida y puesta de unos pocos soles —respondió Thorin—. ¿Has venido a hacerme preguntas ociosas? ¡Aún no se ha retirado el ejército elfo, como he ordenado! Hasta entonces, de nada servirá que vengas a negociar conmigo.

—¿No hay nada, entonces, por lo que cederías parte de tu oro?

—Nada que tú y tus amigos podáis ofrecerme.

—¿Qué hay de la Piedra del Arca de Thrain? —dijo Bardo, y en ese momento el hombre viejo abrió el cofre y mostró en alto la joya. La luz brotó de la mano del viejo, brillante y blanca en la mañana.

Bilbo y Thorin. Ilustración de Tamás Szecskó para la edición húngara de 1975.

Thorin se quedó entonces mudo de asombro y confusión. Nadie dijo nada por largo rato.

Luego Thorin habló, con una voz ronca de cólera. —Esa piedra fue de mi padre y es mía. ¿Por qué habría de comprar lo que me pertenece? —Sin embargo, el asombro lo venció al fin y añadió—: Pero ¿cómo habéis obtenido la reliquia de mi casa, si es

necesario hacer esa pregunta a unos ladrones?

—No somos ladrones —respondió Bardo—. Lo tuyo te lo devolveremos a cambio de lo nuestro.

—¿Cómo la conseguisteis? —gritó Thorin cada vez más furioso.

—¡Yo se la di! —chilló Bilbo, que espiaba desde el parapeto, ahora con un horrible pavor.

—¡Tú! ¡Tú! —gritó Thorin volviéndose hacia él y aferrándolo con las dos manos —. ¡Tú, hobbit miserable! ¡Tú, pequeñajo… saqueador! —gritó, faltándole las palabras, y meneó al pobre Bilbo como si fuese un conejo—. ¡Por la barba de Durin! Me gustaría que Gandalf estuviese aquí. ¡Maldito sea por haberte escogido! ¡Que la barba se le marchite! En cuanto a ti, ¡te estrellaré contra las rocas! —gritó y levantó a Bilbo.

—¡Quieto! ¡Tu deseo se ha cumplido! —dijo una voz; el hombre viejo del cofre echó a un lado la capa y el capuchón—. ¡He aquí a Gandalf! Y parece que a tiempo. Si no te gusta mi saqueador, por favor no le hagas daño. Déjalo en el suelo y escucha primero lo que tiene que decir.

—¡Parecéis todos confabulados! —dijo Thorin dejando caer a Bilbo en la cima del parapeto—. Nunca más tendré tratos con brujos o amigos de brujos. ¿Qué tienes que decir, descendiente de ratas?

—¡Vaya! ¡Vaya! —dijo Bilbo—. Ya sé que todo esto es muy incómodo. ¿Recuerdas haber dicho que podría escoger mi propia catorceava parte? Quizá me lo tomé demasiado literalmente; me han dicho que los enanos son más corteses en palabras que en hechos. Hubo un tiempo, sin embargo, en el que parecías creer que yo había sido de alguna utilidad. ¡Y ahora me llamas descendiente de ratas! ¿Es ése el servicio que tú y tu familia me han prometido, Thorin? ¡Piensa que he dispuesto de mi parte como he querido, y olvídalo ya!

—Lo haré —dijo Thorin ceñudo—. Te dejaré marchar, ¡pero que nunca nos encontremos otra vez! —luego se volvió y habló por encima del parapeto—: Me han traicionado —dijo—. Todos saben que no podría dejar de redimir la Piedra del Arca, el tesoro de mi palacio. Daré por ella una catorceava parte del tesoro en oro y plata, sin incluir las piedras preciosas; mas eso contará como la parte prometida a ese traidor, y con esa recompensa partirá, y vosotros la podréis dividir como queráis. Tendrá bien poco, no lo dudo. Tomadlo, si lo queréis vivo; nada de mi amistad irá con él. ¡Ahora, baja con tus amigos! —dijo a Bilbo—, ¡o te arrojaré al abismo!

—¿Qué hay del oro y la plata? —preguntó Bilbo.

—Te seguirá más tarde, cuando esté disponible —dijo Thorin—. ¡Baja!

—¡Guardaremos la piedra hasta entonces! —le gritó Bardo.

—No estás haciendo un papel muy espléndido como Rey bajo la Montaña —dijo Gandalf—, pero las cosas aún pueden cambiar.

—Cierto que pueden cambiar —dijo Thorin; y ya cavilaba, tan aturdido estaba por el tesoro,[1] si no podría recobrar la Piedra del Arca con la ayuda de Dain, y

retener la parte de la recompensa.

Y así fue Bilbo expulsado del parapeto, y con nada a cambio de sus apuros, excepto la armadura que Thorin ya le había dado. Más de uno de los enanos sintió vergüenza y lástima cuando vio partir a Bilbo.

—¡Adiós! —les gritó—. ¡Quizá nos encontremos otra vez como amigos!

—¡Fuera! —gritó Thorin—. Llevas contigo una malla tejida por mi pueblo y es demasiado buena para ti. No se la puede atravesar con flechas; pero si no te das prisa, te pincharé esos pies miserables. ¡De modo que apresúrate!

—No tan rápido —dijo Bardo—. Te damos tiempo hasta mañana. Regresaremos a la hora del mediodía y veremos si has traído la parte del tesoro que hemos de cambiar por la Piedra. Si en esto no nos engañas, entonces partiremos y el ejército elfo retornará al Bosque. Mientras tanto, ¡adiós!

Con eso, volvieron al campamento; pero Thorin envió por Roäc correos a Dain, diciendo lo que había sucedido e instándole a que viniese con una rapidez cautelosa.

Pasó aquel día y la noche. A la mañana siguiente, el viento cambió al oeste, y el aire estaba oscuro y tenebroso. Era aún temprano cuando se oyó un grito en el campamento. Llegaron mensajeros a informar que una hueste de enanos había aparecido en la estribación oriental de la Montaña y que ahora se apresuraba hacia Valle. Dain había venido. Había corrido toda la noche, y de este modo habían llegado sobre ellos más pronto de lo que habían esperado. Todos los enanos de la tropa estaban ataviados con cotas de malla de acero que les llegaban a las rodillas; y unas calzas de metal fino y flexible, tejido con un procedimiento secreto que sólo la gente de Dain conocía, les cubrían las piernas. Los enanos son sumamente fuertes para su talla, pero la mayoría de éstos eran fuertes aún entre los enanos. En las batallas empuñaban pesados azadones[2] que se manejaban con las dos manos; además, todos tenían al costado una espada ancha y corta, y un escudo redondo les colgaba de las espaldas. Llevaban las barbas partidas y trenzadas, sujetas al cinturón. Las viseras eran de hierro, lo mismo que el calzado; y las caras eran todas sombrías.

Las trompetas llamaron a hombres y elfos a las armas. Pronto vieron a los enanos, que subían por el valle a buen paso. Se detuvieron entre el río y la estribación del este, pero unos pocos se adelantaron, cruzaron el río y se acercaron luego al campamento; allí depusieron las armas y alzaron las manos en señal de paz. Bardo salió a encontrarlos y fue Bilbo con él.

—Nos envía Dain hijo de Nain[3] —dijeron cuando se les preguntó—. Corremos junto a nuestros parientes de la Montaña, pues hemos sabido que el reino de antaño se ha renovado. Pero ¿quiénes sois vosotros que acampáis en el llano como enemigos ante murallas defendidas? —Esto, naturalmente, en el lenguaje de entonces, cortés y bastante pasado de moda, significaba simplemente: «Aquí no tenéis nada que hacer. Vamos a seguir, o sea marchaos o pelearemos con vosotros». Se proponían seguir

adelante, entre la Montaña y el recodo del agua, pues allí el terreno estrecho no parecía muy protegido.

Por supuesto, Bardo se negó a permitir que los enanos fueran directamente a la Montaña. Estaba decidido a esperar a que trajesen fuera la plata y el oro, para ser cambiados por la Piedra del Arca, pues no creía que esto pudiera ocurrir una vez que aquella numerosa y hosca compañía hubiera llegado a la fortaleza. Habían traído consigo gran cantidad de suministros, pues los enanos son capaces de soportar cargas muy pesadas, y casi toda la gente de Dain, a pesar de que habían marchado a paso vivo, llevaba a hombros unos fardos enormes, que se sumaban al peso de los azadones y los escudos. Hubieran podido resistir un sitio durante semanas, y en ese tiempo quizá vinieran más enanos, pues Thorin tenía muchos parientes. Quizá fueran capaces también de abrir de nuevo alguna otra puerta, y guardarla, de modo que los sitiadores tendrían que rodear la montaña, y no eran tantos en verdad.

Éstos eran precisamente los planes de los enanos, (pues los cuervos mensajeros habían estado muy ocupados yendo de Thorin a Dain); pero por el momento el paso estaba obstruido, así que luego de unas duras palabras, los enanos mensajeros se retiraron murmurando, cabizbajos. Bardo había enviado enseguida unos mensajeros a la Puerta, pero no había allí oro ni pago alguno.

Tan pronto como estuvieron a tiro, les cayeron flechas, y se apresuraron a regresar. Por ese entonces, todo el campamento estaba en pie, como preparándose para una batalla, pues los enanos de Dain avanzaban por la orilla del este.

—¡Tontos! —rio Bardo—. ¡Acercarse así bajo el brazo de la Montaña! No entienden de guerra a campo abierto, aunque sepan guerrear en las minas. Muchos de nuestros arqueros y lanceros aguardan ahora escondidos entre las rocas del flanco derecho. Las mallas de los enanos pueden ser buenas, pero se las pondrá a prueba muy pronto. ¡Caigamos sobre ellos desde los flancos antes de que descansen!

Pero el Rey Elfo dijo: —Mucho esperaré antes de pelear por un botín de oro. Los enanos no pueden pasar, si no se lo permitimos, o hacer algo que no lleguemos a advertir. Esperaremos a ver si la reconciliación es posible. Nuestra ventaja en número bastará, si al fin hemos de librar un desgraciado combate.

Pero estas circunstancias no tenían en cuenta a los enanos. Saber que la Piedra del Arca estaba en manos de los sitiadores, les inflamaba los corazones; sospecharon además que Bardo y sus amigos titubeaban, y decidieron atacar cuanto antes.

De pronto, sin aviso, los enanos se desplegaron en silencio. Los arcos chasquearon y las flechas silbaron. La batalla iba a comenzar.

¡Pero todavía más pronto, una sombra creció con terrible rapidez! Una nube negra cubrió el cielo. El trueno invernal rodó en un viento huracanado, rugió y retumbó en la Montaña y relampagueó en la cima. Y por debajo del trueno se pudo ver otra oscuridad, que se adelantaba en un torbellino, pero esta oscuridad no llegó con el viento; llegó desde el Norte, como una inmensa nube de pájaros, tan densa que no había luz entre las alas.

—¡Deteneos! —gritó Gandalf, que apareció de repente y esperó de pie y solo, con los brazos levantados, entre los enanos que venían y las filas que los aguardaban—. ¡Deteneos! —dijo con voz de trueno, y la vara se le encendió con una luz súbita como el rayo—. ¡El terror ha caído sobre vosotros! ¡Ay! Ha llegado más rápido de lo que yo había supuesto. ¡Los trasgos están sobre vosotros! Ahí llega Bolgo del Norte (hijo de Azog),[4] cuyo padre, ¡oh, Dain!, mataste en Moria.[5] ¡Mirad! Los murciélagos se ciernen sobre el ejército como una nube de langostas. ¡Montan en lobos, y los wargos vienen detrás!

El asombro y la confusión cayó sobre todos ellos. Mientras Gandalf hablaba, la oscuridad no había dejado de crecer. Los enanos se detuvieron y contemplaron el cielo. Los elfos gritaron con muchas voces.

—¡Venid! —llamó Gandalf—. Hay tiempo de celebrar consejo. ¡Que Dain hijo de Nain se reúna enseguida con nosotros!

Así empezó una batalla que nadie había esperado; la llamaron la Batalla de los Cinco Ejércitos,[6] y fue terrible. De una parte luchaban los trasgos y los lobos salvajes, y por la otra, los Elfos, los Hombres y los Enanos. Así fue como ocurrió. Desde que el Gran Trasgo de las Montañas Nubladas había caído, los trasgos odiaban más que nunca a los enanos. Habían mandado mensajeros de acá para allá entre las ciudades, colonias y plazas fuertes, pues habían decidido conquistar el dominio del Norte. Se habían informado en secreto, y prepararon y forjaron armas en todos los escondrijos de las montañas. Luego se pusieron en marcha, y se reunieron en valles y colinas, yendo siempre por túneles o en la oscuridad, hasta llegar a las cercanías de la gran Montaña Gundabad[7] del Norte, donde tenían la capital. Allí juntaron un inmenso ejército, preparado para caer en tiempo tormentoso sobre los ejércitos desprevenidos del Sur. Estaban enterados de la muerte de Smaug y el júbilo les encendía el ánimo; y noche tras noche se apresuraron entre las montañas, y así llegaron al fin desde el norte casi pisándole los talones a Dain. Ni siquiera los cuervos supieron que llegaban, hasta que los vieron aparecer en las tierras abruptas, entre la Montaña Solitaria y las colinas. Cuánto sabía Gandalf, no se puede decir, pero está claro que no había esperado ese asalto repentino.

Éste fue el plan que preparó junto con el Rey Elfo y Bardo; y con Dain, pues el señor enano ya se les había unido: los trasgos eran enemigos de todos, y cualquier otra disputa fue enseguida olvidada. No tenían más esperanza que la de atraer a los trasgos al valle entre los brazos de la Montaña, y ampararse en las grandes estribaciones del sur y el este. Aún de este modo correrían peligro, si los trasgos alcanzaban a invadir la Montaña, atacándolos entonces desde atrás y arriba; pero no había tiempo para preparar otros planes o para pedir alguna ayuda.

Pronto pasó el trueno, rodando hacia el sudeste; pero la nube de murciélagos se acercó, volando bajo por encima de la Montaña, y se agitó sobre ellos, tapándoles la

luz y asustándolos.

—¡A la Montaña! —les gritó Bardo—. ¡Pronto, a la Montaña! ¡Tomemos posiciones mientras todavía hay tiempo! En la estribación sur, en la parte más baja de la falda y entre las rocas, se situaron los Elfos; en la del este, los Hombres y los Enanos. Pero Bardo y algunos de los elfos y hombres más ágiles escalaron la cima de la loma occidental para echar un vistazo al norte. Pronto pudieron ver la tierra a los pies de la Montaña, oscurecida por una apresurada multitud. Luego la vanguardia se arremolinó en el extremo de la estribación y entró atropelladamente en Valle. Éstos eran los jinetes más rápidos, que cabalgaban en lobos, y ya los gritos y aullidos hendían el aire a lo lejos. Unos pocos valientes se les enfrentaron, con un amago de resistencia, y muchos cayeron allí antes que el resto se retirara y huyese a los lados. Como Gandalf esperara, el ejército trasgo se había reunido detrás de la vanguardia, a la que se habían resistido, y luego cayó furioso sobre el valle, extendiéndose aquí y allá entre los brazos de la Montaña, buscando al enemigo. Innumerables eran los estandartes, negros y rojos, y llegaban como una marea furiosa y en desorden.

La Batalla de los Cinco Ejércitos. Ilustración de Nada Rappensbergerová para la edición eslovaca de 1973.

Fue una batalla terrible. Bilbo no había pasado nunca por una experiencia tan espantosa, y que luego odiara tanto, y esto es como decir que por ninguna otra cosa se sintió tan orgulloso, hasta tal punto que fue para él durante mucho tiempo un tema de charla favorito, aunque no tuvo en ella un papel muy importante. En verdad puedo decir que muy pronto se puso el anillo y desapareció de la vista, aunque no de todo peligro. Un anillo mágico de esta clase no es una protección completa en una carga de trasgos, ni detiene las flechas voladoras ni las lanzas salvajes; pero ayuda a apartarse del camino, e impide que escojan tu cabeza entre otras para que un trasgo espadachín te la rebane de un tajo.

Los elfos fueron los primeros en cargar. Tenían por los trasgos un odio amargo y frío. Las lanzas y espadas brillaban en la oscuridad con un helado reflejo, tan mortal era la rabia de las manos que las esgrimían. Tan pronto como la horda de los

enemigos aumentó en el valle, les lanzaron una lluvia de flechas, y todas resplandecían como azuzadas por el fuego. Detrás de las flechas, un millar de lanceros bajó de un salto y embistió. Los chillidos eran ensordecedores. Las rocas se tiñeron de negro con la sangre de los trasgos.

Y cuando los trasgos se recobraron de la furiosa embestida, y detuvieron la carga de los elfos, todo el valle estalló en un rugido profundo. Con gritos de «¡Moria!» y «¡Dain, Dain!», los enanos de las Colinas de Hierro se precipitaron sobre el otro flanco, empuñando los azadones, y junto con ellos llegaron los hombres del Lago armados con largas espadas.

Thorin grita: «¡A mí!». Ilustración de Tove Jansson para la edición sueca de 1962 y la finesa de 1973.

El pánico dominó a los trasgos; y cuando se dieron vuelta para enfrentar este ataque, los elfos cargaron otra vez con bríos renovados. Ya muchos de los trasgos huían río abajo para escapar de la trampa; y muchos de los lobos se volvían contra ellos mismos, y destrozaban a muertos y heridos. La victoria parecía inmediata cuando un griterío sonó en las alturas.

Unos trasgos habían escalado la Montaña por la otra parte, y muchos ya estaban sobre la Puerta, en la ladera, y otros corrían temerariamente hacia abajo, sin hacer caso de los que caían chillando al precipicio, para atacar las estribaciones desde encima. A cada una de estas estribaciones se podía llegar por caminos que descendían de la masa central de la Montaña; los defensores eran pocos y no podrían cerrarles el paso durante mucho tiempo. La esperanza de victoria se había desvanecido del todo.

Sólo habían logrado contener la primera embestida de la marea negra.

El día avanzó. Otra vez los trasgos se reunieron en el valle. Luego vino una horda de wargos, brillantes y negros como cuervos, y con ellos la guardia personal de Bolgo, trasgos de enorme talla, con cimitarras[8] de acero. Pronto llegaría la verdadera oscuridad, en un cielo tormentoso; mientras, los murciélagos revoloteaban aún alrededor de las cabezas y los oídos de hombres y elfos, o se precipitaban como vampiros sobre las gentes caídas. Bardo luchaba aun defendiendo la estribación del este, y sin embargo retrocedía poco a poco; los señores elfos estaban en la nave del brazo sur, alrededor del rey, cerca del puesto de observación de la Colina del Cuervo.

De súbito se oyó un clamor, y desde la Puerta llamó una trompeta. ¡Habían olvidado a Thorin! Parte del muro, movido por palancas, se desplomó hacia afuera cayendo con estrépito en la laguna. El Rey bajo la Montaña apareció en el umbral, y sus compañeros lo siguieron. Las capas y capuchones habían desaparecido; llevaban brillantes armaduras y una luz roja les brillaba en los ojos. El gran enano centelleaba en la oscuridad como oro en un fuego mortecino.

Los trasgos arrojaron rocas desde lo alto; pero los enanos siguieron adelante, saltaron hasta el pie de la cascada y corrieron a la batalla. Lobos y jinetes caían o huían ante ellos. Thorin manejaba el hacha con mandobles poderosos, y nada parecía lastimarlo.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Elfos y hombres! ¡A mí! ¡Oh, pueblo mío! —gritaba, y la voz resonaba como una trompa en el valle.

Hacia abajo, en desorden, los enanos de Dain corrieron a ayudarlo. Hacia abajo fueron también muchos de los hombres del Lago, pues Bardo no pudo contenerlos; y desde la ladera opuesta, muchos de los lanceros elfos. Una vez más los trasgos fueron rechazados al valle, y allí se amontonaron hasta que Valle fue un sitio horrible y oscurecido por cadáveres. Los wargos se dispersaron y Thorin se volvió a la derecha contra la guardia personal de Bolgo. Pero no alcanzó a atravesar las primeras filas.

Ya tras él yacían muchos hombres y muchos enanos, y muchos hermosos elfos que aún tendrían que haber vivido largos años, felices en el bosque. Y a medida que el valle se abría, la marcha de Thorin era cada vez más lenta. Los enanos eran pocos, y nadie guardaba los flancos. Pronto los atacantes fueron atacados y se vieron encerrados en un gran círculo, cercados todo alrededor por trasgos y lobos que volvían a la carga. La guardia personal de Bolgo cayó aullando sobre ellos, introduciéndose entre los enanos como olas que golpean acantilados de arena. Los otros enanos no podían ayudarlos, pues el asalto desde la Montaña se renovaba con redoblada fuerza, y hombres y elfos eran batidos lentamente a ambos lados. A todo esto, Bilbo miraba con aflicción. Se había instalado en la Colina del Cuervo, entre los elfos, en parte porque quizá allí era posible escapar, y en parte (el lado Tuk de la mente de Bilbo) porque si iban a mantener una última posición desesperada, quería defender al Rey Elfo. También Gandalf estaba allí de algún modo, sentado en el suelo, como meditando, preparando quizá un último soplo de magia antes del fin.

Éste no parecía muy lejano. «No tardará mucho ya», pensaba Bilbo. «Antes que los trasgos ganen la Puerta y todos nosotros caigamos muertos o nos obliguen a descender y nos capturen. Realmente, es como para echarse a llorar, después de todo lo que nos ha pasado. Casi habría preferido que el viejo Smaug se hubiese quedado con el maldito tesoro, antes de que lo consigan esas viles criaturas, y el pobrecito Bombur y Balin y Fili y Kili y el resto tengan mal fin; y también Bardo y los hombres del Lago y los alegres elfos. ¡Ay, mísero de mí! He oído canciones sobre muchas batallas, y siempre he entendido que la derrota puede ser gloriosa.[9] Parece muy incómoda, por no decir desdichada. Me gustaría de veras estar fuera de todo esto».

Con el viento, se esparcieron las nubes, y una roja puesta del sol rasgó el oeste. Advirtiendo el brillo repentino en las tinieblas, Bilbo miró alrededor y chilló. Había visto algo que le sobresaltó el corazón, unas sombras oscuras, pequeñas aunque majestuosas, en el resplandor distante.

—¡Las Águilas! ¡Las Águilas! —vociferó—. ¡Vienen las Águilas![10]

Los ojos de Bilbo rara vez se equivocaban. Las Águilas venían con el viento, hilera tras hilera, en una hueste tan numerosa que todos los aguileros del norte parecían haberse reunido allí.

—¡Las Águilas! ¡Las Águilas! —gritaba Bilbo, saltando y moviendo los brazos. Si los elfos no podían verlo, al menos podían oírlo. Pronto ellos gritaron también, y los ecos corrieron por el valle. Muchos ojos expectantes miraron arriba, aunque aún nada se podía ver, excepto desde las estribaciones meridionales de la Montaña.

—¡Las Águilas![11] —gritó Bilbo otra vez, pero en ese momento una piedra cayó y le golpeó con fuerza el yelmo, y el hobbit se desplomó y no vio nada más.

18
El viaje de vuelta

CUANDO BILBO SE RECOBRÓ, se recobró literalmente solo. Estaba tendido en las piedras planas de la Colina del Cuervo, y no había nadie cerca. Un día despejado, pero frío, se extendía allá arriba. Bilbo temblaba y se sentía tan helado como una piedra, pero en la cabeza le ardía un fuego.

«Me pregunto qué ha pasado», se dijo. «De todos modos, no soy todavía uno de los héroes caídos; ¡pero supongo que todavía hay tiempo para eso!»

Se sentó, agarrotado. Mirando hacia el valle no alcanzó a ver ningún trasgo vivo. Al cabo de un rato la cabeza se le aclaró un poco, y creyó distinguir a unos elfos que se movían en las rocas de abajo. Se restregó los ojos. ¿Acaso había aún un campamento en la llanura, a cierta distancia, y un movimiento de idas y venidas alrededor de la Puerta? Los enanos parecían estar atareados removiendo el muro. Pero todo estaba como muerto. No se oían llamadas ni ecos de canciones. De algún modo, había una tristeza en el aire.

—¡Victoria después de todo, supongo! —dijo sintiendo el dolor de cabeza—. Bien, la situación parece bastante sombría.

De súbito, descubrió a un hombre que trepaba y venía hacia él.

—¡Hola, ahí! —llamó con voz vacilante—. ¡Hola, ahí! ¿Qué ocurre?

Thorin en su lecho de muerte. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

—¿Qué voz es la que habla entre las rocas? —dijo el hombre, deteniéndose y atisbando alrededor, no lejos de donde Bilbo estaba sentado.

¡Entonces Bilbo recordó el anillo! «¡Que me aspen! —pensó—. Esta invisibilidad tiene también sus inconvenientes. De otro modo hubiera podido pasar una noche abrigada y cómoda, en cama».

—¡Soy yo, Bilbo Bolsón, el compañero de Thorin! —gritó, quitándose deprisa el anillo.

—¡Es una suerte que te haya encontrado! —dijo el hombre adelantándose—. Te necesitan, y estamos buscándote desde hace tiempo. Te hubieran contado entre los muertos, que son muchos, si Gandalf el mago no hubiese dicho que no hace mucho habían oído tu voz por estos sitios. Me han enviado a mirar aquí por última vez.

¿Estás muy herido?

—Un golpe feo en la cabeza, creo —dijo Bilbo—. Pero tengo un yelmo, y una cabeza dura. Así y todo me siento enfermo y las piernas se me doblan como paja.

—Te llevaré abajo, al campamento del valle —dijo el hombre, y lo alzó con facilidad.

El hombre era rápido y de paso seguro. No pasó mucho tiempo antes de que llegara a depositar a Bilbo ante una tienda en Valle; y allí estaba Gandalf, con un brazo en cabestrillo. Ni siquiera el mago había escapado indemne; y había pocos en toda la hueste que no tuvieran alguna herida.

Cuando Gandalf vio a Bilbo se alegró de veras. —¡Bolsón! —exclamó—. ¡Bueno! ¡Nunca lo hubiera dicho! ¡Vivo, después de todo! ¡Estoy contento! ¡Empezaba a preguntarme si esa suerte que tienes te ayudaría a salir del paso! Fue algo terrible, y casi desastroso. Pero las otras nuevas pueden aguardar. ¡Ven! —dijo más gravemente—. Alguien te reclama —y guiando al hobbit, lo llevó dentro de la tienda.

—¡Salud, Thorin! —dijo Gandalf mientras entraba—. Lo he traído.

Allí efectivamente yacía Thorin Escudo de Roble, herido de muchas heridas, y la armadura abollada y el hacha mellada estaban junto a él en el suelo. Alzó los ojos cuando Bilbo se le acercó.

—Adiós, buen ladrón —dijo—. Parto ahora hacia los salones de espera a sentarme al lado de mis padres, hasta que el mundo sea renovado.[1] Ya que hoy dejo todo el oro y la plata, y voy a donde tienen poco valor, deseo partir en amistad contigo, y me retracto de mis palabras y hechos ante la Puerta.

Bilbo hincó una rodilla, ahogado por la pena.

—¡Adiós, Rey bajo la Montaña! —dijo—. Es ésta una amarga aventura, si ha de terminar así; y ni una montaña de oro podría enmendarla. Con todo, me alegro de haber compartido tus peligros: ha sido más de lo que cualquier Bolsón hubiera podido merecer.

—¡No! —dijo Thorin—. Hay en ti muchas virtudes que tú mismo ignoras, hijo del bondadoso Oeste. Algo de coraje y algo de sabiduría, mezclados con mesura. Si muchos de nosotros[2] dieran más valor a la comida, la alegría y las canciones que al oro atesorado, éste sería un mundo más feliz. Pero triste o alegre, ahora he de abandonarlo. ¡Adiós!

Entonces Bilbo se volvió, y se fue solo; y se sentó fuera arropado con una manta, y aunque quizá no lo creáis, lloró hasta que se le enrojecieron los ojos y se le enronqueció la voz. Era un alma bondadosa, y pasó largo tiempo antes de que tuviese ganas de volver a bromear. «Ha sido un acto de misericordia», se dijo al fin, «que haya despertado cuando lo hice. Desearía que Thorin estuviese vivo, pero me alegro de que partiese en paz. Eres un tonto, Bilbo Bolsón, y lo trastornaste todo con ese asunto de la piedra; y al fin hubo una batalla a pesar de que tanto te esforzaste en conseguir paz y tranquilidad, aunque supongo que nadie podrá acusarte por eso».

Todo lo que sucedió después de que lo dejasen sin sentido, Bilbo lo supo más tarde; pero sintió entonces más pena que alegría, y ya estaba cansado de la aventura. El deseo de viajar de vuelta al hogar lo consumía. Eso, sin embargo, se retrasó un poco, de modo que entre tanto os relataré algo de lo que ocurrió. Las tropas de trasgos habían despertado hacía tiempo la sospecha de las Águilas, a cuya atención no podía escapar nada que se moviera en las cimas. De modo que ellas también se reunieron en gran número alrededor del Águila de las Montañas Nubladas; y al fin, olfateando el combate, habían venido deprisa, bajando con la tormenta en el momento crítico. Fueron ellas quienes desalojaron de las laderas de la montaña a los trasgos que chillaban desconcertados, arrojándolos a los precipicios, o empujándolos hacia los enemigos de abajo. No pasó mucho tiempo antes de que hubiesen liberado la Montaña Solitaria, y los elfos y hombres de ambos lados del valle pudieron por fin bajar a ayudar en el combate.

Pero aun incluyendo a las Águilas, los trasgos los superaban en número. En aquella última hora el propio Beorn había aparecido; nadie sabía cómo o de dónde. Había llegado solo, en forma de oso; y con la cólera parecía ahora más grande de talla, casi un gigante.[3]

El rugir de la voz de Beorn era como tambores y cañones; y se abría paso echando a los lados lobos y trasgos como si fueran pajas y plumas. Cayó sobre la retaguardia, y como un trueno irrumpió en el círculo. Los enanos se mantenían firmes en una colina baja y redonda. Entonces Beorn se agachó y recogió a Thorin, que había caído atravesado por las lanzas, y lo llevó fuera del combate.

Retornó enseguida, con una cólera redoblada, de modo que nada podía contenerlo y ningún arma parecía hacerle mella. Dispersó a la guardia, arrojó al propio Bolgo al suelo, y lo aplastó. Entonces el desaliento cundió entre los trasgos, que se dispersaron en todas direcciones. Pero esta nueva esperanza alentó a los otros, que los persiguieron de cerca, y evitaron que la mayoría buscara cómo escapar. Empujaron a muchos hacia el Río Rápido, y así huyesen al sur o al oeste, fueron acosados en los pantanos próximos al Río del Bosque; y allí pereció la mayor parte de los últimos fugitivos, y quienes se acercaron a los dominios de los Elfos del Bosque fueron ultimados, o atraídos para que murieran en la oscuridad impenetrable del Bosque Negro. Las canciones relatan que en aquel día perecieron tres cuartas partes de los trasgos guerreros del Norte, y las montañas tuvieron paz durante muchos años.

La victoria era segura ya antes de la caída de la noche, pero la persecución continuaba aun cuando Bilbo regresó al campamento; y en el valle no quedaban muchos, excepto los heridos más graves.

—¿Dónde están las Águilas? —preguntó Bilbo a Gandalf aquel anochecer, mientras yacía abrigado con muchas mantas.

—Algunas están de cacería —dijo el mago—, pero la mayoría ha partido de

vuelta a los aguileros. No quisieron quedarse aquí, y se fueron con las primeras luces del alba. Dain ha coronado al jefe con oro, y le ha jurado amistad para siempre.

—Lo lamento. Quiero decir, me hubiera gustado verlas otra vez —dijo Bilbo adormilado—, quizá las vea en el camino a casa. ¿Supongo que iré pronto?

—Tan pronto como quieras —dijo el mago.

En verdad pasaron algunos días antes de que Bilbo partiera realmente. Enterraron a Thorin muy hondo bajo la Montaña, y Bardo le puso la Piedra del Arca sobre el pecho.

—¡Que yazga aquí hasta que la Montaña se desmorone! —dijo—. ¡Que traiga fortuna a todos los enanos que en adelante vivan aquí!

Sobre la tumba de Thorin, el Rey Elfo puso luego a Orcrist, la espada élfica que le habían arrebatado al enano cuando lo apresaron. Se dice en las canciones que brilla en la oscuridad, cada vez que se aproxima un enemigo, y la fortaleza de los enanos no puede ser tomada por sorpresa. Allí Dain hijo de Nain vivió desde entonces, y se convirtió en Rey bajo la Montaña; y con el tiempo muchos otros enanos vinieron a reunirse alrededor del trono, en los antiguos salones. De los doce compañeros de Thorin, quedaban diez. Fili y Kili habían caído defendiéndolo con el cuerpo y los escudos, pues era el hermano mayor de la madre de ellos. Los otros permanecieron con Dain, que administró el tesoro con justicia.

No hubo, desde luego, ninguna discusión sobre la división del tesoro en tantas partes como había sido planeado, para Balin y Dwalin, y Dori y Nori y Ori, y Oin y Gloin, y Bifur y Bofur y Bombur, o para Bilbo. Con todo, una catorceava parte de toda la plata y oro, labrada y sin labrar, se entregó a Bardo pues Dain comentó: —Haremos honor al acuerdo del muerto, y él custodia ahora la Piedra del Arca.

Aún una catorceava parte era una riqueza excesiva, más grande que la de muchos reyes mortales. De aquel tesoro, Bardo envió gran cantidad de oro al gobernador de la Ciudad del Lago; y recompensó con largueza a seguidores y amigos. Al Rey de los Elfos le dio las esmeraldas de Girion, las joyas que él más amaba, y que Dain le había devuelto.

A Bilbo le dijo: —Este tesoro es tanto tuyo como mío, aunque antiguos acuerdos no puedan mantenerse, ya que tantos intervinieron en ganarlo y en defenderlo. Pero aun cuando dijiste que renunciarías a toda pretensión, desearía que las palabras de Thorin, de las cuales se arrepintió, no resultasen ciertas: que te daríamos poco. Te recompensaré más que a nadie.

—Muy bondadoso de tu parte —dijo Bilbo—. Pero realmente es un alivio para mí. Cómo demonios podría llevar ese tesoro a casa sin que hubiera peleas y crímenes todo a lo largo del camino, no lo sé. Y no sé qué haría con ese tesoro una vez en casa. En tus manos estará mejor.

Por último accedió a tomar sólo dos pequeños cofres, uno lleno de plata y el otro lleno de oro, que un poney fuerte podría cargar.

—Un poco más y no sabría qué hacer con él —dijo.

Por fin llegó el momento de despedirse. —¡Adiós, Balin! —exclamó—. ¡Y adiós, Dwalin; y adiós, Dori, Nori, Ori, Oin, Gloin, Bifur, Bofur y Bombur! ¡Que vuestras barbas nunca crezcan ralas! —Y volviéndose hacia la Montaña añadió—: ¡Adiós, Thorin Escudo de Roble! ¡Y Fili y Kili! ¡Que nunca se pierda vuestra memoria!

Entonces los enanos se inclinaron profundamente ante la Puerta, pero las palabras se les trabaron en las gargantas. —¡Adiós y buena suerte, dondequiera que vayas! —dijo Balin al fin—. Si alguna vez vuelves a visitarnos, cuando nuestros salones estén de nuevo embellecidos, entonces ¡el festín será realmente espléndido!

—¡Si alguna vez pasáis por mi camino —dijo Bilbo—, no dudéis en llamar! El té es a las cuatro; ¡pero cualquiera de vosotros será bienvenido, a cualquier hora![4]

Luego dio media vuelta y se alejó.

La hueste élfica estaba en marcha; y aunque tristemente disminuida, todavía muchos iban alegres, pues ahora el mundo septentrional sería más feliz durante largos años. El dragón estaba muerto y los trasgos derrotados, y los corazones élficos miraban adelante, más allá del invierno hacia una primavera de alegría.

Gandalf y Bilbo cabalgaban detrás del rey, y junto a ellos marchaba Beorn a grandes pasos, una vez más en forma humana, y reía y cantaba con una voz recia por el camino. Así fueron hasta aproximarse a los lindes del Bosque Negro, al norte del lugar donde nacía el Río del Bosque. Hicieron alto entonces, pues el mago y Bilbo no penetrarían en el bosque, aun cuando el rey les ofreció que se quedaran un tiempo. Se proponían marchar a lo largo del borde de la floresta, y circundar el extremo norte, internándose en el yermo que se extendía entre él y las Montañas Grises. Era un largo y triste camino, pero ahora que los trasgos habían sido aplastados, les parecía más seguro que los espantosos senderos bajo los árboles. Además Beorn iría con ellos.

Aunque esta ilustración de George Morrow podría pasar por ser Gandalf montado en un poni, en realidad es un dibujo de una bruja, la Madre Meldrum de *The Marvellous Land of Snergs [El maravilloso país de los snergs]*. Se la ve aquí con el disfraz que usó para raptar a Joe y Sylvia, que están en los canastos.

—¡Adiós, oh Rey Elfo! —dijo Gandalf—. ¡Que el bosque verde sea feliz mientras el mundo es todavía joven! ¡Y que sea feliz todo tu pueblo!

—¡Adiós, oh Gandalf! —dijo el rey—. ¡Que siempre aparezcas donde más te necesiten y menos te esperen! ¡Cuantas más veces vengas a mis salones, tanto más me sentiré complacido!

—¡Te ruego —dijo Bilbo tartamudeando, y apoyándose en un pie— que aceptes este presente! —y sacó un collar de plata y perlas que Dain le había dado al partir.

—¿Cómo me he ganado este presente, oh hobbit? —dijo el rey.

—Bueno… este… pensé —dijo Bilbo bastante confuso— que… algo tendría que dar por tu… este… hospitalidad. Quiero decir que también un saqueador tiene sentimientos. He bebido mucho de tu vino y he comido mucho de tu pan.

—¡Aceptaré tu presente, oh Bilbo el Magnífico! —dijo el rey gravemente—. Y te nombro amigo del elfo y bienaventurado. ¡Que tu sombra nunca disminuya (o robarte sería demasiado fácil)! ¡Adiós!

Luego los elfos se volvieron hacia el Bosque, y Bilbo emprendió la larga marcha hacia el hogar.

Pasó muchos infortunios y aventuras antes de estar de vuelta. El Yermo era todavía el Yermo, y había allí otras cosas en aquellos días, además de trasgos; pero iba bien guiado y custodiado —el mago estaba con él, y Beorn lo acompañó una buena parte del camino— y nunca volvió a encontrarse en un apuro grave. Con todo, hacia la mitad del invierno, Gandalf y Bilbo habían dejado atrás los lindes del Bosque, y volvieron a las puertas de la casa de Beorn; y allí se quedaron una temporada. El invierno[5] pasó con días agradables y alegres; y hombres de todas partes vinieron a festejarlo invitados por Beorn. Los trasgos de las Montañas Nubladas eran pocos, y se escondían aterrorizados en los agujeros más profundos que podían encontrar; y los wargos habían desaparecido de los bosques, de modo que los hombres iban de un lado a otro sin temor. Beorn llegó a convertirse en el jefe de aquellas regiones y gobernó una extensa tierra entre el bosque y las montañas, y se dice que durante muchas generaciones los varones que él engendraba podían transformarse en osos, y algunos se mostraron inflexibles y perversos, pero la mayor parte fue como Beorn, aunque de menos tamaño y fuerza. En esos días, los últimos trasgos fueron expulsados de las Montañas Nubladas y hubo una nueva paz en los límites del Yermo.

Era primavera, y una hermosa primavera con aires tempranos y un sol brillante, cuando Bilbo y Gandalf se despidieron al fin de Beorn; y aunque anhelaba volver al hogar, Bilbo partió con pena, pues las flores de los jardines de Beorn eran en primavera no menos maravillosas que en pleno verano.

Al fin ascendieron por el largo camino y alcanzaron el paso donde los trasgos los habían capturado antes. Pero llegaron a aquel sitio elevado por la mañana, y mirando hacia atrás vieron un sol blanco que brillaba sobre la vastedad de la Tierra. Allá atrás se extendía el Bosque Negro, azul en la distancia, y oscuramente verde en el límite más cercano, aún en los días primaverales. Allá, bien lejos, se alzaba la Montaña Solitaria, apenas visible. En el pico más alto todavía brillaba pálida la nieve.

—¡Así llega la nieve tras el fuego, y aún los dragones tienen su final! —dijo

Bilbo, y volvió la espalda a su aventura; el lado Tuk estaba sintiéndose muy cansado, y el lado Bolsón se fortalecía día a día—. ¡Ahora sólo me falta estar sentado en mi propio sillón! —dijo.

19
La última jornada

ERA EL PRIMER DÍA DE MAYO cuando los dos regresaron por fin al borde del valle de Rivendel, donde se alzaba la última (o la Primera)[1] Morada. De nuevo caía la tarde, los poneys se estaban cansando, en especial el que transportaba los bultos, y todos necesitaban algún reposo. Mientras descendían el empinado sendero, Bilbo oyó a los elfos que cantaban todavía entre los árboles, como si no hubiesen callado desde que él estuviera allí hacía tiempo, y tan pronto como los jinetes bajaron a los claros inferiores del bosque, las voces entonaron una canción muy parecida a la de aquel entonces. Era algo así:

¡El dragón se ha marchitado,
le han destrozado los huesos,
y le han roto la armadura,
y el brillo le han humillado!
aunque la espada se oxide,
y la corona perezca,
con una fuerza inflexible
y bienes atesorados,
aún crecen aquí las hierbas,
aún el follaje se mece,
el agua blanca se mueve,
y cantan las voces élficas.
¡Venid! ¡Tra-la-la-valle!
¡Venid de vuelta al valle!

Las estrellas brillan más
que las gemas incontables,
y la luna es aún más clara,
que los tesoros de plata,
el fuego es más reluciente
en el hogar a la noche,
que el oro hundido en las minas.
¿Por qué ir de un lado a otro?
¡Oh! ¡Tra-la-la-valle!
¡Venid de vuelta al valle!

¿Adónde marcháis ahora
regresando ya tan tarde?
¡Las aguas del río fluyen,

y arden todas las estrellas!
¿Adónde marcháis cargados,
tan tristes y temerosos?
Los elfos y sus doncellas
saludan a los cansados
con un tra-la-la-valle,
venid de vuelta al valle.
¡Tra-la-la-valle!
¡Fa-la-la-lalle!
¡Fa-la!

Luego los elfos del valle salieron y les dieron la bienvenida, conduciéndolos a través del agua hasta la casa de Elrond. Allí los recibieron con afecto, y esa misma tarde hubo muchos oídos ansiosos que querían escuchar el relato de la aventura. Gandalf fue quien habló, ya que Bilbo se sentía fatigado y somnoliento. Bilbo conocía la mayor parte del relato, pues había participado en él, y además le había contado muchas cosas al mago en el camino, o en la casa de Beorn; pero algunas veces abría un ojo y escuchaba, cuando Gandalf contaba una parte de la historia de la que él aún no estaba enterado.

Fue así como supo dónde había estado Gandalf; pues alcanzó a oír las palabras del mago a Elrond. Parecía que Gandalf había asistido a un gran concilio de los magos blancos,[2] señores del saber tradicional y la magia buena; y que habían expulsado al fin al Nigromante de su oscuro dominio al sur del Bosque Negro.

—Dentro de no mucho tiempo —decía Gandalf—, el Bosque medrará de algún modo. El Norte estará a salvo de ese horror por muchos años, espero.[3] ¡Aun así, desearía que ya no estuviese en este mundo!

—Sería bueno, en verdad —dijo Elrond—, pero temo que eso no ocurrirá en esta época del mundo, ni en muchas que vendrán después.

Cuando el relato de los viajes concluyó, hubo otros cuentos, y todavía más, cuentos de antaño, de hogaño y de ningún tiempo, hasta que Bilbo cabeceó y roncó cómodamente en un rincón. Despertó en un lecho blanco, y la luna entraba por una ventana abierta. Debajo muchos elfos cantaban en voz alta y clara a orillas del arroyo.

¡Cantad regocijados, cantad ahora juntos!
El viento está en las copas, y ronda en el brezal,
los capullos de estrellas y la luna florecen,
las ventanas nocturnas refulgen en la torre.

¡Bailad regocijados, bailad ahora juntos!
¡Que la hierba sea blanda y los pies como plumas!
El río es plateado, y las sombras se borran,

feliz el mes de mayo, y feliz nuestro encuentro.

¡Cantemos dulcemente, envolviéndolo en sueños!
¡Dejemos que repose y vámonos afuera!
El vagabundo duerme; que la almohada sea blanda.
¡Arrullos! ¡Más arrullos! ¡De alisos y de sauces!

¡Pino, tú no suspires, hasta el viento del alba!
¡Luna, escóndete! Que haya sombra en la Tierra.
¡Silencio! ¡Silencio! ¡Roble, Fresno y Espino!
¡Que el agua calle hasta que apunte la mañana!

Bilbo al final de su aventura. Ilustración de Peter Chuklev para la versión de 1979 de la edición búlgara de 1975.

—¡Bien, Pueblo Festivo! —exclamó Bilbo asomándose a la ventana—. ¿Qué hora es según la luna? ¡Vuestra nana podría despertar a un trasgo borracho! No obstante, os doy las gracias.

—Y tus ronquidos podrían despertar a un dragón de piedra. No obstante, te damos las gracias —contestaron los elfos con una risa—. Está apuntando el alba, y has dormido desde el principio de la noche. Mañana, tal vez, habrás remediado tu cansancio.

—Un sueño breve es un gran remedio en la casa de Elrond —dijo Bilbo—, pero trataré de que el remedio no me falte. ¡Buenas noches por segunda vez, hermosos amigos! —y con estas palabras volvió al lecho y durmió hasta bien entrada la mañana.

Pronto perdió toda huella de cansancio en aquella casa, y no tardó en bromear y bailar, tarde y temprano, con los elfos del valle. Sin embargo, aún este sitio no podía demorarlo por mucho tiempo más, y pensaba siempre en su propia casa. Al cabo pues de una semana, le dijo adiós a Elrond, y dándole unos pequeños regalos que el elfo no podía dejar de aceptar, se alejó cabalgando con Gandalf.

Dejaban el valle, cuando el cielo se oscureció al oeste y sopló el viento y empezó a llover.

—¡Alegres días de mayo! —dijo Bilbo cuando la lluvia le golpeó la cara—. Pero hemos vuelto la espalda a muchas leyendas y estamos llegando a casa. Supongo que esto es el primer sabor del hogar.

—Hay un largo camino —dijo Gandalf.

—Pero es el último camino —dijo Bilbo.

Llegaron al río que señalaba el límite del Yermo, y al vado bajo la orilla escarpada que quizá recordéis.

El agua había crecido con el deshielo de las nieves (pues el verano estaba próximo) y con el largo día de lluvia; pero al fin lo cruzaron luego de algunas dificultades y continuaron marchando mientras caía la tarde; era la última jornada.

Ésta fue parecida a la primera, pero ahora la compañía era más reducida, y más silenciosa; además esta vez no hubo trolls. En cada punto del camino Bilbo rememoraba los hechos y palabras de hacía un año —a él le parecían más de diez— y por supuesto, reconoció enseguida el lugar donde el poney había caído al río, y donde habían dejado atrás aquella desagradable aventura con Tom, Berto y Guille.

No lejos del camino encontraron el oro enterrado de los trolls, aún oculto e intacto.

—Tengo bastante para toda la vida —dijo Bilbo cuando lo desenterraron—. Sería mejor que lo tomases tú, Gandalf. Quizá puedas encontrarle alguna utilidad.

—¡Desde luego que puedo! —dijo el mago—. ¡Pero dividámoslo en partes iguales! Puedes encontrarte con necesidades inesperadas.

De modo que pusieron el oro en costales y lo cargaron en los poneys, quienes no se mostraron muy complacidos. Desde entonces la marcha fue más lenta, pues la mayor parte del tiempo avanzaron a pie. Pero la tierra era verde y había mucha hierba por la que el hobbit paseaba contento. Se enjugaba el rostro con un pañuelo de seda roja —¡no!, no había conservado uno solo de los suyos, y éste se lo había prestado Elrond—, pues ahora junio había traído el verano, y el tiempo era otra vez cálido y luminoso.

Como todas las cosas llegan a término, aún esta historia, un día divisaron al fin el país donde Bilbo había nacido y crecido,[4] donde conocía las formas de la tierra y los árboles tanto como sus propias manos y pies. Alcanzó a otear la Colina a lo lejos, y de repente se detuvo y dijo:

Los caminos siguen avanzando,
sobre rocas y bajo árboles,
por cuevas donde el sol no brilla,
por arroyos que el mar no encuentran,
sobre las nieves que el invierno siembra,
y entre las flores alegres de junio,
sobre la hierba y sobre la piedra,
bajo los montes a la luz de la luna.

Los caminos siguen avanzando
bajo las nubes, y las estrellas,
pero los pies que han echado a andar
regresan por fin al hogar lejano.
Los ojos que fuegos y espadas han visto,
y horrores en salones de piedra,
miran al fin las praderas verdes,
colinas y árboles conocidos.[5]

Gandalf lo miró. —¡Mi querido Bilbo! —dijo—. ¡Algo te ocurre! No eres el hobbit que eras antes.[6]

Y así cruzaron el puente y pasaron el molino junto al río, y llegaron a la mismísima puerta de Bilbo.

—¡Bendita sea! ¿Qué pasa? —gritó el hobbit.

Había una gran conmoción, y gente de toda clase, respetable, y no respetable, se apiñaba junto a la puerta, y muchos entraban y salían, y ni siquiera se limpiaban los pies en el felpudo, como Bilbo observó disgustado.

Bilbo llega a casa durante la subasta. Ilustración de Maret Kernumees para la edición estonia de 1977.

Si él estaba sorprendido, ellos lo estuvieron más. ¡Había llegado de vuelta en medio de una subasta![7] Había una gran nota en blanco y rojo en la verja, manifestando que el veintidós de junio los señores Gorgo, Gorgo, y Borgo[8] sacarían a subasta los efectos del finado señor don Bilbo Bolsón, de Bolsón Cerrado, Hobbiton. La venta comenzaría a las diez en punto. Era casi la hora del almuerzo, y muchas de las cosas ya habían sido vendidas, a distintos precios, desde casi nada hasta viejas canciones (como no es raro en las subastas). Los primos de Bilbo, los Sacovilla Bolsón,[9] estaban en verdad muy atareados midiendo las habitaciones para ver si podrían meter allí sus propios muebles. En síntesis: Bilbo había sido declarado «presuntamente muerto», y no todos lamentaron descubrir que la presunción fuera falsa.

La vuelta del señor Bilbo Bolsón creó todo un disturbio, tanto bajo la Colina como sobre la Colina, y al otro lado de Delagua; el asombro duró mucho más de nueve días.[10] El problema se prolongó en verdad durante años. Pasó mucho tiempo antes de que el señor Bolsón fuese admitido otra vez en el mundo de los vivos. La gente que había conseguido unas buenas gangas en la subasta, fue dura de convencer; y al final, para ahorrar tiempo, Bilbo tuvo que comprar de nuevo muchos de sus

propios muebles. Algunas cucharas de plata desaparecieron de modo misterioso, y nunca se supo de ellas, aunque Bilbo sospechaba de los Sacovilla Bolsón. Por su parte ellos nunca admitieron que el Bolsón que estaba de vuelta fuera el genuino, y las relaciones con Bilbo se estropearon para siempre.[11] En realidad, habían pensado mucho tiempo en mudarse a aquel agradable agujero-hobbit. Sin embargo, Bilbo había perdido más que cucharas; había perdido su reputación. Es cierto que tuvo desde entonces la amistad de los elfos y el respeto de los enanos, magos, y todas esas gentes que alguna vez pasaban por aquel camino. Pero ya nunca fue del todo respetable. En realidad todos los hobbits próximos lo consideraron «raro», excepto los sobrinos y sobrinas de la rama Tuk, aunque los padres de estos jóvenes no los animaban a cultivar la amistad de Bilbo.

Lamento decir que no le importaba. Se sentía muy contento; y el sonido de la marmita sobre el hogar era mucho más musical de lo que había sido antes, incluso en aquellos días tranquilos anteriores a la Tertulia Inesperada. La espada la colgó sobre la repisa de la chimenea. La cota de malla fue colocada sobre una plataforma en el vestíbulo (hasta que la prestó a un museo). El oro y la plata los gastó en generosos presentes,[12] tanto útiles como extravagantes, lo que explica hasta cierto punto el afecto de los sobrinos y sobrinas. El anillo mágico lo guardó muy en secreto, pues ahora lo usaba sobre todo cuando llegaban visitas desagradables.

Se dedicó a escribir poemas y a visitar a los elfos; y aunque muchos meneaban la cabeza y se tocaban la frente, y decían: «¡Pobre viejo Bolsón!», y pocos creían en las historias que a veces contaba, se sintió muy feliz hasta el fin de sus días, que fueron extraordinariamente largos.[13]

Una tarde otoñal, algunos años después, Bilbo estaba sentado en el estudio escribiendo sus memorias[14] —pensaba llamarlas *Historia de una ida y de una vuelta: Las vacaciones de un hobbit*— cuando sonó la campanilla.

Allí en la puerta estaban Gandalf y un enano; y el enano no era otro que Balin.

—¡Entrad! ¡Entrad! —dijo Bilbo, y pronto estuvieron sentados en sillas junto al fuego.

Y si Balin advirtió que el chaleco del señor Bolsón era más ancho (y tenía botones de oro auténtico), Bilbo advirtió también que la barba de Balin era varias pulgadas más larga, y que él llevaba un magnífico cinturón enjoyado.

Se pusieron a hablar de los tiempos que habían pasado juntos, desde luego, y Bilbo preguntó cómo iban las cosas por las tierras de la Montaña. Parecía que iban muy bien. Bardo había reconstruido la ciudad de Valle, y muchos hombres se le habían unido, hombres del Lago, y del Sur y el Oeste, y cultivaban el valle, que era próspero otra vez, y en la Desolación de Smaug había pájaros y flores en primavera, y fruta y festejos en otoño. Y la Ciudad del Lago había sido fundada de nuevo, y era más opulenta que nunca, y muchas riquezas subían y bajaban por el Río Rápido; y

había amistad en aquellas regiones entre elfos y enanos y hombres.

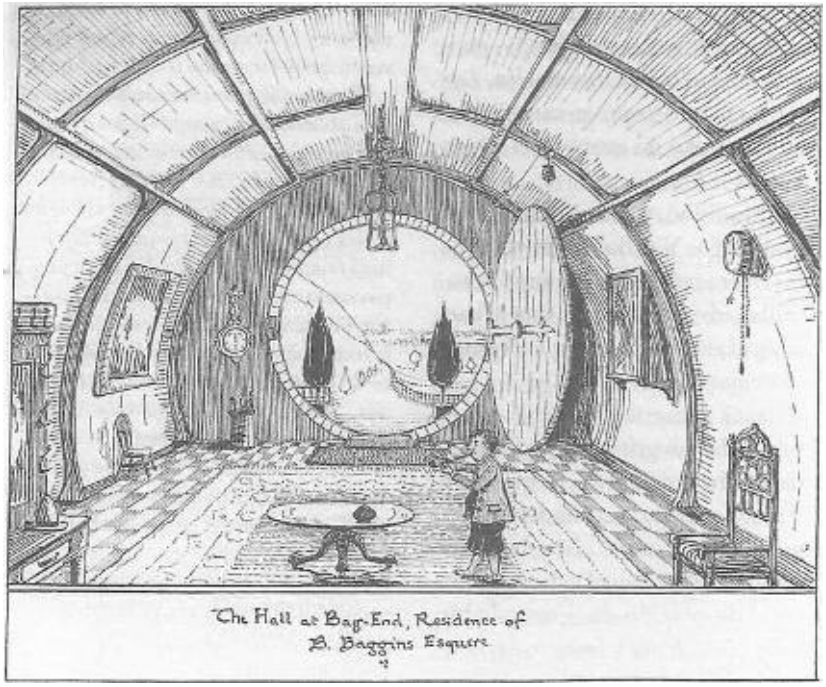
El viejo gobernador había tenido un mal fin. Bardo le había dado mucho oro para que ayudara a la gente del Lago, pero era un hombre propenso a contagiarse de ciertas enfermedades, y había sido atacado por el mal del dragón, y apoderándose de la mayor parte del oro, había huido con él, y murió de hambre en el Yermo, abandonado por sus compañeros.

—El nuevo gobernador es más sabio —dijo Balin—, y muy popular, pues a él se atribuye mucha de la prosperidad presente. Las nuevas canciones dicen que en estos días los ríos corren con oro.

—¡Entonces las profecías de las viejas canciones se han cumplido de alguna manera! —dijo Bilbo.

—¡Claro! —dijo Gandalf—. ¿Y por qué no tendrían que cumplirse? ¿No dejarás de creer en las profecías sólo porque ayudaste a que se cumplieran? No supondrás, ¿verdad?, que todas tus aventuras y escapadas fueron producto de la mera suerte, para tu beneficio exclusivo. Te considero una gran persona, señor Bolsón, y te aprecio mucho; pero en última instancia, ¡eres sólo un simple individuo en un mundo enorme!

—¡Gracias al cielo! —dijo Bilbo riendo, y le pasó el pote de tabaco.



La Estancia de Bolsón Cerrado, residencia del señor Bilbo Bolsón de J. R. R. Tolkien, una de las Ilustraciones en blanco y negro que han aparecido en *El Hobbit* desde 1937.

En una carta a Allen & Unwin del 5 de febrero de 1937, después de que el editor ya hubiera hecho el fotograbado de la ilustración, Tolkien confesó: «incluí equivocadamente una sombra en la acuarela [tras la puerta] que llega hasta la viga lateral. Esto, por supuesto, ha salido negro (con la consiguiente desaparición de la llave), aunque no hasta la viga. Pero la impresión es, según creo, tan buena como permiten los originales» (*Cartas*, n.º 11). En *Artista*, Wayne G. Hammond y Christina Scull señalan que entusiastas de Tolkien han realizado numerosas deducciones sobre la cultura y la artesanía hobbit a partir de lo que se puede ver en esta ilustración, y también señalan la desproporción entre el tamaño de Bilbo y el de la puerta: «tal como está dibujado, el hobbit habría tenido que subirse a una silla para llegar al tirador» (p. 143).

Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 139) y en *Pinturas* (n.º 20, izquierda). Una versión coloreada por H. E.

Riddett apareció en el *Calendario 1979* (1978) y en *Pinturas* (n.º 20, derecha).

Apéndice A
La búsqueda de Erebor

«La búsqueda de Erebor» es esencialmente la explicación de Gandalf de cómo organizó la aventura de Bilbo tal como se explica en *El Hobbit*. Originalmente debía formar parte del Apéndice A en *El Señor de los Anillos*, donde aparecen algunas partes muy abreviadas (véanse pp. 414-416 de *El Retorno del Rey*). Fue eliminado antes de la publicación por razones de espacio. Una versión de «La búsqueda de Erebor» fue publicada en los *Cuentos Inconclusos*, donde también aparece la historia del texto según Christopher Tolkien. Esta historia textual fue corregida en los diversos volúmenes de la «Historia de la Tierra Media» a medida que aparecían nuevos datos. Doy aquí un breve resumen.

La primera aparición de «La búsqueda de Erebor» se produce en la sección III, titulado «El pueblo de Durin» del Apéndice A, y el primer borrador manuscrito de la historia ha sido publicado en *Los Pueblos de la Tierra Media* (pp. 319-335), que también incluye dos notas que pertenecen a ese primer manuscrito. Christopher Tolkien no conocía esa versión cuando compiló los *Cuentos Inconclusos*, por eso llamó a la siguiente versión, un manuscrito más limpio pero también mucho más reescrito y enmendado titulado «La historia de las relaciones de Gandalf con Thráin y Thorin Escudo de Roble», texto A.[1] De A resultó un mecanografiado limpio, llamado B. Consiste en diez páginas, con el subtítulo («Gandalf cuenta cómo preparó la expedición a Erebor y envió a Bilbo con los enanos») escrito a mano en la parte superior de la primera página y «La búsqueda de Erebor» escrito también a mano en la esquina superior derecha. Una versión más corta de la historia también se encuentra como manuscrito, designado como C, que no tiene título y le falta la primera sección del texto. La versión C posiblemente fue compuesta como un intento de mantener como mínimo una versión comprimida de la historia en el volumen publicado, pero finalmente fue rechazada por motivos de espacio.

La versión principal publicada en los *Cuentos Inconclusos* es el texto C, mientras que amplios extractos del B se dan en apéndice con comentarios de Christopher Tolkien. La versión que se da a continuación es el texto B completo, y estoy especialmente agradecido a Christopher Tolkien por la autorización para que aparezca aquí.

Es difícil fechar con precisión ninguna de las versiones de «La búsqueda de Erebor». En una de las dos notas tempranas mencionadas arriba hay una mención de Tolkien a números de páginas de *La Comunidad del Anillo*,[2] lo que implica que el primer volumen de *El Señor de los Anillos* ya estaba compaginado si no estaba ya impreso. Las primeras galeradas de *El Señor de los Anillos* fueron enviadas a Tolkien a finales de julio de 1953. El 29 de septiembre recibió compaginadas y el libro fue

publicado el 29 de julio de 1954. Una cantidad considerable de materiales para los Apéndices de *El Señor de los Anillos* —que incluían en ese momento árboles genealógicos y textos sobre las lenguas, los alfabetos y los calendarios— ya existían el 11 de abril de 1953, cuando Tolkien escribió a su editor con la esperanza de que una parte de ese material, aunque fuera reducido, apareciera en el tercer volumen. El 8 de mayo de 1954, Tolkien no había finalizado los contenidos de los Apéndices y creía que no podría hacerlo hasta que supiera el espacio que le permitirían ocupar. El 18 de septiembre seguía preocupado por la selección de lo que él llamaba un tema demasiado abundante. El 6 de marzo de 1955, Tolkien expresó la esperanza de que podría comprimir varias cosas en el espacio que quedaba, incluida información sobre la Casa de Durin. El 12 de abril, Tolkien entregó finalmente el resto de los Apéndices, incluido el A, y en mayo recibió las galeradas del Apéndice A.

Su aceptación, en consecuencia, el 29 de septiembre de 1953 (cuando Tolkien recibió las compaginadas de *La Comunidad del Anillo*) como fecha límite para la composición de las primeras notas para «La búsqueda de Erebor» y el 12 de abril de 1955 (cuando Tolkien entregó los últimos materiales para *El Retorno del Rey*) como fecha última para que Tolkien abandonase la idea de incluir «La búsqueda de Erebor» en los Apéndices, se deduce que todas las versiones de «La búsqueda de Erebor» datan del período entre octubre de y mediados de abril de 1955. Si lo reducimos más, podemos aceptar (como parece probable) que *La Comunidad del Anillo* fue publicada antes de que Tolkien escribiese «La búsqueda de Erebor», el período se reduce desde finales de julio de hasta mediados de abril de 1955. En consecuencia, parece probable que «La búsqueda de Erebor» date de la segunda mitad de 1954 o principios de 1955.

LA BÚSQUEDA DE EREBOR

Gandalf cuenta cómo preparó la expedición a Erebor y envió a Bilbo con los Enanos

Así, Thorin Escudo de Roble se convirtió en el Heredero de Durin, pero heredero sin esperanzas. Cuando el saqueo de Erebor era demasiado joven para portar armas, pero en Azanulbizar había luchado en la vanguardia del ataque; y cuando Thráin se perdió, tenía noventa y cinco años, un gran Enano de orgulloso porte. No tenía Anillo alguno y (por esa razón quizá) pareció contento de quedarse en Eriador. Allí trabajó largo tiempo y acumuló tantas riquezas como pudo; y a su gente se sumaron muchos de los Enanos errantes de Durin que habían oído de él y a él acudieron. Ahora tenían bellos recintos en las montañas, con bienes almacenados, y sus días no resultaban tan duros, aunque en sus cantos hablaban siempre de la Montaña Solitaria a lo lejos, y el tesoro y la beatitud de la Gran Sala a la luz de la Piedra del Arca.

Los años pasaron. Los rescoldos del corazón de Thorin volvieron a avivarse mientras meditaba en los males de su Casa y en la venganza contra el Dragón que le había correspondido asumir por herencia. Pensaba en armas y en ejércitos y en alianzas mientras su gran martillo resonaba en la fragua; pero los ejércitos se

dispersaron y las alianzas se quebrantaron y las hachas de su pueblo eran pocas; una gran cólera sin esperanzas le ardía en el pecho mientras golpeaba el hierro rojo sobre el yunque.

Gandalf no había desempeñado aún papel alguno en los destinos de la Casa de Durin. No había tenido mucho trato con los Enanos; aunque era amigo de los de buena voluntad y le gustaban los exiliados del Pueblo de Durin que vivían en el Oeste. Pero en una ocasión, mientras viajaba por Eriador (yendo a la Comarca, que no había visitado desde hacía varios años) se encontró por casualidad con Thorin Escudo de Roble, y conversaron en el camino y reposaron durante la noche en Bree.

Por la mañana, Thorin dijo a Gandalf:

—Tengo muchas cosas acumuladas en la mente, y dicen que es usted sabio y que sabe más que la mayoría de lo que acaece en el mundo. ¿Vendrá usted conmigo y me escuchará y me dará consejo?

A esto consintió Gandalf y cuando fueron al aposento de Thorin se sentó largo rato con él y escuchó toda la historia de sus males.

De este encuentro se siguieron muchos acontecimientos de gran importancia: el hallazgo del Anillo Único y su llegada a la Comarca y la elección del Portador del Anillo. Muchos, por esta razón, han supuesto que Gandalf previo todas estas cosas y escogió el momento para su encuentro con Thorin. Pero nosotros no creemos que fuera así. Porque en la narración de la Guerra del Anillo, Frodo, el Portador del Anillo, dejó un relato de las palabras de Gandalf sobre este punto precisamente. Esto es lo que escribió:

Después de la coronación, nos alojamos en una bella casa en Minas Tirith con Gandalf, y él estaba muy alegre, y aunque le hicimos muchas preguntas acerca de todo cuanto nos pasaba por la cabeza, su paciencia parecía tan inagotable como sus conocimientos. No recuerdo ahora la mayor parte de las cosas que nos dijo; a menudo no las comprendíamos. Pero recuerdo muy claramente esta conversación. Gimli estaba con nosotros y le dijo a Peregrin:

—Hay una cosa que debo hacer un día de éstos: tengo que visitar esa Comarca vuestra. ¡No ya para ver Hobbits! Dudo que pueda aprender algo acerca de ellos que ya no sepa. Pero ningún Enano de la Casa de Durin podría dejar de contemplar con maravilla esa tierra. ¿No empezaron allí acaso la recuperación del Reino bajo la Montaña y la caída de Smaug? Para no mencionar el fin de Barad-dûr, aunque ambas cosas estaban extrañamente entretejidas. Extrañamente, muy extrañamente —dijo, e hizo una pausa.

Luego, mirando con fijeza a Gandalf, continuó diciendo:

—Pero ¿quién tejió la trama? No creo haber considerado nunca antes esta cuestión. Entonces, ¿usted planeó todo esto, Gandalf? Si no, ¿por qué condujo a Thorin Escudo de Roble a una puerta tan peculiar? Para encontrar el Anillo y llevarlo

lejos al Oeste a esconderlo, y luego escoger al Portador del Anillo… y de paso recobrar el Reino de la Montaña como si nada: ¿no fue ése su designio?

Gandalf no respondió en seguida. Se puso en pie y miró por la ventana hacia el oeste, en dirección al mar; el sol se ponía y en su cara había un resplandor. Estuvo largo rato en silencio.

Pero por fin se volvió hacia Gimli y dijo:

—No conozco la respuesta. Porque he cambiado desde aquellos días y no me estorba ya la carga de la Tierra Media como entonces. En aquellos días habría respondido con palabras como las que dirigí a Frodo el año pasado en primavera. ¡Sólo el año pasado! Pero semejantes medidas no tienen sentido. En ese tiempo lejano le dijo a un pequeño Hobbit asustado: Bilbo *debía* encontrar el Anillo antes que su hacedor, y tú, por tanto, *debías* transportarlo. Y podría haber añadido: y yo *debía* haberos guiado a ambos a este fin.

»Para lograrlo utilicé en mi vigilia sólo los medios que me estaban permitidos, haciendo lo que me era posible de acuerdo con las razones que tenía. Pero lo que yo sabía en mi corazón, o lo que sabía antes de pisar estas costas grises, eso era otra cuestión. Era yo Olórin en el Oeste que nadie recuerda, y sólo con los que allí se encuentran hablaré más claramente.

Entonces, dijo:

—Ahora lo comprendo mejor, Gandalf. Aunque supongo que *destinado* o no, Bilbo podría haberse negado a abandonar su patria, y también yo. Usted no podía obligarnos. Ni siquiera se le permitió que lo intentara. Pero siento todavía curiosidad por saber por qué hizo lo que hizo, siendo como era entonces, y como parecía, un viejo canoso.

—No sé porqué querrías saber eso —dijo Gandalf—. Pero, por supuesto, tenía razones sencillas para hacer lo que hice; y, si lo puedo expresar así, los Hobbits no eran las más importantes entre ellas.

»Mi razón principal era la de un capitán, la de un miembro de un Consejo de Guerra. Cuando me encontré con Thorin sabía desde hacía tiempo que Sauron se había levantado de nuevo y esperaba que pronto haría una demostración. Sabía que planeaba una gran guerra, y vigilaba todas las tierras en mi mente. La cuestión más urgente era: ¿qué hará primero? ¿Intentará volver a ocupar Mordor; o atacará las pequeñas pero poderosas fortalezas de sus principales enemigos, Lórien y Rivendel?

»Estaba seguro que los atacaría; era el mejor movimiento que podía hacer. Lórien estaba cerca: sería el primero. Pero Rivendel no estaba fuera de su alcance. Sólo necesitaba volver a ocupar el antiguo reino de Angmar, y en muy poco tiempo le iba a parecer demasiado fácil. Su poder crecía con rapidez, y si enviaba una fuerza importante de sus sirvientes por ese camino, entre ellos y los pasos de las montañas del norte sólo se encontraban los Enanos de las Colinas de Hierro y los restos de los Hombres de Valle, que vivía en los límites de la desolación de Smaug. Podría utilizar a Smaug con efectos devastadores.

»El Norte, pues, era un flanco muy débil. Había tiempo aún, pero no demasiado. “Bien”, me dije, “hay que encontrar alguna forma de neutralizar a Smaug. Pero en primer lugar se necesita un golpe directo contra Sauron; como mínimo para que le obligue a algunas decisiones apresuradas”.

»Por esta razón, para dar un salto adelante, es por lo que partí, no bien la expedición contra Smaug estuvo en marcha, y persuadí al Concilio de que atacáramos Dol Guldur antes de que él atacara Lórien. Así lo hicimos, y Sauron huyó. Pero siempre se nos adelantaba en sus planes. He de confesar que realmente creí que se había retirado, y que quizá tuviéramos otro período de paz vigilada. Pero no duró mucho tiempo. Sauron decidió que le tocaba dar el paso siguiente. Volvió en seguida a Mordor, y en diez años proclamó sus intenciones.

»Entonces todo se oscureció. Y, sin embargo, ése no era su plan original; y en última instancia resultó un error. La resistencia tenía todavía dónde deliberar fuera del alcance de la Sombra. ¿Cómo podría haber escapado el Portador del Anillo si no hubieran existido Lórien o Rivendel? Y esos sitios habrían caído, pienso, si Sauron hubiera volcado primero todo su poder contra ellos en lugar de consumir más de la mitad de sus fuerzas contra Gondor.

»Bien, pues así fue. Ésa era mi razón principal. Pero una cosa es ver lo que es necesario hacer, y otra muy distinta, encontrar el medio. Empezaba a preocuparme seriamente la situación en el Norte cuando un día me encontré con Thorin Escudo de Roble: a mediados de marzo de 2941, creo. Escuché toda su historia y pensé: «Pues bien, ¡éste sí que es un enemigo de Smaug! Y es digno de recibir ayuda. He de hacer lo que pueda. Debí haber pensado antes en los enanos».

»Y además estaba el pueblo de la Comarca. Empecé a consagrarle un sitio cálido en mi corazón en el Largo Invierno, que ninguno de vosotros puede recordar. Lo pasaron muy mal entonces. Fue uno de los más grandes aprietos en que nunca se encontraron: morían de frío y de hambre en el terrible período de escasez que siguió al invierno. Pero fue ésa una ocasión excepcional para comprobar su coraje y su mutua compasión. Fue por su solidaridad tanto como por su firme y resignado coraje por lo que sobrevivieron. Yo quería que siguieran sobreviviendo. Pero veía que a las Tierras del Oeste les aguardaba tarde o temprano otra muy dura temporada, aunque de una especie del todo distinta: la guerra implacable. Para salir con buen fin de ella, les era preciso contar con algo más que lo que ahora tenían. No era fácil decir qué. Bien, quizá les fuera preciso saber algo más, comprender algo más claramente lo que los aguardaba y la situación en que se encontraban.

»Habían empezado a olvidar: a olvidar sus propios orígenes y leyendas, a olvidar lo poco que sabían de la grandeza del mundo. La memoria de lo elevado y lo peligroso no había desaparecido todavía, pero había empezado a quedar sepultada.

»Pero no es posible enseñar eso de prisa a todo el mundo. No había tiempo. Y de cualquier manera, es necesario empezar en algún punto con alguien. Me atrevo a afirmar que estaba “elegido”, y yo sólo era el elegido para elegirlo; lo cierto es que

escogí a Bilbo.

—Pues eso es precisamente lo que me interesa saber —dijo Peregrin—. ¿Por qué lo hizo?

—¿Cómo seleccionarías a un Hobbit para un fin semejante? —respondió Gandalf —. No tenía tiempo de examinarlos a todos; pero conocía la Comarca bastante bien por entonces, aunque cuando encontré a Thorin había estado ausente de ella más de veinte años, dedicado a menos placenteros asuntos. De modo que naturalmente, al pensar en los Hobbits que conocía, me dije: «Quiero una pizca de los Tuk (sólo una pizca, Señor Peregrin) y quiero un buen cimiento de una especie más sólida, un Bolsón, quizá».

»Eso señalaba sin vacilaciones a Bilbo. Lo había conocido antes muy bien, cuando había llegado a la mayoría de edad, mejor que lo que él me conocía a mí. Me gustaba entonces. Y comprobaba ahora que "carecía de compromisos" que le impidieran emprender nuevas acciones; esto, por su supuesto, no lo supe hasta llegar a la Comarca. Me enteré de que no se había casado. Me pareció extraño, aunque adiviné el motivo; y el motivo que adiviné *no* era la que la mayor parte de los Hobbits me dijeron: que había quedado a edad temprana en buena situación y enteramente dueño de sí. No, adiviné que quería permanecer "libre de compromisos" por alguna razón profunda que él mismo no comprendía, o que no reconocía porque le alarmaba. No obstante, quería estar libre para partir cuando la oportunidad le llegara o hubiera acumulado el coraje suficiente. Recordaba cómo me importunaba con preguntas, cuando era un jovenzuelo, acerca de los Hobbits que ocasionalmente "se habían disparado", como se decía en la Comarca. Por lo menos, dos de sus tíos de la rama Tuk lo habían hecho.

»Pero estoy perdiendo el hilo. Volvamos a mi encuentro con Thorin. Me invitó a acompañarlo a su casa. Así lo hice; y pasamos por la Comarca, aunque Thorin no quiso demorarse allí lo suficiente como para que ello nos fuera de utilidad. A decir verdad, creo que el fastidio que me producía su altivo desdén por los Hobbits fue lo que por primera vez me dio la idea de mezclarlo con ellos. Para él no eran sino cultivadores de alimentos que labraban las tierras a ambos lados del camino ancestral de los Enanos que lleva a las Montañas.

»Bien, escuché su larga historia. Algunas partes ya las conocía, aunque en aquella época la forma en que murió Thrór y la desaparición de Thráin sólo eran conocidas por los Enanos. Si no la conocéis debéis pedirle a Gimli que os cuente la historia en otro momento. Me sentía muy apenado por Thorin, pero tenía muy pocas esperanzas de poder ayudarle. Veía claramente que estaba enredado en la red de los designios de Sauron, una estrategia oscura más allá de sus poderes y de su comprensión. Aún así estaba allí sentado hablando largamente y preguntándose si su primo Dáin podría proporcionar dos mil, y si los Hombres de esa región querrían ayudar, o el Rey Thranduil, y así seguía como si fuera un rey planeando una campaña.

»Al final lo interrumpí. "Pensaré en todo esto", le dije. "Tengo en la cabeza el

esbozo de un plan, pero me falta una pieza que tengo que encontrar si puedo. Debo irme. Tengo que atender algunos de mis asuntos. Pero no abrigue muchas esperanzas. Mi plan es muy diferente de los suyos y puede que no le guste nada".

»—Lo tendré en cuenta cuando vuelva —dijo Thorin—. ¡No tarde mucho! El corazón me arde.

—Fui directamente a la Comarca y reuní toda la información que pude sobre acontecimientos y personas. Después me senté solo durante mucho tiempo y pensé. Lo necesitaba. No podía sacarme a Bilbo de la cabeza, aunque aún no había tenido tiempo para visitarle. Pero también la historia de Thorin había dejado el extraño recuerdo de una posibilidad medio olvidada. Podéis adivinar a qué me refiero pues conocéis la historia de Bilbo. Recordaba al desafortunado Enano moribundo en los pozos de Dol Guldur, y el viejo mapa, y la extraña llave. Hasta ese momento no tenía ni idea de quién era. Él tenía un mapa que había pertenecido al Pueblo de Durin en Erebor, y una llave que parecía acompañarlo (aunque no podía explicar cómo); y dijo que había tenido un Anillo.

»Casi todos sus delirios se referían a eso: *el último de los siete* repetía una y otra vez. Pero podía haber obtenido todo eso de maneras muy diversas. Podría haber sido un mensajero capturado cuando huía; o incluso un ladrón capturado por otro ladrón mayor. Murió antes de que yo pudiera escapar y me llevase esas cosas conmigo. A causa de una cierta corazonada, siempre los llevaba conmigo, a salvo pero casi olvidados. Pues tenía otros asuntos en Dol Guldur más importantes y peligrosos que todos los tesoros de Erebor.

»Pero en aquel momento los recordé y supe que los había conservado hasta que el tiempo había revelado su significado. Ahora comprendía que había escuchado los últimos delirios de Thráin II, el hijo de Thrór, aunque no podía decir su nombre ni el de su hijo; ni que tenía el plano y la llave de una entrada secreta a Erebor. ¿Qué podía hacer?

»Bien, ya sabéis qué decidí hacer; y ahora parece menos absurdo que en aquel momento. Entonces parecía tan absurdo, incluso para mí, que me reí solo, y me pregunté qué me había hecho considerar semejante plan: involucrar a la gente de la Comarca en los asuntos de los Enanos, y en venganzas y desastres en las lejanas fronteras hace más de doscientos años.

»A1 final me decidí y fui al encuentro de Thorin. Lo encontré en conciliábulo con algunos de sus parientes. Estaban allí Balin y Glóin y varios otros.

»—Bien, ¿qué tienes que decirme? —me preguntó Thorin no bien me vio.

»—Esto en primer lugar —le respondí—: sus ideas son las de un rey, Thorin Escudo de Roble, pero su reino no existe. Si ha de ser restaurado, cosa que dudo, debe hacerse desde el mínimo comienzo. Aquí, desde tan lejos, me pregunto si se da cuenta cabal de la fuerza del gran Dragón. Pero eso no es todo: hay en el mundo una Sombra que crece de prisa y que es mucho más terrible. Se darán mutua ayuda. —Y

sin duda así habría sido, si yo no hubiera atacado Dol Guldur al mismo tiempo—. La guerra abierta resultaría del todo inútil; y de cualquier manera no podría prepararla. Tendrá que intentar algo más sencillo, y sin embargo más audaz; a decir verdad, algo desesperado.

»—Eso es a la vez vago e inquietante —me dijo Thorin—. Hable con más claridad.

»—Bien, para empezar —dije—, tendrá que iniciar usted mismo esta búsqueda, y tendrá que hacerlo en *secreto*. No habrá a su disposición mensajeros, heraldos o desafíos, Thorin Escudo de Roble. A lo más podrá llevar con usted unos pocos parientes o seguidores fieles. Pero le hará falta algo más, algo inesperado.

»—¡Nómbrelo! —dijo Thorin.

»—¡Un momento! —dije—. Espera enfrentarse con un Dragón; que no sólo es muy grande, sino viejo y muy astuto. Desde el comienzo de su aventura, tiene que tener esto en cuenta: su memoria y su sentido del olfato.

»—Naturalmente —me dijo Thorin—. Los Enanos hemos tenido más trato con Dragones que nadie; no está enseñándole a un ignorante.

»—Muy bien —respondí—; pero no me pareció que sus planes tomaran en consideración este punto. Mi plan es un plan de subrepción. *Subrepción*.[3] Smaug no duerme sin sueños en ese costoso lecho en que está tendido, Thorin Escudo de Roble. ¡Sueña con Enanos! Puede estar seguro de que explora su estancia día tras día, noche tras noche, hasta estar seguro de que no hay en el aire ni el más ligero olor a Enano antes de retirarse a dormir: un duermevela de oído atento a las pisadas de… los Enanos.

»—Con sus palabras logra que esa *subrepción* suya parezca algo tan difícil y desesperanzado como un ataque abierto —dijo Balin—. Algo tan difícil que no permite tener ninguna esperanza.

»—Sí, es difícil —respondí—. Pero no tan difícil *que no permita tener ninguna esperanza*, o no estaría aquí perdiendo el tiempo. Diría yo que es *absurdamente* difícil. De modo que sugeriré una solución absurda al problema. ¡Llevad a un Hobbit con vosotros! Smaug probablemente nunca ha oído hablar de los Hobbits y es seguro que nunca los ha olido.

»—¿Cómo? —exclamó Glóin—. ¿Uno de esos simplones de la Comarca? ¿De qué puede servir en esta tierra o debajo de la tierra? Cualquiera que fuese su olor, jamás se arriesgaría a que lo olfateara el más desnudo de los dragonzuelos, aun uno recién salido del cascarón.

»—¡Vamos, vamos! —dije yo—, eso no es justo. No sabe demasiado del pueblo de la Comarca, Glóin. Supongo que los considera simples porque son generosos y no regatean; y los cree tímidos porque nunca les vende armas. Está equivocado. De cualquier modo, tengo uno escogido para que lo acompañe, Thorin. Es diestro e inteligente, aunque astuto y nada temerario. Y creo que es valiente, muy valiente, de acuerdo con el estilo de los Hobbits. Son podría decirse “bravos en caso de apuro”.

Tiene que ponerlos en un aprieto antes de saber de qué son capaces.

»—No es posible ponerlos a prueba —respondió Thorin—. Según he observado, hacen todo lo posible por evitar los casos de apuro.

»—Eso es muy cierto —dije—. Son un pueblo muy juicioso. Pero este Hobbit es bastante inusitado. Creo que podríamos convencerlo de que se enfrentara a un caso de apuro. Creo que en su corazón desea realmente… tener, como diría él, una aventura.

—¡No a mis expensas! —dijo Thorin furioso, poniéndose en pie y dando zancadas a uno y otro lado—. Esto no es un consejo. ¡Es una tontería! No me es posible ver qué podría hacer un Hobbit, malo o bueno, por compensar un solo día de retraso, aun cuando fuera posible persuadirlo de que se pusiera en camino.

»—¡No podría verlo! ¡No podría oírlo, probablemente! —respondí—. Los Hobbits se trasladan sin esfuerzo en silencio, como jamás lo lograría un Enano, ni siquiera en peligro de muerte. Son creo, las criaturas de pisada más suave de cuantas hay en este mundo. No parece haber observado, Thorin Escudo de Roble, que cuando atravesó la Comarca hizo un ruido (puedo afirmarlo) que los habitantes oyeron a una milla de distancia. Cuando dije que le hacía falta subrepción, lo dije muy en serio: subrepción profesional.

»—¿Subrepción profesional? —exclamó Balin interpretando mis palabras en sentido muy distinto al que yo quería darles—. ¿Quiere decir un buscador de tesoros entrenado? ¿Es posible encontrarlos todavía?

»Vacilé. Éste era un nuevo giro y no sabía cómo tomarlo.

»—Así lo creo —dije por fin—. A cambio de una recompensa va a donde uno no se atreve ir, o al menos a donde uno no puede ir, para coger lo que uno quiera.

»Los ojos de Thorin refulgieron al despertársele recuerdos de tesoros perdidos, pero al instante dijo con desprecio:

»—Un ladrón pagado. Habría que considerarlo si no fuera muy alta la recompensa exigida. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con esos aldeanos? Beben en vasos de arcilla y no distinguen una gema de una cuenta de vidrio.

»—Desearía que no siempre hablara con tanta seguridad sin verdadero conocimiento —dije con aspereza—. Esos aldeanos han vivido en la Comarca unos mil cuatrocientos años y en ese tiempo han aprendido muchas cosas. Han tenido trato con los Elfos y con los Enanos mil años antes que Smaug llegara a Erebor. Ninguno de ellos posee lo que vuestros antepasados considerarían riquezas, pero encontraréis en sus moradas cosas mucho más hermosas que nada de lo que aquí podríais jactaros, Thorin. El Hobbit que tengo en mente tiene ornamentos de oro, y come en vajilla de plata y bebe vino en copas de cristal finamente tallado.

»—¡Ah! ¡Ya veo a dónde quiere ir! —dijo Balin—. ¿Es un ladrón entonces? ¿Por eso lo recomienda?

»Me temo que de pronto perdí la paciencia y la cautela. Esta presunción de los Enanos de que nadie puede tener o hacer algo “de valor” salvo ellos y que todas las cosas bellas en manos ajenas tienen que haber sido adquiridas, si no robadas, de los

Enanos, en uno u otro momento, era más de lo que yo podía soportar entonces.

»—¿Un ladrón? —dije riendo—. ¡Pues claro, sí, un ladrón profesional! ¿Cómo, si no, puede un Hobbit tener una cuchara de plata? Pondré el signo de los ladrones en su puerta y lo encontraréis. —Entonces, enfadado, me puse en pie, y dije con un calor que me sorprendió a mi mismo—: ¡Debe buscar esa puerta, Thorin Escudo de Roble! Hablo en *serio*. —Y de pronto advertí, en efecto, que lo hacía con mortal seriedad. Esta extravagante idea mía no era una broma, era *cierta*. Era desesperadamente imprescindible que se llevara a cabo. Era preciso que los Enanos doblaran sus tiesos pescuezos.

»—¡Escuchadme, pueblo de Durin! —exclamé—. Si persuadís a este Hobbit de que os acompañe, vuestra misión tendrá buen éxito. De lo contrario, fracasaréis. Si hasta rehusáis intentarlo, he terminado con vosotros. ¡Ya no tendréis consejo ni ayuda de mí hasta que la Sombra os alcance!

»Thorin se volvió hacia mí y me miró con asombro, cosa que no era imposible conjeturar por anticipado.

»—¡Duras palabras! —dijo—. Muy bien, lo intentaré. Tiene que haber en usted un cierto poder de previsión, a no ser que sencillamente esté loco.

»—De acuerdo —dije—. Pero ha de hacerlo con buena fe, y no con la mera esperanza de probar que soy un tonto. Ha de ser paciente y no desanimarse con facilidad si la valentía o el deseo de aventura de los que hablo no son fáciles de notar a primera vista. Él no admitirá tenerlos. Intentará negarse a continuar, pero *usted no debe permitírselo*.

»—Regatear de nada le valdrá, si a eso se refiere —dijo Thorin—. Le ofreceré una justa recompensa por cada cosa que recobre y no más.

»No era eso a lo que me refería, pero me pareció inútil decirlo.

»—Hay algo más todavía —proseguí—; tenga listos de antemano todos sus planes y preparativos. ¡Téngalo todo listo! Una vez que él esté persuadido, es preciso que no tenga tiempo de volver a pensarlo. Deben partir de la Comarca sin demora hacia el este en cumplimiento de su misión.

»—Parece una extraña criatura ese ladronzuelo suyo —dijo un joven enano llamado Fili (sobrino de Thorin, como lo supe más tarde)—. ¿Cuál es su nombre o el nombre que usa?

»—Los Hobbits usan sus verdaderos nombres —dije—. El único que tiene es Bilbo Bolsón.

»—¡Vaya nombre! —dijo Fili, y se echó a reír.

»—Él lo considera muy respetable —dije—; y se le adecúa perfectamente; porque es un soltero de edad madura y ya algo fofo y gordo. La comida es en la actualidad lo que más le interesa. Tiene una excelente despensa, según me han dicho, y quizá hasta más de una. Cuando menos, seréis bien recibidos.

»—Ya basta —dijo Thorin—. Si no hubiera dado mi palabra, ahora decidiría no ir. No estoy dispuesto a que se me tome el pelo. Porque yo también soy serio.

Mortalmente serio, y el corazón me arde de cólera.

»No le hice ningún caso.

»—Preste atención, Thorin —dije—. Abril acaba y ya está aquí la primavera. Tenga todo listo tan de prisa como pueda. Tengo cierto asunto que atender, pero estaré de regreso en una semana. Cuando vuelva, si todo está en orden, me adelantaré para preparar el terreno. Entonces lo visitaremos juntos al día siguiente.

»Y con eso me despedí, pues no deseaba que Thorin tuviera más que Bilbo la oportunidad de pensar la cosa dos veces. El resto de la historia os es bien conocida… desde el punto de vista de Bilbo. Si yo la hubiera escrito, sonaría bastante diferente. Él no estaba enterado de todo lo que ocurría: tuve cuidado, por ejemplo, de que no supiera demasiado pronto que un grupo numeroso de Enanos se acercaba a Delagua, lejos del camino principal y las rondas habituales de los Enanos.

»Fue la mañana del martes 25 de abril de 2941 cuando visité a Bilbo; y aunque sabía poco más o menos a qué atenerme, debo confesar que mi confianza sufrió una buena sacudida. Vi que las cosas serían más difíciles de lo que me había figurado. Pero perseveré. Al día siguiente, el miércoles 26 de abril, llevé a Thorin y a sus compañeros a Bolsón Cerrado; con gran dificultad en lo que a Thorin concernía; al fin cedió con renuencia. Y, por supuesto, Bilbo estaba enteramente atónito y se comportó de manera ridícula. De hecho, desde un principio todo fue mal para mí; y la desdichada idea del “ladrón profesional” que los Enanos tenían metida en la cabeza no mejoró las cosas.

»Me felicitaba por haberle dicho a Thorin que deberíamos pasar la noche en Bolsón Cerrado, pues necesitábamos tiempo para discutir medios y planes. Eso me daba una última oportunidad. Si Thorin se hubiera ido de Bolsón Cerrado antes de que yo pudiera verlo a solas, mi plan se habría echado a perder.

»Había muchos peligros y dificultades en el camino que nos esperaba, pero para mí creo que la parte más difícil fue persuadir a Thorin durante esa noche y a la mañana siguiente de llevar a Bilbo en su compañía. Thorin estaba desdeñoso y suspicaz, y creía que yo lo había decepcionado.

»—¡Ladrón! —bufó—. Es tan honesto como bobo. Su madre murió demasiado pronto. Y, en cualquier caso, la mayor parte de las cucharas son de estaño. Está jugando algún extraño juego, Maese Gandalf. Estoy seguro que tiene otros objetivos además de ayudarme.

»—Tiene razón —le dije—. Si no tuviera otros objetivos no le estaría ayudando. Grande como pueda parecerle su asunto, sólo es un pequeño hilo en la gran red. Yo tengo que ocuparme de muchos hilos. Pero eso no disminuye sino que aumenta la importancia de mi consejo.

»—Conozco su fama —dijo Thorin—, y tengo la esperanza de que sea merecida. Aún así este loco asunto del Hobbit me hace dudar que tantas preocupaciones no hayan distorsionado su inteligencia.

»—En verdad son lo suficiente como para hacerlo —le contesté—; y entre ellas

encuentro de lo más exasperante un Enano orgulloso que busca mi consejo (sin preguntarme qué sé del asunto) y después me habla con insolencia. Seguid vuestro camino, Thorin Escudo de Roble, si queréis. Pero habéis buscado consejo y eso no puede deshacerse. Si lo rechazáis, lo hacéis bajo vuestra responsabilidad. Iréis hacia el desastre. ¡Cuidado! Vos y vuestra búsqueda están inmersas en un asunto mucho más importante. Si triunfáis, otras causas mucho más grandes se verán favorecidas. ¡Doblad vuestro orgullo y vuestra codicia, o puede que al final seáis derrotado, aunque vuestras manos estén llenas de oro!

»Se estremeció un poco ante esto, pero sus ojos llameaban.

»—¡No me amenacéis! —dijo—. Aplicaré mi propio criterio a este asunto, como en otros muchos.

»—¡Hágalo, pues! —dije—. No voy a discutir más. He dicho todo lo que era necesario. Excepto quizá esto: no concedo a la ligera mi amor ni mi confianza, Thorin; pero este Hobbit me gusta y le deseo lo mejor. Trátelo bien y contará con mi amistad hasta el fin de sus días.

»Dije eso sin la esperanza de persuadirlo; pero no podría haber dicho nada mejor. Los Enanos comprenden la devoción a los amigos y la gratitud a los que los ayudan.

»—Muy bien —dijo Thorin por fin, tras unos momentos de silencio—. Formará parte de mi compañía si se atreve (cosa que dudo). Pero si insiste en cargarme con ese peso, ha de venir usted también, y cuidar de su tesoro.

»Me di cuenta que lo había llevado tan lejos como podía ir.

»—¡Muy bien! —respondí—. Iré también, y los acompañaré mientras pueda: por lo menos hasta que usted haya descubierto lo que vale este Hobbit.

»Resultó bien al final, pero en ese momento estaba preocupado, pues tenía entre manos el urgente asunto del Concilio Blanco. Bien, así se inició la Búsqueda de Erebor y desde ese día los Enanos y los Hobbits han estado maravillosamente involucrados en los principales acontecimientos de nuestra era.

Así finalizó Gandalf su largo relato. Recuerdo que Gimli rió.

—Sigue sonando absurdo —dijo— aun ahora, después de ver que todo ha salido bien. Yo conocía a Thorin, por supuesto; y me habría gustado haber estado allí, pero estaba ausente en ocasión de vuestra primera visita. Y no se me permitió participar en la misión: demasiado joven, dijeron, aunque a los sesenta y dos años, me consideraba apto para cualquier cosa. Bien, me alegro de haber escuchado todo el cuento. Si es eso todo. No creo realmente que ni siquiera ahora nos esté diciendo todo lo que sabe.

—Claro que no —dijo Gandalf.

—No —dijo Merry—. ¿Por ejemplo, qué hay del mapa y de la llave? Nunca le dijo nada sobre ellos a Thorin después de escuchar su relato, aunque debía haberlos tenido ya un centenar de años.

—Casi noventa y nueve, para ser exactos —dijo Gandalf—. Encontré a Thráin diez años después de que hubiera abandonado a su pueblo, y había estado en las mazmorras de Dol Guldur al menos cinco años. No sé cómo resistió tanto ni cómo se

las compuso para mantener esas cosas escondidas en medio de todos los tormentos. Creo que el Poder Oscuro no quería nada de él, salvo el Anillo, y cuando se lo hubo quitado, ya no le exigió nada y arrojó al prisionero quebrantado a las mazmorras para que delirara hasta la muerte. Un pequeño descuido; pero resultó fatal. Los pequeños descuidos suelen ser fatales.

»Bien, como he explicado, no supe durante noventa y nueve años del valor de esos objetos. Cuando me di cuenta, vi que tenía un buen argumento para mi plan y si lo puedo expresar así, lo utilicé en el momento justo: cuando la situación parecía sin esperanza y Bilbo se había hecho completamente un lío. A partir de ese momento Thorin cambió realmente de parecer y empezó a seguir mi plan, en la medida en que lo podía seguir una expedición secreta. Fuera lo que fuese que opinaba de Bilbo, lo dejó a un lado.

»El mapa y la llave le trajeron vívidos recuerdos del pasado. Para un Enano era joven cuando Erebor fue saqueado, sólo tenía veinticuatro, pero a menudo se había preguntado, tal como me contó, cómo escaparon Thrór y Thráin de sus salones. La existencia de una puerta secreta, sólo descubierta por los Enanos, hacía posible descubrir algo de las actividades del Dragón y quizá incluso recuperar un poco de oro o alguna reliquia para calmar las ansias de su corazón.

»Creo que al principio realmente no albergaba esperanzas de destruir a Smaug. No había esperanzas. Pero emprendió la tarea. Sin embargo, Thorin no vivió lo suficiente para disfrutar de su triunfo o del tesoro. El orgullo, la codicia, lo dominaron a pesar de mi advertencia.

—Pero seguramente —dije— ¿lo habrían matado igual? Habría habido un ataque orco aunque Thorin hubiera sido muy generoso con su tesoro.

—Es posible —dijo Gandalf—. ¡Pobre Thorin! Fue un gran Enano de una gran Casa, a pesar de sus fallos. Y, aunque el Enemigo lo mató, restauró el Reino bajo la Montaña. Dáin fue un digno sucesor. Mi estrategia resultó acertada. El ataque principal se desvió hacia el sur y aún así, con su larga mano derecha, Sauron habría podido hacer un daño terrible en el Norte, mientras defendíamos Gondor. Incluso Rivendel habría podido ser saqueada si el Rey Brand y el Rey Dáin no hubieran estado en sus caminos. Cuando piensen en la gran batalla de los Campos del Pelennor, no olviden la Batalla de Valle. Piensen en lo que hubiera podido ser. ¡Fuego de Dragón y espadas salvajes en Eriador! Podría no haber Reina en Gondor. Podríamos haber vuelto de nuestra victoria para encontrar cenizas y reproches. Pero todo eso ha sido evitado… porque me encontré con Thorin Escudo de Roble una mañana al principio de la primavera[4] no lejos de Bree. Un encuentro inesperado, como decimos en la tierra Media.[5]

Apéndice B
Sobre las runas

En una carta publicada en un diario londinense el 20 de febrero de 1938, Tolkien dijo que las runas empleadas en *El Hobbit* eran «parecidas pero no idénticas a las runas de las inscripciones anglosajonas» (*Cartas*, n.º 25). Tolkien las utilizó en tres sitios de *El Hobbit*: dos veces en el Mapa de Thror (las runas corrientes y las lunares, repetidas ambas en la nota de introducción agregada al libro en 1966) y una en la sobrecubierta de la edición británica (véase p. 17), que se reproducen aquí:

La traducción en inglés es la siguiente (los pares de letras subrayados están representados por una sola runa):

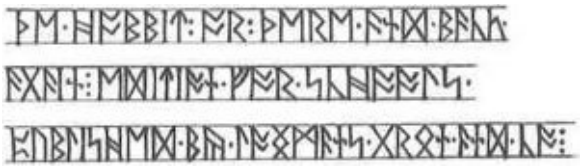
THE HOBBIT OR THERE AND BACK AGAIN BEING THE RECORD OF A YEARS JOURNEY MADE BY BILBO BAGGINS OF HOBBITON COMPILED FROM HIS MEMOIRS BY J R R TOLKIEN AND PUBLISHED BY GEORGE ALLEN AND UNWIN LTD.

[EL HOBBIT O DE UNA IDA Y UNA VUELTA SIENDO EL INFORME DE UN AÑO DE VIAJE REALIZADO POR BILBO BOLSÓN DE HOBBITON COMPILADO A PARTIR DE SUS MEMORIAS POR J. R. R. TOLKIEN Y PUBLICADO POR GEORGE ALLEN AND UNWIN LTD]

La edición norteamericana de 1938 tenía otra sobrecubierta (veáse p. 18) pero para la segunda edición en 1951 (quinta impresión), el editor norteamericano empezó a importar ejemplares de la edición británica manteniendo la sobrecubierta británica. Al final alguien se dio cuenta que las runas daban el nombre del editor británico en lugar del norteamericano. En 1965, las últimas cinco palabras de las runas fueron cambiadas en la edición norteamericana:

El nombre de la editorial se da como «HOUGHTON MIFFLIN AND CO.». Este cambio pudo hacerse en la decimonovena impresión (febrero de 1965), pero todavía tengo que ver un ejemplar de la misma; la vigésima impresión (agosto de 1965) tiene ya las runas cambiadas. No se sabe si Tolkien mismo cambió las runas en ese momento.

Tolkien volvió a dibujar las runas para la cubierta de la edición de Longmans, Green en 1966 (véase p. 395), donde las acortó:



Las runas dicen:

THE HOBBIT OR THERE AND BACK AGAIN EDITION FOR SCHOOLS PUBLISHED BY LONGMANS GREEN AND CO.

[EL HOBBIT O DE UNA IDA Y UNA VUELTA EDICIÓN ESCOLAR PUBLICADA POR LONGMANS GREEN AND CO.]

Tolkien utilizó este sistema de runas en otra publicación, una postal dirigida en 1947 a Katherine Farren, publicada en *Cartas* (n.º 112). En este caso el uso es algo más sofisticado: por ejemplo, un punto bajo una runa le da doble valor.

Todos estos ejemplos se han utilizado para compilar el cuadro de la derecha. Para más información acerca de cómo emplearon estas runas los anglosajones y otros pueblos germánicos, véase *Runes: An Introduction [Runas: una introducción*] de R. W. V. Elliott (1959; edición revisada en 1989) y *An Introduction to English Runes* [*Una introducción a las runas inglesas*] de R. I. Page (1973; edición revisada en 1979).

En *El Señor de los Anillos*, Tolkien presentó un cuadro de runas mucho más amplio, pero allí a las mismas runas se les asigna un valor diferente, de acuerdo con un empleo diferente. Para más información véase la sección II («Las Cirth») del Apéndice E de *El Señor de los Anillos* y el «Apéndice de las runas» de Christopher Tolkien en *La traición de Isengard*. Véase también «The Angerthas and *The Hobbit*» [«Las Angerthas *y El Hobbit*»] de Paul Nolan Hyde en *Mythlore*, verano de 1987 (13, n.º 4; n.º 50 entero) y «Certhas, Skirditaila, Fuþark: A feigned History of Runic Origins» [«Certhas, Skirditaila, Fuþark: una historia inventada del origen de las runas»] de Arden R. Smith en *Tolkien's Legendarium [El legendario de Tolkien*] (2000), editado por Velyn Fliegery Carl F. Hostetter.

Tolkien no ha sido el primer escrito en utilizar runas históricas en un cuento para niños. Rudyard Kiplin, en *Los cuentos de así fue como* (1902), ofrece una ilustración de una historia grabada en un colmillo de elefante, con una larga inscripción en runas.

A
B
C
D
E
F
G
H
I or J
K
L
M
N
O
P
[use CW]
Q
R
S
T
U or V
W
X
Y
Z
EA
EE
EO
NG
OO
SH
ST
TH

Bibliografía

Esta bibliografía está dividida en cinco secciones principales. La primera es una lista, necesariamente selectiva, de las ediciones de los libros principales de J. R. R. Tolkien. Se señalan la primeras ediciones británica y norteamericana, y también se mencionan las ediciones subsiguientes que tienen diferencias significativas. Los lectores interesados en una relación más completa de la publicación de los escritos de Tolkien (incluidas las contribuciones a libros y revistas, así como detalles de las diversas ediciones de los libros de Tolkien) pueden consultar *J. R. R. Tolkien: A Descriptive Bibliography* [*J. R. R. Tolkien: una bibliografía descriptiva*] (1993) de Wayne G. Hammond, con la colaboración de Douglas A. Anderson.

La segunda sección se centra en las revisiones de Tolkien al texto publicado de *El Hobbit* y como se citan en las notas de este libro. La tercera sección contiene una lista de las traducciones de *El Hobbit*, mientras que la cuarta es una selección de las críticas de *El Hobbit* en libros y revistas.

En la sección final se da información sobre las dos principales sociedades (una en Estados Unidos y otra en Inglaterra) que se centran en el estudio de las obras de J. R. R. Tolkien. Existen otras muchas sociedades internacionales dedicadas a Tolkien, una lista de las cuales se puede encontrar en la página de enlaces de la página web de la Tolkien Society [http://www.tolkiensociety.org], donde también se pueden encontrar otros recursos sobre Tolkien.

[En la traducción al castellano se ha seguido el criterio empleado por el autor para citar las obras que figuran en esta bibliografía. En los listados que siguen, siempre que la obra esté traducida al castellano, se ha añadido la referencia a la edición o ediciones principales del libro en nuestra lengua. En el caso de *El Hobbit* se han mantenido las referencias a las ediciones en castellano en la sección III.]

I. Obras de J. R. R. Tolkien

Escritos sobre la Tierra Media:

The Hobbit, or There and Back Again. Londres: George Allen & Unwin, 1937. Segunda edición, 1951; tercera edición, 1966; cuarta edición, 1978; quinta edición: Londres: HarperCollins, 1995. Boston: Houghton Mifflin Company, 1938. Segunda edición norteamericana, 1951; tercera edición norteamericana, 1966 [rústica], 1967 [tapa dura]; cuarta edición norteamericana, 1985; quinta edición norteamericana, 1999.

The Lord of the Rings [El Señor de los Anillos]:

The Fellowhisp of the Ring: Being the First Part of The Lord of the Rings. Londres: George Allen & Unwin, Segunda edición, 1966. Boston: Houghton Mifflin

Company, 1954. Segunda edición norteamericana, 1965 [rústica], 1967 [tapa dura]. *[La Comunidad del, Anillo*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1977. Segunda edición, 2002.]

The Two Towers: Being the Second Part of The Lord of the Rings. Londres: George Allen & Unwin, 1954. Segunda edición, 1966. Boston: Houghton Mifflin Company, 1955. Segunda edición norteamericana, 1965 [rústica], 1967 [tapa dura], *[Las Dos Torres*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1979. Segunda edición, 2002.]

The Return of the King: Being the Third Part of The Lord of the Rings. Londres: George Allen & Unwin, Segunda edición, 1966. Boston: Houghton Mifflin Company, 1956. Segunda edición norteamericana, 1965 [rústica], 1967 [tapa dura]. *[El Retorno del Rey*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1980. Segunda edición, 2002.]

[The Lord of the Rings también se ha publicado en un solo volumen. Para una visión de la compleja historia del texto y las ediciones de esta obra, véase mi «Note on the Text» [«Nota sobre el texto»] en ediciones de *The Fellowship of the Rings* y *The Lord of the Rings* de HarperCollins en Inglaterra y Houghton Mifflin en Estados Unidos. La «Note on the Text» ha sido publicada en tres versiones, la primera en 1986 y las revisiones en 1993 y 2002.] [En castellano sólo se puede encontrar en la edición ilustrada por Alan Lee. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1993.]

The Adventures of Tom Bombadil and Other Verses from the Red Book. Ilustrado por Pauline Baynes. Londres: George Allen & Unwin, 1962. Boston: Houghton Mifflin Company, 1963. *[Las aventuras de Torn Bombadil y otros poemas de El Libro Rojo*. Edición bilingüe. Barcelona: Ediciones Minotauro, 2005.]

The Road Goes Ever On: A Song Cycle. Poemas de J. R. R. Tolkien con música de Donald Swann. Boston: Houghton Mifflin Company, 1967. Londres: George Allen & Unwin, 1968. Segunda edición, añadiendo un arreglo musical para el poema «Bilbo's Last Song» [«La última canción de Bilbo»]. Londres: George Allen & Unwin, 1978. Boston: Houghton Mifflin Company, 1978.

Bilbo's Last Song. Boston: Houghton Mifflin Company, Londres: George Allen & Unwin, 1974. Un poema publicado como poster, con una fotografía de Robert Strindberg utilizada como fondo en la edición norteamericana y una ilustración de Pauline Baynes en la británica. Posteriormente el poema fu$_e$ publicado como libro con ilustraciones de Pauline Baynes. Londres: Unwin Hyman, 1990. Boston: Houghton Mifflin Company, 1990.

The Silmarllion. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1977. Boston: Houghton Mifflin Company, 1977. Segunda edición, añadiendo un largo extracto de la carta de Tolkien a Milton Waldman en 1951 (véase *Cartas*, n.º 131) y un «Prefacio a la Segunda Edición» de Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins, 1999. Boston: Houghton Mifflin Company, 2001. *[El Silmarillion*.

Barcelona: Ediciones Minotauro, 1984.]

Unfinished Tales of Númenor and Middle-earth. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1980. Boston: Houghton Mifflin Company, 1980. [*Cuentos inconclusos de Númenor y la Tierra Media*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1990.]

The History of Middle-earth. Una serie de doce volúmenes y un volumen de índices editados por Christopher Tolkien. [En castellano aparecieron divididos en dos series, «La historia *de El Señor de los Anillos*» e «Historia de la Tierra Media», en trece volúmenes.]

I. *The Book of Lost Tales, Part One*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, Boston: Houghton Mifflin Company, 1984. [*El Libro de los Cuentos Perdidos 1* (Historia de la Tierra Media, 1). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1990.]

II. *The Book of Lost Tales, Part Two*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1984. Boston: Houghton Mifflin Company, [*El Libro de los Cuentos Perdidos 2* (Historia de la Tierra Media, 2). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1991.]

III. *The Lays of Beleriand*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1985. Boston: Houghton Mifflin Company, 1985. [*Las Baladas de Beleriand* (Historia de la Tierra Media, 3). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1997.]

IV. *The Shaping of Middle-earth: The Quenta, the Ambarkanta and the Annals*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1986. Boston: Houghton Mifflin Company, [*La formación de la Tierra Media* (Historia de la Tierra Media, 4). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1998.]

V. *The Lost Rond and Other Writings: Language and Lore Before* The Lord of the Rings. Editado por Christopher Tolkien. Londres: Unwin Hyman, 1987. Boston: Houghton Mifflin Company, 1987. [*El camino perdido y otros escritos* Historia de la Tierra Media, 5). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1999.]

VI: *The Return of the Shadow. The History of The Lord of the Rings, Part One*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: Unwin Hyman, 1988. Boston: Houghton Mifflin Company, 1988. [*El retorno de la Sombra* (La historia de *El Señor de los Anillos*, 1), Barcelona: Ediciones Minotauro, 1993.]

VII. *The Treason of Isengard. The History of The Lord of the Rings, Part Two*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: Unwin Hyman, 1989. Boston: Houghton Mifflin Company, 1989. [*La traición Isengard* (La historia de *El Señor de tos Anillos*, 2). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1994.]

VIII. *The War of the Ring. The Histoiy of The Lord of the Rings, Part Three*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: Unwin Hyman, 1990. Boston: Houghton Mifflin Company, 1990. [*La guerra del Anillo* (La historia de *El Señor de los Anillos*. 3). Barcelona: Ediciones Minotauro, 1996.]

IX. *Sauron Defeated: The End of the Third Age (The History of The Lord of the Rings, Part Four). The Notion Club Papers and The Drowning of Anadûnê*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: Harper Collíns, 1992. Boston: Houghton Mifflin Company, 1992. La primera sección de este libro, que se refiere a *El Señor de los Anillos*, se ha publicado de forma independiente desde 1998 en un volumen en rústica titulado *The End of the Third Age*. [*El fin de la Tercera Edad* (La historia de *El Señor de los Anillos, 4)*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1997; y *La Caída de Númenor* (Historia de la Tierra Media, 6). Barcelona: Ediciones Minotauro, 2000,]

X. *Morgoth's Ring: The Later Silmarillion, Part One: The Legends of Aman*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins, 199.3. Boston: Houghton Mifflin Company, 1993. [*El Anillo de Morgoth* (Historia de la Tierra Media, 7). Barcelona: Ediciones Minotauro, 2000.]

XI. *The War of the Jewels: The Later Silmarillion, Part One: The Legends of Bileriand*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins, 1994. Boston: Houghton Mifflin Company, 199.1. [*La Guerra de las Joyas* (Histona de la Tierra Media, 8). Barcelona: Ediciones Minotauro, 2002.]

XII. *The Peoples of Middle-earth*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins, 1996. Boston: Houghton Mifflin Company, 1996. [*Los Pueblos de la Tierra Media* (Historia de la Tierra Media, 9). Barcelona: Ediciones Minotauro, 2002.]

XIII. *The History of Middle-Earth Index*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins, 2002.

Escritos lingüísticos:

I Lam na Ngoldathon: The Grammar and Lexicon of The Gnomish Tongue. Editado por Christopher Gilson, Patrick Wynne, Arden R. Smith y Carl F. Hostetter. Walnut Creek, California: Parma Eldalamberon, 1995, n.º XI.

Qenyaqetsa: The Qenya Phonology and Lexicon. Editado por Christopher Gilson, Carl F. Hostetter, Patrick Wynne y Arden R. Smith. Cupertino, California: Parma Eldalamberon, 1998, n.º XII.

The Alphabet of Rúmil & Early Noldorin Fragments. The Alphabet of Rúmil, editado por Arden R. Smith; *Early Noldorin Fragments*, editado por Christopher Gilson, Bill Velden, CarlF. Hostetter y Patrick Wynne. Cupertino, California: Parma Eldalamberon, 2001, n.º XIII.

Durante la segunda guerra mundial, los editores ingleses tuvieron que limitar mucho sus publicaciones debido a las políticas de racionamiento de papel. En noviembre de 1940, tras el bombardeo y el incendio que se desató en las oficinas de Allen & Unwin, destruyendo las copias de *El Hobbit* que permanecían en stock, el libro estuvo temporalmente fuera de la circulación hasta el lanzamiento en 1943 de la edición para el Club de Lectura infantil (fechada en 1942). La sobrecubierta (arriba, a la izquierda) se rediseñó (omitiendo la ilustración de Tolkien) e Impresa a tres tintas: negro, naranja y blanco. Curiosamente, el libro no incluyó el mapa de Thror, a pesar de que hay referencias a él en el texto, Tolkien comentó en una carta a Allen & Unwin de 18 de marzo de 1945: «Sin duda, el papel desaprovechado en tan horrible sobrecubierta podría haber tenido mejor fin».

Arriba, en el centro. La primera edición estadounidense en rústica de *El Hobbit* (que contenía la segunda edición del texto) la publicó Ballantine Books en agosto de 1965. La ilustración de la cubierta, un fragmento de un mural que se usó también en las cubiertas de los tres volúmenes de la edición de Ballantine de 1965 de *El Señor de los Anillos*, Incluye para sorpresa de todos un león de ojos rojos que *ofrece* una amplia y absurda sonrisa desde el surrealista paisaje del fondo. A Tolkien, comprensiblemente, no le gustó esta cubierta. El 12 de septiembre de 1965, le escribió a Rayner Unwin en estos términos: «Tengo que preguntaros por la ilustración: ¿qué tiene que ver con la historia? ¿De qué lugar se trata? ¿Por qué aparecen un león y un emú? ¿Y qué significan esos bulbos rosas en el primer plano?» (*Cartas*, n.º 277).

No se puede culpar a la ilustradora, Barbara Remington, por su dibujo, ya que la producción de esa edición fue tan apresurada que la artista no tuvo tiempo de leerse el libro antes de hacerlo. Después de haber leído los libros, Remington escribió a Tolkien asumiendo que su ilustración era inapropiada para el texto.

Arriba, a la derecha: En la edición revisada de *El Hobbit* de Ballantine (que contenía la tercera edición del texto), publicada en febrero de 1966, el león sonriente fue eliminado de la sobrecubierta, escondido bajo la hierba amarillenta. Se aprovechó también para ensanchar la hilera de árboles, aunque el aura surrealista que respira la imagen permaneció inalterada.

Escritos que no pertenecen a la Tierra Media:

Farmer Giles of Ham. Ilustrado por Pauline Baynes. Londres: George Allen & Unwin, 1949. Boston: Houghton Mifflin Company, 1950. Edición del cincuenta

aniversario, editado por Christina Scull y Wayne G. Hammond, incluyendo una primera versión inédita de la historia y las notas de Tolkien para una secuela, con introducción y notas de los editores. Londres: HarperCollins, 1999. Boston: Houghton Mifflin Company, 1999. [*Egidio, el granjero de Ham*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1984.]

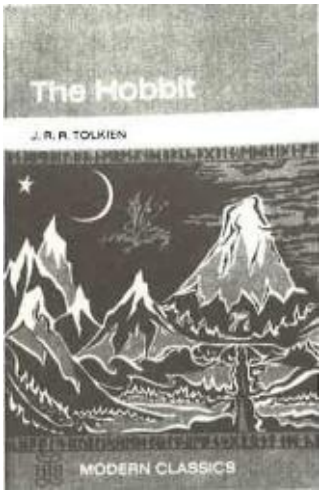
Tree and Leaf. Londres: George Allen & Unwin, 1964. Boston: Houghton Mifflin Company, 1965. Contiene el ensayo «On Fairy-Stories» [«Sobre los cuentos de hadas»] y el cuento «Leaf by Niggle» [«Hoja de Niggle»]. La segunda edición añade el poema «Mythopoeia» [«Mitopoeia»] y un «Preface» [«Prefacio»] de Christopher Tolkien. Londres: Unwin Hyman, 1988. Boston: Houghton Mifflin Company, 1989. Otra edición que incorpora «The Homecoming of Beorthnoth», ha aparecido recientemente en rústica. Londres: HarperCollins, 2001. [*Arbol y Hoja*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1994.]

Smith of Wotton Major. Londres: George Allen & Unwin, 1967. Boston: Houghton Mifflin Company, 1967. [*El herrero de Wotton Major*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1981.]

The Father Christmas Letters. Editadas por Baillie Tolkien Londres: George Allen *Sc* Unwin, 1976. Boston: Houghton Mifflin Company, 1976. Una versión abreviada en formato apaisado y con sobres pegados en las páginas que contenían cartas, fue publicado bajo el título *Letters from Father Christmas*. Londres: HarperCollins, 1995. Boston: Houghton Mifflin Company, 1995. Una versión en tres minilibros dentro de un estuche, fue publicada como *Father Christmas Letters*. Londres. HarperCollins, 1994. Una versión aún más abreviada en un solo minilibro también fue publicada como *Father Christinas Letters*. Londres: HarperCollins, 1998. Boston: Houghton Mifflin Company, 1998. Una edición ampliada y red i señada, incluyendo caitas y dibujos inéditos, apareció cotí el título de *Letkrsfrom Father Christmas*. Londres: HarperCollins, 1999. Boston: Houghton Mifflin Company, 1999. [En castellano han aparecido las siguientes versiones: *Las cartas de Papá Noel*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1984. *Cartas de Papá Noel, con cartas y sobres*. Barcelona. Ediciones Minotauro, 1995. *Cartas de Papá Noel*. Minilibros en estuche. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1994.]

Mr. Bliss. Londres: George Allen *Se* Unwin, 1982. Boston: Houghton Mifflin Company, 1983. Un cuento infantil reproducido a partir de un manuscrito ilustrado de Tolkien. *[El señor Bliss*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1984.]

Roverandom. Editado por Christina Scull y Wayne G. Hammond. Londres: HarperCollins, 1998. Boston: Houghton Mifflin Company, 1998. [*Roverandom*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1998.]



Cubierta de la edición de *El Hobbit* de Longmans, Green de 1966. El propio Tolkien trazó las runas para esta edición pero no se sabe quién dibujó de nuevo la ilustración de cubierta, que es un fragmento de la sobrecubierta original diseñada por Tolkien.

Obras académicas:

A Middle English Vocabulary. Oxford: Clarendon Press 1922. Pensado para utilizarse junto con *Fourteenth Century Verse and Prase* de Kenneth Sisani (Oxford: Clarendon Press, 1921) y publicados juntos a partir de ese momento.

Sir Gawain and the Green Knight. Editado por J. R. R. Tolkien y E. V. Gordon. Oxford: Clarendon Press, 1925. Segunda edición revisada por Norman Davis. Oxford: Clarendon Press, 1967. [*Sir Gawain y el Caballero Verde*. Madrid: Siruela, 1997.]

Ancrene Wisse: The English Text of the Ancrene Riwle. Editado por J. R. R. Tolkien. Londres: Oxford University Press, 1962. Early English Text Society, Original Series, n.º 249.

Sir Gawain and the Green Knight, Pearl, Sir Orfeo. Traducidos por J. R. R. Tolkien; editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, Boston: Houghton Mifflin Company, 1975.

The Old English Exodus. Texto, traducción y comentario de J. R. R. Tolkien; editado por Joan Turville-Petre. Oxford: Clarendon Press, 1981.

Finn and Hengest: The Fragment and the Episode. Editado por Alan Bliss. Londres: G. Alien *Se* Unwin, 1982. Boston: Houghton Mifflin Company, 1983.

The Monsters and the Critics and Other Essays. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1983. Boston: Houghton Mifflin Company, 1984. Incluye siete ensayos: «Beowulf: The Monsters and the Critics» [«*Beowulf*: Los monstruos y los críticos»]; «On Translating Beowulf» [«Sobre la traducción de *Beowulf*»]; «Sir Gawain and the Green Knight» [«Sir Gawain y el Caballero Verde»]; «Oil Fairy-Stories» [«Sobre los cuentos de hadas»]; «English and Welsh» [«El inglés y el galés»]; «A Secret Vice» [«Un vicio secreto»] y «Valedictory Address to the University of Oxford» [«Discurso de despedida a la Universidad de Oxford»]. [*Los Monstruos y los Críticos y otros ensayos*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1998.]

Beowulf and the Critics. Editado por Michael D. C. Drout. Tempe, Arizona: Medieval and Renaissance Texts and Studies, 2002.

Miscelánea:

The Letters of J. R. R. Tolkien. Editado por Humphrey Carpenter, con asistencia de Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1981. Boston: Houghton Mifflin Company, 1981. Un índice mucho más extenso, compilado por Christina Scull y Wayne G. Hammond, fue incluido en la edición británica en 1995 y en la norteamericana en 2000. [*Cartas de J. R. R. Tolkien*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1993]

Obra gráfica:

Pictures by J. R. R. Tolkien. Editado por Christopher Tolkien. Londres: George Allen & Unwin, 1979. Boston: Houghton Mifflin Company, 1979. Una selección de la obra de Tolkien basada en una serie de calendarios publicados en Inglaterra en la década de 1970. Segunda edición. Londres: HarperCollins, 1992. Boston: Houghton Mifflin Company, 1992. [*Pinturas y dibujos de J. R. R. Tolkien*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1992.]

J. R. R. Tolkien: Artist and Illustrator. De Wayne G. Hammond y Christina Scull. Londres: HarperCollins, 1995. Boston: Houghton Mifflin Company, 1955. Un estudio en profundidad de Tolkien como artista. [*J. R. R. Tolkien: Artista e Ilustrador*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1996.]

Reediciones conjuntas:

The Tolkien Reader. Nueva York: Ballantine Books, 1966 [rústica]. Incluye: «The Homecoming of Beohrtnoth», «On Fairy-Stories», «Leaf of Niggle», *Farmer Giles of Ham* y *The Adventures of Tom Bombadil*.

Smith of Wootton Major and Farmer Giles of Ham. Ilustrados por Pauline Baynes. Nueva York: Ballantine Books, 1969 [rústica]. Reedición en un volumen.

Tree and Leaf, smith of Wootton Major, The Homecoming of Beorktnoth. Londres: Unwin Books, 1975 [rústica]. Reedición en un volumen.

Farmer Giles of Ham, The Adventures of Tom. Bombadil. Londres: Unwin Books, 1975 [rústica]. Reedición en un volumen.

Poems and Stories. Ilustrado por Pauline Baynes. Londres: George Allen & Unwin, 1980. Boston: Houghton Mifflin Company, 1994. Incluye: *The Adventures of Tom Bombadil*, «The Homecoming of Beohrtnotli», «On Fairy-Stories», «Leaf of Niggle», *Farmer Giles of Ham* y *Smith of Wootton Major*.

Tales from the Perilous Real. Londres: HarperCollins, 1997. Incluye: *Farmer Giles of*

Ham, The Adventures of Tom Bombadil, «Leaf of Niggle» y *Smith of Wootton Major*.

A Tolkien Miscellany. Ilustrado por Pauline Baynes. Garden City, Nueva York: Science Fiction Book Club, 2002. Incluye: *Smith of Wootton Major, Farmer Giles of Ham, Tree and Leaf, The Adventures of Tom Bombadil*, y *Sir Gawain and the Green Knight, Pearl, Sir Orfeo*.

II. Notas sobre las revisiones de *El Hobbit*

Las revisiones de Tolkien al texto publicado de *El Hobbit* se han incluido en las notas a lo largo del libro. Estas notas intentan agrupar todas las revisiones hechas desde la primera edición (1937) hasta las diversas versiones de la tercera edición (1966-1967). No se detallan erratas o errores en esas ediciones, excepto en los casos que impliquen un cambio intencionado del texto. Cada nota sobre las revisiones empiezan con la lectura original de 1937 y da los detalles del cambio hasta el momento de alcanzar la versión final. Por ejemplo, si se hizo un cambio en 1951 y el texto permanece inalterado a partir de ese momento, no se vuelve a repetir el cambio. En todas las notas, el símbolo > significa «cambiado por».

Para compilar estas notas, utilice para el texto de 1.937 la primera tirada (con el hobbit haciendo una reverencia en la portada) de la edición norteamericana de 1938, publicada por Houghton Mifflin. Esta tirada era una reproducción fotográfica de la primera edición inglesa de 1937 y contiene el mismo texto y las mismas erratas. (La posterior impresión de la edición de Houghton Mifflin en 1938, con el flautista en portada, tiene algunas pequeñas diferencias.)

Para el texto de 1951 he utilizado la «Segunda Edition (Quinta impresión)» de Houghton Mifflin, impresa a partir de fotolitos ingleses. La segunda edición de Houghton Mifflin, impresa al mismo tiempo que la segunda edición de Allen & Unwin, apareció aparentemente en la primavera de 1951, mientras que la inglesa no estuvo disponible hasta el mes de julio. Christopher Tolkien fotocopió para mí las revisiones que hizo su padre (c. Agosto de 1965, para la tercera edición) en su ejemplar de trabajo de *El Hobbit*, que procedía de la «Sexta impresión» de la edición de Allen & Unwin en 1954. Un estudio de estas notas han mejorado las mías y confirmado algunas de las lecturas de Tolkien.

Las revisiones de Tolkien para la tercera edición fueron incorporadas de forma bastante compleja. Primero las envió a Estados Unidos para la edición en bolsillo de Ballantine Books, que se publicó en febrero de 1966. Mientras tanto, en Inglaterra, Allen & Unwin usaron la revisión en una nueva edición de bolsillo para su sello Unwin Books, que figura como «Tercera edición (decimosexta impresión) 1966». Al mismo tiempo, Allen & Unwin había autorizado una edición en tapa dura para la colección Heritage of Literature de Longmans, Green. Ambas ediciones aparecieron

en junio de 1966, aunque Longmans se adelantó en unas semanas a Unwin Books. (La British Library recibió la edición de Longmans el 6 de junio, mientras que la fecha de publicación de la otra edición era el 30 de junio.) Allen & Unwin también publicó una edición en tapa dura del texto revisado, en la misma fecha que el libro de bolsillo, el 30 de junio. Esta edición de Allen & Unwin («Decimosexta impresión 1966») lleva erróneamente la «Decimoquinta impresión 1966» como «Tercera edición». (La verdadera «Decimoquinta impresión» está fechada en 1965 y contiene el texto de la segunda edición.) Estas revisiones de 1966 fueron finalmente incorporadas a la edición norteamericana en tapa dura publicada por Houghton Mifflin en agosto de 1967 como «Vigésimo cuarta impresión C».

Para lo que he llamado el texto *1966-Ball*, he utilizado la «Primera impresión» de Ballantine Books en febrero de 1966, y para el texto *1966-Longmans/Unwin*, una primera impresión de la edición de Longmans. (Dicha edición tuvo cuatro reimpresiones a lo largo de 1970). El texto *1966-A&U*, señalado como «Decimosexta impresión 1966», es muy parecido al de Longmans/Unwin, aunque se señalan algunas diferencias. Para el texto *1967-HM* he utilizado la «Vigésimo cuarta» impresión de la edición norteamericana en tapa dura (Houghton Mifflin).

La «Cuarta edición» de 1978, que se menciona algunas veces, fue publicada por Allen & Unwin; una edición norteamericana igual a esa fue publicada en 1985 (cuadragésima impresión). El texto de la «Cuarta edición» no es demasiado fiable debido a una docena de errores que se produjeron al recompaginar la obra.

La edición de Puffin en 1961 (un bolsillo británico; véase p. 105) también se menciona varias veces. La edición de HarperCollins en 1995 es técnicamente la quinta edición, aunque no recibe ese nombre. Para ella, el texto de la edición británica en tapa dura fue introducido en un archivo de texto; se menciona una vez (aunque no se discuten otras peculiaridades de esa edición). En el texto fue duplicado para las ediciones que realizó Houghton Mifflin. Sin embargo, para la edición de Houghton Mifflin en 2001 (tapa dura y rústica, con cubierta de Peter Sís), el texto se comparó línea a línea con ediciones anteriores, y se corrigieron errores y erratas de la edición de 1995.

Para los lectores interesados en estudiar la cronología de las revisiones de Tolkien, adjunto las listas que siguen, que omiten en su mayor parte los errores tipográficos. Correcciones para la segunda edición de 1951, véanse las siguientes notas:

Preámbulo: 1.
Capítulo l: 36, 41, 50.
Capítulo 3: 14
Capítulo 5: 11-12, 20, 25, 32.
Capítulo 6: 3-5.
Capítulo 18: 2.

Las notas sobre los cambios en la edición de Puffin en 1961 son las siguientes:

Preámbulo: 1.
Capítulo l: 19.
Capítulo 5: 17.

Para las correcciones a las diversas compaginaciones de la tercera edición en 1966-1967, véanse:

Preámbulo: 1.
Capítulo 1: 4, 13, 17, 19, 21-23, 26-27, 30-31, 33, 39, 42-43, 45-46, 48-51, 53-54.
Capítulo 2: 2, 4-11, 13, 18-19, 22, 24-25.
Capítulo 3: 1, 4-6, 10-11, 13, 15, 17.
Capítulo 4: 3, 8.
Capítulo 5: 2, 4-5, 17.
Capítulo 8: 1, 20, 23.
Capítulo 12: 6.
Capítulo 13: 2-3.
Capítulo 14: 3.
Capítulo 15: 5-7.
Capítulo 17: 7.
Capítulo 19: 3, 11-12.

Cubierta de la edición checa de 1991, publicada originalmente por Odeon en 1979.
Diseño de la cubierta de Jiří Šalamoun.

III. Traducciones y ediciones ilustradas de *El Hobbit*

La lista que sigue intenta recoger todas las traducciones de *El Hobbit* publicadas en formato libro, así como todas las ediciones ilustradas, pero no incluye las numerosas reimpresiones de estas ediciones. También hay que señalar que las ilustraciones de las ediciones citadas a veces han sido eliminadas o cambiadas en reimpresiones posteriores, y estos cambios no siempre se recogen, ni tampoco todos los cambios en las ilustraciones de cubierta a lo largo de los años.

La primera lista de las traducciones de Tolkien fue obra de Glen H. GoodKnight en «Tolkien in Translation», publicado en *Mythlore*, verano de 1992 (18, n.º 3; n.º 69 entero): 61-69. Esta versión tuvo una continuación casi inmediata en la sección sobre traducciones (G) en *Bibliografía*. Desde su fundación en 1992, *The Tolkien Collector*, editado por Christina Scull, se ha convertido en la principal revista para todos los interesados en las ediciones de la obra de Tolkien en Gran Bretaña, Estados Unidos y todo el mundo. Esta publicación ha sido de valor inestimable al actualizar mi lista de traducciones a partir de la publicada originalmente en *El Hobbit anotado* de 1988 [la edición en castellano es de 1990]. (Para más información sobre la revista, véase su página web: http://www.bcn.net/~whammond/collect.html.)

He añadido a la lista algunos comentarios para llamar la atención sobre artículos (escritos en inglés) que analizan aspectos de las traducciones. Muchos de ellos son de Arden R. Smith y han aparecido en su interesante columna «Transitions in Translation», que aparece regularmente en *Vinyar Tengivar*, la revista de la Elvish Linguistic Fellowship de la Mythopoeic Society. Un artículo más amplio de Smith, «Tolkien on Translation», que no se cita más abajo y analiza las reacciones de Tolkien ante las traducciones, apareció en *Vinyar Tengtuar*, n.º 21 (enero de 1992): 21-24. (Para más información sobre *Vinyar Tengwar* y otros recursos sobre las lenguas inventadas por Tolkien, véase http://www.elvish.org.)

Hay que decir unas pocas palabras sobre la multiplicidad de traducciones rusas. Muchas de ellas no estaban autorizadas y circularon en forma de «samizdat» clandestinos antes que la caída del comunismo a principios de la década de 1990 hizo posible su publicación en forma de libro. Las circunstancias tras cada una de estas traducciones refleja las complejas condiciones políticas y sociales de la antigua Unión Soviética y de la actual Federación Rusa. Para tener una idea general sobre el tema, véase «The Secret War and the End of the Third Age: Tolkien in the (former) USSR» [«La guerra secreta y el final de la Tercera Edad: Tolkien en la (antigua) URSS»] de Maria Kamenkovich, *Mallorn*, n.º 29 (agosto de 1992): 33-38; «Problems of Translating into Russian» [«Problemas de la traducción al ruso»] de Natalia Grigorieva, *Proceedings of the J. R. R. Tolkien Centenaiy Conference* [*Actas de la conferencia del centenario de J. R. R. Tolkien*], editado por Patricia Reynolds y Glen H. GoodKnight (1995): 200-205; y «Russia As a New Context for Tolkien» [«Rusia como un nuevo contexto para Tolkien»] de Maria Kamenkovich, *Inklings Jahrbuch für Literatur und Astethik* 17 (1999): 197-216. Este último ensayo también ha sido publicado como librito: *The Trojan House: Russia As a New Context for Tolkien* [*El Caballo de Troya: Rusia como un nuevo contexto para Tolkien*] (Flint, Michigan: American Tolkien Society, 1999). Para el tema de cómo todos estos temas se relación específicamente con las muchas traducciones de *El Hobbit* al ruso, recomiendo «Tolkien Through Russian Eyes» [«Tolkien a través de ojos rusos»] de Mark T. Hooker en *Concerning Hobbits and Other Matters: Tolkien Across the Disciplines* [*Sobre hobbits y otros temas: Tolkien interdisciplinary* editado por Tim Schindler (St.

Paul, Minnesota: University of St. Thomas English Department, 2001): 7-31. En la sección rusa más abajo he agrupado las diversas ediciones primero por traducción y después cronológicamente bajo cada traducción.

Para realizar la lista he consultado las colecciones de traducciones de *El Hobbit* en unas pocas bibliotecas que se especializan en coleccionar obras de Tolkien, entre ellas el Marion E. Wade Center, Wheaton College, Wheaton, Illinois, y el Department of Special Collections, Marquette University, Milwaukee, Wisconsin. Una gran colección de traducciones de Tolkien también se pueden consultar en la Bodleian Library, Oxford University, Oxford, Inglaterra, en asociación con el archivo de Tolkien.

Cubierta de la edición en esperanto de 2000. Diseño de la cubierta de Maŝa Baĵenova [Masha Bazhenova].

Tolkien estudió esperanto por primera vez cuando era adolescente, siguiendo la propuesta que L. L. Zamenhof le hiciera en 1887. En 1932 publicó una carta en favor del esperanto en *The British Esperantist*. Un interesante artículo de Arden R. Smith, «*Tolkien and Esperanto*» [«Tolkien y el esperanto»] puede encontrarse en: *Seven: An Anglo-American Literary Review*, n.º 17 (2000), pp. 27-46.

Alemán

Kleiner Hobbit und der grosse Zauberer. Recklinghausen: Paulus Verlag, 1957. Traducción de Walter Scherf, ilustrado por Horus Engels. Reeditado en 1967 con el título *Der kleine Hobbit*.

Der kleine Hobbit. Recklinghausen: Georg Bitter, 1971. Traducción de Walter Scherf, ilustrado por Klaus Ensikat. [Ha aparecido reimpresión de esta edición con bastantes menos ilustraciones.]

Der kleine Hobbit. Stuttgart; Klett-Cotta, 1991. Segunda traducción revisada de Walter Scherf.

Der Hobbit, oder, Hin und zurück. Stuttgart: Klett-Cotta, 1997. Traducción de Wolfgang Krege.

[Véase «The Hobbit in Germany» [«El Hobbit en Alemania»] de Manfred Zimmermann, en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: Tolkien Society, 1988): 3-7.

Arden R. Smith comenta las ediciones utilizadas en la traducción revisada de Walter Scherf en 1971 en su columna en *Vinyar Tengwar*, n.º 13 (septiembre de 1990: 18-19, y n.º 15 (enero de 1991): 11-12. También comenta las diferencias entre las traducciones de nombres y frases que aparecen en ambas traducciones de Scherf de *El Hobbit* y la de Margaret Carroux de *El Señor de los Anillos* en 1969,

en el n.º 28 (marzo de 1993): 35-38. Comentarios adicionales de David Bratman y Arden R. Smith aparecen en el n.º 31 (julio de 1993): 28-31 y n.º 32 (noviembre de 1993): 30.]

Armenio

Hobit: Kam Gnaln ou Galû. Erevan: Sovetakan Grogh, Traducción de Emma Makaryan, ilustrado por Mikhail Belomlinskiy.

Bretón

An Hobbit, pe eno ha distro. Argenteuil: A.R.D.A., Traducción de Alan Dipode.

Búlgaro

Bilbo Begins, ili, Dotavi i obratno. Sofía: Narodna Mladezh, 1975. Traducción de Krasimira Todorova (prosa) y Asen Todorov (poesía), ilustrado por Peter Chuklev. Esta traducción apareció en rústica en la misma editorial en 1979 con ligeras alteraciones en las ilustraciones.

Khobit: Bilbo Begitis, ili, dotam i obratno. Sofía: Bard, 1999. Traducción de Liubomir Nikolov; ilustraciones de J. R. R. Tolkiwn [Véase «Tolkien in Bulgaria» de Christina Scull en *The Tolkien collector*, n.º 4 (agosto de 1993): 18-21.]

Castellano

El hobito. Buenos Aires: Fabril, 1964. Traducción de Teresa Sánchez Luevas.

El Hobbit. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1982. Traducción de Manuel Figueroa; ilustraciones de J. R. R. Tolkien. [Esta misma edición del texto ha aparecido con diferentes formatos a lo largo del tiempo.]

El Hobbit anotado. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1990. Traducción de Manuel Figueroa (texto de Tolkien) y Rubén Masera (introducción y notas); varios ilustradores (tanto como para la edición anotada en inglés).

El Hobbit. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1996. Traducción de Manuel Figueroa. [Edición de bolsillo.] *ElHobbit*. Barcelona: Ediciones Minotauro, 1997. Traducción de Manuel Figueroa; ilustraciones de Alan Lee.

El Hobbit. Barcelona: Ediciones Minotauro, 2003. Traducción de Manuel Figueroa; ilustraciones de J. R. R. Tolkien. [Edición en cartoné.]

[Las publicaciones de Ediciones Minotauro se distribuyen en todos los países de habla hispana.

La traducción de José Valdivieso, mencionada por Glen H. GoodRnight en su artículo original de 1982 sobre las traducciones de Tolkien y en *Bibliografía*, es en realidad una referencia falsa.]

Catalán

El Hobbit, o, viatge d'anada i tomada. Barcelona: Edicions de la Magrana, 1983. Traducción de Francesc Parcerisas.

Checo

Hobit, aneb, Cesta tam zase zpátky. Praga: Odeon, 1979. Traducción atribuida a Lubomír Dornzka, ilustrado por Jiří Šalamoun. [Por razones políticas la traducción fue atribuida a Dorúzka, que de hecho sólo escribió el epílogo. La traducción es obra realmente de Frantisek Vrba, que aparecen en ediciones posteriores.]

[Véase «Works by and about J. R. R. Tolkien in Czech and Slovak» [«Obras de y sobre J. R. R. Tolkien en checo y eslovaco»] de Karel Makovsky en *The Tolkien Collector*, n.º 5 (noviembre de 1993): 20-26. En 1996 la Sociedad Tolkien checa publicó un librito con veintidós ilustraciones en blanco y negro para *El Hobbit* realizadas por Jan Václavík (nacido en 1971) como tesis de graduación en la Escuela de Educación en Hradec Králové en 1993. El título del libro es *Tam a zase zpátky: There and Back Again*.

Arden R. Smith comenta el amplio uso de las runas en las ilustraciones de Šalamoun en su columna «Transitions in Translations», *Vinyar Tengwar*, n.º 32 (noviembre de 1993): 26-28.]

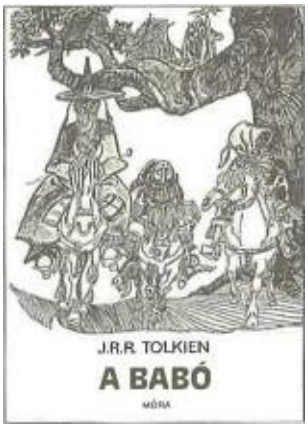
Chino

Sheau Aeren Lihshean Jih [transcripción tonal] o *Xian Airen Lixian Ji* [Hanyu Pinyin]. Taipei: Linking, 1996. Traducción de Liou Huey Yeou, reescrito por Jan Tsyijiuan; ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

[El Hobbit], Jinan: Tomorrow Publishing House, 2000. Traducción de Xín Píao; con ilustraciones anónimas.

[El Hobbit]. Nanking: Yilin Press, 2001. Traducción de Lí Gí.

[El Hobbit], Taipei: Linking, 2001. Traducción de Lucifer Chu.



Cubierta de la edición húngara de 1975. Diseño de la cubierta de Tamás Szecskó.

Coreano

[El Hobbit], Seúl: Sigongsa, 1997. Traducción anónima, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Croata

Hobit. Zagreb: Algoritam, 1994. Traducción de Zlatko Crnković, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Danés

Hobbitten, eller, Ud og hjem igen. Copenhague: Gyldendal, 1969. Traducción de Ida Nyrop Ludvigsen, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Eslovaco

Hobbiti. Bratislava: Mladé Letá, 1973. Traducción de Viktor Krupa (prosa) y Jana Šimulčíková (verso); ilustrado por Nada Rappensbergerová-Jankovičová. [Véase «Works by and about J. R. R. Tolkien en checo y en eslovaco» de Karel Makovsky, *The Tolkien Collector*, n.º 5 (noviembre de 1993): pp. 20-25.]

Esloveno

Hobit, ali, Tja in spet nazaj. Liubliana: Mladinska Knjiga, 1986. Traducción de Dušan Ogrizek; ilustrado por Mirna Pavlovec.
Hobit, ali, Tja in spet nazaj. Liubliana: Zalozba Mladinska Knjiga, 2000. Traducción de Dušan Ogrizek; ilustrado por J. R. R. Tolkien.

Esperanto

Lo hobito, aü tien kaj reen. Ekaterinburgo: Sezonoj, 2000. Traducción de Christopher Gledhill (prosa) y William Auld (verso), ilustrado por Maŝa Baĵenova [Masha

Bazhenova]. [Reseñado por Arden Smith, *Mythprint*,julio de 2001 (38, n.º 7; n.º 232 entero): 4-6. Smith señala que «la traducción de la mayor parte del libro es un éxito» pero hay lagunas inexplicables.].

Estonio

Kääbik, ehk, Sinna ja tagasi. Tallin: Eesti Raamat, 1977. Traducción de Lia Rajando (prosa y verso) y Harald Rajamets (cotraductor verso), ilustrado por Maret Kernumees.

Faeroés

Hobbin, ella, Út og heim aftur. Hoyvík: Stiðin, 1990. Traducción de Axel Tógarð, ilustraciones de J. R. R. Tolkien. [Véase la reseña de la traducción en «The Dream of Getting Lost» [«El sueño de perderse»] de Hanus Andreassen, *Mallorn*, n.º 30 (septiembre de 1993): 46-49, que apareció originalmente en faeroés en *Tíðindablaðið Sosialurin*, 12 de diciembre de 1990. Andreassen comenta que «la traducción se ha realizado de tal manera que el lector no se da cuenta de que lo es. Lo que es lo mismo que decir que es magistral».]

Finés

Lohikäärmevuori, eli Erään hoppelin matka sinne ja takaisin. Helsinki: Kustannusiskeyhtiö Tammi, 1973. Traducción de Risto Pitkänen, ilustrado por Tove Jansson. [Las ilustraciones de Jansson son idénticas a las de la edición sueca de 1962.]

Hobbitti, eli, Sinne ja takaisin. Porvoo: Werner Söderstrom, 1985. Traducción de Kersti Juva (prosa) y Panu Pekkanen (verso); ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

[Véase el breve comentario sobre la traducción finesa de Ellen Pakarinen bajo el título «Finnish» [«Finés»] en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: Tolkien Society, 1988): 24. Pakarinen señala que para la traducción de 1973 el libro «fue tratado como un libro infantil con todos los nombres finlandizados» pero en la de 1985 «la traductora recibió un premio nacional por ella».

Arden R. Smith comenta la traducción del nombre de Bilbo Baggins como Kalpa Kassinen en la edición de 1973 en su columna «Transitions in Translations», *Vinyar Tengwar*, n.º 15 (enero de 1991): 12; y la finlandización de los nombres y las palabras élficas en el n.º 16 (marzo de 1991): 10-11 y los nombres de los enanos en el n.º 19 (septiembre de 1991): 26-27.]

Francés

Bilbo le Hobbit, ou, Histoire d'un aller el retour. París: Editions Stock, 1969. Traducción de Francis Ledoux.

Bilbo le Hobbit, ou, Histoire d'un aller et retour. París: Hachette, 1976. Traducción de Francis Ledoux; ilustrado por Chica.

Bilbo le Hobbit, ou, Histoire d'un aller et retour. París: Hachette, 1980. Traducción de Francis Ledoux; ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Bilbo le Hobbit, ou, Histoire d'un aller et retour. París: Editions Stock, 1983. Traducción de Francis Ledoux. Ilustrado por Evelyne Drouhin.

Le Hobbit. París: Christian Bourgois, 1997. Traducción de Francis Ledoux; ilustrado por Alan Lee.

[Véase el breve comentario de David Doughan, «Bilbo le Hobbit», en *Translations to «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: Tolkien Society, 1988): 27. Doughan señala que la traducción «tiene una ligera tendencia a la autocomplacencia» y que aunque «se notan las grandes diferencias culturales» cree que «en general, es una buena traducción». Véase también «J. R. R. Tolkien in France» [«J. R. R. Tolkien en Francia»] de Jean-Marc Bouilly, *The Tolkien Collector*, n.º 17 (diciembre de 1997): 24-47.]

Gallego

O Hobbit. Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 2000. Traducción de Moisés R. Barcia, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Griego

Khompit. Atenas: Kedros, 1978. Traducción de A. Gabrielide y Kh. Delegianne, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

[Arden R. Smith comenta es ta traducción en su columna en *Vinyar Tengwar*, n.º 11 (mayo de 1990): 16.]

Hebreo

ha-Hobit, o, Le-sham uva-hazarah. Tel Aviv: Zemorah, Bitan, Modan, 1976. Traducción de Mosheh ha-Na'ami, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

Hobit. Tel Aviv: Zemorah, Bitan, Modan, 1977. Traducción de «los pilotos de la fuerza aérea israelí y sus camaradas compañeros de Guerra en la prisión de Abasya, El Cairo, 1970-1973».

Húngaro

A babó. Budapest: Móra Könyvkiadóh, 1975. Traducción de Tibor Szobotka

(prosa) e István Tótfalusi (verso), ilustrado por Tamás Szecskó.

[Véase el breve comentario de Andrea Fazaka bajo el título «Húngaro» en *Translations of «The Hobbit» Revieived*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: Tolkien Society, 1988): 24.]

Indonesio

Hobbit. Yakarta: P. T. Gamedia, 1977. Traducción de Antón Adiwiyoto.

Inglés

The Hobbit, or There and Back Again. Nueva York; Harry N. Abrams, 1977. Ilustraciones de la película para televisión de Rankin-Bass Productions, 1977.

The Hobbit, or There and Back Again. Londres: Folio Society, 1979. Ilustrado por Eric Fraser.

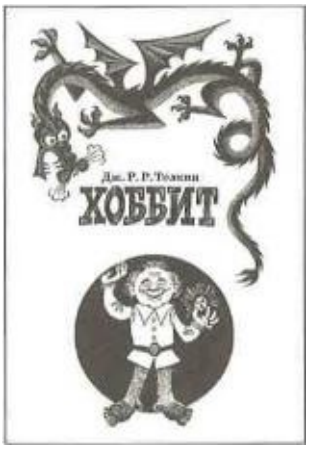
The Hobbit, or There and Back Again. Londres: George Allen & Unwin, 1984. Boston: Houghton Mifflin, Ilustrado por Michael Hague.

The Annotated Hobbit. Londres: Unwin Hyman, 1989. Boston: Houghton Mifflin, 1988. Ilustrado por diversos artistas.

The Hobbit. Adaptado por Charles Dixon y Sean Deming. Forestville, California: Eclips Books, 1989-1990. Tres volúmenes. Ilustrado por David Wenzel. Dio lugar a una novela gráfica publicada en un volumen. Nueva York: Ballantine Books, 1990.

The Hobbit, or There and Back Again. Londres: HarperCollins, 1997. Boston: Houghton Mifflin, 1997. Ilustrado por Alan Lee.

The Hobbit. Londres: HarperCollins, 1999. Nueva York: HarperFestival, 1999. Ilustrado por John Howe. Un libro pop-up que ilustra cinco escenas de *El Hobbit*.



Cubierta de la edición rusa de 1989 de Detskaya Literatura (traducción de Rakhmanova), publicada originalmente en 1976. Diseño de la cubierta de Mikhail Belomlinskiy.

Islandés

Hobbit. Reykjavik: Almenna Bókafélagið, 1978. Traducción de Úlfur Ragnarsson y Karl Ágúst Úlfsson.

Hobbitinn, eða, Út og Heim Aftur. Reykjavik: Fjölvaútgáfan, 1997. Traducción de Þorsteinn Thorarensen; ilustrado por Alan Lee.

Italiano

Lo hobbit, o, La riconquista del tesoro. Milán: Adelphi Edizioni, 1973. Traducción de Elena Jeronimidis, ilustraciones de J. R. R. Tolkien. [A veces el nombre de la traductora aparece como Elena Jeronimidis Conte.]

Lo hobbit, o, La riconquista del tesoro. Milán: Arnaldo Mondadori Editót e, 1986. Traducción de Elena Jeronimidis; ilustrado por Michael Hague.

Lo Hobbit, o, La riconquista del tesoro. Milán: Rusconi, 1991. *The Annotated Hobbit*, traducción de Elena Jeronimidis (texto de Tolkien) y Grazia Maria Griffini (notas); ilutrado por varios artistas.

Japonés

Hobitto no Bôken. Tokio: Iwanami Shoten, 1965. Traducción de Teiji Seta; ilustrado por Ryûichi Terashima.

Hobitto no Bôken. Tokio: Iwanami Shoten, 1983. Treducción revisada de Teiji Seta, ilustraciones revisadas de Ryûichi Terashima. [Se trata de la décima impresión con la traducción revisada y corregida, elevando ligeramente el nivel de lectura. También se rehicieron un pequeño número de ilustraciones, en especial las de Gollum, que ahora es más blanco y delgado pero con brazos y piernas más llenos que en la versión anterior. Y en un par de ilustraciones la puerta de la casa de Bilbo se muestra abierta hacia adentro en vez de hacia fuera.]

Hobitto, Yukite kaerishi Monogatari. Tokio: Hara Shobó, 1997. *El Hobbit* anotado traducido por Shirô Yamamoto, ilustrado por varios artistas.

[Véase «The Japanese Hobbit» [«El Hoobit japonés»] de Robert Ellwood, *Mythlore*, 1, n.º 3 (julio de 1969): 14-17. Ellwood considera que la traducción es «fluida, idiomática, de vocabulario simple» y elogia las ilustraciones de Terashima (algunas de ellas reproducidas en la revista). Ellwood también traduce algunas partes del epílogo del traductor.

Véase también «The Japanese *Hobbit*» [«El Hoobit japonés»] de Takashi Okunishi en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): 19-20.

En *The Tolkien Collector*, n.º 17 (diciembre de 1997): 13, se comenta sobre la edición japonesa de *El Hobbit anotado* que «Makoto Takahashi escribe que la traducción le parece pobre [la del texto de la novela por Yamamoto] en comparación *con El Señor de los Anillos* en japonés».]

Letón

Hobits, jeb, Turp un atpakal. Riga: Spridítis, 1991. Traducción de Zane Rozenberg, ilustrado por Laima Eglīte.

Lituano

Hobitas, arba, Ten ir atgal: Apysaka-pasaka. Vilnius: Vyturys, 1985. Traducción de Broné Balčienė, ilustrado por Mikhail Belomlinskiy.

Luxemburgués

Den Hobbit. Esch-sur-Sûre: Editions Op der Lay, Traducción de Henry Wickens.

Moldavo

Hobbitul. Kishinev: Literatura Artistike, 1987. Traducción de Aleksey Zurhkanu, ilustrado por Igor Hmelnickij.

Neerlandés

De hobbit, of Daarheen en weer terug. Utrecht: Spectrum, 1960. Traducción de Max Schuchart.

De hobbit, of Daarheen en weer terug. Utrecht: Spectrum, i960. Traducción revisada de Max Schuchart, ilustraciones de J. R. R. Tolkien.

[Véase «Some comments on the Dutch Translation of *The Hobbit*» [«Algunos comentarios sobre la traducción holandesa de *El Hobbit*»] de Renée Vink, en *Translations of «The Hobbit» Reviewed* [*Reseña de las traducciones de «El Hobbit»*], Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): 8-10. Vink califica a la traducción de «encantadora».

Véase también «Dutch editions of Tolkien's Works» [«Ediciones holandesas de las obras de Tolkien»] de Johan Vanhecke, *The Tolkien Collector*, n.º 12 (febrero de 1996): 20-28; algunas correcciones a este artículo por Vanhecke y Felix Claessens aparecieron en el n.º 14 (octubre de 1996): 5-6. Un artículo anterior de Vanhecke (que se refiere sobre todo a *El Señor de los Anillos*), «Tolkien in Dutch: A Study of Tolkien's Works in Belgium and The Netherlands» [«Tolkien en neerlandés: un estudio de las obras de Tolkien en Bélgica y los Países Bajos»], apareció en *Mythlore*, otoño de 1992 (18, n.º 2; n.º 70 entero): 53-60.

Arden R. Smith analiza las ediciones utilizadas en la revisión de la traducción de Max Schuchart en su columna «Transitions in Translations» en *Vinyar Tengwar*, n.º 26 (noviembre de 1992): 26-28.]

Noruego

Hobbiten, eller, Fram og tilbake igjen. Oslo: Tiden Norsk Forlag, 1972. Traducción de Finn Aasen y Oddrun Grønvik.

Hobbiten, eller, Fram og tilbake igjen. Oslo: Tiden Norsk Forlag, 1997. Traducción de Nils Ivar Agøy; ilustrado por Alan Lee.

[Véase «*The Hobbit* in Norwegian» [«*El Hobbit* en noruego»] en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): 11-16. Agøy señala que «dos traductores trabajaron en la misma. Finn Aasen lo dejó en la página 197 por razones que el editor no quiere comentar, y Oddrun Grønvik tradujo el resto». Se queja de que el lenguaje de la traducción es «en la mayoría de los casos noruego coloquial, lo que *no* es una sustituto adecuado para la prosa elegante y a veces formal y arcaica de Tolkien».

Agøy también escribió «Tolkien in Norway» [«Tolkien en Noruega»] en *Inklings Jahrbuch für Literatur und Ásthetik*, 3 (1985): 159-167, y su propia traducción de *El Hobbit* apareció en 1997.]

Polaco

Hobbit, czyli, Tam i z powrotem. Varsovia: Iskry, i960. Traducción de Maria Skibniewska, ilustrado por Jan Mlodozeniec.

Hobbit, czyli, Tam i z powrotem. Varsovia: Iskry, 1985. Traducción revisada de Maria Skibniewska, ilustrado por Maciej Buszewicz.

Hobbit, albo, Tam i z powrotem. Varsovia: Atlantic-Rubicon, 1997. Traducción de Paulina Braiter, ilustrado por Alan Lee.

[Véase «A Few Comments on Maria Skibniewska's translation of *The Hobbit*» [«Algunos comentarios sobre la traducción de *El Hobbit* de Maria Skibniewska»] de Agnieszka Sylwanowicz, en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): 21-23. Sylwanowicz comenta que «en conjunto, *El Hobbit* está bien traducido, se conserva la atmósfera y el impacto en el lector es —en la medida en que lo puedo juzgar— casi idéntico al impacto que tuvo el original en el lector inglés».

Véase también «Tolkien Boom in Poland» [«El boom de Tolkien en Polonia»] también de Agnieszka Sylwanowicz, *The Tolkien Collector*, n.º 18 (junio de 1998): 21-23.]

Portugués

O gnomo. Oporto: Livraria Civilizado, 1962. Traducción de Maria Isabel Braga y Mário Braga, ilustrado por Antonio Quadros.

O Hobbit. Río de Janeiro: Artenova, 1976. Traducción de Luiz Alberto Monjardim.

O Hobbit. Mem Martins: Publicaçoes Europa-América, 1985. Traducción de Fernanda Pinto Rodrigues.

O Hobbit. Sao Paulo: Martins Fontes, 1995. Traducción de Lenita Maria Rimoli Esteves y Almiro Pisetta.

[Arden R. Smith comenta brevemente la edición de 1962 en su columna «Transitions in Translations» en *Vinyar Tengwar*, n.º 8 (noviembre de 1989): 10-11 y en el n.º 10 (marzo de 1990): 16.

Ronald Kyrmse señala los errores de la traducción de Monjardim de 1976 en «O Hobbit», *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publications n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): 17-18.]

Rumano

O poveste cu un hobbit. Bucarest: Editura Ion Creangá, 1.975. Traducción de Catinca Ralea, ilustrado por Livia Rusz.

Povestea Unui Hobbit. Ploiesjti: Editura Elit, 1995. Traducción de Junona Tutunea; ilustrado por Peter Green.

Cubierta de la edición sueca de 1994 de Rabén Prisma (traducción de Hallqvist), publicada originalmente en 1962. Diseño de la cubierta Tove Jansson.

Ruso

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Leningrado: Detskaya Literatura, 1976. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Mikhail Belomlinskiy.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Leningrado: Detskaya Literatura, 1989. Traducción revisada de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Mikhail Belomlinskiy.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Novosibirsk: Novosibirskoe Knizhnoe Izdatel'stvo, 1989. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por A. Shurits.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Publicado en *Zabytiy den' Rozhdeniya: Skazki Angliyskikh Pisateley* [*El cumpleaños olvidado: cuentos de hadas por autores ingleses*], compilado por Olga Aleksandrovna Kolesnikova. Moscú: Pravda, 1990. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Il'ya A. Markevich.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. San Petersburgo: Severo-Zapad, 1991. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Denis Gordeyev.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Minsk: Vyshehjshaya Shkola, 1992. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por A. G. Zvonarev.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. San Petersburgo: Severo-Zapad, 1993. Traducción ele N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por N. Martinova.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Bakú: Olimp, 1993. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso); ilustrado por A. V. Koval'.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Moscú: Pedagogika-Press, 1994. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Dar'ya Yudina.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Minsk: Kavaler, 1996. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Nicolas Bayrachny. [Profusamente ilustrado. Tres de estas ilustraciones están incorporadas en *Reinos de Tolkien* (Barcelona: Ediciones Minotauro, 1996).]

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Publicado en *Skazki Veka* 2 [*Cuentos de hadas del siglo 2*], compilado por Roland A. Bykov. Moscú: Polifakt, 1999. Traducción de N. Rakhmanova (prosa) y G. Usova e I. Komarova (verso), ilustrado por Yu. Tokarev.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Khabarovsk: Amur, 1990. Traducción de V. A. M. [Valeria Aleksandrovna Matorina].

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Zaporozhye-Kaliningrado: Izdatel'stvo «Interbook-Khoritsa», 1994. Traducción revisada de V. A. M. [Valeria Aleksandrovna Matorina]; ilustraciones firmadas por L. A. Dziazdyk (pero atribuidas a su marido, Vladimir Kosyúk; véase *The Tolkien Collector*, n.º 13 [mayo de 1995]: 14) y L. V. Malinka.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Moscú: Eksmo-Press, 2000. Segunda revisión de la traducción de V. A. M. [Valeria Aleksandrovna Matorina]; ilustrado por I. Pankov. [Esta edición también incluye la traducción, de otro traductor, de *Egidio el granjero de Ham*, «Hoja de Niggle» y *El herrero de Wootton Majar*.]

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Moscú: Molodaya Gvardiya, 1991. Traducción de Z. Bobyr'; ilustrado por M. I. Sivenkova. [Esta edición también incluye una traducción de *La Comunidad del Anillo*.]

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Perm: Rnizhnymir, 1992. Traducción de Z. Bobyr'; ilustrado por A. Filipova y A. Kytmanova.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. San Petersburgo: Terra/Azbuka, 1995. Traducción de Mariya Kamenkovich, Valeriy Karrik y Sergei Stepanov; ilustrado por Nikita Badmayev. [Edición anotada por Kamenkovich y Karrik. *Karrik* es el

pseudónimo de Valeriy Kamenkovich.]

Khobbit, ili, Tuda i obratno [etc., también con el título inglés: *The Hobbit and Other Minor Works*], Moscú: ACT; San Petesburgo: Terra Fantastica, 2000. Traducción de K. Korolev (prosa) y V. Tikhomirov (verso); ilustraciones no editadas. [Esta edición incluye también traducciones, realizadas por diversos traductores, de *Las aventuras de Torn Bombadil, El herrero de Wootton Mayor, Cartas de Papá Noel* y *Egidio, el granjero de Ham*.]

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Moscú: Armada/Al'faKniga, 2001. Traducción de Leonid L. Yakhnin; ilustrado por V. S. Krivenko.

Khobbit, ili, Tuda i obratno. Ekaterninburg: Litur Publishers, 2001. Traducción de A. A. Gruzberg.

[David Doughan reseñó en 1976 la traducción de Nataliya Rakhmanova en *Amon Hen*, n.º 50 (abril de 1982): 12-14; y su artículo se incluyó en *Translations of «The Hobbit» Reviewed*, Quettar Special Publication n.º 2 (Londres: The Tolkien Society, 1988): pp. 25-26. Doughan opinaba que era «una meticulosa y agradable traducción, que logra captar el sentido del original sin distorsionar el texto demasiado».

Mark T. Hooker me informó sobre otra traducción rusa de *El Hobbit* que no ha llegado a publicarse en forma de libro, una traducción anónima que ha estado circulando tanto en forma de samizdat como en formato electrónico a través de la WEB. Del mismo modo las traducciones de V. A. M., Aleksandr A. Gruzberg y Sinaida A. Bobyr', incluidas más arriba, circularon primero en forma de samizdat; la traducción de Gruzberg apareció en 2000 en formato CD-Rom.

Arden R. Smith, en su columna «Transitions in Translations» [«Transiciones en las traducciones»] (*Vinyar Tengwar*, n.º 29 (mayo de 1993): pp. 25-26), analiza algunas de las curiosidades geográficas del texto y del desarrollo de la historia en la traducción de Rakhmanova revisada en 1989.

Exite también una versión en forma de novela gráfica de *El Hobbit*, titulada *Khobbit y* adaptada por N. Utilova (Moscú: Aviad, 1992). Las ilustraciones, de R. Ramazanov, A. Shevtsov y R. Azizov son extravagantes (por ejemplo, se representa a Bilbo con unas largas orejas de conejo) y la historia está modificada y abreviada.

Una adaptación anónima del libro en forma de cómic apareció también bajo el título *Khobbit* (Moscú: Belyj Gorod, 1999).

Hay, por otra parte, tres ediciones de *El Hobbit* publicadas como libro de texto para estudiantes rusos de inglés como lengua extranjera. Estas ediciones contienen los textos ingleses adaptados, junto con notas aclaratorias y ejercicios en ruso. La primera vio la luz en 1982 (editada por Yu. P. Tret'yakova y publicado por Prosveshchenie en Moscú); la segunda, en 1992 (publicado por Tekart de San Petesburgo); y la tercera, en 2000 (publicada por S. N. Cherkhanova, ilustrada por M. I. Sukharev y publicada por Presto en Moscú).]

Serbio

Hobit. Belgrado: Nolit, 1975. Traducción de Meri y Milan Milišic.

Sueco

Hompen, eller, En resa dit och tillbaksigen. Estocolmo: Kooperativa Förbundets Bokförlag, 1947. Traducción de Tore Zetterholm; ilustrado por Torbjörn Zetterholm y Charles Sjööblom (de la cubierta y de los mapas).

Bilbo: en hobbits aventyr. Estocolmo: Rabén & Sjögren, 1962. Traducción de Britt G. Hallqvist; ilustrado por Tove Jansson. [Las ilustraciones de Jansson aparecieron también en la edición finesa de 1973].

Bilbo: en hobbits aventyr. Estocolmo: Rabén & Sjögren, 1971. Traducción de Britt G. Hallqvist; ilustrado por J. R. R. Tolkien.

[Véase «Tolkien in Sweden» [«Tolkien en Suecia»] de Anders Stenström, en *Inklings Jahrbuch für Literatur und Ästhetik, 2* (1984): 43-49. Stenström considera la traducción de *El Hobbit* de Hallqvist como «probablemente la mejor traducción al sueco de una obra de Tolkien».]

Tailandés

[The Hobbit]. Bangkok: Naiin, 2002. Traductor desconocido; ilustrado por J. R. R. Tolkien.

Turco

Hobbit, Oradaydic ve simdi buradayiz. Estambul: Altikirbeíj Yaym / Mitos Yaymcilik, 1996. Traducción de Emeli Izmirli.

Hobbit, Oradaydic ve simdi buradayiz. Estambul: Altikirbeş Yaym, 1997. Traducción de Esra Uzun.

Ucraniano

Hobit, abo, Mandrivka za imlysti hory. Kiev: Veselka, 1985. Traducción de Oleksandr Mokrovol’s’kiy; ilustrado por Mikhail Belomlinskiy.

IV. Crítica seleccionada sobre *El Hobbit*

Agøy, Nils Ivar. «*Mr. Bliss*: The Perscursor of a Precursor?» *Mallorn*, n.º 20 (septiembre de 1983): pp. 25-27.

Alderson, Brian. *The Hobbit §oth Anniversay 1937-1987* (Londres: Unwin Hyman,

1987).
Barnfield, Marie. «The Roots of Rivendell: or, Elrond's House Now Open As a Museum», *þe Lyfe ant þe Auncestrye*, n.º 3 (primavera de 1996): pp. 4-18.
Birbire, Paul. «By Stock or by Stone: Recurrent Imaginery and Narrative Pattern in *The Hobbit*», *Scholarship and Fantasy: Proceedings of «The Tolkien Phenomenon» May 1992, Turky, Finland*, editado por K. J. Batarbee (Turku, Finlandia: Universidad de Turku, 1993): pp. 203-15.
Bolintineanu, Alexandra. «"Walkers in Darkness": The Ancestry of Gollum», en *Concerning Hobbits and Other Matters: Tolkien Across the Disciplines*, editado por Tim Schindler (St. Paul, Minn.: University of St. Thomas English Department, 2001): pp. 67-72.
Brunsdale, Mitzi M. «Norse Mythological Elements in *The Hobbit*», *My thlore* 9, n.º 4 (número entero 34; invierno 1983): pp. 49-50,55.
Burns, Marjorie J. «Echoes of William Morris's Icelandic journals in J. R. R. Tolkien», Studies in Medievalism 3, n.º 3 (invierno de 1991): pp. 367-73.
Chance, Jane. *Tolkien's Art: A Mythology for England, Revised Edition* (Lexington: University of Kentucky Press, 2001). Véase especialmente el capítulo 2, «The King Under the Mountain: Tolkien's Children's Story».
Christensen, Bonniejean. «Gollum's Character Transformation in The Hobbit», en *A Tolkien Compass*, editado por Jared Lobdell (La Salle 111.: Open Court, 1975): pp. 9-28.
—. «Tolkien's Creative Technique: *Beowulf* and *The Hobbit*», *Mythlore* 15, n.º 3 (número entero 57; primavera de 1989): pp. 4-10.
Couch, Christopher L. «From Under the Mountains to Beyond the Stars: The Process of Riddling in Leofric's *The Exeter Book* and *The Hobbit*», *Mythlore* 14, no. 1 (número entero 51; otoño de 1987).
Crabbe, Katharyn W. *J. R. R. Tolkien: Revised and Expanded Edition* (New York: Continuum, 1988). Véase el capítulo 2, «The Quest As Fairy Tale: *The Hobbit*».
Ellison, John A. «The Structure of *The Hobbit*», *Mallorn*, n.º 27 (septiembre de 1990): pp. 29-32.
Evans, Jonathan. «The Dragon-Lore of Middle-earth: Tolkien and Old English and Old Norse Tradition», en *J. R. R. Tolkien and His Literary Resonances: Views of Middle-earth*, editado por George Clark y Daniel Timmons (Westport, Conn.: Greenwood Press, 2000): pp. 21-38.
Glenn, Jonathan A. «To Translate a Hero: *The Hobbit* As *Beowulf* Retold», *Publications of the Arkansas Philological Association* 17 (1991): pp. 13-14.
Green, William H. «The Four-Part Structure of Bilbo's Education», *Children's Literature* 8 (1979): pp. 133-140.
—. *The Hobbit: A Journey into Maturity* (New York: Twayne, 1995).
—. «King Thorin's Mines: *The Hobbit* As Victorian Adventure Novel», *Extrapolation* 42, n.º 1 (primavera de 200l): pp. 53-64.

—. «“Where’s Mama?” The Construction of the Feminine in *The Hobbit*», *The Lion and the Unicorn* 22 (1998): pp. 18-95.
Hammond, Wayne G. «All the Comforts: The Image of Home in *The Hobbit* and *The Lord of the Rings*», *Mythlore* 14, n.º 1 (número entero 51; otoño de 1987): PP. 29-33.
Hieatt, Constance B. «The Text of *The Hobbit*: Putting Tolkien’s Notes in Order», *English Studies in Canada* 7, n.º 2 (verano de 1981): pp. 212-24.
Helms, Randel. *Tolkien’s World* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1974). Véanse los capítulos 2 («Tolkien’s Leaf: *The Hobbit* and the Discovery of a World») y 3 («*The Hobbit* As Swain: A World of Myth»).
Hodge, James L. «The Heroic Profile of Bilbo Baggins», *Florilegium* 8 (1986): pp. 212-21.
—. «Tolkien’s Mythological Calendar in *The Hobbit*», en *Aspects of Fantasy: Selected. Essays from the Second Internacional Conference on the Fantastic in Literature and Film*, editado por William Coyle (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1986): pp. 141-48.
Hopkins, Lisa. «Bilbo Baggins As a Burglar», *Inklings Jahrbuch für Literatur und Ästhetik* 10 (1992): pp. 93-101.
—. «*The Hobbit*, and *A Midsummer Night’s Dream*», *Mallorn*, n.º 28 (septiembre de 1991): pp. 19-21.
Hunnewell, Sumner Gary. «Durin’s Day», in *Ravenhill*, Special Mythcon XXX/Bree Moot 4 Issue (1 de agosto de 1999): pp. 1-14.
Kocher, Paul H. *Master of Middle-earth: The Fiction of J. R. R. Tolkien* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1972). Véase el capítulo 2, «*TheHobbit*».
Kuznets, Lois R. «Tolkien and the Rhetoric of Childhood» en *Tolkien: New Critical Perspectives*, editado por Neil D. Isaacs y Rose A. Zimbardo (Lexington: University of Kentucky Press, 1981): pp. 150-62.
McDaniel, Stanley V. *The Philosophical Etymology of Hobbit* (Highland, Mich.: The American Tolkien Society, 1994).
MacIntyre, Jean. «“Time Shall Run Back”: Tolkien’s *The Hobbit*», *Children’s Literature Association Quarterly* 13 (1988): pp. 12-17.
Masson, Pat. «Not an Orderly Narrador: Inaccuracies and Ambiguities in the Early Chapters of *the*. Red Book of Westmarch», *Mallorn*, n.º 13 (1979): páginas 23-28.
Matthews, Dorothy. «The Psychological Journey of Bilbo Baggins» en *A Tolkien Compass*, editado por Jared Lobdell (La Salle, 111.: Open Court, 1975): pp. 29-42.
O’Brien, Donald. «On the Origin of the Name “Hobbit”», *Mythlore* 16, n.º 2 (número entero 60; invierno 1989): pp. 32-38.
Olney, Austin. *The Hobbit Fiftieth Anniversary 1938-1988* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1988).
O’Neill, Timothy R. *The Individuated Hobbit: Jung, Tolkien and the Archetypes of*

Middle-earth (Boston: Houghton Mifflin Company, 1979). Véase especialmente el capítulo 4, «The Individuated Hobbit».

Reckford, Kenneth J. «"There and Back Again" — Odysseus and Bilbo Baggins», *Mythlore* 14, n.º 3 (número entero 53, primavera de 1988): pp. 5-9.

Rogers II, William N. y Underwood, Michael R. «Gagool and Gollum: Exemplars of Degeneration in *King Solomon's Mines* and *The Hobbit*», en *J. R. R. Tolkien and His Literary Resonantes: Views of Middle-earth*, editado por George Clark y Daniel Timmons (Westport, Conn.: Greenwood Press, 2000): pp. 121-31.

Rosebury, Brian. *Tolkien: A Critical Assessment* (Londres: Macmillan; Nueva York: St. Martin's, 1992). Véase la sección sobre El Hobbit en «Minor Works, 1914-1973».

Rossenberg, René van. «Tolkien's Golem: A Study in Gollumology», *Lembas Extra 1995* (1995): pp. 57-71.

Russom, Geoffrey. «Tolkien's Versecraftin *The Hobbit* and *The Lord of the Rings», en J. R. R. Tolkien and His Literary Resotiantes: Views of Middle-earth*, editado por George Clark y Daniel Timmons (Westport, Conn.: Greenwood Press, 2000): pp. 53-69.

Sarjeant, William A. S. «The Shire: Its Bounds, Food and Farming», *Mallorn*, n.º 39 (septiembre de 2001): pp. 33-37.

—. «Where Did the Dwarves Come from?» *Mythlore* n.º 1 (número entero 71; invierno de 1993): pp. 43, 64.

Scull, Christina. «Dragons from Andrew Lang's Retelling of Sigurd to Tolkien's Chrysophylax», en *Leaves from the Tree: J. R. R. Tolkien's Shorter Fiction*, editor anónimo (Londres: The Tolkien Society, 1991): pp. 49-62.

—. «The Fairy-Tale Tradition», *Mallorn*, n.º 23 (verano de 1986): pp. 30-36.

—. «*The Hobbit* and Tolkien's Other Pre-War Writings», *Mallorn*, n.º 30 (septiembre de 1993): pp. 14-20.

—. «*The Hobbit* Considered in Relation to Children's Literatura Contemporary with Its Writings and Publication», *Mythlore* 14, n.º 2 (número entero 52; invierno de 1987): pp. 49-56.

Shippey, T. A. (Tom). *J. R. R. Tolkien: Autor of the Century* (Londres: HarperCollins, 2000). Véase el capítulo 1, «The Hobbit: Re-Inventing Middle-earth». [Hay traducción al castellano: *J. R. R. Tolkien: autor del siglo*, Barcelona: Ediciones Minotauro, 2003.]

—. *The Road to Middle-earth*, second edition (Londres: Grafton, 1992). Véase el capítulo 3, «The Bourgeois Burglar». [Hay traducción al castellano: *El camino a la Tierra Media*, Barcelona: Ediciones Minotauro, 1999.]

Sibley, Brian. *There and Back Again: The Map of The Hobbit*. Ilustrado porjohn Howe. Londres: HarperCollins, 1995. [Hay traducción al castellano: *De una ida y una vuelta*, Barcelona: Ediciones Minotauro, 1996.]

Stenström, Anders («Beregond»). «The Figure of Beorn», Arda 1987, 7 (1992): pp.

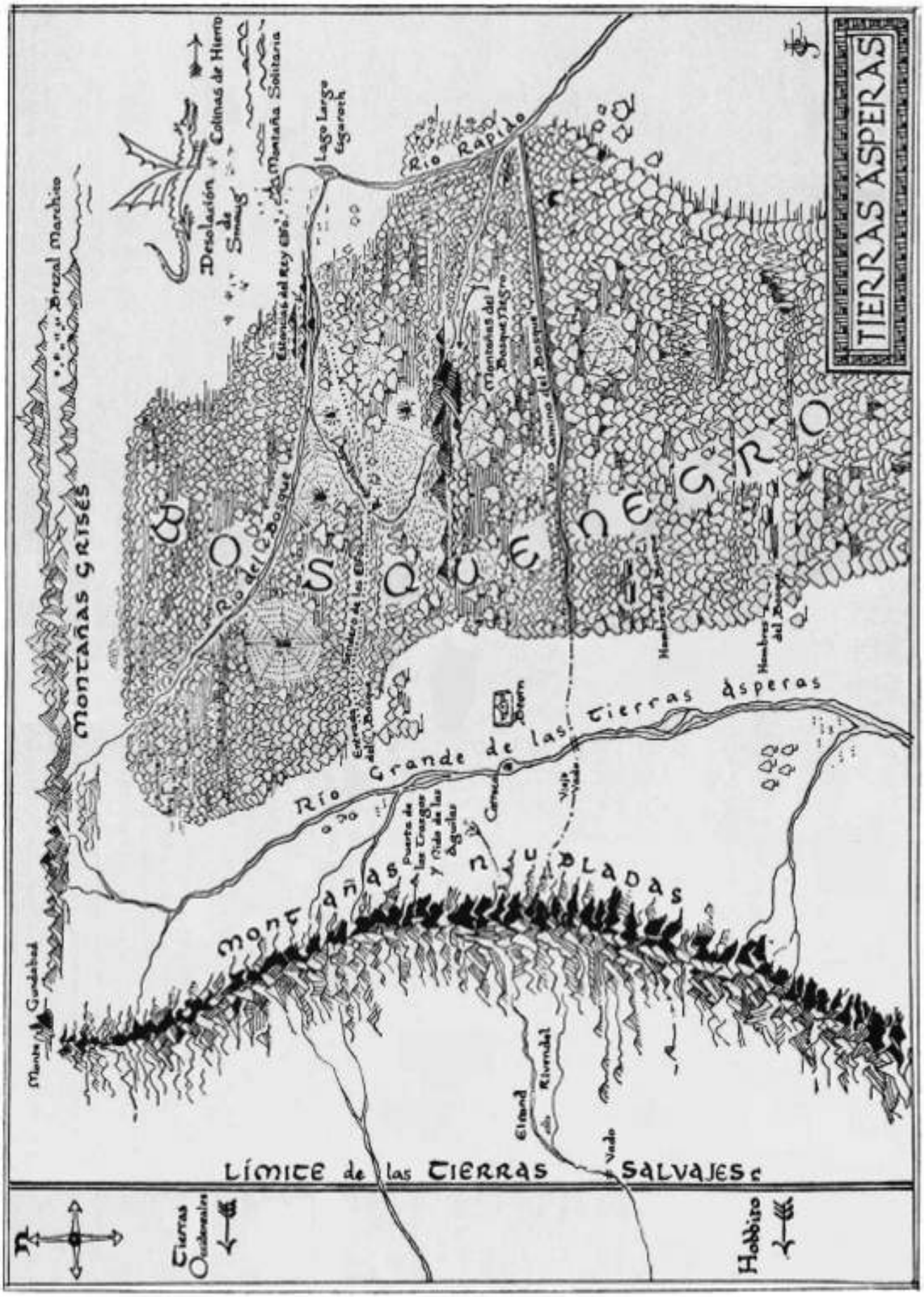
44-83.
—. «Some Notes on Giants», *Scholarship and Fantasy: Proceedings of «The Tolkien Phenomenon» May 1992, Turku, Finland*, editado por K. J. Battarbee (Turku, Finlandia: Universidad de Turku, 1993): pp. 53-71.
Stevens, David. «Trolls and Dragons versus Pocket Handkerchiefs and "Polite Nothings": Elements of the Fantastic and the Prosaic in *The Hobbit*», en *The Scope of the Fantastic — Culture, Biography, Themes, Children's Literature: Selected Essays from the First Internacional Conference on the Fantastic in Literature and Film*, editado por Robert A. Collins y Howard D. Pearce (Westport, Conn.: Greenwood Press, 1985): pp. 249-55.
Thomas, Paul Edmund. «Some of Tolkien's Narrators» en *Tolkien's Legcndarium: Essays on The History of Middle-earth*, editado por Verlyn Flieger y Carl F. Hostetter (Westport, Conn.: Greenwood Press, 2000): pp. 161-81.
Thompson, Kristin. «*The Hobbit* As a Part of *The Red Book ofWestmarch*», *Mythlore* 15, n.º 2 (número entero 56; invierno de 1988): pp. 11-16.
Tolkien, Christopher. «Note on the Differences in Editions of *The Hobbit* Cited by Mr. David Cofield», *Beyond Bree* (newsletter of the Mensa Tolkien Special Interest Group), julio de 1986: pp. 1-3. Comentarios sobre el artículo «Changes in Hobbits: Textual Differences in Editions of *The Hobbit*» de David Cofield, en el número de abril de 1986 de *Beyond Bree*.
—. «Foreword», en *The Hobbit*, de J. R. R. Tolkien. Edición especial cincuenta aniversario (Londres: Unwin Hyman, 1987).
Wytenbroek, J. R. «Rites of Passage in *The Hobbit*», *Mythlore* 13, n.º 4 (número entero 50; verano de 1987): pp. 5-8,40.

V. Sociedades

La Mythopoeic Society es una organización literaria internacional dedicada al estudio de las obras de J. R. R. Tolkien, C. S. Lewis y Charles Williams (miembros del círculo literario de Oxford conocido como los Inklings), así como al estudio de las tradiciones literarias anteriores y posteriores que anteceden y continúan la obra de estos tres hombres. Fundada en 1967 por Glen H. GoodNight, la sociedad patrocina una conferencia anual (en la que se presentan el premio Fantasy y el Scholarship, galardones anuales de la sociedad) y publica la revista trimestral *Mythlore* y el boletín mensual *Mythprint*. Encontrará más información en la página web: http://www.mythsoc.org.

La Sociedad Tolkien (Tolkien Society) fue fundada en Londres en 1969 por Vera Chapman. Se dedica a fomentar el interés por la vida y los trabajos de J. R. R. Tolkien, quien en 1972 fue convertido en su presidente honorario, cargo otorgado «in perpetuo». La sociedad celebra dos reuniones anuales en el Reino Unido: el Annual

General Meeting, que tiene lugar en primavera, y el Oxonmoot, que se desarrolla en Oxford a principios de otoño. La sociedad publica una revista anual, *Mallorn*, y un boletín bimensual, *Amon Hen*. Más información en la página web: http://www.tolkiensociety.org.



Wilderland (Tierras Ásperas) por J. R. R. Tolkien. Esta ilustración aparece en *Artista* (n.º 85), junto a una versión anterior (n.º 84).

Notas

[1] Esta afirmación es atribuida a Tolkien por Eugène Vinaver, que recuerda que Tolkien hizo el comentario a una audiencia en Oxford que había ido a escuchar una lección de filología pero ante la que insistió en leer un poema de su propia composición. Esta anécdota la cita (p. 80) Richard C. West en «The Interlace Structure of *The Lord of the Rings*» publicado en *A Tolkien Compass* (1975), editado por Jared Lobdell. <<

[2] Una entrevista con Denys Gueroult, grabada el 20 de enero de 1965. Partes de esta grabación fueron emitidos por la BBC en su programa de radio *Now Read On* en diciembre de 1970. <<

[3] Una fotografía de Tolkien sentada al escritorio se puede ver en la página 56 de *The Tolkien Family Album* [*El álbum familiar de los Tolkien*] (1992), de John y Priscilla Tolkien, que también escribió:

> El estudio era el centro de la vida hogareña de Ronald y el escritorio era el centro del estudio. A lo largo de los años la superficie de la mesa mostraba un paisaje familiar: un recipiente de madera marrón oscuro para el tabaco, un jarrón rechoncho que contenía sus pipas y un gran cenicero en el que depositaba regularmente las cenizas de la pipa. También recordamos vívidamente la larga fila de tintas de colores Quink y Stevenson, y un juego de lacre para sellar en diferentes tonos que hacía juego con su amplio suministro de papelería. También había unas maravillosas cajas de lápices de colores Koh-i-Noor, y tubos de pintura con nombres mágicos como Siena Quemado, Gamboge y Lago Carmesí. <<

[4] En su despacho del Merton College, Tolkien tenía un impresionante escritorio de tapa corrediza. Tras su muerte fue adquirido por la novelista Iris Murdoch (1919-1999), que era una admiradora de los escritos de Tolkien. Se puede ver una fotografía de Murdoch sentada al escritorio en su estudio en *Iris Murdoch: A Life* [*Iris Murdoch: una vida*] (2001) de Peter J. Conradi. <<

[5] Clyde S. Kilby cita este pasaje en su libro *Tolkien and the Silmarillion* [*Tolkien y el Silmarillion*] (1976), p. 57, pero leyó mal la primera palabra en la caligrafía de Tolkien. Para un estudio sobre los orígenes filológicos del mito de Earendel en Tolkien, véase «Over Middle-earth Sent unto Men» [«Sobre la Tierra Media enviado a los Hombres»] de Carl F. Hostetter, en *Mythlore*, primavera de 1991 (17, n.º 3; n.º 65 entero): 5-10. <<

[6] «El Orgog» está descrito en *Artista* (p. 77), donde también se reproduce una ilustración que Tolkien realizó para este cuento. Sobre la fecha de *El señor Bliss*, véase «Origin of a Tolkien Tale» [«Los orígenes de un cuento de Tolkien»] de Joan Tolkien, *Sunday Times*, 10 de octubre de 1982 (p. 25). <<

[7] «Glip» se encuentra en el capítulo 5, nota 7; «Viaje a Bimble Town» en el capítulo 10, nota 8; y «La visita del dragón» en el capítulo 14, nota 2. Una versión muy revisada de otro de estos poemas «The Bumpus» (también llamado «William and the Bumpus»), aparece en *Las aventuras de Tom Bombadil* (1962) como «Perry-the-winkle» [«Perry Guiños»]. Los otros dos poemas, «A Song of Bimble Bay» [«Una canción de Bimble Bay»] y «Poor Old Grabbler» (una versión posterior se titula «Ol Grabbler»), están inéditos. <<

[8] *Egidio, el granjero de Ham* fue ampliado en 1938 y publicado en 1949. La primera y más corta versión fue publicada por Christina Scull y Wayne G. Hammond en la edición del cincuentenario en 1999. <<

[9] El mejor estudio sobre Tolkien y sus raíces medievales se puede encontrar en *El camino a la Tierra Media* de T. A. Shippey (1982, edición revisada en 1992). <<

[10] Este resumen incluye el pasaje, descrito por Humphrey Carpenter como sigue: «Estas notas sugieren que Bilbo Bolsón entraba en la cueva del dragón y lo apuñalaba. “Bilbo hunde su pequeño cuchillo mágico —escribió [Tolkien]—. Estertores del dragón. Se desmoronan las paredes y entrada en el túnel”» (*Biografía*, pp. 199-200). Este pasaje fue tachado por Tolkien, parece ser que inmediatamente después de escribirlo, y el borrador continúa con la historia tal como la conocemos en el libro publicado. <<

[11] Para las teorías sobre la palabra *hobbit*, véase «On the Origin of the Name “Hobbit”» [«Sobre el origen del nombre “hobbit”»] de Donald O’Brien, en *Mythlore*, invierno de 1989 (16, n.º 2; n.º 60 entero): 32-38. Aunque la historia «The Hobyahs» apareció en la antología mencionada, su fuente inmediata es un cuento escocés, reproducido por S. V. Proudfit en el *Journal of American Folk-Lore*, volumen 4 (1891), que recuerda haber escuchado la historia durante su infancia, en labios de una familia que procedía de cerca de Perth. <<

[12] Denham, un comerciante de Piercebridge (cerca de Darlington, al norte de Inglaterra), recopiló sus escritos sobre folklore entre 1846 y 1859, publicando algunas partes en panfletos y periódicos. La lista que contiene la palabra *hobbit* apareció por primera vez en una carta dirigida a la londinense *Literary Gazette* el 23 de diciembre de 1848, pero *hobbit* no está en esa primera versión y debió ser añadida por el Dr. James Harry, un corresponsal de Denham, que tenía copia de varios escritos, anotados por Denham y por él mismo. *Hobbit* aparece impreso por primera vez en el volumen de 1895. <<

[13] La afirmación de Tolkien que empieza por «Después…» se cita de una entrevista radiofónica con Ruth Hasrshaw en 1957 para el programa *Camival of Books*. La última procede de una entrevista con Irene Slade en 1964 en la BBC para el programad *World of Sound*. <<

[14] A la izquierda de la página y evidentemente en una época tardía de su vida, Tolkien escribió a lápiz: «Única página conservada del primer borrador de *El Hobbit* que no iba más allá del primer capítulo». Tolkien estaba equivocado, porque esta hoja (dos páginas porque está escrito por las dos caras) es sólo la única porción que se encontraba entre los papeles del propio Tolkien tras su venta en 1957 a la Marquette University en Milwaukee, Wisconsin, de los manuscritos de algunas de sus obras, entre ellas *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*. Las dos hojas adicionales (cuatro páginas más) de este borrador que se conservan en los Marquette Archives se han unido recientemente a esta hoja, totalizando seis páginas del borrador conservadas en Marquette.

El texto en estas páginas (omitiendo tachaduras) es el siguiente:

> —¿Por qué?
>
> —Porque es demasiado pequeño. Cinco pies de altura y tres pasan con holgura, dicen las runas. Pero Pryftan [el primer nombre de Smaug] no pudo arrastrarse por un agujero de ese tamaño, ni siquiera cuando era un dragón joven, y menos después de haber devorado a tantas doncellas del valle.
>
> —Pues a mí me parece una agujero bastante grande —chilló Bilbo. Le encantaban los mapas y en el vestíbulo colgaba uno enorme del País Redondo (donde él vivía) con todos sus caminos favoritos marcados en tinta roja. Se sentía otra vez interesado y volvió a mantener la boca cerrada—. ¿Cómo una puerta tan grande (recuerda que era un hobbit) pudo haber sido un secreto?
>
> —De muchos modos —dijo Bl[adorthin, el primer nombre del mago]—, pero por cual de ellos no lo sabremos sin haberla visto.

En su introducción a *El Hobbit* en la edición del cincuentenario, Christopher Tolkien reproduce y transcribe ambas caras de esta hoja del manuscrito de su padre. <<

[15] La entrevista con Michael Tolkien fue realizada por Radio Blackburn, probablemente alrededor de 1975. Una trascripción de la misma fue publicada en *Minas Tirith Evening-Star* (18, n.º 1) y *Ravenhill* (7, n.º 4), ambas datadas en la primavera de 1989. En ella y en su conferencia de 1977 ante la Sociedad Tolkien, Michael Tolkien habló de algunos de los personajes en esas composiciones infantiles, incluidos varios enanos con nombres similares a los de *El Hobbit*; el terrible Ollum, parecido a un sapo, está claramente inspirado en Gollum; y el mago Scandalf el Beanpiper, en Gandalf. Sin embargo, en los primeros manuscritos de *El Hobbit*, el mago se llama *Bladorthin* y el jefe de los enanos *Gandalf*, de manera que los escritos de Michael Tolkien deben basarse en etapas más avanzadas de la redacción de *El Hobbit*. En la misma entrevista, Michael Tolkien sugiere que estos escritos datan de cuando tenía diez u once años. Como cumplió diez años en octubre de 1930, la idea de que los textos son de 1930 más que de 1929 parece mucho más plausible. <<

[16] El recuerdo de Elaine Griffiths procede de «The Road Goes Ever On» un programa de Radio Oxford en 1974 sobre la vida de Tolkien. <<

[17] Aparentemente eran versiones del Mapa de Thror (posiblemente una variante de *Artista*, n.º 85; véase también la página 51 de este libro) y el mapa de las Tierras Ásperas (*Artista*, n.º 84), y mapas de las tierras entre las Montañas Nubladas y el Bosque Negro, de las tierras al este del Bosque Negro hasta el este del Río Rápido, y de Lago Largo (combinado con una vista de la Montaña Solitaria) (*Artista*, n.º 128). <<

[18] Las cinco ilustraciones en color son *La Colina: Hobbiton al otro lado de El Agua, Rivendel, Bilbo se despertó con el Sol temprano en sus ojos, Bilbo llega a las cabañas de los Elfos de la almadía y Conversación con Smaug*. Las ocho en blanco y negro son *Los Trolls, El Sendero de la Montaña, Las Montañas Nubladas hacia el oeste, Estancia de Beorn, Puerta de las estancias del Rey de los Elfos, Ciudad del Lago, Puerta principal y La Estancia de Bolsón Cerrado*. <<

[19] El director editorial era Ferris Greenslet (1875-1959), una figura principal de Houghton Mifflin durante treinta y cinco años, hasta su jubilación en 1942. La bibliotecaria era Alice M. Jordán (1870-1960), que también reseñó otro libro de Tolkien, *Egidio, el granjero de Ham*, en el número de julio de 1950 de la *Hom Book*, señalando que «a aquellos que disfrutaron con *El Hobbit* abrirán este libro del mismo autor con emoción anticipada… Para disfrutar de este libro uno debe tener una imaginación viva, un oído para las maravillas, un sentido de lo absurdo y placer en palabras extrañamente construidas». Paul Brooks (1909-1998) fue editor en jefe y director de Houghton Mifflin en la década de 1950 cuando la editorial publicó *El Señor de los Anillos*. <<

[20] Hay que decir que en 1938, cuando Tolkien escribió esas líneas. Disney acababa de estrenar *Blancanieves y los siete enanitos* (1937) v que otras obras emblemáticas, como *Fantasía* (1940), estaban todavía en el futuro. Sin embargo, la opinión de Tolkien seguía siendo casi la misma treinta años después. En una carta a Jane Louise Curry del 15 de julio de 1964, escribía sobre Walt Disney: «Reconozco su talento, pero siempre me ha parecido irremediablemente corrompido. Aunque en muchas de las "películas" procedentes de sus estudios tienen pasajes admirables o encantadores, el efecto de conjunto me disgusta. Algunas me han dado nauseas». <<

[21] La carta de Richard Hughes está fechada el 5 de octubre de 1937 y entre otras cosas dice:

> Estoy de acuerdo con usted que ésta es una de las mejores historias para niños que he leído en mucho tiempo. El autor tiene un don para contar historias; y al mismo tiempo se encuentra tan saturada de su trasfondo mitológico que es capaz de evocarlo, sin esfuerzo, con una viveza y habilidad sorprendentes.
>
> El único inconveniente que puedo ver es que muchos padres (y más aún Autoridades) puedan temer que ciertas partes puedan ser demasiado terroríficas para leer antes de dormir.
>
> Francamente no estoy de acuerdo con ello; los niños parecen tener una capacidad natural para el miedo y no se puede hace mucho: quiero decir que si no les das un dragón para que se asusten, se asustarán con una vieja cómoda.

Richard Hughes (1900-1976) es sobre todo conocido por su novela *Huracán en Jamaica* (1929), pero también escribió muchos libros infantiles. <<

[22] Además, Houghton Mifflin, sin excepción, recortó, volvió a titular o alteró de otras formas los dibujos en color de Tolkien. <<

[23] El texto sobre el autor en la sobrecubierta de la primera impresión de *El Hobbit* dice lo siguiente:

> J. R. R. Tolkien ocupa la cátedra Rawlinson y Bosworth de anglosajón en Oxford y es profesor del Pembroke College. Tiene cuatro hijos y *El Hobbit* fue escrito para ellos, y leído en voz alta cuando eran pequeños, lo que, desde luego, es la forma en la que prácticamente todos los cuentos infantiles inmortales han llegado a existir. Pero la fama de la historia llegó más allá de la familia y el manuscrito de *El Hobbit* fue prestado a un amigo de Oxford y leído a sus hijos. Aunque son diferentes en carácter, el nacimiento de *El Hobbit* recuerda al de *Alicia en el País de las Maravillas*. He aquí una vez más un profesor de una asignatura abstracta dedicado al juego; mientras *Alicia en el País de las Maravillas* está lleno de alocados acertijos, *El Hobbit* contiene ecos constante de magia y mitología que surgen de un conocimiento amplio y exacto. Dodgeson [*sic*] no pensó al principio en publicar su cuento sobre el País de las Maravillas y el profesor Tolkien —pero no sus editores— todavía tiene que ser convencido de que alguien quiera leer su deliciosa historia del viaje de un hobbit.

En una carta del 31 de agosto de 1937 a Charles Furth de Allen & Unwin (véase *Cartas*, n.º 15), Tolkien envió numerosos comentarios y correcciones sobre las inconsistencias del texto. Para la segunda impresión el texto fue cambiado como sigue:

> J. R. R. Tolkien ocupa la cátedra Rawlinson y Bosworth de anglosajón en Oxford y es profesor del Pembroke College. Tiene cuatro hijos y *El Hobbit* fue escrito para ellos, y leído en voz alta para ellos. Esto se convirtió en una diversión familiar, especialmente durante las navidades. Pero pronto el manuscrito empezó a visitar a amigos jóvenes y adultos (pues hay muchos amantes de los verdaderos cuentos de hadas); y la fama del hobbit fue más allá de la familia. Aunque son diferentes en carácter, el nacimiento de *El Hobbit* recuerda al de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*. He aquí una vez más un estudioso dedicado al juego. Hay un poco de filología en *El Hobbit* de la misma manera que hay matemáticas en Alicia; pero este juego no es una huida del estudio: una habitación más atractiva como saben la mayor parte de los niños que han tenido la ocasión de invadirla.
>
> *El Hobbit* tiene acertijos, runas y enanos islandeses; y, aunque es un mundo de magia y mitología por sí mismo, una nueva tierra de leyenda, tiene la atmósfera del antiguo Norte. Dodgson no pensó al principio en publicar su cuento sobre el País de las Maravillas y fue muy difícil convencer al profesor Tolkien de que alguien quiera leer su delicioso libro. Los siguientes extractos seleccionados de una serie de reseñas positivas, demuestra que los principales críticos están de acuerdo con el editor en que *El Hobbit* es la obra de un genio.
> <<

[24] Para un análisis de más reseñas, véase «Some Notes on the Reception of *The Hobbit*» [«Algunas notas sobre la recepción de *El Hobbit*»] de Åke Bertenstam, en *Angerthas in English 2* (1992): 17-25. <<

[25] Las dos variantes utilizan el mapa de las Tierras Ásperas al principio del libro y el mapa de Thror al final, pero en la versión del «hobbit haciendo la reverencia», la lista de ilustraciones en la página 9 describe el *Mapa de Thror* como «guarda 1» y el *Mapa de las Tierras Ásperas* como «guarda 2». En la versión del «flautista», la lista es justo al revés.

En todas los ejemplares consultados de la versión del «hobbit haciendo la reverencia» el subtítulo no está presente (y el frontispicio está colocado en un recuadro), y la hoja de las páginas 309-310 ha sido arrancada, dejando un filete para pegar la hoja que la reemplaza. En la variante del «flautista» el subtítulo está presente (y el frontispicio no está en un recuadro), y las páginas 309-310 están integradas.

En la versión del «hobbit haciendo la reverencia», el título (en la página 118) del capítulo 7, «Extraños aposentos», aparece erróneamente como «Capítulo 6». Se han observado ejemplares de la variante del «flautista» en dos estados: con «Capítulo 6» o con el correcto «Capítulo 7» <<

[26] En *The Tolkien Family Album*, John y Priscilla Tolkien recuerdan: «En 1938 [Tolkien] recibió un premio literario por el Mejor Cuento Infantil del Año. Recordamos vivamente como abrió la carta durante el desayuno y pasó a Edith el cheque de cincuenta libras que contenía —una suma formidable en aquellos días—, para que pagase una enorme factura del médico» (p. 69). <<

[1] El texto original (1937) no incluía preámbulo alguno, ni tampoco fue necesario hasta que se hicieron los cambios (particularmente en el capítulo 5) que dieron lugar a la segunda edición (1951). En esa oportunidad se agregó el siguiente texto:

> En esta reimpresión se corrigieran varias inexactitudes de poca importancia, la mayoría de las cuales Rieron advertidas por los lectores.
>
> Por ejemplo, el texto de las páginas 30 y 64 corresponden ahora exactamente con las runas del Mapa de Thror. De mayor importancia es la cuestión del capítulo 5. Allí la verdadera historia del final del torneo de los acertijos, tal como fue finalmente revelada por Bilbo (bajo presión) a Gandalf, se cuenta de acuerdo con lo que se lee en el Libro Rojo, en lugar de la versión que primero contó Bilbo a sus amigos, y que registró en su diario. Que el más honesto de los hobbits se apartara de la verdad era un dato de gran significación. No concierne, sin embargo, a la presente historia, y los que en esta edición tienen el primer contacto con el folklore de los hobbits, no tienen por qué preocuparse. La explicación se da en la historia del Anillo, tal como queda registrada en las crónicas del Libro Rojo de la Frontera del Oeste, y es preciso esperar a que se publique.
>
> Es posible añadir una nota sobre un punto planteado por varios estudiosos de las crónicas de esa época. En el Mapa de Thror aparece escrito *Aquí antaño fue Thrain Rey bajo la Montaña*; sin embargo, Thrain era hijo de Thror, el último Rey bajo la Montaña antes de la llegada del dragón. El Mapa, sin embargo, no está equivocado. Los nombres a menudo se repiten en una misma dinastía, y las genealogías muestran que se refería a un antepasado distante de Thror, Thrain I, un fugitivo de Moria, que descubrió la Montaña Solitaria, Erebor, y gobernó allí por algún tiempo, antes de que su pueblo se trasladara a las montañas más remotas del Norte.

La edición de Puffin Books de 1961 incluye sólo el segundo párrafo con la primera frase alterada: «Varios estudiosos de las crónicas de la época han sugerido que hay un error en el Mapa de Thror de las pp. 6-7. En el Mapa aparece escrito…».

1966-Ball incluye el preámbulo de 1951 con la alteración de la oración final del primer párrafo: «quedó registrado en las crónicas del *Libro Rojo de la Frontera del Oeste* y se cuenta ahora en *El Señor de los Anillos*»; y con la alteración del número de las páginas indicado en la segunda oración.

1966-Longmans/Unwin contiene un preámbulo enteramente diferente, que es el que se imprime al principio de este libro. <<

[1] El párrafo de apertura llegó a ser tan ampliamente conocido que en 1980 se incluyó en la decimoquinta edición de Bartlett's Familiar Quotations. La primera frase se reconoce en muchas lenguas, entre ellas: [*In a hole in the ground there lived a hobbit* (inglés original);] *Dans un trou vivait un hobbit* (francés); *In einer Höhle in der Erde, da lebte ein Hobbit* (alemán); *Volt egyszer egy földbe vájt lyuk, abban élt egy babó* (húngaro); *In una caverna sotto terra viveva uno Hobbit* (italiano); *I en håla under jorden bodde en hobbit* (sueco). Hasta el momento, *El Hobbit* ha sido traducido a cuarenta y una lenguas. La lista completa se encuentra en la sección III de la bibliografía al final de este libro. <<

[2] El cómodo agujero hobbit de Bilbo recuerda inevitablemente al agradable hogar subterráneo de *Badger* [«el señor Tejón» en la traducción castellana] y *Mole* [«el señor Topo»] en *El viento en los sauces* (1908) de Kenneth Grahame. El nombre [original] de la casa de Bilbo, Bag End [«Bolsón Cerrado»], se parece al [nombre original] de la casa de *Mole*, *Mole End* [traducido al castellano como «Rincón del Topo»] aunque dicha fórmula es muy común en inglés para nombrar casas.

Grahame (1859-1932) trabajó durante muchos años en el Banco de Inglaterra y, aunque el trabajo no le resultaba desagradable, encontró el éxito a través de sus escritos, empezando por *The Golden Age* [*La edad dorada*] (1895) y *Dream Days* [*Días de sueño*] (1898), colecciones de historias y obritas de teatro que capturaban delicadamente la experiencia de la niñez. *El viento en los sauces* empezó como una serie de relatos para ir a dormir, destinados al hijo pequeño de Grahame y continuaron en numerosas cartas escritas al niño cuando Grahame estaba fuera. Esas cartas fueron publicadas póstumamente *en First Whisper of «The Wind in the Willows»* [*Primer esbozo de «El viento en los sauces»*] (1944), editado por la viuda de Grahame, Elspeth. Cuando Tolkien supo de la publicación de dicho volumen, informó a su hijo Christopher en una carta del 31 de julio y el 1 de agosto de 1944: «Debo hacerme con un ejemplar…» (*Cartas*, n.º 77). <<

[3] En *El camino a la Tierra Media*, Tom Shippey señala que *baggins* [«Bolsón»] probablemente proceda de *bagging*, un término que según el *Oxford English Dictionary (OED)* «se usa en los condados del norte de Inglaterra para designar el alimento que se toma entre comidas; en la actualidad, especialmente en Lancashire, una merienda, un "té de tarde" en su forma más concreta». En consecuencia es un nombre muy apropiado para encontrarlo entre los hobbits, de los que se nos cuenta que tienen dos almuerzos al día, y en Bilbo, del que se explica más adelante, en el capítulo 1, que toma un segundo desayuno. En el Prólogo a *El Señor de los Anillos*, Tolkien señala que a los hobbits les gustaba comer «seis veces al día (cuando podían)».

Shippey constata que «el *OED* prefiere la forma "más correcta" *bagging*, pero Tolkien sabía que la gente que utilizaba palabras como ésa casi con total seguridad omitían la "g" final» (p. 95). La palabra aparece también como *baggin*, según la transcripción fonética del *A New Glossary of the Dialect of the Huddersfield District* [*Un nuevo glosario del dialecto del distrito de Huddersfield*] de Walter E. Haigh (1928), para el que Tolkien escribió un elogioso prólogo. Haigh define *baggin* como «una comida, en la actualidad "té", pero con anterioridad cualquier comida; un *bagging*. Probablemente llamada así porque por lo general los obreros llevaban la comida al trabajo en un bolso [*bag*] de algún tipo».

Huddersfield era probablemente la parte más aislada del sur de Yorkshire a finales del siglo XVIII, y en su dialecto sobreviven palabras que desaparecieron en cualquier otro sitio. El prólogo de Tolkien muestra cómo el trabajo de Haigh arroja luz sobre algunas palabras y frases oscuras en *Sir Gawain y el Caballero Verde*.

Tolkien conoció a Haigh en 1923, cuando se incorporó a la Yorkshire Dialect Society. Walter Edward Haigh (1856-1930) era natural del distrito de Huddersfield y, en el momento de la publicación de su glosario, profesor emérito de inglés en el Huddersfield Technical College. <<

[4] *1937*: «Son (o fueron) gente pequeña, más pequeña que los enanos (y no tienen barba), pero mucho más grandes que los liliputienses». > *1966-Ball*: «Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados. Los hobbits no tienen barba». (*1966-A&U* y *1967-HM* siguen a *1966-Ball*.)

Probablemente Tolkien eliminó la referencia a los liliputienses por lo inusual de referirse directamente a otra obra literaria. En *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift, los habitantes de Liliput miden unos quince centímetros. La asociación de los liliputienses con los cuentos de hadas se encuentra en la versión infantil de la historia (reescrita y abreviada por May Kendall) que apareció en el *Libro azul de los cuentos de hadas* de Andrew Lang (1891) bajo el título de «Un viaje a Liliput». En su artículo «Sobre los cuentos de hadas», Tolkien argumenta contra su clasificación como «cuento de hadas» tanto en su forma original como en la abreviada. <<

[5] Tolkien no utiliza la palabra «elefante» en *El Señor de los Anillos*, sino que prefiere la forma obsoleta «olifante». En el capítulo 3 del libro IV de *El Señor de los Anillos*, Sam recita un corto poema sobre un olifante. El poema también está incluido en *Las aventuras de Tom Bombadil*, y se puede escuchar al propio Tolkien recitarlo en el disco de 1975 *J. R. R. Tolkien Reads and Sings His «The Lord of the Rings»* [*J. R. R. Tolkien lee y canta «El Señor de los Anillos»*] (Caedmon TC 1478), basado en una grabación magnetofónica realizada en agosto de 1952.

Tolkien publicó un poema más largo titulado «*Iumbo, or Ye Rinde of Ye Oliphaunt*» [«*Iumbo, o el carácter del olifante*»] el primero de una serie de dos poemas titulada «Adventures in Unnatural History and Medieval Metres, Being the Freaks of Fisiologus» [«Casos de historia antinatural y métrica medieval, los hechos insólitos de El Fisiólogo»], publicados por el Exeter College en el *Stapledon Magazine* de junio de 1927 (7, n.º 40). Esos poemas están escritos al estilo de los viejos bestiarios que tienen su origen en el griego *Physiologus* [El Fisiólogo] del siglo II. <<

[6] En marzo de 1938, Tolkien recibió un telegrama de su editor norteamericano, que le pedía algunos dibujos de hobbits en diversas posturas para utilizarlos en publicidad. Tolkien le contestó que no se creía lo suficientemente hábil para hacerlo. Su carta a Hougthon Mifflin no ha sobrevivido, pero un extracto mecanografiado fue encontrado en los archivos del editor y publicado en *Cartas*. Tolkien escribió:

> Imagino una figura bastante humana, no una especie de conejo [*rabbit*] «hada» como parecen concebirlos algunos críticos británicos: de vientre abultado y piernas cortas. Una cara redonda y jovial; orejas sólo ligeramente puntiagudas y «feéricas»; el pelo corto y rizado (de color castaño). Los pies, desde los tobillos hacia abajo, cubiertos de pelos castaños. La ropa: pantalones de terciopelo verde; chalecos rojos o amarillos; chaqueta verde o castaña; botones de oro (o bronce); una capucha y capa de color verde oscuro (propia de un enano). El tamaño —sólo es importante si en la figura aparecen otros objetos— es de unos tres o tres pies seis pulgadas aproximadamente. (*Cartas*, n.º 27.)

Es evidente que Houghton Mifflin utilizó estos detalles en el anuncio de *El Hobbit* (véase la ilustración en esta página) aparecido en el número de Navidad de *Horn Book Magazine*.

The
Hobbit
by J. R. R. TOLKIEN
"This book will be worn ragged by boys and girls alike. It has immense charm, genuine wit, and dwarfs which put Snow White's boy friends completely in the shade."—Sophia L. Goldsmith in the New York Post.
"One of the most freshly original and delightfully imaginative books for children that has appeared in many a long day . . . a glorious account of a magnificent adventure, filled with suspense and seasoned with a quiet humor that is irresistible. . . . The tale is packed with valuable hints for the dragon killer and adventurer in Faerie."—Anne T. Eaton in the New York Times.
$2.50

En *Artista*, Wayne G. Hammond y Christina Scull señalan que Tolkien dibujó en el telegrama «un boceto a lápiz, absolutamente inadecuado, de un hobbit… con la cara en blanco y con orejas algo más que "ligeramente" puntiagudas» (p. 99). En las mejores reproducciones de las ilustraciones de Tolkien *Bilbo se despertó con el sol temprano en sus ojos* y *La Estancia de Bolsón Cerrado*, como las que se encuentran en *Artista* (n.º 113 y n.º 139), si se miran muy de cerca, se verá que las orejas de Bilbo son puntiagudas. <<

[7] De acuerdo con el *Dictionary of Obsolete and Provincial English* [*Diccionario de Inglés obsoleto y provincial*] de Thomas Wright (1857) un *bilbo* es «una espada española, llamada así por Bilbao, que es donde se fabrican. Un espadachín a veces recibe el nombre de *bilboman*». De todas formas, no hay ninguna evidencia de que Tolkien derivara el nombre de esa espada. <<

[8] En su biografía de Tolkien, Humphrey Carpenter observó ciertas similitudes entre Bilbo Bolsón y su creador:

> En la historia, Bilbo Bolsón, descendiente de los respetables y sólidos Bolsones, hijo de la vivaz Belladonna Tuk, ella misma una de las tres notables hijas del Viejo Tuk, es de edad madura y sedentario, viste con ropa seria, pero le gustan los colores vivos, y la comida sencilla…

John Ronald Reuel Tolkien, hijo de la emprendedora Mabel Suffield, una de las tres notables hijas del viejo John Suffield (que casi llegó al siglo), descendiente también de los serios y respetables Tolkien, era de edad mediana e inclinado al pesimismo, vestía ropas comunes, pero le gustaban los chalecos de color, cuando podía permitírselos, y tenía predilección por la comida sencilla. (*Biografía*, pp. 195-196)

Probablemente Tolkien eligió el nombre *Belladonna* por su significado en italiano, «bella señora» (del latín *bella*, femenino de *bellus*, belleza, y *domina*, señora). El nombre de planta «belladona» tiene el mismo origen porque las matronas romanas utilizaban un cosmético elaborado con el jugo de esta planta venenosa. En *El Señor de los Anillos*, Tolkien utiliza continuamente el nombre de plantas y flores para nombrar a hobbits femeninas. Belladonna Tuk es el único personaje femenino que se menciona en *El Hobbit*.

Del árbol genealógico hobbit en el Apéndice C de *El Señor de los Anillos* sabemos que las dos hermanas de Belladonna se llamaban Donnamira y Mirabella. Frodo Bolsón, el protagonista de *El Señor de los Anillos*, era nieto de Mirabella. Frodo también estaba emparentado con Bilbo por el lado Bolsón, ya que el abuelo de Bilbo y el bisabuelo de Frodo eran hermanos. <<

[9] *1937*: «Siempre se dijo que mucho tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había relacionado matrimonialmente con una familia de hadas (los menos amables decían que se trataba de una familia de trasgos); por cierto, algo había…». > *1966-Ball*: «Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado con un hada. Eso era, desde luego, absurdo, pero por cierto…». <<

[10] En *El Señor de los Anillos* se explica que Bilbo Bolsón nació el 22 de septiembre del año 2890 de la Tercera Edad. Esta historia comienza en abril de 2941 de la Tercera Edad, cuando Bilbo tenía cincuenta y un años. <<

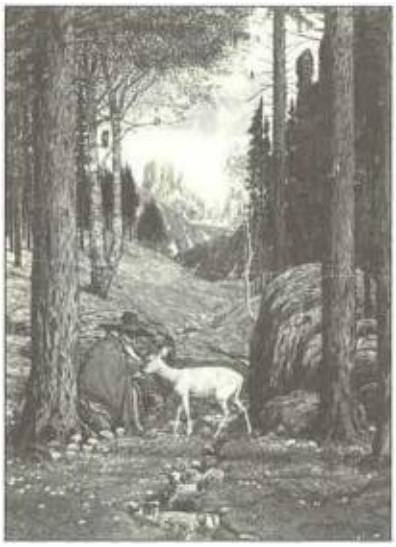
[11] Tolkien dejó inconcluso un esbozo de Gandalf aproximándose a Bilbo, que fuma delante de su casa. Lleva por título «Una mañana temprano en la quietud del mundo» y se puede encontrar en *Artista* (n.º 89). Otro esbozo sin finalizar titulado «Gandalf» muestra a Gandalf a la derecha de la puerta de entrada a la casa de Bilbo (véase *Artista*, n.º 91) y las marcas que Gandalf hace en la puerta —las runas B y D seguidas de un diamante— se pueden ver cerca del arbusto a la derecha. <<

[12] Gerontius, el Viejo Tuk, murió en el año 2920 de la Tercera Edad, a los ciento treinta años, unos veintiún años antes del principio de esta historia. <<

[13] *1937*: «… un viejo hombrecillo con un alto sombrero puntiagudo de color azul…». > *1966-Ball*: «… un anciano con un bastón. Tenía un sombrero azul, alto y puntiagudo…».

La idea de que Gandalf era «pequeño» está presente en los primeros esbozos de *El Señor de los Anillos* antes de ser abandonada. Esos primeros escritos, datados poco después de la publicación de *El Hobbit*, se pueden leer en *El Retorno de la Sombra* (1988). <<

[14] En *Biografía*, Humphrey Carpenter cuenta que Tolkien, durante sus vacaciones en Suiza en el verano de 1911, compró varias postales, una de las cuales era una reproducción de una pintura de un anciano con una capa roja y una larga barba blanca, sentado bajo un árbol y acariciando un cervatillo. La obra se titula *Der Berggeist* de J. Madelener [*sic*] (véase la ilustración en página 40). Carpenter recoge que Tolkien «guardó con sumo cuidado esta postal y mucho más tarde escribió en el sobre donde la conservaba "Origen de Gandalf"» (p. 64).



Carpenter se equivoca en dos aspectos: el nombre del artista no es Madelener sino Madlener, y la pintura no es de 1911 (o anterior) sino de finales de la década de 1920. Josef Madlener (1881-1967) fue un pintor e ilustrador alemán, nacido cerca de Memmingen. Su obra apareció en varios periódicos y revistas, y en algunos libros infantiles navideños de tema religioso, como *Das Christkind Kommt* (1929) y Das Buch vom Christkind (1938). Los temas navideños de Madlener también se reprodujeron en numerosas series de postales.

Para su artículo «The Origin of Gandalf and Josef Madlener» [«El origen de Gandalf y Josef Madlener»] en *Mythlore*, Invierno de 1983 (9, n.º 4; completo en n.º 34), Manfred Zimmermann entrevistó a la hija del artista, Julie (nacida en 1910), que recordaba claramente la creación de *Der Berggeist* por su padre después de 1925-1926. También señaló que la versión en postal fue «publicada a finales de los años veinte por Ackermann Verlag de Munich, en una carpeta con tres o cuatro pinturas similares con motivos extraídos de la mitología alemana: una bella señora de los bosques, un ciervo que lleva una cruz reluciente entre sus cuernos, "Rübezahl" (un personaje de cuentos de hadas) y quizás otro más» (p. 22).

La monografía *Josef Madlener 1881 bis 1967* de Eduard Raps (1981) y publicada en Memmingen con motivo del centenario del artista, contiene una buena recopilación

de su obra, que pasó por varias épocas. Por las similitudes en el estilo, el cuadro *Der Berggeist* pertenece claramente al período de 1925-1930. <<

[15] En Inglaterra en la década de 1930 había al menos dos repartos de correo diarios, de ahí la concreción «correo matutino». <<

[16] Deirdre Greene, en su artículo «Tolkien's Dictionary Poetics: The Influence of the *OED*'s Defining Style on Tolkien's Fiction» [«Diccionario de la poética de Tolkien: la influencia del *OED* en la definición del estilo de la ficción tolkieniana»], señala que esta conversación entre Bilbo y Gandalf demuestra la preocupación del lexicógrafo por las posibilidades semánticas de palabras y frases. «Muestra a Bilbo utilizando la misma frase para dar la bienvenida y decir adiós» y llama la atención sobre la diferencia entre el significado básico y las connotaciones (*Proceedings of the J. R. R. Tolkien Centenary Conference 1992* [*Actas de la Conferencia por el Centenario de J. R. R. Tolkien*], editado por Patricia Reynolds y Glen H. Goodknight, p. 196). <<

[17] *1937*: «(¿… locas aventuras, desde trepar árboles hasta embarcarse como polizones en naves que navegan hasta el Otro Lado?». > *1966-Longmans/Unwin*: «¿… locas aventuras? Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos… o zarpar en barcos, ¡navegar hacia otras costas!». (*1966-Ball* concuerda con *1966-Longmans/Unwin*, pero equivocadamente tiene un punto en lugar de un signo de interrogación después de «aventuras».)

La idea de hobbits navegando «hacia el Otro Lado» es incompatible con la concepción de *El Señor de los Anillos* de que ningún barco mortal puede atravesar el mar hasta las Tierras Imperecederas en el Oeste. <<

[18] La hora del té en Inglaterra es alrededor de las cuatro de la tarde. Se trata de una merienda ligera, que normalmente consiste en té, pan (con mantequilla y jamón) y tartas o galletas variadas. En la página 359, Bilbo señala en su despedida de los enanos: «El té es a las cuatro; ¡pero cualquiera de vosotros será bienvenido, a cualquier hora!». <<

[19] *1937*: «¡… habéis venido! —Era lo que él iba a decir». > *1966-Ball*: «¡… habéis venido! —Esto era lo que él iba a decir». (La versión de 1961 parece ser una revisión intermedia más que una errata, pues el ejemplar corregido por Tolkien en 1954 parece reflejar dos etapas de cambios.) <<

[20] Un pastelillo de semillas es un pastelillo endulzado con semillas de alcaravea. <<

[21] *1937*: «y a la despensa». > *1966-Ball*: «y después a la despensa». <<

[22] *1937*: «Gandalffor sure this time». > *1966-Ball*: «Gandalffor certain this time». [El cambio no afecta a la traducción.] <<

[23] *1937*: «Otro se les había acercado». > *1966-Ball*: «Otro enano se les había acercado». <<

[24] El enano Gloin es el padre de Gimli, uno de los nueve miembros de la Comunidad del Anillo en *El Señor de los Anillos*. <<

[25] Porter [en el original] es una cerveza de color marrón muy oscuro y más fuerte que la cerveza normal. <<

[26] *1937*: «¡… pollo frío y tomates!». > *1966-Ball*: «¡… pollo frío y encurtidos!».

Esta revisión plantea la cuestión de porqué era importante que la despensa de Bilbo tuviera tomates o encurtidos. Tom Shippey, en *El camino a la Tierra Media*, sugiere que cuando Tolkien escribió la continuación de *El Hobbit* y llegó a concebir la naturaleza de los hobbits y su tierra como esencialmente ingleses, reconoció que los tomates eran de origen y nombre extranjeros. Habían sido traídos de América, como las patatas y el tabaco, que fueron rápidamente adoptados en Inglaterra. Aunque Tolkien utiliza varias veces la palabra «tabaco» en *El Hobbit*, la evita en *El Señor de los Anillos*, donde utiliza «hierba de pipa». Allí también a las patatas se les da el nombre más rústico de taters. Los tomates, pues, estaban fuera de lugar en la Comarca tal como Tolkien llegó a concebirla. <<

[27] *1937*: «el interior de mi despensa». > *1966-Ball*: «el interior de mis despensas». <<

[28] La palabra *confusticate* [«fustigados» en la traducción castellana] aparece en la segunda edición del *Oxford English Dictionary* de 1989, donde se la define como una alteración fantástica de *confound* [«confundido»] o *confuse* [«confuso»]. El uso de la palabra está documentado desde 1891 y, en otro ejemplo, se la define como jerga estudiantil. También se cita el uso que Tolkien hace en *El Hobbit*.

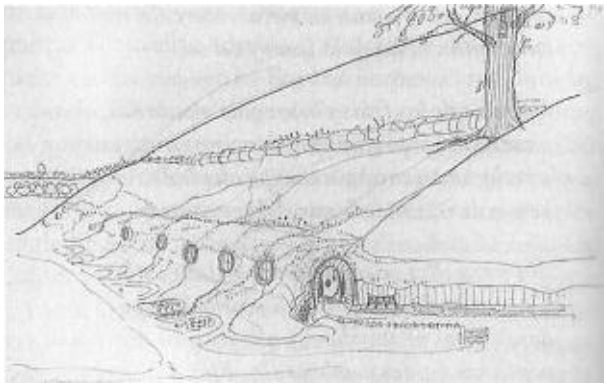
Confusticate se utiliza de forma similar en otros dos pasajes: por Dori en la página 142, y colectivamente por los enanos en la página 209. <<

[29] *1937*: «Luego el anillo de Gandalf tomaba un color verde siguiendo con la broma y bajaba…». > *1966-Ball*: «Luego el anillo de Gandalf tomaba un color verde, y bajaba…». <<

[30] *1937*: «Tenía ya toda una nube alrededor, y ello le daba un aspecto fantasmagórico». > *1966-Longmans/Unwin*: «Tenía ya una nube alrededor, y a la luz indistinta parecía una figura extraña y fantasmagórica». > *1966-Ball* retiene las palabras «toda una nube», pero en el texto es igual a *1966-Longmans/Unwin*. <<

[31] Es posible que Tolkien haya hecho rimar el nombre de los enanos para indicar parentesco (a veces filial). En otro sitio nos enteramos que Fili y Kili son hermanos (en la página 254 Thorin los describe como «Los hijos de la hija de mi padre»), como lo son también Dwalin y Balin (véase página 41). En el Apéndice A de *El Señor de los Anillos* se confirma que Oin y Gloin son hermanos, y se afirma que Dori, Ori y Nori también son de la Casa de Durin y parientes lejanos de Thorin, aunque no se concreta la relación exacta entre ellos. Bifur, Bofur y Bombur, por otra parte, pertenecen a un linaje diferente del de Thorin y no son de la Casa de Durin. En la página 219 se nos dice que Bofur y Bombur son hermanos, y en la página 280 Bifur describe a Bombur y Bofur como sus primos. Véase la nota 20 del capítulo 2 para más información sobre las fuentes de Tolkien para los nombres de los enanos. <<

[32] Tolkien escribió en su guía para traductores «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»] que *Bag End* [«Fondo de Bolsa», literalmente; «Bolsón Cerrado», en la traducción castellana], el nombre de la casa de Bilbo, «tenía que estar asociado (por los hobbits) con el extremo de una *bag* [“bolsa”] o *pudding-bag* [“bolsa de la merienda”] = *cul-de-sac* [literalmente, “fondo de saco”; figurado, “callejón sin salida”]». *Bag End* era el nombre de la granja que la tía de Tolkien tenía en Worcesteshire, en el extremo de un sendero que llevaba a la casa pero que no seguía adelante. Jane Neave (1872-1963), tía de Tolkien, era la hermana menor de su madre. Acompañó a Tolkien durante sus vacaciones en Suiza en el verano de 1911 (véase nota 1 del capítulo 4) y fue a petición suya que en 1961 Tolkien compiló un pequeño libro que tenía como protagonista a Tom Bombadil y fue titulado *Las aventuras de Tom Bombadil y otros poemas de El Libro Rojo* (1962).



El boceto de Tolkien «Sotomonte de Bolsón Cerrado» se reproduce a la derecha y muestra (como se describe en la página 31) que «las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda» con «ventanas redondas» que miraban el jardín de Bilbo y los prados de más allá. En ilustraciones posteriores, Tolkien alejó los árboles de la entrada hacia la cima de la colina. <<

[33] *1937*: «… como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel».

Tolkien era consciente del anacronismo de utilizar una metáfora que implicaba el ruido de un tren en una historia que tenía lugar en un mundo preindustrial. En la revisión de 1966, Tolkien consideró la posibilidad de sustituir la frase por «como el silbido de un cohete que sube hacia el cielo», pero lo rechazó. Este uso no debe verse como un anacronismo, ya que Tolkien como narrador contaba la historia a sus hijos a principios de la década de 1930, y vivía en un mundo en el que el ferrocarril era un elemento importante de la vida diaria. Un uso similar puede encontrarse en el primer capítulo de *El Señor de los Anillos*, al describir uno de los fuegos artificiales de Gandalf: «El dragón se alejó como un tren expreso». <<

[34] *1937*: «Excitable el hombrecillo». > *1951*: «Excitable el compañerito».

La revisión tuvo su origen en una sugerencia de Arthur Ransome (1884-1967), autor de libros infantiles admirado por los hijos de Tolkien. Poco después de su publicación, Allen & Unwin envió un ejemplar de *El Hobbit* a Ransome, en aquel momento convaleciente en un hospital. Ransome, describiéndose como «un humilde admirador de los hobbits (y alguien con la certeza de que su libro se va a reimprimir muchas veces)», escribió a Tolkien el 13 de diciembre de 1937, preguntando si podía ser un error del escriba humano atribuir a Gandalf el uso de la palabra «hombre» cuando describe a Bilbo. Tolkien estuvo de acuerdo en que la palabra era errónea y sugirió el cambio en una carta a Allen & Unwin del 9 de diciembre de 1937, pero la revisión no apareció hasta 1951.

Ransome sugirió otras dos posibles correcciones. Véase la nota 11 del capítulo 6 y la nota 2 del capítulo 18. <<

[35] La referencia a Toro Bramador como tío bisabuelo del Viejo Tuk se encuentra en la primera edición de *El Hobbit*, pero no coincide con la genealogía de los Tuk en el Apéndice C de *El Señor de los Anillos*, en la que Toro Bramador es sólo tío abuelo del Viejo Tuk. En *Los Pueblos de la Tierra Media* aparecen dos versiones anteriores (señaladas como T2 y T3) de la genealogía Tuk, que corresponde al parentesco dado en *El Hobbit*. Evidentemente cuando Tolkien volvió a trabajar el parentesco Tuk para *El Señor de los Anillos*, no tuvo en cuenta lo explicado en *El Hobbit*.

De acuerdo con el Apéndice B («La cuenta de los años») de *El Señor de los Anillos*, Bandobras Tuk derrotó a una partida de orcos en la Cuaderna del Norte en 2747. <<

[36] Tolkien comentaba en su guía para traductores, «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], que cuando lo escribía pensaba «que *bullroarer* [“toro bramador”] era una palabra utilizada por los antropólogos para designar instrumentos que sonaban como bramidos, utilizados por los pueblos sin civilizar; pero no puedo encontrarla en ningún diccionario».

De hecho, la palabra figura en el *Oxford English Dictionary*, bajo *bull* [«toro»], donde se menciona esta acepción en 1881: «Un trozo de madera aplanado de unas pocas pulgadas que se estrecha en los extremos; sujeto por un extremo a una tirilla de cuero con la que se lo hace girar, produce un sonido semejante al zumbido o bramido intermitente que se oye a gran distancia. Se lo… llama en Inglaterra *whizzer* [“bramadera”] o *bull-roarer* [“toro bramador”]».

En el corto artículo «Possible Sources of Tolkien’s Bullroarer» [«Posibles fuentes del Toro Bramador de Tolkien»], publicado en el número de diciembre de 2000 de *Mythprint* (37, n.º 12; todo el n.º 225), Arden R. Smith señala que *bullroarer* aparece varias veces en la edición en doce volúmenes de *La rama dorada* de James G. Frazer (1911-1915), mientras que Andrew Lang, en *Costumbre y mito* (1884), dedica todo un capítulo al *bullroarer*, considerándolo «usual entre los muchachos de campo ingleses» continúa:

> El *bull-roarer* común es un juguete barato que cualquiera puede fabricar. Sin embargo, no se lo recomiendo a las familias por dos razones.
>
> En primer lugar, genera el ruido más horrible y desagradable, que encanta a los más jóvenes, pero detestan los mayores. En segundo lugar, el carácter del juguete es tal que casi con toda seguridad romperá todo lo que es frágil en la casa en la que se utilice, y probablemente sacará los ojos a alguno de sus habitantes… El *bull-roarer*, entre todos los juguetes, tiene la máxima difusión y la historia más extraordinaria. Estudiar el *bull-roarer* es tomar una lección en folklore. El instrumento se puede encontrar entre los pueblos más distantes, salvajes y civilizados, y se utiliza en la celebración de misterios salvajes y civilizados, (pp. 29-31)

Aquí, la referencia a Toro Bramador Tuk como tío architatarabuelo de Bilbo procede de la edición original de *El Hobbit* y como la relación entre Toro Bramador y el Viejo Tuk dilucidada en la nota anterior, no se corresponde con la genealogía Tuk en el Apéndice C de *El Señor de los Anillos*. Allí Toro Bramador es tío tatarabuelo de Bilbo, aunque en versiones anteriores de la genealogía Tuk (T2 y T3) reproducidas en *Los Pueblos de la Tierra Media* el parentesco se corresponde con el de *El Hobbit*. Además, en el Prólogo de *El Señor de los Anillos*, se dice que Toro Bramador es hijo de Isengrim II, mientras que en el árbol genealógico de los Tuk en el Apéndice C, Toro Bramador es nieto de Isengrim II. (Versiones anteriores de la genealogía lo hacen aparecer como hijo de Isengrim I.) <<

[37] *1937*: «… esto lo hizo tu abuelo, Thorin». > *1966-Ball*: «esto lo hizo Thror, tu abuelo, Thorin». <<

[38] Esta oración fue cambiada en las diversas ediciones de *El Hobbit* según dónde (y en qué colores) estuviera impreso el Mapa de Thror. La edición original *1937* dice: «(Mirad el mapa al principio de este libro y allí veréis las runas en rojo.)». La edición de 1937 de Allen & Unwin utiliza el Mapa de Thror como guarda delantera. No deja de resultar irónico que la edición de Houghton Mifflin de 1938 retenga la frase pero utilice el Mapa de Thror como guarda trasera. <<

[39] *1937*: «Cinco pies de alto tiene la entrada y tres pueden pasar por ella». > *1951*: «Cinco pies de alto y tres pasan con holgura».

La revisión tuvo como fin que el texto coincidiera exactamente con las runas en el Mapa de Thror. <<

[40] *1937*: «… haber devorado tantas doncellas del valle». > *1966-Ball*: «… haber devorado tantos enanos y hombres del Valle».

La idea de un dragón devorando doncellas del Valle es una convención de los cuentos de hadas y Tolkien la reemplazó con una referencia más adecuada para su historia. <<

[41] *1937*: «Hace ya mucho, en tiempos de mi abuelo, algunos enanos fueron expulsados del lejano Norte, y vinieron con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. Allí abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías inmensas y grandes talleres…». > *1966-Ball*: «Hace ya mucho, en tiempos de mi abuelo Thror, nuestra familia fue expulsada del lejano Norte y vino con todos sus bienes y herramientas a esta Montaña del mapa. La había descubierto mi lejano antepasado, Thrain el Viejo, pero entonces abrieron minas, excavaron túneles y construyeron galerías y talleres más grandes…».

Esta revisión se hizo para introducir en el texto a Thrain el Viejo y así explicar la nota en el Mapa de Thror «Aquí antaño fue Thrain Rey bajo la Montaña», y diferenciar dos enanos llamados Thrain, el primero era el padre de Thorin (e hijo de Thror), el otro un antepasado que fundó el Reino bajo la Montaña. Esta explicación apareció por vez primera en el preámbulo de la segunda edición de 1951 (véase nota 1 de la página 29); esta revisión hizo innecesario el de 1951. <<

[42] En el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, «La cuenta de los años», se informa de que Thrain I (el Viejo) fundó el reino bajo la Montaña Solitaria en el año 1999 de la Tercera Edad, pero en 2210 el hijo de Thrain I, Thorin I, abandonó Erebor y reunió a su pueblo en las Montañas Grises en el norte lejano.

El descendiente de Thrain I, Thror, restableció el reino bajo la Montaña en 2590. <<

[43] *1937*: «… Rey bajo la Montaña». > *1966-Ball*: «… de nuevo Rey bajo la Montaña». <<

[44] *1937*: «… se llenaron de hermosas joyas, tallas y copas, y los talleres de juguetes de Valle fueron dignos de verse». > *1966-Longmans/Unwin*: «… se llenaron de armaduras, joyas, grabados y copas, y el mercado de juguetes de Valle fue el asombro de todo el Norte». (*1966-Ball* es igual que *1966-Longmans/Unwin*.) <<

[45] Smaug llegó a Erebor en el año 2270 de la Tercera Edad, ciento ochenta años después de que Thror restableciera el reino bajo la Montaña y ciento setenta y un años antes del momento en que transcurre *El Hobbit*. <<

[46] *1937*: «Tu abuelo, quizá lo recuerdes, fue asesinado en las minas de Moria por un trasgo…». > *1966-Longmans/Unwin*: «Quizá recuerdes que tu abuelo Thror fue asesinado en las minas de Moria por Azog el Trasgo». (*1966-Ball* es igual que *1966-Longmans/Unwin* pero acaba con puntos suspensivos como en 1937.)

La historia de la muerte de Thror se explica en la sección III del Apéndice A de *El Señor de los Anillos*. En resumen, Thror fue asesinado en el año 2790 de la Tercera Edad, tras entrar solo en Moria. Le cortaron la cabeza, que apareció, junto con el cuerpo, ante las Puertas de Moria. El nombre de su asesino, Azog, estaba escrito en su cara. Ése fue el inicio de la guerra entre enanos y trasgos que en *El Señor de los Anillos* se llama la guerra entre enanos y orcos.

Las Minas de Moria no están señaladas en el mapa de las «Tierras Ásperas» en *El Hobbit*, pero se podrían encontrar más al sur en las Montañas Nubladas. <<

[47] *1937*: «Maldito sea el trasgo, sí». *1966-Ball*: «Maldito sea su nombre, sí». <<

[48] *1937*: «Y tu padre se marchó el tres de marzo». > *1951*: «Y tu padre se marchó el veintiuno de abril». > *1966-Ball*: «Y Thrain, tu padre, se marchó un veintiuno de abril».

La afirmación de que Thrain «se marchó un veintiuno de abril, se cumplieron cien años el jueves pasado» proporciona una de las pocas fechas fehacientes en *El Hobbit* para la cronología de la historia. Por lo que hace constar Bilbo en su Libreta de Compromisos, Gandalf y los enanos fueron a tomar té un miércoles (véase página 38). Es decir, si el jueves anterior fue 21 de abril, el miércoles debió ser el 27 de abril. (Sin embargo, en «La búsqueda de Erebor», que iba a formar parte de un apéndice de *El Señor de los Anillos* y que explica cómo Gandalf arregló el viaje de Bilbo, la fecha de la llegada de Thorin y sus compañeros a Bolsón Cerrado es el miércoles 26 de abril, con la visita de Gandalf el día anterior especificada como martes 25 de abril. Estas fechas no se pueden conciliar con las dadas en *El Hobbit*. (Véase «La búsqueda de Erebor» en el Apéndice A de este libro.)

Las otras dos fechas exactas dadas en *El Hobbit* aparecen hacia el final. En la página 362, cuando Bilbo llega de nuevo a Rivendel en su viaje de vuelta a casa, estamos en el primero de mayo del año siguiente. Y en la página 367, Bilbo llega a casa en medio de una subasta el 22 de junio. <<

[49] *1937*: «dijo el mago lentamente y con enfado». > *1966-Ball*: «dijo el mago lentamente y con aire lúgubre». <<

[50] El padre de Thorin, Thrain, fue encerrado en las mazmorras del Nigromante en 2845. Gandalf entró en ellas y recibió de Thrain el mapa y la llave en 2850, noventa y un años antes de iniciarse *El Hobbit*. Thrain murió poco después de entregar a Gandalf el mapa y la llave.

En *El Señor de los Anillos* se explica que el Nigromante de *El Hobbit* es el Señor Oscuro, o Sauron, de *El Señor de los Anillos*. <<

[51] *1937*: «Ésa es una tarea más allá de mis poderes…». > *1966-Ball*: «Es un enemigo al que no alcanzan los poderes…». > *1966-Longmans/Unwin*: «Es un enemigo a quien de ningún modo alcanzan los poderes…». <<

[52] *1937*: «… que tú leyeras el mapa…». > *1966-Ball*: «… era que su hijo leyera el mapa…». <<

[1] Desde muy temprana edad, a Tolkien le gustaron los dragones verdes. El 7 de junio de 1955, le escribía a W. H. Auden: «Intenté escribir un cuento por primera vez poco más o menos a los siete años. Era sobre un dragón. No recuerdo nada de él, salvo un hecho filológico. Mi madre no dijo nada del dragón, pero señaló que no era posible decir “un verde dragón grande”, sino “un gran dragón verde”. Me pregunté por qué, y me lo pregunto todavía» (*Cartas*, n.º 163).

El poema de Tolkien «La visita del Dragón» (véase la nota 2 del capítulo 14) trata de un dragón verde y en algunos de sus dibujos los dragones también son verdes (véase *Artista*, n.os 48, 49 y Pinturas, n.º 40, que incluye los dos dragones de *Artista* y otro más de color verde). <<

[2] *1937*: «… y continuando así durante toda una milla o más». > *1966-Ball*: «… y luego durante toda una milla o más». > *1966-Longmans/Unwin*: «… y continuando durante una milla o más». <<

[3] Siguiendo la nota 48 del capítulo 1, «la hermosa mañana poco antes del mes de mayo», en la que comenzó el viaje de Bilbo, sería el jueves 28 de abril. <<

[4] *1937*: «No habían cabalgado todavía…». > *1966-Ball*: «Aún no habían cabalgado». <<

[5] *1937*: «Las cosas siguieron así durante largo tiempo. Hubo un buen trecho de un extenso país respetable habitado por gente simpática, hombres, hobbits, elfos y qué sé yo qué más, con buenos caminos, una taberna o dos y, de vez en cuando, un enano, un hojalatero o un granjero que deambulaban ejerciendo su oficio. Pero al cabo de un tiempo, llegaron a un lugar en el que la gente hablaba de un modo extraño y cantaban canciones que Bilbo no había oído nunca». > *1966-Longmans/Unwin*: «Cruzaron primero las tierras de los hobbits, un extenso país habitado por gente simpática, con buenos caminos, una posada o dos, y aquí y allá un enano o un granjero que trabajaba en paz. Llegaron luego a tierras donde la gente hablaba de un modo extraño y cantaba canciones que Bilbo no había oído nunca». (*1966-Ball* y *1967-HM* son igual a *1966-Longmans/Unwin* pero la primera frase «extenso [wide] país respetable» dice erróneamente «salvaje [*wild*] país respetable».) <<

[6] *1937*: «Las posadas eran raras y malas, los caminos cada vez peores y había colinas a la distancia más y más altas. En algunas de las colinas se alzaban castillos, y mucho de ellos no parecían haber sido construidos con buen propósito. También el tiempo, que con frecuencia había sido tan bueno como puede serlo en mayo, aun en los cuentos y las leyendas, empeoró». > *1966-Longmans/Unwin*: «Se internaron en las Tierras Solitarias, donde no había gente ni posadas y los caminos eran cada vez peores. No mucho más adelante se alzaron más y más colinas melancólicas, oscurecidas por árboles. En algunas había viejos castillos, torvos de aspecto, como si hubiesen sido construidos por gente maldita. Todo parecía lúgubre, pues el tiempo se había estropeado. Hasta entonces el día había sido tan bueno como pudiera serlo en mayo, aun en las historias felices, pero ahora era frío y húmedo. En las Tierras Solitarias se habían visto obligados a acampar en un lugar desapacible, pero, al menos, seco». (*1966-Ball* es igual a *1966-Longmans/Unwin* pero omite el «visto obligados» de la última frase.)

Al introducir el nombre de Tierras Solitarias en la edición de 1966 de *El Hobbit*, Tolkien estaba proporcionando un equivalente lingüístico al nombre sindarin Eriador («tierras salvajes»), que en *El Señor de los Anillos* designa una vasta región entre las Montañas Azules al oeste y las Montañas Nubladas al este. La Comarca, la tierra de los hobbits, está cerca de su centro. <<

[7] *1937*: «Pensar que mañana es primero de junio». *1966-Longmans/Unwin*: «Pensar que pronto llegará junio». <<

[8] *1937*: «… empezó a oscurecer. Se levantó viento, y los sauces se mecían y susurraban a lo largo de las orillas». > *1966-Longmans/Unwin*: «… cuando descendían hacia un valle profundo con un río en el fondo, empezó a oscurecer. Se levantó viento y los sauces a lo largo de sus orillas se mecían y susurraban». (*1966-Ball* es igual a 1937.) <<

[9] *1937*: «No sé de qué río se trataba, era un río precipitado de aguas rojizas, crecido por las lluvias caídas durante los últimos días, que bajaba de las colinas y las montañas que tenían por delante». > *1966-Longmans/Unwin*: «Por fortuna el camino atravesaba un antiguo puente de piedra, pues el río crecido por las lluvias bajaba precipitado de las colinas y las montañas del norte». (*1966-Ball* es igual a 1937.)

Esta revisión se hizo para acercar la geografía de *El Hobbit* a la de *El Señor de los Anillos*, y concretamente para introducir el «antiguo puente de piedra», llamado «el Puente Ultimo» o «Puente de Mitheithel» en *La Comunidad del Anillo*. Era un puente de tres arcos, el más oriental del Camino, que cruzaba el Río Fontegrís, que los elfos llaman Mitheithel («fuente gris» en sindarin). <<

[10] *1937*: «Pronto ya todo estuvo casi a oscuras. Los vientos desgajaron las nubes grises y apareció la luna menguante…». > *1966-Longmans/Unwin*: «Era casi de noche cuando lo cruzaron. El viento desgajó las nubes grises y una luna errante apareció…». (*1966-Ball* es igual a 1937.) <<

[11] *1937*: «… acamparían allí mismo. Hasta ese momento no habían acampado antes durante ese viaje, y aunque sabían que pronto tendrían que hacerlo regularmente cuando estuvieran entre las Montañas Nubladas y lejos de las tierras de la gente respetable, ésa les pareció una mala noche, demasiado húmeda para empezar. Se acercaron a una arboleda…». > *1966-Longmans/Unwin*: «… acamparían allí mismo. Se acercaron a una arboleda…». (*1966-Ball* es igual a 1937.)

Se eliminó la frase central porque, siguiendo la geografía de *El Señor de los Anillos*, hacía mucho tiempo que habían abandonado las tierras de la gente respetable. <<

[12] Aquí los enanos acaban de cruzar el Río Fontegris y ven la luz del fuego de los trolls «un poco apartada», seguramente a una distancia muy corta. Esto muestra una discrepancia importante entre la geografía de *El Hobbit* y la de *El Señor de los Anillos*. En este último, Aragorn y los hobbits tardan unos seis días desde que cruzan el Fontegris hasta que llegan al claro de los trolls. Tolkien era consciente de esta discrepancia y en su frustrada reescritura de los primeros capítulos de *El Hobbit* en i960 intentó solucionarla. Sin embargo, cuando revisó el libro para la tercera edición en 1966, sólo hizo cambios menores, como añadir el puente de piedra (véase nota 9 de este capítulo), y no intentó resolver el problema de la geografía. <<

[13] *1937*: «Los vigilantes nunca llegan tan lejos, y los cartógrafos no han señalado este país todavía». > *1966-Ball*: «Rara vez algún viajero se aventura ahora por estos lados. Los mapas antiguos ya no sirven, las cosas han empeorado mucho. Los caminos no están custodiados».

La referencia a los «vigilantes» se eliminó por ser poco adecuada. <<

[14] La mención al rey no se refiere probablemente a un personaje contemporáneo sino que invoca la idea del rey como fuente teórica de justicia, ley y orden. <<

[15] Tolkien hace hablar a los trolls en un cómico dialecto de clase baja. Esta broma lingüística muestra una percepción del lenguaje semejante a la que él atribuía a Chaucer en un largo ensayo presentado el 16 de mayo de 1931 ante la Philological Society de Oxford. Este ensayo, titulado «Chaucer como filólogo: "El cuento del administrador"», muestra cómo Chaucer utilizó el dialecto norteño del inglés medio como motivo de humor para su audiencia sureña (londinense). Mucho de lo que en él dice de Chaucer podría decirse también de Tolkien:

> Chaucer deliberadamente se apoya en la risa fácil que el «dialecto» provoca en el iletrado y en el que carece de conocimientos filológicos. Pero no da meras ideas populares del dialecto: da el hecho, auténtico, aun cuando tiene el cuidado de proporcionar a la audiencia ciertas características que en ese entonces se consideraban graciosas. Por cierto tuvo aquí la inspiración de utilizar esta broma fácil con el objeto de obtener un realismo dramático… y con ese toque salvó a «El cuento del administrador». Sin embargo, por cierto no había hecho estas cosas, para no hablar ya de haberlas hecho bien, si no hubiera tenido un íntimo interés filológico, y también un conocimiento del «dialecto» hablado y escrito mayor del que era corriente en ese entonces.
>
> Estas elaboradas bromas, tan cabalmente desarrolladas, son típicas de un hombre interesado en el lenguaje y atento a él… Muchos son los que ríen, pero pocos los capaces de analizar y registrar. (*Transactions of the Philological Society 1934*, pp. 3-4.)

En agosto de 1938, Tolkien, vistiendo ropas del siglo XIV, personificó a Chaucer y recitó «El cuento del capellán de monjas» de memoria en las Diversiones de Verano de Oxford, organizadas por John Masefield y Nevill Coghill. Al año siguiente, hizo lo mismo con «El cuento del administrador», y su texto fue impreso en un pequeño folleto para que la audiencia pudiera seguir el recitado. <<

[16]A menudo en los cuentos de hadas, los trolls tienen varias cabezas. La ilustración situada arriba, de Lancelot Speed (1860-1931), muestra a un troll en el cuento «El castillo de Soria Moría», del Libro rojo de los cuentos de hadas (1890), editado por Andrew Lang. *El Libro rojo de los cuentos de hadas* contiene uno de los cuentos infantiles favoritos de Tolkien, el de Sigurd y el dragón Fafnir.

El acercamiento de Bilbo a los tres trolls, que están asando carne en el fuego, recuerda mucho a una escena en el cuento de Grimm «El hábil cazador» en el que el joven cazador entra en el bosque y viendo el resplandor de un fuego en la distancia, se acerca a tres gigantes zafios que están asando un buey. «El hábil cazador» («Der gelernte Jäger») estaba incluido en el segundo volumen de la primera edición de *Die Kinder — und Hausmärchen* (1815). <<

[17] En 1926 Tolkien escribió un largo poema sobre un troll, que debía cantarse con la melodía de la canción folclórica «The Fox Went Out» [«Salieron los zorros»]. La primera versión del poema de Tolkien se tituló «*Pēro & Pōdex*» [«Bota y Trasero»] y la siguiente «The Root of the Boot» [«La raíz de la bota»]. Esta versión (que se ofrece a continuación) se editó en 1936 en circunstancias poco usuales en un librito titulado *Songs for the Philologists* [*Canciones para filólogos*]. (Para una versión corregida, véase *El retorno de la Sombra*.) Una versión posterior y menos sofisticada de este poema aparece en el capítulo 12 del Libro I de *El Señor de los Anillos* y se reeditó con el título de «El troll de piedra» en Las aventuras de Tom Bombadil.

Es posible escuchar al mismo Tolkien cantar otra versión de este poema en el disco de 1975 *J. R. R. Tolkien Reads and Sings His «The Hobbit» and «The Fellowship of the Ring»* [*J. R. R. Tolkien lee y canta «El Hobbit» y «La Comunidad del Anillo»*] (Caedmon TC 1477), que recoge una grabación magnetofónica de agosto de 1952.

LA RAÍZ DE LA BOTA

Un troll estaba solo sentado en sus asentaderas de piedra,
y mordisqueaba y roía un viejo hueso pelado;
mucho, mucho tiempo había estado allí sentado a solas
sin ver hombre ni mortal…
¡Total! ¡Portal!
Mucho, mucho tiempo había estado allí sentado a solas
sin ver hombre ni mortal.

Llegó por allí Tom con sus grandes botas puestas;
«¡Salve! —dice—, ¿qué es eso, si lo tiene a bien?
Se parece a la pierna de mi tío John
que debería estar enterrada en el cementerio.
¡Valiente Sahumerio!
Se parece a la pierna de mi tío John
que debería estar enterrada en el cementerio.»

«Joven —dice el troll—, este hueso lo he robado;
pero ¿qué son los huesos cuando el alma quizá
esté en el cielo en lo alto envuelta en una aureola
grande y brillante como una hoguera?
¡Hoguera! ¡Hoguera!
¿Esté en el cielo en lo alto envuelta en una aureola
grande y brillante como una hoguera?»

Dice Tom: «Si hoguera hay en verdad, no es
arriba sino abajo donde está,
porque el viejo John era un ladrón tan decoroso
como cualquiera que viste de negro en domingo…
¡Gazmoñero pingo!
Porque el viejo John era un ladrón tan decoroso
Como cualquiera que viste de negro en domingo.

Pero no veo aún cómo es que lo tienes tú,
siendo yo mismo su pariente;
vete al infierno pues y déjalo estar
antes de acabar de comértelo.
¡Vaya modo!
Vete al infierno pues y déjalo estar
antes de acabar de comértelo.»

En el sitio justo de la base
Tom le da con la bota… pero ¡ay! esa raza
tiene asentaderas más pétreas que la cara;
lamentó pues ese golpe en el trasero.
¡De estrépito certero!
Tiene asentaderas más pétreas que la cara;
lamentó pues ese golpe en el trasero.

Tom va cojo desde que volvió a casa
y tiene el pie descalzo en lamentable estado;
pero las asentaderas del troll no han
cambiado mucho.
¡Y le deshuesó el hueso al propietario, donante equivocado!
Pero las asentaderas del troll no han cambiado mucho.
¡Y le deshuesó el hueso al propietario! <<

[18] *1937*: «… dijo Guille (os dije que había comido hasta hartarse; también había bebido un montón de cerveza)». > *1966-Ball*: «… dijo Guille. Había comido ya hasta hartarse, y también había bebido mucha cerveza».

Aquí Tolkien quitó una de las llamadas directas al lector. En una entrevista en 1967, Tolkien comentaba: «*El Hobbit* se escribió en lo que ahora llamaría un mal estilo, como si estuviera hablando con niños. No hay nada que le disgustara más a mis hijos. Me enseñaron una lección. Por instinto, no les gustaba nada todo lo que marcase a *El Hobbit* como una obra para niños en vez de para el público general. Ahora que lo pienso a mí tampoco me gustaba. Todo eso de "No te voy a contar más, piensa sobre ello". Oh no, no les gustaba; es horrible. Los niños no son una categoría. Sólo son seres humanos en una etapa de madurez diferente». (Philip Norman, «The Hobbit Man» [«El hombre hobbit»], *Sunday Times Magazine*, Londres, 15 de enero de 1967; publicado en la misma fecha por el *New York Times Magazine* bajo el título de «The Prevalence of Hobbits» [«La primacía de los Hobbits»].) <<

[19] *1937*: «… cuando lo dejaron caer…». > *1966-Ball*: «… cuando Berto lo dejó caer…». <<

[20] Casi todos los nombres de los enanos que aparecen en *El Hobbit* fueron tomados de una lista de nombres de enanos del poema nórdico «Voluspá» («La Profecía de la Vidente»), parte de una colección de antiguos poemas mitológicos nórdicos conocidos como *The Elder* (o Poetic) *Edda*. Las versiones del poema que sobreviven le proporcionaron a Tolkien los siguientes nombres: Durin, Dwalin, Nain, Dain, Bifur, Bofur, Bombur, Nori, Thrain, Thorin, Thror, Fili, Kili, Fundin, Gloin, Dori, Nori y Ori. El sobrenombre de Thorin Escudo-de-Roble es una traducción del nombre enano Eikinskjaldi. El nombre de Gandalf también aparece y puede traducirse por «elfo errante» o «elfo hechicero», es decir, «mago». Bombur puede traducirse como «rechoncho». Los únicos nombres de enanos utilizados por Tolkien y que no proceden del «Voluspá» son Oin y Balin, pero cada uno de ellos riman con nombres como Gloin y Dwalin.

La lista de los nombres de enanos, o «Dvergatal» («La Cuenta de los Enanos»), se considera generalmente una sección intercalada en el manuscrito. En la versión de Henry Adams Bellows, *The Poetic Edda* (1923), la lista es como sigue:

Luego buscaron los dioses sus asientos en la asamblea,
los sagrados, y tuvieron consejo,
para decidir quien debía crear la raza de los enanos
a partir de la sangre de Brimir y de las piernas de Blain.

Allí estaba Motsognir el más poderoso
de todos los enanos, y le seguía Durin;
muchos eran parecidos a los hombres,
los enanos en la tierra, como dijo Durin.

Nyi y Nithi, Northri y Suthri,
Austri y Vestri Althjof, Dvalin,
Nar y Main,vNiping, Dain.
Bifur, Bofur, Bombur, Nori,
An y Ouar, Ai, Mjoothvitnir.

Vigg y Gandalf Vindalf, Thrain,
Thekh y Thorin, Thror, Vit y Lit,
Nyr y Nyarath, —ahora he dicho—
Regin y Rathsvit —la lista bien.
Fili, KilivFundin, Nali,
Heptifili, Hannar, Sviur
Frar, Hornbori Fræg y Loni,
Aurvang, Jari, Eikinskjaldi.

La raza de los enanos en el gentío de Dvalin
hasta Lofar debo decir la lista;
las rocas que dejaron y a través de tierras húmedas
buscaron un hogar en los campos de arena.

Eran Draupnir y Dolgthrasir,
Hor, Haugspori, Hlevang, Gloin,

Dori, Ori, Duf, Andvari,
Skirfir, Virfir, Shafith, Ai.

Alf y Yngvi, Eikinskjaldi,
Fjalary Frosti, Fifth y Ginnar;
así por siempre se conocerá la historia,
la lista de todos los antepasados de Lofar.
(estrofas 9-16; pp. 6-8)

La mayor parte de los nombres mencionados son exclusivos del «Dvergatal», y algunos presumiblemente tienen un significado (por ejemplo, Northri, Suthri, Austri y Vestri traducen las direcciones, norte, sur, este y oeste), pero para la mayoría cualquier interpretación es problemática.

Los nombres provienen de la antigua tradición nórdica, pero algunos elementos de su comportamiento salen directamente de cuentos de hadas como *Blancanieves* (*Schneewittchen*), de la primera edición de *Die Kinder — und Hausmärchen* (1812) de los hermanos Grimm, y *Blancanieves y Rojarosa* (*Schneeweisschen und Rosenrot*), de la tercera edición de 1837. Este último cuento también se recoge en *El libro azul de los cuentos de hadas* (1889) de Lang, y en la historia se incluye un hombre-oso, que recuerda ligeramente a Beorn, y que resulta ser un joven príncipe que sufre la maldición de un enano y está condenado a vivir en los bosques como un oso salvaje.

En la sección I («Los lenguajes y los pueblos de la Tierra Media») del Apéndice F de *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió de los enanos: «Constituyen en su mayoría una raza obstinada, grave, reservada, laboriosa, que no olvida las injurias (ni los actos de bondad), amantes de la piedra, de las gemas, de las cosas que cobran forma en sus manos de artesanos, más que de las cosas con vida propia. Pero no son malos por naturaleza, y pocos son los que sirvieron al Enemigo por libre voluntad, sea lo que fuere lo alegado por los Hombres».

En *El Hobbit* no se acentúa ningún nombre de enano y he seguido esa convención en todo este libro. Sin embargo, en *El Señor de los Anillos*, Tolkien acentuó algunos de los nombres: Fíli, Kíli, Óin, Glóin, Thór, Trháin, Dáin y Náin. Los acentos son ayudas para la pronunciación. Siguiendo el «índice de pronunciación» para el nórdico antiguo en la traducción de Bellow de *The Poetic Edda*, una «í» suena como la «i» en *machine*; la «ó» como en *old* y la «á» como en *father*. <<

[21] El 16 de febrero de 1926, la amiga y colega de Tolkien, Helen Buckhurst (1894-1963), profesora en el Saint Hugh's College de Oxford, de 1926 a 1930, leyó el artículo titulado «Icelandic Folklore» [«Folclore islandés»] ante la Viking Society for Northern Research. El ensayo fue incluido posteriormente en las actas de la organización, *Saga-Book*, volumen 10 (años 1919-1927, publicado en 1928-1929). El ensayo de Burckhurst recoge por completo algunas historias muy interesantes del folclore islandés, incluidos algunos cuentos sobre trolls, a los que describe como sigue:

> Los trolls islandeses, tal como aparecen en las Sagas y en cuentos más recientes, son criaturas grandes y deformadas, que conservan algún parecido con la forma humana, pero siempre terriblemente feos. Viven en las montañas, generalmente en cuevas en la roca o en la lava. Casi siempre son maliciosos y frecuentemente atacan por la noche granjas aisladas pata llevarse ovejas y caballos, niños e incluso personas adultas, para devorarlos en sus cubiles.
>
> (pp. 222-223)

También señala que «algunos tipos de trolls sólo tienen poder en la oscuridad; durante el día deben permanecer escondidos en sus cuevas porque los rayos del sol los convierten en piedra» (p. 229). Buckhurst da un pequeño ejemplo de este tipo de troll:

EL TROLL NOCTURNO

> Ocurría en cierta granja que cualquiera que tuviera que vigilar la casa en Nochebuena, mientras el resto de la familia asistía a la Misa del Gallo, aparecía muerto o loco a la mañana siguiente. La gente estaba preocupada y pocos estaban dispuestos a quedarse en casa la noche de Nochebuena. Un año una muchacha se ofreció voluntaria para vigilar la casa; los otros se alegraron y se fueron a la iglesia. La muchacha se sentó en el banco de la sala común, hablando y arrullando a un niño que tenía sobre sus rodillas. Durante la noche una Cosa se acercó a la ventana y dijo:
>
> *Limpio para mí es esta mano de cosa…*
> *¡Briosa y valiente, canta dilido!*
>
> *Entonces ella cantó:*
> *Nunca ha barrido la mugre del suelo,*
> *¡loco demonio Kari, canta corriro!*
>
> *Entonces la Cosa en la ventana:*
> *Limpio para mí es este ojo de cosa…*
> *¡Briosa y valiente, canta dilido!*
>
> *Entonces ella cantó:*
> *Nunca ha visto la maldad,*
> *¡loco demonio Kari, canta corriro!*
>
> *Entonces la Cosa en la ventana:*
> *Limpio para mí es este pie de cosa…*
> *¡Briosa y valiente, canta dilido!*
>
> *Entonces ella cantó:*

Nada impuro ha pisado,
¡loco demonio Kari, canta corriro!

Entonces la Cosa en la ventana:
El día está naciendo en el cielo oriental…
Briosa y valiente, canta dilido!

Entonces ella cantó:
El día te atrapó, una piedra serás,
ningún hombre más lastimarás,
¡loco demonio Kari, canta corriro!

Entonces el espectro se desvaneció de la ventana; y cuando por la mañana la gente volvió a casa, vieron una gran piedra colocada entre las columnas que sostienen el techo; y ahí está desde entonces. La muchacha les explicó lo que había escuchado, pero no podía decirles qué aspecto tenía el troll porque nunca miró por la ventana, (pp. 229-231)

Buckhurst no lo cita pero la fuente del cuento fue *Islenkzar þjódsögur og Æfintyri* de Jón Árnason, volumen uno (1862). Una selección de la antología en dos volúmenes de Árnason fue traducida por George E. J. Powell y Eiríkur Magnússon y publicada bajo el título de *Iceland Legends* [*Leyendas islandesas*] (1864), pero no incluye ese cuento.

En los cuentos populares noruegos, los trolls tocados por la luz del sol estallan. <<

[22] *1937*: «… apareció desde atrás de los matorrales, y ayudó a Bilbo a descender de un arbusto espinoso». > *1966-Ball*: «… aparecía desde atrás de un árbol y ayudaba a Bilbo a descender de un arbusto espinoso».

Este pasaje pudo haber sido revisado para que coincidiera con la afirmación en la página 81 de que Bilbo estaba «en lo alto de un arbusto». La revisión también concilia el texto con los detalles del dibujo de Tolkien *Los tres trolls son convertidos en piedra*. <<

[23] El truco de Gandalf de mantener a los trolls discutiendo es una reminiscencia del cuento de los hermanos Grimm «El sastrecillo valiente», en el que el protagonista mantiene a dos gigantes peleándose con el truco de lanzarles piedras de manera que cada uno de ellos piensa que lo está haciendo el otro. «El sastrecillo valiente» («*Das tapfere Schneiderlein*») apareció en la primera edición de *Die Kinder — und Hausmärchen* (1812).

Un hecho similar ocurre en «Puss-cat Mew» [«Gatito Miau»] de E. H. Knatchbull-Hugessen. En una carta del 8 de enero de 1971, Tolkien comenta que antes de 1900 le solían leer de una vieja compilación que «contenía una historia que entonces me gustaba mucho y se titulaba "Puss-cat Mew"» (*Cartas*, n.º 319). El libro era sin duda *Stories for My Children* [*Historias para mis hijos*] (1869), compilado por E. H. Knatchbull-Hugessen. En el cuento «Puss-cat Mew», un joven llamado Joe Brown, viaja a través de un bosque grande y oscuro, donde viven ogros, enanos y hadas. Los enanos (con nombres como Juff, Jumper y Gandleperry) son aliados de los gigantescos y siniestros ogros (con nombres como Munchemup, Mumble-chumps y Grindbones) que pretenden capturar a Joe y a otros mortales para comérselos. Las hadas son su enemigos, de manera que un hada, en la forma de un gato encantado llamado Puss-cat Mew, ayuda a Joe.

En una de sus aventuras, cuando intenta rescatar a Puss-cat Mew, Joe se pone un guante en la mano izquierda que lo vuelve invisible:

> No había ido muy lejos antes de oír pisadas, se puso el guante y mirando a su alrededor pudo ver al enano Juff con dos ogros que hablaban animadamente.
>
> —¿Por qué no se la comió? —preguntó el enano.
>
> —¡Mi pequeño amiguito! —gruñó uno de los gigantes—, no te puedes comer un hada, sabes, sino se habría llenado la boca con ella. Pero si consigue cazar ese trozo de mortal que tanto le interesa a ella, él se lo puede comer, y entonces tiene el derecho a casarse con ella. Pero sé una cosa: no me casaría con ese gato chillón ni por todo el oro del mundo. ¡El escándalo que arma por ese Joe! ¡Me gustaría tenerlo aquí! ¡Le daríamos una lección! ¿No te parece, Mumble-chumps?
>
> —Sí —contestó el ogro al que había preguntado—; sí, hermano Munchemup, creo que podrías enseñarle uno o dos trucos dignos de recordar.
>
> —Entonces, ¿por qué no lo hacéis? —dijo una voz cerca de ellos; y Joe, con su guante, le dio tal golpe a Juff en la cabeza que el pobre diablo rodó como una peonza.
>
> —¡Socorro, ayudadme! —gritó dolorido cuando Joe le propinó otro golpe; pero los ogros no podían ver a nadie, y no hicieron nada, mientras Juff yacía quejumbroso.
>
> Como Joe estaba bien oculto por el guante, y altamente indignado con el ogro Munchemup por hablar de Puss-cat Mew con tan poco respeto, le propinó un golpe con su cayado en las espinillas que le hizo saltar.
>
> —¿Qué pretendes golpeándome, Mumble-chumps?
>
> —Yo no te he tocado —contestó el otro, al mismo tiempo que Joe le daba un golpe similar.
>
> —¡No me voy a quedar parado mientras me golpeas! —y cuando Joe les dio otros golpes, los dos monstruos se atacaron con furia, cada uno de ellos pensando que el otro le había atacado.

> Joe se alejó a contemplar la lucha con interés, hasta que un golpe de Mumble-chumps tumbó a Munchemup que quedó sin sentido, (pp. 50-51)

Con una daga de acero, Joe acaba con los dos ogros y el enano.

Edward Knatchbull-Hugessen (1829-1893), sobrino nieto de Jane Austen, fue miembro del Parlamento durante veintitrés años. En 1880 entró en la Cámara de los Lores como primer Barón Brabourne. Entre 1869 y 1886 publicó trece antologías de cuentos de hadas, siendo *Stories for My Children* la primera.

Se pueden encontrar otras similitudes con Tolkien en «Puss-cat Mew». En un momento, cuando un ogro se da cuenta de que ha sido engañado por las hadas, dice «Splificate those Fairies!» [«¡Malditas sean estas hadas!»] que se parece mucho a la expresión de Bilbo en la página 43: «Confusticate and bebother these dwarves!» [«¡Fustigados y condenados enanos!»]

Mucho más significativa es una ilustración anónima (izquierda) de esta historia que muestra a un ogro disfrazado de roble, que espera para capturar un mortal y que es un precedente de los Ents de *El Señor de los Anillos*. El texto que acompaña a la ilustración es el siguiente (Joe Brown acaba de entrar en el bosque):

> Al final, sin embargo, llegó a un espacio abierto cuando vio delante de él, a unas treinta o cuarenta yardas, un viejo roble muerto, con dos grandes ramas, cubiertas de algunas hojas, que salían a derecha e izquierda. A la vez que vio el árbol, se dio cuenta, con gran sorpresa, que estaba visiblemente agitado y temblaba. Se quedó quieto, intrigado, y poco a poco el temblor fue aumentando y la corteza del árbol fue transformándose en la piel de un ser vivo, las dos ramas muertas se convirtieron en los brazos gigantescos de un hombre, la cabeza salió del tronco y ante el sorprendido viajero apareció un ogro enorme. Estuvo quieto sólo un instante, porque empujó un cayado tan grande como un árbol joven y avanzó un paso, lanzando al mismo tiempo un rugido tan tremendo que acalló la canción de todos los pájaros e hizo que todo el bosque devolviera el eco de sonido tan terrible. (pp. 15-16)

Las hadas salvan a Joe convirtiéndolo temporalmente en un arbusto de espino.

«Puss-cat Mew» también pudo inspirar a Tolkien en otro aspecto porque explica la historia que hay detrás de la canción de cuna del mismo nombre, un ejercicio que

practicó Tolkien con sus dos poemas del Hombre de la Luna, reunidos en Las aventuras de Tom Bombadil como «Al Hombre de la Luna se le hizo un rato tarde» y «El Hombre de la Luna descendió con premura», los dos de mediados de la década de 1910.

«Al Hombre de la Luna se le hizo un rato tarde», que explica la historia tras la nana «Hey diddle diddle, the cat and the fiddle» [«Hey jiga-jiga, el gato y el violín»], fue escrito (de acuerdo con una nota en el primer manuscrito) en «Ofxord 1919-20». Fue publicado por primera vez en *Yorkshire Poetry*, octubre-noviembre de 1923 (2, n.º 19) bajo el título «The Cat and the Fiddle: A Nursery-Rhyme Undone and Its Scandalous Secret Unlocked» [«El gato y el violín: una nana analizada y descubierto su escandaloso secreto»]. Tolkien revisó el poema y lo usó como la canción de Frodo en Bree en *El Señor de los Anillos*. Una versión muy parecida del poema aparece en *El Retorno de la Sombra*, pp. 186-188.

«El Hombre de la Luna descendió con premura» (que cuenta la historia tras la nana del mismo nombre) fue escrito el 10-11 de marzo de 1915 y una primera versión, titulada «Why the Man in the Moon Came Down Too Soon» [«Por qué el Hombre de la Luna descendió con premura»] apareció en el librito *A Northern Venture: Verses by Members of the Leeds University English School Asociation* [*Una aventura nórdica: Versos de miembros de la Asociación de la Escuela de Inglés de la Universidad de Leeds*], publicado en Leeds en junio de 1923. Esa versión, con unos pocos cambios, aparece en *El Libro de los Cuentos Perdidos* I, pp. 251-253.

El Hombre en la Luna también aparece como personaje de «El cuento del Sol y de la Luna» en *El Libro de los Cuentos Perdidos I*; en *Roverandom*, escrito hacia 1927 pero no publicado hasta 1998; y en la carta de Papá Noel de 1927, publicada en la edición de 1999 de *Cartas de Papá Noel* pero no en la primera edición de 1976. «The Man in the Moon: Structural Depth in Tolkien» [«El Hombre en la Luna: profundidad estructural en Tolkien»] de Thomas Honegger, incluido en *Root and Branch: Approaches Towards Understanding Tolkien* [La raíz y la rama: enfoques para comprender a Tolkien] (1999), editado por el mismo Honegger, es un estudio muy interesante de las tradiciones del Hombre en la Luna en Europa occidental y el uso que Tolkien hace del personaje. <<

[24] *1937*: «… practicar raterías…». > *1966-Ball*: «… andar practicando el arte de birlar». <<

[25] *1937*: «… si podemos leer las runas». *1966-Ball*: «… cuando podamos leer las runas». <<

[26] En su guía para traductores «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], Tolkien señala que Rivendel, o «Clovendell», es «una traducción a la Lengua Común de *Imladris(t)* "valle profundo de la hendidura"». *Imladris* es sindarin élfico, pero el nombre no se usa en *El Hobbit* y aparece por primera vez en *El Señor de los Anillos*. <<

[27] En 1977, Michael, el segundo hijo de Tolkien, comunicó a la Sociedad Tolkien de Gran Bretaña, que en algún momento cuando eran niños, él, sus dos hermanos y su hermana, pensaron que el capítulo dedicado a los trolls era el mejor del libro. Y añadió: «Pensábamos que había algo bueno en los trolls, y que en verdad era una lástima que fuesen transformados en piedra». <<

[1] *1937*: «Una mañana vadearon el río…». > *1966-Ball*: «Una mañana vadearon un río…».

Este pequeño cambio sitúa la geografía de *El Hobbit* en línea con la de *El Señor de los Anillos* al hacer que este río sea el segundo que cruzan en vez del primero. El río se llama Sonorona («agua sonora»), una traducción del nombre élfico *Bruinen*. Aquí el Camino no disponía de un puente, pero se podía cruzar en el Vado de Bruinen, también llamado Vado de Rivendel. <<

[2] En su guía para traductores, «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], Tolkien describió la palabra *Wilderland* [Tierras Ásperas] como «una invención (no existe verdaderamente en inglés) basada en *wilderness* (que significa un país de criaturas salvajes, no habitado por hombres), pero con una referencia colateral a los verbos *wilder*, "errar extraviado", y *bewilder* ["dejar perplejo"]». <<

[3] Los límites de las tierras salvajes están claramente dibujados en el mapa de Las Tierras Ásperas, obra de Tolkien. Tolkien resalta de nuevo este límite cuando Bilbo lo vuelve a cruzar en su viaje de regreso (véase p. 365: «Llegaron al río que señalaba el límite mismo del Yermo»). <<

[4] *1937*: «Aquello sonaba agradable y reconfortante, y aunque se podría creer que era fácil encontrar directamente la Última Morada…». > *1966-Ball*: «Aquello sonaba agradable y reconfortante pero no habían llegado aún, y no era tan fácil como parecía encontrar la Última Morada…».

Al describir la casa de Elrond como *homely* [literalmente, «hogareña»], Tolkien se refiere a lo que el *Oxford English Dictionary* define como «característico del hogar el lugar en el que uno recibe un trato amable». <<

[5] *1937*: «El sol de la tarde descendió brillante; pero no había señales de que alguien habitara en ese yermo silencioso. Siguieron cabalgando durante un rato y pronto se dieron cuenta de que la casa podía estar oculta». > *1966-Longmans/Unwin*: «Pasó la mañana, llegó la tarde; pero no había señales de que alguien habitara en ese yermo silencioso. La inquietud de todos iba en aumento, pues veían ahora que la casa podía estar oculta». (*1966-Ball* es igual a *1966-Longmans/Unwin*. El ejemplar para correcciones de Tolkien en 1954 tenía una frase adicional: «Siguieron cabalgando durante un rato, *pero muy pronto tuvieron que descabalgar y llevar a sus poneys*…». Esta frase fue descartada cuando se eliminó la referencia a cabalgar y con el cambio del principio de la frase a «La inquietud de todos iba en aumento».) <<

[6] *1937*: «Sólo parecía que habían avanzado muy poco siguiendo con cuidado al mago, cuya cabeza y barba se movían de aquí para allá mientras buscaba el camino, cuando el día empezó a declinar». > *1966-Longmans/Unwin*: «La cabeza y la barba de Gandalf se movían de aquí para allá cuando buscaba las piedras, y ellos lo seguían; pero cuando el día empezó a declinar no parecían haberse acercado mucho al término de la busca». (*1966-Ball* es igual a *1966-Longmans/Unwin*.) <<

[7] Un *faggot* [«los leños» en la traducción castellana] es un haz de varas o ramas. *Bannock* [«tarta»], de acuerdo con el *Oxford English Dictionary*, es «el nombre que recibe en Escocia y el norte de Inglaterra un molde con el que se hace pan casero; por lo general sin levadura, de gran tamaño, de forma redonda u ovalada y aplastado». <<

[8] Aparentemente todos los poemas de *El Hobbit* fueron creados a medida que aparecían en el manuscrito del libro. Así en el contexto de la afirmación de que los elfos «se pusieron a corear otra canción, tan ridícula como la que he copiado entera», resulta muy interesante descubrir un poema inédito titulado, en uno de los dos manuscritos, «Canción élfica de Rivendel». La versión sin título es probablemente la más antigua. Abajo reproducimos la segunda versión (en la que el título es un añadido tardío).

El manuscrito de la primera versión está escrito en una página que también contiene una versión (sin título) del poema «La novia-sombra», publicado en *Las aventuras de Tom Bombadil*. Los dos poemas parecen datar de principios de la década de 1930, contemporáneos a la redacción de *El Hobbit*. (Una versión de «La novia-sombra» parece que fue publicada a principios de dicha década en algo llamado «Abingdon Chronicle», pero esta publicación ha eludido hasta ahora a los investigadores.)

ELVISH SONG IN RIVENDELL

Come home, come home, ye merry folk!
The sun is sinking, and the oak
In gloom has wrapped his feet.
Come home! The shades of evening loom
Beneath the hills, and palely bloom
Night-flowers white and sweet.

Come home! The birds have fled the dark,
And in the sky with silver spark
The early stars now spring.
Come home! The bats begin to flit,
And by the hearth 'tis time to sit.
Come home, come home and sing!

Sing merrily, sing merrily, sing all together!
Let the song go! Let the sound ring!
The moon with his light, the bird with his feather:
Let the moon sail, let the bird wing!
The flower with her honey, the tree with his weather:
Let the flower blow, let the tree swing!
Sing merrily, sing merrily, sing all together!

[Dado que se trata de un poema inédito, reproducimos el original en inglés y damos a continuación una traducción no rimada del mismo:

CANCIÓN ÉLFICA DE RIVENDEL

¡Venid, venid, gente alegre! / El sol se pone, y el roble / ha vestido sus pies de oscuridad. / ¡Venid! Las sombras de la tarde se extienden / al pie de las colinas, y florecen pálidas / flores nocturnas blancas y dulces. // ¡Venid! Las aves han huido de la oscuridad, / y en el cielo con brillos de plata / salen las primeras estrellas. / ¡Venid! Los murciélagos empiezan a revolotear, / y en verdad ya es hora de sentarse. / ¡Venid, venid y cantad!

// ¡Cantad con alegría, cantad con alegría, cantad todos juntos! / ¡Dejad que la canción fluya! ¡Dejad que la canción suene! / La luna con su luz, el ave con sus plumas: / ¡Dejad navegar a la luna, dejad al ave volar! / La flor con su miel, el árbol con su viento: / ¡Dejad florecer a la flor, dejad que el árbol se mueva! / ¡Cantad con alegría, cantad con alegría, cantad todos juntos!]

La tercera línea de la segunda estrofa decía originalmente: «*The earliest star doth swing*» [«La estrella más temprana oscila»]. El cambio se produjo cuando se añadió el título al poema. <<

[9] De Elrond y el posterior desarrollo del personaje en *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió en una carta a Christopher Bretherton del 16 de julio de 1964: «El pasaje del capítulo 3 donde se lo emparienta con los Medio Elfos de la mitología fue un afortunado accidente, consecuencia de la dificultad de estar inventando continuamente buenos nombres para los nuevos personajes. Le di el nombre de Elrond por casualidad, pero como éste provenía de la mitología… lo hice medio elfo» (*Cartas*, n.º 257).

Elrond aparece por primera vez en el legendarium de Tolkien en «Esbozo de la mitología» de 1926, que es el primer Silmarillion. Ha sido publicado en *La formación de la Tierra Media*. Elrond es presentado como hijo de Eärendel (él mismo un medio elfo) y Elwing (cuyos antepasados incluyen elfos, humanos y sangre divina): «Sin embargo, su hijo (Elrond) que es medio mortal y medio elfo, un niño, fue salvado por Maidros. Cuando más adelante los Elfos regresan al Oeste, compelido por su mitad mortal, elige permanecer en la tierra. A través de él la sangre de Húrin (su tío abuelo) y la de los Elfos permanece entre los Hombres, y todavía se ve en el valor y en la belleza y en la poesía» (p. 49). <<

[10] *1937*: «… las magulladuras el humor y las esperanzas». > *1966-Ball*: «… las magulladuras, el humor y las esperanzas». (*1966-A&U* y *1967-HM* son iguales a 1937.) <<

[11] *1937*: «… espadas de los elfos que ahora son llamados gnomos». > *1966-Ball*: «… espadas… de los Altos Elfos del Oeste, mis parientes».

El nombre «gnomos» designaba originalmente a uno de los pueblos de los elfos, los Noldor («sabio» en quenya). En una carta a Allen & Unwin datada el 20 de julio de 1962, Tolkien escribió que «la palabra se utilizó como traducción del nombre verdadero, de acuerdo con mi mitología, del pueblo de los Altos Elfos del Oeste, asociándolo pedantemente con el griego *gnome*, "pensamiento, inteligencia". Pero lo abandoné, pues es totalmente imposible disociar el nombre de las asociaciones populares de *gnonus* = *pygmaeus* de Paracelso» (*Cartas*, n.º 239). Los gnomos, de acuerdo con Paracelso (1493-1531), eran criaturas elementales de la tierra, que vivían bajo tierra y se podían mover a través de ella como si estuvieran al aire libre. En la tradición popular los gnomos han sido identificados con enanos o trasgos. <<

[12] Los nombres de las espadas son sindarin élfico: *Orcrist* significa «Hendedora de trasgos» y *Glamdring* significa «Martillo de enemigos».

La historia de la caída de la fortaleza élfica de Gondolin fue redactada por primera vez alrededor de 1916-1917 y es una de las primeras historias del legendario de Tolkien. La narración básica ha sido explicada de muchas formas, pero probablemente la más conocida es el capítulo veintitrés, «De Tuor y la caída de Gondolin», de *El Silmarillion*. <<

[13] *1937*: «… en alguna cueva de las montañas del Norte. He oído que hay todavía tesoros olvidados por descubrir…». > *1966-Longmans/Unwin*: «… en alguna cueva de las montañas. He oído decir que hay quizá todavía tesoros olvidados de antaño…». (*1966-Ball* es igual a 1937 con el pequeño cambio de «tesoros de antaño». En *1966-A&U* aparece erróneamente «en alguna sima en las montañas de antaño» y en *1967-HM* «en alguna sima en las montañas de antaño. He oído que hay todavía tesoros de antaño olvidados por descubrir». En la edición de 1988 de *El Hobbit anotado* se sugería: «en alguna cueva de las montañas de antaño. He oído que hay todavía tesoros olvidados por descubrir». La versión correcta, tal como lo corrobora el ejemplar con correcciones de Tolkien de 1954, es *1966-Longmans/Unwin*: «en alguna cueva de las montañas. He oído decir que hay quizá todavía tesoros olvidados de antaño».) <<

[14] *1937*: «Estad cerca de la piedra gris donde llame el zorzal». > *1951*: «Estad cerca de la piedra gris cuando llame el zorzal».

Tolkien le escribió a su antiguo alumno G. E. Selby el 14 de diciembre de *1937*: «*where* [“donde”] en lugar de *when* [“cuando”] en p. 64 es sólo un error, y afortunadamente voy a corregirlo». <<

[15] Durin es el nombre del mayor de los Siete Padres de la raza de los Enanos. En *Los Pueblos de la Tierra Media*, en algunos textos que originalmente iban a formar parte del Apéndice A de *El Señor de los Anillos*, se nos informa que las Siete Casas de los Enanos son los Barbiluengos, Barbas de Fuego, Nalgudos, Puños de Hierro, Barbatiesas, Morenos y Pies de Piedra (p. 350). En *El Hobbit* se nos dice que Bifur, Bofur y Bombur pertenecen a un linaje diferente del de Durin, pero no se especifica cuál.

La distinción entre las Siete Casas es una concepción posterior, mencionada por primera vez en el Apéndice A de *El Señor de los Anillos*. En la edición original de *El Hobbit*, el linaje de Durin representa una de las dos razas de enanos. Esta afirmación permaneció inalterada hasta las revisiones que hizo Tolkien en 1966.

Para la historia de la creación de los enanos por Aulë, véase el capítulo 2 de *El Silmarillion*. Al dar a los enanos el nombre de Barbiluengos, Tolkien probablemente recordara a los *Lombards* [«lombardos»] (*Long-beards* [«Largas-barbas»], *Longbearden* en inglés antiguo), un pueblo germánico famoso por su ferocidad. (Véase *El Camino Perdido*, p. 65.) <<

[16] *1937*: «Era el padre de los padres de una de las dos razas de enanos, los Barbiluengos, y el antepasado de mi abuelo». > *1966-Ball*: «Era el padre de los padres de la más antigua raza de Enanos, los Barbiluengos, y mi primer antepasado: yo soy su heredero». <<

[17] *1937*: «… como todos saben…». > *1966-Ball*: «Como todos sabéis sin ninguna duda…». <<

[18] La referencia al solsticio es ambigua. Puede referirse al solsticio de verano, hacia el 21 de junio, o al 24 de junio que es tradicionalmente el día del solsticio, la festividad de San Juan Bautista. Las dos fechas encuentran su apoyo en el *Oxford English Dictionary*.

Karen Wynn Fonstad en su cronología de *El Hobbit* incluida en la edición revisada de *El Atlas de la Tierra Media* (1991), interpreta la referencia al solsticio como sinónimo del solsticio de verano y equivalente también del Día de Año Medio del Calendario de la Comarca en el Apéndice D de *El Señor de los Anillos*. Esta correspondencia está respaldada por la afirmación en el Apéndice A de que Aragorn y Arwen se casaron «el Día del Solsticio de Verano del año de la Caída de Sauron» y en el Apéndice B, «La cuenta de los años», donde se especifica que la boda tuvo lugar el «Día de Año Medio». En el Apéndice D está escrito que «no obstante, parece que se pretendía que el Día de Año Medio correspondiera al solsticio de verano», lo que sugiere que 110 coincidía necesariamente con el verdadero solsticio. <<

[1] En una carta iniciada en 1967 pero extraviada durante una mudanza y no completada hasta finales de 1968, Tolkien escribió a su hijo Michael:

> El viaje del hobbit (Bilbo) desde Rivendel al otro lado de las Montañas Nubladas, incluyendo el deslizamiento por las rocas resbalosas hasta los bosques de pinos, se basa en mis propias aventuras [en Suiza] en 1911… La secuencia de nuestro recorrido, casi todo él a pie, no resulta muy clara ahora en la memoria, pero ha dejado huellas tan vividas como si hubiera ocurrido ayer… Marchábamos a pie cargando grandes paquetes… Dormíamos incómodos —los hombres— a menudo en henales o establos, pues seguíamos un mapa, evitábamos las rutas y no hacíamos nunca ninguna reserva, y después de un frugal desayuno, comíamos en descampado. Un día emprendimos una larga marcha de ascenso por el glaciar de Aletsch en compañía de unos guías… y estuve a punto de morir. Teníamos guías, pero o bien los efectos del caluroso verano estuvieron fuera de los límites de su experiencia, o no pusieron el suficiente interés, o emprendimos tarde la marcha. De cualquier modo, a mediodía estábamos encordados en fila a lo largo de un estrecho pasaje, con una cuesta nevada a la derecha que se extendía hasta el horizonte, y a la izquierda un empinado descenso hacia un profundo desfiladero. El verano de aquel año había derretido mucha nieve y tropezábamos con piedras y cantos rodados que ordinariamente (supongo) habrían estado cubiertos. El calor del día siguió derritiendo la nieve, y con alarma vimos que unas bolas de nieve empezaban a descender por la cuesta a velocidad creciente: algunas tenían el tamaño de una naranja y otras parecían grandes balones de fútbol; sólo unas pocas eran mucho más grandes. Pasaban zumbando por nuestro camino y se despeñaban en el desfiladero. «Un duro bombardeo», señoras y señores. Empezaban a moverse lentamente, y seguían por lo general una línea de descenso recta, pero la senda era áspera y uno tenía además que vigilar dónde pisaba. Recuerdo que el miembro del grupo que iba delante de mí (una maestra de escuela ya mayor) lanzó un súbito chillido y saltó hacia delante cuando una roca de regular tamaño pasó entre nosotros. A no más de un pie por delante de mis nada viriles rodillas. (*Cartas, n.º 306*)

Las vacaciones montañeras de Tolkien en Suiza tuvieron lugar durante agosto y primeros de septiembre de 1911. Se trataba de un grupo de una docena de personas, incluido Tolkien, su hermano menor Hilary y su tía Jane Neave. Se inició en Interlaken y fueron hacia el sur a Lauterbrunnen y Mürren, después al noreste hacia Grindelwald y Meiringen, al sudeste a través del Grimselpass, y finalmente al sudoeste hacia el Matterhorn, llegando hasta Sion.

En sus dibujos, las montañas de Tolkien normalmente tienen apariencia y forma alpinas. La imagen inferior de Grindelwald y el Wetterhorn fue tomada por E. Elliot Stock y publicada en *Scrambles in Storm and Sunshine* [Escaladas entre tormentas y rayos de sol] (1910), que relata su propio periplo por los Alpes suizos un año antes de la expedición de Tolkien.

<<

[2] *1937*: «… en esa misma primera luna de otoño». > 1995: «… en esa misma última luna de otoño».

Este cambio no cuenta con la autorización del autor y es una corrección de lo que parece un error del que Tolkien nunca tuvo conciencia. En la página 100 se define el Día de Durin como el primer día del Año Nuevo de los enanos y más concretamente como «el primer día de la última luna del otoño, en los umbrales del invierno… aquel en el que el sol y la última luna de otoño están juntos en el cielo». En la página 269, con los enanos ante la entrada trasera de la Montaña Solitaria, Thorin señala: «Mañana comienza la última semana de otoño». La tarde siguiente, con una tenue luna nueva que asomaba por encima del horizonte, la luz del sol poniente abre la cerradura, una combinación que sólo ocurre el Día de Durin. En consecuencia, el cambio parece ser correcto, aunque Tolkien nunca se diera cuenta de la discrepancia. <<

[3] *1937*: «… después del saqueo de las minas de Moria». > *1966-Ball*: «… después de la batalla de las Minas de Moria».

Este cambio fue necesario cuando Tolkien amplió su visión de la guerra entre enanos y trasgos (mencionada por Elrond en la página 97 y por Bilbo en la página 337). La palabra «saqueo» implica devastación y pillaje en Moria, mientras que «batalla» es un término mucho más general para el conflicto. <<

[4] Tolkien escribió a Joyce Reeves el 4 de noviembre de 1961 que la batalla de truenos de *El Hobbit* se basaba en una mala noche pasada en su viaje a pie por las montañas suizas en 1911, como se describe en la nota 2 de este capítulo. Agregó: «Nos perdimos y dormimos en un cobertizo destinado al ganado» (*Cartas*, n.º 232). <<

[5] Los gigantes de piedra sólo se mencionan en *El Hobbit*. Parece probable que se puedan interpretar como un tipo de troll. Ambos son grandes y aparentemente maliciosos, y en el Apéndice F de *El Señor de los Anillos*, Tolkien menciona como un tipo de troll a los Trolls de Piedra de las Tierras Occidentales, que hablaban una forma corrompida de la Lengua Común, y esa descripción desde luego se puede aplicar a Berto, Tom y Guillermo Estrujónez. Quizá sea relevante mencionar que los trolls proceden de un lugar al norte de Rivendel, llamado Páramos de Etten o Valles de Etten. En «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], Tolkien señala en la entrada para los Valles de Etten que «parece ser un nombre en Lengua Común (no élfico) porque contiene el elemento arcaico eten que significa "troll, ogro"». El inglés antiguo *eoten* y el inglés medio *eten* se traducen normalmente como «gigante», «monstruo». Y la forma *etayn* aparece dos veces (líneas 140 y 723) en *Sir Gawain y el Caballero Verde*; en la edición de Tolkien y Gordon en 1925 se traduce como «ogro», «gigante». En *Beowulf* el monstruo Grendel deriva claramente de una tradición de trolls de agua, pero también se refieren a él como *eoten* (línea 761). <<

[6] La idea de trasgos entrando por una hendedura debe su origen a la obra de teatro infantil *Through the Crack* [*A través de La Grieta*] de Algernon Blackwood y Violet Pearn, representada por primera vez en diciembre de 1920 y publicada en 1925. Durante la década de 1920 era habitual en las compañías de aficionados y de repertorio de toda Inglaterra. La obra se basaba en varias partes de dos novelas de Blackwood, *The Education of Uncle Paul* [*La educación del tío Paul*] (1909) y *The Extra Day* [*El día extra*] (1915), aunque en ninguna de ellas aparezcan trasgos, que seguramente fueron introducidos en la obra por Pearn. En la misma, algunos niños pasan a través de La Grieta entre hoy y mañana, y deben protegerse de los trasgos que cantan para capturar a la gente y llevarla bajo tierra para convertirla en su almuerzo.

Blackwood (1869-1951) era un prolífico autor de ficción sobrenatural y muchas de sus obras giran alrededor de niños y de sus aventuras en mundos de espíritus o de hadas. Aparentemente, Tolkien conocía alguna de las obras de Blackwood porque en una nota a la entrada de la «Grieta del Destino» (omitida en la versión publicada) en «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], Tolkien escribió sobre el uso de *crack* [«grieta»] con el significado de «fisura»: «Creo que este uso deriva de Algernon Blackwood que, si no recuerdo mal, lo utiliza con ese sentido en uno de sus libros, que leí hace muchos años». Sin embargo, los investigadores no han podido verificar esta afirmación.

Una grieta de trasgos también se menciona en la carta de Papá Noel de 1932 que Tolkien escribió para sus hijos. Con esta carta se introducen los trasgos en la mitología navideña de Tolkien, pues Papá Noel debe atravesar algunas cuevas de trasgos para encontrar al Oso Polar, que se ha perdido en ellas. La carta de 1933 sigue con el relato del peor ataque de los trasgos en siglos. Como consecuencia de sus aventuras en las cuevas, el Oso Polar inventa un alfabeto utilizando las marcas de los trasgos en las paredes. Escribe con él una carta muy corta y envía también el alfabeto. Parte de esas cartas, junto con las maravillosas ilustraciones, se publicó en las *Cartas de Papá Noel* (1976), editadas por Baillie Tolkien. <<

[7] Los trasgos de Tolkien se parecen a los de *La princesa y los trasgos* (1872), de George Macdonald, con algunas diferencias notables. Los trasgos de Macdonald tienen pies delicados y muy vulnerables. En una carta a Naomi Mitchison del 25 de abril de 1954, Tolkien escribe que sus trasgos «supongo que deben no poco a la tradición del trasgo… especialmente tal como se da en George Macdonald, salvo en lo de los pies ligeros, en los cuales nunca creí» (*Cartas* n.º 144). Y mientras los trasgos de Macdonald huyen cuando oyen poesía, los de Tolkien cantan la poesía rimada y exclamatoria que tanto detestan los de Macdonald.

George Macdonald (1824-1905) fue un clérigo de ascendencia escocesa y un prolífico escritor de novelas e historias juveniles como *At the Back of the North Wind* [*Detrás del Viento del Norte*] (1871), *La princesa y los trasgos* (1872) y *La princesa y Curdie* (1883). Sus cuentos de hadas, incluyendo el conocido *La Llave de Oro*, fueron recopilados en *Dealings with the Fairies* [*Tratos con las hadas*] (1867). Sus novelas de fantasía para adultos incluyen *Fantasías* (1858) y *Lilith* (1895).

La opinión de Tolkien sobre George Macdonald cambió a lo largo de los años. En «Sobre los cuentos de hadas», leído como conferencia el 8 de marzo de 1939 y ampliado ocho años después, Tolkien, al referirse a cómo los cuentos de hadas podían ser un vehículo para el misterio, afirmaba: «Esto es al menos lo que intentaba George Macdonald, que cuando acertaba escribía recios y hermosos relatos, como *La Llave de Oro* (que él denominó cuento de hadas), e incluso cuando fracasaba en parte, como en *Lilith* (al que llamó novela sentimental)». Sin embargo, en enero de 1965, después de aceptar escribir un prefacio para la edición ilustrada de *La Llave de Oro* de un editor norteamericano, Tolkien releyó el relato y lo encontró «malo, incoherente y mal escrito, a pesar de unos pocos pasajes memorables» (*Biografía*, p. 266). Tolkien empezó a escribir el prefacio pero en su lugar le vino la idea para un cuento de hadas, que comenzó a utilizar como un ejemplo en el prefacio. Al final, abandonó el prefacio, pero el cuento creció hasta convertirse en *El herrero de Wotton Major* (1967). En una entrevista radiofónica en la BBC a finales de enero de 1965, Tolkien comentó:

«Me doy cuenta de que no puedo aguantar los libros de George Macdonald». Y Clyde S. Kilby, que ayudó a Tolkien durante el verano de 1966, recuerda en sus memorias *Tolkien and The Silmarillion* [*Tolkien y El Silmarillion*] (1976) que «aunque él había hablado elogiosamente de George Macdonald, en la época que visité a Tolkien lo atacaba sin piedad. Lo llamaba una “vieja abuela” que predicaba en vez de escribir» (p. 31). <<

[8] La palabra *skriking* deriva de *skrike*, «un grito estridente, un chillido». En la actualidad su uso es casi exclusivamente dialectal, pero la segunda edición (1989) del *Oxford English Dictionary* cita como ejemplo esta frase de Tolkien. *A New Glossary of the Huddersfield. District* [*Un nuevo glosario del distrito de Huddersfield*] de Walter E. Haigh coloca la palabra bajo *skrdük, skrik*, «chillar, gritar», que Hague relaciona con el inglés medio *scrīken* y el nórdico *skrækja, skrīkja*, «gritar».

Tolkien utiliza una lista de ruidos parecida para describir varios tipos de ladridos en Roverandom: «gruñidos y gañidos, aullidos y quejidos, bufidos y mugidos, lamentos y gimoteos, quiebros y requiebros, mordiscos y lloriqueos, y el ladrido más descomunal…» (p. 22). <<

[9] En sus años de estudiante, Tolkien sostenía una opinión muy diferente acerca de la naturaleza de los trasgos y los sentimientos que despertaba en el corazón el blando sonido de sus pisadas. Los trasgos eran minúsculas criaturas feéricas y sus bailes y canciones eran mágicos. Tolkien escribió sobre esas criaturas en un poema titulado «Goblin Feet» [«Pies de trasgo»] que fue su primer trabajo publicado importante. Fue escrito el 27-28 de abril de 1915 y se incluyó en el volumen anual de *Oxford Poetry* [*Poesía Oxford*] publicado en diciembre de 1915. Cinco años más tarde apareció en el *Book of Fairy Poetr* y [*Libro de la poesía de hadas*], de Dora Owen, una amplia y suntuosa antología con dieciséis láminas a color y numerosos dibujos a pluma de Warwick Goble (1862-1943), célebre por sus acuarelas para libros de regalo como *Green Willow and Other Japanese Fairy Tales* [*El sauce verde y otros cuentos de hadas japoneses*] (1910) de Grace James. El poema de Tolkien iba acompañado de una deliciosamente extraña ilustración de Goble (página anterior), que es la primera obra pictórica (de un artista que no fuera Tolkien) que se basaba en sus escritos.

PIES DE TRASGO

Voy andando por la senda
donde lucen las linternas de las hadas
y vuelan los pequeños y bonitos murciélagos:
un gris haz de luz
precipitado se aleja arrastrándose,
y los setos y las hierbas suspiran.
El aire está lleno de alas,
y de escarabajos torpes
que te alertan con susurros y suspiros.
¡Oh, oigo los cuerpos pequeños
de los duendes encantados
y las pisadas blandas de los gnomos!

¡Oh, las luces! ¡Oh, los fuegos! ¡Oh, los suaves sonidos cristalinos!
¡Oh, el crujido de los silenciosos atuendos!

¡Oh, el eco de tus pies…,de los felices pies pequeños!
¡Oh, las lámparas colgantes encendidas de estrellas!

He de seguir el cortejo
por el feérico camino serpenteante
que los conejos abandonaron hace tiempo
y donde cantan con voces de plata,
en una ronda móvil de luz de luna
titilantes de joyas.
Se desvanecen con el giro
donde arden pálidas luciérnagas
y el eco de su pisada ligera ya se muere.
¡Oh, está llamando a mi corazón…!
¡Dejadme marchar! ¡Dejadme ponerme en camino!
Porque las breves horas de magia ya se alejan.

¡Oh, el calor! ¡Oh, el zumbido! ¡Oh, los colores en la oscuridad!
¡Oh, las alas de tul de los moscones dorados!
¡Oh, la música de los pies de los danzantes pies de trasgo!
¡Oh, la magia! ¡Oh, el dolor cuando muere!

Los duendes, gnomos y trasgos de este poema parecen ser personajes feéricos muy comunes en las canciones de cuna.

En *El libro de los Cuentos Perdidos I*, Christopher Tolkien señala que en 1971 su padre dijo sobre «Pies de trasgo»: «Ojalá esa desdichada cosilla, que representa todo lo que llegué a detestar fervientemente (tan poco después) pudiera ser enterrada para siempre» (pp. 43-44). Sin embargo, la frase «tan poco después» hay que tomarla con mucha cautela porque en fecha tan tardía como mediados de la década de 1930, Tolkien incluyó el poema en una antología de su poesía (que no llegó a ser publicada), y elementos del humor de los elfos danzando aparecen en *El Hobbit*. Parece que el poco aprecio de Tolkien por este poema y por los seres que describe data de la segunda mitad de la década de 1930, alrededor de la época de publicación de *El Hobbit* y de cuando empezaba a trabajar en *El Señor de los Anillos*. <<

[1] Las cerillas de Bilbo parecen anacrónicas para muchos lectores. Se nos dice en la página 163 que los enanos nunca han utilizado cerillas sino yescas. En «El Bosque Viejo», capítulo seis del Libro Primero de *El Señor de los Anillos*, Sam hace fuego con una yesca y más tarde, en *Las Dos Torres*, se menciona que lleva una yesca en su mochila. El estudio de Anders Stenström sobre el uso que hace Tolkien de cerillas y yescas, «Striking Matches» [«Cerillas sorprendentes»] apareció en *Arda* 1985, vol. 5 (1988). <<

[2] *1937*: «tampoco los trasgos la habían descubierto». > *1966-Longmans/Unwin*: «por fortuna, tampoco los trasgos la habían descubierto». (*1966-Ball* es igual a 1937.) <<

[3] La visión de las raíces de la montaña es muy lóbrega; compáresela con la de George Macdonald en *La princesa y Curdie* (1882), secuela de *La princesa y los trasgos*. El primer capítulo, «La Montaña» empieza con una larga descripción mítico-poética de una montaña, exteriormente primero, luego interiormente:

> Pero el interior… ¿quién podrá decirnos lo que hay allí? Cavernas de espantosa soledad, con muros de millas de espesor, resplandecientes de partículas de oro o plata, cobre o hierro, estaño o mercurio, incrustadas de piedras preciosas…, quizá un arroyo con peces ciegos en él, que corre y corre incesante entre orillas revestidas de carbúnculos y topacios dorados, o sobre una grava cuyas piedras son quizá rubíes y esmeraldas, quizá brillantes y zafiros…, ¿quién puede decirlo? <<

[4] En agosto de 1952 Tolkien visitó a su amigo George Sayer en Malvern, donde grabó una cinta de gran parte de este capítulo, comenzando por el pasaje que empieza «Aquí abajo junto al agua lóbrega…». En 1975 esta grabación se publicó con el título *J. R. R. Tolkien Reads and Sings His «The Hobbit» and «The Fellowship of the Ring»* [*J. R. R. Tolkien lee y canta «El Hobbit» y «La Comunidad del Anillo»*] (Caedmon TC 1477). La interpretación de Tolkien es maravillosa, y la voz de Gollum, desagradable, alta y sibilante, resulta muy convincente. <<

[5] *1937*: «… vivía el viejo Gollum. No sé de dónde…». > *1966-Ball*: «… vivía el viejo Gollum, una pequeña y viscosa criatura. No sé de dónde…».

Probablemente esta revisión fue consecuencia directa de las ediciones ilustradas extranjeras de *El Hobbit* que habían aparecido antes de 1966. En la mayoría de ellas, Gollum es una criatura muy alta. En la edición sueca de 1947 se le representa como una roca alta y oscura de cuatro veces el tamaño de Bilbo, y en la alemana de 1957 es varias veces más grande que Bilbo (sus piernas, que cuelgan del bote, son más largas que la altura de Bilbo). En la edición portuguesa de 1962 aparece como una figura barbada y amenazante, dos veces más grande que Bilbo, mientras que en la japonesa de 1965 es como un reptil grande, quizá tres veces más que Bilbo. <<

[6] En los escritos de Tolkien el antecedente de Gollum era una viscosa criatura llamada Glip, que aparece en un poema del mismo nombre. «Glip» forma parte de una serie de poemas llamados «Tales and Songs of Bimble Bay» [«Cuentos y Canciones de la bahía de Bimble»], y, aunque no lleva fecha, probablemente fue escrito alrededor de 1928. Nos han llegado dos versiones casi idénticas, ambas manuscritas en tinta verde.

GLIP

Under the cliffs of Bimble Bay
Is a little cave of stone
With wet walls of shining grey;
And on the floor a bone,
A white bone that is gnawed quite clean
With sharp white teeth.
But inside nobody can be seen —
He lives far underneath,
Under the floor, down a long hole
Where the sea gurgles and sighs.
Glip is his name, as blind as a mole
In his two round eyes
While daylight lasts; but when nightfalls
With a pale gleam they shine
Like green jelly, and out he crawls
All long and wet with slime.
He slinks through weeds at highwater mark
To where the mermaid sings,
The wicked mairmaid singing in the dark
And threading golden rings
On wet hair; for many ships
She draws to the rock to die.
And Glip listens, and quietly slips
And lies in Shadow by.
It is there that Clips steals his bones.
He is a slimy litlle thing
Sneaking and crawling under fishy stones,
And slinking home to sing
A gurgling song in his damp hole;
But after the last light
There are darker and wickeder things that prowl
On Bimble rocks at night.

[Al tratarse de un poema inédito, reproducimos el original en inglés y damos a continuación una traducción no rimada del mismo:

GLIP

Bajo los acantilados de Bimble Bay / hay una pequeña cueva de piedra / con paredes húmedas de gris reluciente; / y en el suelo un hueso, / un hueso blanco roído hasta el final / con afilados dientes blancos. / Pero dentro no se ve a nadie…/ El vive lejos bajo tierra, / bajo el suelo, bajando por un largo agujero / donde el mar gorgotea y suspira. / Glip es su nombre, tan ciego como un topo / de sus dos redondos ojos / mientras hay luz

del día, pero cuando cae la noche / con brillo pálido relucen / como gelatina verde, y se arrastra afuera / cuan largo es y húmedo de lodo. / Se desliza a través de las algas en la línea de la marea alta / hacia donde canta la sirena, / la perversa sirena canta en la oscuridad / y luce anillos de oro / sobre el cabello mojado, y a muchos barcos / lleva a morir en las rocas. / Glip escucha y se desliza despacio / y se tiende en las sombras / pues es allí donde Glip roba sus huesos. / Es una criatura pequeña y viscosa / que busca y se mueve bajo piedras marinas, / y repta a casa para cantar / una canción ahogada en su húmedo agujero; / pero después de la última luz / hay cosas más oscuras y perversas que merodean / por las rocas de Bimble de noche.] <<

[7] *1937*: «… ojos redondos y pálidos. Tenía un bote». > *1966-Ball*: «… ojos redondos y pálidos en la cara flaca. Tenía un bote». <<

[8] En la primera edición de *El Hobbit* (1937), Gollum utiliza la expresión «preciosso mío» sólo para referirse a sí mismo. En la segunda edición (1951), en la que el papel desempeñado por Gollum quedó alterado de manera significativa (véase nota 25 de este capítulo), podría interpretarse que la expresión se refiere al anillo, como a menudo sucede en *El Señor de los Anillos*.

En noruego antiguo la palabra *gull* significa «oro». Una de las formas declinadas sería *gollum*, «oro, tesoro, algo precioso», y puede significar también «anillo», como en la palabra compuesta *finger-gull*, «anillo para el dedo», lo que quizá a Tolkien no le pasara por alto. <<

[9] *1937*: «*It likes riddles*». > *1951*: «*It like riddles*». [En la segunda forma falta la desinencia «s» que debe llevar la tercera persona del verbo en singular].

Tolkien señaló este error en una carta a Rayner Unwin del 30 de diciembre de 1961: «Se deslizó en la 6.ª impresión. ¡Iba Gollum a perderse la oportunidad de una sibilante!» (*Cartas*, n.º 236). Sin embargo, el error se conservó en las ediciones de *1966-Ball*, 1966-Longmans-Unwin, *1966-A&U*, *1967-HM* y en la 4.ª de 1978 de Allen & Unwin. <<

[10] En una carta publicada en el diario londinense *The Observer* el 20 de febrero de 1938, Tolkien escribió de los acertijos utilizados en *El Hobbit*. «Había mucho que investigar acerca de las fuentes y las variantes. No me sorprendería que la pretensión tanto del hobbit como de Gollum de haber inventado alguno de ellos quedara desautorizada» (*Cartas*, n.º 25). <<

[11] *1937*: «antes de que llegaran los trasgos y fuera separado de sus amigos y expulsado muy lejos bajo las montañas». > *1951*: «antes de quedarse sin amigos y de que lo echasen, solo, y se arrastrara descendiendo y descendiendo, a la oscuridad bajo las montañas». <<

[12] *1937*: «¡… y no contestamos, le hacemos un regalo!». > *1951*: «y no contestamos, haremos lo que él quiera, ¿eh? ¡Le enseñaremos el camino de la salida, sí!». <<

[13] Tolkien ha hecho uso aquí de un acertijo muy común, el n.º 229 en el *Oxford Dictionary of Nursery Rhymes* [*Diccionario Oxford de canciones de cuna*] (1951) de Iona y Peter Opie:

Treinta caballos blancos,
en una colina roja.
Primero patean,
luego mordisquean
y ahora descansan. <<

[14] El uso que hace Gollum de la palabra *chestnut* [«chiste viejo»] pertenece a la jerga popular y se refiere a una vieja broma o cuento muy conocido que este acertijo particular representa. <<

[15] No me ha sido posible encontrar un acertijo que se parezca a éste. Aunque en los acertijos tradicionales sobre el viento suelen encontrarse los elementos «vuela sin alas» y «habla sin boca». <<

[16] Este acertijo expresa con habilidad la etimología de la palabra *daisy* [«margarita»] en forma de adivinanza. El nombre de la flor proviene del anglosajón *dæges éage* («day's eye» [«ojo del día»]), que alude al hecho de que sus pétalos se abren a la mañana (revelando el centro amarillo) y se cierran al anochecer. De ahí el «ojo del día» o «day's eye»: la moderna *daisy*.

Tolkien utilizó una frase similar en «La balada de los hijos de Húrin», un poema inconcluso en anglosajón con versos aliterados en el que estuvo trabajando a principio de la década de 1920. Fue publicado en *Las Baladas de Beleriand*:

> *pero Beleg aún respiraba, bañado en sangre*
> *y desmayado, hasta que el sol llegó al Sur*
> *y el ojo del día se abrió por completo.*
> (versos 716-718, p. 44)] <<

[17] *1937*: «Bilbo empezaba a preguntarse cómo sería el regalo de Gollum». > *1961 (Puffin)*: «Bilbo ya esperaba que no podría responder». > *1966-Ball*: «Bilbo ya esperaba que el desdichado no podría responder». (*1951* coincide con *1937*. La revisión intermedia en la edición de Puffin en 1961 le fue comunicada directamente al editor por parte de Tolkien en una carta de abril de 1961.)

Este pasaje no se tocó cuando en 1951 Tolkien realizó la revisión más profunda del presente capítulo, alterando la promesa de Gollum a Bilbo si ganaba el concurso de acertijos de darle un regalo a mostrarle el camino de salir. Esta alteración sitúa el pasaje en consonancia con la versión revisada de la historia. <<

[18] En su ejemplar de la primera edición de *El Hobbit anotado* (actualmente en la colección Tolkien de la Marquette University), el difunto especialista en Tolkien Taum Santoski señala una analogía con un acertijo del libro *Ízlenzkar Gátur* (1887) de Jón Árnason, una colección de aproximadamente mil doscientos acertijos islandeses:

Pronto cubrirá el tejado de una casa muy alta.
Vuela más alto que las montañas
y provoca la Caída de muchos hombres.
Todo el mundo puede verla, pero nadie puede atraparla.
Puede resistir los golpes y al viento,
y no es dañina.

[N.º 352, p. 52. Respuesta: la oscuridad] <<

[19] En una carta a su editor del 20 de septiembre de 1947, Tolkien dijo de este acertijo que «era la reducción a un dístico (mío propio) de otro acertijo literario más largo que aparece en algunos libros de canciones infantiles» (*Cartas*, n.º 110). La forma literaria más larga del acertijo es la siguiente:

En salas de mármol blancas como la leche,
tapizadas de piel suave, como la seda,
dentro de una fuente límpida como el cristal,
hay una manzana dorada.
No tiene, puertas esta fortaleza,
pero los ladrones irrumpen y roban el oro.

En Leeds, Tolkien publicó en 1923 una traducción anglosajona de este acertijo. El 26 de junio de 1922, lo envió en una postal a Henry Bradley, que había sido el encargado del *Oxford English Dictionary* cuando Tolkien fue miembro del equipo de 1918 a 1920. Tolkien lo publicó, junto con otro acertijo similar, en *A Northern Venture: Verses by Members of the Leeds University English School Association* [*Una aventura nórdica: Versos de miembros de la Asociación de la Escuela de Inglés de la Universidad de Leeds*] (1923). Ambos aparecieron bajo el título «Two Saxon Riddles Recently Discovered» [«Dos acertijos sajones recientemente descubiertos»]. Las versiones de Tolkien no son simples traducciones sino composiciones originales basadas en acertijos tradicionales.

«*Enigmata Saxonica Nuper Inventa Duo*»

I.
Meolchwitum sind marmanstane
wagas mine wundrum frætwede;
is hrægl ahongen hnesce on-innan,
seoke gelicost; siththan on-middan
is wytlla geworth, waeter glaes-hluttor;
Thær glisnath gold-hladen, on gytestreamum
æppla scienost, Infær nænig
nah min burg-fæsten; berstath hwæthre
thriste theofas on thrythaern min,
ond thæt sinc reafitah — saga hwæt hatte!

II.
Hæfth Hild Hunecan hwite tunecan,
ond swa read rose hæfth rudige nose;
the lengheo bideth, the læss heo wrideth;
hire teams hate on tan blate
biernende dreaosath ond bearthme freosath;
hiwæth heo sie saga, searothancla maga. (p. 20)

El segundo acertijo, traducido de vuelta al inglés moderno [al castellano] sería:

Hild Hunic tiene una túnica blanca
y como una rosa roja, una nariz rubicunda.
Cuanto más espera, menos prospera.
En la rama pálida sus lágrimas se blanquean,
el calor las abandona cuando se enfrían.
Dime le que es, chico listo si lo puedes hacer.

La versión de Tolkien es una ampliación imaginativa de un acertijo muy popular que sobrevive con muchas variaciones:

La pequeña Nancy Etticoat
con una blanca enagua
y una nariz roja;
cuanto más espera
menos crece.

La respuesta es la vela. <<

[20] *1937*: «¿qué hay de tu regalo?». > Después de *1951*: «¿qué hay de tu respuesta?». (La segunda edición, «quinta impresión», de *1951* coincide con *1937*. La corrección se hizo en 1955 en la séptima impresión.)

La razón de esta revisión es la misma dada antes en la nota 17. <<

[21] El razonamiento que lleva a Gollum a resolver el acertijo, recordando que enseñó a su abuela a sorber huevos, le da un uso cómicamente literal a una vieja expresión. Francis Grose, en su *Clasical Dictionary of the Vulgar Tongue* [*Diccionario clásico de la lengua vulgar*] (1785), registra bajo la entrada *granny* (una abreviatura de *grandmother* [«abuela»]) que la expresión «go teach your granny to suck eggs» [«ve a enseñarle a tu abuela a sorber huevos»] se aplicaba a cualquiera que quisiera instruir a otros «en una materia que ellos conocían mejor»; es decir, se aplicaba a quien intentaba dar lecciones a sus mayores o a aquellos que tenían más experiencia que él. <<

[22] Este acertijo tiene una ligera variante en *La saga del rey Heidrek el Sabio* en noruego antiguo: hay en ella una competición de sabiduría entre el rey Heidrek y Gestumblindi, que es el dios nórdico Odín disfrazado.

¿Qué vive en las altas cumbres?
¿Qué cae en valles profundos?
¿Qué vive si aliento?
¿Qué es lo que nunca calla?
¡Medita este acertijo,
oh, príncipe Heidrek!

—Tu acertijo es bueno, Gestumblindi —dijo el rey—. Lo he adivinado. El cuervo vive siempre en las altas cumbres, el rocío cae siempre en los valles profundos, el pez está vivo sin aliento y la cascada que se precipita nunca calla, (p. 80)

En el segundo capítulo del Libro Cuarto de *El Señor de los Anillos*, Gollum da una variante más larga de este acertijo:

Vive sin respirar;
frío como la muerte;
nunca sediento, siempre bebiendo,
viste de malla y no tintinea.
Se ahoga en el desierto,
y cree que una isla
es una montaña,
y una fuente, una ráfaga.
¡Tan bruñido y tan bello!
¡Qué alegría encontrarlo!
Sólo tenemos un deseo:
¡que atrapemos un pez
jugoso y suculento! <<

[23] Los acertijos referidos a las piernas son tradicionales, remontándose al que la Esfinge le propuso a Edipo (¿Qué animal anda a cuatro patas por la mañana, a dos al mediodía y a tres al atardecer? La respuesta que da Edipo es el hombre; el hombre camina sobre manos y rodillas en la mañana de la vida, anda erecto sobre sus dos piernas en la plenitud y apoya su decrepitud en un bastón en el crepúsculo de su existencia.) El *Oxford Dioctionary of Nursery Rhymes* [*Diccionario Oxford de canciones de cuna*] incluye un acertijo similar al de Tolkien:

Dos patas se sentó sobre tres patas,
con una pata en el regazo;
cuatro patas entró entonces
y se escapó con una pata;
dos patas salta,
coge tres patas
se la arroja a cuatro patas
y lo obliga a devolver una pata. (N.º 302)

La solución es un hombre sentado en un taburete con una pata de carnero en el regazo. Entra un perro y roba el carnero; el hombre coge el taburete, se lo arroja al perro y lo obliga a devolver el carnero. <<

[24] Hay una variante de ese acertijo en el «Second Dialogue of Salomon and Saturn» [«Segundo diálogo de Salomón y Saturno»] en inglés antiguo. Se ofrece aquí [una traducción de] la versión al inglés de Tom Shippey aparecida en *Poems of Wisdom and Learning in Old English* [*Poemas de sabiduría y enseñanza en inglés antiguo*] (1976):

> Dijo Saturno: Pero ¿qué es esa cosa extraña que viaja por el inundo entero, marcha inexorable, bate los cimientos, provoca lágrimas de dolor y viene aquí a menudo?: Ni estrella, ni piedra, ni joya que atrapa la mirada, ni agua, ni bestia salvaje puede engañarla nunca, pero en sus manos todo se endurece o ablanda, crece o se reduce…
>
> Dijo Salomón: La vejez tiene poder sobre todo lo que hay en la tierra… Derriba los árboles y les quiebra las ramas, en su avance desarraiga el tronco erguirlo y lo vuelca por tierra. Después, devora el pájaro silvestre. Pelea mejor que un lobo, espera más que una piedra, es más fuerte que el acero, muerde con herrumbre el hierro; lo mismo hace con nosotros, (pp. 91, 93)

Otro acertijo sobre el tiempo fue señalado por Taum Santoski en *Ízlenkar Gátur* de Jón Árnason:

> No tengo principio, aunque he nacido. Tampoco tengo final, aunque muero. No tengo ojos ni orejas, aunque veo y oigo. Nadie me ha visto nunca, aunque mis obras son visibles. He conquistado hace tiempo, nunca me han conquistado y, sin embargo, he sido vencido. Siempre trabajo, pero nunca me canso. Soy sabio, pero me muevo entre los locos. Soy amante de la Providencia, aunque me parece que me odia. A menudo muero antes de nacer, aunque soy inmortal. Sin darme cuenta, muchas veces tomo por sorpresa. Vivo con cristianos, habito entre paganos; entre los condenados al Infierno soy maldecido, y soy soberano en el Reino de la Gloria. [N.º 105, pp. 25-26. Respuesta: el tiempo] <<

[25] La primera edición de *El Hobbit* (1937) contiene una versión significativamente diferente de este capítulo. Cuando Tolkien escribió la secuela de *El Señor de les Anillos*, advirtió que era necesario revisar *El Hobbit* para eliminar incoherencias. El retrato de Gollum quedó sustancialmente alterado; en la primera edición no era una criatura tan miserable. Y lo apostado en el torneo de adivinanzas era ligeramente diferente: era la vida de Bilbo lo que se jugaba si éste perdía, pero si ganaba, Gollum debería darle un regalo. El torneo de adivinanzas era casi el mismo en ambas versiones, pero en la primera, la conclusión tiene casi la mitad de longitud de las posteriores ediciones. El final de la primera versión se encuentra aquí y en la nota 32 de este capítulo.

1937: Pero, curiosamente, no tenía por qué alarmarse. Por empezar, Gollum había aprendido mucho, mucho tiempo atrás, a no hacer nunca, nunca trampas en un torneo de acertijos, que es sagrado y de inmensa antigüedad. Además, tenía la espada. Sencillamente, se sentó y lanzo un suspiro:

—¿Qué hay del regalo? —preguntó Bilbo; no es que le preocupara demasiado, pero sentía que lo había ganado con bastante justicia, y además en muy difíciles circunstancias.

—¿Tenemos que entregar la cosa, preciosso? ¡Ssí, tenemos que hacerlo! Tenemos que buscarla, preciosso, y entregar el regalo que prometimos. —De modo que Gollum volvió chapoteando al bote, y Bilbo creyó que ya no oiría más de él. Pero no fue así. *El Hobbit* estalla pensando en volver por el pasaje (ya tenía bastante de Gollum y de las aguas oscuras) cuando lo oyó lamentarse y chillar en las tinieblas, Estaba en su isla (de la que Bilbo, por supuesto, nada sabía) escarbando aquí y allá, buscando y rebuscando en vano, y dándose vuelta los bolsillos.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —lo oyó chillar Bilbo—. ¡Perdido, perdido, mi preciosso, perdido, perdido! ¡Benditos seamos y salpicados! No tenemos el regalo que prometimos, y no lo tenemos siquiera para nosotros mismos.

Bilbo dio la vuelta y esperó, preguntándose por qué la criatura haría tanto escándalo. Esto, en definitiva, resultó ser una suerte. Porque Gollum volvió balbuciendo, susurrando y croando de manera espantosa; Bilbo a la larga comprendió que Gollum había tenido un anillo: un hermoso y maravilloso anillo que le había sido dado como regalo de cumpleaños edades y edades atrás, en tiempos de antaño, cuando semejantes anillos no eran cosa tan poco corriente. A veces lo llevaba en el bolsillo; habitualmente lo metía en un agujerito abierto en la roca de la isla; a veces se lo ponía: cuando tenía mucha, mucha hambre y se cansaba del pescado, y se arrastraba por pasajes oscuros en busca de algún trasgo perdido. Entonces aun se aventuraba por lugares en los que se encendían antorchas que lo hacían parpadear y los ojos le ardían; pero él no corría peligro. ¡Oh, no! Casi no corría ningún peligro; porque si uno se deslizaba el anillo en el dedo, se volvía invisible; sólo a la luz del día podía uno ser visto, y sólo por la sombra en ese caso, y era la suya una sombra muy tenue y estremecida.

No sé cuántas veces Gollum le pidió perdón a Bilbo. Decía una y otra vez:

—Lo ssentimos; no tuvimos intención de hacer trampas, teníamos intención de dar nuestro único, único regalo, si lo ganaba en la competición. —Aun le ofreció a Bilbo atrapar él algún pez jugoso como consuelo.

Bilbo se estremeció de pensarlo.

—No, gracias —dijo con tanta cortesía como le fue posible.

Estaba pensando intensamente y se le ocurrió la idea de que Gollum tenía que haber dejado caer el anillo en algún momento, y él lo 1 labia encontrado, y tenía ahora precisamente ese mismo anillo en el bolsillo. Pero tuvo el tino de no decírselo a Gollum.

¡Encontrar es poseer!, se dijo; y dadas las circunstancias es posible que tuviera razón.

De cualquier modo, el anillo ahora le pertenecía.

—¡No importa! —dijo—. El anillo había sido mío si lo hubiera encontrado; de modo que lo habría perdido de cualquier modo. Y lo libraré de su compromiso con una condición.

—¿Sí? ¿Cuál ess? ¿Qué dessea que hagamos, mi preciosso?

—Ayúdeme a salir de este sitio —dijo Bilbo.

Gollum debía aceptar ahora esa condición si no quería hacer trampas. Sentía muchas ganas todavía de saber qué gusto tendría el extranjero; pero ahora tenía que abandonar por completo esa idea. Además, estaba la pequeña espada; y el extranjero estaba del todo despierto, y en estado de alerta, no distraído como le gustaban a Gollum las cosas cuando él las atacaba.

De modo que quizá esto fuera lo mejor.

Así fue como Bilbo se enteró de que el túnel terminaba junto al agua y de que no seguía del otro lado, donde el muro de la montaña era oscuro y sólido. También se enteró de que debería haber girado a la derecha por uno de los pasajes laterales antes de llegar al fondo; pero no podía seguir las indicaciones de Gollum para volver a encontrar el pasaje en el camino de ascenso, e hizo que la desdichada criatura lo acompañara para orientarlo.

Mientras avanzaban juntos por el túnel, Gollum chapoteando a su lado y Bilbo moviéndose muy silenciosamente, pensó en probar el anillo. Se lo deslizó en el dedo.

—¿Dónde esstá? ¿Dónde sse ha ido? —dijo Gollum de inmediato mirando alrededor con sus grandes ojos.

—¡Aquí estoy, siguiéndote por detrás! —dijo Bilbo, quitándose nuevamente el anillo y muy complacido al comprobar que tenía el efecto del que había hablado Gollum.

Siguieron entonces adelante, y Gollum iba contando los pasajes a la izquierda y a la derecha: —Uno a la izquierda, uno a la derecha, tres a la derecha, dos a la izquierda— y así sucesivamente. Empezó a temblar y a sentir miedo a medida que iban dejando el agua más y más atrás; pero por fin se detuvo junto a una abertura (ascendente) a la izquierda—, seis a la derecha, cuatro a la izquierda. Aquí está el pasaje —susurró—. Tiene que encogerse para entrar y agacharse. Nosotros no debemos acompañarlo, mi preciosso, no nos atrevemos, ¡gollum!

De modo que Bilbo se deslizó bajo el arco y dijo adiós a la desagradable y desdichada criatura; y bien complacido que estaba. No se sintió cómodo hasta estar del todo seguro de que se había ido, y mantuvo la cabeza fuera en el túnel principal escuchando hasta que el chapoteo de los pies de regreso al bote se apagó en la oscuridad. Luego descendió por el nuevo pasaje.

Era bajo, estrecho y toscamente abierto. Estaba bien para un hobbit, salvo cuando tropezaba en la oscuridad con desagradables irregularidades que había en el suelo; pero era sin duda demasiado bajo para los trasgos. Quizá no saber que los trasgos estaban acostumbrados a esa clase de pasaje, y que transitaban agachados de prisa por ellos casi con las manos sobre el suelo, era lo que hacía olvidar a Bilbo el peligro de toparse con ellos y avanzar de prisa con osadía.

Como el texto que reemplazó al precedente en 1951 es exactamente el que figura en el cuerpo de este libro, no lo repito aquí. Véase la página 129 partir de «Naturalmente, sabía que el torneo de las adivinanzas era sagrado…» hasta la página 137, donde termina «… con las manos casi en el suelo». <<

[26] La tradición de los acertijos está documentada en tiempos anglosajones con la aparición de cerca de un centenar de acertijos anglosajones en *El libro de Exeter*, una de las cuatro grandes colecciones de poesía anglosajona que han sobrevivido. Fue compilado por Leofric, obispo de Exeter, en algún momento antes de su muerte en 1072. Los acertijos de Tolkien son generalmente más cortos y con frecuencia rimados, mientras en el libro de Exeter son más largos y no riman nunca. <<

[27] Los dos grandes torneos de adivinanzas de la vieja literatura escandinava terminan ambos con la misma especie de pregunta, y es discutible que se trate realmente de un acertijo. En el Vafthrúdismal (El cantar de Vafthrúdnir) de los *Elder Edda*, cuando Odín oye hablar de la gran sabiduría del gigante Vafthrúdnir, decide medirse con él. Disfrazado, vence en el torneo haciendo la pregunta: «¿Qué musitó Odín el oído de su hijo antes de que Baldur fuera llevado a la hoguera?». Sólo Odín podía conocer la respuesta y de ese modo su identidad queda revelada. En *La saga del rey Heidrek el Sabio* hay otro torneo de adivinanzas en el que de nuevo aparece Odín disfrazado, y el torneo termina con la misma pregunta.

En el prólogo de *El Señor de los Anillos* (sección 4, «Del descubrimiento del Anillo») Tolkien comenta: «Las Autoridades, es cierto, difieren acerca de si esta última [pregunta] era una simple pregunta o un verdadero enigma, de acuerdo con las reglas estrictas del juego; pero todos están de acuerdo en que después de aceptar y tratar de adivinar la respuesta, la promesa ataba a Gollum». <<

[28] La historia de cómo el anillo llegó a Gollum la explica Gandalf en el segundo capítulo de *El Señor de los Anillos*, «La sombra del pasado». La mención del Dueño que gobierna a los anillos introduce la naturaleza siniestra del anillo de Gollum. El Dueño es Sauron, el Señor Oscuro, al que en *El Hobbit* se llama el Nigromante. <<

[29] La luz que arde en los ojos de Gollum con una llama descolorida recuerda a Grendel en *Beowulf*, cuando entra por última vez en la oscura sala de Heorot. El pasaje, extraído de *Beowulf and the Finnesburg Fragment* [*Beowulf y el fragmento de Finnesburgo*, edición en inglés moderno] (1940), traducido por John R. Clark Hall y revisado por C. L. Wrenn, es el siguiente: «El demonio se plantó sobre el colorido pavimento del suelo, avanzó enfadado; de sus ojos se desprendía una luz horrible, parecida a una llama» (versos 724-727). <<

[30] La mayor parte de los ilustradores de *El Hobbit* fracasan en el intento de dibujar a Gollum. El mismo Tolkien llegó a advertirlo en las ilustraciones de las diferentes traducciones. En una carta del 12 de diciembre de 1963 a Allen & Unwin escribía que «No hay que convertir a Gollum en un monstruo, como hacen prácticamente todos los ilustradores, sin tomar el texto en consideración».

¿Qué aspecto debe tener Gollum? Basándose en las varias descripciones que procura Tolkien, es una criatura pequeña, viscosa, no más alta que Bilbo, delgada, de cabeza demasiado grande para su talla; grandes ojos protuberantes; cuello largo y delgado y cabellos largos y finos. Tiene la piel blanca y lleva vestidos evidentemente negros. (Nunca iba desnudo.) Tiene manos largas y pies de dedos prensiles, unidos por una membrana. <<

[31] El origen de los anillos de invisibilidad se sitúa con frecuencia en la historia de Giges en el Libro II de *La República* de Platón (*c*. 429-347 a. C.). La historia es poco más que una anécdota en la que el anillo de oro otorga la invisibilidad cuando el engarce se gira hacia el interior de la mano y se vuelve visible cuando se gira hacia afuera. Los talismanes de invisibilidad son muy comunes en los cuentos de hadas, y anillos que confieren invisibilidad se pueden encontrar en dos historias de las colecciones editadas por Andrew Lang, incluyendo «El anillo encantado» en *El libro verde de los cuentos de hadas* (1892) y «El dragón del norte» en *El libro amarillo de los cuentos de hadas* (1894). <<

[32] *1937*:

Pronto el pasaje, que había estado bajando, empezó a subir otra vez, y al cabo de un rato, ascendió abruptamente. Eso fue causa de que avanzara más despacio. Pero por fui, después de transcurrido cierto tiempo, la cuesta se interrumpió, el pasaje giró y descendió otra vez, y en seguida de un breve descenso, vio una luz que se filtraba a la vuelta de un recodo. No la luz roja de una fogata o una linterna, sino la pálida luz ordinaria del aire libre. Entonces empezó a correr. Tan de prisa como lo llevaban sus cortas piernas, dobló el recodo y estuvo de pronto en un lugar abierto donde la luz, después de todo el tiempo pasado en la oscuridad, le pareció deslumbradoramente brillante. En realidad se trataba sólo de un rayo de sol que entraba por la arcada donde una gran puerta, una puerta de piedra, estaba entornada.

Bilbo parpadeó y entonces, repentinamente, vio a los trasgos: trasgos con armadura completa que esgrimían espadas y estaban sentados junto a la puerta mirándola con grandes ojos y también el pasaje que llevaba a ella. Lo vieron antes de que él los viera a ellos, y con chillidos de deleite se precipitaron sobre él.

Si fue por accidente o por presencia de ánimo, no lo sé. Por accidente, creo, porque *El Hobbit* no estaba acostumbrado todavía a su nuevo tesoro. De cualquier modo, se deslizó el anillo en un dedo de la mano izquierda…, y los trasgos se detuvieron en seco. No podían ver el menor indicio de la presencia de Bilbo. Entonces aullaron, dos veces más fuerte que antes, pero no con tanto deleite.

> *1951*:

Pronto el pasadizo, que había estado bajando, comenzó a subir otra vez, y de pronto ascendió abruptamente. Bilbo tuvo que aflojar la marcha, pero por fin la cuesta acabó; luego de un recodo, el pasadizo descendió de nuevo, y allá, al pie de una corta pendiente, vio que del costado de otro recodo venía un reflejo de luz. No una luz roja, como de linterna o de fuego, sino una luz pálida de aire libre. Bilbo echó a correr.

Corriendo tanto como le aguantaban las piernas, dobló el último recodo y se encontró en medio de un espacio abierto, donde la luz, luego de todo aquel tiempo a oscuras, parecía deslumbrante. En verdad, era sólo la luz del sol, que se filtraba por el hueco de una puerta grande, una puerta de piedra que habían dejado entornada.

Bilbo parpadeó, y de pronto vio a los trasgos: trasgos armados de pies a cabeza, con las espadas desenvainadas, sentados a la vera de la puerta y observándolo con los ojos abiertos, observando el pasadizo por donde había aparecido. Estaban preparados, atentos, dispuestos a cualquier cosa.

Lo vieron antes de que él pudiese verlos. Sí, lo vieron. Fuese un accidente o el último

truco del anillo antes de tomar nuevo dueño, no lo tenía en el dedo. Con aullidos de entusiasmo, los trasgos se abalanzaron sobre él.

Una punzada de miedo y pérdida, como un eco de la miseria de Gollum, hirió a Bilbo, y olvidando desenvainar la espada, metió las manos en los bolsillos. Y allí en el bolsillo izquierdo estaba el anillo y él mismo se lo deslizó en el dedo índice. Los trasgos se detuvieron bruscamente. No podían ver nada del Hobbit. Había desaparecido. Chillaron dos veces, tan alto como antes, pero no con tanto entusiasmo. <<

[1] Tom Shippey rastrea el empleo por parte de Tolkien del nombre Montañas Nubladas hasta el poema «Skírnismál» («El cantar de Skírnir»), perteneciente a los *Elder Edda* en escandinavo antiguo.

Skírnir, que ha sido enviado a raptar a la hija de un gigante, echa un discurso a su caballo; Shippey traduce así una parte: «La oscuridad nos espera hiera, declaro nuestro asunto viajar a través de las montañas nubladas, entre las tribus de orcos; ambos regresaremos, o si no él nos atrapará a ambos, el gigante todopoderoso» (*El camino a la Tierra Media*, p. 94).

Tolkien había imaginado las Montañas Nubladas mucho antes de empezar *El Hobbit*. Una pequeña acuarela, en un estilo muy primitivo y titulada Las Montañas Nubladas, muestra una cordillera con un camino y un puente que conducen hacia ella (véase *Artista*, n.º 200). <<

[2] En el prólogo de *El Señor de los Anillos* (sección 4, «Del descubrimiento del Anillo»), Tolkien vuelve a contar brevemente la historia del encuentro de Bilbo con Gollum y el hallazgo del anillo tal como aparece en la segunda edición de *El Hobbit* y en las que siguieron después.

Y continúa:

> Cosa curiosa, pero ésta no es la historia que Bilbo contó al principio a sus compañeros. Les dijo que Gollum le había prometido un regalo si él, Bilbo, ganaba en el juego; pero cuando Gollum fue a la isla descubrió que el tesoro había desaparecido: era un anillo mágico que le habían regalado en un cumpleaños mucho tiempo atrás. Bilbo sospechaba que ése era el anillo que había encontrado, y como había ganado el juego, le correspondía por derecho. Pero como en aquel momento se encontraba en un apuro, no había dicho nada, y dejó que Gollum le mostrase la salida al exterior más como recompensa que como regalo. Bilbo asentó este informe en sus memorias…

Lo que Tolkien ha descrito en la trama de la primera edición de *El Hobbit* y la aseveración «ésta no es la historia que Bilbo contó al principio a sus compañeros» contradice lo que se dice aquí: que Bilbo «se sentó y les contó todo, excepto lo que se refería al hallazgo del anillo», y lo que se dice después (en el episodio de las arañas): que los enanos después de oír acerca del anillo, insisten en «oír otra vez la historia de Gollum con acertijos y todo lo demás, y con el anillo en el lugar que correspondía». La deshonestidad de Bilbo, de gran importancia en *El Señor de los Anillos*, no está explícitamente presente en lugar alguno de *El Hobbit*. <<

[3] *1937*: «De modo que le pedí mi regalo, y él fue a buscarlo y no pudo encontrarlo. De modo que le dije: “Muy bien, ayúdame a salir de este horrible sitio”, y él me mostró el pasadizo que llevaba a la puerta. “Adiós”, le dije, y seguí el camino descendente». > *1951*: «De modo que dije: “¿Qué hay de tu promesa? ¡Enséñame el camino de salida”. Pero él saltó sobre mí para matarme, y yo eché a correr, caí, y él me perdió en la oscuridad. Luego lo seguí, pues oí que se hablaba a sí mismo. Pensaba que yo conocía realmente el camino de salida, y estaba yendo hacia él. Al fin se sentó en la entrada y yo no podía pasar. De modo que salté sobre él y escapé corriendo hacia la puerta». <<

[4] *1937*: «… burlar centinelas y abrirse paso…». > *1951*: «… burlar centinelas, saltar sobre Gollum y abrirse paso…». <<

[5] *1937*: «Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como él llamaba a la entrada inferior donde Bilbo había perdido sus botones». > *1951*: «Gandalf conocía perfectamente la puerta trasera, como los trasgos llamaban a la entrada inferior, donde Bilbo había perdido sus botones». <<

[6] Este pasaje vuelve a recordar el viaje a pie de Tolkien por Suiza en 1911 (véase la nota 1 del capítulo 4). <<

[7] «Saltar de la sartén a las brasas» es un proverbio tradicional. En la segunda edición de *The Oxford Dictionary of English Proverbs* [*Diccionario Oxford de Proverbios Ingleses*] (1948), compilado por William George Smith y revisado por Sir Paul Harvey, se dan ejemplos que se remontan al siglo XVI. <<

[8] Tolkien rechazó siempre cualquier asociación entre la palabra «*hobbit*», de su invención, y «*rabbit*» [«conejo»]. Pero las pruebas internas sugieren lo contrario. Uno de los trolls llama a Bilbo «pequeño conejo asqueroso» (página 76). Aquí se lo compara con «un conejo que no encuentra su madriguera mientras un perro lo persigue». En el nido de las águilas temía «que lo abrirían en dos como a un conejo para la cena» (página 165). Beorn lo reprende: «El conejito se está poniendo otra vez de lo más relleno y saludable» (página 185), y Thorin en su furia sacude al «pobre Bilbo como si fuera un conejo» (página 341).

Hablando sobre el origen de la palabra «*hobbit*», Tolkien dijo: «No sé de dónde sale la palabra. Por mucho que lo intento. Podría estar asociada con el *Babbitt* de Sinclair Lewis. Desde luego no con *rabbit* como mucha gente piensa» («The Man Who Understands Hobbits» [«El hombre que entendía a los hobbits»] por Charlotte y Denis Plimer, *Daily Telegraph Magazine*, 22 de marzo de 1968).

En uno de los borradores del Apéndice F de *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió sobre la palabra: «Por otro lado, debo admitir que su remoto parecido con *rabbit*, conejo, me gustó. Los hobbits no se parecían a los conejos en absoluto, excepto en que vivían en agujeros». Esta nota fue eliminada del borrador y ha sido publicada en *Los Pueblos de la Tierra Media* (p. 70). <<

[9] Tolkien describe cómo utilizó la palabra *warg* [«wargo»] en una carta dirigida a Gene Wolfe el 7 de noviembre de 1966: «Es una antigua palabra que significa lobo y también forajido o criminal perseguido por la justicia. Éste es el sentido que habitualmente tiene en los textos en que sobrevive. Adopté la palabra porque el sonido es adecuado como nombre de esta particular raza de lobos demoníacos». Tolkien derivó la palabra del inglés antiguo *wearg*-, en antiguo alto alemán *warg*- y en escandinavo antiguo *varg-r* (también equivalente a «lobo», especialmente de la clase legendaria).

En la época de su correspondencia con Tolkien, Gene Wolfe (nacido en 1931) estaba en los inicios de una larga y prestigiosa carrera como escritor de fantasía y ciencia ficción (su primer relato fue publicado en 1965). Wolfe ha publicado dos meditaciones sobre la obra de Tolkien: «The Tolkien Toll-Free Fifties Freeway to Mordor and Points Beyond Hurray!» [«La autopista libre de peajes de los años cincuenta de Tolkien hacia Mordor y más allá. ¡Viva!»] en *Vector*, primavera de 1974 (n.º 67/68) y «The Best Introduction to the Mountains» [«La mejor introducción a las Montañas»] en *Interzone* (diciembre de 2001). Que Wolfe haya escrito a Tolkien sobre la utilización de una variante de su propio apellido es bastante típico. Los escritos de Wolfe están muy trabajados desde el punto de vista lingüístico y son muy alusivos, y frecuentemente se introduce como personaje en sus novelas con alguna variante de su apellido lobuno. <<

[10] Tolkien explicó sus experiencias en los Alpes suizos en 1911 en una larga carta a su hijo Michael, citada en la nota 1 del capítulo 4. En esa carta Tolkien también recalca que «el episodio de los “wargos” (creo que) deriva en parte de un pasaje en *The Black Douglas* [*El Douglas negro*] de S. R. Crockett, probablemente una de sus mejores novelas y de todos modos una de las que más me impresionaron durante mis años escolares, aunque nunca volví a echarle una mirada» (*Cartas*, n.º 306).

Todas las bestias parecían obedecer los deseos de la bruja. Ilustración de Frank Richards para *The Black Douglas [El Douglas negro]*.

La escena es sin duda «La Batalla de los Licántropos» (capítulo 49), en la que tres hombres (James Douglas, Sholto McKim y su padre, Malise McKim), después de haber escapado de la casa de la bruja La Meffraye, son acosados por una manada de licántropos en el claro de un pinar:

> El viento del oeste traía alaridos y aullidos de demonios triunfantes. Los sonidos iban aproximándose, y en seguida unas formas sombrías se deslizaron desde la negrura del bosque. Unos ojos centelleantes se clavaron en ellos mientras los lobos salían de entre los árboles e iban sentándose en un amplio círculo a su alrededor, esperando a que la manada fuera más numerosa antes de lanzarse sobre a presa… Sholto notó en especial una loba gigantesca, que se mostraba en uno y otro punto del círculo y parecía animar a la manada al ataque.
>
> Los fuegos fatuos llameaban tras las siluetas de los árboles, apretados, negros como el azabache, de modo que las copas se alzaban en el cielo pálido como si fueran de marfil. Luego cayó la noche, más negra que nunca, Cuando el rayo silencioso se estremeció en el cielo, iluminándolo todo, las sombras de los lobos aparecieron simultáneamente, avanzando y retrocediendo, mientras los aullidos sonaban como diabólicas y discordantes voces humanas.
>
> —¡La Meffraye! ¡La Meffraye! ¡La Meffraye!…
>
> —Sería mejor encontrar un árbol al que pudiéramos trepar —dijo con un gruñido Malise, pero este práctico consejo llegó demasiado tarde. Pues no se atrevían a abandonar el espacio abierto, y el gran tronco del pino dañado se alzaba detrás de ellos desprovisto de ramas casi hasta la copa.

Los licántropos finalmente los atacan y al cabo de una larga batalla, iluminados en la noche por el ocasional resplandor de los fuego fatuos, los licántropos retroceden

dejando una línea de cadáveres, y los tres hombres resultan victoriosos. El final de la escena (y del capítulo) se parece al final del capítulo «El sitio de Gondor» de *El Señor de los Anillos*, con la aparición de un símbolo de esperanza al romper el día, después de una noche larga y oscura:

> Los aullidos cesaron y se hizo el silencio. Lord James iba a hablar:
>
> —¡Calle! —dijo Malise, solemne.
>
> Y a lo lejos, como el eco de otro mundo, llegó el canto de un gallo, de una dulce claridad penetrante, como de plata.
>
> Las llamas azuladas de los fuegos fatuos se apagaron de pronto. El amanecer se mostraba rojo y amplio en el este. Las pilas negras de los animales muertos se alzaban sobre la superficie gris del claro, y en la rama más alta de un pino cantó un zorzal.

Samuel Rutherford Crockett (1859-1914) fue un prolífico autor de ficción sentimental escocesa, libros para niños (algunos explicando las novelas de Sir Walter Scott favoritas de Crockett) y novelas históricas. *The Black Douglas* [*El Douglas negro*] (1899) fue la decimotercera de sus cincuenta novelas. Una secuela, *Maid Margaret of Galloway* [*La doncella Margaret de Galloway*], apareció en 1904. <<

[11] Arthur Ransome escribió a Tolkien el 13 de diciembre de 1957 (véase la nota36 del capítulo 1) cuestionando el uso de la palabra «chiquillos» aplicada a los no humanos trasgos. En una carta a Allen & Unwin del 19 de diciembre de 1957, Tolkien estaba de acuerdo con que el insulto era «más bien tonto y no del todo adecuado a las circunstancias» y se preguntaba si «*oaves*» [«papanatas»] no sería mejor. Pero después de las sucesivas revisiones del texto, «chiquillos» siguió siendo el insulto empleado (*Cartas*, n.º 20).

El *Oxford English Dictionary* recoge dos plurales para la palabra *oaf: oafs* y *oaves. Oaf* se define como «un niño elfo, un niño trasgo, un supuesto doble dejado por elfos o hadas; de ahí, niño mal nacido, deforme o idiota; tonto, loco, imbécil, bobo, susceptible de ser un niño sustituido por otro al nacer». <<

[12] Los gritos de los trasgos pueden parecer un galimatías, pero Tolkien utilizó frases muy similares en «Las decisiones de maese Samsagaz», el capítulo final de *Las Dos Torres*, cuando Saín oye a unos orcos lanzar «gritos, risas cuando levantaron algo del suelo. —¡Ya hoi! ¡Ya harri hoi! ¡Arriba! ¡Arriba!».

Es posible que Tolkien pretendiera que las frases eran la traducción en Lengua Común de maldiciones orcas. En la sección I del Apéndice F («Los lenguajes y los pueblos de la Tercera Edad») de *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió de los orcos: «Se dice que no tenían lengua propia, pero tomaban lo que podían de otras y lo pervertían a su antojo; no obstante, sólo conseguían jergas brutales, apenas suficientes para sus propias necesidades, a no ser que se tratara de maldiciones e insultos». <<

[13] El rescate de Bilbo por parte de las águilas recuerda una escena en el poema inconcluso de Chaucer «La casa de la fama», que probablemente fue escrito entre 1378 y 1381. En él, el poeta relata un sueño en el que un águila lo arrebata y lo lleva muy arriba en el cielo hacia la casa de la fama. El águila parlanchina le sirve a Chaucer de guía. Aquí reproducimos dos episodios cortos en inglés medio que proceden tie *The Student's Chaucer* [*Chaucer para estudiantes*] (1895), editado por Waller W. Skeal, seguido de la traducción en castellano, basada en la traducción en prosa al inglés actual de John S, P. Tatlock y Percy MacKaye en *The Complete Poetical Works of Geoffrey Chaucer* [*Obra poética completa de Geoffrey Chaucer*] (1912):

This egle, of which I have you told,
That shoon with fethres as of gold,
Which that so hyë gan to sore,
I gait beolde more and more,
To see hir beautee, and the wonder;
But never teas their dint of thonder,
Ne that thing that men calle foudre,
That smoot somtyme a tour to poudre,
And i is swifte coming brende,
That so swythe gan descende,
At this foul, whan hit behelde
That I a-roume was in the felde;
And withs his grimme pawes stronge,
Within in his sharpe nayles longe,
Me, fringe, at a swappe he hente,
And with his sours agayn up wente,
Me caryinge, in his clawes starhe
As lightly as I wee a larke,
How high, I can not telle yow,
For I cam up, I niste how,
For so astonied a nd a-sweved
Was every vertu in my heved,
What with his sours and with, my drede,
That at my feting gan to dede;
For-why hit was to greet, affray.
(Libro II, versos 529-553)

And I adoun gan token tho,
And beheld feldes and plaines,
And now hilles, and now mountaines,
Now waleys, now forestes,
And now, unethes, grete bestes;
Now riveres, now citees,
Now tounes, and now grete trees,
Now shippes silinge in the see.
But thus sone in a whyle he
Was flowen fro the gronnde so hyë,
That at the world, as to myn yë,
No more semed than a prikke;

Or elles was the a ir so thikkie
That I ne mighte not discerte.
(Libro II, versos 896-909)

Ese águila del que he hablado, que planeaba tan algo en el cielo y brillaba como si tuviera plumas de oro, yo la contemplaba cada vez más y más, y veía su belleza y toda su maravilla. Pero no ha existido un relámpago, o eso que los hombres llaman un rayo —que a veces ha reducido a polvo una torre y la ha quemado con su ataque fulminante— que descendiese con tanta velocidad como ese pájaro, cuando me vio en el campo. Y con sus fuertes y poderosas patas, con sus largas garras, me capturó en picado cuando huía, y volvió a ascender, llevándome en sus fuertes garras como si fuera una alondra; a qué altura no lo puedo decir, porque no lo sé. Porque todos mis sentidos estaban tan sorprendidos y asombrados con su rápido ascenso y mi propio miedo, que no era capaz de sentir nada, tan grande era mi miedo, (p. 523)

Entonces miré hacia abajo y vi campos y llanuras, y después a veces colinas, a veces montañas, a veces valles, a veces bosques y a veces grandes bestias, aunque casi no podía percibirla; a veces ríos, a veces ciudades, a veces grandes árboles, a veces barcos navegando en el mar. Pero pronto, después de un rato, había volado tan alto que todo el mundo sólo parecía un punto ante mis ojos; o quizá el aire era tan denso que no podía discernir nada. (p. 528)] <<

[1] En *1937* decía en este caso y en las páginas siguientes «señor de las águilas» con letras iniciales en minúsculas. Los textos de *1951*, *1966-Ball* y *1966-Longmans/Unwin* conservan las letras iniciales en minúsculas. Pero *1966-A&U*, *1967-HM* y la cuarta edición publicada por Allen & Unwin en 1978, utilizan «Señor de las Águilas». Puede que el cambio haya sido consecuencia de una convención editorial; sin embargo el mismo Tolkien emplea las letras iniciales en mayúsculas (desde 1937 en adelante) cuando presenta al Señor de las Águilas en el capítulo anterior. <<

[2] Muchos comentaristas de Tolkien, incluido Robert Foster en su *Guía completa de la Tierra Media*, han tenido la tentación de comparar el Señor de las Águilas en *El Hobbit* con Gwaihir, el Señor de los Vientos, el águila que rescata a Gandalf en *El Señor de los Anillos*. Sin embargo, no es el caso pues en el capítulo 4 del Libro Sexto de *El Retorno del Rey*, «Los Campos de Cormallen», Gandalf le dice a Gwaihir: «Dos veces me has llevado ya en tus alas, Gwaihir, amigo mío». Esas dos veces son la huida de Gandalf de Orthanc y cuando Gwaihir llevó a Gandalf a Lórien tras encontrarlo en la cima de Zirak-zigil después de la pelea del mago con el Balrog. Esas dos ocasiones excluyen la posibilidad de que Gwaihir sea el águila que rescata a Gandalf en *El Hobbit*. <<

[3] Tolkien describe la «Carroca» [*Carrock*] como «una roca grande, casi una colina de piedra». La palabra *carrock* parece tener elementos del inglés antiguo, carr. *Carrock* también aparece en el volumen uno de *The English Dialect Dictionary* [*Diccionario dialectal inglés*] (1898), compilado por Joseph Wright, como una grafía alternativa de *currick*, «un mojón, una pila de piedras, utilizadas como marca de límites, lugar de enterramiento o guía para viajeros».

Tom Shippey también ha observado que *carrecc* es una antigua palabra galesa que significa «roca». Y Mark Hooker en «*And Why Is It Called the Carrock? — Bilbo Baggins*» [«¿Y por qué le llaman Carroca? — Bilbo Bolsón»] en *Beyond Bree* [*Más allá de Bree*], noviembre de 2001, ha señalado la similitud entre el *Carrock* de Tolkien y *Carreg Cennen*, el afloramiento de piedra caliza en las Montañas Negras en Carmarthenshire (Gales). <<

[4] El nombre «*Beorn*» es en realidad una vieja palabra inglesa que significa «hombre, guerrero» pero que originalmente significaba «*bear*» [«oso»]; también está relacionado con la antigua palabra nórdica «*björn*», «oso». <<

[5] Tom Shippey ha observado que Beorn tiene «tiene un análogo muy cercano en Bothvar Bjarki (= “pequeño oso”), un héroe de *La Saga de Hrolf Kraki* noruega, y otro en el propio Beowulf, cuyo nombre se explica normalmente como Beowulf = “bees-wolf” [“lobo de las abejas”] = comedor de miel = oso, que quiebra espadas, arranca brazos y rompe costillas con osuno poder y tosquedad» (*El camino a la Tierra Media*, p. 105).

En el capítulo 33 de *La Saga de Hrolf Kraki*, Bothvar Bjarki está sentado holgazaneando y apartado de una batalla mientras que su mascota, un gran oso, defiende al rey Hrolf. Cuando Bothvar se levanta, el oso desaparece, y Hrolf y sus hombres, incluido Bothvar, mueren.

Un ejemplo mucho más cercano se encuentra en el padre de Bothvar, Björn, cuya historia se cuenta en los capítulos 19 y 20. Cuando Björn frena las insinuaciones de la reina del rey Hring, ella lo maldice y él se convierte en oso durante el día y vuelve a ser humano durante la noche.

Tolkien conocía muy bien *La Saga de Hrolf Kraki*. Una de sus estudiantes en Leeds, Stella Mills, la tradujo bajo la supervisión de E. V. Gordon, colega e íntimo amigo de Tolkien. Muchos años después, la traducción de Mills fue publicada con el título de *The Saga of Hrolf Kraki* (1933) con una introducción de Gordon. Esta edición está dedicada a Gordon, Tolkien y C. T. Onions, el lexicógrafo del *Oxford English Dictionary*. Stella Mills se licenció en Leeds en 1924 y fue una íntima amiga de la familia Tolkien durante muchos años. <<

[6] Al referirse a Radagast como «mi buen primo», probablemente Gandalf no está dando a entender una relación familiar. El *Oxford English Dictionary* ofrece tres definiciones de *primo* que podrían aplicarse en este caso. Primo como término «aplicado a personas de razas o naciones hermanas (por ejemplo, británicos y norteamericanos)»; segundo como «una persona o cosa que tiene una naturaleza afín con otra»; y, finalmente, como «un término que denota intimidad, amistad o familiaridad». Como Radagast y Gandalf son los dos magos, el primer significado parece el más adecuado.

Tolkien no describe la naturaleza de los magos en *El Hobbit*, pero en *El Señor de los Anillos* se dice que son llamados Istari y sólo son cinco. Algunas notas muy interesantes de Tolkien sobre los magos están incluidas en la sección «Los Istari» en los *Cuentos inconclusos*. Otra nota corta pero importante aparece en *Los Pueblos de la Tierra Media*.

El nombre Radagast no es fácilmente descifrable, ni sus orígenes son claros. *La Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* (1776-1788) de Edward Gibbon habla de un líder godo llamado Radagasius que invadió Italia en los primeros años del siglo V. Otras fuentes, incluyendo al historiador alemán del siglo XI Adam de Bremen, hablan de una posible deidad eslava llamada *Redigast*. Sin embargo, la similitud de los nombres no revela nada sobre el mago de Tolkien Radagast el Pardo. <<

[7] La sala de Beorn es un ejemplo típico de una sala germánica, similar a la que se encuentra en el poema *Beowulf*. Es una sala oblonga de madera, con los techos sostenidos en pilares de madera, que dividen el interior en una nave central y varias naves laterales. Este tipo de salas habitualmente tienen puertas en ambos extremos, pero no había ventanas en el sentido moderno del término. Una hoguera ardía en el centro, y el humo salía por los postigos del techo, que también servían para que entrase la luz durante el día. El suelo elevado en las naves laterales servía como asiento durante el día y como cama durante la noche. <<

[8] Esto es el reverso de la estratagema que Gandalf empleó eficazmente con Bilbo en el capítulo 1. Allí Gandalf anunció que iría a tomar el té y envió antes a los enanos, llegando con los últimos de ellos, sólo para pedir un poco de vino tinto, huevos, pollo frío y encurtidos. <<

[9] Hidromiel es una bebida alcohólica hecha con miel fermentada y agua. La bebida era muy popular en tiempos de los anglosajones. <<

[10] El 29 de julio de 1966, Tolkien le escribió a su nieto:

> «*Mirkwood*» [«Bosque Negro»] no es una invención mía, sino un nombre muy antiguo, cargado de asociaciones legendarias. Fue probablemente el nombre germánico primitivo de las extensas regiones montañosas cubiertas de bosques que antiguamente cerraban el sur de las tierras de la expansión germánica. E11 algunas tradiciones se empleó especialmente para designar los límites entre los godos y los hunos. Hablo ahora recurriendo a la memoria: su antigüedad parece señalarse por su temprana aparición en alemán (¿*c*. siglo XI?) como «*mirkiwidu*», aunque la raíz «**merkw-*» («oscuro») no se encuentra en alemán bajo ninguna forma (sólo en I[nglés] A[ntiguo], S[ajón] A[ntiguo] y E[scandinavo] A[ntiguo]), y la raíz *«*widu-» > «witu»* se limitaba en alemán (pienso) al sentido de «leño», no muy común, y no sobrevivió en Alemán] M[oderno]. En I. A. «*mirce*» sólo sobrevive en poesía, y con el significado de «oscuro» o más bien «lóbrego», únicamente en *Beowulf* [verso] 1405 «*ofer myrcan mor*»-, en cualquier otra parte lo encontramos sólo con el significado de «*murky*» > «maligno, infernal». No fue nunca, pienso, una mera designación del color negro, estando siempre cargada desde el principio en el sentido de «lobreguez»… Me pareció demasiada buena fortuna que *Mirkwood* siguiera siendo inteligible en inglés moderno (con el tono exacto), ya sea «*mirk*» un préstamo escandinavo o una renovación de una anticuada palabra en I. A. (*Cartas*, n.º 289).

El nombre «*Mirkwood*», como un gran bosque con asociaciones similares, se empleó ya antes en una novela que Tolkien conocía bien: *A Tale of the House of the Wolfings* [*Un cuento de la Casa de los Wolfings*] (1888) de William Morris. <<

[11] Ésta es la única aparición de la palabra «*orc*» [«orco»] (salvo en el nombre de la espada «*Orcrist*») en la primera edición de *El Hobbit* (1937). (Hay un segundo caso en el presente texto, en un fragmento del capítulo 5 que fue reescrito para la segunda edición de 1951; véase página 137.)

En su guía para traductores, «Nomenclature of *The Lord of the Rings*», Tolkien escribió: «Originalmente tomé la palabra del inglés antiguo *orc* (Beowulf [verso] 112: *orc-neas*) y la glosa *orc* = þyrs (“ogro”), *heldeofol* (“diablo infernal”). Se supone que esto no tiene relación con el inglés moderno “*orc*”, “*ork*”, nombre aplicado a varios animales marinos de la familia de los delfines».

En *El Señor de los Anillos* Tolkien virtualmente abandonó el empleo de la palabra «*goblin*» [«trasgo»] (aparece menos de diez veces y sólo en *La Comunidad del Anillo* y *Las Dos Torres*) y utilizó a lo largo de todo el libro «*orc*» [«orco»]. <<

[12] La reaparición del Nigromante fue en principio del todo casual; su función, como escribió Tolkien en una carta a Christopher Bretherton del 16 de julio de 1964, era «sólo proporcionar un motivo para que Gandalf se marchara, dejando a Bilbo y a los Enanos librados a su propia suerte, lo que era una necesidad de la historia» (*Cartas*, n.º 257).

Un «nigromante» es (por lo general) un mago o conjurador que se comunica con los muertos y tiene tratos con ellos. En el ensayo «Leyes y costumbres de los Eldar», publicado en *El Anillo de Morgoth*, encontramos una explicación de por qué llaman a Sauron nigromante. Al hablar sobre lo que le pasa al espíritu élfico (o «*fea*») tras la muerte del cuerpo, un «*fea*» malvado puede buscar la amistad de los vivos e intentar ocupar un cuerpo vivo, para esclavizar a su anfitrión o para expulsar el otro «*fea*» del cuerpo. Tolkien continúa: «Se dice que Sauron lo hacía, y que enseñó a sus seguidores cómo conseguirlo» (p. 261). <<

[13] La conducta de Gandalf en *El Hobbit* recuerda la de un espíritu de la montaña de las Riesengebirge (la cordillera centroeuropea entre Bohemia y Silesia) llamado Rübezahl. En los cuentos este Rübezahl aparece en varias formas: la de un guía, un mensajero o un granjero. Hacer que los viajeros se extravíen le procura gran placer. Existe una larga tradición sobre Rübezahl, recogida en la serie de ocho volúmenes que reúne cuentos populares alemanes *Volksmärchen der Deutschen* [*Cuentos populares de los alemanes*] (1782-1786) de Johann Karl August Musäus. El cuento titulado "Rübezahl" se puede encontrar en *El libro marrón de los cuentos de hadas* (1904) editado por Andrew Lang.

En las ilustraciones a menudo se lo muestra como hombre barbudo con un cayado. Los dos ejemplos que se dan aquí (véase página anterior) provienen de postales de finales del siglo XIX y principios del XX, una época prolífica para las representaciones de Rübezahl. De hecho, la postal de *Der Berggeist* de Josef Madlener, que pudo ser el origen de Gandalf (véase nota 14 del capítulo 1), podría representar a Rübezahl («*berggeist*» significa literalmente «espíritu de la montaña») y, por tanto, ser el origen de algunas de las conductas de Gandalf, así como de su aspecto exterior.

Casi a lo largo de todo *El Hobbit* la misión de Gandalf consiste en servir de guía. Desaparece antes de que la partida sea atrapada por los trolls; desaparece cuando es atrapada por los trasgos; y después de haberlos conducido hasta las márgenes del Bosque Negro, los vuelve a abandonar. Pero en todos los casos reaparece cuando su ayuda es más necesaria.

<<

[1] *1937*: «ni lo que vosotros llamáis negro carbón». > *1966-Ball*: «no lo que vosotros llamáis negro carbón». <<

[2] Como se puede ver en el mapa de *Wilderland* [Tierras Ásperas], esta corriente recibe el nombre de Río Encantado y fluye en dirección norte desde las Montañas del Bosque Negro en el sur hasta el Río del Bosque, en el que desagua al oeste de las Salas del Rey de los Elfos. <<

[3] Un río encantado es un tema familiar en las leyendas celtas. En un episodio similar en las crónicas irlandesas de la vida de san Brendan (c. 483-577), éste y sus hermanos desembarcan en una isla y encuentran un río del que beben todos, salvo Brendan. Los que han bebido se quedan dormidos o entran en estado de sopor, tanto más profundo cuanto más agua han tomado. El siguiente extracto procede de «La vida de Brendan de Clonfert» en el segundo volumen de *Bethada náem nÉrenn: Lives of Irish Saints* [*Bethada náem nÉrenn: vidas de santos irlandeses*] (1922) de Charles Plummer:

> Desembarcaron en una isla y encontraron una fuente de aguas claras… y multitud de peces nadando en la corriente que fluía de la fuente hacia el mar… Brendan les dijo: «Tened cuidado, hermanos, no bebáis del agua, si no queréis estar peor de lo que estáis ahora». Pero los hermanos no hicieron caso de la orden de su padre y bebieron abundantemente, algunos tomaron dos tragos, otros tres, mientras que la tercera parte tomó sólo uno. Y así se vieron afectados por la bebida; algunos de ellos cayeron en un sueño y sopor de tres días y tres noches, y un sueño de dos días y dos noches asaltó a otros, y un sueño y sopor de una día y una noche a la tercera parte de ellos, (p. 58)

Algo antes de 1945, Tolkien escribió un poema sobre san Brendan, que en el momento de morir contempla los acontecimientos más memorables de sus muchos viajes. Tolkien tituló este poema «La muerte de san Brendan» y forma parte de su inconclusa historia futura de una imaginario club literario en Oxford, «Los papeles del Notion Club». Unos diez años después, revisó el poema y lo retituló «Imram», que en irlandés significa «navegar, viajar». Fue publicado en la edición de *Time and Tide* del 3 de diciembre de 1955. Ambas versiones están incluidas en *La Caída de Númenor*. <<

[4] Las partidas de caza de las hadas es otro tema tradicional. (Los deportes de las hadas eran tradicionalmente populares en las cortes de la Edad Media.) No hay dudas de que cuando Tolkien estaba escribiendo este pasaje, tenía en mente una escena de la novela en verso «Sir Orfeo» en inglés medio del siglo XIV (una versión de la leyenda de Orfeo y Eurídice de la mitología griega). Cito a partir de la traducción del propio Tolkien, publicada póstumamente en 1975, pero completada muchos años antes. Esta escena se desarrolla después de que Orfeo ha ido de un lado a otro disfrazado de mendigo durante diez años en busca de su señora Heurodis, que ha sido raptada por las hadas:

Allí a menudo junto a él veía pasar,
cuando el calor del mediodía abrumaba los árboles,
al rey tic las liadas ion su cortejo
que iba de caza por los bosques de alrededor
con lejanas trompetas y un clamor apagado,
y el ladrido de los perros de la jauría;
pero nunca cobraban una presa ni mataban ningún animal,
y a qué destino iban, él nunca lo supo.
(versos 281-288)

Tolkien estuvo unido durante mucho tiempo a este poema. Estudió «Sir Orfeo» como alumno de Oxford, pues era uno de los temas de su curso y también formó parte de su examen final en el verano de 1915. Conocía literalmente cada palabra del mismo después de compilar su *Middle English Vocabulary* [*Vocabulario de inglés medio*] (1922), que estaba pensado para usar junto con *Fourteenth Century Verse & Prose* [*Verso y prosa del siglo XIV*] (1921) de Kenneth Sisam. La antología de Sisam reproduce los 604 versos del poema.

En 1944, la edición del poema elaborada por Tolkien (con el texto sólo en inglés medio, sin notas ni comentarios) fue publicada como folleto para que lo utilizasen en el curso de inglés los cadetes navales en Oxford. En la edición de Tolkien los versos originales reproducidos arriba son:

Hi miȝte se him bisides
oft in hote vndertides
the king o Faieric with his route
comen hunten him al aboute,
with dim cri and blowinge,
and houndes also berkinge;
ac no best thai neuer nome,
no neuer he niste winder thai become.
(versos 281-288)

La edición definitiva de «Sir Orfeo» es la de A. J. Bliss, que fue alumno de Tolkien de 1946 a 1948. Fue publicada por primera vez en 1954 como parte de la serie *Oxford*

English Monographs, de Oxford University Press, de la que Tolkien era uno de los tres editores generales. Tras la muerte de Tolkien, Bliss (1921-1985) editó la conferencia de Tolkien sobre *Finn and Hengest: The Fragment and the Episode* [*Finny Hengest: el Fragmento y el Episodio*] (1982), que reconstruye la historia de dos héroes germánicos del siglo V, que sobrevive parcialmente en el *Beowulf* y en fragmentos en inglés antiguo «The Fight at Finnesburgh» [«El combate de Finnesburgh»]. <<

[5] En la tradición celta, el encuentro con animales blancos (especialmente ciervos) prefigura por lo general el encuentro con seres del Otro Mundo (el País de las Hadas). La cacería y el ciervo blanco significan (en este caso) que Bilbo y los enanos se estaban acercando a la morada de los elfos, cjue vivían junto al borde oriental del bosque. Un encuentro similar con una hembra de gamo blanca tiene lugar en el poema de Tolkien «The Lay of Aoutrou and Itroun» [«La balada de Aoutrou e Itroun»], junto antes de que Aoutrou se encuentre con la bruja. (Véase nota 9 del capítulo 15.) <<

[6] Los primeros viajes de Bilbo por el Bosque Negro tienen un pasaje ligeramente paralelo en *The Marvellous Land of Snergs* [*El maravilloso país de los snergs*] de E. A. Wyke-Smith, en el que Joe, Sylvia y Gorbo se pierden entre los Arboles Retorcidos:

> Estaba oscureciendo: un techo de hojas enmarañadas ocultaba ahora el cielo, y en todas direcciones y por encima de ellos las ramas ligeras se retorcían y se entrecruzaban y se unían unas con otras. El aire estaba húmedo, y olía a moho y a musgo, y el silencio era horrible. Un gran murciélago de piel rugosa pasó volando junto a ellos, casi rozando el pelo de Sylvia, que se agachó y gritó.
>
> Gorbo trepó por fin a uno de los árboles más corpulentos, y al cabo de muchos esfuerzos logró abrirse camino a través de las hojas, perturbando a un montón de murciélagos que escaparon revoloteando y girando por todas partes… Un minuto o dos más tarde, Gorbo bajó deslizándose por el tronco.
>
> —Todo está bien —dijo—. No pude ver mucho más que hojas, pero vislumbré el sol, de modo que ahora sé adónde tenemos que ir. El sol está justo arriba… —Aquí se interrumpió, pensó y se rascó la cabeza—. Sí, *creo* que es por ahí. Ya veis, tuve que dar algunas vueltas mientras bajaba.
>
> Lo siguieron abriéndose paso por encima y por debajo de las ramas. Al cabo de un rato, Gorbo se detuvo y volvió a pensar, y luego empezó a trepar y a arrastrarse en otra dirección: ahora, ya no hacían otra cosa que trepar y arrastrarse. Entonces se detuvo y los miró con desaliento. Los horribles troncos grises retorcidos los rodeaban por todas partes como una fea red gigantesca, en una tan profunda lobreguez que ya no podían verse a una docena de yardas. Esto era lo que había conseguido Gorbo, el listo, el hombre acostumbrado a los bosques. Se habían perdido (pp. 51-52).

<<

[7] La mención a que el viaje se inició «aquella mañana de mayo, hacía tanto tiempo» no es precisamente correcto. En la página 66, Tolkien escribió que Bilbo y los enanos lo iniciaron «la hermosa mañana poco antes del mes de mayo». Véase la nota 3 del capítulo 2, donde se determina que la fecha fue el 28 de abril. <<

[8] Esta escena contiene un eco distante de la primera parte del poema *Sister Songs: An Offering to Two Sisters* [*Canciones de hermanas: una ofrenda a dos hermanas*] (1895) de Francis Thompson, en el que el poeta ve primero a un único elfo en un claro, y luego a «un enjambre de ellos» que cantan y bailan, pero cuando el poeta se mueve y hace ruido, todos huyen del claro.

Francis Thompson (1859-1907) es recordado por su poesía religiosa. Era un devoto católico y con frecuencia presenta en sus poemas visiones místicas del cielo. En la vida diaria, Thompson era una persona extremadamente poco práctica y fue salvado de una vida en las calles por el editor de la revista a la que envió su primer poema.

Tolkien sentía gran admiración por la poesía de Thompson durante sus días de estudiante en Oxford. El 4 de marzo de 1914, presentó un ensayo, «Francis Thompson», ante el Exeter College Essay Club. En él sostenía que Thompson debía ser considerado entre los más grandes de los poetas, por su capacidad métrica, la grandeza de su lenguaje y la inmensa riqueza de sus imágenes, junto con la fe que lo subyace todo. Tolkien concluyó el ensayo (de acuerdo con la versión del secretario del club) con la observación: «Uno debe empezar con lo feérico y delicado y avanzar hacia lo profundo: escuchad primero el violín y la flauta, y aprended luego a oír el órgano de la armonía del ser». <<

[9] Los cabellos dorados del Rey de los Elfos son inusuales. En el Apéndice F de *El Señor de los Anillos*, Tolkien escribió de los elfos que «eran altos, de piel clara y ojos grises, aunque tenían los cabellos oscuros, salvo en la casa dorada de Finarfin». (En las primeras ediciones de *El Señor de los Anillos* la frase mencionaba a «la casa dorada de Finrod», pero fue cambiada para reflejar la genealogía de *El Silmarillion*.) Finarfin era un elfo noldorin y en el Apéndice B («La cuenta de los años») de *El Señor de los Anillos* se dice que el Rey Elfo del Bosque Negro era un elfo sindarin, de manera que no era de la casa de Finarfin, aún así su cabello dorado es poco habitual.

Sin embargo, el pasaje citado del Apéndice F tiene una historia curiosa y cuando fue escrito originalmente se refería a los Noldor y no a todos los elfos. Christopher Tolkien ha señalado que los Vanyar, uno de los Tres Clanes de los Altos Elfos, tenían cabellos dorados, y los Noldor de cabellos dorados descendían de la vanya Indis (madre de Fingolfin y Finarfin). (Véase *El Libro de los Cuentos Perdidos I*, p. 58; y *Los Pueblos de la Tierra Media*, p. 102). <<

[10] Ni en *El Hobbit* ni en *El Señor de los Anillos* da Tolkien indicio alguno que permita responder a la cuestión que ha sido tan calurosamente discutida entre sus lectores: ¿Tenían los elfos orejas puntiagudas?

Lo más cercano a una posible respuesta se funda en los elementos lingüísticos de las lenguas inventadas por Tolkien. En las «Etimologías», una especie de diccionario de relaciones entre las palabras élficas que Tolkien actualizaba para uso personal en la década de 1930, que se puede encontrar en *El Camino Perdido*, señala respecto a la raíz LAS {1} de *lassē* = «hoja» y LAS {2} «escuchar» (*lassē* = «oreja») que existe una posible relación entre las dos: «las orejas de los elfos eran más puntiagudas y lanciformes» que las de los humanos. Todo lo que se puede decir, en consecuencia, es que en algún momento (probablemente a mediados de la década de 1930) Tolkien mantenía esta opinión.

La obra gráfica de Tolkien tampoco da nuevas pistas, pues en el único dibujo en el que representa a los elfos, aparecen con figuras muy pequeñas y detalles como las orejas no son visibles. Véase el dibujo de *Taur-nu-Fuin* en *Artista* (n.º 54). <<

[11] El 15 de enero de 1957, Tolkien concedió una entrevista a Ruth Harshaw para un programa de radio norteamericano llamado «Carnival of Books». Allí dijo: «Incluí las arañas en gran medida porque esto fue escrito, como se sabe, fundamentalmente para mis hijos (al menos pensaba entonces en ellos), y a uno en particular siempre le repugnaban intensamente las arañas. ¡Lo hice para asustarlo y por cierto lo conseguí!» Durante toda la vida uno de los hijos de Tolkien, Michael, sintió lo que él mismo llamaba «un aborrecimiento por las arañas profundamente arraigado». <<

[12] «*Attercop*» [venenosa] proviene del inglés medio «*atter-cop(pe)*», que deriva a su vez del inglés antiguo «*at(t)or-coppa*», «araña». En el capítulo 5 («Palabras literarias arcaicas en los dialectos») de *Rustic Speech and Folklore* [*Habla rústica y folklore*] (1913), Elizabeth Mary Wright señala que «muchas palabras deliciosamente antiguas que desaparecieron del público hace uno o dos siglos, y no dejaron dirección, pueden ser descubiertas en su retiro rural, aún sanas y fuertes, pero cargadas de años» (pp. 36-37). En este contexto analiza «*attercop*»: «En inglés antiguo era "*attorcoppe*", una araña, de "*ator*", "*attor*", veneno, y "*coppe*", que probablemente significa cabeza, recogiendo la vieja idea de que las arañas son insectos venenosos» (p. 37). Cita como ejemplo de uso literario un verso en el poema en inglés medio del siglo XIII «The Owl and the Nightingale» (que Tolkien conocía bien), en el que el búho acusa al ruiseñor de comer «sólo *attercops* [arañas], moscas tontas y gusanos» (versos 600-601).

Elizabeth Mary Wright (1863-1958) fue filóloga, maestra y esposa del maestro de Tolkien, Joseph Wright (1855-1930), editor de los seis volúmenes del *English Dialect Dictionary* [*Diccionario de inglés dialectal*] y catedrático de filología comparada en Oxford. Tolkien y los Wright mantenían una estrecha amistad, y Tolkien fue el albacea testamentario de Joseph Wright. <<

[13] El *Oxford English Dictionary* define *Tomnoddy* [Tontona] como «una persona tonta o estúpida». <<

[14] Tanto «*lob*» como «*cob*» quieren decir «araña». «*Lob*» proviene del inglés medio «*loppe*», «*lop(p)*», «*lob*», que deriva del inglés antiguo «*loppe*», «*lobbe*». «*Cob*» resulta rara como palabra separada y probablemente proviene de «*cobweb*» [«telaraña»] (inglés medio «*coppe-web*»). En *La princesa y los trasgos*, sin embargo, George Macdonald utilizó «*cob*» como sinónimo de «*goblin*» [«trasgo»]. <<

[15] Kelley M. Wickham-Crowley me ha señalado un posible juego de palabras en el término «*dvergs-nät*». En *Anglo-Saxon Magic and Medicine* [*Magia y medicina anglosajona*] (1952), J. H. G. Grattan y Charles Singer mencionan el miedo de los anglosajones a elfos y enanos, y en el texto en inglés antiguo del semipagano «Lacnunga» hay un encantamiento para protegerse de los enanos. Grattan y Singer también señalan que «el sueco *dverg* significa no sólo enano sino también *araña*, y *dvergs-nät* [literalmente "red para enanos"] significa telaraña» y «en bretón, galés y la lengua de Cornualles, la palabra *cor* también significa enano y araña» (p. 61). El juego de palabras está en la situación: los enanos han sido atrapados en redes para enanos, que también son telarañas. <<

[16] Aquí Bilbo vuelve a contar la historia de su encuentro con Gollum, incluyendo las partes relacionadas con el anillo, que había omitido previamente. Véase la nota 2 del capítulo 6. <<

[17] Tom Shippey considera el anillo mágico de Bilbo como un elemento jerarquizador, que lo eleva al nivel de los enanos. Bilbo empieza el viaje como si fuera meramente parte del equipaje que es necesario llevar, pero con el anillo puede tener una parte activa en la aventura. (Véase *El camino a la Tierra Media*, pp. 101-103). <<

[18] Ésta es la única aparición de la palabra *faerie* [hadas] en *El Hobbit*. Aquí «La Tierra Occidental de las Hadas» se refiere al Hogar de los Elfos (Eldamar) al otro lado del mar. <<

[19] Los Elfos de la Luz, los Elfos del Abismo y los Elfos del Mar constituyen los Tres Clanes de los Altos Elfos. En *El Silmarillion* reciben el nombre respectivamente de Vanyar, Noldor y Teleri. Sin embargo, los Vanyar habían sido llamados los Lindar en escritos anteriores, incluyendo los contemporáneos a la escritura de *El Hobbit*, recogidos en *El Camino Perdido*.

A lo largo del tiempo, los nombres que dio Tolkien a las divisiones de los elfos sufrieron cambios muy complejos, con significados cambiantes otorgados a los mismos nombres. En un ejemplo muy menor, Tolkien en ocasiones utilizó Elfos de la Luz para referirse a los Tres Clanes, los que fueron desde la Tierra Media por mar a Valinor y vieron la luz de los Dos Árboles. Se distinguían así de los Elfos Oscuros, que (como el Rey de los Elfos y su pueblo) nunca abandonaron la Tierra Media.

Para la utilización de la palabra «gnomos», véase la nota 11 del capítulo 3. <<

[20] *1937*: «… los Elfos del Abismo (o Gnomos) y los elfos del Mar vivían durante siglos». > *1966-Ball*: «… los Elfos del Abismo y los Elfos del Mar vivieron durante siglos». <<

[21] *1937*: «… antes de volver al Ancho Mundo. En el Ancho Mundo los Elfos de los Bosques se demoraban en el crepúsculo antes de alzarse el Sol y la Luna; y después erraban por los bosques que crecían bajo el amanecer. Preferían sobre todo los límites de los bosques…» > *1966-Longmans/Unwin*: «… antes de que algunos volvieran al Ancho Mundo. En el Ancho Mundo los Elfos del Bosque disfrutaban de los crepúsculos del Sol y la Luna, pero preferían las estrellas; e iban de un lado a otro por los bosques enormes que crecían en tierras ahora perdidas. Habitaban la mayor parte del tiempo en los límites de la floresta…» (*1966-Ball* coincide con *1966-Longmans/Unwin*, pero erróneamente no hay coma después de Luna.)

El cambio de «antes de volver» por «antes de que algunos volvieran» se debe a que sólo los Noldor volvieron «al Ancho Mundo».

La versión de 1937 de este pasaje está de acuerdo tanto con la historia de los Elfos como con la de la creación del Sol y de la Luna a partir de los últimos frutos de los Dos Árboles en Valinor, como se cuenta en el capítulo 11 de *El Silmarillion*. El presente texto parece reflejar la decisión que adoptó Tolkien tardíamente de abandonar esta idea y aceptar que la Tierra Media había estado iluminada por el Sol y la Luna desde un principio. Las diversas consideraciones por escrito de Tolkien sobre esta idea se encuentran en la sección «La transformación de los mitos» de *El Anillo de Morgoth*. <<

[22] Esta historia de un rey elfo de los «días antiguos» (que no debe confundirse con el Rey de los Elfos) es la del Rey Thingol de Doriath, que fue asesinado por los enanos después de rehusarles la paga convenida. Elementos de esta historia se remontan a los primeros escritos del legendario de Tolkien y en su versión más primigenia puede leerse en «El Nauglafring. El Collar de los Enanos» en *El Libro de los Cuentos Perdidos II*. Otras versiones de la historia pueden encontrarse en las diferentes versiones del «Silmarillion». En *El Silmarillion* la historia se encuentra en el capítulo 22, «De la ruina de Doriath». <<

[1] Elfos y flechas están fuertemente vinculados en el folklore. *Elf-shot* [«disparo de elfo»] era el nombre de la punta de flecha de piedra que atravesaba la piel sin dejar ninguna señal y enfermaba a los seres humanos. Se le atribuían diversas afecciones como reumatismo, calambres y dolores generalizados por todo el cuerpo. <<

[2] El Rey de los Elfos no recibe nombre alguno en *El Hobbit*. En *El Señor de los Anillos* nos enteramos de que se llama Thranduil. Su hijo, Legolas, es uno de los nueve miembros de la Comunidad del Anillo en *El Señor de los Anillos*. <<

[3] El roble es tradicionalmente un árbol sagrado. Se lo asociaba a los druidas y sus venerables bosques. En el folklore común las asociaciones mágicas son más fuertes cuando crecen cerca de fresnos y espinos, otros dos árboles sagrados.

Los elfos mencionan juntos los tres tipos de árbol en los versos finales del poema en la página 364: «*¡Silencio! ¡Silencio! ¡Roble, Fresno y Espino! / ¡Que el agua calle hasta que apunte la mañana!*». <<

[4] El nombre *Dorwinion* tiene un claro origen élfico y aparece en los primeros escritos de Tolkien. En «La balada de los hijos de Húrin», un largo poema aliterado, inacabado, escrito en la primera mitad de la década de 1920, se dice que el fuerte vino de Dor-Winion [*sic*] se trae del sur ardiente, lo que implica que Dor-Winion está en Beleriand (véase *Las Baladas de Beleriand*, «La balada de los hijos de Húrin», primera versión, versos 230, 425; segunda versión, versos 553, 806).

Dorwinion también aparece en un texto que data probablemente de mediados de la década de 1930, justo antes de que Tolkien empezase a escribir El Señor de los Anillos en diciembre de 1937. Este texto es la conclusión del *Quenta Silmarillion* (publicado en *El Camino Perdido*) y «las flores inmortales en las praderas de Dorwinion» se mencionan en el párrafo final, implicando que Dorwinion está al otro lado del mar en Tol Eressëa (p. 385).

Finalmente, en el Mapa de la Tierra Media (1970), de Pauline Baynes, que se llevó a cabo con ayuda de Tolkien, Dorwinion se sitúa en la ribera noroccidental del mar interior de Rhûn, muy abajo de las orillas del Río Rápido en el Este. Esa localización está de acuerdo con las menciones de Dorwinion en *El Hobbit* pero no con la aparición del nombre en textos anteriores. <<

[5] El nombre élfico *Galion* parece ser de origen sindarin, pero su significado es incierto. El nombre puede derivar de GAL- «brillo/brillar» o GALA- «prosperar (estar saludable, estar contento)». La terminación *-ion* se puede relacionar con YŌ, YON- «hijo». <<

[6] La conducta del mayordomo del Rey de los Elfos es semejante a la del mayordomo del rey en el capítulo diecisiete, «La bodega», de *La princesa y Curdie* de George Macdonald: a los dos les gustaba beberse los mejores vinos del rey en su misma bodega. <<

[7] Un *toss-pot* [«levantacopas»] es un bebedor o un borracho. <<

[8] En el capítulo doce de *El Viento en los Sauces*, una trampilla que conduce a la despensa del mayordomo en la mansión del señor Sapo y un pasaje secreto subterráneo que lleva hasta el río, permiten a Topo, Rata, Tejón y Sapo reconquistar la mansión de manos de las comadrejas, es decir, todo lo contrario del uso que aquí da Bilbo a la trampilla. <<

[1] Del discurso de Bilbo el día de su cumpleaños en el primer capítulo de *El Señor de los Anillos* sabemos que el cumpleaños de Bilbo, el 22 de septiembre, es «el aniversario de mi llegada en tonel a Esgaroth, en Lago Largo, aunque en aquella ocasión olvidé por completo mi cumpleaños. Sólo tenía cincuenta y uno entonces, y cumplir años no me parecía tan importante. El banquete fue espléndido, de todos modos, aunque recuerdo que yo estaba muy acatarrado, y sólo pude decir "Muchas gracias"».

Sin embargo, en la página 258 se dice que Bilbo estaba demasiado enfermo para asistir a ningún banquete: «Durante tres días estornudó y tosió, y no pudo salir, y aun días después, cuando hablaba en los banquetes, se limitaba a decir: "Buchísimas bracias"». <<

[2] El mapa al que se refiere Bilbo debe de ser el Mapa de Thror. En el «manuscrito casero» original de *El Hobbit*, Tolkien había incluido algunos mapas adicionales que había dibujado para la historia. Uno de ellos, publicado en *Artista* (n.º 128), muestra la Montaña Solitaria y un mapa del Lago Largo. <<

[3] El Carro es el nombre de las siete principales estrellas de la constelación de la Osa Mayor. Estas estrellas se conocen más comúnmente en Inglaterra como *the Plough* [«el arado»] y en América del Norte como *the Big Dipper* [«la gran caldera»]. <<

[4] El grado en el que William Morris influyó en Tolkien se subestima a menudo. Morris era un poeta que tradujo parte de la gran literatura del norte medieval. También escribió novelas en prosa de sabor medieval en las que los paisajes imaginados están descritos con gran precisión de detalles. Tolkien siguió el ejemplo de Morris en sus intentos literarios.

Además, como Richard Matthews expresó con justicia: «La sensibilidad de Morris para el paisaje y la geografía —bosques, montañas, baldíos— tuvo una clara influencia en Tolkien, y también el evidente placer con que Morris ponía nombre a las cosas. Tolkien fue más lejos, y desarrolló la lingüística del juego hasta un estado considerablemente avanzado, pero las semillas de todo esto han de buscarse en Morris». Por ejemplo, en *The Roots of the Mountain: Wherein is Told Somewhat of the Lives of the Men of Burgdale, Their Friends, Their Neighbours, Their Foemen, and Their Fellows in Armas* [*Las raíces de la montaña: donde se cuenta algo sobre las vidas de los hombres de Burgdale, sus amigos, sus vecinos, sus enemigos y sus compañeros de armas*] (1890) de Morris, encontramos un río llamado Aguas Cenagosas, que atraviesa el Valle, y otro llamado Lago Tumultuoso, que se dirige a la Comarca del Llano. La similitud con el Río Rápido, el Valle y el Río del Bosque de Tolkien es evidente.

Aunque la expresión «*roots of the mountain*» [«las raíces de la montaña»] es anterior a Morris, Tolkien la utiliza dos veces en *El Hobbit*, en la página 121, al describir donde vive Gollum, y en la página 294, al describir donde los enanos han encontrado La Piedra del Arca. Otra expresión que parece un eco mucho más deliberado de Morris aparece en la página 48, «el bosque de más allá de El Agua», que recuerda los títulos de sus novelas *El bosque del fin del mundo* (1894) y *Las aguas de las islas encantadas* (1897). <<

[5] J. R. R. Tolkien no contó nunca la historia de la «ciudad más grande». <<

[6] Puede que el gobernador y sus consejeros se hayan inspirado en el alcalde y los miembros del ayuntamiento que regían la ciudad de Hamelin en la versión de *El flautista de Hamelin* (1842) de Robert Browning. Tanto el gobernador de la Ciudad del Lago como el alcalde de Hamelin son tacaños, egoístas y conscientes de los intereses de los ciudadanos sólo en la medida que les conviene.

Tolkien conocía bien el poema de Browning: de hecho, lo detestaba, calificándolo en una carta a su tía Jane Neave del 22 de noviembre de 1962 como un «terrible presagio de los más vulgares elementos de Disney… Conmigo fracasó incluso de niño, cuando no podía distinguir todavía la hueca vulgaridad de Browning de la general adultez de las obras que debían gustarme de acuerdo con lo que de mí se esperaba» (*Cartas*, n.º 234). Que lo tenía en mente en el momento en que estaba escribiendo *El Hobbit* lo confirma el poema satírico «Viaje a Bimble Town», publicado en la *Oxford Magazine* el 15 de octubre de 1931, y que se reproduce más adelante. El poema, dedicado al alcalde y al ayuntamiento, se publicó con el seudónimo de K. Bagpuize, el nombre abreviado de Kingston Bagpuize, una aldea a algunas millas al oeste de Oxford.

El poema forma parte de la serie «Tales and Songs of Bimble Bay» [«Cuentos y canciones de la Bahía de Bimble»] y probablemente fue escrito poco antes de su publicación. El poema publicado tiene sólo cuarenta y cuatro versos, pero el manuscrito más antiguo, una copia con pocas correcciones titulada «The Progress of Bimble» tiene 123 versos. En ese manuscrito, al final de un párrafo, en el verso 44, Tolkien escribió la nota «finalizar aquí». Los restantes setenta y ocho versos permanecen inéditos. Otro poema de Bimble Bay, el inédito «Old Grabber» [«Viejo Grabber»] (la versión más antigua lleva por título «Poor Old Grabber» [«Pobre viejo Grabber»]), sigue con el tono satírico, mostrando la preocupación de Tolkien por la contaminación y los efectos de la industrialización (preocupaciones que también aparecen en Roverandom).

La situación del pueblo en una playa quizá se haya inspirado en las vacaciones estivales de la familia en Finley, en North Yorkshire, en 1923 y 1925.

VIAJE A BIMBLE TOWN

(Dedicado al alcalde y al ayuntamiento)

Bimble-Bay tiene una calle empinada:
va bajando con muchas casas,
altas, bajas; tiendas de carne,
tiendas de coles, tiendas de blusas,
de faldas, de jerséis, de paraguas;
una oficina de correos (sórdida y nueva);
una librería colmada, de bestsellers

de sobrecubierta amarilla;
una vieja y sólida taberna,
de múltiples ventanas, donde las motos
sueltan fuertes olores, y no hay caballos
en patios empedrados; un lugar donde
arenques ahumados
en cajas de madera yacen en fila
(traídos por tren al aire marino);
Una farmacia con loción bronceadora
y tarjetas postales (de Diossabedonde,
y mujeres gordas en el mar);
una juguetería con objetos de estaño,
y baratijas y todos los diarios;
escaparates, escaparates con bombones,
cigarrillos y goma de mascar
(envuelta en papel, guardada en cajas
para que la tiren en la hierba y la playa);
ruidosos garajes donde trabajando duro
gente sucia golpea y brama,
y zumban los motores y las luces ciegan,
toda la noche… ¡Vaya que ruido alegre!
A veces, por detrás (esto es raro),
se oyen gritos de muchachos;
a veces, tarde, cuando no pasan
las motos bramando,
se oye débilmente (si uno pone atención)
el mar todavía empeñado en la playa.
¿Empeñado en qué? En batir pellejos de naranja,
en apilar cáscaras de plátano,
en roer papel, intentar hacer
un caldo de botellas, paquetes, latas,
antes que un nuevo día llegue con una nueva provisión,
antes que los nuevos charabanes,
deteniéndose a la puerta de la taberna
con hedores y retumbos, bocinazos y clamores
traigan más gente a Diossabedonde
y a Ellosnolesimporta, a Bimble Town
donde la calle empinada, hermosa en otro tiempo
con muchas casas baja vacilando.
¡Ved Gran Bretaña primero!
K. BAGPUIZE

La mención en los versos 7-8 de «bestsellers de sobrecubierta amarilla» probablemente se refiere a las ediciones de Víctor Gollancz Limited, editorial fundada en 1927 y cuyos libros llevaron durante muchos años una sobrecubierta amarilla sin ilustraciones pero con frases publicitarias y comentarios elogiosos impresos en la cubierta. «*See Britain First*» [«Ved Gran Bretaña primero»] era en aquel momento un reclamo turístico. <<

[1] La extensión de la Desolación de Smaug está marcada en el Mapa de Thror y en el mapa de *Wilderland* [Tierras Ásperas]. <<

[2] En *1937, 1951*, *1966-Ball* y *1966-Longmans/Unwin* no hay aquí punto y aparte para señalar un nuevo párrafo. Éste se dio por primera vez en *1966-A&U*, *1967-HM* y en la cuarta edición de Allen & Unwin de 1978. <<

[1] «A la tercera va la vencida» es un proverbio medieval que aparece de forma curiosa en *Sir Gawain y el Caballero Verde*, en el que el señor de la casa en la que se aloja Gawain le dice:

> *For I haf fraysted þe twys, and faythful I fynde þe.*
> *Now "þrid tyme þrowe best" þenk on þe morne.*
> (versos 1679-1680 de la edición
> de Tolkien y Gordon de 1925)

Tolkien traduce estos versos como sigue:

> *For I have tested thee twice, and trusty I find thee.*
> *Now "third time, pays for all", bethink thee tomorrow!*
> (p. 66 de la traducción de 1975)

[Dos veces te he probado y te encontré leal. / Como «a la tercera va la vencida», ¡mañana lo comprobaremos!]

Bilbo utiliza el mismo proverbio en la página 297.

Jared Lobdell en su artículo «A Medieval Proverb in *The Lord of the Rings*» [«Un proverbio medieval en *El Señor de los Anillos*»] de *American Notes and Queries Supplement 1* (1978), señala que el proverbio aparece tres veces (dos con variantes) en *El Señor de los Anillos* y cita una carta de Tolkien a Lobdell, de 31 de julio de 1964, sobre su utilización: «Se trata de un dicho antiguo que utiliza la palabra *throw*: tiempo, período (sin relación con el verbo *throw*); y significa que la tercera ocasión es la mejor… el momento para un esfuerzo y/o suerte especial. Se usa cuando es necesario un tercer intento para rectificar dos pobres intentos anteriores, o cuando una tercera ocurrencia puede sobrepasar a las anteriores y, finalmente, prueba la valía de un hombre o de una cosa». <<

[2] Tolkien escribió a Allen & Unwin el 31 de agosto de 1937 que estas dos oraciones contienen la única observación filológica en *El Hobbit*, siendo «una extraña manera mitológica de referirse a la filosofía lingüística y un punto que (felizmente) será echado de menos por cualquiera que no haya leído a Barfield (pocos lo han hecho) y probablemente por los que silo leyeron» (*Cartas*, n.º 15).

Owen Barfield (1898-1997) fue íntimo amigo de C. S. Lewis, y Tolkien llegó a conocerlo a través de éste. Barfield también asistió a las reuniones de los Inklings en las décadas de 1930 y 1940, pero, como trabajaba en Londres como abogado, su asistencia era esporádica. El libro de Barfield sobre filosofía lingüística, *Poetic Diction* [*Dicción poética*] (1928), influyó profundamente en Tolkien y Lewis. El libro infantil de Barfield, *The Silver Trumpet* [*La trompeta de plata*] (1925), fue muy apreciado por los hijos de Tolkien cuando en 1936 Lewis prestó su ejemplar a la familia Tolkien.

El experto en Tolkien, Verlyn Flieger, sugiere que Tolkien se estaba refiriendo a la tesis de Barfield, según la cual el lenguaje era originalmente premetafórico. Había una antigua unidad semántica entre la palabra y la cosa, y las palabras, por tanto, se referían a las realidades. Pero el lenguaje ya no es ahora concreto y literal. De ahí que, en este caso, Tolkien quiere decir que Bilbo se había quedado realmente sin aliento en un sentido literal, no metafórico.

El libro de Flieger *Splintered Light: Logos and Language in Tolkien's World* [*Luz dividida: logos y lenguaje en el mundo de Tolkien*] (1983, revisado en 2002) explora la influencia en mayor detalle de Barfield en Tolkien y su explicación de las ideas de Barfield es magistral:

> Barfield sugiere que el mito, el lenguaje y la percepción humana del mundo son inseparables. Las palabras son mitos expresados, la materialización de conceptos míticos y de una visión mítica del mundo. La palabra «mito», en este contexto, describe la percepción que tiene el hombre de su relación con el mundo natural y sobrenatural. La teoría de Barfield postula que el lenguaje, en sus inicios, no hacía distinción entre el significado literal y el metafórico de las palabras, como ocurre en la actualidad. En consecuencia, el mismo concepto de metáfora, una cosa descrita en los términos de otra, no existía. Toda dicción era literal, dando voz directamente a la percepción humana de los fenómenos y a la intuida participación mítica en los mismos. La distinción moderna entre el uso literal y metafórico de las palabras sugiere una separación de lo abstracto y de lo concreto que no existía en tiempos pretéritos. El hombre tenía en sus inicios una visión del cosmos como un todo, y de él mismo como parte de él, una visión que hemos dejado atrás hace mucho tiempo. Ahora percibimos el cosmos como algo particular, fragmentado y totalmente separado de nosotros mismos. Nuestra conciencia y el lenguaje con la que la expresamos ha cambiado y se ha dividido. En esa antigua, primaria visión del mundo, cada palabra tenía su propio significado unificado, conjuntando lo que ahora sólo podemos entender como una multiplicidad de conceptos, conceptos para los que nosotros (sin la capacidad de participar en el mundo y en la visión del mundo originales) necesitamos utilizar muchas palabras diferentes (p. 39). <<

[3] El 16 de enero de 1938, el diario londinense *Observer* publicó una carta (firmada por «Habit») que planteaba una serie de preguntas sobre *El Hobbit*, incluida: «¿El robo por parte del Hobbit del copón del dragón está basado en el episodio del robo del copón en *Beowulf*?» La respuesta de Tolkien fue publicada en la edición de 20 de febrero: «*Beowulf* se cuenta entre mis más preciadas fuentes; aunque no lo recordaba conscientemente cuando lo escribía; el episodio del robo surgió naturalmente (casi de manera inevitable) de las circunstancias. Es difícil encontrar otro modo de proseguir la historia. Supongo que el autor del *Beowulf* diría lo mismo» (*Cartas*, n.º 25).

El episodio del robo del copón en *Beowulf* es bastante breve. Tiene lugar después de que el dragón haya guardado su tesoro durante trescientos años, cuando un hombre que busca el favor de su señor roba una copa de oro para regalársela. Cuando el dragón se despierta, descubre el robo y se enfada. A la caída de la noche, el dragón sale en llamas y destruye al señor y a su pueblo, volviendo a su guarida antes de clarear el nuevo día (sección 32, versos 2278 ss.). <<

[4] En una carta publicada en el *Observer* del 20 de febrero de 1938, Tolkien señala que «el dragón lleva por nombre —un seudónimo— el pasado del verbo germánico primitivo *Smugan*, pasar apretadamente por un agujero: una insidiosa broma filológica». (*Cartas*, n.º 25). <<

[5] En *El camino a la Tierra Media*, Tom Shippey observa que la conversación de Bilbo con Smaug tiene su modelo en el poema «Fáfnismál» («La Balada de Fáfnir») del *Elder Edda*. Allí el héroe, Sigurthr, y el dragón Fáfnir conversan mientras este último muere a causa de las heridas que acaba de recibir. Shippey señala: «Como Bilbo, Sigurthr rehúsa revelar su nombre al dragón y replica en forma de acertijos (por miedo a ser maldecido); como Smaug, Fáfnir siembra la discordia entre los compañeros insistiendo en la avaricia que excita la presencia del oro» (p. 116).

En la traducción de Henry Adams Bellow de «Fáfnismál» en *The Poetic Edda* (1923), la conversación se inicia como sigue, con las palabras de Fáfnir primero, seguidas por las de Sigurthr:

«¡Joven, oh, joven! ¿De quién, joven, has nacido?
Dime de quien es hijo
el que ha enrojecido en la sangre de Fáfnir su brillante hoja,
Y ha partido mi corazón con su espada.»

«Corazón Noble es mi nombre, y voy
como hombre que no tiene madre;
no tengo padre, como otros tienen,
y siempre he vivido solo.»
(estrofas 1-2)

También hay similitudes de la conversación de Bilbo con Smaug, así como del encuentro entre Bilbo y Gollum, en el cuento «Ernest» de E. H. Knatchbull-Hugessen, en sus *Stories for My Children* [*Historias para mis hijos*] (1869), un libro que Tolkien tenía de niño. En esa historia, un muchacho llamado Ernest pierde una pelota en el pozo del jardín y baja al mismo para recuperarla:

Bajó durante un rato y al final llegó a lo que supuso era el fondo del pozo. No iba equivocado; pero el pozo era mucho más grande en el fondo que en la parte de arriba, y el agua parecía subir como una pared desde el fondo, dejando una gran espacio seco a su alrededor, al que llegó Ernest al salir del agua y empezó a mirar a su alrededor. Tampoco estaba demasiado seco, más bien húmedo, y no podía ver la pelota por ninguna parte; pero en todas las paredes alrededor de la especie de cueva en la que se encontraba había una sustancia brillante parecida al cristal, que iluminaba el lugar, y en el suelo estaba sentado un enorme sapo, fumando un cigarro apestoso y sintiéndose muy pagado de sí mismo. Se dirigió directamente a Ernest y le gritó con un tono enfadado:

—Loco presuntuoso, ¿cómo te atreves a bajar aquí?

Ernest, que había recibido una educación esmerada, era bien consciente de que no se pierde nada siendo educado. Así, en vez de parecer enfadado, contestó con la mínima reverencia que le permitían las circunstancias:

—Presuntuoso, puede ser, señor, pero no puede ser la acción de un loco la que me ha traído a la presencia de un sapo tan noble y hermoso como vos.

—No está mal —contestó el Sapo—; veo que le han enseñado maneras. Pero ¿qué quieres?

—Mi pelota, señor —dijo Ernest; al mismo tiempo una risa baja y plateada pudo oírse por toda la cueva, y el sapo, tras hincharse hasta que Ernest pensó que iba a explotar, empezó a reír de manera que sorprendió al muchacho.

—¡Su pelota! —gritó al final el Sapo—. Si se refiere a esa cosa de goma que cayó aquí hace algún tiempo, espero que ya haya sido convertida en unas polainas para el dócil Ratón, (pp. 71-72)

El dibujo (página anterior) titulado *Ernest and the Toad* [*Ernest y el Sapo*] acompaña a la historia de Knatchbull-Hugessen en el libro. La obra no está acreditada. <<

[6] *1937*: «… pronto atraparé y me comeré a los otros ocho». > *1966-Ball*: «… pronto atraparé y me comeré a todos los demás». <<

[7] En «Las Etimologías», el diccionario personal de Tolkien con las relaciones entre palabras élficas, publicado en *El Camino Perdido*, Tolkien define *Esgaroth* como «lago de juncos», señalando que el lugar fue llamado así por los juncos que crecían en la orilla oeste (p. 413). <<

[8] Los dos dragones más grandes de la literatura nórdica, Fáfnir, el dragón de los Völsungs, y el de *Beowulf* murieron cuando les acuchillaron el vientre.

En la *Völsunga Saga*, Sigurd cava unas zanjas en el camino que va seguir el dragón y se esconde en una de ellas:

> Cuando el gusano se arrastró hacia el agua la tierra tembló con fuerza, de manera que se movió todo el suelo a su alrededor. Lanzaba veneno sobre el camino ante sí, pero Sigurd no estaba ni asustado ni preocupado por el estruendo. Y cuando la serpiente se deslizó sobre la zanja, Sigurd le clavó la espada bajo el hombro izquierdo, de manera que se hundió hasta la empuñadura. Entonces Sigurd salió de la zanja y desclavó la espada de la serpiente. Sus brazos estaban ensangrentados hasta los hombros. Cuando el gran gusano sintió la herida mortal movió la cabeza y la cola a un lado y a otro, destruyendo todo lo que encontraba a su paso (p. 63).

Fáfnir el dragón. Ilustración de Lancelot Speed para «La historia de Sigurd», recontada por Andrey Land en *El libro rojo de los cuentos de* hadas (1890).

En la traducción de *Beowulf* revisada en 1982 por Constance B. Hieatt, incluida en su *Beowulf and Other Old English Poems* [*Beowulf y otros poemas en inglés antiguo*], Beowulf recibe la ayuda del joven guerrero Wiglaf después de que su propia espada falle contra el dragón: «el noble guerrero al lado del rey mostró el valor, la habilidad y la audacia de su naturaleza. El valiente hombre no prestó atención a la cabeza del dragón, aunque su mano había ardido al ayudar a sus compañeros, y golpeó más abajo a la hostil criatura; la brillante espada se hundió y el fuego se empezó a apagar» (sección 37, versos 2695-2702). <<

[9] La historia del Rey Bladorthin no se vuelve a mencionar en los escritos de Tolkien. En el contexto y con la descripción de Bladorthin como «muerto tiempo atrás», parece que debió ser un hombre más que un elfo. El nombre *Bladorthin*, sin embargo, es de construcción élfica, pero sólo el elemento —*thin*, «gris», es fácilmente descifrable, mientras que *Blador*— aparece en el nombre *Bladorwen*, que procede de las primeras fases del legendario de Tolkien, recopiladas en *El Libro de los Cuentos Perdidos I. Bladorwen* es mencionado como «la ancha tierra» y en el primer léxico de Tolkien aparecen algunas palabras relacionadas: *bladwen*, «una llanura»; *blath*, «un suelo»; y *blant*, «llano, abierto». Christopher Gilson, en una carta a *Vinyar Tengwar* en mayo de 1991 (n.º 17), sugiere que *blador-* puede ser el sustantivo para «trotamundos, montaraz, peregrino», pues en el manuscrito de *El Hobbit* el nombre original del mago era *Bladorthin*, aunque más tarde fue cambiado por *Gandalf*. En *El Señor de los Anillos* se dice que los elfos llaman a Gandalf, *Mithrandir*, que es la palabra sindarin para «peregrino gris». *Bladorthin* pudiera ser una forma anterior con el mismo significado. <<

[1] El nombre *Arkenstone* [«Piedra del Arca»] proviene de la palabra anglosajona *eorclanstān,* «piedra preciosa». La palabra, con las ligeras variantes iniciales *eorcnan-, eorcan- o earcnan-*, aparece una vez en Beowulf en el contexto de la muerte de Hygelac, rey de los geatos:

> *hyne wyrd fornam,*
> *syþðan hē for wlenco wēan āhsode,*
> *fǣðe tō Frȳsum. Hē þā fætwe wæg,*
> *eorclan-stānas ofer ȳða ful,*
> *rīce þēoden; he under ronde gecranc.*
> versos 1205-1209)

La traducción de R. M. Liuzza (2000) es como sigue:

> *Fate struck him down*
> *when in his pride he went looking for woe,*
> *a feud with the Frisians. He wore that finely,*
> *those precious stones, over the cup of the sea,*
> *that powerful lord, and collapsed under his shield.*
> (p. 90)
>
> *[El destino lo derribó*
> *cuando en su orgullo fue en busca de tribulaciones,*
> *de un feudo con los frisios. Iba vestido con delicadeza,*
> *con esas preciosas piedras, por encima de la copa del mar,*
> *tan poderoso señor, y se hundió bajo su escudo.]*

(El origen del nombre *Théoden*, Rey de Rohan en *El Señor de los Anillos* puede encontrarse en el verso 1209, donde en *þēoden* la letra anglosajona *þ* representa el sonido *th*. Se trata de una palabra anglosajona que significa «príncipe» o «rey», traducido como *lord* [«señor»].)

Una forma en escandinavo antiguo relacionada con *eorclanstan* aparece en «*Volundarkviða*» («La balada de Volund»), uno de los poemas del *Elder Edda* que describe lo acontecido después de que el herrero Volund (que es el equivalente del Wayland del folklore inglés) haya matado a dos jóvenes hermanos que pretendían su tesoro y haya hecho dos gemas (*iarknasteina*) con sus ojos para enviárselas a la madre de ellos (estrofa 25).

En el tercer volumen de *Teutonic Mythology* [*Mitología teutónica*] (1844) de Jacob Grimm, el autor señala que se podía asumir con seguridad la correspondencia entre el gótico *aírkna-stáins* (con el significado de «sagrado» para *aírknis*) y el antiguo alto alemán *erchan-stein*, y sugiere que a la piedra preciosa a la que se refieren podría ser el «ópalo blanco y ovalado» (p. 1217).

La descripción de la Piedra del Arca dada en *El Hobbit* es muy similar a la que se da

en *El Silmarillion* para las tres grandes joyas de luz, los Silmarils: «… aún en la oscuridad de las más profundas arcas los Silmarils resplandecían con luz propia, como las estrellas de Varda; y sin embargo, como si fueran en verdad criaturas vivientes, se regocijaban en la luz y la recibían y la devolvían con matices aún más maravillosos» (p. 75). Cuando (probablemente en la década de 1930) Tolkien tradujo al anglosajón algunos de los «Anales de Valinor» de su legendario, utilizó la palabra *eorclanstánas* para referirse específicamente a los Silmarils (véase *La formación de la Tierra Media*, p. 327). <<

[2] *1937*: «Era de plata acerada y ornada de perlas, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales». > *1966-Ball*: «Era de esa plata acerada que los elfos llamaban mithril, y con ella iba un cinturón de perlas y cristales».

Esta revisión introduce el nombre *mithril* en *El Hobbit* y pone de acuerdo la descripción de la cota de malla de Bilbo con lo que se dice en *El Señor de los Anillos*.

Mithril es una palabra élfica sindarin que se traduce por «centelleo gris». Esta plata acerada se llama también plata de Moria y plata verdadera. En la Tierra Media sólo se podía encontrar en Moria. <<

[3] *1937*: «De modo que marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río —a la derecha la muralla rocosa por sobre el agua no tenía sendero alguno— y el vacío y la desolación…». > *1966-Ball*: «A la derecha, bajo la muralla rocosa, no había ningún sendero, y marcharon penosamente entre las piedras por la ribera izquierda del río, y en la desolación y el vacío…». <<

[4] *Cram* es una palabra élfica. En «Las Etimologías», la lista de Tolkien sobre las relaciones entre palabras élficas publicada en *El Camino Perdido*, *cram* proviene de la raíz KRAB-, «apretar». También añade que es un «pastel de harina comprimida (a menudo con miel y leche) utilizado en viajes largos» (p. 423). <<

[1] El uso que realiza Tolkien de la palabra *glede* [«resplandor» en la traducción castellana] es arcaico. Deriva del inglés antiguo glede, «carbón incandescente, rescoldo, fuego, llama». Sobrevive en inglés moderno como *gleed* [«carbón incandescente»], aunque se usa poco. Aparece varias veces en Beowulf, como en la descripción del ataque de un dragón: *Đá se gæst, ongan glēdum spīwan / beorht hofu bærnan* (sección 33, versos 2312-2313): «Entonces el invasor empezó a lanzar carbones incandescentes para quemar las moradas llenas de vida». También aparece en el verso 3040 (sección 41), que se cita más extensamente en la nota 1 del capítulo 17: «El fiero dragón, terriblemente brillante, fue abrasado con rescoldos resplandecientes».

Glede aparece dos veces en el poema en inglés medio *Sir Gawain y el Caballero Verde*, en los versos 891 y 1609 de la edición de Tolkien y Gordon de 1925. La traducción de Tolkien, publicada póstumamente en *Sir Gawain and the Green Knight, Pearl, and Sir Orfeo* [*Sir Gawain y el Caballero Verde*, *Pearl y Sir Orfeo*] describe el segundo acontecimiento como sigue, en una escena en la que uno de los cazadores que ha participado de una cacería, destripa la presa, un jabalí, y recompensa a los perros:

> *En primer lugar le cortó la cabeza y la colgó en alto,*
> *después lo despellejó por la espalda,*
> *sacó las entrañas, las asó sobre rescoldos,*
> *y con ellas, mezcladas con sangre, recompensó a los perros.*
> (sección 64; p. 65)

La moderna *glede* (de uso sobre todo dialectal) es una palabra enteramente distinta, utilizada para designar milanos y otras aves de presa; deriva del inglés antiguo *glida*, palabra relacionada con el verbo *glide* [«deslizarse»]. <<

[2] En su ensayo «Sobre los cuentos de hadas», Tolkien escribió que cuando era niño «… deseaba los dragones con un profundo deseo. Claro que yo, con mi tímido cuerpo, no deseaba tenerlos en la vecindad, ni que invadieran mi mundo relativamente seguro… Pero el mundo que incluía en sí hasta la fantasía de Fáfnir era más rico y bello, cualquiera que fuese el precio del peligro.». En una entrevista radiofónica para la BBC en enero de 1965, Tolkien añadió: «Los dragones siempre me atrajeron como elemento mitológico. Parecían aunar en ellos mismos la malicia y la bestialidad humanas extraordinariamente bien, y también una especie de astucia y de sabiduría maligna… ¡aterradoras criaturas!» (véase la nota 1 del capítulo 2).

Con ánimo menos serio y una mayor simpatía por el dragón, Tolkien publicó el siguiente poema, en su serie «*Tales and Songs of Bimble Bay*», en el número del 4 de febrero de 1937 de la Oxford Magazine:

LA VISITA DEL DRAGÓN

El dragón dormía tendido sobre los cerezos,
encendido y soñando:
él era verde y las flores blancas
y el sol brillaba amarillo.
Venía del país de Finis-Terre,
desde más allá de las Montañas Azules,
donde viven los dragones y resplandece la luna
sobre altas fuentes blancas.

«Por favor, señor Higgins, ¿sabe usted
qué es eso que duerme en su jardín?
¡Hay un dragón sobre los cerezos!»
¿Qué dice, por favor?
El señor Higgins fue en busca de la manguera,
y el dragón despertó;
parpadeó v alzó las largas orejas verdes
cuando sintió correr el agua.

«¡Qué frescas —dijo—, qué deliciosamente frescas
son las fuentes del señor Higgins!
Me sentaré y cantaré hasta que salga la luna,
como se canta del otro lado de las montañas;
y Higgins, y sus vecinos, Box,
la señorita Biggins y el viejo Tupper,
estarán encantados con mi voz:
¡van a disfrutar de la cena!»

El señor Higgins llamó a la brigada contra incendios,
con una larga escalera roja
y bomberos de casco dorado.
El corazón del dragón se entristeció:
«Esto me recuerda, los malos viejos tiempos
cuando guerreros insensibles

solían invadir la guarida de los dragones
y les robaban el oro brillante».

El capitán George trepó por la escalera.
El dragón dijo: «Buena gente,
¿por qué este alboroto? ¡Por favor, marchaos,
o derribaré la torre de la iglesia
y echaré por tierra los árboles
y os mataré y os comeré en la cena,
a ti, capitán. George, y a Higgins, y a Box,
y a Biggins y al viejo Tupper!»

«¡Abrid la manguera!» —dijo el capitán George,
y se cayó escalera abajo.
Los ojos verdes del dragón llamearon,
y el vientre le retumbó.
Echó humos, echó vapores, sacudió la cola
y abajo cayeron las flores;
como nieve cubrieron el suelo
y el dragón gruñó y musitó.

Desde abajo lo atizaron, con palos
(donde en verdad era tierno);
el dragón lanzó un grito espantoso
y alzándose como el trueno
hizo añicos el pueblo,
y más allá de la bahía de Bimble
los marineros vieron el rojo incendio
desde Bumpus Head hasta Trimble.

El señor Higgins era duro; y en cuanto a Box
tenía el sabor de su nombre.
Dijo el dragón masticando la cena:
«¡Tanto esfuerzo malgastado!».
Y sepultó a Tupper y al capitán George,
y a los restos de la vieja señorita Biggins
sobre un acantilado en la playa blanca,
y cantó una endecha por Higgins.

Un canto triste, mientras la luna subía
y el mar suspiraba abajo,
sobre las rocas grises de la bahía de Bimble,
y la blanca llamarada se apagaba.
Lejos por encima del mar vislumbró los picos
que se extendían alrededor de su tierra.
Y pensó de la gente de la bahía de Bimble
y el cambio del viejo orden:

«No tienen el tino de admirar
el canto o el color de un dragón,
ni el ánimo de matar con decisión y premura…
¡El mundo se vuelve aburrido!»
Y la luna brillaba a través de, las alas verdes
y los aires de la noche se agitaban
mientras volvía volando sobre el mar moteado
a una reunión de dragones verdes.

En la primera versión escrita a máquina de escribir (estuvo precedida de dos

manuscritos con varias diferencias en el texto), Tolkien escribió mucho después: «Oxford 1928, rev[isado] 1937».

Años después, probablemente en los meses finales de 1961, Tolkien revisó el poema, cambiando el final y añadiendo otro verso, con la intención de incluirlo en *Las aventuras de Tom Bombadil*, que se publicó en noviembre de 1962. Pero el poema no se incluyó en el libro porque Tolkien no lo encontró a la altura y porque no le fue posible remodelarlo para adaptarlo al mundo de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*. Tolkien volvió a trabajar en él en diciembre de 1964. Esta versión final se publicó, junto con otro poema de Tom Bombadil titulado «Once upon a Time» [«Érase una vez»], en *Winter's Tales for Children 1* [*Cuentos de invierno para niños 1*] (1965), editado por Caroline Hiller. Ambos poemas se incluyeron en *The Young Magicians* [*Los jóvenes magos*] (1969), editado por Lin Carter, pero en la actualidad no se pueden encontrar. En la versión revisada del poema, el dragón no mata a la señorita Biggins. El poema concluye:

«Nadie tiene hoy el tino de admirar
el canto o el color de un dragón,
ni el valor de desafiar el fuego con el acero.
¡El mundo se vuelve aburrido!»
Extendió las amplias alas para echar a volar;
pero justo en ese momento
la señorita Biggins le apuñaló en el corazón,
lo cual le pareció sorprendente.

«Lo lamento mucho —dijo ella—.
Es usted una espléndida criatura,
y tiene una voz notable
para alguien que no tuvo escuela;
pero no he de permitir daños injustificados,
realmente tenía que ponerles fin.»
El dragón suspiró antes de morir:
«Al menos me llamó espléndido». <<

[1] En el folklore tradicional inglés, los cuervos se consideran pájaros de mal agüero. Sin embargo, la utilización por parte de Tolkien de los cuervos como mensajeros recuerda a los dos cuervos de la mitología nórdica, Hugin y Munin, que otorgan a Odín la inteligencia. En *Gylfaginning*, la primera parte del *Edda* de Snorri Sturluson, «Dos cuervos reposan sobre sus hombros y le cuentan al oído todas las novedades que ven u oyen. Sus nombres son Hugin y Munin. Al amanecer los envía para que vuelen por todo el mundo, y vuelven a la hora de cenar. Como resultado sabe casi todo lo que ocurre. Por eso lo llamó el dios-cuervo».

En la naturaleza, los cuervos suelen vivir unos treinta años. Roäc, que se presenta más adelante con una edad de 153 años, es un cuervo fantásticamente longevo. <<

[2] Fundin es otro nombre de enano tomado del *Voluspá*; véase nota 20 del capítulo 2. <<

[3] *Roäc y Carc* son nombres maravillosamente onomatopéyicos para pájaros parlantes. <<

[4] Una flecha señalando hacia oriente desde la Montaña Solitaria hacia las Colinas de Hierro puede verse en el margen oriental del mapa de las Tierras Ásperas. De acuerdo con el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, «La cuenta de los años», las Colinas de Hierro fueron colonizadas alrededor del año 2590 por enanos liderados por Gror, un hermano de Thror. <<

[5] *1937*: «y reabrir el sendero que llevase hacia ella». > *1966-Longmans/Unwin*: «y en abrir un nuevo sendero que llevase hasta ella».

Este cambio probablemente estuvo motivado para hacer concordar la frase con la de la página 333, donde (como ya aparecía originalmente en 1937) Bilbo abandona «la senda nueva». <<

[6] *1937*: «que corría a la derecha del risco (mirando hacia la entrada desde fuera». > *1966-Ball*: «a lo largo de una repisa angosta que corría a la derecha del risco, mirando desde la entrada».

Este cambio mueve el sendero de un lado del río al otro. <<

[7] *1937*: «Ese mismo día el campamento se trasladó y fue instalado entre los brazos de la Montaña». > *1966-Longmans/Unwin*: «Ese mismo día el campamento se trasladó al este del río, justo entre los brazos de la Montaña». <<

[8] *Parley* [la palabra utilizada en el original] significa discusión o conferencia que pretende resolver una disputa. En una situación bélica, habitualmente va acompañada de una tregua o alto el fuego, para discutir condiciones. <<

[9] La rígida formalidad y el legalismo severo del diálogo que sostienen Thorin, Bardo y los mensajeros proviene directamente de las sagas islandesas. Tom Sippey, en *El camino a la Tierra Media*, sugiere que «pensemos en el héroe de *La Saga de Hrafnkell* marcando las compensaciones apropiadas por los asesinatos que ha cometido» (p. 109).

En la traducción de la saga por parte de Gwyn Jones, publicada como «Hrafnkel the Priest of Frey» [«Hrafnkel el Sacerdote de Frey»] en *Eirik the Red and Other Icelandic Sagas* [*Eric el Rojo y otras sagas islandesas*] (1961), el pasaje es como sigue:

> Hrafnkel contestó que había matado a más hombres y no sólo a ése.
>
> —Y no será novedad para ti que no estoy dispuesto a pagar compensaciones a nadie, y la gente tiene que aguantarse. Aún así, tengo que admitir que estos hechos me asaltan como si fueran las peores muertes que he cometido. Tú has sido mi vecino durante mucho tiempo, te he apreciado, y tú a mí también. Ningún asunto menor habría enturbiado mi relación con Einar, si no hubiera cabalgado en el semental. Bien, muchas veces nos arrepentimos de abrir demasiado la boca… y muy pocas veces de hablar poco en vez de demasiado. Te quiero aclarar que considero este hecho como lo peor que he hecho nunca. Traeré a tu casa vacas lecheras en verano y carne en otoño, y lo haré estación tras estación hasta que quieras tener tu granja… Te cuidaré hasta el día de tu muerte; y entonces estaremos en paz…
>
> —No voy a aceptar esa oferta —dijo Thorbjorn.
>
> —Entonces, ¿qué quieres? —le preguntó Hrafnkel.
>
> —Quiero buscar hombres que medien entre nosotros.
>
> —Entonces te consideras mi igual —replicó Hrafnkel—, y en esos términos trunca llegaremos a un acuerdo (pp. 96-97).

Gwyn Jones (1907-1999) fue amigo y colega de Tolkien, así como ensayista prolífico, editor, traductor y autor de ficción. Durante muchos años fue catedrático de lengua y literatura inglesa en el University College of Wales, Aberystwyth. En diciembre de 1945 publicó en la *Welsh Review*, una revista que había fundado en 1939, uno de los mejores poemas de Tolkien, «The Lay of Aoutrou and Itroun» [«La balada de Aoutrou e Itroun»]. Se trata de un poema rimado de 58 versos en pareados octosílabos, siguiendo el ejemplo de las baladas bretonas, cuya primera versión data de septiembre de 1930. El poema habla de un caballero que no tiene descendencia (*aotrou* e *itroun* son las palabras bretonas para «caballero» y «dama») que obtiene una poción de fertilidad de una bruja, con resultados trágicos. Desgraciadamente, el poema no se ha vuelto a publicar.

Jones también había planeado publicar el «Sellic Spell» [«Extraño Cuento»] de Tolkien, una revisión del cuento popular que se encuentra detrás de *Beowulf*, pero la *Welsh Review* cerró en 1948 y Jones devolvió con pesar el manuscrito a Tolkien. «Sellic Spell» permanece inédito. <<

[1] En el texto resulta evidente una pequeña confusión. En la primera edición de *El Hobbit*, Thrain, el padre de Thorin, era el único personaje con ese nombre. Sin embargo, en el Mapa de Thror se dice «Aquí antaño fue Thrain Rey bajo la Montaña». Thrain, el padre de Thorin, no era Rey bajo la Montaña cuando llegaron los dragones; en aquel entonces era Rey bajo la Montaña Thror, padre de Thrain. En la segunda edición de *El Hobbit* en 1951, Tolkien añadió una nota introductoria en la que hacía una aclaración «sobre un punto planteado por varios estudiosos de las crónicas de esa época». Esta parte de la nota introductoria se hizo innecesaria en 1966 a causa de varias revisiones del texto, incluyendo la aparición del antepasado de Thorin, Thrain el Viejo, en la página 57.

En la sección III del Apéndice A de *El Señor de los Anillos*, «El Pueblo de Durin», Tolkien escribió sobre Thrain el Viejo (Thrain I): «En Erebor encontró una gran joya, la Piedra del Arca, el Corazón de la Montaña». En la página 294 de *El Hobbit* se refieren a la Piedra del Arca como «el Corazón de la Montaña, la Piedra del Arca de Thrain». Aquí, Thorin habla de «la Piedra del Arca de Thrain» y «la Piedra del Arca de mi padre» y en la página 341 dice «esa piedra fue de mi padre». Seguramente al llamar a la piedra «la Piedra del Arca de Thrain», Tolkien se refería al Thrain que la descubrió. Originalmente, el descubridor era el padre de Thorin, pero cuando Tolkien empezó a ampliar los ancestros de los enanos parece ser que no recogió el significado que tiene aquí la descripción de Thorin de la piedra como la piedra de su padre. De hecho, en el momento de la llegada del dragón, la piedra no pertenecía a Thrain sino a Thror, el padre de Thrain, entonces Rey bajo la Montaña. <<

[2] La afirmación de que la carta de Thorin fue puesta en la chaqueta de Bilbo en mayo es incorrecta. Fue el 28 de abril. Veáse la nota 3 del capítulo 2, donde se cita «la hermosa mañana poco antes del mes de mayo». Tolkien también se refiere erróneamente a «aquella mañana de mayo» en la página 206. <<

[3] La guerra entre enanos y trasgos que se menciona aquí es la guerra entre enanos y orcos de *El Señor de los Anillos*, que tuvo lugar entre los años 2793 y 2799 de la Tercera Edad. El motivo de la guerra fue el asesinato y desmembramiento del abuelo de Thorin, Thror, por Azog el Trasgo en 2790. En 2793, después de reunir sus fuerzas, los enanos asaltaron varias fortalezas oreas en las Montañas Nubladas. En 2799, tuvo lugar en Moria la decisiva Batalla de Azanulbizar. Allí, Azog murió a manos de Dain, que después volvió a las Colinas de Hierro. Dain nació en el año 2767 de la Tercera Edad, de manera que tenía 174 años en 2941, cuando se inicia la historia de *El Hobbit*. Los enanos viven alrededor de 250 años, de manera que la sugerencia de Bilbo de que buena parte de los guerreros de Dain tenía experiencia en la guerra entre enanos y orcos es probablemente correcta. <<

[1] Probablemente en 1922, Tolkien escribió sobre el poder (y la atracción) del tesoro en un poema titulado «*Iúmonna Gold, Galdre Bewunden*», publicado en el número de enero de 1923 en una revista de la Leeds University, *The Gryphon*. El título está tomado de *Beowulf*, verso 3052, que Tolkien tradujo (en una carta a Pauline Baynes de 6 de diciembre de 1961) como «el oro de los hombres de antaño atrapado en el encantamiento» (*Cartas*, n.º 235). Tolkien publicó una edición revisada del poema en 1937, que se reimprimió (después de nuevas revisiones) como «El Tesoro» en *Las aventuras de Tom Bombadil* (1962), con ilustraciones de Pauline Baynes. Se puede oír a Tolkien leyendo el poema en la grabación de 1967 *Poems and Songs of Middle-earth* [*Poemas y canciones de la Tierra Media*] (Caedmon, TC 1231). Se ofrece aquí la primera versión del poema.

IÚMONNA GOLD GALDRE BEWUNDEN

Había elfos antaño y fuertes hechizos
bajo verdes colinas en valles profundos.
Allá cantaban el oro que alegremente habían forjado,
en los abismos del tiempo cuando era joven la Tierra
antes de que cavaran el infierno o volara el dragón,
o los enanos vivieran en cuevas oscuras;
y había hombres en unas pocas tierras
y algo aprendieron de sus bocas y manos,
pero el destino los alcanzó y los cantos fracasaron,
y la codicia arrastró
gemas y oro y belleza a las cuevas oscuras,
y las sombras cayeron sobre Elfinesse.

Había un viejo enano en una gruta profunda
contando las cosas de oro que había conseguido,
robadas por los enanos a hombres y a elfos,
y guardadas torvamente en la oscuridad.
Se le oscurecieron los ojos y se le cerraron los oídos
y tenía amarilla la piel del viejo cráneo;
y por las manos huesudas le pasaba invisible
el leve resplandor ele las gemas sin mácula.
No oyó los pies que sacudían la tierra,
ni el batir de las alas ni el bronco entusiasmo
de los jóvenes y codiciosos dragones:
su esperanza era el oro y su confianza las joyas.
Pero un dragón encontró el agujero frío,
y el enano perdió la tierra y lo robado.

Había un viejo dragón bajo una vieja piedra;
estaba solo y sus ojos rojos parpadeaban;
las llamas del fogoso corazón le ardían oscuramente;
tenía el cuerpo nudoso y arrugado y torcido de miembros,
y le alegraba la muerte y la crueldad de los jóvenes,
pero era tan codicioso como siempre y no conocía la compasión.
Las gemas se le pegaban al lodo del vientre

y lamía y olía los objetos de oro,
mientras allí tendido soñaba con el dolor
y la angustia demoledora que sentiría el ladrón
que tocara con los dedos el más pequeño de los anillos,
y en la agitación del sueño movió un ala.
No oyó los pasos ni los golpes de los arreos,
hasta que el atrevido guerrero en la boca de la cueva
lo desafió a salir y luchar por el oro,
aunque el hierro le partía el corazón con un frío de angustia.

Había un viejo rey en un trono alto:
la barba blanca le cubría las rodillas de hueso,
y ni la carne ni la bebida tenían sabor para él.
No oía canciones, sólo podía pensar
en el inmenso arcón de tapa tallada,
que guardaba el oro y las joyas ocultas
en un sitio secreto de la tierra oscura,
cuyas poderosas puertas tenían trancas de hierro.
Las espadas de los guerreros se ensombrecían y herrumbraban,
empeñada su gloria reinaba injustamente,
en palacios vacíos y con frío en las entrañas.
Pero el rey del oro de los elfos,
no oyó los cuernos en los montes,
ni olió la sangre en la hierba hollada,
aunque los palacios ardieron y él perdió el reino,
y arrojaron sus huesos a una tumba sin honra.

Hay un viejo tesoro en una montaña oscura
detrás de puertas que nadie puede abrir.
Se ha perdido la llave y se ha borrado el camino,
nadie advierte el montículo en que crece la hierba;
de ella comen las ovejas, y las alondras se elevan
desde el manto verde; ningún hombre
descubrirá el secreto hasta que ardan otra vez
las luces de las Hadas y se sacudan los bosques
y los cantos que ya no se oyen vuelvan a despertar.

En su contexto, el verso 3052 de *Beowulf* demuestra la inspiración del poema de Tolkien. Aquí se reproduce una traducción en prosa, a partir de la versión inglesa de John R. Clark Hall, revisada por el amigo y colega de Tolkien C. L. Wren. El libro de Wren *Beowulf and the Finnesburg Fragment* [*Beowulf y el fragmento de Finnesburg*] fue publicado en 1940 con prefacio de Tolkien:

> El fiero dragón, terriblemente brillante, fue abrasado con rescoldos resplandecientes. Cincuenta pies de largo tenía al yacer [15,24 metros], A veces durante las noches volaba por el aire jubiloso; entonces bajaba para buscar su guarida; y ahora está ahí, rígido en la muerte. Ha morado en la última de sus cuevas. Había copas y jarras, yacían por todas partes copas y preciosas espadas, oxidadas y comidas como si hubieran pasado miles de inviernos en el seno de la tierra. En esa época la inmensa herencia, el almacén de oro de los hombres de antaño, estaba protegido con un encantamiento, de manera que ningún hombre podía tocar la sala del tesoro, hasta que el mismo Dios, verdadero rey de las victorias (él es el escudo de los hombres) dé permiso a quién él quiera que abra el tesoro. (Sección 41, versos 3040-3057)

El artículo de Tom Shippey «The Versions of “The Hoard”» [«Las versiones de “El Tesoro”»], publicado en el número 100 de *Lembas* (2001), la revista de la Sociedad Tolkien holandesa (Unquendor), compara los cambios en las versiones publicadas del

poema y dice algunas cosas muy interesantes sobre la métrica en comparación con *Beowulf*:

> Quizá se describe mejor este poema diciendo (como en la poesía en inglés antiguo) que cada verso consiste en dos semiversos, con una pausa o cesura claramente marcada, y cada semiverso consiste en cuatro o cinco sílabas (raramente tres), pero cada semiverso también tiene dos acentos fuertes, a menudo en sílabas consecutivas. En definitiva se basa más en contar acentos que sílabas y de esa manera está más cerca de la tradición poética nativa que de la aprendida del francés… Tolkien estaba escribiendo sobre un tema inglés antiguo con un vocabulario inglés antiguo y con algo parecido a una métrica inglesa antigua, como para demostrar que aún podía hacerse.

Shippey también señala otra obra muy similar a la de Tolkien en tema y concepto: el relato «El ankus del rey» incluido en *El libro de la selva* (1894) de Rudyard Kipling. En este relato una gran cobra blanca guarda un enorme tesoro subterráneo de oro, que significa la muerte para todos los que lo pretenden.

El poema de Tolkien también aparece en *A Book of Dragons* [*Un libro de dragones*] (1970), editado por Roger Lancelyn Green, y dedicado a Tolkien. Green (1918-1987) fue alumno de Tolkien y amigo de C. S. Lewis. Su tesis en 1944, «Andrew Lang and the Fairy Tale» [«Andrew Lang y el cuento de hadas»], fue supervisada por Tolkien y se publicó en 1946 bajo el título *Andrew Lang: A Critical Biography* [*Andrew Lang: Una biografía crítica*]. <<

[2] Un azadón es una herramienta que sirve para cavar, parecida a un zapapico, pero con una hoja perpendicular al asa (como una azuela) en un extremo y con una especie de pica al otro lado.

El muchacho minero Curdie, en *La princesa y Curdie* de G. Macdonald, rara vez estaba sin su azadón. Le servía para sus tareas de minero y también como arma. <<

[3] Dain y Nain son nombres de enanos tomados del *Voluspá*; véase nota 20 del capítulo 2. <<

[4] Esta nota al pie de página apareció por primera vez en *1966-Ball*. (Por supuesto, el número de referencia la página ha cambiado en las diversas ediciones.) <<

[5] La importancia de diferenciar la etimología de los nombres en la historia de Tolkien y de las fuentes de donde las obtuvo como autor, se evidencian en su propio comentario sobre el origen del nombre *Moria* en los apuntes para una carta escrita en agosto de 1967:

> El nombre de Moria es un «eco» casual del Castillo Soria Moría que aparece en uno de los cuentos escandinavos traducidos por Dasent. (El cuento no tiene para mí ningún interés: lo he olvidado, y nunca he vuelto a leerlo. Fue, pues, sólo la fuente de la secuencia sonora *moria*, que podría haberse encontrado en algún otro sitio.) Me gustó la secuencia sonora; alitera con «minas» y está conectado con el elemento MOR [«oscuro, negro»] de mi propia construcción lingüística. (*Cartas*, n.º 297)

Antes, en la misma carta, Tolkien da la etimología élfica de Moria, explicando que significa «abismo negro» y agregando: «En cuanto a la "tierra de Moriah" (nótese el acento), no hay ninguna conexión (aun "externa"). Internamente no hay tampoco conexión concebible entre la actividad minera de los enanos y la historia de Abraham. Repudio absolutamente este tipo de interpretaciones y simbolismos. No es así como me funciona la mente» (Ibid.).

La historia «Castillo Soria Moria» aparece en la colección *Popular Tales from the Norse* [*Cuentos populares escandinavos*] (1858), traducida por George Webbe Dasent, a partir de la segunda edición de la antología *Norske Folkeeventyr* [*Folklore escandinavo*] (1852) de Peter Christen Asbjørnsen y Jørgen Moe. También aparece en *El libro rojo de los cuentos de hadas* (1890) editado por Andrew Lang. <<

[6] Aquí se especifican los Cinco Ejércitos como elfos, hombres y enanos en un lado, y trasgos y lobos en el otro. Extrañamente, en los dibujos animados de televisión basados en *El Hobbit* y producidos en 1977 por Rankin/Bass, los Cinco Ejércitos incluían águilas en vez de lobos. Este cambio es una transgresión menor en comparación con otros graves errores de dicha producción. <<

[7] Ésta es la única mención del nombre «Gundabad» en el texto de *El Hobbit*. También aparece en el mapa de las Tierras Ásperas, en el rincón noroccidental, donde las Montañas Grises se encuentran con las Montañas Nubladas.

En algunos escritos que estaban destinados al Apéndice A de *El Señor de los Anillos*, publicados en *Los Pueblos de la Tierra Media*, se informa de que la Montaña Gundabad fue donde se despertó Durin, uno de los Siete Ancestros de los enanos. Durin fue el padre de la raza de enanos más antigua, los Barbiluengos. Por esa razón los enanos reverenciaban Gundabad y su ocupación por los orcos durante la Tercera Edad fue una de las razones principales de la enemistad entre enanos y orcos (p. 301). <<

[8] Una cimitarra es una espada con una hoja curva y afilada por un solo lado. Históricamente era habitual en pueblos de Asia oriental, Turquía y Persia. <<

[9] Tom Shippey me ha sugerido que esta afirmación de Bilbo puede ser una referencia a la tercera estrofa del estribillo de la canción de la King Edward's School: «Con frecuencia la derrota es espléndida, la victoria puede ser vergonzosa: la fortuna es buena, el premio es agradable, pero la gloria está en juego». La canción compuesta en la época victoriana por Alfred Hayes (1857-1936), debía de ser bien conocida por Tolkien que asistió diez años a la King Edward's School en Birmingham, abandonándola en 1911 para ir a Oxford. Shippey también estuvo en la King Edward's School casi cincuenta años después. <<

[10] El 7-8 de noviembre de 1944 Tolkien le escribió a su hijo Christopher: «Supe que había escrito una historia de valor en *El Hobbit* cuando al leerla (después de haberla dejado envejecer hasta sentirme desligado de ella) sentí en no poca medida la emoción "eucatastrófica" de la exclamación de Bilbo: —¡Las Águilas! ¡Vienen las Águilas!» (*Cartas*, n.º 89).

«Eucatástrofe» es un concepto de Tolkien, que procede de su ensayo «Sobre los cuentos de hadas», para designar el súbito y feliz giro en los acontecimientos (la «buena catástrofe») que permite un final feliz en los cuentos de hadas. El ensayo original se presentó el 9 de marzo de 1939 como conferencia en memoria de Andrew Lang en la University of St. Andrews. Se amplió para publicarlo en *Essays Presented to Charles Williams* (1947), editado por C. S. Lewis. El ensayo también aparece en *Arbol y hoja* (1964) y *The Tolkien Reader* (1966). <<

[11] Un boceto inacabado de Tolkien, titulado *La llegada de las Águilas*, está publicado en *Artista* (n.º 138). <<

[1] De acuerdo con la escatología de la Tierra Media —en sí una concepción compleja y cambiante— los espíritus de los elfos muertos van a un lugar de espera donde permanecen hasta el fin del mundo; pues sus destinos están atados al destino del mundo. Los espíritus de los hombres muertos van también al lugar de espera, donde, libres de las ataduras del mundo, emprenden un destino desconocido. Este hado especial fue el don que Dios (Ilúvatar) concedió a los hombres.

El destino póstumo de los enanos siguió siendo para Tolkien algo especialmente incierto. El comentario de Thorin, que es un eco de las propias creencias de los enanos, no se reconcilia fácilmente con lo que se dice en otros textos de J. R. R. Tolkien. (Véase *El Silmarillion*, pp. 47-48; *El Libro de los Cuentos Perdidos II*, pp. 313-314; *La formación de la Tierra Media*, pp. 124-125; *El Camino Perdido*, pp. 152,171 y ss., 207; *El Anillo de Morgoth*, pp. 289-291.) <<

[2] *1937*: «Si fueran más los hombres…». > *1951*: «Si muchos de nosotros…».

Este cambio lo sugirió Arthur Ransome en su carta a Tolkien de 13 de diciembre de 1937. Ransome consideraba que «hombres» se refería únicamente a la humanidad y no recogía la preocupación de Thorin. Tolkien analizaba este cambio en su carta a Allen & Unwin de 19 de diciembre de 1937, y se introdujo en la segunda edición en 1951. <<

[3] Aquí Beorn exhibe algunas de las cualidades del berserker de las antiguas leyendas escandinavas, al que Christopher Tolkien definía en el glosario de su edición de *The Saga of King Heidrek the Wise* [*La saga del rey Heidrek el Sabio*] como sigue:

> (…) un hombre capaz de ataques de rabia incontenible, o de correr como un enajenado. Se dice que los *berserks* luchaban sin protección, con la ferocidad de un lobo, con la fuerza de un oso, y casi se puede considerar que cambiaban de forma, adquiriendo la fuerza y la ferocidad de las bestias. Durante la época pagana, los *berserks* eran muy apreciados como guerreros, pero bajo la ley cristiana aquellos que «se volvían *berserk*-» quedaban sujetos a castigos muy graves. La palabra *berserkr*, «vestidos como osos», implica que quizá los *berserks* se disfrazaban algunas veces de osos (p. 93). <<

[4] En *El camino a la Tierra Media*, Tom Shippey remarca en esta conversación entre Balin y Bilbo el contraste de estilos entre el lenguaje elevado de Balin y la lengua común de Bilbo: «No hay demasiado en común entre el lenguaje de estos dos personajes; sin embargo, queda perfectamente claro que están diciendo lo mismo» (p. 112). <<

[5] En el Apéndice D de *El Señor de los Anillos*, «Calendario de la Comarca», dicho calendario tiene dos días de Yule, el último del año y el primero del año siguiente. En otras ocasiones se dice que el Yule incluía seis días: los tres últimos y los tres primeros de cada año. <<

[1] La casa de Elrond, por estar cerca de las Tierras Salvajes, podía llamarse la Última o la Primera Morada, según desde donde fuera que uno se le acercase. <<

[2] La mención aquí a Gandalf asistiendo «a un gran concilio de magos blancos» es un poco inusual y probablemente refleja el hecho que en el momento de escribirlo Tolkien no había desarrollado completamente la idea de cuántos magos había y cuáles eran sus colores. En *El Señor de los Anillos* se nombra a tres de los Cinco Magos: Gandalf el Gris, Saruman el Blanco y Radagast el Pardo. En los *Cuentos Inconclusos*, Christopher Tolkien publicó algunos textos de su padre sobre los Istari, o magos, y se dice que los otros dos eran «los Magos Azules». (Otros textos cortos sobre los Cinco Magos aparecen en *Los Pueblos de la Tierra Media*.)

En el Apéndice B de *El Señor de los Anillos*, «La cuenta de los años», el «concilio de los magos blancos» se llama el Concilio Blanco y estaba presidido por Saruman el Blanco. En 2941 el Concilio decidió atacar la fortaleza del Nigromante, Dol Guldur (en élfico sindarin, «colina de la hechicería»), al sudoeste del Bosque Negro. El Nigromante (Sauron) abandonó Dol Guldur. <<

[3] *1937*: «El Norte está a salvo de ese horror por múltiples edades». > *1966-Ball*: «El Norte estará a salvo de ese horror por muchos años, espero».

Esta revisión cambia las palabras de Gandalf de una afirmación a una expresión de esperanza, que es mucho más apropiada a la luz de la historia de *El Señor de los Anillos*. <<

[4] El «país donde Bilbo había nacido y crecido» no tiene nombre en *El Hobbit*, aunque en *El Señor de los Anillos* se le llama la Comarca. En su guía para traductores «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»] Tolkien señala que *Shire* [«Comarca», en la traducción castellana] deriva del inglés antiguo *scír* que «parece que desde muy pronto reemplazó la antigua palabra germánica para "distrito"». Es un elemento común en muchos nombres de condados en Inglaterra. <<

[5] En el primer capítulo de *El Señor de los Anillos*, hay otra estrofa de la misma naturaleza. Mientras que estas dos hablan de la nostalgia del hogar, la otra expresa más la inquietud del comienzo de una nueva jornada. La recita Bilbo cuando abandona Bolsón Cerrado por última vez:

El Camino sigue y sigue
desde la puerta.
El Camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo
recorriéndolo con pie decidido
hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí adónde iré? No podría decirlo.

Frodo repite estos versos, con el cambio de «pie fatigado» en vez de «pie decidido» en el quinto verso del tercer capítulo de La Comunidad del Anillo, «Tres son compañía».

Hacia el final de El Retorno del Rey, en «Numerosas separaciones», Bilbo recita una versión muy diferente, expresando el deseo de dejar la aventura para otros:

El Camino sigue y sigue
desde la puerta.
El Camino ha ido muy lejos,
y que otros lo sigan si pueden.
Que ellos emprendan un nuevo viaje,
pero yo al fin con pies fatigados
me volveré a la taberna iluminada,
al encuentro del sueño y el reposo.

La inspiración para estos versos puede venir de un poema titulado «Romance» de E. F. A. Geach, que, como descubrió el estudioso de T olkien John D. Rateliff, aparece a continuación de la reedición del poema de Tolkien «Goblin Fee t» [«Pies de trasgo»] en *Fifty New Poems for Children: An Anthology Selected from Books Recently Published by Basil Blackwell* [*Cincuenta nuevos poemas para niños: una antología seleccionada de libros recientemente publicados por Basil Blackwell*] (1922):

ROMANCE

POR E. F. A. GEACH

Tras la siguiente esquina y en la próxima calle
la aventura te espera.
¡Oh, quién puede decir qué te espera
tras la siguiente esquina y en la próxima calle!
¿Puede ser la vida algo más que dulce
cuando todo es azaroso y nuevo
tras la siguiente esquina y en la próxima calle?
La aventura te espera.

Este poema apareció anteriormente en *Oxford Poetry 1918*, editado por Geach, T. W. Earp y Dorothy L. Sayers, donde Tolkien también lo pudo haber visto.

Eleonora Frederika Adolphina (Sgonina) Geach nació en 1896 en Essen, Alemania. Estudió en el City of Cardiff High School for Girls y en Cambridge, antes de matricularse en Oxford en 1917. Dorothy L. Sayers fue una de sus tutoras. Su corto matrimonio dio el fruto de un hijo, el filósofo Peter Geach (nacido en 1916), que fue criado por su padre y nunca conoció a su madre. E. F. A. Geach publicó dos libros de poesía: el primero, *Esques* (1918), lo escribió en colaboración con Doreen Wallace (1897-1989), que después sería muy conocida como novelista; el segundo es *Twenty Poems* [*Veinte poemas*] (1931). Ambos fueron publicados por Basil Blackwell. No se sabe nada de la vida de E. F. A. Geach después de 1931. <<

[6] Tolkien resumió el tema central de *El Hobbit* en una carta sin fecha a Milton Waldman, escrita probablemente a finales de *1951*: «Es en realidad el estudio de un hombre del todo corriente que no es artista, ni noble, ni heroico (aunque en él lleva las dormidas semillas de esas cualidades) en un marco grandioso; y de hecho (como observó un crítico) el tono y el estilo cambian con el desarrollo de *El Hobbit*, pasando del cuento de hadas a la nobleza y la elevación, para recaer otra vez luego del regreso» (*Cartas*, n.º 131).

El crítico al que se refiere Tolkien es probablemente su amigo C. S. Lewis, que escribió en una reseña anónima de *El Hobbit* en el *Times Literary Supplement* del 2 de octubre de 1937: «Ninguna receta común de cuentos para niños le dará criaturas tan enraizadas en su propio suelo e historias como las del profesor Tolkien… Aún menos nos preparará la receta para los curiosos cambios a partir de un inicio tan cotidiano de la historia… hasta el tono de saga de los últimos capítulos… Tiene que leerla por usted mismo para descubrir hasta qué punto es inevitable el cambio y cómo evoluciona el ritmo del viaje del héroe» (p. 714). <<

[7] En *El camino a la Tierra Media*, Tom Shippey sugiere que la idea de Bilbo llegando a casa en medio de una subasta [*auction*], con la casa revuelta y con gentes que «ni siquiera se limpiaban los pies en el felpudo», es un reflejo jocoso de la transcripción fonética de la palabra *okshęn*, en el dialecto de Huddersfield en South Yorkshire. *A New Glossary of the Dialect of the Huddersfield District* [*Un nuevo glosario del dialecto del distrito de Huddersfield*] de Walter E. Haigh, al que Tolkien contribuyó con un prólogo, da el significado de *ohshęn* como «una habitación revuelta» —es decir, un desorden— y cita un comentario crítico, presuntamente dicho por una mujer sobre otra: «shu's nout but ę slut; er eęs ęz ę feęr okshęn» [«*she's nothing but a slut; her house is a fair auction*» / «no es más que una guarra, su casa es una feria de subastas»]. En su prólogo, Tolkien menciona en particular esta entrada al comentar que, en este glosario, los filólogos tienen «la oportunidad de observar cambios en el sentido que tienen lugar cuando palabras de origen más "culto" son adoptadas y utilizadas cotidianamente en el dialecto (véase *keęnsil, okshęn, insens*), una parte importante e interesante de la vida del habla dialectal» (p. XIV). <<

[8] En su «Nomenclature of *The Lord of the Rings*» [«Nomenclatura de *El Señor de los Anillos*»], Tolkien dice que el nombre *Grubb* [Gorgo] «tendría que recordar el verbo inglés *grub*, "cavar, desbrozar"». Este nombre y *Burrowes* [Borgo, madriguera] parecerían, pues, nombres perfectos para hobbits que viven en cuevas, aunque uno adivina la sonrisa irónica de Tolkien que los emplea como nombres de abogados. <<

[9] En el mismo escrito, Tolkien comentó sobre el nombre *Sackville-Baggins* [Sacovilla-Bolsón]: «*Sackville* [Sacovilla] es un apellido inglés (de asociación más aristocrática que *Baggins* [Bolsón]). En la historia se lo relaciona con *Baggins* a causa del significado similar en inglés: *sack* (saco) y *bag* (bolsa) y del efecto ligeramente cómico de esta asociación». El nombre *Sackville-Baggins* recuerda inevitablemente Sackville-West, y en especial a la escritora Vita Sackville-West (1892-1962), que escribió sobre su aristocrática familia y su hogar ancestral, Knole, en *Knole and the Sackvilles* [*Knole y los Sackville*] (1922). Su novela *Los eduardianos* (1930), que detalla la vida de la aristocracia inglesa antes de la primera guerra mundial, fue un bestseller. <<

[10] Un «asombro de nueve días» es algo que causa una gran sensación durante unos días y después pasa al limbo de los acontecimientos olvidados. La decimocuarta edición del *Brewer's Dictionary of Phrase and Fable* [*Diccionario Brewer de frases y fábulas*] (1989), editado por Ivor H. Evans, cita un antiguo proverbio: «El asombro dura nueve días y entonces se abren los ojos del cachorro», que alude a los perros que nacen ciegos y empiezan a ver tras unos días de vida. <<

[11] *1937*: «no se hablaban». > *1966-Ball*: «las relaciones se estropearon para siempre».

Como los Sacovilla-Bolsón fueron invitados a la fiesta de cumpleaños de Bilbo en el primer capítulo de *El Señor de los Anillos* es de suponer que, como mínimo, se hablaban. <<

[12] *1937*: «El oro y la plata los gastó sobre todo en presentes». > *1966-Ball*: «El oro y la plata los gastó en generosos presentes». <<

[13] En una carta a Charles Furth de Alien & Unwin de 24 de julio de 1938, Tolkien se refiere a la expresión de que Bilbo «se sintió muy feliz hasta el fin de sus días» como «un obstáculo casi insuperable para unir satisfactoriamente» *El Hobbit* y su secuela, *El Señor de los Anillos*, que Tolkien había iniciado en diciembre de 1937. Afortunadamente, Tolkien encontró la forma de superar dicho obstáculo. <<

[14] Alrededor de 1954 Tolkien escribió «La búsqueda de Erebor», la versión desde el punto de vista de Gandalf de cómo llegó a organizar la aventura de Bilbo y los enanos. (*Erebor* es el nombre élfico sindarin de la Montaña Solitaria.). Concebida originalmente para formar parte del Apéndice A de *El Señor de los Anillos*, es una pieza fascinante de reinvención de la historia de *El Hobbit*. Se publicó por primera vez en los *Cuentos Inconclusos* y también se incluye en el Apéndice A de este libro. <<

[1] En las pp. 407-408 de *La Guerra del Anillo*, Christopher Tolkien presenta otro corto pasaje de «La búsqueda de Erebor» procedente de una versión anterior (ciertamente precede al texto B y posiblemente es del texto A o de una primera versión de A) que sobrevive en la mitad inferior de una página rota. Las notas en el reverso, que Christopher Tolkien señala claramente como un uso secundario de la página (pp. 407-408), se refieren a las distancias al este de Edoras y pueden estar en relación con el mapa de Gondor, dibujado por Christopher Tolkien en abril de 1955 y publicado ese octubre en *El Retorno del Rey*. <<

[2] Véase *Los Pueblos de la Tierra Media*, pp. 327 y 328 n.º 12. Tolkien también tomó algunas notas, que Christopher Tolkien relaciona con el manuscrito original de «La búsqueda de Erebor», con el título «Fechas fijadas en narraciones *impresas*…» Esas notas también incluyen referencias a páginas en *La Comunidad del Anillo*. (Véase «Nota sobre la fecha de la búsqueda de Erebor» de Christopher Tolkien en *Los Pueblos de la Tierra Media*., pp. 334-335.) <<

[3] En los *Cuentos Inconclusos*, Christopher Tolkien señala que «en este punto, en el manuscrito A se omitió una oración quizá sin intención» (p. 416). La frase dice: «También un olor imposible de identificar, al menos para Smaug, el enemigo de los Enanos». <<

[4] El texto original decía «una mañana de invierno no lejos de Bree» pero «de invierno» estaba tachado y escrito encima «primavera», y debajo «al principio de la primavera». En el posterior texto C, la frase dice: «una tarde al principio de la primavera». <<

[5] Bajo el texto escrito a máquina hay una nota a mano de Tolkien que dice: «No se dice nada que justifique los instrumentos musicales que los Enanos llevaron a Bolsón Cerrado… ni se explica qué fue de ellos». <<